LOPEZ-PORTILLO

Y ROJAS

EGIPTO Y PALESTINA

DT54
L769

R. C.

1020025238

CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Jose Lopez-Portillo y Rojas

EGIPTO
y
PALESTINA

APUNTES DE VIAJE

CAPILLA ALFONSINA
RICARDO COVARRUBIAS

099594

MÉXICO
IMPRENTA DE DIAZ DE LEON Y WHITE,
Calle de Lerdo Numero 2.

1874

15508

DT54
L769
913
L1

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DOS PALABRAS.

I.

Benditos sean los tiempos presentes, en que las comunicaciones entre los pueblos son fáciles y prontas, y los viajeros pueden recorrer inmensas distancias en breve espacio, sin exponerse á tropiezos ni peligros. Debido á estos adelantos de la civilizacion, me miro restituido á mi cara patria, despues de haber cruzado el océano, atravesado los continentes y visitado remotísimas zonas. En tiempo de las cruzadas, los viajes por mar de los cristianos eran dilatados y llenos de peripecias, como la vuelta de Ulises á Itaca; y los de tierra, laboriosos y heroicos, como la retirada de los diez mil al traves de la Persia.

Durante la dominacion española en este suelo, no habia sino muy pocos que hubiesen conocido la Europa. Los viajeros que iban á la metrópoli, eran mirados á su regreso como seres sobrenaturales, y con solo haber viajado, se les consideraba iniciados en todas las ciencias y aptos para todos los cargos. Aquel que se daba á la vela por su parte, se apartaba de la tierra con emocion inmensa, pensando que tal vez ya nunca volveria á pisarla, y tomaba la precaucion de dejar hecho su testamento, y algun piadoso legado para que se hiciesen preces por su alma.

La comunicacion marítima entre este continente y el antiguo era muy rara, y no habia buques que anclaran en nuestros puertos ademas de los españoles. De tiempo en tiempo llegaba una embarcacion llamada «nao de China» á

puerto mexicano, y la noticia de su llegada era celebrada en todo el país con fiestas públicas y acciones de gracias al Todopoderoso.

Hoy que la distancia está por el vapor ya vencida, y que la ciencia ha destruido la barrera de viejas preocupaciones que mantenian incomunicados á los pueblos, los viajes por mar y tierra son partidas de recreo, y en el trascurso de noventa dias puede darse la vuelta al globo terrestre.

Esta bienhadada facilidad de trasporte, ha impreso al mundo actual un vigoroso impulso por los senderos del progreso. Las sociedades de ahora se conocen, se observan, se trasmiten sus adelantos, se asimilan sus costumbres, y entrando en hermanable fusion, preparan la llegada de la era feliz, en que la humanidad ha de llegar á ser una por el amor y el pensamiento!

La juventud mexicana no ha sido ciertamente la que menos ha sabido aprovecharse de estas ventajas. Ella ha dejado las playas de la patria y recorrido ávida de enseñanzas, los inmensos territorios de la república del Norte y de la Europa, y regresando despues á este bello é inolvidable suelo, ha hecho titánicos esfuerzos por levantar nuestros destinos á la altura de los mas prósperos de las naciones cultas. ¡Que la santa lucha emprendida por esos corazones generosos y entusiastas, sea coronada con los laureles del triunfo!

El Oriente, sin embargo, nos es poco conocido en México, y puede decirse que nadie se dedica á su estudio. No obstante, esa parte del mundo, á causa de su dignidad se hace respetar por sí misma, y el respeto hácia ella se manifiesta cuando menos bajo la forma de una curiosidad invencible. Yo la visité hace poco mas de un año, y puedo dar noticias recientes de dos de sus países mas célebres: Egipto y Palestina.

II

Poco nuevo puede decirse de un país en unos apuntes de viaje. La relacion física de él se halla en las geografías, la de los hechos en la historia, y los pormenores curiosos se encuentran en los «itinerarios ó guías» fabricados para los viajeros «ex profeso.»

Sé que desde hace mucho tiempo no hay ya nada nuevo sobre la tierra. «Nihil novum sub sole.» No solamente la materia de los viajes, sino todas las materias posibles están agotadas.

No obstante, «las combinaciones y permutas» de las ideas son tan variadas, que no cabe duda en que no ha habido hasta ahora un solo hombre que haya concebido, pensado y juzgado de la misma manera que algun otro. Esto es lo que ha dejado un poco de novedad sobre la tierra, despues que pensaron y hablaron las generaciones primitivas. Novedad relativa, es cierto; pero todo es relativo si bien se considera. No hay que hacer mencion en el mundo de lo absoluto, porque es para morirse de tristeza.

Afortunadamente, pues, cada uno de los hombres tiene un modo particular de ver las cosas, de donde resulta que un mismo asunto relatado por distintas personas, aparezca variado y disímbolo, á causa de la diferencia de sus perfiles. Alentado por estas consideraciones, me he resuelto á escribir estos apuntes que sin pretensiones de novedad ofrezco al público.

III

El viajero que visita el Egipto, marcha de estupor en estupor, contemplando las ruinas de la antigüedad dispersas por el suelo y medio sepultadas en la arena, como gigantescas osamentas de un pueblo de titanes. En medio de estos monumentos derruidos se respira el aire de una edad prodigiosa, en que el hombre y sus obras eran de inmenso tamaño y solemne aspecto.

Estas ruinas sepultadas debajo de montañas de arena, ó abandonadas en medio de tristísimos desiertos, son extranjeras en el Egipto actual, como lo serian en todos los países del mundo. Los restos de la altiva «Mizraim» se encuentran esparcidos en esta tierra, como sobre una vastísima necrópolis, siendo aquí tan poco comprendidos como en el Museo Británico de Lóndres ó en el Louvre de Paris.

Pero no por esto el Egipto moderno carece de hermosura y grandeza. La civilizacion del tiempo de los Tolomeos murió bajo el yugo romano; cuando los árabes tomaron posesion de esta tierra, no era ya otra cosa que un fastuoso cementerio. No obstante, los conquistadores nómades, extendido su imperio por el orbe, caminaron rápidamente en la senda del progreso. Su civilizacion no se parece á la antigua egipcia, ni á la romana, ni á la europea moderna; es una civilizacion aparte, con su tipo propio y sus caracteres especiales.

CAPILLA ALFONSINA

El Egipto fué uno de los países conquistados por los muslimes, donde mas resplandeció la civilizacion árabe. Bajo el reinado de los califas, las ciencias y las artes florecieron en el Azhar del Cairo, tanto como en Bagdad y Córdoba. En ese tiempo, los mahometanos eran los únicos representantes de la civilizacion en el mundo. Conquistaron las tres cuartas partes del orbe romano, y cultivaron la inteligencia en un tiempo en que la Europa sojuzgada por la fuerza, gemia bajo el despotismo de los señores. Entonces fué teatro el Egipto del desarrollo de otra civilizacion, si no tan grande é imponente como la del tiempo de los Faraones, admirable sí, por la rapidez de su desarrollo, y encantadora por su poética melancolía.

Cien años habian pasado apenas desde el nacimiento del Islamismo, cuando los árabes, bajo el pacífico reinado de los vicarios de Mahoma, sobresalian ya en Egipto, en Persia y en España en todas las ciencias.

Los cruzados al volver á Europa, despertaron allá el gusto por el estudio de las ciencias, que encontraron tan aventajado en el Oriente, y no puede calcularse hasta dónde ha venido á trascender esta remota influencia, en la civilizacion occidental moderna.

Este brillante estado de adelanto á que llegó el orbe mahometano bajo los califas, cosa es harto sorprendente y digna de un particular estudio. El suelo egipcio está lleno de los despojos de esa civilizacion todavía palpitante. Los alcázares el-Kuba, Kasr-el-Nil, Ghezireh y Salamik; así como las mezquitas de Amru, Tulun, El-Azhar (la espléndida), Hassan, Barkuk y otras muchas maravillas del arte moruno, están todavía en pié, dando testimonio del alto grado á donde se elevó la civilizacion árabe en la Edad Média.

El Egipto sirve asimismo de alto ejemplo en el mundo, sobre la decisiva influencia que tienen en la suerte de los pueblos los jefes que los gobiernan. A principios de este siglo era el Egipto uno de los países mas desgraciados del globo. Diezmada y hambrienta su poblacion, arruinados su comercio y su industria, gemia bajo el yugo tiránico de los mamelucos, milicia extranjera que gozaba del país como de un botin de guerra.

Mohammed-Alí, oscuro turco nacido en la Cavala, pequeño puerto de la Romelia, desembarca en Abukir en 1801, despues de la retirada del ejército frances. Combate contra la anarquía del país, se hace pronto distinguir entre sus compañeros de armas, es capitan, comandante, general, quita y pone vireyes en el trono egipcio, es virey, rechaza la invasion inglesa, extermina á los mamelucos, vence á los uahabitas de Arabia y restituye á la Puerta las ciudades santas Meca y Medina, se apodera de la Siria, desbarata el ejército

turco y hace temblar en su trono al sultan de Constantinopla. Mohammed-Alí habria entrado triunfante en la capital de Turquía, y se hubiera coronado emperador allí mismo, si las potencias europeas no hubiesen decidido el conflicto, flaqueando cobardemente la Francia, y apelando á las armas la Inglaterra para socorrer al monarca otomano.

En 1849 murió este hombre célebre, comparable con sus contemporáneos Pedro el Grande y Napoleon bajo muchos respectos. Durante su largo reinado, se operó la regeneracion del Egipto. Afluyó al país la inmigracion europea, estableciéronse las artes y la industria, fueron enviados jóvenes egipcios á estudiar á los colegios de la culta Europa, y se abrieron para el pueblo escuelas científicas y literarias donde la juventud pudo ilustrarse. Los célebres Mohammed-Sherif, Alí-Mubarak, Mohammed-Alí-Bey y Rifaa-Pashá, glorias son políticas y científicas del ilustre reinado del célebre romeliota.

Los sucesores de Mohammed-Alí no siguieron el camino trazado por él, sino que volvieron á dejarse llevar de las preocupaciones y errores de los antiguos mahometanos; de suerte que el país perdió en civilizacion parte de lo que Mohammed le habia dado. Por fortuna, el virey que actualmente rige los destinos del Egipto, Ismail-Paschá, está inspirado de los mismos deseos de su abuelo, y sigue asíduamente sus pasos. Bajo la sábia y justa administracion de este príncipe, la nacion egipcia ha progresado en todos los ramos de la civilizacion y de la cultura, de tal suerte, que mas de alguna nacion europea envidiaria su brillante estado. México está en política mucho mas adelantado que el Egipto; pues este país es semi-soberano, y el nuestro lo es por completo; en Egipto reina el absolutismo, y en México la democracia; allá las tierras y los hombres son la heredad del monarca, y aquí los gobernantes no son mas que los mandatarios del pueblo. Pero en lo tocante á adelantos materiales, á administracion, á seguridad, á tranquilidad pública, queda nuestro país por lo bajo del otro; y entre Alexandría y Veracruz y el Cairo y México, la comparacion seria para nosotros poco favorable.

IV

Para el historiador, para el filósofo, para el cristiano, la Palestina es la zona de tierra mas importante del globo. Allí fué donde Abraham y los patriarcas sus descendientes, familia caldea procedente de allende el Heber de

CAPILLA ALFONSINA

Mesopotamia, fueron á peregrinar por mandato de Dios. La descendencia de Jacob multiplicada en Egipto, á pesar de la tiranía de los Faraones, volvió á Canaan convertida en un pueblo numeroso y denodado, que pasó al filo de la espada á los habitantes de esta tierra, y tomó en nombre de Dios posesion de ella para establecerse allí definitivamente. Fundado el reino de Israel, inmensas figuras se levantaron en su historia. Los jueces, entre los que descuellan Débora, la mujer fuerte, que con acentos de levantada poesía cantó las victorias del pueblo y la muerte del formidable Sisara; y Samuel, el venerable anciano, intermediario entre Dios é Israel y ungidor de reyes; los reyes, cuya gloria principal se halla personificada en David, guerrero, poeta, músico, profeta y santo; y Salomon, príncipe de paz, el mas sabio de los hombres, renombrado, fastuoso y elegante monarca á quien vinieron á visitar las majestades reales, atraidas de la gloria de su nombre; los profetas, falanje extraordinaria de hombres que leyeron en el porvenir, aconsejaron y amenazaron á los reyes y al pueblo, y en acentos tristísimos de majestuosa poesía, lamentaron las desgracias de la insensata Israel vencida y cautiva; los guerreros, cuya brillante pléyada comienza en Josué, el conquistador de Canaan, y concluye en los Macabeos, últimos héroes judíos, que libertaron al pueblo de la esclavitud y le dieron patria, y años de paz, de prosperidad y de gloria.

El libro mas grande y mas antiguo que la humanidad venera, la Biblia, monumento maravilloso de filosofía, de moral, de historia y de literatura, salió de Israel y Judá. Al mostrarse al mundo, ha dejado atónitos á los pueblos, y comenzada á ejercer su decisiva influencia en las sociedades, ha venido á ser reconocido como la clave y el móvil eternos del progreso. Este libro prodigioso que comienza con la historia de la creacion, encierra en páginas misteriosas la de todos los siglos hasta el fin de los tiempos. No es pomposo como los manuscritos chinos, donde se registra la historia de fantásticas edades, centurias sin guarismo y un abismo de tinieblas y pretenciosas confusiones. En narracion sencilla y sublime, refiere la verdad desnuda de adulacion y de soberbia, y así cuenta las gloriosas epopeyas de la humanidad, como la abyeccion de esta y su vergüenza.

En Belen de Judá nació Jesucristo. La figura del Crucificado es la mas grande y majestuosa que se ha levantado sobre los horizontes de la historia. Desde que la voz de ese personaje prodigioso hubo resonado en los ámbitos de la tierra, el hombre y las sociedades han cambiado de índole y de aspecto, pues de entonces acá han sido removidos los mas profundos cimientos de la conciencia humana. La verdad filosófica, la moral, la religion, el derecho,

la familia, esto es, el mundo ideal y el práctico, la sociedad y el hogar, lo existente en todos los órdenes, ha sido encaminado por nuevas sendas, refundido en moldes mas amplios, é iluminado por vívidas luces que han disipado las tétricas sombras en que vivió envuelto el mundo antiguo.

El pueblo que habitó la Palestina, tiene la historia mas interesante de cuantas se registran en la tierra; su historia es universal, es humana: es la historia de la filosofía, de la moral, de la religion, de la civilizacion del mundo.

La Palestina además, ofrece este punto interesante de estudio: las costumbres antiguas. Desde los remotísimos tiempos de los patriarcas hasta ahora, los habitadores del campo y del desierto en las dos Arabias son los mismos que antes eran. Los idumeos, descendientes de Edom ó Esaú, y los pobladores nómades de la Arabia desierta, descendientes de Ismail, conservan los trages, usos y costumbres que tuvieron sus primeros abuelos. En los campos de Judea, Samaria y Galilea, la gente rústica se encuentra todavía en un estado de inocencia digno de los tiempos patriarcales, y su manera de vivir apenas se diferencia de la que tuvo en los dias de Abraham, Isaac y Jacob. Así que la humanidad ya madura y civilizada, puede estudiarse ahora á sí misma tal como era en su infancia, recien salida del estado de la naturaleza. Esta clase de estudios sirve de claridad refulgente para la historia, explica los hechos antiguos que hoy no comprendemos, y saca triunfante el sentido de los textos bíblicos. Que no parece sino que Dios ha querido mantener invariables á los pueblos de esa parte del globo para que le sirvan de vivientes vindicias de su palabra.

La peregrinacion de la Tierra Santa no tiene el interes que presentan los grandes centros de industria, comercio y cultura de Europa ó América, pero sí el de los solemnes recuerdos de un pueblo cuya pasion religiosa, despues de haber vivido encerrada por mucho tiempo dentro de las fronteras de un pequeño país, atravesó un dia las montañas y los mares, envolvió al mundo en su propio fuego, y engendró sobre las ruinas y las cenizas de la antigüedad, la civilizacion moderna.

CAPILLA ALFONSINA

LIBRO I

EGIPTO

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO I

NÁPOLES

—

Diciembre 25 de 71.

Héme aquí en el famoso puerto de la Campania, magnífica ciudad á cuyos piés se agita el azul Mediterráneo, bajo la eterna contemplacion del humeante Vesubio. Estoy en la orilla de la Europa y al borde de la mar, próximo á dejar la tierra y á surcar las aguas. Aquí me embarcaré para caminar á Oriente, y prepararé mi esclavina y mi báculo de peregrino.

No puedo dispensarme de permanecer algunos dias en este puerto encantado, que los griegos decian fundado por una sirena. Me seduce esta ciudad clásica donde todo convida al solaz y á los placeres. La mano de Dios embelleció estos sitios con solícito esmero, y dió al cielo, á la tierra y al mar, los toques brillantes de su pincel sublime; de suerte que el hombre en medio de este grandioso escenario, no puede hacer mas que admirar, gozar, y bendecir el nombre del Autor de todas las hermosuras. Nada hace falta aquí: el cielo está siempre azul; la mar tranquila; las campiñas sonrientes y cubiertas de flores y frutos. El corazon se ensancha en un bienestar inefable, y siente la necesidad de pasar la vida en un contemplativo reposo.

CAPILLA ALFONSINA

«Vedere Napoli e poi morire;» ver Nápoles y despues morir; sí, es necesario conocer Nápoles para tener idea de la belleza aquí en la tierra, y para comprender cuánta felicidad se encuentra en la contemplacion de las hermosuras de la naturaleza. Esta luz, esta atmósfera, estos efluvios penetran hasta el corazon mismo, y llenan tambien el sér propio del inmenso encanto que parece elevarse de la tierra y el mar, y rodar en luminosos torbellinos por el espacio. Todo es claridad, amor y delicia en este pequeño paraiso; no hay punto opaco en medio de este piélago de refulgencia, y hasta los corazones que padecen se convierten en espejos de cuadro tan luminoso y alegre.

¿Qué puede compararse á la dicha de mirar este manso golfo de aguas de color de zafiro, cuyas ondas juguetonas se levantan con blando rumor para venir á lamer las arenas de oro de las sonrientes playas? Al sur, y al extremo del golfo, está el Vesubio vomitando columnas de humo, cubierto de verdura en sus faldas y albergando en los enormes pliegues de sus fértiles laderas, innumerables aldeas suspendidas entre el fuego del tremendo cráter y los abismos marinos. Al norte está una montaña pintoresca en cuya cumbre se levanta la mole imponente del antiguo castillo de San Telmo. Al frente se extiende el Mediterráneo encerrado aquí en una hermosa ensenada que va á terminar en el promontorio Campanella, hácia un extremo, y en el cabo Miseno hácia el otro; en tanto que las islas de Ischia y Capri parecen velar apostadas á la entrada del golfo.

Cuando el sol derrama su luz sobre este panorama, el rasgo mas ligero contribuye á realzar el magnífico efecto del conjunto; los rayos espléndidos del sol, que caen del cielo como una bendicion de Dios, parecen hacer estremecerse de júbilo aquel inmenso cuadro. Nada mas bello que el puerto mirado de noche. Cuando sopla el norte y se levantan las olas furiosas, y está el cielo cubierto de nubes, es majestuoso el golfo á la luz de los relámpagos; el Vesubio y San Telmo parecen palidecer de terror al estruendo de la tempestad, mientras las aguas espumantes y agitadas del mar, que azotan las playas,

se diria que amenazan con salirse de su lecho y lanzarse sobre la tierra. Cuando por el contrario hay buen tiempo, parece la bahía un inmenso espejo, donde se retratan las luces innumerables de la ciudad, que se asienta en anfiteatro á sus bordes. Los buques anclados á poca distancia de la orilla, tienen el aspecto de habitaciones fantásticas, con las luces rojizas de sus linternillas colocadas en la popa y su enorme masa silenciosa y oscura. Mil barcas cruzan en todos sentidos las aguas, haciéndolas sonar con el ruido de los remos, en tanto que los barqueros entonan canciones al compás de las aguas. En el muelle al borde del mar, ó en la ancha calle de Santa Lucía, los hombres y las mujeres del pueblo bailan la nacional «tarantella,» y la multitud se agrupa en derredor de ellos, aplaudiendo y formando alegre gritería.

En estas noches hermosísimas se recuerda á Lamartine, se comprende su poesía, y se echa de menos una Graziella que nos diga:

. . . . . «Pourquoi
Tout brille-t-il ainsi dans les airs et dans moi?
Jamais ces champs d'azur semés de tant de flammes,
Jamais ces sables d'or où vont mourir les lames,
Ces monts dont les sommets tremblent au fond des cieux,
Ces golfes couronnés de bois silencieux,
Ces lueurs sur la côte et ces chants sur les vagues,
N'avaient ému mes sens de voluptés si vagues!
Pourquoi comme ce soir n'ai-je jamais rêvé?
Un astre dans mon cœur s'est-il aussi levé?
Et toi, fils du matin, dis à ces nuits si belles
Les nuits de ton pays sans mois ressemblaient-elles?»

Si, en esas noches felices de contemplacion y de éxtasis, se desarrollan repentinamente en el corazon todos los gérmenes de sentimiento que allí se abrigan ignorados; las melancolías latentes del alma elevan manso rumor en el pecho, llenándolo de dulce angustia, anhelo del bien que no se ha gozado, y recuerdo del bien que se ha perdido. Aquel panorama de inmensa paz y de tranquila alegría, parece ser la evocacion de todas las dichas del pasado y el cuadro apocalíptico de las felicidades del porvenir.

CAPILLA ALFONSINA

I

Yo atravesé la gruta de Posilipo, hecha por Cocceio, ingeniero de Augusto, cuya altísima bóveda se eleva veintiseis metros del suelo. Los túneles modernos son muy mezquinos en comparacion de esta gruta soberbia. Ahora se busca la economía, y en esos buenos tiempos se buscaba lo grande y maravilloso. Pero hoy se cumplen todas las obras por la mano de los hombres, y entonces eran los esclavos quienes se dedicaban á los trabajos mas rudos, mientras los ciudadanos se ocupaban de los negocios políticos, ó se consagraban al delirio de las bacanales y de las orgías.

Esta gruta atraviesa de parte á parte el promontorio de Posilipo, que separa el golfo de Nápoles del de Puzzuoli. Sobre el promontorio está la tumba de Virgilio, el Homero de Roma. Aquí fué donde el poeta latino compuso sus inimitables églogas y bucólicas, inspirado por las augustas maravillas que desplegaba en su torno la naturaleza. El sepulcro atribuido al sublime vate mantuano, es probable que sea apócrifo; pero en todo caso, es una poética gruta á la cual place reunir el nombre del poeta.

Posilipo recuerda la crueldad del liberto Polion, que tenia sobre el monte una «villa.» Este hombre feroz alimentaba sus pescados con carne humana.

Lúculo, este héroe del Ponto, domador de la soberbia de Mitrídates, tenia una magnífica quinta sobre Posilipo, y sus jardines comprendian toda la isla cercana de Nisita, donde murió Bruto. Aquí venia á pasar grandes temporadas del año este filósofo singular que abandonó la gloria antes que ella le abandonase, trocando la mesa por los campos de batalla, y los manjares exquisitos por las ovaciones

y los triunfos. Lúculo reunió á la gloria de conquistador del Asia, la de haber sido el primero en traer á Europa las cerezas!

Al otro lado de la gruta, el paisaje ofrece los mas extraños contrastes. La vegetacion es abundante, y el terreno calizo y volcánico. Aquí está el lago de Agnano, en cuyas aguas sulfurosas se miran agitarse innumerables serpientes.

Aquí el Sulfatara, volcán apenas apagado, que vomita una espesa humareda impregnada de exhalaciones sulfurosas. Los enfermos del pecho vienen á este sitio á aspirar sus emanaciones, que, segun se dice, operan curaciones maravillosas. El terreno resuena con los pasos de los transeuntes, como si fuese un tablado. Bajo la costra caliza por donde se marcha, está el abismo. El Sulfatara está sujeto á intermitencias y forma contraste con el Vesubio, que se encuentra separado por las aguas al otro lado del golfo. Cuando está en reposo el uno, trabaja el otro. Por esta razon se ha creido que los dos volcanes tienen una comunicacion profunda debajo de las aguas, en las entrañas marinas.

He llegado á Puzzuoli, esta «pusilla Roma» de orígen griego que mantenia un activo comercio con el Oriente. Aquí murió Sila, este «feliz» tirano que despues de haber azotado y escarnecido á la República, bajó del poder soberano para entrar en la vida privada, bastante insolente para desafiar las venganzas de los amantes de la libertad. Aquí pasó la mejor parte de su vida Ciceron, el orador, el filósofo, el hombre público, una de las mas vastas inteligencias que han brillado en el mundo.

Puzzuoli, actualmente, es un pueblo de quince mil almas. Conserva ruinas soberbias y curiosas: hay un anfiteatro que, á pesar de ser de los mas antiguos de Italia, está muy bien conservado; habia en él lugar para cuarenta mil espectadores; es de ladrillo y tiene grandísimos subterráneos. Allí se puede estudiar la manera con que se celebraban las diversiones públicas de Roma: en las galerías subterráneas se encerraban las fieras; llegada la hora del combate, las fie-

CAPILLA ALFONSINA

ras, metidas en su jaula de fierro, eran levantadas por medio de una maquinaria hasta la arena, saliendo por un agujero abierto en el pavimento; una vez allí, la puerta de la jaula era abierta, salia la fiera, la jaula desaparecia hundiéndose, y la trampa se cerraba. Los aposentos donde se ejercitaban los gladiadores y donde se preparaban para la lucha, eran subterráneos tambien, y estaban al lado de los de las fieras. Hay en medio de la arena una grande cavidad cuadrangular, comunicada con el subterráneo. Cuando habia combates de fieras ó gladiadores, esta cavidad era cubierta perfectamente, y puesta al descubierto cuando se hacian simulacros de combates navales. En este último caso, el enorme subterráneo era dejado enteramente vacío; y abriéndose la trampa que cerraba el paso del agua, se convertia el subterráneo en una inmensa piscina, y el agua rebosaba por la cavidad abierta en medio de la arena. Pequeños buques eran lanzados al agua, y tenia lugar el simulacro, que era tan al natural, que los combatientes se mataban realmente. En tiempo de Neron hubo en este anfiteatro célebres y suntuosísimas fiestas que hicieron gran ruido en todo el imperio. Innumerables víctimas perecieron, sirviendo de diversion á un pueblo cruel, ávido de escenas de horror y sangre.

Calígula tuvo la fantasía de pasar de Puzzuoli á Bayas sobre un puente de barcas. El primer dia, el emperador paseó á caballo por aquel camino, vestido espléndidamente; el segundo dia en trage de cochero, y condujo un carro; el tercer dia invitó al pueblo á que se pasease con él por aquel puente: la multitud se precipitó en seguimiento del césar; pero cuando éste hubo llegado á tierra y la muchedumbre á la mitad del puente, separáronse de súbito las barcas, y la multitud cayó en el mar. Calígula se divirtió mucho contemplando esta escena, y se manifestó muy disgustado cada vez que alguno alcanzaba la orilla á fuerza de nado.

Antes de emprender esta gloriosa aventura, vino el emperador al templo de Neptuno á ofrecer sacrificios, á imitacion de lo hecho por César antes de marchar al combate contra Antonio.

Grandes restos se mantienen en pié del templo de Serapis, que era un verdadero establecimiento de baños de aguas termales, creidas milagrosas en aquel tiempo. Es un edificio redondo, formado por un bosque de hermosas columnas corintias. Los aposentos de baños se encontraban frente al templo y pegados á él. La estátua de Serapis estaba en un nicho en medio de los aposentos. Este monumento ha estado mucho tiempo sumergido en el mar, y ha vuelto despues á levantarse de las aguas. Parece que el terreno, esencialmente volcánico, ha obedecido á los impulsos recibidos de las fuerzas que interiormente lo trabajan, y que lo han hundido ó levantado, conforme al sentido en que se ha ejercido la accion subterránea. Las columnas conservan rastros de su habitacion en las aguas, pues han sido carcomidas en varias partes por gusanos marinos litófagos, y multitud de caracoles se miran engastados en los agujeros abiertos en el mármol.

De Puzzuoli paso á Cumas, ciudad griega en su orígen y que se dice ser anterior á Troya. Aquí se refugió Tarquino, expulsado de Roma. Annibal encontró obstinada resistencia en esta ciudad, y hubo menester hacer grandes esfuerzos para lograr apoderarse de ella.

Del esplendor de Cumas no queda sino el «arco felice» que se eleva á grande altura por encima del camino abierto en la montaña sobre la cual Ciceron tenia seis «villas,» llamadas por él las perlas de Italia, «ocelli Italiæ.»

Hé aquí el pintoresco lago Fusaro, famoso por la excelente calidad de sus ostras, cantadas mil veces por los poetas. Es el sombrío Aqueron de los paganos, rodeado, segun se decia, de montes altísimos de tal suerte, que los rayos del sol no visitaban sus aguas sino cuando el astro del dia llegaba á su zenit. A su rededor habia bocas de fuego que no eran otra cosa que aberturas volcánicas.

Atravieso la gruta de Cumas, galería subterránea hecha tambien bajo la direccion del ingeniero Cocceio. Es un túnel soberbio, iluminado por grandes ventanas ó claraboyas que hienden la montaña de alto á abajo en sentido oblícuo, trabajo sorprendente concienzuda-

mente desempeñado, de aquellos que la humanidad ya no emprende.

Al salir de la gruta, me encuentro en un lago rodeado de verdes lomas, donde crecen en abundancia los tristes pinos de color oscuro. Es circular y pequeño, de modo que tiene el aspecto de un estanque formado al gusto del hombre. Apenas sopla el viento en este sitio, pues las lomas en derredor le cierran el paso.

Es el Averno, el terrible Averno de la fábula, que brotaba fuego y emanaciones de tal suerte mefíticas, que los pájaros que cruzaban el espacio por encima de sus aguas, caiàn muertos. Esta última creencia dió orígen al nombre que se le aplicó, y que hasta ahora lleva, pues Averno viene de «aornis,» palabra griega que significa sin pájaros, privado de pájaros. Era opinion generalmente aceptada, que este lago no tenia fondo, por lo cual decian los poetas que era una de las bocas del infierno.

Por una abertura que habia en la tierra cerca de este lago, entró el piadoso Eneas conducido por la Sibila de Cumas, en los infiernos, á donde fué á buscar á su padre Anquises.

Spelunca alta fuit, vastoque immanis hiatu,
Scrupea, tuta lacu nigro nemorumque tenebris,
Quam super haud ullœ poterant impunè volantes
Tendere iter pennis: talis sese halitus atris,
Faucibus efudens supera ad convexa ferebat;
Undè locum Graii dixerunt nomine Avernum.

VIRGILIO.

Los bosques tupidos que habia en derredor del Averno contribuian singularmente para darle una apariencia de agreste majestad y de misterio, que cuadraba bien con la fábula. Guiado por dos palomas mensajeras de Vénus su madre, llegó Eneas á estas arboledàs, y encontró en medio de ellas la rama de oro que la Sibila le habia dicho ser indispensable para entrar en el infierno.

Augusto hizo desmontar los contornos del lago, y con eso quedó el Averno reducido á ser un sitio hermosísimo, habiendo perdido su imponente solemnidad.

A un lado del lago, en la falda del monte, hay una caverna oscura. Es el «immane antrum» por donde entró Eneas para visitar á la Sibila de Cumas. Yo tambien camino por aquí, como el héroe troyano, solo que á mí me trae á este sitio la curiosidad de viajero, mientras aquel venia á consultar á la adivina sobre su porvenir y el de su descendencia. La entrada es estrecha; pero la gruta se ensancha mas y mas á medida que se camina. Nada se veria, si no fuera por las antorchas encendidas que llevan los guias en la mano. Con razon dice Virgilio que Eneas y sus compañeros

Ibant obscuri solâ sub nocte per umbram,

pues yo tambien y los que me acompañaban, caminábamos oscuros bajo aquella noche solitaria.

Este es el antro inmenso cavado en el flanco de las montañas eubeas, al cual conducian cien largas avenidas correspondientes á otras tantas puertas, por todas las cuales salian á la vez, las voces que hacian resonar en el exterior los oráculos de la Sibila. Nada mas propio para prevenir el ánimo en favor de lo maravilloso, que esta oscura y profundísima gruta, donde el hombre se siente impotente, ciego y perdido. Ante los mortales poseidos de pánico, se presentaba la adivina, y los que la veian, impresionados por el sitio, se figuraban observar que «su semblante cambiaba, que su cabello se erizaba y que su pecho respiraba apenas.» De aquí tomaban orígen «el furor que la agitaba, y el estentóreo sonido de sus palabras.»

La Sibila ha sido célebre en Asia, Grecia, é Italia, y lo mas curioso es, que su autoridad ha sido reconocida por gentiles y cristianos. Ella fué la que pidió á Tarquino 300 ducados por 9 volúmenes, por seis y por tres. Los tres volúmenes que fueron comprados, los conservó el pueblo romano en el templo de Júpiter Capitolino, bajo la vigilancia de los «duumviros,» y en los grandes conflictos de Roma, eran abiertos y consultados.

Se dice que la Sibila profetizó á Jesucristo y muchas de sus obras,

CAPILLA ALFONSINA

y así lo afirman algunos de los santos padres. La iglesia misma canta en uno de su himnos: «teste David cum sybilla.»

Despues de caminar un buen trecho, se llega á una especie de lago interior. Yo creo que Virgilio visitó esta cueva, y que, impresionada su imaginacion vivamente por su profundidad y sus tinieblas, sacó de aquí el plan para escribir el libro VI de la Eneida, que es el mas célebre de todos. Me figuro que esta inundacion interior dió idea asimismo, al Poeta, como llaman á Virgilio las leyes romanas, para pintar la espantosa Estigia donde el viejo Caron se encargaba de pasar las sombras en una barca deteriorada, de una orilla á la otra. Si ha sido así, la escena de hoy ha cambiado enteramente de aspecto, puesto que en vez del vigoroso Caron

Jam senior; sed cruda Deo viridisque senectus,

y en vez de la negra barca, se pasa hoy por en medio de sus aguas turbias, cabalgando sobre un semejante nuestro, sucio, de larga barba, y viejo tambien acaso, pero sin que dé muestras de tener nada de comun con los dioses.

En el fondo de la gruta hay una especie de sala, y aquí era el lugar donde permanecian los paganos que venian á consultar á la Sibila, en tanto que esta pronunciaba sus oráculos desde un aposento inmediato, al través de un agujero abierto en la roca. Míranse todavía restos de los mosaicos que embellecian el pavimento; por lo demas se juraria que nunca ha hollado estos sitios la planta del hombre, conforme son abruptos y espantosos.

Cerca del Averno se encuentran unos baños de aguas termales, llamados «stufe di Nerone.» Están pegados á la roca, y se baja á ellos por largos y tenebrosos pasadizos cargados de vapor de agua á una alta temperatura. Los paganos atribuian á los dioses las virtudes curativas de estos baños. Los médicos de Salerno, enfadados por la credulidad del vulgo, vinieron una noche y destruyeron las estatuas de los dioses. Desgraciadamente una tempestad los hizo

naufragar de regreso ya á Salerno, y el vulgo atribuyó el caso á la venganza de los dioses, y se afirmó mas en creer las aguas milagrosas.

No lejos de aquí se encuentran los Campos Elíseos, hermosas laderas que hacen faz al mar, donde hay plantas y árboles que forman bosques tupidos entre los cuales cantan los pájaros. Aquí se respira un aire muy puro, y la vista se extiende á lo lejos por lugares deliciosos. Hay multitud de tumbas que contribuyen á dar al sitio una severidad que contrasta con la alegría de la naturaleza. Los paganos querian ser enterrados en los Campos Elíseos; pero no les seducia el porvenir que en ellos esperaba á sus sombras despues de la muerte.

Aquí fué donde Eneas encontró á su padre Anquises, que le hizo conocer entre las sombras que en estos campos vagaban, á los hombres futuros que serian el pueblo descendiente de los troyanos, y harian la grandeza y la gloria de Roma.

Las últimas palabras de Anquises al hablar de Marcelo, sobrino de Augusto, jóven de relevantes prendas, en quien tenia puestas sus esperanzas el pueblo romano, hicieron derramar copioso llanto á Octavia, madre del jóven. Al pronunciar ella aquel «tu Marcellus eris,» cayó al suelo sin sentido. Despues dió á Virgilio tantos talentos como versos tenia el canto VI, cuyo presente valió al poeta la suma de 30,000 pesos de nuestra moneda. ¡Tiempo bien singular en que eran recompensados los trabajos del génio!

Hemos llegado á Bayas, la voluptuosa ciudad donde Mario, Pompeyo, César, Caton y Ciceron venian á pasar frecuentemente dias de ociosidad y de placeres, á despecho de su filosofía ó de su gloria. Estas hermosísimas playas están hoy solitarias; el manso y pintoresco golfo de aguas turqui-oscuras, desierto ahora, no es surcado por las lujosas barcas, ni sobre su superficie hay flores dispersas como en otro tiempo. Al borde de las aguas, sobre las peñas atrevidas que avanzan por el mar, se ven las grandiosas ruinas de las «villas» antiguas, de aquellas «villas» fabricadas con arte tan peregrino, que parecian levantarse de en medio de las aguas. Estas construcciones

CAPILLA ALFONSINA

tienen tal solidez, que adheridas como están á las peñas, no puede el ojo distinguir dónde concluye la obra de la naturaleza y dónde comienza la del hombre.

Bacoli (Baoli) se encuentra poco distante de Bayas, mezquina aldea asentada en el declive de una colina. En las cumbres están las ruinas de la fastuosa «villa» de Julio César, que pasó á la propiedad de Augusto y fué la residencia de su hermana Octavia. En este palacio fué muerta Agripina por órden de su hijo Neron. Tres veces intentó este mónstruo envenenarla; pero conociendo que ella estaba provista de antídotos, mudó de plan, y trató de realizar su crímen por otros medios. Hizo fabricar un techo á propósito para hacerlo caer sobre su madre; pero esta recibió aviso oportuno, y se libró del peligro. Encontrándose Agripina en un buque hecho conforme á la idea de Neron, en un momento dado fué destapada una trampa que habia en el fondo, y la madre del emperador cayó en el agua. Sin embargo, pudo á nado ganar la orilla, y habiendo sabido su salvacion el césar, la hizo asesinar en su cama aquella misma noche.

En Baoli se muestra asimismo una vastísima construccion subterránea cuyo destino se ignora, y que es llamada «la piscina mirabile.» Está excavada en la montaña, y su bóveda es sostenida por 48 columnas que forman cinco galerías. Es verdaderamente una obra gigantesca y admirable.

Adelante. Aquí existió la ciudad de Miseno, que no ha sido reemplazada por ninguna poblacion, por mezquina que sea. Aquí murió Plinio el viejo, este ilustre mártir de la ciencia, que á pesar del peligro, estaba consagrado al estudio del terrible fenómeno de la erupcion del Vesubio. El promontorio recibió su nombre de Miseno, compañero de Eneas, y que lo habia sido de Héctor, el cual no tuvo nunca igual en el arte de tocar la trompeta é inspirar á los guerreros valor en el combate. A la llegada de los troyanos á Cumas, tocó Miseno por casualidad su trompeta, haciendo retumbar la líquida superficie. Triton, dios marino á quien se representa pitando en los retorcidos caracoles,

envidioso de la habilidad del troyano, lo sumergió en las aguas, entre las rocas cubiertas de espuma. Advertido Eneas de su muerte por la Sibila, volvió á su campo, donde rindió al cadáver los últimos honores, é hizo depositar sus cenizas al pié de una alta montaña

. . . . Qui nunc Misenus ab illo
Dicitur, æternumque tenet per sæcula nomen.

Muy cerca está el lugar donde fué Linterno, y que hoy es una estacion de pescadores, protegida por una alta y antiquísima torre llamada de Patria. Aquí vino á refugiarse Scipion el Africano, acusado en Roma; y sobre su tumba se grabó esta inscripcion por su órden: «Ingrata patria ne ossa mea quidem habebis.» Una torre fué erigida sobre su mausoleo en la Edad Média, y recibió el nombre que hasta hoy lleva, porque de la antigua inscripcion fué encontrada sobre una piedra la palabra «patria.»

El pueblo romano reconoció su yerro despues de la muerte de este grande hombre, y las cenizas del Africano fueron trasportadas á Roma y depositadas en una tumba de familia, que todavía existe en la Via Apia.

II

COSTEANDO la mar al Sur de Nápoles, y siguiendo las sinuosidades del golfo, se entra en el camino que conduce sucesivamente á una serie de pintorescas poblaciones, que asidas á las orlas de la tierra, se retratan en las aguas del Mediterráneo. Primero está Portici, ciudad de once mil almas, donde los napolitanos acomodados tienen elegantes casas de campo.

CAPILLA ALFONSINA

tienen tal solidez, que adheridas como están á las peñas, no puede el ojo distinguir dónde concluye la obra de la naturaleza y dónde comienza la del hombre.

Bacoli (Baoli) se encuentra poco distante de Bayas, mezquina aldea asentada en el declive de una colina. En las cumbres están las ruinas de la fastuosa «villa» de Julio César, que pasó á la propiedad de Augusto y fué la residencia de su hermana Octavia. En este palacio fué muerta Agripina por órden de su hijo Neron. Tres veces intentó este mónstruo envenenarla; pero conociendo que ella estaba provista de antídotos, mudó de plan, y trató de realizar su crímen por otros medios. Hizo fabricar un techo á propósito para hacerlo caer sobre su madre; pero esta recibió aviso oportuno, y se libró del peligro. Encontrándose Agripina en un buque hecho conforme á la idea de Neron, en un momento dado fué destapada una trampa que habia en el fondo, y la madre del emperador cayó en el agua. Sin embargo, pudo á nado ganar la orilla, y habiendo sabido su salvacion el césar, la hizo asesinar en su cama aquella misma noche.

En Baoli se muestra asimismo una vastísima construccion subterránea cuyo destino se ignora, y que es llamada «la piscina mirabile.» Está excavada en la montaña, y su bóveda es sostenida por 48 columnas que forman cinco galerías. Es verdaderamente una obra gigantesca y admirable.

Adelante. Aquí existió la ciudad de Miseno, que no ha sido reemplazada por ninguna poblacion, por mezquina que sea. Aquí murió Plinio el viejo, este ilustre mártir de la ciencia, que á pesar del peligro, estaba consagrado al estudio del terrible fenómeno de la erupcion del Vesubio. El promontorio recibió su nombre de Miseno, compañero de Eneas, y que lo habia sido de Héctor, el cual no tuvo nunca igual en el arte de tocar la trompeta é inspirar á los guerreros valor en el combate. A la llegada de los troyanos á Cumas, tocó Miseno por casualidad su trompeta, haciendo retumbar la líquida superficie. Triton, dios marino á quien se representa pitando en los retorcidos caracoles,

envidioso de la habilidad del troyano, lo sumergió en las aguas, entre las rocas cubiertas de espuma. Advertido Eneas de su muerte por la Sibila, volvió á su campo, donde rindió al cadáver los últimos honores, é hizo depositar sus cenizas al pié de una alta montaña

. . . . Qui nunc Misenus ab illo
Dicitur, æternumque tenet per sæcula nomen.

Muy cerca está el lugar donde fué Linterno, y que hoy es una estacion de pescadores, protegida por una alta y antiquísima torre llamada de Patria. Aquí vino á refugiarse Scipion el Africano, acusado en Roma; y sobre su tumba se grabó esta inscripcion por su órden: «Ingrata patria ne ossa mea quidem habebis.» Una torre fué erigida sobre su mausoleo en la Edad Média, y recibió el nombre que hasta hoy lleva, porque de la antigua inscripcion fué encontrada sobre una piedra la palabra «patria.»

El pueblo romano reconoció su yerro despues de la muerte de este grande hombre, y las cenizas del Africano fueron trasportadas á Roma y depositadas en una tumba de familia, que todavía existe en la Via Apia.

II

COSTEANDO la mar al Sur de Nápoles, y siguiendo las sinuosidades del golfo, se entra en el camino que conduce sucesivamente á una serie de pintorescas poblaciones, que asidas á las orlas de la tierra, se retratan en las aguas del Mediterráneo. Primero está Portici, ciudad de once mil almas, donde los napolitanos acomodados tienen elegantes casas de campo.

CAPILLA ALFONSINA

Sigue Torre del Greco, al pié del Vesubio, que eternamente la conturba con terremotos ó erupciones. Los enfermos de Nápoles vienen á pasar aquí grandes temporadas, y son milagrosas las curaciones operadas por la deliciosa temperatura de estos sitios, y por el aire embalsamado y puro que en ellos se respira. La tierra es en extremo fértil y risueña; por todas partes se ven las vides enredadas amorosamente á los troncos de los árboles.

Despues se llega á Torre dell'Annunziata, poblacion manufacturera de cerca de 20,000 almas.

Aquí dejo el tren, y siguiendo un camino á la izquierda, atravieso una puerta y luego otra, donde mediante un pequeño desembolso se me da un «cicerone» para que por todas partes me acompañe, y todo me lo explique.

Al fin me encuentro en Pompeya, ¿lo entendeis, lectores? caminando voy por las calles de la ciudad desamortajada.

Cuando miré en torno mio y se encontraron mis ojos con las casas en pié y las calles solitarias, me pareció que soñaba, y recordé entonces cuánto habia deseado toda mi vida visitar esta ciudad célebre, que hace mas de un siglo está exhumando el hombre moderno.

El pavimento está formado por las grandes piedras colocadas las unas junto á las otras, que constituyen todavía las admirables vías romanas; y conservan los rastros de los carros «plaustra,» que eran arrastrados por cuatro bueyes.

El embanquetado «margines» es de asfalto. Para pasar de una acera á otra hay piedras salientes colocadas de distancia en distancia. Esto permitia en tiempo de lluvia á los transeuntes atravesar las calles sin llenarse de barro; estas son sumamente estrechas, la mas ancha no pasa de ser un callejon bastante angosto. Y tanto es así, que parece inexplicable que por allí hayan podido caminar los carros, los caballos y las personas á la vez. El «cicerone» me dijo que á fin de evitar que dos carros que caminaban en sentido contrario se encontraran en una calle, los agentes de policía tenian buen cuidado de

hacer que se parara alguno de ellos en una plaza, hasta tanto que el otro pasara. Y en efecto, no puede menos de haber sido de esta manera.

Habia en la ciudad multitud de fuentes públicas y de pozos. Los monumentos son numerosos, y hay algunos arcos de triunfo que han perdido su revestimiento de mármol. Las casas parecen nuevas, y es porque antes de la terrible erupcion que sumergió á Pompeya, la ciudad habia sufrido temblores de tierra, y habia sido reedificada. Dos pisos tienen las habitaciones generalmente, y aun hay muchas de uno solo. Las fachadas son mezquinas; el lujo de arquitectura se dejaba para el interior.

Las tiendas y las tabernas son abundantes. Los mostradores están cubiertos de mármol. El vino y el aceite se ponian en ánforas sumergidas en el mostrador mismo. Los romanos veian con desden el comercio, y lo encomendaban en manos de los esclavos. Una serpiente enredada mordiendo una manzana, indica una farmacia; el toro, una carnicería; una ánfora llevada en una pértiga por dos hombres, un expendio de vino; y así sucesivamente, á falta de inscripciones, se valian los pompeyanos de estas figuras simbólicas para dar á conocer los distintos géneros de comercio de cada tienda.

Las panaderías se conocen desde luego por el molino. Estos molinos de piedra consisten en dos muelas, de las cuales la superior gira sobre la de abajo por medio de un aparato de madera que era movido por un asno ó un esclavo. De algunos hornos de estas panaderías se han sacado panes en perfecta conservacion. Parece que la policía exigia que estos fuesen marcados, para evitar el engaño del público, pues sobre muchos de ellos se leen estas palabras: «siligo granii» harina de trigo, ó bien «e cicera» harina de garbanzo.

Los relojes de sol, «accensus,» se encargaban de anunciar la hora durante el dia. En la noche no habia mas regla que el cálculo y la observacion de las estrellas para el público; los particulares tenian relojes de agua ó arena.

CAPILLA ALFONSINA

La mas monumental de las calles de Pompeya, era la de los Sepulcros. No guarda comparacion con la Via Apia de Roma en lo que ve á la suntuosidad; pero esta se encuentra mejor conservada. Muchas de las tumbas están adornadas con estatuas y con bajo-relieves muy interesantes, bajo el punto de vista de las costumbres del pueblo que revelan. Las de los niños estaban ornadas con flores. Estos eran enterrados intactos, siempre que morian dentro de los nueve años; y aquellos que morian habiendo pasado de esa edad, seguian la suerte comun, y sus cadáveres eran quemados, y guardadas en ánforas sus cenizas. Los deudos tenian buen cuidado de poner en la urna cineraria el óbolo que la sombra debia de pagar al barquero Caron. Esta precaucion no se tomaba con los esclavos, para quienes no habia lugar en los infiernos; y la gente rica hacia fabricar vastos aposentos, en cuyas paredes depositaba, y en miserables nichos, las urnas cinerarias de sus esclavos. Estas urnas eran muy semejantes á los nidos de las palomas, razon por que tales aposentos recibieron el nombre de «columbaria,» que es como si en español dijéramos palomares.

Junto á algunas tumbas hay un pequeño aposento, y este lugar tuvo por objeto recibir á los deudos y amigos del muerto, qu venian aquí á comer de vez en cuando en honor suyo, durante los dias de duelo.

En mitad de esta curiosa é imponente calle de los Sepulcros, hay un «hemiciclo,» especie de construccion redonda, rodeada de un embanquetado de piedra. Los pompeyanos acostumbraban venir á visitar frecuentemente á los muertos; y como todo se falsea y desfigura entre los hombres, esta piadosa costumbre degeneró con el tiempo en un verdadero paseo, y en una profanacion de aquellos sitios respetables.

Ciceron, siguiendo á la multitud, venia frecuentemente á pasear por esta calle, y gustaba de sentarse en el embanquetado de que está rodeado el «hemiciclo,» en compañía de sus amigos. Yo fuí á sentarme allí tambien, donde el príncipe de los oradores se sentaba, y

encontraba que el cuadro que me rodeaba parecia exigir la figura, el carácter y el trage de un hombre antiguo. Porque este cuadro no ha sufrido mudanza alguna desde que los ojos de Ciceron lo vieron; y solamente las generaciones de los hombres se han sucedido, en este período de cerca de dos mil años.

Las casas de Pompeya, feas en el exterior, asombran por el lujo de arte que en su interior se despliega. Pórticos, columnatas, fuentes, estatuas, eran el ordinario adorno de las habitaciones de los ricos. El mármol, usado con profusion, servia para darles brillo, magnificencia, y una grande apariencia monumental. Pero si he de dar mi opinion con entera franqueza, diré que no me parece hayan estado aventajados los romanos en materia de ideas acerca de la comodidad de las habitaciones. Los aposentos en general eran sumamente estrechos, y estaban incomunicados á mayor abundamiento. Los patios interiores eran grandes, y las pinturas decoraban profusamente los muros; pero en cambio habia pocas recámaras, y en un pequeño espacio se aglomeraba toda la parte habitable de la casa. Las escaleras en particular, oscuras, empinadas, tortuosas, parecen haber estado dispuestas «ex profeso» para que rodaran los pompeyanos por ellas. Los romanos no conocieron las chimeneas. En el rigor del invierno colocaban el fuego en medio de la estancia en un brasero, y el humo se escapaba por una hendidura abierta en el techo.

Visitemos una casa. Se entra primeramente en lo que hoy llamamos zaguan «prothirum.» Aquí estaban los dioses lares en un nicho practicado en el muro, representados en figuras de escultura ó pintura, y una lámpara ardia enfrente de ellos, y en honor suyo. El portero era un esclavo, y para que no saliese á chacotear con los vecinos, se le tenia amarrado con una cadena como á un perro. Lo primero que el visitante percibe al dirigir sus miradas al suelo, es una inscripcion con que el señor de la casa recibia á los que iban á verle: «salve lucro.» La significacion es clara. Los ricos pompeyanos lo miraban todo por el lado de la ganancia, aun las visitas de sus amigos.

CAPILLA ALFONSINA

En seguida del zaguan está el primer patio, «atrium.»

En medio del atrio está el «ampluvium,» especie de gran resumidero de mármol, donde eran recibidas, y por donde escurrian las aguas de la lluvia, que caian de arriba por una abertura practicada en el techo, y que era llamada «compluvium.» Al rededor del atrio estaban los aposentos reservados á los huéspedes, «hospitia,» y los de los esclavos, «ergastula.» En el fondo habia corredores, y entre otras piezas se encontraba el «tablinum» ó biblioteca, donde se conservaban los retratos y los archivos de la familia, y los libros que eran colocados en estantes de cedro, «armoria,» de donde se deriva la palabra armario.

Del atrio se pasa al peristilo ó segundo patio. Aquí era donde se desplegaba el mayor lujo. Suntuosos pórticos, magníficas arquerías sostenidas por columnas de mármol, estátuas, jarrones de alabastro llenos de flores, formaban el ornamento de esta parte de la casa, que era reservada á los amos. Aquí estaban los «cubicula» ó cuartos de dormir, el «œcus» ó salon de recepcion, el «triclinium» ó comedor, y otra especie de aposentos que no son para mencionados siquiera, por la inmoralidad de su objeto.

En el centro del peristilo se encontraba una fuente monumental, donde el dueño de la casa habia desplegado toda su magnificencia, y toda su habilidad el artista. En torno de la fuente habia estatuas y flores, y vasos de mármol y alabastro.

Del peristilo seguia el jardin. El «gynœceum» ó habitacion destinada á las mujeres, ocupaba el piso alto. Nada de esto puede verse, porque la parte superior de las casas está destruida.

En las alcobas vacías se miran algunos lechos. Son de piedra, y sobre ellos se colocaban los colchones, «culcita,» el grande almohadon, «cubitale,» y la pequeña almohada, «cervicale.» Habia tambien multitud de lechos iguales á los nuestros, y eran de bronce ó madera, artísticamente trabajados. El lecho estaba rodeado de cortinas, de las cuales quedan todavía las argollas de metal que las sostenian.

Seria preciso escribir in folios para hacer una descripcion, siquiera rápida, de todas las curiosidades en materia de muebles, vasijas, utensilios de casa y alhajas, que han sido encontradas en Pompeya, y que forman el dia de hoy el mejor timbre de gloria del Museo Borbon de Nápoles. Básteme decir que en este particular, el hombre moderno ha quedado muy atrás del hombre antiguo.

En la «villa» ó casa de campo de Arrio Diomedes, hay mucho que admirar, por las vastas proporciones de la construccion, y por la riqueza que se adivina habia allí desplegada. La cava donde se guardaban los vinos es extensísima, y está formada por una galería subterranea, cuadrangular, cuyos costados no pueden medir menos de sesenta metros. Allí se depositaba el licor de Baco en grandísimas ánforas de barro, enclavadas en bancos de piedra. Y todo aquel subterraneo está lleno de ánforas. Aquí vinieron á refugiarse varias personas, tal vez de la familia de Diomedes, y habiendo sido tapada la salida por las cenizas del Vesubio, todas ellas perecieron junto á la puerta, llevando sobre su cuerpo sus alhajas y riquezas que trataron de salvar, y que fueron tal vez la causa de su muerte.

Las pinturas de Pompeya, inimitables por el dibujo, por la sencillez, por la gracia, por la brillantez y firmeza del colorido, son muy inferiores á las modernas en lo que ve al conocimiento de la perspectiva. Son sobre todo obscenas y desvergonzadas, y dan una clara muestra del grado de corrupcion á que habia llegado la ciudad inhumada en vida, que estaba consagrada á Vénus. Los niños y las mujeres se formaban á la vista de esos cuadros inmundos, que sus padres y maridos hacian representar fastuosamente en los muros de sus habitaciones. De esta manera la «sanctitas matronarum» tan decantada en lo antiguo, habia degenerado en la mas atroz licencia, y el pueblo conquistador, que habia derramado en todo el orbe la exuberancia de su vida, se doblegaba envilecido, trabajada su vitalidad moral y fisica por los vicios mas feos y degradantes!

El lujo, las comodidades de la vida, el sensualismo refinado, es lo

CAPILLA ALFONSINA

que se encuentra en Pompeya, y lo que se adivina que existió allí, estudiado en su grado mas alto. En estos respectos quedan muy atrás las naciones modernas. El pueblo gentil, no teniendo que respetar dios alguno, porque todos sus dioses eran igualmente inmorales, no teniendo religion que lo espiritualizara, trataba de perfeccionar la materia, que era lo único que comprendia, y de divinizar los goces de los sentidos, que eran para él los goces exclusivos de la vida. De allí nacieron su apego á las comodidades, su amor por las artes, y su corrupcion abyecta. No son para dichas las cosas que el viajero mira en Pompeya, en materia de escandalosas inscripciones, obscenos símbolos, y nauseabundas pinturas, que dan clarísima muestra de la desenfrenada lujuria á que se habia entregado el mundo antiguo. Los «ciceroni» han menester engañar á las damas viajeras, acerca de innumerables signos de concupiscencia, á fin de que no comprendan todo el horror de perdicion que en su significado envuelven.

En ninguna parte mejor que en Pompeya, se conoce cuál es el inmenso abismo que separa al mundo antiguo del moderno. Quedan allá la crueldad, la tiranía, la barbarie, el desconocimiento de los afectos mas tiernos de la naturaleza, la relajacion de los vínculos mas dulces de la familia, el despotismo en todas sus manifestaciones, desde el despotismo del César en el imperio, hasta el del marido y del padre en el hogar doméstico; el desprecio á la dignidad humana; la blasfemia contra lo mas santo: y todo esto envuelto bajo repugnante mortaja de inmoralidad, de corrupcion, y de licencia asquerosísima. El lujo y el esplendor de las artes deslumbran en esa ciudad los ojos del cuerpo; pero los vicios de que está impregnada, y que su ambiente forman, y que por do quier se respiran, llenan el alma de amarguísima tristeza, y nublan con nublos de dolor el pensamiento.

El mundo ha avanzado desde el tiempo en que murió Pompeya acá, distancias inmensurables. Lo que era bueno entonces, y agradable á los dioses, es crímen ahora, y digno de castigo á los ojos de

Dios; lo que se veia en esa época como natural y ordinario, y formaba la vida de la humanidad, hace hoy cubrirse de rubor la frente de la humanidad moderna; las glorias sanguinarias, sensuales y feroces de aquellos tiempos, son la execracion, el odio ó el desprecio de los presentes. Y es que entre el mundo romano y las nacionalidades modernas, entre los hombres de entonces y la humanidad de ahora, se ha puesto de por medio el cristianismo, que ha venido á dar amor al corazon, luz á la inteligencia, y civilizacion al mundo!

Es cierto que la antigüedad comprendió mejor las artes que nosotros; pero ¿qué valen las artes comparadas con la filosofia, la moral, y el derecho? Las artes fueron hijas de la idolatría. Nosotros no necesitamos idealizar la materia para atribuir perfecciones á Dios. La materia fué perfeccionada cuando era el ídolo de la humanidad; pero pasada esa época de degradacion y de miseria, el espíritu ha venido á sustituirla, y hoy es la tierra mundo de espíritus, que de cosas espirituales vive, y gira en torno de Dios, inmenso espíritu de cuyo potente soplo salieron y se alimentan todas las cosas.

La justicia eterna descargó su brazo sobre Pompeya, porque era la ciudad de los placeres, la ciudad de la concupiscencia, la ciudad consagrada á la impúdica Vénus. Por iguales delitos fué sepultada la Pentápolis en Canaan, bajo el fuego del cielo. Pero como no solamente Pompeya se habia hecho acreedora al castigo, porque no solamente ella habia delinquido; el imperio entero, el orbe romano, el mundo antiguo que se habia entregado á los mismos desórdenes, á abominaciones idénticas, y estaba consagrado tambien á la diosa abyecta de los amores sensuales, pereció á fuego y hierro, ahogado en su propia sangre, quemado con sus mismos despojos, y en sus propios escombros sepultado! Bien se echan de ver en las huellas de esta inmensa justicia, los rastros de la misma espada vengadora, ministro de las iras de Dios, que hirió á Nínive, Babilonia, y las cinco nefandas ciudades que yacen hoy sepultadas bajo las aguas amargas del lago Asfaltito!

CAPILLA ALFONSINA

III

Otro dia volví á Portici. De aquí pasé á Resina, que está edificada sobre Herculano. En Resina me proporcioné «una vetura,» y emprendí la ascension del Vesubio. Las fértiles laderas fueron haciéndose mas y mas estériles á medida que avanzaba el carruaje, hasta llegar á un punto donde toda vegetacion murió, y no se veian por todas partes mas que inmensos hacinados de lava.

Aquellos negros hacinados, formados por chorros de materias hirvientes, que como rios de fuego se han derramado del cráter, endurecidos ahora, parecen montañas de enormes serpientes negras y retorcidas.

Sobre los campos cubiertos de lava, vénse acá y allá salir los tejados de algunas casas, ó las cúpulas de algunas iglesias, únicos restos visibles de poblaciones enteras que han sido sumergidas debajo de estas materias inflamadas en las grandes erupciones. Bajo la costra endurecida de la lava se conserva el calor tan acentuado todavía, que es casi fuego; en algunas cuevas que los «ciceroni» muestran, mírase todavía la lava encendida, como ascua prodigiosa. Son los restos del fuego de la última erupcion de 70.

Subí en coche toda la montaña hasta llegar á la Ermita, que es un edificio de madera donde hay un observatorio, una biblioteca y una oficina de telégrafo. Hay allí un vigía encargado de observar el volcán noche y dia, el cual conoce perfectamente cuando el Vesubio va á entrar en erupcion. Tan luego como descubre estos signos alarmantes, telegrafía la noticia á las poblaciones que se encuentran asentadas á la falda de la montaña; con lo cual todos los habitantes de ellas se ponen en salvo con la parte mas manual de sus intereses.

Pasado el peligro, los habitantes vuelven á sus respectivos lugares, donde viven como viajeros, esperando siempre que se les comunique la órden de marcha. La lava del Vesubio tiene la virtud de fecundizar admirablemente la tierra que cubre, aunque pasado algun tiempo; y el amor á estas tierras fértiles es lo que determina á los habitantes de los lugares vecinos á no abandonarlos. Muchas veces sucede que los campesinos incrédulos no aprovechan el aviso del telegrafista de la Ermita, de donde resulta que no se apresuran á huir, y perecen cuando la erupcion llega. Lo mismo suele acontecer á los que, demasiado apegados á sus intereses, no quieren partir antes de haber puesto en salvo todas y cada una de las cosas que poseen. Esto fué lo que aconteció á los habitantes de Pompeya, de los cuales se salvó la mayor parte; no habiendo perecido sino los avarientos, que á pesar del peligro, determinaron quedar en la ciudad para procurar llevarse consigo sus riquezas.

En la Ermita descendí del coche, y conducido por un «cicerone,» emprendí á pié la parte del camino que me faltaba. Para sobrellevar las fatigas de la travesía, tuve buen cuidado de llevar conmigo una botella de «lacryma Christi,» que me vendió un hombre que se dice solitario y que no es mas que un fondista y comerciante al menudeo.

La Ermita está muy distante todavía de la cima del monte. Hay que atravesar primeramente una especie de llanura que se extiende entre ella y el Cono, y esta travesía es muy larga y molesta, pues la lava ya pulverizada presenta una superficie movediza donde se hunde la planta. Rendido de fatiga llegué al pié del cono, y me fué preciso tomar allí largo descanso. Dos maneras hay de subir el Cono cómodamente: en litera llevada por cuatro hombres, ó bien estirado por delante y empujado por detrás por dos conductores. La primera manera es la mejor, pero sobre costar mucho, es empleada solamente por las mujeres muy débiles y por los enfermos. La segunda es mas fatigosa, y las personas que la emplean presentan un triste aspecto, que

CAPILLA ALFONSINA

da mucho que reir á los conductores, pues los viajeros ayudados de este modo parecen muebles ó cuerpos inanimados. Me resolví por consiguiente á subir por mi pié sin ayuda de nadie.

Los flancos del Cono son de tal suerte empinados, que es preciso caminar por ellos con el cuerpo echado hácia adelante, hasta el grado de tocar casi con las manos el piso. A esto hay que agregar que la lava está aquí de tal suerte pulverizada, que es como menuda arena, de donde resulta que el pié se hunde y resbala, y que se avanza en cada paso insignificante distancia.

Mucho tiempo tardé para llegar á la cima, y preciso me fué detenerme mil veces á tomar aliento, pues las fuerzas me abandonaban con harta frecuencia. Exhausto y desfallecido llegué al término de mi ascension. Pero no me arrepentí de haberla hecho, á pesar de mi indecible fatiga.

Por todas partes hay pequeñas bocas abiertas allá arriba, por donde salen silbando columnitas de humo que derraman un insoportable olor de azufre. El piso está ardiendo como si fuera un horno. Las suelas de mi calzado quedaron totalmente quemadas, como si hubiera yo andado sobre brasas. Mi «cicerone» levantó una piedrecita, y encendió su cigarro en otra piedra que quedó descubierta y que parecia estar apagada. Yo, imitando su ejemplo, metí mi baston de madera blanca en aquel agujero, y al punto la madera ardió y levantó llamas por todas partes.

Me llegué al cráter y lo contemplé durante largo espacio de tiempo. Su diámetro es muy grande. Las enormes piedras picudas y tajadas á pico que tiene en contorno, están pintorescamente teñidas de mil colores, por el azufre. Gigantescas columnas de humo se escapan de las entrañas del coloso. Mas adentro no se mira sino enorme oscurísimo agujero. Un olor insorpotable de azufre corta la respiracion, y causa vivos accesos de tos. ¿Cómo describir aquel espectáculo grande, imponente, majestuoso, divino? Inmenso pánico se apodera del corazon al considerar aquella abierta negra boca, humeante y silenciosa. Bien se concibe que los paganos hayan creido ver aquí la boca del infierno. ¡Ah! no es nada el hombre. Miserable insecto que tiembla en presencia de las grandes obras de la naturaleza. Hace poco un inglés, queriendo bajar por las peñas del cráter, perdió pisada y se precipitó en el abismo. Ni un golpe se oyó, ni un lamento. Los que le vieron caer permanecieron inmóbiles. Nadie pudo ni pretendió auxiliarlo. El hombre allí era impotente á pesar de ser el rey de lo creado. Horroriza pensar lo que seria de aquel pobre inglés, despeñado en las entrañas de fuego del gigante. De su cadáver no ha de haber quedado rastro en aquella inmensa ebullicion de materias incandescentes. El hombre se anonadó perdido en aquel horrible océano de lumbre.

La ascension al Vesubio no es solamente interesante por la contemplacion del cráter, sino tambien por la del hermosísimo panorama que desde la altura se descubre. El Mediterráneo se extiende al occidente, y va á confundirse allá á lo lejos su tranquila superficie con la del cielo; mas acá, y á los piés de la montaña, se domina el pintoresco golfo en toda su extension, desde el promontorio Campanella hasta el Miseno, y se miran á la orilla de la tierra asentadas las poéticas poblaciones que parecen sumergir las plantas en las aguas. A lo lejos se mira Sorrento, esa mansion encantada que engendra poetas, porque está impregnada de poesía. Al pié del volcán, y al sur, se mira Pompeya, con sus calles solitarias y sus casas en pié, como vasta necrópolis de un pueblo muerto. El sol que toca á su ocaso, hace del mar inmenso piélago de lumbre, con los rojizos reflejos de su auréola. El globo de fuego del astro del dia, se mira á mitad oculto entre las aguas, como si fuera á apagarse en las frias ondas, á manera de una ascua gigantesca.

CAPILLA ALFONSINA

IV

Mi postrera excursion durante mi permanencia en Nápoles, fué á la «gruta azul» de la isla de Capri, y á Sorrento. La «gruta azul» tiene una entrada muy estrecha, y los barqueros necesitan aguardar el momento propicio para hacer penetrar el bote por ella. Es preciso bajar la cabeza para no chocar contra la roca; pero una vez franqueado este paso, se entra en la gruta, cuya bóveda es elevada. Al principio nada se distingue, y negra oscuridad reina en contorno; pero pasados algunos instantes, se ven distintamente todos los objetos coloreados de un hermoso azul, á merced de dulce luz que por la entrada penetra. Las aguas clarísimas, las rocas, las estalactitas que cuelgan acá y allá en formas caprichosas, la misma barca y el barquero, todo estaba teñido de esta tinta suave, y me parecia aquel cuadro la vision fantástica de un sueño.

Salí de la gruta sin dificultad, cosa no muy general, pues cuando hay marejada las barcas tienen que permanecer dentro de la gruta hasta que la mar se tranquiliza, porque la entrada queda obstruida totalmente por las olas embravecidas.

No visité la isla de Capri, donde vivió entregado á los mas locos desórdenes el mónstruo Tiberio, y donde pereció sofocado entre las almohadas de su lecho. Queria llegar á Sorrento, y el dia iba ya muy avanzado.

Surcando la superficie azul del mar tranquilo, llegué en breve espacio á mi destino, porque el viento nos era favorable, y la blanca vela del botecillo iba hinchada, y las jarcias tendidas.

A la mitad del dia llegué á Sorrento. No sin emocion pisé las playas de su golfo, y me parecia sueño pisarlas. ¡Cuántas veces habia

deseado visitar esta tierra encantada, jardin suspendido sobre una altura á la orilla del mas hermoso de los mares! Sí; mi imaginacion conocia ya estos sitios que más pertenecen al mundo de las ilusiones que al de la realidad.

Cruzo sus calles, y todo lo hallo admirable. La ciudad, en verdad, es pequeña, y no tiene mas que nueve mil habitantes; pero todo en ella es risueño y poético. Las montañas exuberantes de vegetacion que se alzan á la espalda, las elegantes casitas rodeadas de huertas y jardines, la vista del mar cuyas olas juguetonas se estrellan en la playa levantando blancos plumajes de ruidosa espuma, el sol brillante y alegre que derrama una luz suavísima, el cielo azul puro y sereno, el aire embalsamado que sopla llevando en sus alas el aroma de las florestas; todo es bello hasta lo sublime, y contribuye para despertar en el pensamiento el amor por lo ideal y lo poético.

Llego al hotel del Tasso, y pregunto por las habitaciones del gran poeta.

—Nada queda de ellas,—se me contesta;—la casa de Torquato se levantó en este sitio, pero ha sido convertida en hotel desde hace años.

¡Atroz profanacion de un lugar santo! Así es como el vil interes del lucro defrauda á la humanidad sus mejores prendas, y las que mas ama, como son las cosas que á los génios pertenecieron y que están impregnadas de su pensamiento. Sorrento es el Tasso; y si los rastros del Tasso son borrados de aquí, es que Sorrento no comprende que esos rastros son los mejores timbres de su gloria.

En la plaza principal de la ciudad hay miserable estatua levantada al gran poeta. Es el único monumento que su patria ha podido dedicarle. Pero la humanidad, mas justa que Sorrento, venera la memoria del Tasso, y escribe el nombre de Torquato al lado de los de Homero y Virgilio. ¡Por fortuna es el mundo la patria de los genios!

Un recuerdo tambien vino á cruzar por mi mente durante el tiempo que permanecí en Sorrento: el recuerdo de otro poeta no menos

CAPILLA ALFONSINA

grande que el Tasso, del poeta de las melancolías y de las ternuras, de Lamartine, alma bellísima, grande, pura y diáfana como el espacio azul de los cielos. Recordé sus amores, pensé en Graziella; y lleno mi corazon de estas memorias, bajé á la playa por ver si podia encontrar la tumba de la enamorada doncella á quien su amor al poeta cortó el hilo de la vida. Y buscaba yo al pié de los naranjos, apartando el musgo con mis manos, por si fuera posible que allí estuviese la sepultura de la nieta del pescador de Prócida. Y repetia mentalmente los inimitables versos que Lamartine escribió sobre este asunto, con el título de «Le premier Regret:»

Sur la plage sonore où la mer de Sorrente
Déroule ses flots bleus au pied de l'oranger,
Il est, près du sentier, sous la haie odorante,
Une pierre petite, étroite, indifférente,
Aux pieds distraits de l'étranger.

La giroflée y cache un seul nom sous ses gerbes,
Un nom que nul écho n'a jamais répété!
Quelquefois cependant le passant arrêté,
Lisant le nom et la date en écartant les herbes,
Et sentant dans ses yeux quelques larmes courir,
Dit: «Elle avait seize ans! C'est bientôt pour mourir!»

CAPITULO II

EL MEDITERRÁNEO.

Enero 9. 1873.

DESDE mi salida de Paris, me habia acompañado con un jóven chileno, Demetrio Lasso Errázuriz, excelente amigo mio con quien bien pronto me ligaron vínculos de cariño y aprecio destinados á no desatarse nunca. El queria viajar por la Tierra-Santa, como yo, y juntos llegamos á Nápoles con este pensamiento. Pero al acercarse el tiempo de la partida, Demetrio desistió de su empeño por el delicado estado en que por entonces se hallaba su salud; y me ví precisado á emprender solo, este largo y azaroso camino.

Llegó el dia nueve de Enero en que debia embarcarme para Oriente. Tomé un billete de ida y vuelta de Nápoles á Alejandría, en uno de los vapores de la compañía Rubattino de Génova, llamado «Egitto.» Mi amigo Lasso Errázuriz vino á acompañarme hasta á bordo, y allí nos despedimos, no sin gran sentimiento, confiando en que volveriamos á vernos en Nápoles dentro de pocos meses.

A la una de la tarde se puso el buque en movimiento. El dia estaba tristísimo, el cielo nublado, y fria la atmósfera. Alguna que otra gota de agua sutil y acompasada, se desprendia de las nubes ce-

CAPILLA ALFONSINA

nicientas. La melancolía del panorama que me rodeaba, junto con la inmensa impresion que me causaba enderezar mi rumbo hácia esa parte del mundo, me tenia sumido en silencioso sopor, que era como un letargo causado por el exceso del sentimiento. A estos afectos encontrados venia á reunirse como un vago temor que me causaba emprender solo este largo viaje, lejos de mi familia, desamparado del único amigo con quien contaba en este continente, y sin tener siquiera el consuelo de que el cuidado maternal de la patria me siguiera á esos lejanos países; pues bien sabia que la República mexicana no tiene representantes diplomáticos en ellos. Por otra parte, me halagaba la idea de emprender esta aventura, pasando la raya que ordinariamente marca el «hasta aquí» á los viajeros de mi patria.

El buque avanzaba, y yo miraba quedar allá la Europa, y me encontraba bogando hácia el Africa. Visitar el Egipto y la Palestina, habia sido siempre para mí un dulce sueño, que habia temido no realizar nunca. Y ahora me veia ya en camino de realizarlo; y votos de agradecimiento se elevaban de mi corazon á Dios que me permitia gozar dicha tamaña.

Héme aquí por fin, navegando en el Mediterraneo, este mar que ocupaba el centro de la tierra de los antiguos, que por esta razon así le apellidaron. Esta es la que los hebreos miraban desde Jaffa, y llamaban atónitos «la gran mar.»

Al presente el Mediterraneo, comparado con los oceanos, es mar pequeña, y el Atlántico merece mas justamente ese nombre. Todo ha cambiado en el mundo moderno. La faz de la tierra no es la misma; pero el pasado con sus ignorancias, es augusto á nuestros ojos. Los pueblos que nos precedieron dejaron recuerdos venerandos, y los nombres que ellos dieron á las cosas, el presente los respeta, y la humanidad los guarda para evocar la historia al repetirlos.

En estas aguas se realizaron todas las revoluciones que afectaron al mundo durante miles de años. Por aquí condujeron los fenicios sus naves cargadas de riquezas; los griegos y los cartagineses, las

colonias que establecieron en países lejanos; y los romanos sus legiones invencibles que sojuzgaron el universo. Asomadas á sus costas, las naciones antiguas se contemplaron, y por el comercio ó la guerra se invadieron mútuamente; y á su turno señoras ó esclavas, se dieron en su fusion providencial, su civilizacion, sus artes, y sus leyes.

Al mismo tiempo que este piélago servia de vía de comunicacion entre los hombres, era barrera invencible para un pueblo solo. El pueblo hebreo, conducido en su marcha por la mano misma de Dios, yacia en un rincon de la tierra, encerrado al oriente por sus montañas, y al occidente por estas aguas que no le fué permitido atravesar nunca. De esta manera la verdad estuvo guardada por espacio de treinta siglos, en un país por todas partes secuestrado al mundo; como se guardan preciosos aromas en ampollas cerradas para que su esencia no se pierda con el contacto del aire externo. Sonada la hora de la oportunidad, la mano misma que crió los astros, dió salida al perfume de su santa ampolla; y el ambiente del mundo fué purificado, y se inundó de divinos olores. La ampolla, en tanto, quedó vacía de su contenido precioso, y los hombres la hollaron bajo su planta, y Dios la abandonó en manos de los hombres para que la hollaran.

Ahora la tierra de los hebreos, que es segunda cuna del género humano, se encuentra habitada por infieles que no la veneran, sino que la oprimen y la ultrajan; y de los cuatro puntos del globo vienen peregrinos á visitarla para llorar sobre su tristeza, y decir con el profeta: «¡cuán desolada está la nacion que pobló gente innumerable!»

Hay en la tierra justos para quienes conocer la Palestina seria la suprema dicha de la existencia; almas piadosas para las cuales esas regiones no han dejado de ser la tierra prometida. Y esos justos mueren sin realizar sus ardientes votos, mientras que yo sin grande afan llevo los mios á término. Las virtudes del alma, la fuerza del espíritu que engendra los santos, la beatitud del sentimiento que hace

CAPILLA ALFONSINA

desfallecer el corazon con el amor divino, siento que me hacen falta; y todo esto deberia tenerlo para entrar en la tierra que habitó el Dios-Hombre, y pasar allí dias sobrehumanos de lágrimas y de éxtasis.

¡Adios, América, mundo jóven que te levantas lleno de lozanía y de vida, y te lanzas á la lucha del progreso teniendo fé en tu victoria, porque piensas que el porvenir es tuyo! ¡Adios, suelo donde nací, lugar de recuerdos risueños y puros! ¡Adios, patria de mis padres, de mis amores, que guardas para mí los tesoros de sentimiento que son la virtud de mi vida! Parto aun mas lejos de tí. Voy á aumentar la distancia que de tí me separa.

¡Adios, Europa, viejo mundo cargado de sabiduría y de experiencia, que eres el foco de luz de la edad moderna, donde las maravillas del génio se ostentan en todo su esplendor! ¡Queda allá coronada de los laureles de triunfo que ha tejido para tí la historia durante miles de años! He disfrutado tu hermosura, he visto brillar tus glorias, y me he sentido arder con el fuego de tu idea sublime.—

Al alejarnos del puerto, el panorama que se presentó á nuestros ojos fué encantador. El golfo de Nápoles, el mas renombrado del mundo, es bello como ilusion de los cielos. Por una parte se mira la ciudad asomándose en forma de anfiteatro sobre las aguas azules; por el otro el Vesubio, destacando su mole gigantesca sobre la inmensidad del mar y del espacio; y una multitud de lugares pequeños y pintorescos asidos á la falda del volcán dormido. Portici, Torre del Greco, Torre dell'Annunziata, Castellamare, Sorrento. ¡Qué mundo de pensamientos y de poesía despiertan en el alma estos solos nombres! El espíritu se siente anegado en un océano de melancolía, mientras los ojos vagan desde las aguas al cielo, desde Nápoles hasta el Vesubio, y se páran extáticos á contemplar los blancos caseríos que se asientan á las faldas del golfo como mansiones de hadas.

Pasamos al cabo Campanella, y nos encontramos en frente de la isla de Capri. Por un lado se presenta esta como un formidable

escollo formado por la roca viva, mientras por el otro se ven los campos verdes y las aldeas desparramadas sobre la verdura en desórden artístico.

Mientras pude mirar tierra de Europa, no me ocupé de otra cosa que contemplarla, como si aquella fuese la última vez que la mirara, y supiese que se me escapaba para siempre. Pero perdido que se hubo en el brumoso horizonte el último perfil de las lejanas playas, obligado me ví á concentrar mi atencion en el pequeño mundo donde me hallaba, y que avanzaba sobre las aguas. Eché una mirada á los pasajeros, por saber á qué atenerme respecto de aquellos compañeros forzosos que iba á tener por espacio de cinco dias. Una familia de irlandeses, compuesta de dos matronas grandes y gordas y un caballero, dos parejas de casados americanos, un italiano tísico y otro bien acondicionado, y un eclesiástico alemán viejo, alto y grueso; tal era, en resúmen, la tripulacion del «Egitto.» Desde luego comprendí que con ninguna de las personas que viajaban conmigo podria confrontar y entrar en sociedad, para hacer menos larga y fastidiosa la travesía; porque todas aquellas caras, con excepcion de la del eclesiástico, me eran igualmente desagradables y antipáticas.

Enero 10.

Amaneció el cielo mas cubierto de nubes que el dia anterior. El mar estaba casi negro. Grandes olas, cual ambulantes montañas, se levantaban á lo lejos y venian siempre creciendo á azotar el buque de través. Soplaba un viento muy fuerte del noroeste, que hacia caminar la embarcacion recostada sobre uno de sus flancos. Yo venia en el puente contemplando aquel imponente espectáculo, y mirando cómo el buque se precipitaba en los abismos que dejaban entre sí al abrirse las olas, para volver despues á levantarse sobre ellas, y á subir hasta su cresta. La embarcacion iba dejando tras sí rastros de espuma, y el agua hendida velozmente por el navío venia á azotar

CAPILLA ALFONSINA

el puente de tiempo en tiempo, como queriendo cobijarnos bajo su negro manto de ira.

Llegada la hora del almuerzo, la mesa estuvo desamparada. Todos los pasajeros estaban mareados, menos el pobre tísico italiano, á quien hubiera salvado tal vez el mareo, y que por lo mismo no podia marearse. De manera que solo tres personas estuvimos á la mesa: el capitan del buque, el pobre tísico, y yo.

Debajo del mantel estaba puesta la parrilla de madera, nuncio indubitable del mal tiempo, que sirve para que los platos no rueden por el suelo, y á la cual llaman los marineros «parrilla del diablo.» El comedor, á causa de la tempestad, estaba de tal manera oscuro, que preciso fué encender las lámparas, como si hubiera sido de noche. A pesar de la parrilla, como era tan veloz el movimiento del buque, los vasos y las botellas caian de la mesa, y el contenido de los platos se derramaba sobre el mantel ó sobre nuestras rodillas. Yo tomé el partido de tener el plato en la mano para defender mejor mi alimento, y aun así no pude comer sin gran dificultad, teniendo que andar á cada paso á caza del pan que saltaba sobre la mesa. La escena hubiera sido divertida para mí, á no haber intervenido el mal resultado que me produjo la falta de aire en el comedor. Además de esto, siempre que hay mal tiempo se percibe mas pronunciado el olor del alquitrán, y este olor es eficacísimo para ocasionar el mareo. No pude resistir mas, y dejando el plato que tenia en mi mano, me dirigí á mi camarote para meterme en la litera. El tísico y el capitan quedaron riendo al verme abandonar el campo, porque á bordo es costumbre que el mareo cause risa, y que los que no se mareen rian de los que se han mareado.

Toda la tarde la pasé metido en mi camarote, y sintiéndome extenuado, desesperado, sin un momento solo de descanso. Es el mareo una enfermedad terrible; es grande como la mar que la produce; es rebelde como el movimiento de las ondas; podria decirse que es la rabia del oceano que se venga del poder del hombre, y que cobija á este bajo su inmenso vaho de vientos iracundos, impregnados de sales.

Al caer la tarde el viento se apaciguó un tanto. En el instante mismo en que cesó el movimiento del buque, todos los pasajeros salieron de sus camarotes y subieron al puente. Yo seguí á los demás y subí tambien sobre cubierta. El eclesiástico alemán se acercó á mí y me preguntó cómo habia pasado la tarde.

—Muy mal, señor, le contesté.

—Pero de seguro no tan mal como yo, me dijo con fisonomía compungida: imagínese vd. cuál será el sufrimiento de un viejo mareado á los setenta años.

—Debe ser terrible.

—¿Sabe vd. lo que pensaba hoy durante el tiempo que me duró esa atroz enfermedad? Pensaba que á la descripcion del infierno le falta un requisito para que acabe de ser espantosa. Al fuego, al crugir de dientes, á los inmensos dolores y á la desesperacion, es menester agregar el mareo. Si yo fuera pintor, haria un cuadro figurando el infierno como buque lleno de llamas, caminando sobre mar tempestuosa.

Yo reí de la ocurrencia del eclesiástico, porque despues de las penas que acababa de sufrir, me pareció de una felicidad rara.

De allí el padre me habló sobre asuntos científicos, y desde luego comprendí que era un hombre de vasta instruccion. Díjome que se llamaba el doctor Stendall, que era del ducado de Luxemburgo, y que tenia en su país un colegio á su cargo.

Poco tiempo despues volvió el mar á entrar en agitacion, y todos los pasajeros regresaron á sus camarotes, yo incluso. Metíme en seguida en mi litera, tratando de conciliar el sueño, único consuelo que la aciaga suerte deja á los mortales en casos semejantes. El buque tenia movimientos laterales de tal modo violentos, que la ventanilla de mi camarote se hundia en el agua, y el buque caminaba de costado. Las olas subian á la popa y la anegaban, y el agua filtraba gota á

CAPILLA ALFONSINA

gota por las junturas de la madera del techo de mi estrecho aposento. El buque á la verdad era bastante grande, pero en medio del piélago alborotado no era mas que un «pobre leño,» como dicen los poetas, continuamente levantado á las crestas de las ondas y sumergido en los profundos pliegues de aquella agitada sábana inmensurable.

No habia cosa que pudiera permanecer en su sitio en medio de aquel balanceo despiadado. El silencio de la noche era interrumpido por los rugidos del mar, por el sordo trabajo interior de la máquina, cuya enorme hélice me parecia tener pegada á mi oido, y por el ruido de la cristalería que alhajaba el buque, que se quebraba, de los pobres pasajeros que caian de sus literas con grande estrépito, y de toda la gente mareada que parecia estar próxima á arrojar los intestinos por la boca.

Imposible me fué cerrar los ojos al «blando sueño» en toda la noche. Mi cuerpo no cesaba de andar á tumbos sobre los dos costados de la litera, y aun me ví precisado á amarrarme á un barrote del muro por medio de un cinturon de cuero para no rodar por el suelo, cosa que me hubiera desagradado bastante. En vela pues, y con el cerebro excitado por el insomnio, no sé qué ideas me venian al sentir las aguas agitarse debajo de mi cuerpo, alzarse soberbias, precipitarse ciegas, rugir airadas, de comparar la mar con inmenso bruto, que hubiese querido sacudir de su espalda colosal la osada carga que tenazmente se le adheria; y que revolvia sus lomos, levantaba su negra piel, rehuia prestar apoyo á esa pequeña carga, y rugia y espumaba rabioso al encontrarse impotente, siendo tan grande y poderoso, para luchar contra enemigo tan insignificante y débil.

Enero 11 de 1873.

A la madrugada entró el mar en calma, el buque en silencio, y yo logré quedarme dormido. Pero apenas habia cerrado los ojos, cuando oí llamar á la puerta de mi camarote.

—Señor, señor, decia una voz.

—¿Qué se ofrece? pregunté con tono de enfado.

—Levántese vd. que vamos á pasar dentro de poco por entre Scila y Caribdis.

En aquel instante reconocí por la voz, que mi interlocutor no era otro que el Dr. Stendall.

—Ahora mismo, doctor, contesté cambiando de tono.

Y en efecto, aunque soñoliento y maltrecho por la noche de fatiga que acababa de pasar, hice un heróico esfuerzo, y estuve en pié, vestido y delante del alemán, en menos tiempo del que gasto en contarlo.

Subimos sobre cubierta. El dia comenzaba apenas á esclarecer el lejano horizonte. El panorama habia cambiado totalmente, pues en lugar de aquel cielo oscuro y lleno de nubes del dia anterior, se ostentaba hoy á mis ojos un limpio, azul y trasparente espacio, que los ángeles parecian haber lavado, como dice Víctor Hugo; y en vez del agitado mar de olas espumantes que habia traido á tumbos al pobre buque durante larguísimas horas, caminábamos hoy sobre las aguas inmóbiles, que presentaban la superficie tersa y compacta, de una mar de aceite, segun la expresion de los franceses. Soplaba viento suave, ligeramente fresco, que nos azotaba el rostro como si nos hiciera caricias. La mañana estaba deliciosa, y su benéfica influencia bien pronto me puso en estado de olvidar las desventuras pasadas, mirándolas huir cual sombras al aparecer las dichas presentes.

—Hermosa madrugada! murmuró el Dr. Stendall.

—Hermosísima, le contesté, justa compensacion de la noche cruel que acabamos de pasar.

—¿Dónde se imagina vd. que la he pasado yo?

—En su camarote de vd., metido en la litera, y amarrado tal vez, como me ha sucedido á mí.

—No, señor, la he pasado aquí, sobre cubierta, porque allá abajo me sofocaba y tenia fiebre.

CAPILLA ALFONSINA

—De manera que no ha dormido vd. en toda la noche?

—Ni un momento.

—Lo mismo me ha acontecido á mí, con escasa diferencia.

—Pero he gozado aquí de tan delicioso fresco, que no me encuentro cansado.

—Yo me sentia muy descoyuntado al acabar de levantarme, y ahora que he recibido en la cara este vientecillo tan agradable, estoy fuerte como si hubiera dormido doce horas.

El doctor cambió repentinamente de conversacion, y despues de mirar un momento la luna que brillaba todavía, aunque ya descolorida, en la mitad del cielo, me dijo:

—Hace una hora que el tiempo se ha serenado. Anoche creí que íbamos á naufragar. La agitacion del mar en medio de la oscuridad, se siente mucho mas formidable. He pasado la noche sentado en este banquito, y asido con entrambas manos al barandal del buque. Las olas que llegaban hasta aquí, me bañaron varias veces. Ahora mismo acabo de cambiarme ropa. Cuando vi que el cielo se despejaba hace poco, y aparecer la luna, se me ocurrió una idea que es mas bien un problema que voy á proponer á cierto amigo mio, en una carta que pienso escribirle. El problema es el siguiente: son las cuatro de la mañana, la luna brilla en el cielo, y se encuentra tan exactamente en línea recta encima de mí, que la sombra que proyecta mi cuerpo sobre el pavimento, es el resultado de mi perpendicular. Puesto lo anterior, ¿á cuántos grados de latitud deberé encontrarme en el globo terrestre; ó mejor dicho, en qué lugar deberé hallarme, para que el once de Enero á las cuatro de la mañana, caigan los rayos de la luna matemáticamente perpendiculares sobre mi cabeza?

—Bonito problema, en verdad, exclamé, y que no seria posible que yo lo resolviera, si no supiese que nos encontramos á poca distancia de Sicilia.

—Y sin embargo, es harto sencillo.

—Sí debe de ser; pero confieso de mí que soy muy ignorante en todo lo tocante á los cuerpos celestes con relacion á la tierra.

Con estas y otras pláticas divertimos el tiempo hasta las seis de la mañana, hora en que ya el sol comenzó á asomar como globo de fuego, sobre la inmensa superficie del inflamado mar. Allí estaba la tierra. Mirábamosla á la diestra y la siniestra mano: la una era la costa de Italia, y la otra la de Sicilia.

—Atencion, me dijo Stendall; dentro de un momento vamos á entrar en el estrecho de Messina.

Miré con avidez hácia delante, tratando de abarcar hasta los menores detalles que tenia á mi frente, en una sola ojeada. Ví entonces un estrecho paso que se abria el mar entre la Sicilia y la Italia, especie de canal practicado de seguro por el Mediterráneo en épocas prehistóricas, separando las tierras que la naturaleza habia formado unidas. Por aquella angosta abertura se dirigió el buque. El timonero gobernaba el «Egitto» á su antojo, como un hábil ginete gobierna el brioso corcel por la brida. La quilla iba levantando espuma al hender las aguas, que eran como terso límpido espejo convertido en perlas, y el buque caminaba velozmente sobre el abismo.

Vamos pasando el estrecho, por decirlo mejor, nos encontramos entre «Scila» y «Caribdis,» en el terrible «fretum siculum» de los romanos. Me imaginaba que seria de tal suerte angosto, que apenas podria pasar una embarcacion; pero no es así, sino que seria posible que pasaran hasta cuatro al mismo tiempo.

—¿En qué consiste que sea tan temido este estrecho? pregunté al Dr. Stendall,—veo que la fama exagera demasiado respecto del peligro que corren aquí las embarcaciones.

—Ahora no puede vd. juzgar sobre esto, me contestó, porque la mar está en calma; pero cuando hay marejada es cuando se ven las cosas como son. El ímpetu de los vientos puede empujar los buques á un lado ú otro del camino que nosotros llevamos, y con esto el naufragio es inevitable. No toda la anchura del estrecho es igualmente

CAPILLA ALFONSINA

navegable, porque del lado de Calabria hay una especie de cabo ó península que avanza considerablemente en el mar, y es un escollo terrible para los buques. Mírelo vd., allí está, es el «Capo Sciglio» de los modernos, y el «Scila» de los antiguos.

En efecto, ví hácia las costas de Italia una larga lengua de tierra que se adelantaba en el estrecho, terminada por una punta formada por las rocas.

—Ahora dirija vd. la vista hácia esta otra parte, continuó el aleman extendiendo su mano en direccion de la Sicilia. El cabo que vd. mira allí, es el de Faro. Muy cerca de él notará vd. un violento remolino que hace el mar. Ese remolino es el Caribdis, que no tiene menos de cien pasos de diámetro.

Volví los ojos allá, y ví el precipitado movimiento circular de las aguas. Entonces comprendí la razon por que este paso ha alcanzado tan famoso renombre por su dificultad y peligro, y me convencí de la exactitud de la frase usual que se emplea para designar una situacion peliaguda: estar entre «Scila» y «Caribdis.»

—El Caribdis, continuó el doctor, era muy temido en la antigüedad; hoy no es lo mismo para los hombres de mar, y aun los pescadores de Sicilia llevan allí intencionalmente sus botes para hacerlos dar vueltas en el remolino, lo cual les sirve de pasatiempo.

—En todo caso, murmuré yo, la diversion no deja de ser arriesgada.

—Ya se ve que sí, me contestó el anciano, porque este canal es de profundidad increible, pues la sonda no alcanza á encontrarle fondo. Aquí se observa tambien una cosa curiosa en gran manera, y es la rapidez y exageracion del flujo y el reflujo. Algunas veces sucede que los buques anclados son arrastrados por las aguas al medio del estrecho, á pesar de los dientes de fierro de enorme peso que los tienen asidos á la arena. La exageracion de estas altas y bajas del mar, se explica fácilmente por la opresion en que se encuentra el piélago en tan profunda angostura.

—Dispense vd., doctor, le interrumpí yo, ¿ha estado vd. otra vez en Sicilia?

—No señor, me contestó; es la primera que salgo de Luxemburgo.

—Es asombroso, en ese caso, cómo conoce vd. tan bien los sitios, cual si los hubiere visitado de antemano.

—Consiste, querido jóven, me respondió el anciano riendo con risa de satisfaccion, en que he pasado mi larga vida consagrada á los estudios y á la enseñanza. Yo conozco teóricamente casi todas las partes del mundo.

Envidia me causó el aplomo con que hablaba el Dr. Stendall sobre su ciencia, y mucho mas grande todavía cuando reflexioné que lo que presumia era cierto, pues la vasta ilustracion de que se hallaba dotado se le echaba de ver en la conversacion mas insignificante.

En un momento pasamos el riesgo, y dejando atrás el mar Tirreno, caminamos con direccion al puerto de Messina.

—Aquí tiene vd. las costas de Calabria, me dijo el doctor designándome las de Italia. Esas montañas salvajes que parecen estériles, podria la mano de la industria convertirlas en hermosas laderas cargadas de flores y frutos. En esta parte de Italia se vive casi en el estado salvaje. No hay seguridad, ni respeto á la vida del hombre, ni vías de comunicacion. Se viaja en coche por horribles despeñaderos, ó bien en borrico, lo cual es menos elegante, pero nada peligroso.

—¿Cómo se llama la poblacion que desde aquí se mira, único punto habitado en esas desoladas serranías?

—Es Reggio, capital de la provincia, célebre por los excelentes higos y piñas que produce. Esa ciudad ocupa el lugar de la antigua y espléndida Rhegium, que fué destruida por Dionisio el Antiguo. ¿Sabe vd. esa historia?

—No la recuerdo.

—Pues la referiré á vd., por ser muy propia del caso. Los ha-

CAPILLA ALFONSINA

bitantes de Rhegium, temerosos por su libertad, hicieron una liga contra Dionisio. Sin embargo, de allí á poco vinieron á un avenimiento, y Dionisio, en señal de alianza, hizo saber á los magistrados de la ciudad que deseaba tomar por esposa una jóven de las principales familias de Rhegium. Pero los padres de familia se negaron á prestar su consentimiento para que el tirano escogiera á alguna de sus hijas, diciéndole que le darian por esposa á la hija del verdugo. Encendióse en ira Dionisio al escuchar esta respuesta, puso sitio á la ciudad, y realizó tan completamente su venganza, que ni todo el poder de Dionisio el Jóven fué parte para restituir la desgraciada Rhegium á su esplendor antiguo.—

Pocos momentos despues llegamos al frente de Messina. El «Egitto» se detuvo á una distancia bastante larga de la orilla; y mientras llegaban los botes que deberian conducirnos á la ciudad, permanecimos en el puente el doctor y yo, devorando con la mirada las dos costas. Messina se asienta al borde del mar, y á las faldas de una especie de serranía que se levanta á su espalda. Esta serranía, que se dice ser una continuacion de los Apeninos, presenta un aspecto muy pintoresco por las caprichosas formas que afectan las innumerables montañas que la constituyen. La vegetacion que crece en esas alturas, es asimismo singular y caprichosa; árboles hay altísimos, de tallo esbelto y pelado, que van á echar ramas y hojas hasta su extremidad mas elevada, y otros que presentan sus ramas y su follaje dispuestos en direccion inversa, como ciertas plantas chinescas y las araucaias de la República de Chile.

La ciudad, mirada desde el mar, es de un efecto soberbio. Los extensos malecones que defienden su orilla, sus muelles espaciosos, y las magníficas construcciones que dan faz al estrecho, hacen pensar que este puerto es una ciudad encantada.

—Muy hermoso es el cuadro que ofrece el puerto, dije al doctor.

—Hermoso, me contestó; este es el país de las cosas extraordinarias. Nos encontramos en la Grecia Magna. En la tierra que tenemos

enfrente, en Crotona, ciudad de la Calabria, vivió el filósofo Pitágoras, cuya enseñanza contribuyó de una manera tan eficaz á la civilizacion de Italia.

Despues de un rato de contemplacion continuó Stendall:

—En el rigor del estío se observa en este canal un fenómeno de óptica bastante curioso. Es algo semejante al espejismo de los arenales de Africa. Cuando el sol comienza apenas á esclarecer el horizonte, y antes de que haya asomado su faz inflamada sobre el mar, si una persona desde Messina dirige sus ojos á la costa donde se asienta Reggio, y los fija en el espacio, descubre allí dentro de poco, formas de montañas, árboles, torres y palacios, cuyo conjunto viene á constituir la imágen de Messina; y si por el contrario se vuelve la mirada á esta ciudad desde la playa de la Calabria, se distingue tambien en el cielo, y á esta parte del estrecho, la imágen de Reggio. Evidentemente el fenómeno depende de la refraccion de la luz, pues que no puede observarse sino en el momento en que el sol va á salir, que es cuando la luz, por venir horizontalmente sobre la tierra, sufre una refraccion mayor, como se manifiesta por el gran tamaño con que se presenta el disco del sol. Pero los habitantes de Calabria y Sicilia buscan á tal fenómeno explicacion mas poética, que cuadre mejor con el espíritu amante de lo maravilloso de los hijos de los griegos. Dicen ellos, pues, que una hada, «la fata Morgana,» impera sobre el estrecho despóticamente, y que, con la intencion de engañar á los navegantes, hace que se dibujen en el cielo las formas de las costas. De esta manera los pilotos dirigen mal su rumbo, y van á estrellar sus embarcaciones contra los escollos de la orilla; y en el momento del naufragio, la hada baja como una nueva Circe, y se lleva consigo á los marinos mas jóvenes y hermosos.

—Deliciosa fábula, contesté yo, por lo que tiene de inventiva y de imaginacion; pero que no puede dejar satisfecho ni á un niño en los tiempos que corren.

—Es cuento bueno para ponerse en verso, puesto que métrica-

CAPILLA ALFONSINA

mente hablando, es lícito á los hombres «referir» y «cantar» las mas grandes mentiras.

En esto se acercó al buque un bote en busca de pasajeros que conducir á Messina. Como el capitan me habia dicho que el «Egitto» permaneceria algunas horas anclado, nos determinamos el doctor y yo á descender al puerto.

La familia irlandesa y las dos parejas de americanos que venian en el buque se decidieron á venir con nosotros á Messina. Una vez llegados al puerto, tomamos nuestro rumbo: Stendall y yo por un lado, las irlandesas por otro, y los americanos por otro, no sin darnos cita para el muelle á una hora señalada en que deberiamos regresar á bordo. El doctor y yo tomamos un coche; de otro modo, poco habriamos conocido de la ciudad, pues Stendall apenas podia andar á causa de los años.

Visitamos la ciudad durante tres horas. Poco ofrece de particular segun mi opinion: vista desde el mar parece una maravilla; pero no lo es realmente mirada de cerca. Recorrimos el Corso Vittorio Emmanuele; pasamos por el frente del teatro del mismo nombre; visitamos el jardin público, que es bastante bello, y nos detuvimos en la catedral, espacioso edificio cubierto con un techo de madera, y que no ofrece mas interes que la pintura que adorna la bóveda del coro, pintura venerable por su antigüedad, pero que nada tiene de perfecta.

A pesar de haber encontrado la ciudad inferior á lo que me esperaba, tuve un gran placer en haber pasado algunas horas en esta Sicilia tan célebre en la historia, y que fué tan gloriosa en otro tiempo. Los griegos y los cartagineses se la disputaron primero, y los cartagineses y los romanos mas tarde; y en los terribles combates que ensangrentaron su suelo, hubo hazañas heróicas, hubo guerreros prodigiosos que causaron y causan la admiracion y pasmo de los hombres: Cinias y Marcelo ciñeron allí á su frente la corona del triunfo; los Dionisios dieron ejemplos raros de crueldad ó de amor á la sabiduría,

y Arquímedes brilló como un astro entre los hombres para alumbrar la marcha del progreso al través de los siglos.

Llegada la hora convenida, nos reunimos en el puerto las irlandesas, los americanos y nosotros, y volvimos á bordo.

Al dejar Sicilia, la tripulacion se encontraba en el puente. Todos estábamos embebidos en la contemplacion del magnífico espectáculo que nos rodeaba: por un lado Messina al pié de pintorescas montañas; por el otro las costas de Calabria, serranías cubiertas de verdura que suspenden los ojos con su hermosura salvaje; arriba un cielo azul puro, sin una nube; abajo la mar, color turquí-oscuro, que se rizaba mansamente con los soplos del viento y lamia amorosamente las dos playas. Y atravesando por en medio de este cuadro sublime, cruzaba rápidamente nuestro buque, pequeño mundo desde donde la adoracion y el pasmo se alzaban como el incienso por los aires, hasta el trono del Infinito.

La nave camina y demasiado pronto se aleja de aquel foco de hermosura, y mis ojos quedan allá clavados donde há poco me encontraba, porque es la hermosura el centro de los ojos, como la verdad de la inteligencia, y el amor del alma. De pronto escucho una exclamacion general: ¡el Etna! ¡el Etna!

Efectivamente, allá á lo lejos, cerrando el horizonte, entre los mares y el espacio se alzaba un coloso; sus contornos inmensos se dibujaban sobre la lontananza llena de luz; gigante inmortal que asienta los piés en los abismos marinos y va á sumergir su frente en los abismos celestes.

Dentro de sus entrañas humeantes no habita ya el dios Vulcano arrojado del cielo, ni los cíclopes tremendos forjan los rayos de Júpiter; pero aun causa la admiracion de los hombres, como en otro tiempo. Al mirar su mole prodigiosa, el pensamiento se pára á considerar cuánto encierra de recuerdos de la mitología pagana, y cuánto de la majestad de la naturaleza. ¡Pirámide inmensurable que la tierra brotó de su seno, en la perpetua aspiracion de las cosas de abajo hácia los cielos!

CAPILLA ALFONSINA

Enero 13 de 1873.

Desde la madrugada hemos tenido á la vista las costas de Candia cubiertas de nieve. Candia es la antigua Creta donde reinó Minos, quien le dió leyes y extendió su imperio por el Archipiélago y las costas del Asia. Allí existió el célebre laberinto donde se supone haber pasado la fábula de Ariadna y de Teseo. Esa isla fué la patria de Idomeneo, uno de los héroes griegos vencedores de Troya. Conservó mucho tiempo su independencia, hasta que Metelo la sojuzgó al poder romano. Formó con la Iliria parte del imperio de Oriente, hasta que los sarracenos se apoderaron de ella en el siglo nono; y habiendo edificado allí una ciudad con el nombre de Candia, toda la isla fué así llamada, habiendo perdido desde entonces su antiguo nombre.

CAPITULO III.

ALEXANDRÍA.

(SKANDARIEH)

Enero 14 de 1873.

ENTRAMOS en la rada de Alexandría por el Gran Paso. Un piloto vino á encontrarnos y condujo el buque por buen camino. Cuando hay mal tiempo, los pilotos no salen del puerto. Durante la noche la entrada en Alexandría es impracticable, y los buques que llegan se pasan de largo, por no exponerse á un desastre intentando atinar con la entrada.

Las playas de Africa por esta parte son de tal suerte bajas, que no se perciben, aun en los dias mas serenos, sino á una corta distancia de ocho á diez millas. Estamos en el puerto. Se pára el buque, suenan las cadenas, y las áncoras caen en el mar.

Obvertunt pelago proras: tum dente tenaci
Ancora fundabat naves, et littora curvæ
Prætexunt puppes.
VIRG. ENEID. VI.

La impresion que recibí al mirar aquella tierra, no la olvidaré nunca. El puerto parecia asentado sobre las aguas, brotar de ellas, y las pal-

CAPILLA ALFONSINA

mas elevaban su cabeza sobre las habitaciones, mientras los molinos de viento dibujaban sobre el horizonte sus brazos giratorios.

Al derredor de nuestro buque se armó una gerigonza estrepitosa. Cada pasajero era asediado por multitud de barqueros que hablaban frances, inglés, italiano ó árabe, y á voz en cuello gritaban.

Me acerqué á un joyero italiano que venia á bordo, el cual se habia establecido en el Cairo desde veintidos años atrás, y le supliqué me permitiese acompañarme con él para descender á tierra, porque yo no sabia qué hacer en medio de aquel mundo para mí tan desconocido. Él aceptó desde luego mi proposicion con gran cortesía, y me eché en sus brazos (moralmente) para verme salvo de aquella agresion babilónica que me tenia aturdido.

Héme por fin en una barca caminando al puerto, medio tostado por el sol, y desplegando al aire, con flema digna de un inglés, un viejo paraguas para hacerme sombra. He llegado al puerto. Innumerables faquines nos asedian, como enemigos que marchan al asalto de una ciudad, ó bien como moscas que giran y zumban en derredor de una conservera (me parece que esta última comparacion es mas oportuna). Aquella tropa de faquines se lanza sobre nuestro equipaje: uno se apodera de una maleta; otro del saco de noche; otro de la caja del sombrero; el de mas allá de mi paraguas; y hay alguno, finalmente, que pretende despojarme del sobretodo que tengo sobre mis espaldas. En vano me rebato, sudo, y corro en pos de mis propiedades. Llegué á temer que dieran aquellos desalmados en hacer trizas mis cosas, para apoderarse cada uno de un pedazo.

Como Dios me dió á entender, hablé en frances, inglés é italiano, y grité reclamando las piezas de mi equipaje. ¡Imposible! Nadie me entendia, ó por decir mejor, nadie queria entenderme. Entretanto Veronesi, el joyero del Cairo, sostenia á pocos pasos de mí el mismo combate, aunque hablaba á voz en cuello en correcto árabe. Fué aquella una lid prodigiosa contra una hidra de mil cabezas.

Por fin sonó la gran palabra:

—No hay mas recurso que la fuerza, dijo Veronesi con la frente cubierta por el sudor de la angustia.

Efectivamente, enarbolé mi brazo y descargué un golpe de paraguas sobre la espalda del pilluelo que trataba de desembarazarme de mi sobretodo (mi primera medida habia sido la de recobrar mi paraguas). El pilluelo dejó en paz mi sobretodo. Con un segundo golpe recobré mi caja de sombrero; con un tercero mi saco de noche, y con un cuarto mi maleta. Excusado es decir que no cargué la mano fuertemente, en atencion á dos graves consideraciones: es la primera que no me sentia con derecho para hacerlo; y es la segunda, y acaso la mas grave, ¡debilidad humana! que temia enormemente por la suerte de mi paraguas.

Héteme aquí, pues, en posesion de todas mis cosas, amontonadas las unas sobre las otras, y en vela cerca de ellas, paraguas al hombro. Pasada la refriega, busqué á Veronesi. El italiano tenia los alientos de un Rodrigo de Vivar, con más, los instintos sanguinarios del leopardo.

Despues de haber hecho que los faquines dejasen por tierra su equipaje, los perseguia aún á lo lejos, baston en mano, con el ojo terrible y la nariz anhelante. Y no paró aquel varon esforzado hasta que, persiguiendo á la multitud despavorida, subió á lo mas alto de unas canteras que por allí habia y que unos obreros pacíficos tallaban. Los guardianes de la paz pública reian en tanto, y Veronesi paseaba su mirada triunfadora en torno, como un campeon que, vencedor en la pelea, se recrea en la contemplacion de los sangrientos cadáveres que lo cercan.

Calmado ya el humor bélico de mi compañero, descendió de la cantera donde habia trepado, y recogió sus maletas y demas cosas que yacian por aquel campo diseminadas como el botin de un ejército vencido. Y despues de accion tan bella, se puso á regatear el precio de la conduccion de nuestro equipaje hasta la aduana. Tan cierto así es que la misma epopeya tiene al final su lado de prosa.

CAPILLA ALFONSINA

Llegados á la aduana y mostrados nuestros pasaportes, pasamos á la galería de registro. Allí nos encontramos con un negro celoso de su oficio, que metia sin piedad la mano en nuestras maletas abiertas, y hacia de ellas ¡oh dolor! un verdadero cáos de camisas, calzones, calcetines, etc. Bien se conocia que aquel infiel no las habia acomodado con el sudor de su rostro.

De pronto, cuando ya parecia el registro terminado, encuentra el negro una caja, rompe sin piedad los cordones que la liaban, y descubre ¡cosa terrible! unos rosarios.

—¡A la aduana, grita furioso, á la aduana!

Aquel grito me desconcierta. La aduana, las objeciones, los derechos, todo esto me viene á la cabeza como una borrasca. En vano hablo, argumento, suplico.

—¡A la aduana, á la aduana! grita el negro inexorable.

Y efectivamente, mis rosarios iban á dar á la aduana, cuando descubro una risita en la boca de Veronesi. Aquella risa fué para mí el íris de la paz tras el diluvio de mis cuitas.

Veronesi introdujo sus dos dedos en el bolsillo de su chaleco. El negro se detuvo en su camino. Veronesi echó á relucir una moneda de dos francos. El negro sonrió con benevolencia. Veronesi introdujo aquellos dos francos en la mano del negro. El negro me devolvió la caja sin decir palabra, y pasó adelante sin hacer más de mi maleta un campo de Agramante. Aquí teneis cómo puede comprarse hasta con «dos francos» la fé de los hombres mas celosos en el cumplimiento de sus deberes. ¡Desfallécete, corazon, y tú, tierra, tiembla!

Merced á otros dos francos, Veronesi no tuvo necesidad de abrir sus maletas.

Tomamos un carruaje; sostuvimos una nueva lid contra los faquines, y con las cajas sobre las rodillas y los sacos de noche contra el pecho (tal era la incomodidad del vehículo), nos dirigimos al hotel Abbat.

Reposamos un instante en nuestros aposentos, y salimos luego á

hacer un paseo por las calles. Veronesi conocia á todo el mundo. Aquí entra en un café, allá en una joyería, mas allá en un almacen de modas, y aquella era una série de abrazos y besos que tenia mucho de vertiginoso, como un torbellino de amistad sincera. A la una de la tarde fuimos á la casa de un relojero alemán llamado Heinzle.

Su mujer, que era francesa, nos recibió con amabilidad exquisita, así como Heinzle. Imposible fué salir de aquella casa sin sentarnos á la mesa. Comimos, pues, Veronesi, la pareja y yo alrededor de la mesa una comida modesta, pero sazonada con la buena voluntad, la finura y la gracia. La ventana del comedor daba sobre el mar, y desde allí se descubria la aguja de Cleopatra, monolito inmortal que cuenta siglos y ha sido testigo del desarrollo de la historia.

Concluida la comida, Heinzle y yo éramos ya los mejores amigos del mundo. Salímos de su casa del brazo todos tres, tomamos un carruaje, recorrimos la ciudad de alto abajo, y al caer la tarde fuimos á pasear por las orillas del canal del Nilo.

Alexandría está perfectamente dividida en dos ciudades, la antigua que es egipcia del todo, y la moderna que es europea pura. Allí comencé á ver á las mujeres con sus largos mantos que desde la cabeza les caen hasta el suelo, y la faz cubierta, con anillo sobre la nariz, por dentro del cual pasa el hilo que sostiene la tela con que se velan el rostro á partir de los ojos. Algunas van vestidas de color azul oscuro, otras de blanco, y las mas ricas de seda negra en el manto y azul en la túnica. Los hombres visten de maneras diferentes, pero lo mas general es que los pobres lleven una túnica azul que les llega á la mitad del tobillo, con las piernas y los piés desnudos, y turbante blanco en la cabeza. Los ricos llevan la túnica mas larga, el manto ajustado al cuerpo y con mangas, calzado de cuero amarillo y turbante blanco de mil formas y maneras.

El efecto que causa aquel mundo tan distinto de América y Europa, es profundo; se siente el viajero como aislado en medio de aquella humanidad, cuyos rostros, trages, religion y costumbres le son tan

CAPILLA ALFONSINA

desconocidos. Se diria que se ha pasado de un planeta á otro planeta, y aun todo lo que de Europa se encuentra, mírase como extraño, como exótico; son remembranzas del mundo que se ha dejado, que se aparecen cual sombras en el mundo donde se llega.

Las agujas de Cleopatra son obeliscos de menores dimensiones que las que hay en Roma y Paris. Segun se dice, estos obeliscos datan del tiempo de Mesfra Thotmosis de Manethon, y fueron trasportados de Heliópolis para ornar la entrada del Cesareo ó palacio del César, y son de granito rojo de Assuan.

La columna llamada de Pompeyo no tiene relacion ninguna con este hombre célebre. Es una columna salvada de la destruccion del templo de Serapis, que da idea de cuál haya sido la grandiosidad de la construccion antigua, por sus proporciones soberbias y lo exquisito de su trabajo. Excusado es decir que nada tiene que ver tampoco con el antiguo Egipto, y que data del tiempo de la dominacion romana, tal vez de la época de Diocleciano.

En Alexandría hay tambien catacumbas. Es probable que hayan sido formadas por los primeros cristianos, aunque sobra quien lo dispute. No las visité ahora, proponiéndome verlas al regresar de mi viaje.

Alexandro el Grande trazó por sí mismo el plano de la ciudad de Alexandría y la fundó el año 332 antes de Jesucristo, bajo el nombre de Nacratis, pensando en las grandes ventajas que proporcionaria un puerto en ese sitio comercial y estratégico; pero la grandeza de Alexandría no se desarrolló bajo los ojos del héroe macedonio, sino que llegó á su mas alto punto de esplendor en tiempo de los Tolomeos. Allí estuvo la célebre biblioteca de 400,000 manuscritos reunidos por estos mismos reyes, cuya conflagracion ha arrancado á la humanidad lamentos dolorosos y largos. Amon, conquistador de Egipto, no sabiendo qué hacer con tan suntuosa biblioteca, pidió al califa sus órdenes sobre la materia. «Quema esos libros, le contestó Omar: si no contienen mas que lo que está en el Coran, son inútiles, y dañosos si contienen otra cosa.» Seis meses fueron empleados para quemar tan enorme cantidad de volúmenes en los hornos y los baños públicos. Yo he visitado el lugar que esta biblioteca ocupaba, y he suspirado al mirarlo campo solitario, cuando fué santuario en un tiempo de la sabiduría de la tierra.

La isla de Faros forma parte de la ciudad, desde que Tolomeo Filadelfo la unió al puerto por medio de una calzada. En esa isla era donde habitaba Proteo, segun Homero, y allí fué donde se levantó gigantesco el faro que midió mil codos (cuatrocientos piés), y que fué una de las siete maravillas del mundo. Los siglos respetaron su mole enorme; pero un temblor de tierra lo hizo desaparecer de la superficie del globo. Ahora ocupa su lugar la puerta de Faraon.

Cerca de la ciudad se extiende el lago Mareotis, tan célebre en la historia del antiguo Egipto.

Alrededor del Serapeo fué donde la religion cristiana sostuvo combates encarnizados contra el gentilismo egipcio y la filosofía de los griegos. Bajo Teodosio el Grande, los cristianos, armados de adictos de este príncipe, se precipitaron furiosos sobre el templo, y echaron por tierra los ídolos, á pesar de la resistencia terrible que les opusieron los gentiles. Desde el Serapeo, el mónstruo Caracalla se habia recreado, tiempo hacia, en la contemplacion de la carnicería humana ordenada por él mismo.

En 1790 Alexandría no era mas que un villorrio miserable de 6,000 almas. Mohammed-Alí lo abrió al comercio cristiano, y bien pronto la ciudad de los Tolomeos vió afluir en su seno las inmigraciones de Europa, y comenzó á levantarse de su largo olvido, nueva, grande y próspera. Sus calles son anchas y rectas (hablo de la ciudad europea), bien pavimentadas y alumbradas por el gas. Desgraciadamente no tienen nombre, y el extranjero se pierde en ellas, sin poder dirigirse ni adquirir noticias sobre la direccion que debe seguir para llegar al punto deseado. Es un defecto verdaderamente lamentable en una poblacion de mas de 250,000 almas.

CAPILLA ALFONSINA

En Alexandría reside la corte en el estío, á causa de la frescura de su brisa; en tanto que en el invierno se ve desierta de los ricos y de los enfermos que van á guarecerse al Cairo contra los vientos frescos que soplan.

Cerca de Alexandría está Ramleh, y cerca de Ramleh, Abukir, célebre por haber sido el lugar donde Nelson derrotó á los franceses, y donde Napoleon con 6,000 hombres destruyó un ejército turco de 20,000, hasta tal punto que solo veinte turcos pudieron salvarse de la muerte.

En la noche, siempre en compañía de Veronesi y Heinzle, fuí á conocer los cafés de la ciudad. Allí me encontré en medio de escogida coleccion de tipos de todos los países. Estaba en ese lugar el griego de tez morena y ojos negros, con su ancho calzon flotante que se recoge en el tobillo, su chaquetilla graciosa y su gran gorro rojo derribado sobre la frente; el cofto, familia cristiana que vive al calor del mahometismo, y que tiene gran deseo de pertenecer á esa otra familia de cristianos que es soberana y se llama Europa. Allí estaba el sectario de Mahoma, de mirada pensativa y aspecto perezoso, fumando su larga pipa, puestos los piés sin calzado sobre el divan muelle, y dejadas las chinelas de marroquí sobre el suelo; allí el ruso de cabellera crespa y tez blanca, revelando en sus ojos inquietos y chispeantes los instintos del cosaco; allí el alemán frio con su rostro inexpresivo, bebiendo sendos tragos de cerveza, al rígido compás de una conversacion de matemáticas puras; allí el frances, el inglés, el italiano. Pasemos adelante, que estos tipos han envejecido en nuestro conocimiento.

A la una de la madrugada nos recogimos, despues de haber decidido Veronesi y yo partir para el Cairo por el tren expreso de las ocho y media de la mañana. Tal torbellino de imágenes tenia yo en la fantasía, que imposible me fué conciliar el sueño antes de que comenzara á rayar el dia; así es que á las siete desperté sobresaltado á las voces que Veronesi me daba, conjurándome en nombre del cielo á levantarme de prisa.

Con los ojos aún rebeldes salí á los pocos minutos de mi cuarto, dándome al diablo por haber querido partir á esa hora, cuando podia haberlo hecho á la mitad del dia con entera comodidad.

Puestas las maletas en el coche con prisa febril, é instalados en el vehículo, volamos, que no corrimos, hácia la estacion del camino de fierro; pero ¡cuán bien conocí que el Africa no es Europa, al tener que esperar una hora sentado en el wagon antes de que el tren se pusiese en movimiento!

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO IV

EL CAIRO

(EL-KAHIRAH.)

Enero 15 de 1873.

Voy al cabo en camino para el Cairo: dia bello en que luce el sol en el espacio sereno, al paso que un viento fresco se encarga de templar el fuego del astro de luz y vida.

Aquí están los campos celebrados que el Nilo fertiliza, y que son amenos y abundosos más que aquellos sobre los cuales llueve el agua del cielo. Por todas partes está cultivado el terreno; los labradores siembran en el invierno, y la tierra produce sin tomar en cuenta las estaciones del año. Aquí están los búfalos, en Europa feroces, arando mansamente la tierra, en tanto que mas adelante hacen el mismo oficio un par inconexo de un búfalo y un camello. El movimiento reina por todas partes. ¡Qué planicies tan verdes! No se percibe ni una montaña en cuanto la mirada alcanza á descubrir á lo lejos. Por uno y otro lado del camino corren pequeños canales. De distancia en distancia hay un par de hombres ó mujeres que con un cesto tomado por dos cuerdas hacen entrar el agua del canal en el sembrado; expediente por decirlo así, primitivo, usado en el Egipto desde antes del tiempo de Sesostris.

Aquí está el lago Mareotis: es un cenagal pestilente. De sus aguas infectas se levantan miasmas deletéreos. Es peor que las lagunas Pontinas de Roma; es un lago que debe desaparecer por bien de la humanidad, de la superficie de la tierra.

Termina el Mareotis; hé aquí de nuevo la vegetacion y el cultivo. Vuelvo á ver por la primera vez desde que salí de México, el algodon, el maíz y la tuna. Mi corazon se ensancha al dulce recuerdo de mis campos natales. ¡Salud mil veces, imágenes de la patria; al contemplarme entre vosotras me siento menos extranjero en este suelo!

Pára el tren. Estamos en Kafr-el-Zaïat, á mitad del camino del Cairo. Tenemos veinte minutos para almorzar. Corro desatentado al «buffet» de la estacion á fin de reconciliarme con mi estómago que se queja de no haber recibido alimento desde el dia anterior. Me siento en la primera mesa que encuentro.

—¿El señor quiere almorzar? me pregunta un mozo.

—Vaya que sí, le contesto indignado.

—Sírvase el señor pasar al salon inmediato.

Me levanto precipitado y corro al salon inmediato. ¡Diantre! van tres minutos perdidos.

El almuerzo llega. Está frio y malo. Se me presenta una botella de cerveza. Tomo un trago y la mitad de una costilla de carnero. Suena una campana. El mozo llega.

—¿El señor va al Cairo?

—Que sí, le digo con la boca llena.

—El tren párte.

La cabeza se me turba pensando que voy á quedar en la mitad del camino. Tomo mi sombrero y salgo; he olvidado pagar el almuerzo. El mozo me alcanza para cobrármelo.

—¿Cuánto? le pregunto.

—Diez francos, me responde con todo descaro.

—Imposible, le digo sin parar y tratando de sacar las monedas.

CAPILLA ALFONSINA

El mozo insiste, niego; torna á insistir, y por quitarme el estorbo le cuento febrilmente sobre la mano los diez francos.

Llego al wagon medio sofocado: tomo posesion de mi asiento, y respiro satisfecho. Los minutos corren, y el tren no se menea. Diez minutos de espera. El mozo del «buffet,» por tanto, me robó, tras haberme engañado. Paciencia; á esto y mucho mas están expuestos los viajeros.

Al cabo nos ponemos en movimiento. Aquí está el Nilo. ¡Salud mil veces, famoso rio, divinizado en la antigüedad por un pueblo reconocido! ¡Salud, caudal inmenso de agua, que provees á la subsistencia de un pueblo; segunda providencia de una tierra que seria sin tí arenal estéril y desierto!

Caminamos sobre un puente. Es una construccion soberbia que ha costado mas de diez millones de francos. Antes de existir este puente, el camino de fierro pasaba por otro de barcas. De allí la catástrofe en la cual pereció Ashmed-Paschá, ahogado en el rio.

Aquí está Tantah. El tren expreso no se detiene en esta poblacion de 20,000 habitantes, que tiene célebres ferias. Al pasar descubro una mezquita soberbia; es la del sheikh Ashmed-el-Badawí, que nacido en Fez, vino á establecerse á Tantah, y murió aquí en olor de santidad. Las dos ferias que se celebran al año, coinciden con las fiestas religiosas de este santon, que es considerado como el patron del Bajo-Egipto.

Adelante; una multitud de villorrios quedan por ambos lados del camino. Se descubre una caravana. Es una multitud de camellos que llevan sobre sus espaldas viajeros coronados de blancos turbantes. Los ginetes siguen con el cuerpo el movimiento de vaiven del tardo animal, y llevan en la mano enormes báculos, como me figuro han de haberlos llevado los patriarcas. Mujeres y hombres á pié acompañan á los de los camellos. Cada camello es conducido por un pedestre, que lo lleva por el cabestro. Los chicos, aun los mas pequeñitos, van á horcajadas sobre los hombros de sus madres, teniéndose con las

dos manos de la cabeza de ellas. Quisiera ser pintor para dibujar este cuadro.

Las chozas de los pobres son muy miserables. Las paredes son circulares, formadas de lodo, y por toda techumbre no tienen mas que ramas secas. La forma singular de estas chozas tiene mucha semejanza con los nidos de las golondrinas. De seguro esta semejanza es conocida en el país, pues los pobres dan á sus habitaciones el nombre de «eïshash» que en árabe quiere decir nido.

No dista mucho el Cairo. Me inclino por la ventanilla para ver hácia adelante, y descubro á lo lejos dos formas angulares que se dibujan sobre el horizonte. Son las Pirámides. Al descubrirlas siento impresion singular en mi pecho. La emocion descompone mi rostro. Me quito el sombrero y saludo desde lejos esas masas enormes que parecen ser un término medio entre las obras de Dios y de los hombres.

Hemos llegado al Cairo. Cuatro horas y media de viaje. ¡Que Dios sea loado! Antes de que el camino de fierro fuese establecido, se venia de Alexandría al Cairo por agua, y se hacian cuatro dias de camino, ni mas ni menos. La diferencia, por consiguiente, es de tres dias y veinte horas; tengan mis lectores la bondad de decirme si es una bicoca.—

Veronesi va á alojarse á su casa, y yo al hotel, como es claro. Me encuentro de manos á boca con un dragoman. Esta palabra «dragoman» viene de «turgaman,» voz árabe que significa intérprete. Trujaman, que en español quiere decir asimismo intérprete, se deriva de dragoman visiblemente.

El dragoman, pues, que viene á encontrarme, me dice en correcto frances:

—¿El señor quiere ir al hotel del Nilo?

El nombre me seduce, y respondo que sí.

Montamos en un carruaje y echamos adelante. Atravesamos multitud de calles estrechas. Caminamos veinte minutos. Por fin el ve-

hículo se pára. Pago al cochero, el dragoman se echa á la espalda mi equipaje, y entramos por una calleja estrecha y sucia, que es el paso del hotel. Llego al despacho y pido con desenfado un cuarto.

—No hay uno solo, se me responde; todos están ocupados.

—¿Cómo? pregunto con indignacion, este hombre que me ha traido aquí, ¿no es empleado del hotel?

—No señor.

—¿Pues quién es?

—Es un dragoman de tantos como hay en el Cairo.

Difícil me seria describir la rabia que sentí al verme de tal suerte engañado. Un movimiento mio bastó para que el dragoman desapareciese de la escena. Un mozo del hotel cargó con mi equipaje hasta la calle. Allí tomé un coche y me fuí á buscar donde alojarme.

Hotel de Oriente: vamos al hotel de Oriente. No hay ni un rincon siquiera. Hotel del Comercio: la misma respuesta. New-Hotel: idem.

Una alma caritativa me asegura hallaré alojamiento en el Hotel de la Esfinge. ¡Bravo mil veces! ¡Bien por el nombre enteramente egipcio y enteramente antiguo!

Bajo al despacho.

—No hay ni un cuarto, se me contesta.

Hago una señal de mal humor, y me dirijo á la puerta.

Antes de salir me detuvo el hostelero.

—Si el señor quiere, puedo improvisarle un aposento, me dijo.

A estas palabras sonrio, alumbrado por una dulce esperanza. Yo no queria sino un lugar en donde reclinar mi cabeza.

—Veremos, contesté, fingiendo indiferencia.

Fuí conducido al comedor.

—Aquí, me dijo el hostelero mostrándome una cabecera de la sala, pondrémos un lecho, y haré cerrar el frente por una cortina.

Allí habria, por tanto, aire, luz, ruido de platos, olor de comida,

y carencia absoluta de libertad. La proposicion no era aceptable, y por lo mismo la rechacé desde luego.

Segunda vez me dirijo á la puerta y segunda vez soy detenido.

—Hay manera de arreglarnos, dijo el maese.

Y me condujo á una pieza que no tenia puerta y apenas estaba dividida de otras dos por un tabique delgado que no llegaba al techo. Hube de contentarme con aquel aposento, y definitivamente me instalé en él.

Como ya era tarde me puse á escribir hasta las seis. Por la noche, desvelado como estaba, me recogí á buena hora y me propuse conciliar el sueño. Pero no tuve esa dicha, por varios motivos. En primer lugar, el lecho estaba infame; en segundo, no era yo el único habitante del lecho; y en tercero, junto al tabique donde estaba mi cama, se hallaba del otro lado la de un famoso banquero de Alexandría, y su esposa. Así, que las sinuosidades de la armazon maldita sobre la cual estaba tendido; los insectos alados y sin alas que se precipitaban ciegos contra mi cuerpo, sonando su trompeta ó sin sonarla; y las amorosas pláticas de los dos esposos que tiernamente se amaban, y estaban de mí á tres pulgadas, no me permitieron cerrar los ojos en toda la noche.

Enero 16 de 1873.

Al comenzar la luz á inundar mi estancia, vencido por la fatiga de dos noches de vela, me quedé dormido; mas ¡oh hado inflexible! en aquel entonces la pequeñita hija de los banqueros se despertó sobresaltada y comenzó á atronar los aires con los gritos que daba. Los banqueros, á fuer de buenos padres, hiciéronla venir á su lecho, y por consiguiente á dos pulgadas de mí estuvo sonando aquella música por espacio de dos horas.

Estoy muy lejos de culpar á nadie de mi infortunio. Es muy natural que los banqueros se amaran tiernamente, y es mas natural todavía que amaran al fruto de su amor mútuo, punto de convergencia

CAPILLA ALFONSINA

de su sentimiento. Pero al mismo tiempo no pude menos de levantarme asaz mohino y maltrecho, como consecuencia de la fatiga de dos noches de desvelo.

Mi primer diligencia tan luego como me vestí, fué dirigirme al maese y notificarle que me era imposible permanecer en aquel tugurio, y que me hallaba dispuesto á pasar la noche debajo de las estrellas, antes que volver á sujetarme á aquel triple martirio. Contestóme que no tenia mejor lugar donde hospedarme, y yo salí á la calle por ver si encontraba en otro hotel algun aposento que me conviniera.

Pero fué en vano que cruzara el Cairo en todas direcciones recorriendo uno por uno todos los hoteles, inclusas las «locandas.» En el New-Hotel habian subido de tal modo los precios, que ochenta francos (diez y seis pesos) al dia costaba un mal lecho, aparte de la comida.

Tan extraordinaria afluencia de gente me dejó sorprendido, y no podia yo convenir en que la capital de Egipto estuviese de ordinario tan concurrida. No faltó quien me sacara de dudas, diciéndome que la causa de aquel innumerable gentío eran los próximos matrimonios de cuatro príncipes con cuatro princesas de la sangre real de Egipto. Entonces pedí con gran curiosidad pormenores sobre este famoso acontecimiento, y se me dijo que Tewfic-Paschá, hijo del Khédive y presunto heredero del trono, iba á casarse con la hija de Elhami-Paschá, hijo de Abas-Paschá, virey anterior á Ismail; Hassan-Paschá, hijo del virey, con otra hija de Elhami-Paschá; Fatma, hija del virey, con Tussun-Paschá, hijo de Said-Paschá, otro virey anterior á Ismail; é Ibrahim-Paschá, hijo de Ahmet-Paschá, hijo de Mohammed-Alí, con otra hija del virey.

Con motivo de estos himeneos, treinta y dos dias de fiestas se anunciaban en el Cairo, á razon de ocho por pareja. Esto me recordó lo que me decia mi nodriza en mi infancia, cuando terminaba los cuentos con que me divertia, con este remate obligado: «se casó la princesa, y hubo ocho dias de fiestas reales.»

Un famoso baile iba á tener lugar dentro de dos dias en el palacio del Khédive, y habian sido invitados á él altos personajes de Europa, todos los dignatarios de Egipto y los negociantes mas ricos del país.

Estas fiestas y este baile eran, pues, la razon por que llegaba tan gran número de viajeros al Cairo, y no habia alojamientos en los hoteles y estaban los precios de ellos tan subidos. Así es que fué en vano que yo buscara donde hospedarme. Por consiguiente volví al hotel de la «Esfinge» bastante contrariado, pensando en regresar á Alexandría. Curiosas y dignas de observacion iban á ser las escenas que se anunciaban en la ciudad, á causa de los matrimonios; pero esto no impedia que semejantes acontecimientos me fuesen contrarios, por las dificultades de todo género que habrian de oponérseme para verificar mis excursiones de viajero ávido de conocer antigüedades y visitar sitios célebres.

Afortunadamente habia querido Dios que el hostelero me escuchara con oidos de bondad, y al regresar á mi hotel encontré mi equipaje trasladado á un aposento cómodo. El único inconveniente que tenia este nuevo alojamiento, era el de que nos pertenecia en comun á mí y á otro caballero. Por fortuna mi compañero de habitacion era un viejo bien educado y de fisonomía agradable, que me recibió con suma amabilidad, y con quien hice amistad en seguida. Se llamaba Jorge Felleti, y era antiguo capitan de la marina italiana. Mezclado en las cosas políticas de su país, habia sido desterrado seis años de su patria. Vuelto á Venecia, su ciudad natal, habia emprendido negocios vastos, con el fin de dar trabajo á los pobres; de aquí resultó que se arruinara y se viera precisado á expatriarse de nuevo, viniendo á Egipto á buscar fortuna. Era grande amigo de Garibaldi y de Mazzini, de quienes tenia cartas que me enseñó. Era un feroz descamisado, mason y tal vez internacionalista. Pero esto no quitaba que fuera un hombre honrado, de conversacion agradable, excepto cuando hablaba de religion y blasfemaba comparando á Mazzini con Jesucristo, como lo tenia de costumbre.

CAPILLA ALFONSINA

Tranquilo, pues, porque tenia ya una habitacion donde guarecerme de la intemperie, salí del hotel muy á pocó, para vagar por la ciudad sin rumbo fijo, con el objeto de mirarlo todo en globo, antes de observarlo por partes. La síntesis antes del análisis.

Crucé en aquel dia el Cairo del uno al otro extremo, perdiéndome á las veces en el dédalo de sus callejones estrechos. Muchas veces me sucedió tener que volver sobre mis pasos, despues de haber andado buen trecho, por encontrarme al final de mi marcha en una estrechura sin salida.

Desde luego la arquitectura de las casas me sorprendió mucho. Las habitaciones de la ciudad antigua están de tal modo fabricadas, que cada piso avanza sobre la calle mas que el anterior, de manera que no es raro ver los pisos terceros de dos casas que se hacen frente, tocarse, y ocultar completamente el cielo. De la misma manera hay otras calles como el Múski, que tienen techo de madera, con ventanillas practicadas de trecho en trecho, para dejar penetrar el aire. Todo esto se hace con el objeto de no dejar pasar en el estío los rayos de sol que son abrasadores.

Miré la fachada de inmensidad de mezquitas (mas de cuatrocientas hay en el Cairo) de todas dimensiones, de todos los gustos y de distintos colores. Muchas de ellas están decoradas con exquisitos arabescos, que me recordaron la edad de oro del Islamismo. Fuentes monumentales hay pegadas á varias mezquitas, y allí llegan los pobres á saciar su sed, porque la ley de Mahoma prescribe como un deber á sus sectarios el dar pan y agua á los menesterosos.

De repente me encontré en medio de un bazar. Allí estaban los comerciantes de sedas, linos y tapices, extendiendo ante la multitud sus diferentes objetos, y gritando y gesticulando con gran fuego. Habia tambien algunos sastres que, á la vista de todos, cortaban los géneros en pequeñas mesas y cosian sobre sus rodillas con prontitud y tino sorprendentes. Mas adelante el bazar creció ante mis ojos. En aquel laberinto de callejas, todas consagradas al comercio, se encuentran confundidos los productos de Egipto, del Sudan, del Yémen, de la Arabia, de la Siria, de la Turquía, de las Indias y de Europa.

Seguí avanzando, y me encontré en el bazar llamado Khan-Khalil, perteneciente, segun supe despues, al cuartel Gammalieh. Este bazar ha recibido el nombre dicho, porque á él vienen los camellos á descargar las mercancías que traen de todas partes. Allí se vende cuanto existe, amalgamado, revuelto, desde los ricos bordados de oro hasta la tortilla de maíz frita en manteca que comen los mendigos. Los artesanos trabajan en sus talleres, y son tales la gritería y el ruido de los martillos y de mil pequeños telares, que no se percibe mas que confuso estruendo. Debo advertir que esas calles tienen un mal olor punzante, resultado de los charcos de agua fétida que se encuentran multiplicados en su pavimento barroso, de los animales muertos que son tirados en mitad de la vía sin que nadie los recoja, y del olor de la grasa con que en pleno aire se hacen diferentes guisos y confecciones.

Uno de los rasgos característicos del Cairo oriental es la confusion que en él reina entre hombres, animales y coches ó carretas. Como en sus calles no hay empedrado, no se oye el ruido de los animales ni de los vehículos; de suerte que todo el mundo anda allí gritando á voz en cuello: «inminac!» «shimélac!» segun se quiere que la gente tome á la derecha ó á la izquierda. Y estas son las exclamaciones que se oyen por todas partes: «ho! ho! homar!» (oh! oh! el asno!); ó bien: «inminac! inminac!» «shimélac! shimélac!» (la derecha! la derecha! la izquierda! la izquierda!). Y á no ser por esta atencion, no habria en el Cairo quien tuviese los huesos sanos.

El comerciante y el obrero egipcios tienen su tienda ó su taller, no en vastos locales con puertas, como es el uso entre nosotros, sino en pequeños nichos practicados en la pared y elevados como un metro del suelo. Allí el comerciante ó el obrero está sentado con las piernas cruzadas, abandonadas las chinelas, y fumando su indispensable pipa. Jamás se encuentra en pié uno de ellos. Si es comer-

CAPILLA ALFONSINA

ciante, todos sus objetos los tiene de tal modo dispuestos, que sin darse la menor pena levanta la mano y los toma, y los exhibe, sin moverse del sitio que ocupa, y así tambien los pesa ó mide y vende. El obrero hace lo mismo por su parte: está siempre sentado, y no hace mas que mover los brazos para trabajar, pero jamas las piernas. Así es que el sastre, para cortar, tiene delante de sí una mesa de media vara de altura; el herrero, para forjar, un yunque apenas elevado del suelo; y el tintorero, las ollas de los colores metidas á su derredor en el suelo.

Estas calles estrechas y oscuras, y sobre todo, estos pequeños nichos donde habia almacenes, talleres, fondas y cafés á la vista pública, me daban una idea de lo que seria Pompeya, donde se miran aún palpables los rastros de pequeños lugares de comercio de esta especie. Tal vez estas construcciones mezquinas sean todavía una remembranza del imperio romano.

A propósito de remembranzas, es de saberse que en Egipto jamás se mata animal alguno mientras no hace daño. Por lo mismo bandadas de perros se agitan por las calles; ejércitos de lagartijas trepan por las paredes, y culebras y escorpiones se albergan entre las ruinas. Este respeto al animal, aun al mas inmundo, ¿no es acaso un rastro de la idolatría del antiguo Egipto? No se cree ya que los animales sean dioses; pero la costumbre de respetarlos como algo de religion, ha atravesado los siglos, y alienta aún despues de miles de años.

Dejé por fin aquellos callejones, ruidosos y sucios, es cierto, pero mas que todo curiosos, y volví á pasar por el bazar. Eché una última ojeada á aquel mundo de sedas, de tapices, de bordados, de ámbares y de pantuflas de marroquí. Pensé bastante en las «Mil y una noches,» y apreté el paso volviendo á tomar el Múski, calle un tanto mas ancha que data del tiempo de Mohamed-Alí.

Me encontré en una plaza. Enfrente de mí hay palacios magníficos y jardines. A mi izquierda, obras de demolicion se ejecutan; á

mi derecha hay almacenes y cafés, y multitud innumerable de transeuntes, todo de Europa.

En el centro de la plaza, sobre un pedestal provisional de madera, se eleva una estátua ecuestre hecha en bronce. La reconozco: es la estátua de Ibrahim-Paschá, hijo de Mohammed-Ali, comandante de las tropas en tiempo de la guerra, y que murió antes que su padre; estátua que he visto en Paris en los Campos Elíseos, frente al palacio de la industria, en Mayo de 1872. Es de una sola pieza, y la fama la ha pregonado como una obra maestra del arte.

Adelante. Estoy en el Cairo, y me parece que sueño. La parte de la ciudad que recorro es enteramente europea. «Es la ciudad de Ismail con sus jardines fantásticos, sus teatros, sus anchas calles rectas decoradas por magníficas construcciones; es la fusion de la Europa y el África; es la unificacion del Oriente y el Occidente; es el pacto de la libertad del comercio y de la union de los pueblos. En esta hermosa ciudad, que apenas nace, se encuentran viviendo en armonía perfecta, desde el escandinavo de cabellera blanca, hasta el negro de melena crespa de Darfur; desde el fanático mograbin de las costas del grande Océano Atlántico, hasta el indo color de aceituna ó el árabe del Sur, de color de café; desde el osmanlí á mitad europeo, con sus subdivisiones, tártaros, persas, turcomanes, hasta la faz estereotípica del chino; desde el beduino errante de estepa en estepa, de oásis en oásis, viviendo sin leyes ni costumbres, hasta el hecho cumplido de la civilizacion, que se asienta á las orillas del Sena ó á los bordes del Támesis.» Estas palabras de Lavernay traducen bien mi pensamiento.

De pronto me encuentro en un jardin: el-Ezbekieh, criado por el virey actual. Es grande y muy hermoso. Paris y Lóndres no los tienen muy superiores. Tres músicas tocan en tres ángulos del vasto recinto. Hay una orquesta, una música europea y una árabe. Multitud inmensa se agita por todas partes. Hay grutas artificiales, lagos, canales, fuentes, cafés, restaurants, tiro, etc., etc. Bien se conoce

CAPILLA ALFONSINA

que ha puesto allí la mano Combaz, el autor de las grutas y cascadas del Bosque de Boulogne y del Parque de las Buttes-de-Chaumont de Paris.

Aquí teneis cómo ha cambiado de fisonomía la ciudad africana. Si de sus tumbas se elevaran los antiguos egipcios ó los musulmanes conquistadores, encontrarian acaso rastro alguno, los primeros de su «Babilonia» y los segundos de su «Fostat» (tienda de piel de cabra), en los cuarteles viejos de calles estrechas, tortuosas y llenas de lodo, de la ciudad árabe; pero no podrian menos de quedar atónitos delante de estos cuarteles nuevos del Ezbekieh y de Ismaelieh.

En el jardin ví algunas mujeres con la faz descubierta. Las hay blancas y bellas. Otras son muy feas, y lo parecen mas porque tienen la barba y el derredor de los ojos pintados de negro, lo cual les da la apariencia de tener los ojos sumidos en cuévanos, y la barba cubierta de bello. Las uñas, es costumbre general en las mujeres llevarlas teñidas de colorado, así como la parte interior de los dedos y la palma de las manos. Observé una cosa singular, y es que las monjas visten exactamente como las egipcias, pues éstas llevan toca blanca, túnica, y manto echado sobre la cabeza. Esto es debido, en mi entender, á que las instituciones monásticas tuvieron su orígen en Oriente.

Por la noche pasé por un café, escuché música, y entré. Era música egipcia. Sentados sobre una plataforma en el fondo de la sala, habia hasta catorce individuos que hacian sonar sus instrumentos musicales, al mismo tiempo que cantaban. Habia allí guitarras de diferentes formas y tamaños; dos ó tres violines; una especie de arpas que, en vez de reposar sobre el suelo, reposaban horizontalmente sobre las piernas; pitos, tambores, panderos con cascabeles, y castañuelas. El aire era singular, mejor dicho, ininteligible; la música sorda, no habia compás alguno, y de toda aquella reunion de sonidos discordantes resultaba una jerigonza altamente desagradable. Los egipcios, sin embargo, así los músicos como los oyentes, parecian tomar gran gusto á aquel ruido. Los cantores, al arrojar de su pecho las notas nasales y temblorosas, meneaban la cabeza de un lado para otro con gran deleite, en tanto que sus ojos se alzaban al techo de la sala y andaban como vagos en su mirada, perdida la fuerza óptica en virtud del deliquio interno del alma. A ratos sonaba un instrumento solo, y luego se elevaba una voz monótona que era contestada por todos los oyentes, con un prolongado ¡¡aaaaah!! y algunas palmadas.

Frente á la mesa que yo ocupaba estaban sentados dos que parecian altos personajes. Vestidos con ricas túnicas, ceñidos con preciosas bandas, coronados con blancos turbantes bordados de oro, prestaban una atencion asídua á la música, y hacian con la cabeza señales de aprobacion siempre que cantaba un músico gordo y color de cobre, que para mí era el cantor mas desagradable de todos. Estos individuos morenos, con grandes ojos negros, con barba recortada color de azabache, fumaban sin descanso sus dos pipas, aplicando el grueso piton de metal á sus bocas, como si tocaran en el clarinete. Las pipas que fumaban eran desconocidas para mí; consistian en dos frascos de vidrio con agua en el interior. El tabaco encendido está en una especie de embudo, en la parte superior del frasco; el caño del embudo se prolonga hasta el fondo del vaso, mientras que el de la pipa párte mas arriba del nivel del agua. Así que el fumador, al extraer el aire, lo hace entrar unido al humo dentro del agua fria; de esta manera, al subir el humo por el caño de la pipa, está espeso y condensado por el enfriamiento, y produce cierto efecto particular en el sistema nervioso. Hé aquí uno de tantos modos de eludir el precepto del Coran, de no embriagarse. Sin embargo, los musulmanes creen cumplir con él en tanto que no beben vino, pues con buena ó mala fé toman el precepto á la letra. El «hatshish,» pues, y otra infinidad de pastas ó pastillas que hacen al hombre «alegre,» como dicen los árabes, vienen á suplir la falta de las bebidas espirituosas, así como el tabaco. Por esto los mahometanos aman tanto los aromas que desvanecen, y son tan grandes fumadores.

CAPILLA ALFONSINA

Sin ir mas lejos, hablando de la pipa con agua que acabo de describir, el mozo del hotel me dijo que no haria bien en fumarla (pues yo queria hacerlo para conocer lo que era), porque producia desvanecimientos y males terribles de cabeza á todos aquellos que la fumaban sin ir acostumbrándose poco á poco por medio de un grande aprendizaje. Me disuadió sobre todo de mi empeño, saber que aquellos aparatos eran comunes para los parroquianos, y que por lo mismo esos gruesos pitones metálicos habian entrado en una generacion de bocas.

Concretéme, pues, buenamente á admirar á aquellos dos personajes de que arriba he hablado, los cuales no cesaban de extraer el humo sino instantes muy breves. Y me divertia en mirar las burbujas que formaba el agua en el interior del vaso, cada vez que el fumador, extrayendo el humo, hacia entrar el aire por el embudo que contenia el tabaco encendido.

A todo esto, me olvidaba de decir que esos terribles fumadores que me hacian frente eran dos persas. Imposible me seria pintar la gravedad de sus semblantes; su mirada era reposada y profunda, habia en todo su tipo una severidad que seria en vano buscar entre los europeos de Europa ó América. Estas razas del Oriente tienen no sé qué de majestuoso, cual si su espíritu reposara en una iniciacion misteriosa; sublimidad singular que parece derivar directamente de la de los hombres primitivos con quienes Dios hacia alianzas; es la raza madre del mundo que conserva aún al través de los siglos trazas visibles de su dignidad genésica.

CAPITULO V

EL CAIRO VIEJO

Enero 18 de 1873.

Despues de dos dias de ocio pasados en el Cairo, corriendo por la ciudad, entrando por todas partes, mezclándome con la poblacion oriental siempre que ocasion se me presentaba, resolví conocer los lugares célebres de la ciudad y de las cercanías. Como me era imposible orientarme por mí mismo, me decidí á tomar un «dragoman.» El hostelero, Mr. Béraud, se encargó de proporcionármelo.

El «dragoman» que tomé era un jóven de treinta y cinco años, llamado Fortunato Amé. Nacido en Beyrouth, de padres italianos, hablaba á la perfeccion la lengua de sus padres, el árabe, el griego y el frances. Excusado es decir que en este último idioma él y yo nos entendiamos.

Lo primero que visité fué el Viejo Cairo, el antiguo Fostat, cuna de la ciudad actual, que se encuentra distante del Cairo moderno como una media legua. Los carruajes estaban muy caros en aquellos dias de Dios, y de mas á mas era bien raro encontrar alguno que estuviese libre. Por tanto, nos resolvimos á montar en borrico,

CAPILLA ALFONSINA

vehículo ordinario del Egipto, sobre el cual cabalga así el gran señor como el ganapan humilde, y que hace en las ciudades egipcias las veces de los ómnibus de Europa.

Sobre este manso animal, pues, caballero, dejé mi hotel á buena hora por la mañana, y trotando, trotando, pasé por las calles mas concurridas, no sin gran bochorno, debo confesarlo. Servíame de único consuelo pensar que Jair, el poderoso juez que gobernó á Israél, «tenia treinta hijos montados sobre treinta asnos;» que Abdon, otro juez no menos poderoso, «tenia cuarenta hijos y treinta nietos que montaban sobre setenta asnos;» que «los caudillos de Israél,» cantados por Débora, «montaban sobre asnos bien lucidos,» y finalmente, que sobre los lomos de este animal pacífico hizo su entrada en Jerusalen el Salvador del mundo.

A pesar de esto, con gran sobresalto veia á cada paso los coches pasar á poca distancia de mí, por aquellas calles estrechas, y aumentaba mi desesperacion la misma impasibilidad del asno, pues cuando me afanaba por apartarlo de la mala senda, él seguia adelante, diciendo «sí y no» con las orejas, como si no hubiera tenido por su parte una existencia que salvar. Por fortuna, en el Cairo marcha siempre delante de cada carruaje una especie de peon caminero, que en árabe se llama «seid,» el cual con sus gritos y con una larga vara que lleva en la mano, hace apartar á un lado y otro las personas y los animales para que pase el vehículo. El «seid» va siempre con los piés y la mitad de la pierna desnudos, vestido de blanco, con anchos calzones flotantes á la turca, chaleco oscuro bordado de oro y largas mangas abiertas que vuelan al aire, recogidas por la parte inferior de la espalda. En su cabeza está el «tarbush» (gorro rojo), y en la garganta de uno de sus piés, un lazo negro. Nada mas pintoresco que mirar uno de estos «seids» por la noche, corriendo delante de un coche con una hacha encendida en la mano, flotando al aire sus blancas mangas que parecen alas. Es una figura ligera y aérea que parece la forma fantástica de un cuento de magas. Visto por el

lado de la humanidad, el «seid» es un sér desgraciado que tiene que correr leguas delante de los caballos, por aprisa que marchen. He oido decir que no hay uno de estos infelices que viva muchos años, pues el exceso de la fatiga les enferma el corazon, y de un momento á otro, en una de estas carreras imposibles, caen repentinamente muertos de un ataque. Si esto no es así, es á lo menos natural y razonable, pues la complexion del hombre es bastante débil para que pueda soportar carreras incesantes de horas enteras, mas aceleradas que las de los mismos caballos. Desgraciadamente la utilidad de estas pobres víctimas salta á la vista para quien ha echado una ojeada sobre los callejones del Cairo no europeo. Sin los «seids» habria diariamente centenares de muertos y lastimados por los coches, pues sobre ser estrechísimas las calles, están siempre llenas de gente, y además los carruajes no hacen ruido por no haber mas pavimento que tierra húmeda y fangosa á las veces.

Como iba, pues, diciendo de mi cuento, que fué interrumpido por el incidente de los «seids,» cabalgaba sobre mi asno, cuando hé aquí que pasa como una exhalacion uno de estos mismos «seids» dando voces.

En seguida traté de hacer replegar mi cabalgadura hácia la pared, para evitar el peligro. Entonces conocí la verdad del adagio español que dice: «¿qué sabe el burro de freno?» Porque á pesar de tirar de él con la siniestra, y de darle sendos golpes con el paraguas de mi diestra, el dócil cuadrúpedo, en esta vez indócil, siguió trotando por la mitad de la calle. Y esto aconteció á la sazon que el coche llegaba por mi espalda, y gritaba el cochero y hacia sonar con fuerza su látigo. Sucedió, pues, que la lanza del coche me tomó por una pierna, dándome un golpe terrible, y que los caballos, tropezando con las ancas del borrico, lo arrojaron de través, y á mí al mismo tiempo, se entiende.

Los transeuntes arrojaron un grito, el coche se paró, y mi dragoman prorumpió en maldiciones contra el cochero, que no tenia culpa ninguna. En un instante me ví rodeado por la multitud.

CAPILLA ALFONSINA

Por fortuna, al caer el borrico habia podido yo sacar un pié del estribo y habia reposado sobre él; solo que siguiendo el impulso recibido, y no pudiendo sacar el otro pié, caí de bruces un poco adelante. Sin embargo, el carruaje habia pasado y no tuve mas que un buen golpe y un buen susto. Ni yo ni el asno recibimos lesion considerable; así que los dos nos levantamos, y él tornó á andar, y yo sobre sus lomos. Corrido estaba yo por demas por el accidente, y acabé de correrme cuando levantando por acaso mis ojos en alto, miré los balcones coronados de gente.

Un frances que pasaba por allí se acercó á mí y me dió el buen consejo de no hacer uso de los estribos, á fin de poder encontrarme libre en todo evento. Díle las gracias, así como á la multitud solícita que me rodeaba, y eché á andar mas de prisa, huyendo de aquel lugar de desdicha, con la cara bien escarlata y las orejas como una ascua.

Y así dió fin esa escena que fué un sainete, cuando estuvo á punto de ser para mí una tragedia; iba á decir «letal,» pero me pareció pleonasmo.

Despues de un gran susto un gran gusto, dice el refran, y yo doy mi palabra de que es cierto. A pesar de encontrarme magullado en mas de algun lugar de mi cuerpo, apenas me ví lejos del sitio donde dí conmigo en tierra, comencé á reir y me sentia con deseos de entonar canciones y tal vez de bailar alguna cosa. Con este humor tan bello llegué al Viejo Cairo; y aunque verdaderamente es viejo, y además tortuoso y feo, lo encontré risueño y delicioso.

El Viejo Cairo está habitado solamente por cristianos; en parte griegos y en parte coftos; coftos y griegos en parte unidos, y cismáticos en parte. Es original encontrar aquella gente, aunque tan dísimbola en creencias, de los sectarios de Mahoma, idéntica á ellos en los trages y costumbres. Efectivamente, los hombres y las mujeres visten como los mahometanos; las mujeres llevan el rostro cubierto, y los hombres la cabeza rapada, con su correspondiente mechon en el medio.

La mayor parte de la poblacion del Cairo Viejo es de «coftos.» Mucho se ha opinado sobre la significacion y orígen de esta palabra con que se les designa. Algunos dicen que viene del nombre de una ciudad del alto Egipto llamada Coptos, que es asiento de uno de sus obispados; otros, que de voz griega que significa «los circuncisos,» porque los coftos se circuncidan hasta el dia, aunque no por observancia religiosa, sino por aseo. La opinion mas fundada parece ser la que hace derivar esta palabra de «œgiptius,» que se escribia tambien «œgoptius,» no siendo la primera sílaba mas que un artículo. De manera que la voz «goptius» fácilmente puede haber degenerado en «coptus,» cambiada la g en su afine c, y omitida la i. Esta opinion aumenta de verosimilitud cuando se observa que los coftos parecen formar la antigua poblacion egipcia, mezclada bajo los Tolomeos y los Césares, con los griegos, los sirios y los romanos.

Cuando los árabes se apoderaron de Egipto, tiranizaron bárbaramente á los egipcios y griegos que poblaban el país. Los vencidos permanecieron separados de los conquistadores, formando un pueblo aparte. Los mahometanos no osaron exterminarlos, porque los encontraron instruidos en la escritura y las matemáticas que ellos habian menester, y que ignoraban por no ser mas que rudos guerreros. Actualmente los coftos forman, poco mas ó menos, una poblacion de doscientas mil almas.

Los coftos son los descendientes de los primeros cristianos de Egipto, que abrazaron desde muy temprano el cristianismo y dieron al mundo muchos santos y sabios, honra y lustre de esta religion. Durante largos años formaron parte de la iglesia griega oriental; pero cayeron despues en la secta de Eutiques ó de los «jacobitas,» que confunden las dos naturalezas de Jesucristo, y en esos errores permanecen hasta el dia. El patriarca de Alexandría presume ocupar la silla de San Márcos Evangelista, cuyo cuerpo ó cabeza se dice estar en Venecia.

CAPILLA ALFONSINA

Hacen sus matrimonios entre sí, sin mezclarse con los individuos de otra religion. Las mujeres se casan apenas salidas de la infancia. No bautizan á sus hijos sino cuatro ó cinco dias despues de su nacimiento.

El rasgo típico de los coftos como individuos de una religion, es la supersticion. Cada santo es entre ellos abogado para cosa distinta: San Antonio es bueno para hacer fecundas las hembras, desde las mujeres hasta las asnas, y el arcángel Gabriel para aumentar y distribuir las aguas del Nilo. El ayuno es entre ellos de una obligacion tan rigorosa, que ni los moribundos dejan de practicarlo, y antes mueren de debilidad, que sean capaces de quebrantarlo. Sus médicos se atienen más á los milagros que á la ciencia, y una de sus maneras de curar á los enfermos es hacerles beber de agua una cantidad igual al peso del Evangelio.

Los sacerdotes entre ellos son casados, y no hacen estudios especiales de la religion. El pueblo los escoge de su seno, y no exige de ellos sino que sepan leer y escribir. De suerte que los padres «coftos» no predican nunca. Sin embargo, el patriarca es siempre elegido entre los monjes que profesan el celibato.

Sus ceremonias religiosas son bien singulares. Los libros en que rezan los oficios divinos están escritos en lengua desconocida, que se cree ser corrupcion del antiguo egipcio, con mezcla de palabras griegas y árabes. Yo he visto á los sacerdotes bendecir á los fieles al terminar la misa; esto lo hacen imponiendo á cada uno de ellos la mano sobre la cabeza. La operacion es bien larga.

Muchas de las antiguas costumbres de los cristianos creo que han de conservarse en la iglesia cofta, pues sus sectarios no han dejado de tener templos, sacerdotes, obispos y patriarcas, desde que Amrú hizo la conquista de Egipto.

Los coftos han representado siempre la parte ilustrada del país, desde la venida de los mahometanos; pero llegaron á su mas alto grado de influencia en tiempo de los mamelucos, que los hicieron

depositarios de toda su confianza, y los emplearon en la escritura, la percepcion de los impuestos, y en los cargos mas honoríficos del gobierno.

Actualmente, la situacion de la poblacion cofta es menos brillante. Como la civilizacion europea ha invadido ya estas clásicas tierras, para nada se ha menester la escasa ciencia de esos torpes amanuenses y adocenados contadores.—

Pero fuerza es volver ya á mi relato. Entramos en las estrechas calles del Cairo viejo. A poco andar llegamos á la puerta de una iglesia.

Bajamos de nuestros borricos y subimos por unos escalones de piedra. Entramos en un callejon oscuro: hay mendigos por todas partes que piden «bakshish;» «bakshish» en árabe quiere decir pago, gratificacion, dádiva, y no sé cuántas cosas más por el estilo; lo interesante es saber que para aquel á quien se dirige esta palabra significa «desembolso.»

Hallámonos en una iglesia pequeñita, bien iluminada, y que denuncia, por su construccion y sus ornamentos, venerable antigüedad: es San Jorge, iglesia griega que se pretende haber sido edificada hace mas de mil años. Un padre griego, con su grande barba negra y su sombrero alto sin alas, tambien negro y terminado en una especie de bóveda con bordes salientes, viene á mi encuentro y me saluda con suma cortesía. Por desgracia no podemos entendernos. Mi dragoman nos sirve de intérprete. Me muestra el altar, que es muy antiguo; una pintura de San Jorge venciendo al mónstruo (cuadro bizantino bien conservado y curioso); otro de los milagros de no recuerdo qué santo; y finalmente, un pequeño cuadro de una pintura en madera, hecha sobre pequeñas láminas colocadas de alto abajo las unas al lado de las otras, formando ángulos. Al principio percibí solamente inconexa mezcla de tintas. El padre, notando mi perplejidad, dió cierta inclinacion al cuadro y lo presentó ante mis ojos.

—San Jesus, me dijo sonriendo y creyendo hablar italiano.

CAPILLA ALFONSINA

En efecto, por aquel costado, las láminas de madera representaban en su pintura un retrato del Salvador. Despues, dando al cuadro una inclinacion contraria, volvió el padre griego á presentarlo ante mis ojos.

—Santa María, me dijo, siempre creyendo hablar italiano.

Por aquel costado las láminas representaban una efigie de la Vírgen.

Por medio de mi dragoman elogié mucho aquella combinacion encantadora por su inocencia, á manera de obra de niños, y con esto el buen «papa» quedó grandemente complacido.

Antes de partir, mi dragoman tuvo la idea de decir á nuestro interlocutor que yo era mexicano. Aquí el buen señor se admiró, me vió, volvió á verme, me miró, me contempló, y dió vuelta en torno de mí para examinarme. Era yo el primer mexicano que conocia, y trataba de hallar en mí algo de raro. Sobre todo, hacia de mí un análisis perfecto tomándome como una muestra, y pensando formarse una idea de mi país y mis compatriotas, por mi persona. Hago gracia al lector de las preguntas peregrinas que el reverendo sacerdote me hizo, pues fueron muchas y largas; y creo, además, que debo abstenerme de sacarlas á luz, pues no es nuevo que él no haya conocido los elementos de la geografia ni de la historia de México, cuando en Europa los mas sabios suelen ser crasos ignorantes de nuestras cosas.

Despedíme del padre, el cual ¡cosa que me sorprendió! tomó tambien su «bakshish,» y salí de la iglesia. Me acompañó hasta la puerta y me tributó numerosas expresiones de benevolencia y simpatía.

A poca distancia de San Jorge y en una calleja oscura, está una iglesia cofta. Entré en ella: es un templo antiquísimo; el altar está cubierto para el público con una verja de exquisito trabajo de madera con incrustados de marfil, que tiene por la parte interior una cortina. Cuando se celebra la misa, una puerta frente al tabernáculo se abre; los circunstantes permanecen fuera, y miran lo que buenamente pueden por aquel pequeño espacio abierto. De la misma manera, la comunion se da por una ventanilla practicada en la misma

verja; y uno tras otro, los fieles, de pié, asoman la cabeza por aquel agujero para recibir de manos del sacerdote la comunion en cucharadas de pan y vino. Es otro mundo. El cristianismo á que pertenecemos nosotros toma allí fisonomía diversa. Se diria que aquellos hombres, aunque cristianos, no pertenecen á nuestra misma religion, al tener costumbres en este particular tan distintas de las nuestras.

Mi dragoman se entendió un momento con el cofto allí presente, especie de sacristan vestido con larguísimo saco á la europea, calzon á la turca y «tarbush» rojo. Por consiguiente, dicho sacristan nos dió á Fortunato y á mí dos cerillos encendidos, tomó él otro, y nos hizo señal de que le siguiéramos.

A la izquierda del altar está una escalera que desciende resguardada por un barandal de madera. Aquel barandal se abrió; descendió el sacristan; seguímosle Fortunato y yo, y bajamos á un subterráneo. Cuatro mezquinas columnas sostienen la bóveda; el recinto es estrecho, y á decir verdad tiene bastante luz para hacer inútiles los cerillos.

Esta cripta es la «Gruta de la Vírgen,» así llamada porque, segun la tradicion, fué aquí donde María Santísima se ocultó con el Divino Infante, cuando huyendo de Herodes, vino á refugiarse en esta tierra.

Un nicho que está en el fondo, desprovisto de todo ornamento, señala el lugar donde reposó el niño Jesus. Este ha sido el primer sitio sagrado que he visitado. Mi corazon latió en presencia de aquel rincon bendito, y se turbó mi espíritu. Arrodilléme por un momento con la mayor humildad que me fué dada, y me incliné á besar la piedra que forma el pavimento del nicho.

Por uno y otro lado en las paredes habia inscripciones y nombres escritos con lápiz: ingleses, franceses, italianos, alemanes y griegos. Entre todas aquellas inscripciones hubo una que me tocó el corazon. Era francesa, y estaba suscrita por un nombre de mujer. «Oh ma mère, decia, priez pour moi!» Palabras sencillas y que traducian fielmente los sentimientos del instante. En efecto, esta era la excla-

CAPILLA ALFONSINA

macion que brotaba entre temblores de emocion, del fondo de mi alma: ¡Oh Madre mia, ruega por mí!

Al salir de la iglesia cofta, el sacristan nos llevó á un lugar donde se encontraba un viejo sillon bordado de colores ya marchitos, y sin decir palabra puso la mano sobre el asiento. Permanecí extático. Aquella mímica no me era comprensible. Mi dragoman, sin embargo, tras breve instante de reflexion descifró el enigma, y depositó sobre el cojin del histórico sillon algunas piastras. Era el «bakshish,» moda, manía, costumbre, necesidad, tiranía, en fin, del Egipto.

Volvimos á tomar nuestros borricos y salimos del Viejo Cairo. Pasamos debajo de los arcos de secular acueducto de 286 arcos y largo de 2,000 metros, construido por Saladino, fundador de la ciudadela. Atravesamos por la mitad de un campo-santo. Las tumbas están vueltas hácia la Meca; son en lo general toscas y muy semejantes en su figura, pero su conjunto tiene mucho de pintoresco. Es costumbre entre mahometanos llorar á los muertos tres dias á contar del de la muerte, y el noveno y todos los juéves siguientes hasta un mes y diez dias despues. Durante los tres primeros, la familia doliente en compañía de los vecinos, llora durante el dia y danza llorando: por la noche, los «sheiks» leen el Coran, relevándose unos tras otros, hasta las dos de la mañana, hora en que la lectura termina con el libro. Esto mismo hacen las mujeres el dia noveno, excepto la lectura del Coran, y todos los juéves siguientes hasta terminado el dia cuarenta.

Además de esto, los viérnes de todas las semanas del año, las familias dolientes van por la mañana bien temprano al campo-santo, llevando provisiones de comida, dulces y fruta que reparten á los pobres sobre las tumbas, para bien del alma del finado. Generalmente el plato que se da á los pobres es el que mas amó en vida el difunto. Hay algunas familias que duermen el juéves por la noche en el campo-santo ó lugares vecinos, para poder hacer sus limosnas el viérnes por la madrugada.

Estamos en la Ciudadela. La Ciudadela es á la vez templo, fortaleza y palacio. Elevada sobre una eminencia, domina completamente el Cairo con sus soberbias mezquitas, y parte del desierto, hasta mas allá de las pirámides de Ghiza. A su espalda se eleva la cadena de montañas llamada aquí el Mokattam, y que se extiende bajo diferentes nombres hasta la Meca. Esta cadena de bien pequeñas dimensiones por cierto, tiene la misma apariencia de aridez que el desierto; es como un monton de tierra seca y movediza, á manera de los que se miran al frente de los edificios que se construyen. Ni un árbol, ni una yerba crece en sus faldas; su color amarillento y monótono, parece tener algo de fúnebre. Por lo demás, casi todas las montañas de Egipto ofrecen el mismo aspecto.

El montecillo sobre el cual se eleva la Ciudadela es del mismo género que el Mokattam, solo que en la parte ocupada por los jardines del antiguo palacio, el terreno ha sido bonificado y es actualmente productivo y risueño.

La mezquita que corona la altura, llamada de Mohammed-Alí, es sobremanera bella y sin duda la mas suntuosa de las cuatrocientas que hay en el Cairo. Su bóveda se lanza soberbia en los aires, pero no tanto como sus dos esbeltos minaretes, que parecen sumergir sus agudas puntas en las profundidades azules.

Subido que hubimos la altura y dejado los asnos, llegamos á la puerta de la mezquita. Allí nos detuvieron los guardianes que estaban sentados en el dintel. Fuí despojado de mi paraguas y hube de sufrir que se me pusieran sobre mi calzado unas pantuflas de lana.

Entramos luego en espacioso patio rodeado de magníficas arquerías de mármol blanco. En su parte media hay hermosa fuente que sirve para hacer las abluciones. Algunos fieles á la sazon lavaban sus piés para entrar en la mezquita.

Tambien nosotros entramos en ella. Nada mas imponente que su aspecto interior. Mucho se asemeja en su disposicion á nuestras iglesias, pues tiene cuatro alas que forman cruz griega, y la altísima bóveda se

CAPILLA ALFONSINA

levanta en el medio. El suelo está cubierto de esteras, y las paredes decoradas con arabescos, pinturas y dorados. El púlpito donde el «sheikh» sube para leer el Coran, es de madera de exquisito trabajo.

A la derecha de la puerta de entrada, detrás de una verja de fierro, está la tumba de Mohammed-Alí. Este hombre singular nació en la Cavala, pequeño puerto de la Romelia, en Turquía, en 1769. Sus padres eran pobres, y Mohammed fué pastor en su infancia. Despues se aficionó á la carrera militar. Llegó á Egipto en 1801 como subteniente, y seis años despues fué reconocido virey de Egipto por la Sublime Puerta. Mas tarde entró en lucha con la Turquía, y merced al génio militar de su hijo Ibrahim, hizo temblar en su trono al sultán de Constantinopla; y á no haber sido abandonado por la Francia en el momento decisivo, habria realizado la independencia de Egipto. Él protegió la civilizacion europea, difundió las luces de la ciencia entre su pueblo, hizo nacer la industria, dió impulso al comercio y encarriló el Egipto por la senda de prosperidad y progreso por donde camina. Fué el génio benéfico de un país, el regenerador de un pueblo; su nombre es digno de figurar entre los mas ilustres de los que personifican el adelanto humano.

Junto á la tumba estaban cuatro egipcios que, sentados sobre las esteras, con los piés desnudos, tenian ante sí sobre pequeños atriles de madera un Coran abierto, y entonaban en coro con voz monótona y compungida los versículos de su libro sagrado.

Al salir de la mezquita, fuimos á visitar el lugar por donde saltó el histórico mameluco. Mohammed-Alí, como lo sabe todo el mundo, no pudiendo sufrir el poder de los mamelucos en su reino, determinó acabar con ellos. Con este propósito, invitólos en Marzo de 811 á un banquete que tuvo lugar en la Ciudadela, so pretexto de la investidura de su hijo Tussum, que iba á pelear contra los uahabitas. A una señal convenida y en medio de la fiesta, soldados ocultos se precipitaron sobre ellos y los pasaron á cuchillo. Uno solo de los mamelucos pudo salvarse, y lo hizo saltando sobre su caballo desde

la altura de la Ciudadela. El pobre animal se rompió los huesos, pero el ginete logró escapar de la muerte. Y mas tarde encontró gracia á los ojos de Mohammed-Alí, que no solo le concedió la vida, sino que lo cubrió de riquezas.

En aquel mismo tiempo, mientras los mamelucos eran exterminados y la sangre corria á torrentes de la Ciudadela y cruzaba por las calles del Cairo; por singular coincidencia, el sultán Mahmoud de Constantinopla hacia tambien asesinar de mano de sus soldados otra larga familia de hombres que gozaba de incontrastable influjo en sus Estados; los genízaros.

Asombrado me sentí al medir con mis ojos la altura de donde se precipitó el mameluco de que hablaba. Es enorme, aun ahora que el antiguo nivel del suelo ha desaparecido bajo las montañas de arena que la mano del hombre ó la corriente de los aires ha hacinado contra los muros de la fortaleza. Y solamente se cree el caso, por ser tan reciente, que se puede llamar de nuestros dias, supuesto que aun existen hombres coevos de él, que su verdad testifican.

La historia de las minorías preponderantes ha sido siempre la misma. Llegadas al apogeo de su poder, tiranizan al pueblo y se burlan de la autoridad, sin poner coto á su soberbia, ni preocuparse con las tempestades del futuro. La electricidad se amontona en el espacio, el rayo se engendra en el silencio, y sonado el momento oportuno, el pueblo se coloca al lado de la autoridad; esta desencadena sus iras, y la casta odiada, herida con alevosía, perseguida con rabia, es arrasada sobre la superficie de la tierra. D. Pedro el Cruel de Castilla, Luis XI de Francia, el sultán turco Mahmud y el virey egipcio Mohammed-Alí representan el mismo papel en la historia.

Los genízaros y los mamelucos tienen puntos notables de semejanza en su vida y su muerte. Los mamelucos eran de orígen turco; los genízaros de orígen cristiano: razas ambas exóticas en los países donde prosperaban. Los mamelucos odiaban á los turcos, los genízaros eran enemigos encarnizados de los cristianos: generaciones in-

CAPILLA ALFONSINA

gratas que se volvian de comun acuerdo contra sus hermanos. Los genízaros tiranizaban al sultán turco y cebaban su codicia en el pueblo; los mamelucos esperaban el momento de destronar á Mohammed-Alí, y pillaban el Egipto: ambos, ébrios de poder, abusaban de su fuerza y sembraban con sus triunfos la semilla de su derrota. Y habiendo colmado finalmente la medida de la paciencia de los príncipes, se firmó á la par su sentencia de muerte en Constantinopla y el Cairo, y precipitándose sobre ellos una soldadesca ávida de su exterminio, fueron inmolados en las casas, en las calles, en las plazas y en las mezquitas. Barthelemy memorable de dos razas insensatas.—

La mezquita del sultán Hassan se encuentra al pié de la Ciudadela. En un momento descendí para visitarla. Su forma difiere bastante de la de Mohammed-Alí. La parte de en medio, en vez de estar coronada por una cúpula, se encuentra descubierta, mientras las cuatro alas, que hacen tambien como la figura de una cruz griega, están cubiertas por bóvedas. Esta mezquita contiene trabajos preciosos en madera y piedra. La puerta de entrada es de tal manera valiosa, que se refiere que un ladron nocturno que logró sustraer de ella algunas piezas, ganó en Inglaterra donde fué á venderlas, nada menos que dos mil libras esterlinas. El púlpito, sobre todo, es obra maestra de arte. La tumba del sultán se encuentra en el fondo del ala principal, separada del resto de esta por una verja de madera.

De este sultán Hassan y de su mezquita se cuenta la siguiente historia: habiendo el sultán tenido un sueño que le impresionó sobremanera, pidió á un santon se lo explicara. El santon lo interpretó, diciéndole que la voluntad de Dios era que hiciese un viaje de diez años, durante los cuales seria desgraciado, y que pasado ese tiempo volveria á sus Estados, donde reinaria próspera y gloriosamente. Convencido el sultán de que aquel era su destino y de que seria un absurdo tratar de resistirle, tomó un asno, una alforja llena de oro y otra cargada con sus ropas, y salió del Cairo furtivamente. La noche le sorprendió en el camino, durmió á cielo raso, y al despertarse

por la mañana encontró que habia desaparecido su asno. Continuó caminando, llegó al Nilo, y para pasarlo tomó una barca que se encontró amarrada á la orilla. Apenas se habia apartado de la ribera, cuando la barca se hizo pedazos como por encanto. Como era buen nadador, puso sus alforjas sobre la cabeza y se dirigió á la orilla opuesta. Antes de alcanzarla, una oleada del rio le arrebató las alforjas. Alimentándose con raíces, plantas silvestres y dátiles, continuó caminando sin descanso diez dias por el desierto. Al fin llegó á una aldea miserable. Allí contrató con un propietario de rebaños hacerse pastor por diez años. Y de esta manera trascurrió el tiempo, sin que Hassan supiera si el de su prueba estaba cumplido. En todo este período el sultán-pastor era humilde, callado y manso; su amo lo consideraba idiota y le daba mal tratamiento.

Aconteció en esto que el amo y el ama de Hassan disputaron, y el marido lanzó á su mujer de su casa. Ahora bien, esta era ya la tercera vez que el marido lanzaba á su mujer. Este tercer divorcio deberia ser irrevocable conforme á ley de Mahoma, si no era que la mujer se casase con otro hombre y fuera divorciada por él. Porque un marido mahometano es libre para despedir dos veces á su mujer y volverla á tomar á su arbitrio otras dos; pero si la divorcia la tercera, para volver á hacerla su esposa debe esperar que ella se case con otro hombre y que sea divorciada por él; despues de este divorcio puede el primer marido recobrarla.

No obstante, el amo de Hassan amaba en el fondo tiernamente á su mujer, que era muy bella. Queriendo deshacer su yerro, pensó valerse de un expediente que imaginó para poder recobrar pronto á su esposa. Creyendo pues, que Hassan era imbécil, lo llamó á solas y le dijo, que le mandaba se desposara con su mujer, pero bajo la condicion de que habria de respetarla, y de divorciarla á la mañana siguiente. Comprometióse á ello Hassan, agobiado por su destino; desposó á su ama, y entró en la casa nupcial, no como marido sino como fiel siervo.

CAPILLA ALFONSINA

Su antigua ama en tanto lo encontró bello, halló algo sobrenatural en su semblante, y se propuso conservarlo eternamente por marido. Y de tales medios se valió, que encendió en el corazon de Hassan pasion violenta y repentina, y le hizo faltar á su juramento. En aquella noche el sultán tuvo otro sueño, y el mismo ángel que le habia hablado cuando estaba en el trono, bajó y le dijo: «guarda á esa mujer para siempre, y vuelve á Egipto donde serás feliz y glorioso: hé aquí que los diez años de tu prueba son ya pasados.»

A la mañana siguiente su amo vino á pedirle cumpliera su promesa, divorciando á su nueva esposa, y sobre la negativa de Hassan se armó entre ambos una disputa, de la cual el amo resultó muerto.

Púsose entonces en marcha el sultán en compañía de su esposa, de regreso al Cairo, y á poco andar encontró su asno atado á un árbol. Continuó marchando, y á la orilla del Nilo halló sus alforjas llenas de oro, y sus ropas. A poca distancia de aquel sitio se encontraba la misma barca que se habia hecho pedazos, la cual se mecia sobre las aguas y estaba como nueva. Pasó Hassan sobre ella el Nilo, sin remar ni dirigirla, y llegó por fin al Cairo.

Un usurpador se habia apoderado del trono. Informado Hassan de la hora en que el usurpador iba á orar á la mezquita, fué él allí al mismo tiempo, con su alfanje oculto bajo la túnica. Y cuando se entonaba cierto versículo del Coran, se levantó en medio del pueblo, y sacando su alfanje cortó la cabeza al usurpador de un solo golpe. En el acto fué reconocido y aclamado con regocijo, y á partir de ese dia comenzó para él un largo y próspero reinado, en que hizo el bien del Egipto y se grangeó el amor de su pueblo.

Y en memoria de este acontecimiento hizo Hassan levantar la mezquita que hoy lleva su nombre, sobre la antigua donde inmoló al usurpador, y dispuso que en ella fuera sepultado su cuerpo.—

Antes de concluir esta excursion, Fortunato me hizo entrar en otra mezquita, cuyos muros están cubiertos de rica porcelana. Habia allí unos cuantos «derwishes,» especie de padres mahometanos que viven peregrinando, que jamas se casan y comen y visten implorando la caridad pública. Hay «derwishes» de tres clases. Los unos se llaman giradores, porque durante la hora de la oracion no cesan de dar vueltas un punto, lo que á menudo les ocasiona vértigos y congestiones. Otros tienen por oficio orar fervorosamente ante los fieles. Los últimos llamados gruñidores gritan como bestias feroces. Los «derwishes» que tenia ante mis ojos eran de los giradores, que son los mas venerados de todos. Los habia negros y blancos y de todos los colores intermedios. Estaban sentados sobre las esteras, sin pantuflas, conversando y fumando sus pipas. Uno de ellos que se acercó á nosotros, nos dió sobre su gremio las noticias que acabo de trascribir.

Díjonos asimismo que el mes próximo habria gran ceremonia de «derwishes» giradores cerca del palacio de la reina madre, y nos invitó á que asistiéramos á ella. Dímosle las gracias por su amabilidad, fumamos en su compañía un cigarrillo de «Korani» (tabaco excelente de la Siria), y le dijimos adios cerrándole la mano. Él nos contestó llevándose la mano á la frente, al pecho y á la boca, y concluyendo por besársela él mismo. Esta es la manera de saludar y dar las gracias entre mahometanos. Algo hay en estos movimientos semejante á los del cristiano cuando se persigna, por lo que me figuro que esta costumbre nuestra es originaria del Oriente, y data de los primeros siglos de la Iglesia.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO VI

LAS PIRÁMIDES

(PIRAMAH.)

Enero 19 de 1873.

La familia irlandesa que habia salido de Nápoles en el «Egitto» juntamente conmigo, se alojaba casualmente en el Cairo en el mismo hotel de la «Esfinge.» Ella tambien pensaba ir á Palestina, y estaba de paso en Egipto como yo, tratando de conocer el mayor número de cosas en el menor tiempo posible. Dificultades muy grandes se le habian presentado para principiar sus excursiones, á causa de la escasez de carruajes y de los altos precios á que habia subido el alquiler de los pocos que se hallaban. Por esta razon el respetable Whake, jefe de la familia, me habia hablado muy temprano en la mañana al tomar el café, invitándome para que me reuniera con ellos á fin de que todos juntos hiciésemos los gastos del viaje á las Pirámides. Convine desde luego, y mi dragoman contrató un coche en ochenta francos (diez y seis pesos) por todo el dia, baratura increible en aquellos dias calamitosos de movimiento desusado y fiestas públicas.

A las nueve de la mañana pudimos estar listos para salir del hotel. Béraud nos proporcionó un suculento almuerzo, destinado á ser tomado á la vista de las Pirámides. Fortunato se sentó al lado del cochero, yo al de M. Whake, las señoras frente á este y á mí, y partimos.

Bien pronto llegamos al Nilo cruzando la ciudad moderna, y pasando por el frente de uno de los palacios del virey, que se asienta á la orilla del rio, y que es una hermosa construccion de estilo moruno por la parte de adentro, aunque tosca y vulgar por la externa. Pasamos el Nilo por un magnífico puente de fierro, largo de 500 metros, giratorio hácia el uno de sus extremos, y de hermosura y esbeltéz admirables. Hace cuatro años no existia este puente todavía; así es que los viajeros que venian á conocer las Pirámides, hacian en borrico la caminata, y pasaban en barcas sobre las aguas del rio. Diez ó doce horas de ida y vuelta era el tiempo que se empleaba en esta expedicion mortal; espacio bastante largo para recibir harto polvo en los ojos y ser agobiado bajo el espantoso calor del sol del Desierto.

Ahora, como lo ven mis lectores, el camino se hace mas cómodamente. La civilizacion moderna comienza á enlazar sus obras con las de la civilizacion antigua. Sea para bien de los viajeros.

Al atravesar por el medio del puente, mis miradas se sumergian al norte y al sur, en el lejano horizonte, hasta donde iban á seguir indagadoras la corriente del rio. Al contemplar aquel caudal gigantesco de agua, no podia menos de pensar en el gran destino que ha tenido que cumplir el Nilo en este suelo durante el trascurso de los siglos. Los árabes, al mirar esta inmensa cantidad de agua, la han llamado en su lengua entusiasta «Bahr-el-Nil,» mar del Nilo, porque el nombre de rio, «mahr,» lo han encontrado demasiado pobre.

El Nilo, que es el rio mas caudaloso del antiguo mundo, viene de orígenes desconocidos. Segunda providencia del Egipto, es una entidad misteriosa, á manera tambien de la providencia celeste. Nace tal vez en la Abisinia y la Nigricia, pero nadie ha podido descubrir sus fuentes.

Los egipcios median los años por los periódicos crecimientos de

CAPILLA ALFONSINA

su caudal. Las causas de estos desbordamientos eran desconocidas para los antiguos, que se imaginaban á este respecto multitud de fábulas. Actualmente se sabe cuáles son ellas, y que consisten en la abundancia de las lluvias que caen en la Etiopia. En Egipto no llueve sino rarísima vez; pero el Nilo, que se desborda é inunda los campos, fecundiza la tierra, depositando sobre ella una ligera capa de su limo bienhechor.

La industria del país ha abierto canales al Nilo, desde la mas remota antigüedad. Ellos tienen por objeto facilitar la inundacion y extenderla lo mas posible, dirigirla sábia y económicamente, y hacer vastos acopios de agua para el tiempo de escasez, que sobreviene cuando las lluvias no son abundantes en la Etiòpia. Estos canales están cerrados con diques, que los cultivadores ó los empleados del gobierno abren cuando lo creen conveniente. En los tiempos de pobreza del Nilo, los diques permanecen cerrados, y el agua, en lugar de desbordarse, se filtra en la tierra y no vuelve á aparecer en la superficie sino por medio de norias, las cuales son movidas por bueyes, y que en el lenguaje del país son llamadas «sakiehs.»

Además de los canales y «sakiehs,» todas las poblaciones tienen sus correspondientes depósitos de agua. Los Faraones hicieron construir multitud de recipientes de esta clase, tallados muchos de ellos en la roca viva, lo que prueba que la irrigacion del suelo ha sido en todo tiempo el principal afan del gobierno del país.

Hay actualmente mas de cien canales grandes como rios navegables, hechos todos por la mano del hombre. Muchos de ellos tienen quince, veinte y aun treinta leguas de longitud, y dan agua á una infinidad de otros mas pequeños, que son como las venas y vasos capilares de estas arterias que llevan la vida á los campos. El Nilo, por consiguiente, es hoy en Egipto como lo ha sido siempre, el regulador de la riqueza pública.

Napoleon I en Santa Elena, dictando al conde Bertrand un párrafo obre la irrigacion del Egipto, se expresa de este modo:

«En ningun país la administracion tiene tanta influencia sobre la prosperidad pública. Si la administracion es buena, los canales están listos y el reparto del agua es sabio y justo; si es mala, los canales se ciegan, el agua se pierde y se reparte entre los favoritos . . . . Es lo que hace la diferencia del Egipto administrado bajo los Tolomeos, en decadencia ya bajo los romanos, y arruinado bajo los turcos. Para que la cosecha sea buena, es preciso que la inundacion no sea ni muy baja ni muy alta.»

El rey Mœris halló manera de remediar estos inconvenientes. Al oeste de la Pirámide de Meymun, en la provincia de Fayum, oasis separado del valle del Nilo, se encuentra el famoso lago Berket-el-Karau, inmenso recipiente que tuvo en otro tiempo cuarenta leguas de circuito, y se llamó el lago Mœris. Un príncipe de este nombre lo hizo construir con el objeto de recibir en él las aguas del Nilo cuando eran muy abundantes, y poder regar el Delta abriendo los diques, cuando las inundaciones fuesen insuficientes.

Los antiguos, amantes de exagerarlo todo, dieron á este lago ciento ochenta leguas de circuito y trescientos piés de profundidad. Dos pirámides, decian ellos, se elevaban trescientos piés, en medio de este lago, y una estatua colosal estaba colocada en la cúspide de cada una de ellas. Así se pretendia dar á conocer que las Pirámides habian sido hechas antes de que el hueco del lago hubiese sido llenado; que este era obra del hombre, y que habia sido hecho bajo el reinado de un solo príncipe.

Hoy no quedan miserables rastros de este gigantesco trabajo, superior, segun la opinion de los que lo conocieron, á las Pirámides y al Laberinto.

Como el pueblo está interesado en saber si el Nilo crece lo bastante, hay en la isla de Rhoda, en el Cairo, una columna llamada «mekyah» ó nilómetro, que sirve para medir el crecimiento del rio. Esta columna se asienta en un recipiente cuyo fondo está á nivel del lecho del rio, y eleva su capitel hasta cierta altura. Cuando la inun-

CAPILLA ALFONSINA

dacion comienza, el agua penetra en el recipiente por una abertura, y todas las mañanas anuncian los pregoneros á los habitantes del Cairo cuál ha sido el crecimiento del dia. Cuando el agua cubre el capitel de la columna, la nueva se hace saber por medio de un cañonazo, y el pueblo se llena de alegría, y hay grandes fiestas y aclamaciones públicas.

Los reyes del antiguo Egipto establecieron tambien sus nilómetros, y se conservan todavía las ruinas de dos de ellos; de los que uno estaba en Menfis y otro en Siena.

Los paganos atribuian á Serapis las inundaciones del Nilo, y por lo mismo tenian colocado el nilómetro de Menfis en el templo de ese ídolo. Constantino hizo trasportar la columna á un templo cristiano de Alexandría. Los paganos se horrorizaron, pensando que indignado el dios, haria que escasearan las aguas del rio. Pero con grande asombro suyo las inundaciones de los años siguientes fueron como de ordinario. Juliano el apóstata, protector de la moribunda idolatría, hizo restituir el nilómetro al templo de Serapis, pero el gran Teodosio lo quitó de allí para siempre.—

Pasado que hubimos el puente, seguimos por una calzada costeada de árboles, y bien pronto entramos en el camino cuyo arenoso terreno parece ser como la orla del Desierto, y conduce directamente á Ghiza.

Pero sucedió que los caballos que tiraban el coche estaban flacos, y que un cuarto de hora antes de llegar á nuestro destino se cansaron de tal suerte, que no queriendo obedecer voces ni látigo, se pararon en la mitad de la senda. Mi dragoman y yo descendimos entonces del vehículo á fin de aligerar la carga á los pobres brutos, y tras breve momento de descanso, las dos irlandesas y el irlandés continuaron en el coche su camino.

Fortunato y yo, en lugar de seguir la carretera que hacia zig-zag, escogimos la línea recta, «por ser la mas corta que puede tirarse de un punto á otro.» Bien pronto conocimos nuestro yerro. La arena movediza, como polvo pasado por tamiz, no presentaba ninguna resistencia á nuestras plantas, y antes de encontrar el punto de apoyo, nuestros piés se habian perdido entre ella. Excusado es decir que una marcha semejante es sumamente fatigosa. Al pié de las Pirámides, los vientos soplando durante miles de años, han hacinado enormes montones de arena; de suerte que la altura de ellas ha disminuido una cuarta parte por lo menos. Por uno de esos montones subí á lo que ahora forma el nivel del suelo donde se levantan las Pirámides. Cuando mi ascension hubo terminado, el sudor corria por mi frente y mi respiracion era anhelante.

En el instante mismo en que aparecí en la plataforma de las Pirámides, una muchedumbre de beduinos,—que sirven de conductores para subir á los colosos,—vino á mi encuentro. Los beduinos tienen un gefe, y con él se ajusta el precio de los servicios de aquellos. Fortunato, á fuer de experimentado en estos lances, hizo llamar al gefe sin prestar oido á los beduinos, y quedó convenido que dispondria yo de tres conductores para trepar á la Pirámide de Cheops, á razon de cinco francos por cada uno. A poco llegó el coche. Las irlandesas se empeñaron en subir tambien, á pesar de que les manifesté que semejante empresa era demasiado árdua para su sexo. Me contestaron que habian subido hasta la cumbre del Vesubio, y no hubo medio de disuadirlas de su idea. No tuvimos ni un momento de descanso. En el acto nos llevaron los beduinos al pié de las Pirámides, y comenzó el ascenso. Yo fuí el primero en comenzar á trepar, y dejé á las irlandesas y á M. Whake entregados en manos de sus conductores, lo cual me dió gran lástima.

Indecible satisfaccion experimenté al sentar la planta en los primeros escalones de la pirámide. He dicho escalones, y necesito explicarme. La destruccion superficial de las Pirámides ha dejado al descubierto las enormes piedras de la construccion. Por esta escalinata accidental é imperfecta se asciende; á la consideracion de mis lectores dejo el apreciar cuán difícil debe ser ascender por ella.

CAPILLA ALFONSINA

Empecé á subir con brío asombroso. Mis guías mismos no podian darme alcance; pero apenas habia llegado á la tercera parte del camino, cuando me sentí exhausto. A pesar de mi vanidad de hombre fuerte, me ví precisado á tomar un momento de respiro. No tengo á la verdad malas piernas; pero la marcha de doce minutos al través de la arena, me habia dejado rendido de cansancio.

Al llegar al pié de las Pirámides habia llevado en cierto modo una decepcion, pues las habia encontrado menos gigantescas que como esperaba. Y era que las veia levantarse en medio del Desierto y del cielo, y entre estas dos inmensidades empequeñecian los colosos. Ahora que trepaba como un insecto por sus enormes laderas escarpadas, era cuando sentia, mejor que comprendia, su altura prodigiosa. Si elevaba mis ojos hacia la cumbre, me parecia que no habria de alcanzarla nunca. Si los bajaba hacia el suelo, sentia en mi cerebro el vértigo del abismo.

Mis guias no me permitieron tomar largo reposo. Trascurridos algunos segundos, dieron la voz de marcha, y me tomaron por los brazos. Por una reaccion nerviosa, saqué de mi naturaleza fuerzas desconocidas, y seguí trepando velozmente. Avancé tanto como la vez primera, y me abandonaron las fuerzas en seguida. Y me senté sobre una piedra.

Los beduinos hablaban frances, y me refirieron multitud de historias. Un chico que habia subido con nosotros, me presentó un botellon de agua fresca, que yo tomé febrilmente y apliqué á mis labios con ánsia. Dos de mis conductores entretanto me frotaban las piernas con las manos, cosa que en verdad me hacia un bien muy grande.

Uno de ellos que tenia cierta autoridad sobre los otros, y era blanco, rubio y de hermoso tipo, me dijo que era médico y se llamaba Mahmud; que no habia enfermedad que no sanara, y hablaba todas las lenguas del mundo. Yo sonreia al escucharlo, porque no tenia valor de responder palabra; mientras dirigia mis miradas hácia abajo, y veia cuatro ó seis viajeros que sostenidos por sus guias respectivos comenzaban como yo la ascension laboriosamente.

Entretanto las irlandesas no habian hecho la cuarta parte de mi camino, y eran tiradas, empujadas y oprimidas en todos sentidos y maneras por los guias que las ayudaban, y se desternillaban al mismo tiempo de risa. En efecto, las irlandesas eran grandes, gruesas y pesadas, y no estaban en el primer Abril de sus años; así, que su volúmen, sus desordenadas ropas, y el gesto de sus semblantes hacian de ellas una verdadera pantomima. A mí me causó la escena lástima, y me atreví por lo mismo á gritarles desde mi asiento no era conveniente que subieran, y harian mejor en descender y admirar las Pirámides desde el suelo.

Seguramente se hallaban ya muy extenuadas por la fatiga, pues á pesar de haber ascendido hasta la cumbre del Vesubio, me contestaron que tenia razon y que iban á descender en el acto. Efectivamente bajaron luego, y yo me sentí satisfecho como si hubiera puesto en práctica una buena obra. Pues en verdad os digo, lectores, por lo que observé en aquel instante, que si vais á las Pirámides y permitís que vuestra madre, mujer, hermana ó sér cualquiera del sexo bello á quien ameis, ascienda por ellas, hareis un disparate; porque debeis imaginaros que hay escalones que miden un metro veinte centímetros de altura, que son en número de doscientos seis, y que los árabes conductores están bien lejos de ser tan medidos y comedidos como los monjes de la Trapa.

De buen grado habria reposado tiempo mas largo, pero los árabes no me lo permitieron, é hicieron la señal de marcha. Preciso me fué seguir adelante por no confesar mi derrota. Al cabo de breve espacio me sentí desfallecido, y pretendí sentarme. Pero aun este consuelo me fué negado. Mahmud me dijo que faltaba muy poco para llegar al tope de la pirámide, y supliendo mi fuerza con la que á él y á sus compañeros sobraba, me obligó á continuar la ascension. Y como mis piernas me obedecian escasamente, fué subido mi cuerpo sobre los de los cuatro conductores. En esta última parte de la ascension representé el papel de un fardo. El exceso del cansancio me

CAPILLA ALFONSINA

habia ocasionado un vértigo, y me sentia arrastrar hácia la cumbre como si fuera presa de un sueño. Mi ascension fué rápida. Dos árabes caminaban delante, trepaban sobre los altos escalones y tiraban de mí, en tanto que otros dos me levantaban empujándome por la espalda. En medio de esta fatigosa ascension los conductores cantaban con voz monótona y acompasada, á la vez que yo los acompañaba con la mia maquinalmente.

De repente me encontré sobre la plataforma, cuando menos lo esperaba, y sin que en esto hubiera tenido la menor parte el esfuerzo de mis músculos. Los guias prorumpieron en aclamaciones y aplausos, como si trataran de celebrar mi pujanza. Era aquella una adulacion que parecia burla. Pero insensible yo por entonces así á los piques del amor propio como á los de la gloria, escuché aquel ruido con oidos indiferentes, y me dejé caer sobre una piedra desmayado y exánime.

Verdaderamente el nombre de pirámide es muy apropiado á este coloso, puesto que pirámide se deriva de «pírama,» que en cofto quiere decir altura.

Las Pirámides de Ghiza son tres, la mas grande es llamada de Cheops, la segunda de Cefren y la tercera de Mancerino, y tienen de altura 146, 136 y 100 metros. La primera, sobre la cual me encontraba, ocupa una superficie total de 54,149 metros cuadrados; su volúmen pasa de 20.000,000 de metros cúbicos. Napoleon el Grande calculaba que con la piedra empleada en esta construccion podria formarse una muralla alrededor de la España.

Esta obra gigantesca, coloso del trabajo humano, fué concluida por el pueblo israelita cuando esclavo en esta tierra, era empleado por los Faraones en las faenas mas rudas é inhumanas. Porque los monarcas egipcios, mirando que el pueblo de Israel se multiplicaba en gran manera, trataban de poner dique á su crecimiento, consagrándolo á bárbaras tareas.

Cien mil obreros trabajaron en la construccion de las Pirámides, y eran relevados por otros en igual número, de tres en tres meses.

Diez años fueron empleados en cortar la piedra en la Arabia y la Etiopia, y conducirla hasta Egipto; y veinte en la construccion de la obra.

En tanto que anhelante y desfallecido reposaba sentado en lo mas alto de la pirámide, y que mis miradas divagaban por la inmensa llanura que se extendia á mis plantas, preguntábame en mi interior, como tantos otros se lo han preguntado, qué objeto podrian haber tenido en la antigüedad estos enormes monumentos.

Se supone que fueron construidos con el fin de que sirvieran de diques á la arena del Desierto, que levantada por el viento tiende constantemente á invadir las llanuras fértiles. Tal aserto, en mi entender, no es verosímil, pues estas construcciones son asaz pesadas para diques, y su forma es de todas la menos á propósito para el efecto. Una muralla, menos costosa evidentemente, hubiera sido natural y lógica del todo.

Se dice tambien que servian como fuertes de guerra, y que los egipcios se refugiaban en su plataforma cuando eran vencidos, para resistir á sus enemigos. Esta opinion es mas absurda todavía. En la plataforma de la Pirámide mas grande no pueden encontrarse á la vez mas de cincuenta hombres. ¿Era posible que pudiera subir allí para defenderse un ejército?

Se pretende asimismo mirar en ellos las gigantescas tumbas que se hubieran hecho levantar desde en vida los soberbios monarcas de un pueblo grande y poderoso. Este parecer ha sido admitido hasta aquí casi sin disputa, en razon de que se han encontrado cadáveres en el seno de alguna pirámide. Sin embargo, comienza á dudarse al presente, porque se ha observado que es mayor el número de las pirámides vacías.

Ultimamente ha publicado Mahmud-Bey, astrónomo del Khédive, una noticia sobre la edad y objeto de las Pirámides. Este erudito asegura que fueron construidas hace mas de cincuenta siglos, y que en su orígen fueron consagradas á Sothis, guardian y juez de los

CAPILLA ALFONSINA

muertos; (Sothis en realidad no era otra cosa que la estrella Sirio); y finalmente, que en el tiempo de su construccion, cuando Sirio llegaba á su zenit, los rayos de este astro caian perpendicularmente sobre el costado sur de las Pirámides.

Los escritos de Mahmud-Bey sobre este particular, han causado notable revolucion entre los mas sabios anticuarios egipcios y europeos; y la mayor parte de ellos han venido á formar del lado del astrónomo de Ismail-Paschá, aunque no puede asegurarse no lo hayan hecho atraidos por la novedad.

Como quiera que sea, es evidente que en la construccion de las Pirámides se tuvo presente algo de astronomía, pues ahora mismo se observa que los cuatro ángulos de la pirámide mayor, corresponden exactamente á los cuatro puntos cardinales del globo, y que en consecuencia, el sol baña perfectamente los cuatro costados, sin que se proyecte sobre ellos una sombra.

Por otra parte, la forma piramidal es la mas elemental y la mas perfecta de todas; encierra el triángulo, primera figura formada por líneas, y la triplicacion de la extension, que es, por decirlo así, el orígen del sólido. Esta doble trinidad geométrica, como elemental, es natural que haya sido conocida desde muy temprano por los pueblos, y hé aquí la razon por que se le encuentra en la mas remota infancia del arte; en tanto que, como perfecta, ha debido ser considerada como emblema de la Perfeccion invisible, y erigida en proporciones inmensas en honor suyo. Plinio, sin embargo, definió de este modo las Pirámides: «regum pecuniæ otiosa ac stulta ostentatio,» y agregó tambien: «inter eos non constat a quibus factæsint, justissimo casu obliteratis tantæ vanitatis auctoribus.»

Divagado andaba yo con estos pensamientos, cuando escuché una voz. Era el doctor Mahmud que me decia presentándome un lápiz:

—Escriba vd. su nombre sobre esta piedra.

Tomé el lápiz maquinalmente, y escribí mi nombre con gruesos caractéres.

Incontinenti sacó Mahmud de una bolsita que llevaba en el seno un instrumento puntiagudo, y se puso á escarbar la piedra dura, siguiendo las líneas que yo habia dejado trazadas. Dentro de bien poco quedó mi nombre grabado en la roca, formando parte de los innumerables pertenecientes á todas las lenguas, que están escritos sobre aquel álbum gigantesco de piedra.

Habia tenido exactamente el tiempo necesario para recrearme en la contemplacion de mi nombre, cuando cayeron sobre mí los árabes que me habian conducido, semejantes á una bandada de aves de rapiña. Cercáronme furiosos, y hablando al mismo tiempo, y á grandes voces, apenas me dejaban entender lo que aquel tumulto significaba, y lo que cada uno de ellos decia.

—Esta es la Esfinge: «bakshish!»

—Esas son las tumbas: «bakshish!»

—Yo le ayudé á vd. á subir: «bakshish!»

—Yo le di agua: «bakshish!»

—Viajero bueno: «bakshish!»

—Arabe bueno: «bakshish!»

—¿Vd. contentò? yo contento: «bakshish!»

—Napoleon. Desde lo alto de esas Pirámides cuarenta siglos os contemplan: «bakshish!»

En medio de tal gritería y gerigonza, pierdo la cabeza y arrojo una mirada en derredor, buscando auxilio. No le hallo; hecho mano al portamonedas, y sacando de allí francos sin contarlos, los reparto á diestra y siniestra. Sin embargo, cuanto yo doy me es devuelto con gesto de menosprecio. La suma es encontrada demasiado miserable; la doblo, es aceptada, y nadie queda contento.

De esta manera el viajero que se pone en manos de los árabes para trepar á la cumbre de las Pirámides, es víctima de los abusos de sus conductores, pues de tal manera son divididos y subdivididos los servicios que á él se prestan, que el mas pequeño incidente que ocurre, es un nuevo motivo de reclamaciones y de pago.

CAPILLA ALFONSINA

Los conductores forman una tropa que milita á las órdenes de un gefe. Este gefe permanece al pié de las Pirámides, y con él se entiende el viajero para ajustar el precio de la ascension. Una vez ajustado, no deberia de haber ningun «extra» que satisfacer. Sin embargo, cada uno de los conductores se hace pagar uno por uno todos los pequeños servicios que va prestando. Es una burla hecha al infeliz extranjero, que daria al diablo las Pirámides, á no ser las Pirámides.

A pesar de la rapacidad de que me habian dado muestra, tuvieron los árabes la suficiente osadía para manifestarme tener un rasgo de delicadeza, pues me suplicaron el uno despues del otro en nombre de Alá, no dijera á su gefe que me habian hecho aquellos pedidos. Hipocresía singular, puesto que el gefe es quien da ejemplo de mala fé, desplumando al extranjero lo mejor que le es posible, y pidiendo á la postre un «bakshish» con todo descaro.

Pasada la refriega, traté de distraerme de la mala impresion del momento, con la contemplacion del magnífico cuadro que se desarrollaba á mis plantas.

Por un lado estaba el Cairo, con sus cúpulas, sus minaretes y su pintoresca Ciudadela; soberbia ciudad que brilla con los esplendores del arte moruno unidos á los de la civilizacion europea; capital de este antiguo y glorioso Egipto que comienza á levantarse de su tumba, para volver á llenar el mundo con la fama de su nombre; centro moral del orbe mahometano, punto donde convergen los rayos mas espléndidos de la moribunda Media Luna, emporio de las ciencias, las artes y las glorias modernas del Islam, segunda en gerarquía respecto de la decrépita Stambul, pero primero que ella en belleza, cultura y esperanza.

Detrás del Cairo se levantaba la cadena del Mokattam, que es un derramamiento de la cordillera Arábiga, con su color gris oscuro, semejante á una série de montones de polvo.

A derecha é izquierda estaba la hermosa campiña cubierta de sembrados, atravesada por esa mar impaciente que se aleja sin cesar de su orígen, y que los siglos han llamado el Nilo.

Al sur y muy á lo lejos se distinguian las pirámides de Zakkarah, y á mis piés, y siempre en la misma direccion, levantaba la Esfinge su enorme cabeza, y abrian su boca despoblada las antiguas tumbas.

Al oeste se extendia el Desierto, esta monótona inmensidad sin movimiento ni vida, que parece sin embargo obedecer á un flujo y reflujo en medio de su reposo, y que levanta sus montecillos de arena fina, como oleadas inmóbiles de una mar difunta. La vista no puede extenderse á lo lejos, á causa de estas eminencias amarillentas que se elevan de distancia en distancia.

Asombro, y muy grande, causa mirar la fertilidad y la vida en los campos limítrofes del estéril desierto. Estas dos zonas que forman contraste, se encuentran divididas por matemática recta que parece trazada por mano de hombre, y lo ha sido por la naturaleza. Terminada la verdura, continúa inmediatamente despues el Desierto; y este cambio no se opera por grados, sino bruscamente. Una línea mas al oriente está la vegetacion, y una línea mas al poniente está la arena. Y allí donde terminan los campos productivos y empiezan los eriales del Gran Zahara, se levantan los gigantes de piedra, como centinelas avanzados de la vida; formidables enigmas enormes y mudos, apostados á la entrada de la silenciosa y solemne inmensidad de la muerte.

El Egipto es vastísimo oasis criado por el Nilo, que corriendo en la misma direccion que ahora lleva desde hace miles de años, ha hecho fecundos los yermos arenales con sus benéficas inundaciones. Antes de atravesar por donde hoy atraviesa, el Nilo se dirigia al oeste, en la línea de los innumerables oasis que todavía se miran, y donde se encuentran rastros indudables del antiguo álveo.

Cerca de Kartum, el Nilo atraviesa la montaña por estrecha abertura, que ha sido formada, bien por la impetuosidad de las aguas, bien por el trabajo del hombre. Como quiera que sea, este paso abier-

CAPILLA ALFONSINA

to al rio, ha sido la causa del cambio operado en su curso en una época remota, haciéndolo tomar una direccion en línea recta hácia el norte.

El suelo de Egipto tiene rastros en todas partes de un terrible cataclismo. Las sales marinas están mezcladas á las desecadas arenas del desierto. Los caracoles y las conchas reposan á los piés de los montes; los valles están trabajados por el paso de los torrentes, y las piedras pulidas por el rodar de las aguas. En tanto que las escorias volcánicas yacen amontonadas entre las rocas, lejos de todo cráter. Hé aquí sobre este particular, la hipótesis de Dolomieu, miembro de la comision científica de Napoleon:

«Una causa desconocida, el choque de un cometa contra el globo terrestre, por ejemplo, habrá un dia impreso á los mares grandes oscilaciones, y algunas partes de nuestros continentes habrán sido sumergidas temporalmente. Dado este supuesto, las aguas del Mediterráneo se dirigieron hácia el monte Líbano, mientras las del Océano Índico entraron en el golfo Arábigo. Las corrientes devastadoras se encontraron en diversos puntos, en sus multiplicados ímpetus, y equilibrándose por un momento sus fuerzas, dejaron caer las rocas y las arenas que habian arrastrado. Así se formó el istmo de Suez; así se establecieron los hacinados de caracoles, cuyos restos constituyen ahora colinas enteras; así se formó el Desierto; así se extendió la sal por la superficie del Egipto; así se aglomeraron materias heterogéneas en lugares extraños á la produccion de muchas de ellas.»

El valle del Nilo tiene 20 kilómetros en su mayor anchura, y es todo de formacion aluvial. Al terminar este, vuelven á encontrarse los terrenos primitivos. Algunas veces el valle no tiene mas anchura que la del Nilo, y está comprendido en todo su trayecto, entre las montañas Líbicas y las Arábigas.

De mi alta contemplacion,—digo alta porque me hallaba tan alto,—vinieron á sacarme los gritos que mis guías comenzaron de nuevo á lanzar contra mis tímpanos. Me habia formado la dulce ilusion de que el terrible conflicto era ya pasado; pero mi dulce ilusion se desvaneció como el humo, al levantarse la realidad descarnada.

Cada uno de los conductores habia sacado del seno un mugriento pañuelo, y desatando el grueso nudo que habia allí formado, mostró á mis ojos un puñado de pequeñas antigüedades. Eran estas Tifones cojos, Isis descabezadas y vientres del buey Apis; alguno que otro escarabajo de labor desgraciada flotaba por allí, formando sin embargo lo mas selecto de la coleccion.

Los árabes me presentaban estas cosas ante los ojos, me las ponian entre las manos y aun trataban de deslizármelas en los bolsillos. No obstante sus instancias, me negué á hacer compra de ninguna especie, y como los árabes insistieran, puse yo tambien el grito en el cielo, dí á mi semblante el gesto mas feroz que me fué posible, y logré con este pomposo aparato de cólera quedar en paz por el momento.

—No enojarse,—me dijo Mahmud volviendo su puñado de antigüedades al pañuelo y formando el nudo de nuevo;—viajero bueno, yo contento.

La razon por la cual me resistí tan abiertamente á comprar aquellos objetos, fué porque habia sido advertido de antemano, de que la Inglaterra suministra, desde hace tiempo, antigüedades para el Egipto. A esto debe agregarse, que habiendo quedado escarmentado de la avidez de mis guías, veia con horror cada nuevo motivo de reclamacion que pudiese yo ofrecerles.

Hubo un beduino sin embargo que no se dió por vencido, y acercándose á mí misteriosamente, me dijo:

—Deseo no carezca vd. de un objeto muy curioso que no he querido vender á los ingleses.

—¿Por qué me lo vende vd. á mí en ese caso? le repliqué.

—Por serle á vd. agradable, me contestó sonriendo.

—¿Qué objeto es pues? le pregunté.

CAPILLA ALFONSINA

—Una medalla del tiempo de los Faraones.

Y diciendo esto, colocó sobre mi mano una pequeña moneda verde á causa de los años.

Lleneme al principio de sorpresa, pues tenia para mí que los Faraones no acuñaban moneda, y que en esos tiempos de Dios estaba en uso la permuta, ó que las compras se hacian entregando por peso el metal con que se pagaba. Tomé por tanto con curiosidad la pequeña moneda, dispuesto á examinarla atentamente, aunque profano en la noble ciencia de la numismática. A la primer mirada, sin embargo, pude leer fácilmente sobre una de sus caras: «Leon X Pontífice Máximo.» Volví tranquilamente su moneda al árabe, y sin picarme por la broma le dije:

—Mil gracias. Puede vd. vender su moneda á los ingleses.

Y con esto y volver la espalda, quedé sin poseer antigüedad tan notable.

Eché todavía otra ojeada al panorama que me rodeaba. Detúveme un momento á contemplar el campo de batalla de Napoleon, que se encuentra al norte. Me parecia mirar á mis plantas, detrás de las trincheras, al ejército de mamelucos que mandaba Murad-Bey. Napoleon hace á su infantería formar cuadro para resistir el ataque de la caballería enemiga. Esta cierra contra la infantería con ímpetu ciego, en tanto que la fusilería y la metralla responden á sus embates. Napoleon en aquel momento, con el objeto de despertar en sus soldados el amor á la gloria, recorre el cuadro gritando aquella sublime é histórica frase: «desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os contemplan.» Los mamelucos se obstinan con valor increible en romper el cuadro, y no lo consiguen. Entonces hacen volver sus caballos por las ancas, por ver si pueden romper á coces las filas francesas; pero viéndose rechazados siempre por aquella inmóbil muralla, arrojan furiosos contra los enemigos sus pistolas, puñales y carabinas. Los que caen heridos se arrastran hácia los franceses para cortarles las piernas con sus alfanjes curvos; pero todo es inútil.

Despues de gran mortandad los mamelucos son enteramente batidos, tratan de huir atravesando el Nilo, y perece ahogado de ellos el mayor número. Así fué destruida la caballería mas bella del mundo. «Con ella, dijo Napoleon, y con la infantería francesa, me hubiera hecho dueño del universo.» Bonaparte al regresar á Francia se llevó un escuadron de caballería mameluca, que formó parte de los célebres soldados de la guardia.

Hecha esta última reminiscencia histórica, me dispuse á bajar de la altura. Gran satisfaccion me causaba pensar que habia subido á la cumbre de la mas alta Pirámide; de estas Pirámides, monumentos los mas antiguos y clásicos de la tierra, cuya fama extendida de nacion en nacion y de gente en gente, ha dejado á la humanidad llena de asombro.

Al comenzar á bajar me encontré con M. Whake, el irlandés mi compañero, totalmente desfigurado por la fatiga, lívido, con los anteojos derrumbados hasta la punta de la nariz, y que jadeante y en estado miserable, era subido por sus conductores como cuerpo sin vida.

—¡Hermosa ascension! le dije al pasar, ¿no es verdad?

—«¡Oh! yes,» me respondió con las fauces secas, y pasando la lengua por sus labios descoloridos, «but very tiresome indeed!» (¡oh! sí, pero muy fatigosa en verdad.)

Un poco mas abajo me encontré con un par de italianos y otro de franceses, que mostraban en su semblante las señales de un cansancio excesivo; los unos con el color bermejo de una apoplegía fulminante, y los otros con el amarillo ó el plomo de la tísis en tercer grado.

La cumbre de la Pirámide de Cheops, es algo por el estilo del cielo: es necesario morir antes de alcanzarla.

Yo, entretanto, descendia sin la menor pena, por aquel camino que acababa de costarme sudores y angustias, y no cesaba de repetir con el autor de esta seguidilla:

CAPILLA ALFONSINA

Para cuestas arriba
Quiero mi mulo,
Que las cuestas abajo
Yo me las subo.

Y era así en efecto, cómo yo subia cómodamente por esta cuesta abajo.

He descendido hasta la mitad de la altura, y me encuentro en el costado norte de la Pirámide. A mi frente hay pequeña puerta oscura: es la entrada de las cámaras sepúlcrales.

Mis guías sacaron del seno unos cerillos y los encendieron. Dos entraron delante de mí y alumbraron el estrecho paso, mientras otros dos, tendidos oblícuamente sobre el pavimento, me ayudaban á hacer el laborioso descenso. El piso á la entrada es un violento declive de mármol blanco, y el tránsito de los hombres lo ha pulido de tal manera, que puede bien decirse que se camina sobre un espejo, conforme está resbaladizo y brillante. Confieso que no hubiera sido capaz de bajar por aquel camino, á no haber sido llevado casi en peso, pues mi calzado resbalaba sobre el mármol, sin serme posible encontrar punto de apoyo. Los árabes estaban descalzos, y sus piés amaestrados ya, sabian encontrar fijeza en las imperceptibles sinuosidades del pavimento.

Esta pendiente tiene 25 metros de longitud, y termina en un estrecho paso, donde es preciso marchar formando ángulo recto con el cuerpo para no chocar con la cabeza contra la piedra. Saliendo de aquí, se llega enfrente de una especie de roca, por la que es preciso subir con ayuda de los piés y de las manos. Una vez arriba, hay otro pasadizo que sube tan rápidamente como desciende el otro. Este pasadizo termina en una especie de plataforma donde se presentan dos caminos: uno horizontal, que conduce á la cámara baja llamada de la Reina, y otro de brusca pendiente que conduce á la cámara alta, llamada del Rey.

Este último camino se divide en su principio en dos estrechísimas sendas, por encontrarse en su medio la puerta de la cámara baja.

Por aquí subia yo poco á poco y penosamente, sostenido por mis árabes. Elevé la cabeza y miré resplandecer el rojizo fulgor de una antorcha. Otros viajeros, conducidos por sus guías, bajaban de la cámara alta despues de haberla visitado.

De pronto, sobre aquel fondo luminoso miro destacarse la negra silueta de una mujer que descendia rápidamente. Era que esta mujer, no pudiendo contenerse, patinaba sobre la piedra bruñida, dirigiéndose directamente á romperse los huesos contra el muro, y á arrastrarme de paso en su espantosa caida. El momento fué crítico. Yo, como lo he dicho, podia caminar apenas, ayudado por los árabes; el menor choque me haria caer y estrellarme el cráneo sin remedio.

En aquel instante decisivo mi razon quedó atónita como es de uso en casos de la especie, y obró solamente mi instinto. Súbito me deshago por dos fuertes sacudidas, de mis conductores, que bajan glizando al suelo, y yo me dejo resbalar hasta el muro. Allí me pongo de espaldas, y extiendo maquinalmente hácia adelante los brazos. Un segundo despues, aquella mujer se precipita gritando sobre mí. A pesar del grande esfuerzo que hago para contenerla, el peso de su cuerpo aumentado por la velocidad adquirida, vence mis brazos que se doblan, y se desploma con violencia sobre mi cuerpo. A consecuencia de esto choca mi cabeza contra la piedra, y recibo un dolor agudo, y miro un millon de candelas. Pero el dolor fué cosa de un momento, pasado el cual, exceptuando una hinchazon en el cráneo, no me quedó rastro alguno del choque.

Al instante me vi rodeado por mis conductores, que vinieron solícitos á enterarse de lo acaecido, esperando tal vez encontrar algun cadáver. Afortunadamente no lo hallaron, y los tranquilicé asegurándoles no habia recibido daño.

La mujer que habia caido sobre mí era una jóven inglesa. Pasado el susto, me dió muchas excusas y me expresó de mil maneras su re-

CAPILLA ALFONSINA

conocimiento «porque le habia salvado la vida.» Y en verdad que yo no habia hecho mas que salvar mi propia existencia, y sin saberlo habia salvado la de los dos.

En esto bajó un inglés viejo, que era el padre de la jóven. Al ver que su hija resbalaba, habia quedado estupefacto allá arriba, esperando oir el choque de la cabeza de su hija contra el muro. A merced de las luces que traian mis conductores, pudo ver cuanto habia pasado, y bajó á toda prisa. Comenzó por abrazar llorando á su hija, y concluyó por abrazarme á mí mismo.

—No sé con qué pagar á vd. lo que le debo, me dijo, pues ha salvado vd. la vida de mi hija.

—Señor, le contesté, no creo merecer de vd. ningun reconocimiento, pues cuanto he hecho ha sido en virtud de mi instinto, y de ello no he tenido conciencia.

—A mí no me toca, me replicó, averiguar cuáles han sido los motivos que vd. ha tenido para obrar de este modo. El hecho ha sido que vd. ha salvado la vida de mi hija, y esto me basta.

En seguida el inglés me dió su tarjeta, y me pidió la mia.

—Vd. me hará favor de acompañarnos á almorzar, me dijo.

—Doy á vd. las gracias, le contesté; me es imposible aceptar la amable invitacion de vd., en razon de haber salido del Cairo en compañía de una familia irlandesa, de la cual no debo separarme.

—En ese caso quedamos aplazados para otro dia.

—Con mucho gusto.

—¿Cuál es el hotel de vd?

—Hotel de la Esfinge.

—Y el mio, «New-Hotel.»

—Hasta otra vista.

—Hasta otra vista.

Y con esto nos separamos, y el buen inglés y su hija siguieron su camino al exterior de la Pirámide, mientras yo proseguí el mio hácia arriba.

La causa de esta aventura habia sido la siguiente. La hija del inglés, curiosa á fuer de viajera, y emprendedora como buena británica, habia querido visitar aquellos antros, rehusando toda ayuda humana; y su padre, sonriendo, habia accedido á su deseo, pensando tal vez con satisfaccion interiormente, que su hija habia heredado de él su pasion por las antigüedades y por las empresas peliagudas. Y sucedió que la damisela bajó el primer camino y subió el segundo, sola y por milagro—aunque se habia dejado por único calzado las médias;—pero desgraciadamente al bajar de la cámara alta dió un paso en falso, y por mas esfuerzos que hizo por detenerse, no pudo, y bajó patinando de la altura, con rapidez vertiginosa. Y en verdad lo digo, que á no haber estado yo al paso, la jóven inglesa se habria estrellado los cascos evidentemente.

Curiosos son los ingleses. El verdadero inglés, no es el que vive en Inglaterra, sino el que anda vagando por todos los países conocidos. La originalidad del trage, la excentricidad de sus maneras, la incontrastable temeridad de sus empresas, lo marcan con resplandeciente sello de nacionalidad, que hace decir á los hombres de todos los países: «hé aquí un inglés.»

Apenas pasada la última erupcion del Vesubio, un inglés bajó gran trecho por las rocas del cráter, á pesar de cuanto se le dijo para disuadirlo de su intento; resbaló sobre la superficie de una roca cubierta de azufre, y cayó de cabeza en aquel espantoso abismo. Otro inglés hace poco se empeñó en subir solo hasta la cumbre de la Pirámide mayor; pero como habia libado bastante del dulce licor, perdió la cabeza al llegar á la cumbre, y bajó rodando hasta la arena. Otro todavía, se precipitó desde la cima del monte de los Olivos, en el valle de Josafat, por evitarse el trabajo de acudir á este lugar desde su patria, al llamado de Dios, en el último juicio.

En cuanto á las inglesas, son la perfecta mitad de los ingleses. La reina de Palmira, lady Stanhope, que vivia en las montañas cerca de San Juan de Acre, y á quien visitó Lamartine en su viaje á Orien-

CAPILLA ALFONSINA

te, era una inglesa tan excéntrica, que hay quien opine estaba loca. En el Cairo vive una principal dama de la corte de Inglaterra, que ha ido por gusto á formar parte del serrallo de un moreno señor egipcio. Yo he visto á las inglesas visitando la gruta de la sibila de Cumas montadas á horcajadas sobre la espalda de los robustos «ciceroni» italianos.

Atendido todo esto, no es de extrañarse que la jóven inglesa de que me ocupo haya tenido la fantasía de visitar el interior de la Pirámide de Cheops, sin ayuda ninguna, y en médias; como tambien parece muy natural que su padre le haya permitido hacerlo. Los ingleses son siempre niños; hay en el fondo de su alma, diáfano, visible océano de candor y de inocencia.—

Vuelvo á mi relato. Sostenido por mis árabes llegué á la cámara del Rey. Oscuridad profunda allí reina. El aposento es espacioso, las paredes de granito y el techo muy elevado. Hay en medio un enorme sepulcro de granito tambien, vacío en su interior. La momia que habia dentro, se encuentra actualmente en el Museo Británico de Lóndres.

Este colosal sarcófago es indudable que fué depositado en el interior de la Pirámide al ser esta construida, pues no es posible que hubiera cabido por la estrecha entrada que al aposento conduce. De esta sala parten dos pequeños orificios que comunican con el exterior, y sirven para que se renueve el aire constantemente. Uno de mis beduinos puso su cerillo en la direccion de los dos agujeros, y la llama vacilaba. Se cree que estos conductos tenian por objeto dejar penetrar el aire de que habian menester los operarios que trabajaban en el interior de la pirámide. Concluida la construccion, fueron tapados. Un inglés los encontró no hace mucho. El descubridor orgulloso dejó su nombre escrito en uno de los muros del aposento, creyéndose acreedor á la inmortalidad. Los ingleses son muy afectos á las cosas antiguas, y no hay para ellos dicha como la de dar con una de ellas, aun cuando sea un agujero. Dios sabe para qué ha criado á cada hombre, y asimismo que á mí se me daria un bledo de descubrir un agujero siquiera fuese del tiempo de los Faraones.

Sobre este aposento hay otros cuatro mas pequeños y vacíos, que no parecen tener mas objeto que el de disminuir el peso que descansa sobre el techo de la cámara del Rey.

Dejé este aposento, y debo confesar que bajaba con temor y con temblor por aquel declive resbaladizo. Los árabes lo comprendieron así, y hé aquí que en un momento dos de ellos me levantaron en alto, sobre sus brazos unidos, por mas esfuerzos que hice para resistirlo. De esta manera pude hacer el descenso, sin exponerme á poner en escena la segunda parte del drama con visos de tragedia, representado por la inglesita; bien que este servicio hube de pagarlo, como es de entenderse, con un «bakshish» de primera clase.

La cámara baja llamada de la Reina, es mas pequeña que la otra, y está despojada de toda particularidad que pueda hacerla por algun título notable. Oscura y vacía, en vano me paseé recorriendo sus cuatro costados en busca de algun sarcófago que indicara su fúnebre destino. Las paredes de granito duras y frias, no tienen ni siquiera un agujero, cuyo descubrimiento glorificar pudiera el nombre de algun hijo del británico reino.

Al salir de aquí, encontramos á nuestro paso la boca de una especie de subterráneo que desciende perpendicularmente, y tiene tres ó cuatro comunicaciones hácia arriba. Mahmud bajó por allí con grande agilidad, para hacerme ver que la luz del cerillo que llevaba en la mano, salia al mismo tiempo por distintos conductos. Hecha esta experiencia, tornó á subir el doctor, cubierto de polvo en todo su cuerpo y sufriendo los accesos de una tos rebelde.

Con esto habia acabado de ver cuanto hay de notable en el interior de la Pirámide, y salí á la luz del dia ayudado por los beduinos. El gefe me esperaba á la puerta para pedirme régia gratificacion y doble paga de la que habiamos convenido. Por fortuna llegó en aquel punto Fortunato y pudo librarme del asalto, mediante el pago del precio estipulado y un moderado «bakshish.»

CAPILLA ALFONSINA

La familia irlandesa me esperaba para almorzar á la puerta de la única habitacion que existe en aquellos alrededores. Extenuado de fatiga, despues de tan trabajosas subidas y bajadas, mi apetito habia tocado á su mas alto punto de excitacion impaciente; de manera que devoré las viandas y vacié los vasos de vino en menos tiempo del que empleo en contarlo, sin sentirme por ello satisfecho. En la crítica situacion en que entonces me hallaba, sentíame capaz de dar buena cuenta del mismo dios egipcio, el buey Apis, por mas gordo que lo hubieran tenido los cuidados de los sacerdotes y el pueblo.

En tanto que almorzaba, divagaba mi vista por los lugares vecinos, donde los magníficos cuadros se desplegaban, de las grandezas de la naturaleza y el arte humano: el cielo, el Desierto y las Pirámides.

El sol caia perpendicularmente sobre la tierra. La atmósfera semejaba inmensa, deslumbradora llama que salida del sol, viniese á lamer la superficie del terrestre planeta. Los arenales del Desierto presentaban el aspecto del prodigioso hacinado de ceniza de una hoguera gigantesca. Esta superficie inmensurable, árida y calcinada, era á mis ojos como el desolado rastro de terrible cataclismo. Los colosos de los Faraones se levantaban de la superficie amarillenta, y su imponente mole se dibujaba sobre la esplendidez del candente cielo.

La vida, sin embargo, animaba en aquellos momentos el magestuoso cuadro. Multitud de viajeros que habian ido como nosotros á visitar las Pirámides, almorzaban al pié de ellas, sentados sobre las piedras y al abrigo de su gigantesca sombra. ¡Mezcla singular de vida y de muerte, de pasado y de presente! Los trages europeos y á la última moda de Paris, eran heterogéneos en aquel sitio, donde parecen vagar todavía las sombras de los Faraones y de los israelitas cautivos.

Mucha falta hace un buen hotel en las inmediaciones de las Pirámides, pues habiendo como la hay tan grande afluencia de viajeros que vienen á dar su tributo de admiracion á los colosos, un establecimiento de esta clase seria en extremo concurrido, y produciria soberbias ganancias. Solo que el hotel traeria la desventaja de desnaturalizar estos sitios antiguos, que parecen ser refractarios de todo lo moderno. No irian ya entonces los viajeros á almorzar sentados sobre las piedras, y el rústico cuadro perderia mucho de su poética novedad. Pero verdad es, se me dirá, que la comodidad en la vida práctica es con mucho preferible al arte y la poesía. Y á esto, nada respondo, pues mi objeto no es la didáctica ni la controversia.

Terminado el almuerzo, fuí en compañía de la familia irlandesa á mirar la Esfinge de cerca. La marcha sobre la arena es sumamente difícil y fatigosa. Las mujeres tienen necesidad de ser llevadas del brazo por los guías. Los hombres marchan apoyados sobre gruesos bastones que los conductores proporcionan.

Hé aquí la Esfinge. A primera vista me parece pequeña. Debajo del cielo, sobre el Desierto y al pié de las Pirámides, figurábaseme juguete de niños.

Uno de los conductores trepó sobre el lomo del coloso y se encaramó en la cabeza. Entonces comprendí cuáles eran sus enormes dimensiones, pues el hombre sobre ella se veia como un insecto. Para que se forme idea el lector de la grandiosidad de la Esfinge, bástame dar aquí sucintamente su medida;

Altura total.	20	metros.
Cabeza.	9	„
Oreja.	2	„
Nariz.	1	79

De manera que un hombre de buena estatura puede ser apenas del tamaño de la nariz.

La Esfinge está tallada en una roca calcárea del mismo suelo, y tiene labrada únicamente la cabeza y la parte delantera del cuerpo. A partir del cuello, la enorme figura está oculta bajo montañas de arena, y esto le ha hecho perder gran parte de su altura. La cara presenta el mismo tipo que todas las estatuas egipcias; ancha,

CAPILLA ALFONSINA

mofletuda y con la nariz chata, lleva sobre la cabeza una especie de tiara que le cae por los lados de las sienes. Está en parte mutilada; los soldados de Cambises dejaron estos rastros de su barbarie. El color rojo de que estaba embadurnada no ha desaparecido aún totalmente, y contribuye para darle un aspecto salvaje. Se cuenta que en tiempo de los egipcios, y cuando esta figura se destacaba enteramente sobre el suelo, habia tres templos tallados entre sus manos. A ser esto cierto, preciso es convenir en que la Esfinge ha perdido mas de la mitad de su altura, por pequeños que los templos se supongan.

Sentada sobre la arena una de las irlandesas,—la mas gorda y la mas vieja,—sacó de su pequeño saco de viaje una cartera, y arrojando miradas de través sobre la Esfinge, dignas de Rafael Sanzio, se consagró, lápiz en mano, á sacar de ella una copia. Su marido en tanto, el honorable Mr. Whake, abogado de Dublin, con la calva cabeza cubierta, el ojo alelado y abierta la boca, asistia al artístico trabajo de su esposa, con la devocion con que un creyente asiste á las ceremonias de su culto. La otra irlandesa distraia á cada paso á su hermana, diciéndole:

—Dibuja aquel montecillo de arena.

—Dibuja aquel hermoso árabe.

—Dibuja aquel muchacho que trae el botellon de agua en la mano.

—Dibújame á mí sentada sobre esta piedra.

—Querida hermana, dijo el flemático Whake con su voz apagada á consecuencia del abuso que de ella habia hecho en defensa de la justicia, debes considerar que el lápiz no es tan rápido como la cámara oscura del fotógrafo.

Mientras estas y otras conversaciones sonaban en derredor de la artista, consagrada esta á su noble tarea, no tenia vida sino para el noble arte de que era entonces sacerdotisa.

Pasada media hora de trabajo, exclamó llena de júbilo:

—Está concluido. Mira, Juan, ¿qué te parece?

—Soberbio, dijo el abogado con entusiasmo; es un cuadro digno de Turner.

—¡Magnífico! gritó la hermana, rubicunda por la emocion que aquella maravilla le causaba; merece un abrazo.

Y efectivamente, la irlandesa, llena de veneracion por su hermana, tomóla entre sus brazos y la besó repetidas veces.

—¿Qué dice vd. de esto? me preguntó el abogado pasándome la cartera.

—Digo, le contesté, que Turner, Salvator Rosa y todos esos maestros famosos en el paisaje, no han tenido inspiraciones del calibre de las de la señora.

—No tanto, no tanto, me contestaron riendo todos tres.

Y en efecto, lectores, no era tanto, pues la irlandesa, queriendo hacer el dibujo de la Esfinge, habia hecho el retrato de un feo gato.

De allí pasamos á visitar las innumerables tumbas que se abren por todas partes en el suelo. Hay una que acaba de ser descubierta: está tallada en la roca, y tiene una cámara con varios órdenes de nichos sobrepuestos á manera de los que se ven en las catacumbas. Tan antiguo así es el orígen de los nichos ó gavetas de nuestros cementerios.

Hay una especie de templo formado con columnas angulares monolitas, perfectamente conservado.

En los subterráneos que se encuentran á mitad invadidos por la arena, se miran todavía algunas mómias dentro de sus cajas resplandecientes hasta ahora, con los vivos colores que los siglos no han podido empañar.—

A las cuatro de la tarde montamos en el coche para tomar de nuevo el camino del Cairo. Al partir vino á decirme el doctor Mahmud que iba á subir á la cumbre de la mas alta Pirámide, en cinco minutos, pues un inglés ofrecia pagarle diez francos por esta rápida subida.

CAPILLA ALFONSINA

Saqué mi reloj, y mientras rodaba el coche, no perdí un momento de vista al doctor Mahmud, deseoso de saber si era capaz de cumplir lo prometido.

Pocos momentos despues vi al árabe trepar por las laderas escarpadas del coloso. Aquel hombre saltaba sobre las piedras con agilidad maravillosa, y á la distancia desde donde yo lo observaba, parecia no tocarlas siquiera con las plantas. Hubiérase dicho que el camino que seguia era fácil y exento de riesgo, conforme adelantaba por él sin detenerse, como si tuviera alas. Parecia una cabra montés brincando sobre los vertiginosos desfiladeros de las serranías. Llegó por fin á la cumbre; y saltando sobre la plataforma, prorumpió en gritos de triunfo, agitando en alto las manos. Su figura en aquel instante, empequeñecida por la altura y la distancia, se destacaba airosa sobre el horizonte iluminado; era la silueta fiera y salvaje del hombre de la naturaleza.

Eché una mirada á mi reloj. Cuatro minutos y medio habian trascurrido apenas. Mahmud habia cumplido con exceso lo prometido, y habia hecho aquel camino en menos de la tercera parte del tiempo que yo, con ayuda de ocho brazos, habia gastado en recorrerlo.

CAPITULO VII

MENFIS Y ZAKKARAH

Enero 20 de 1873.

A las seis de la mañana vino Fortunato á buscarme al hotel. Dos asnos nos esperaban á la puerta. Montamos sobre ellos y nos dirigimos á la estacion de Bulaq, que es la primera del camino de fierro del Alto Egipto. La estacion, por una idea bien singular, está fuera del Cairo y á respetable distancia. El camino para llegar á ella, se cruza en algo mas de una hora. Eran las ocho y cuarto, y el tren deberia partir á las nueve en punto. Pocas esperanzas teniamos de llegar á tiempo; pero contando con la falta de exactitud de los ferrocarriles del país, hicimos andar á buen paso nuestras cabalgaduras, y nos echamos en brazos de la suerte.

No teniamos un cuarto de hora de marcha, cuando el asno de Fortunato, que era flaco en demasía, se cansó totalmente y comenzó á dar traspiés á cada paso. Cuatro ó cinco veces rodó mi dragoman por el suelo, arrastrado por la extenuada bestia que tropezaba y caia; pero el animoso Fortunato tornaba á levantarse lleno de brío, y apostrofando al pobre animal con palabras que no son para dichas, montaba sobre él, y á palos obligábalo á caminar diligente.

CAPILLA ALFONSINA

Una hora despues, el asno no pudo más; y á pesar de los golpes y de los empujones con que lo impulsaba el arriero, se dió á caminar lentamente, exhaustas ya sus fuerzas.

Desde aquel punto se oian los silbidos de la locomotora, próxima á ponerse en accion. Fortunato, ciego de cólera, queria hacer terrible ejemplar en el asno y su dueño, como si alguno de los dos tuviera culpa en lo que nos pasaba. El infeliz arriero estaba tan afligido, que me pareció verlo en ánimos de echarse encima la albarda é invitar á mi dragoman á que lo cabalgase.

Tocado de compasion al ver su aturdimiento, abogué en su favor, y logré que Fortunato en paz lo dejara y se resolviera á caminar á pié hasta la estacion, de allí poco distante.

Tomó, pues, mi dragoman por el ronzal mi asno, y diciendo maldiciones inauditas, echó á andar con paso precipitado. El arriero vino tras nosotros, habiendo dejado la bestia cansada, atada á una enorme piedra, y poniendo la suerte de su propiedad en manos del omnipotente Alá, dueño y soberano de todas las cosas.

Menos de un cuarto de hora empleamos en llegar á la estacion. A pesar de esto, eran las nueve y media cuando llegamos. Pero nada importaba, puesto que el tren no habia partido. Apenas tuvimos tiempo suficiente para comprar nuestros boletos. Entramos en el wagon, y partió el tren en aquel mismo instante.

Caminamos por espacio de media hora, al cabo de la cual se paró el tren. Era la primera estacion del Alto Egipto. Bajamos, y en un instante atravesamos la distancia que nos separaba del pueblo de Bader-Shen, que es bastante feo y miserable.

Hubo en la antigüedad un rey en este lugar, que tenia una mujer muy hermosa. Partió el rey para la guerra, separándose de la reina con lágrimas, porque tiernamente la amaba á causa de su gran belleza. Dos meses despues volvió triunfante, ansioso por ver á su esposa. Salió ésta á recibirlo á la puerta del palacio, pero al verla el rey, quedó horrorizado: aquel rostro de ángel estaba convertido

en semblante de mónstruo; las viruelas habian atacado á la reina y la habian espantosamente desfigurado. El rey no pudo menos de exclamar en aquel terrible caso:

—¿Cómo ha podido hermosura tan ideal trocarse en fealdad tan horrible?

Y desde entonces, en memoria de este singular acontecimiento, lleva el lugar el nombre de «Bader-Shen,» que en lengua árabe quiere decir beldad horrible.—

Llegamos, pues, Fortunato y yo á un miserable café griego, y el dueño se encargó de buscarnos dos asnos. No tardó en encontrarlos, y muy robustos y ágiles por cierto, aunque pobremente enalbardados. Pusímonos en marcha en seguida, pues á las cuatro de la tarde teniamos que estar en Bader-Shen de regreso, para tomar el tren que á esa hora tenia de volver al Cairo.

Despues de una hora de camino llegamos á Zakkarah; villorrio insignificante que tiene algunas casas diseminadas en una altura.

Allí echamos pié á tierra y entramos en la choza de un pobre árabe, vendedor de antigüedades y conocido antiguo de Fortunato. Sentámonos en la sala sobre unas esteras, y muy á poco nos fué servido el café en miserables tacitas.

El árabe dueño de la casa nos hizo ver multitud de pequeñas estátuas y escarabajos que tenia guardados en mugrientas talegas de lana. Todo lo que habia allí era bien antiguo, pero no nos mostró figura que estuviese completa. Compré yo, sin embargo, algunos de aquellos objetos, más bien por tener algun pretexto para socorrer al infeliz campesino, que por el interes que ellos me inspiraran.

Media hora pasamos en la casa del pobre anticuario, sin poder entender yo una palabra de cuanto este y mi dragoman hablaron. Varias veces me dirigió el casero la palabra; pero viendo que no contestaba, se dió á preguntar á Fortunato pormenores sobre mí, y se asombró grandemente al saber que yo era mexicano. No conocia ni el nombre de mi país, y se asombró todavía mas cuando habiéndome

CAPILLA ALFONSINA

preguntado si el imperio de Mahoma se habia extendido hasta México, le hube contestado negativamente; porque segun él me dió á entender, creia que el mundo entero era mahometano, con excepcion de los francos (europeos) y los coftos.

Estaba el buen hombre empeñado en que le acompañáramos á comer, y no se decidió á dejarnos partir sin gran resistencia. Por fin Fortunato se puso en pié. Dijímosle que teniamos precision de marcharnos luego, porque habiamos de llegar á comer á Zakkarah. Nos hizo prometerle que volveriamos á verlo de regreso de nuestra expedicion.

Al despedirse de mí, me dijo:

—«Bikhâtirkum yâ saidî» (Adios, señor).

Y á Fortunato:

—«Ma assalamah yâ hahibi» (Adios, amigo mio).

Tornamos á montar en nuestros asnos y proseguimos el camino á buen paso, bajo un sol de fuego que nos tuvo agobiados y calenturientos.

Bien pronto llegamos á un lugar donde Fortunato, parando su cabalgadura, volvió á mí el rostro, diciéndome:

—¡Menfis!

Preciso era que mi dragoman me lo dijese, para que yo pudiera saber que allí habia existido la ciudad famosa. En vano buscaba delante de mí algun monumento, algun escombro de la opulenta capital faraónica.

¡Menfis! Este solo nombre hacia agolparse en mi cerebro un torbellino de ideas y de recuerdos. Residencia por muchos siglos de los monarcas egipcios, capital del vasto y poderoso imperio de los Faraones, ostentó en un tiempo todas las grandezas de la civilizacion egipcia, y rivalizó con Tébas, la ciudad de cien puertas. Aquí estaba el palacio donde habitaba Faraon que mandó matar á los infantes israelitas. La hija de este rey, paseando por la ribera del Nilo en compañía de sus doncellas, encontró la cuna del pequeño Moisés, que

detenida entre los juncos de un remanso, flotaba sobre las aguas. Apiadóse la princesa de aquel pobre niño destinado á la muerte, y llevólo consigo á su palacio. Allí fué donde Moisés, educado con todas las atenciones debidas á un príncipe, adquirió esa fuerza moral que, iluminada y engrandecida por Dios mas tarde, arrebató de las garras del monarca mas poderoso del mundo, la descendencia de Jacob hasta entonces esclava, blanco de las tiranías del pueblo de esta tierra, entre el cual vivia como peregrina.

Allí se formó ese gran génio protegido de Dios, que refundió en sí todas las glorias posibles. Fuerte en la pelea, héroe, historiador sobrehumano, fué padre, salvador, legislador de un pueblo, y sirvió de intermediario á Dios para trasmitir al mundo sus leyes. Tan presto instrumento de terror en los planes del Altísimo, tan presto de consolacion y dulzura, á una señal de su vara, la mano todopoderosa se desplomó sobre los hombres para castigarlos, ó se abrió para colmarlos de beneficios.

Él hizo gemir el Egipto bajo siete plagas terribles; obedeciendo á su mandato, se abrieron las aguas del Mar Rojo para que pasara Israel por en medio de ellas por un camino seco, y se despeñaron sobre el monarca rebelde que marchaba en seguimiento del pueblo escogido; hizo brotar agua del desierto árido y caer lluvia de aves del candente cielo ennegrecido por el mortífero «simoun;» escribió un libro que encierra la historia de lo criado, y en estilo sublime cuenta á los hombres su orígen y los hace remontar hasta su procedencia celeste; y ascendiendo á la cumbre del Sinaí humeante y aterrador con el poder y la majestad de Jehová, recibió de manos del Legislador Supremo las Tablas de la Ley, donde la moral quedó para siempre concreta y la conciencia humana estereotipada.

¡Tristeza y desolacion! De Menfis no ha quedado ni un rastro. Allí donde se extendia, la lluvia del cielo sin salida ha formado laguna infecta, mientras en torno de ella y ocupando los antiguos recintos, crecen las palmas silvestres.

CAPILLA ALFONSINA

Algunos montecillos cubiertos de yerba, ocultan acaso los muros de habitaciones que no miran la luz hace miles de años; y la soledad y el silencio extienden sobre este sitio su sudario de muerte, como en otro tiempo el movimiento y la vida lo hicieron resonar con su estrépito.

Nunca desolacion mas grande se ha derramado sobre lugar mas renombrado y glorioso. Ni una pared en pié, ni un pedazo de piedra labrada que indiquen aquí fué Menfis. Jamas paraje alguno fué mas propio para despertar en el alma los pensamientos de la miseria de las glorias humanas, que este campo cenagoso poblado de un bosque de palmas donde nada parece indicar la espléndida historia del pasado!

Cabizbajo y suspenso proseguí mi camino, sin saber apenas por dónde cruzaba. Me sentia profundamente conturbado y tristemente satisfecho á un tiempo mismo, porque habia conocido el lugar donde Menfis habia sido.

A poco andar encontramos una choza miserable al diestro lado del camino. Frente á la puerta habia expuestos algunos restos de estatuas antiguas de muy poca importancia. Algunos ingleses habia allí agrupados examinando aquellos objetos.

A poca distancia de la choza, en una hondonada, descubrí una inmensa piedra labrada, y lleno de curiosidad hice parar mi asno para examinarla. Al principio toméla por simple fragmento de construccion gigantesca, pero al cabo de unos instantes de contemplacion, noté que aquel monolito enorme era el torso de una estatua. Es un fragmento de la gigantesca estatua de Ramses el Grande, conocido en Occidente bajo el nombre de Sesostris, y ocupa derribado treinta y seis piés de terreno. El pecho está enteramente hundido en lodo, y la parte visible, con tener proporciones tan vastas, no parece á la primera ojeada presentar los perfiles de la forma humana. De manera que por su misma enormidad es difícil de darse á conocer. Esta estatua en pié y completa, debe de haber tenido muchos metros de

altura. Todo era colosal en el antiguo Egipto. Ese pueblo no encontraba la belleza sino en lo grande; error tal vez, pero prueba de que su alma deliraba con las ideas de lo inmenso y de lo eterno.

Adelante. No hay senda. Entramos por los sembrados. Una caravana de ingleses, en borrico tambien, marcha á nuestro frente y nos precede. El grupo va alegre y jugueton como una comparsa de muchachos de escuela. Sus asnos son perezosos ó cojos y apenas marchan; de manera que viajeros y viajeras caminan unos tras otros, apaleándose mútuamente sus cabalgaduras. El burrero se encarga de descargar su brazo sobre el último de los asnos á fin de no dejarlo sin su racion de palos. Una vieja que lleva sombrero de alas espaciosas, rie como una loquilla, y picando con su baston al animal tenazmente, trata de hacerlo caracolear, creyendo tal vez encontrarse en Hayde Park. El asno se echa á correr al través del sembrado, se aparta de la comitiva, y levantando los cuartos traseros, hace caer de bruces á la vieja, y sigue todavía corriendo de su cuenta gran trecho, hasta que el burrero vuela y por el freno lo contiene. La pobre inglesa se levantó entretanto, más que molida del golpe, corrida por el desgraciado caso. Como cayó en el lodo, sus vestidos se llenaron de barro, y sobre su cara se formó una máscara, de modo que se levantó escupiendo la tierra que sin querer habia tragado. Pero los ingleses son graves y caballerosos hasta lo sublime. Llegaron solícitos á la vieja, sin que indiscreta sonrisa asomara á sus labios; en tanto que ella, tratando de disimular su confusion, hablaba de sus contusiones. Los ingleses fingian creerlo y tomarlo á lo serio.

En este estado dejamos las cosas cuando Fortunato y yo pasamos junto á aquel grupo, siguiendo campo adelante en nuestros excelentes borricos.

Una hora de marcha.

Llegamos al Desierto; trepamos por unos montecillos de arena, y nos encontramos al pié de las pirámides de Zakkarah. Son mucho mas pequeñas que las de Ghiza. Como monumentos de su clase, no

CAPILLA ALFONSINA

tienen interes ninguno despues de haber sido vistas la de Cheops y sus dos compañeras. Su forma, aunque piramidal, no es enteramente igual á la de aquellas, pues las piedras que las componen están colocadas en gradería desde la base hasta la cúspide. Los huracanes han depositado grandes montones de arena sobre las graderías; de modo que, vista alguna de estas pirámides por un lado, presenta el aspecto de un caprichoso cono de arena levantado por el torbellino.

Era poco mas de la mitad del dia, y tanto mi dragoman como yo nos sentiamos aguijoneados por el hambre. Por fortuna, en aquel momento llegamos á un lugar donde hay una miserable posada cuidada por un campesino que es á la vez el guardian-guía de los sitios curiosos circunvecinos. Bajamos de nuestros asnos y los encomendamos á la vigilancia del arriero.

Desdeñamos entrar en la posada, por ser de construccion reciente y sentirnos ávidos de antigüedad. Buscamos en el flanco de un montecillo de arena alguna cueva, de las que mi dragoman me aseguró que allí habia, y por fortuna no tardamos en encontrarla. Hallámosla, pues, y en tales condiciones, como mi ilusion misma no me la habia representado. Es una construccion egipcia formada por dos cámaras contiguas del tamaño y la altura de cuatro metros en cuadro, comunicadas por una puerta. El techo está formado por una sola y enorme piedra, y cada pared constituida asimismo por un gigantesco trozo monolito. Todas estas pesadas y enormes piezas están perfectamente ajustadas las unas á las otras en sus bordes por medio de muelas ó dientes, que se cruzan entre sí á manera de las tablas de una caja. De este modo el pueblo egipcio, con sus obras toscas pero sólidas, ha podido desafiar los siglos.

Dentro de este aposento secular, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos, almorzamos Fortunato y yo, sentados sobre unas piedras, y haciendo servir de mesa otra piedra que por acaso á nuestro frente teniamos.

Entretanto que almorzaba, me preguntaba en mi interior cuál

seria el objeto de esta construccion singular. Hallábala demasiado pequeña para templo, demasiado grande para tumba, y harto monumental para ser una habitacion simple. Sin embargo, mas bien me sentia inclinado á tomarla por una tumba, porque sabia de antemano que estos sitios fueron fúnebres en lo antiguo. Sea de esto lo que fuere, la verdad es que me parecia muy extraño, y muy grande, y muy bueno, almorzar allí, bajo aquel edificio secular, dentro de aquel clásico recinto, habitado en otro tiempo por hombres ó cadáveres de un mundo tantos y tantos años distante del mio.

¿Quién habria de haberme dicho, cuando en mi infancia escuchaba con oidos atónitos las lecciones de historia del antiguo Egipto, de la boca de mi padre, y la descripcion de las soberbias necrópolis, que habria de llegar un dia en que hollara con mi planta esta gloriosa tierra, mirara con mis propios ojos sus monumentos y me acogiera bajo su abrigo para considerar todas estas cosas?

Concluido el refrigerio, vino á buscarnos el guía para invitarnos á hacer un paseo por los lugares vecinos. Sentíame agobiado por la pereza, así á causa de la comida reciente, como de la fatiga y el calor; pero como no tenia tiempo que perder, eché á andar en seguimiento del guía y de Fortunato.

Caminamos un cuarto de hora subiendo y bajando montecillos de arena, bañados por los rayos de aquel sol inclemente, sin tener otra perspectiva á nuestras plantas, arriba y en derredor, que los amarillos arenales y el cielo. Nunca mejor que entonces he comprendido cuánto es terrible el Desierto. Se camina, se camina, y no se sale de este suelo árido y triste, donde se avanza poco y con inmensa fatiga.

Los pasos de los que cruzan por aquí, no producen ningun ruido, y la inmensidad, unida al silencio y á la amarilla esterilidad de la extensa zona, es vivísima imponente imágen de la desolacion y de la muerte. ¿Cuál es el poder que puede ejercer el hombre sobre estos arenales inmensurables, en cuya extension inexplorada ni los anima-

CAPILLA ALFONSINA

les viven, ni las plantas crecen, ni la lluvia del cielo cae para mitigar el ardor de la sedienta tierra? El sér humano se pierde cual miserable insecto; sus fuerzas no le bastan para atravesar estas áridas soledades; grita, y su voz se apaga sin eco, á manera de débil quejido; y perdido, sin rumbo, sin auxilio, sin esperanza de socorro, en vano baja los ojos al suelo que no le ofrece medio de vida, y en vano los levanta hácia el firmamento que se extiende sobre él luminoso y flameante, como atmósfera de fuego.—

Llegamos á un descenso, y al fin de él nos encontramos al frente de una gran puerta que abrió el guardian. Este, Fortunato y yo, encendimos los cerillos que llevábamos á prevencion, y con ellos en la mano, nos precipitamos en la oscuridad.

Estábamos en los cementerios del buey Apis.

Es una espaciosa galería subterránea, labrada en la roca en forma circular. Sobre ella se levantó, en la antigüedad, el famoso Serapio, del cual no queda ni un resto.

Al entrar en aquel subterráneo se siente calor sofocante, mucho mayor que el que despide el sol en pleno Desierto. El aire, enrarecido por la alta temperatura, es apenas respirable. Algunas personas, y no pocas, no pudiendo soportar aquella atmósfera, sufren vértigos, y se ven precisadas á salir de allí bien pronto.

Por una y otra parte hácia los dos lados del muro, hay de trecho en trecho grandes candeleros de fierro blanco, sobre enormes bancos de madera.

El khédive acostumbra venir de tiempo en tiempo con algunos de su corte á hacer un paseo por este subterráneo. En circunstancia tamaña, se coronan de luces los candeleros, y el recinto consagrado á la muerte desde lo antiguo, y oscuro y solitario siempre, recibe un rasgo de vida. El ambulatorio es por otra parte de tal suerte ancho, que S. A. R. podria muy bien permitirse el lujo de recorrerlo en carroza, lo cual no causaria poco escándalo á los manes del buey Apis, que deben andar por este sitio vagamundos.

A pequeña distancia de la puerta de entrada, mírase por ambos lados del camino una serie de cámaras cuadrangulares que tienen el piso mas bajo que el ambulatorio. En cada una de ellas hay un enorme sarcófago, monolito, de mármol, granito ó pórfiro. Hé aquí las tumbas del buey Apis, imágen del dios Osiris.

Visité el interior de un sarcófago: para subir á la parte superior, hube menester una escalera, y para bajar al fondo me serví de una mesa que habia dentro por acaso. La tumba es de tal manera espaciosa, que pude pasearme á lo largo de ella, como en un pequeño aposento, y puesto de pié, mi cabeza no sobresalia de la entrada.

Al salir de la tumba, que es una enorme caja cuadrangular de pórfiro, le eché una ojeada por el exterior. Sobre sus cuatro superficies hay grabadas figuras de animales sagrados, y muy especialmente una serie de íbis. La ornamentacion está simplemente indicada con profundas rayas. Allí pude conocer los primeros intentos de la arquitectura griega. Si sobre las líneas trazadas por su mano hubiera el artista egipcio labrado la piedra, el sarcófago habria sido una obra digna de los mejores tiempos de Aténas ó Corinto.

Al mirar estas galerías inmensas, estos aposentos y estas tumbas grandiosas de ricas piedras, talladas con el mayor esmero y arte en la antigüedad conocidos, no podia menos de decir en mi interior, lamentando las aberraciones humanas: «¡y todo esto para enterrar bueyes!»

Los egipcios adoraban como á dioses gran número de animales, y su locura los llevó hasta atribuir la divinidad á las legumbres de sus huertos. Eran capaces de sufrir la muerte antes que maltratar un cocodrilo, un íbis ó un gato. Pero el mas adorado de todos los animales era el buey Apis, que los griegos llamaban «epafus.» En honor de él se edificaron magníficos templos. Se le reverenciaba mucho durante su larga vida, y más todavía despues de su muerte. Cuando esta acontecia, el Egipto entero se cubria de duelo, y los funerales del dios eran celebrados con suntuosísimas pompas. Hechos al muer-

CAPILLA ALFONSINA

to los últimos honores, se le buscaba un reemplazo, y la especie cornuda era objeto de atento y minucioso exámen del uno al otro extremo del país.

Hé aquí las señales por las que se hacia reconocer el buey sagrado:

Una mancha blanca en forma de media luna sobre la frente.

La figura de una águila en el lomo.

Y la de un escarabajo en la lengua.

Encontrado el buey sucesor, el duelo concluia y estallaba el júbilo, que se manifestaba por medio de banquetes y fiestas públicas. El nuevo dios era conducido á Menfis, donde tomaba posesion de su alta dignidad en medio de las mas graves y solemnes ceremonias. Cuando Cambises volvió de su desgraciada expedicion de Etiopia, se encontró el Egipto lleno de alegría en celebracion del reciente encuentro del buey Apis; y creyendo ver el rey en esto un insulto á sus desastres, dió muerte con su propia mano al jóven buey en un trasporte de cólera. Este hecho causó grande indignacion en el pueblo, que no dejó de atribuir á venganza de Osiris las desventuras que aquejaron á Cambises mas tarde.

La raza cornuda no se ha visto en ningun tiempo ni en país ninguno tan honrada como en el antiguo Egipto. Tuvo entonces su edad de oro, y esa época podria representar en su historia el papel que representa para los hombres el paraíso perdido.

Entonces los bueyes, cuidados con esmero, disfrutaban de todas las atenciones debidas á séres divinos, y prosperaban felizmente gordos y lustrosos, sin inquietarse por el trabajo. Los hombres los servian y adoraban en vida, y los colocaban cuando llegaban á la muerte en magníficas sepulturas. Dichosa edad y tiempos aquellos en que los hombres se consideraban inferiores á las bestias!

Al encontrar no ha muchos años el sabio frances Mr. Mariette, gefe de la seccion de antigüedades en la corte de Ismaïl-Pachá, este monumento sepultado bajo montañas de arena, cuéntase que estaba animado de entusiasmo vivísimo, creyéndose descubridor de algun soberbio palacio. Grande fué su sorpresa cuando, explorando el interior del subterráneo, halló una serie de cajas mortuorias que contenian otra serie de esqueletos cornudos. Al ver estos esqueletos, cuenta la fama que exclamó el sabio entre colérico y triste: «¡pobre humanidad; bien por la historia!»

Seguí todavía por algun tiempo vagando en aquellas catacumbas, que nada tienen que ver con las de Roma por lo ilustre y glorioso. Miré otros muchos sarcófagos, y llegué á contar hasta el número de veinticuatro. Ha de haber habido muchos cementerios para enterrar al buey sagrado, pues de seguro en este no se ha enterrado mas que un número respectivamente pequeño de cadáveres del dios con astas.

Mirando por ambos lados y visitando las cámaras sepulcrales, dí una vuelta completa al subterráneo y llegué de nuevo á la puerta, por el extremo opuesto á aquel por donde habia entrado.

Grande placer recibieron mis pulmones al respirar el aire externo, en tanto que la lumbre del sol me parecia frescura, pues acababa de estar mi cuerpo como en una estufa.

Echamos á andar nuevamente por la arena. Ignoro cómo puede al guardian conocer los sitios por donde camina y al través de los cuales conduce al viajero. A mí me pareció el Desierto igual por todas partes. Me figuraba recorrer siempre un terreno mismo.

Llegamos á un lugar donde bajamos rápidamente, y en el fondo de aquel pozo encontramos unas grandiosas ruiñas, que el guardian nos dijo ser las tumbas de «Ftah-Hotep,» y que á mí me parecieron ser pertenecientes á un templo.

Consérvase perfectamente el muro que limitaba por todas partes el edificio. En medio de la área comprendida por el muro, se levanta multitud de columnas angulares, monolitas, sin adorno de basamentos ni capiteles. La bóveda que cubria esta vasta construccion ha desaparecido bajo el peso de la arena que reposó sobre ella durante innumerables siglos.

La piedra de que está formado el monumento es calcárea. El or-

CAPILLA ALFONSINA

nato, simplemente trazado con profundas rayas, es muy semejante al de las tumbas del buey Apis. Los muros y las columnas, llenos de geroglíficos y bajorelieves, representan escenas de sacrificios. Los bajorelieves apenas levantados sobre la superficie de la piedra, solo mediante el tacto pueden ser por tales reconocidos. Las figuras están muy bien acabadas, muy buenos son los perfiles; y las formas humanas, aunque demasiado largas, no carecen de cierta expresion y cierta nobleza.

Allí se ven ánforas, sillas, barcas, utensilios de varias especies, y entre todo esto se encuentran muchas cosas iguales á las que usamos ahora. En materia de objetos destinados á la comodidad de la vida, poco adelantaron los griegos á los egipcios, poco los romanos á los griegos, y poco hemos adelantado nosotros á los romanos. En esta ocasion, como en otras semejantes, sentíme grandemente apesadumbrado de ser tan ignorante en materia de descifrar geroglíficos, pues debe de haberlos de grande interes en este sitio, en lo tocante á las costumbres del pueblo egipcio.

En un ángulo del templo hay una pintura que representa una mujer sentada, y es sumamente notable por su correccion. Al verla me sentí asombrado, pues tenia formada una idea muy desventajosa acerca del estado á que habia llegado este arte entre los antiguos habitantes de este suelo.

Las romanas que he visto en Pompeya, no valen más que esta pintura egipcia, ni por el dibujo, ni por el colorido, ni por la sábia actitud de la figura. Los egipcios ignoraron las reglas de la perspectiva; pero tambien las ignoraron los griegos y los romanos, y nosotros no las hemos descubierto sino hasta hace tres siglos. Nuestras pinturas, hasta la época del Renacimiento, son inferiores á las romanas y las egipcias.

Los siglos que han trascurrido, y la arena que hasta hace poco habia cegado el templo, no han podido empañar los vivos colores del cuadro. En mi entender, esta preciosa muestra del alto punto á que

llegó á elevarse el Egipto en la pintura, es una de las mas notables curiosidades que encierran las ruinas del vasto imperio de los Faraones; porque las pinturas chillantes con que están embadurnadas las cajas mortuorias, y que todo el mundo conoce, no dan mas que una falsa idea de lo que era este arte en ese pueblo. Seguramente los pintores que se dedicaban á embadurnar las cajas mortuorias, fueron los mas atrasados y humildes, pues todavía entre nosotros hay buena diferencia entre el artista que pinta los cuadros que decoran los templos y los palacios, y el pintor de brocha gorda que da color á los cajones de muerto y á las puertas y ventanas.

Ha habido un bárbaro de no sé qué país, que ha ido á rayar sobre esta pintura que han respetado los siglos. Sacrílego que ha atentado á una de las obras mas respetables de nuestros precursores en las ciencias y las artes! Tan cierto así es, que los vándalos son de todos los tiempos!

De aquí pasamos á visitar las ruinas de otro monumento por el estilo, aunque mas pequeño, llamado tumba de «Ti.» Hay allí tambien columnas angulares, geroglíficos y curiosos bajorelieves; pero una vez visto el primer templo, nada ofrece de nuevo este segundo.

El sitio que ocupan las pirámides de Zakkarah, era la necrópolis de la antigua Menfis. La mas alta pirámide se encuentra en el centro del lugar fúnebre. Esta pirámide, que tiene seis escalones, se cree trae su orígen del tiempo de la primera dinastía de los reyes egipcios. A ser cierto, la pirámide en cuestion es el mas antiguo monumento del mundo.

Los egipcios observaban la costumbre de establecer sus cementerios á respetable distancia de las ciudades. Y esto lo hacian, bien para dar mayor suntuosidad y majestad á sus edificios fúnebres, bien para evitar toda profanacion de los cadáveres, que eran por ellos tan ciegamente respetados. Así se ve que Zakkarah era la necrópolis de Menfis, y Ghiza la de Heliópolis.

Las tumbas del buey Apis son de tal manera interesantes, que en

CAPILLA ALFONSINA

concepto de los sabios valen mas que las ruinas de Tébas y Luqsor del Alto Egipto. En efecto, me parece que dificilmente podrá encontrarse monumento mas bien conservado que este, ni mas grandioso. Estas tumbas, además, han venido á confirmar los relatos de la historia, y á dar una prueba plena al mundo de cuán grande puede ser el descarrío de la inteligencia por sí misma conducida.

Apenas terminada nuestra visita al templo de «Ti,» montamos Fortunato y yo nuevamente sobre nuestros asnos, y emprendimos el camino de Bader-Shen, para regresar al Cairo.

A las cinco llegamos á Bader-Shen. El tren deberia pasar por allí á las seis, así es que teniamos una hora de espera. No sabiendo qué hacer, entramos en el miserable café griego donde en la mañana nos habiamos provisto de asnos, y allí tratamos de matar el tiempo en conversacion con el patron. Fortunato cometió segunda vez la imprudencia de hacer saber que yo era mexicano, y tuve necesidad de soportar la tenaz mirada del griego durante una media hora en que él y mi dragoman estuvieron hablando de mí con gran interes. Multitud de preguntas me fueron hechas, y á ellas contesté con mal humor, porque eran muy sandias é hijas de una profunda ignorancia.

Las seis; el tren no llega. Paciencia. Las siete. Hay que esperar todavía; el ferrocarril egipcio, aunque los conductores son ingleses, no tiene la exactitud inglesa. Cansado de esperar y fastidiado, me quedo dormido sobre mi asiento, y me despierto á las ocho. Acaba de llegar el tren y está dos horas en retardo. Es cosa que acontece diariamente. Pero al fin me alegro de su llegada, pues me hago la cuenta de que mas vale tarde que nunca.

Corro precipitado á la estacion, me instalo en un wagon y sueño con llegar á mi destino. Nos detenemos largo rato todavía, porque hay gran cantidad de asnos, bueyes y camellos que es preciso hacer entrar en los carros de carga. Por fin, silba el vapor y el movimiento comienza. Caminamos con la rapidez del relámpago. Pasa

un cuarto de hora y entonces me apercibo de que caminamos para atrás. Y es que el conductor, de buen humor sin duda aquella noche, se entregó á un juego de destreza haciendo avanzar y retroceder el tren rápidamente, á manera de un buen caballo dócil á la rienda.

A las nueve y media llegamos á la estacion del Cairo; pero la estacion se encuentra á una hora de la gran ciudad.

Bajo del tren, monto en borrico y camino en medio de las tinieblas. El burrero es un muchacho muy amable que trata de entablar conversacion conmigo, pero en vano, puesto que no lo entiendo. Lo único que me divierte en aquel viaje á ciegas y á deshora, es mirar de tiempo en tiempo levantarse en el horizonte, un cohete de luz azul ó rojiza, á cuyo resplandor distingo á lo lejos los minaretes del Cairo y puedo darme cuenta de la senda por donde camino. El burrero me dice señalando un cohete—«Fantasía.»

Comprendo; esto quiere decir que hay en el Cairo alguna diversion pública, pues por esa palabra que los egipcios han tomado del italiano, se designa toda especie de fiesta, juego ó pasatiempo. Un baile en Egipto es una «fantasía,» y el ginete que hace caracolear su caballo, se dice asimismo que se consagra á una «fantasía.»

Llego por fin á mi hotel rendido de fatiga y muerto de hambre, y me siento á la mesa Eran las diez y media cuando comenzaba á comer. Béraud, el hostelero, vino á hablarme de chismes judiciales, y hasta del gusto de comer en paz me ví privado. Hay dias así en la vida, en que los hombres mas pacíficos viven como militares en campaña. Estas aventuras, molestas en el momento de sufrirse, sirven para dar mayor encanto á los dias. La agitacion y la fatiga son crueles, pero preservan de la ictericia.

Estas consideraciones me sirvieron aquella noche para llevar en paz mis vertiginosos contratiempos.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO VIII

UNA FIESTA PÚBLICA

EN EL CAIRO.

Habia acabado apenas de comer, y me disponia á dirigirme ya á mi cuarto para descansar y dormir, cuando ví llegar á Fortunato, que entró en el comedor gritando:

—¡Mr. Portiló, Mr. Portiló!

—¿Qué sucede? le pregunté.

—Sucede que esta noche hay una gran fiesta pública en la plaza que está frente al palacio de la reina madre.

—¡Y bien!

—Y bien, que será una escena singular, y no debe vd. quedarse sin verla.

—De buena gana la veria, pero estoy muerto de fatiga.

—Haga vd. un esfuerzo; soy dragoman de vd. y estoy obligado á mostrarle cuanto haya aquí de notable. Con tal carácter, aconsejo á vd. no pierda la excelente oportunidad que se le ofrece de ver una cosa curiosa, de aquellas que muy de tarde en tarde se presentan en el Cairo.

No hubo manera de resistir. Tales instancias y tan reiteradas me hizo mi intérprete-«cicerone,» que acabé por decirle: ¡marchemos!

Al salir del hotel encontramos al capitan Felleti que vino con nosotros. Tomamos en el Muski tres borricos, y nos dirigimos al lugar de la fantasía. Las calles estaban oscuras, y no sabiamos por dónde caminábamos. Tres cuartos de hora duró nuestro viaje. Al cabo llegamos á un vasto local donde ardian millares de luces. El gentío innumerable se agolpaba obstruyendo el tránsito. La policía no ponia órden en este caos. Los carruajes atravesaban por en medio de aquella masa compacta, y habia momentos en que la gente, los coches y los caballos se mezclaban en tumultuosa confusion.

La corte se divertia magníficamente en el Cairo por aquellos dias. Los banquetes y los bailes se sucedian incesantemente, así como las partidas de recreo por el Nilo en elegantes «djabiehs» (pequeñas embarcaciones), dignos de los mejores tiempos de la fastuosa Cleopatra. Entretanto que los próceres así se alborozaban haciendo gastos locos, y el Khédive gastaba en un mes el producto de las rentas de un año del Egipto, era preciso dar algo al pueblo para que no murmurara. Este pobre pueblo tiene que pagar al virey tasas insufribles, como sucedia al de Europa en la Edad Média. S. A. R. administra el país como cosa propia. José compró en su tiempo, cuando privado de Faraon, toda la tierra de Egipto, satisfaciendo su precio al pueblo con trigo, durante los siete años que el país se vió asolado por el hambre. De esta manera los Faraones vinieron á ser dueños de toda la tierra de Egipto, y la daban á sus súbditos en usufructo para que la cultivaran. Igual cosa pasa actualmente en este país. Los vireyes, sin haberla comprado, se reputan dueños de ella, y los «fellahs» no la cultivan sino á título de usufructo ó arrendamiento.

El pueblo, pues, que tiene que pagar impuestos personales, que no es dueño de la tierra, y que es gobernado por un soberano que lo mira como propiedad suya, era preciso tuviera tambien su parte

CAPILLA ALFONSINA

de regocijo para evitar que se indignase. Hé aquí la razon por qué se ordenó hacer esta fiesta pública.—

El palacio de la reina madre es muy extenso y hermoso interiormente. Su fachada bastante vulgar, es la de una casa comun de dos pisos, pintada al óleo y de verde, con ventanas arriba y abajo, y dos puertas que corresponden á los dos extremos del edificio.

Frente á cada una de estas puertas habia esta noche una especie de armazon de madera con cuatro grandes entradas, y una tribuna en lo alto donde estaba colocada una banda militar. El estilo árabe de los arcos, junto con su pintura abigarrada y las mil luces que por todas partes colgaban, daban á aquellas portadas un aspecto singular, como si representaran algun cuadro de las «Mil y una noches.» Por debajo de los arcos se agitaba el gentío, y rodaban los coches triturando huesos.

El palacio de la reina madre da cara á una plaza cuadrangular y extensísima. Este inmenso cuadro fué rodeado con una alta balaustrada de madera, de la cual pendian millares de faroles con luces. Bien es cierto que estas luces eran de velas de sebo; pero poco importaba que así fuera, supuesto que el efecto que producian era magnífico. En cada uno de los costados de la plaza habia dos entradas guardadas por soldados y otra especie de empleados civiles llenos de cordones y cintas de distintos colores.

Para entrar en la plaza era preciso mostrar á los guardianes los correspondientes billetes de invitacion expedidos por el prefecto de la ciudad. Los extranjeros habian podido obtener estos billetes fácilmente por medio de sus cónsules respectivos. Como no hay cónsul de México en el Cairo, excusado es decir que no tenia yo billete de entrada. Así es que, aunque con gran deseo de penetrar en la plaza, me resolví á mirarla desde fuera, ya que no podia hacer mejor cosa.

Estábamos el capitan Felleti, mi dragoman y yo muy cerca de una de las puertas, tratando de estirar el cuello para ver algo sobre las cabezas de la multitud. Por fortuna uno de los guardianes era italiano y amigo de Felleti. Tan luego como vió al capitan, hizo que un soldado nos abriera paso, y nos dijo que podiamos entrar sin billete ninguno. Con gran regocijo penetré en la plaza, pero con mayor asombro encontré que en su interior no habia mas que media luz muy escasa, y falta absoluta de adornos, de movimiento y de alegría. La plaza es tan grande, que las luces de los faroles que habia en torno, no podian disipar las tinieblas, y la multitud que allí habia no la llenaba.

En rededor habia tiendas de campaña, como si se tratara de dar habitacion á un ejército. Estas tiendas eran de todas formas y maneras. Las habia muy pobres y muy ricas. En algunas se veian esteras sobre el suelo, y bancos de madera para servir de asientos. Muchas estaban tapizadas con ricas alfombras de la Persia. Suntuosos divanes de seda carmesí ornaban su interior, y los taciturnos egipcios que estaban reclinados en ellos, tomaban tacitas de café, y fumaban sus «narghilés.» Los «narghilés» son las pipas con agua que arriba dejé descritas. En otras tiendas habia músicos, que eran á la vez cantores, y llenaban el aire con sus notas descompasadas é inarmónicas.

Sobre las ocho puertas de entrada de la plaza se alzaban otras tantas tribunas cuidadosamente cerradas con celosías. Allí habia música, y mujeres que cantaban. Los mahometanos son tan celosos, los orientales mejor dicho, que no quieren que el público vea el rostro de las mujeres, siquiera sean mujeres tan corrientes como las cantadoras.

Dos cosas llamáronme la atencion en esta «fantasía.» En primer lugar, que no hubiera una sola mujer en medio de la multitud. Las únicas que andaban por allí eran las europeas. Las egipcias se habian quedado en sus casas, como sucede con todas las mujeres mahometanas en casos semejantes. Pues es de saberse que los celos orientales no permiten á las mujeres mostrarse en público, ni para orar en las mezquitas; los hombres van al templo, y las mujeres se

CAPILLA ALFONSINA

encomiendan á Alá sin salir de su cautiverio, que es la habitacion de sus padres ó maridos.

Tambien me sorprendieron las tiendas que hallé en este lugar de paseo y pública alegría. Se me figuró ver en ellas el símbolo de este pueblo mahometano, árabe de orígen, nómade, y cuyo destino parece ser vagar errante, plantando sus movibles habitaciones en lugares siempre distintos. Y me dió idea de que este pueblo mismo tiene siempre presente su cuna, que es el Desierto, y no olvida sus costumbres, y por carácter se inclina á su antigua vida, y ama con tiernísimo afecto todo aquello que se la recuerda.—

En medio de la plaza se levantaba alta armazon de madera, y sobre ella ardia una pequeña luz giratoria de magnesio. Esta armazon, y esta luz, y estos giros, tenian embelesada á la gente que se habia puesto en peloton en torno del maravilloso aparato para contemplarlo, con el semblante vuelto en alto, á riesgo de quebrarse el cuello.

Estaba la multitud entregada á su admiracion y pasmo, y yo á la contemplacion de su sorpresa, cuando salió fuego repentinamente del suelo, y un torrente de chispas se nos precipitó encima. El peloton quiso huir, y se embarazó el paso á sí mismo, y me lo embarazó á mí tambien, de modo que en vano traté de alejarme del peligro. Poco faltó para que aquel torrente de chispas me hubiera ardido los ojos, pues la falda de mi sombrero quedó como tostada al horno.

Y aquello no habia sido otra cosa mas que los fuegos artificiales que empezaban; fuegos que tendidos por tierra, habian sido súbitamente encendidos con ánimo de causar con ellos mayor sorpresa y mejor efecto.

El capitan Felleti se llenó de indignacion:

—Sacrrramento! dijo el viejo italiano enarbolando su baston.

—¿Qué va vd. á hacer, capitan? le pregunté.

—Voy á castigar á esta turba de imbéciles.

—Pero vea vd. que ellos no tienen culpa ninguna.

—¡Si son unos camellos! ¿No ve vd. que no nos dejan andar?

—Es que no pueden andar ellos mismos.

El capitan bajó su grueso palo, convencido de que yo le hablaba en razon; pero siempre furioso, se encaró con la multitud, diciéndole, como si hubiera podido ser comprendido:

—¡Canalla estúpida! ¡Manada de animales!

Esto me representó muy á lo vivo el triste papel que hace un pobre pueblo considerado inferior, cuando extranjeros que se juzgan cultos se mezclan con él para explotarlo.

Al terminar la refriega, nos encontramos trasladados al otro extremo de la plaza, junto á la puerta opuesta á la que nos sirvió de entrada.

Un hombre del pueblo, que seguramente se sentia muy deseoso de penetrar en la plaza, atisbó un momento en que los guardianes estaban distraidos, y se coló en el recinto. Iba ya á confundirse con la multitud, cuando dieron aviso al guardian de su furtiva entrada los compañeros suyos que habian quedado fuera, y estaban envidiosos al verlo penetrar solo. Los guardianes se echaron sobre aquel desgraciado, y á puntapiés y rempujones lo arrojaron de la plaza.

Esta escena me hizo pensar en las innumerables de la misma especie que á cada paso se representan en la República mexicana. Recordé aquellos agentes de policía vestidos y armados como bandoleros, corazones crueles y cobardes, que desfallecen á la vista del peligro ó la fuerza, y no se duelen de la debilidad ni la desgracia. Ellos se arrastran como culebras á los piés de los que temen, y se lanzan como tigres sobre el desvalido, teniendo un placer especial en envilecerlo y torturarlo.

¿Cuándo será que la dignidad humana sea respetada en todas partes, y que el hombre no trate al hombre como si fuera una bestia? En México por la causa mas ligera se levanta la mano y se golpea. Este poco respeto á las personas, es el triste fruto que nos han dejado cincuenta años de revoluciones. Pero ha de venir un tiempo, lo

CAPILLA ALFONSINA

espero, en que esclarecida la conciencia, todos comprendan que degradar á un semejante es degradarse á sí mismo, y que ser degradado de esta suerte, es ser reducido á la condicion de los brutos.—

Paseábame por el frente de las tiendas con la cabeza llena de estos pensamientos. Mi abstraccion, á pesar de todo, no me impedia sentir el cansancio de mis piernas, y me decia interiormente que muy feliz seria si pudiera sentarme en uno de aquellos mullidos divanes, y tomar una taza de café bien caliente. En muchas tiendas habia divanes desocupados. Llegaba gente de fuera, se sentaba, y en el acto venia el mozo á servir el café. Pero no por esto me atrevia á imitar aquellos ejemplos, pues tenia para mí que los que con tanta confianza entraban, convidados eran, y título para hacerlo tenian.

Llegué con esto al frente de una tienda mas elegante que todas, que tenia una inscripcion árabe, sobre un grande escudo colocado encima de la puerta. La multitud curiosa estaba aglomerada delante de ella. Yo, ávido de verlo y observarlo todo,—pues solo por ver y observar era venido,—me escurrí por entre aquel grupo de curiosos, y me coloqué en primer término delante de la entrada. Lo que habia dentro era una veintena de egipcios vestidos á la europea en elegante trage de baile, y sentado en un diván en medio de ellos, un jóven como de veinte años, que parecia ser el centro de las atenciones de todos. Este jóven, un poco moreno, tenia bastante regularidad en sus facciones, y sobre todo, hermosos ojos negros que parecian chispear en la media luz de la tienda.—

El capitan Felleti me tocó el hombro y me dijo:

—¿Ve vd. aquel jóven que está sentado en el diván que nos hace frente?

—En él precisamente fijaba los ojos, le contesté.

—Pues ese jóven es S. A. Mohammed Tewfik-Paschá, príncipe heredero del trono de Egipto.

Con esta advertencia, me dediqué á examinar al príncipe con toda la atencion de que soy capaz.

Hasta hace poco, el bajalato de Egipto era dado, como todos los demas dominios de la Turquía, al mejor postor, ó sea á aquel poderoso que ofrecia pagar mayor tributo á la Puerta. El gran Mohammed-Alí consiguió que el vireinato fuese otorgado á las personas de su familia, entrando los hermanos á suceder á los hermanos, pero no los padres á los hijos. El Khédive actual, Ismail-Paschá, ha obtenido hace unos cuantos años, en 1866, que el sultán conceda el Egipto á su familia, á título de herencia por primogenitura. Así que el reino del príncipe Tewfik está enteramente asegurado. Solo que Ismail-Paschá es todavía jóven, pues tiene cuarenta y siete años, y es fácil que sobreviva á su mismo hijo, segun la salud de que goza y la vitalidad que en su semblante manifiesta. Y esto lo digo, porque Tewfik es un poco enclenque.—

Estaba yo embebido en la contemplacion del príncipe heredero, y pensaba en la historia de su dinastía, cuando noté que S. A. se dignaba fijar en mí los ojos. Este incidente no fué todavía de importancia; pero el príncipe despues de verme un buen espacio, llamó á una especie de maestro de ceremonias y le dió una órden, señalándome con la mirada, lo cual fué ya de bastante gravedad. Me imaginé que el príncipe, en su calidad de tal, se indignaba al verme avanzado delante de la multitud, y sobre todo, al observar que osaba fijar en él tenazmente los ojos. Temí por lo mismo que aquel genízaro hubiese recibido la órden de ponerme á raya, y de mandarme que viese con mas respeto la real cara de su amo. Felleti observó tambien que una nubecilla se formaba en el horizonte, y me dijo por lo bajo:

—«Andiamo dietro» (retrocedamos).

—Soy de la misma opinion, le contesté; retrocedamos.

En el acto volvimos la espalda á la tienda por no sufrir un bochorno, é hicimos esfuerzos sobrehumanos para abrirnos camino por en medio del peloton. Iba á entrar ya en la primera brecha, cuando sentí que álguien me tocaba el hombro. Volví la cabeza y me encontré con el genízaro. En aquel momento pensé que el hijo de Ismail-

CAPILLA ALFONSINA

Paschá no tenia derecho para hacerme reconvenir, puesto que estaba viendo me replegaba en buen órden tocando retirada. Además de esto, me decia á mí mismo que no habia razon ninguna para que se me llevase á la cárcel, pues no podia ser delito el haberme puesto á considerar un rostro que pertenece al público y á la historia.

Grande fué mi asombro cuando oí que el genízaro me decia en correcto frances:

—El príncipe invita á ustedes á entrar en la tienda, y á tomar una taza de café.

Esperaba tan poco este desenlace, que no supe decir en aquel instante otra cosa, que no fuese un embarazado: mil gracias.

Felleti y yo entramos en la tienda. Fortunato nos esperó á la puerta. Al entrar hicimos profundísima reverencia, que S. A. contestó cortesmente. Sentámonos en un mullido diván forrado de seda carmesí bordada de oro. Un segundo despues, vino á nosotros un elegantísimo criado con una bandeja en la mano, y nos presentó dos medias tacitas de café humeante. No hay mayor delicia que reposar cuando se está cansado, beber cuando se tiene sed y saciar todas las necesidades cuando aguijonean el cuerpo. Estos bonachones pensamientos me ocupaban, en tanto que sentia que mis fatigadas piernas experimentaban gran delicia medio hundidas en el diván, y saboreaba aquel rico café del mejor Moka. Y en medio de todo esto, me alborozaba considerando que habia ganado la presente aventura para mis memorias.

Pasado un cuarto de hora, se me ocurrió echar una mirada á mi reloj, y ví que eran las tres de la mañana. El sueño me estaba venciendo, y como observé que salia de la tienda todo el que queria, invité al capitan para que emprendiéramos la retirada, y habiendo mi compañero convenido en ello, dimos al criado las tacitas con muchas gracias, y nos pusimos en pié. Al salir hicimos á Tewfik nuestro mas gracioso saludo.

Felleti y yo haciamos muchos y alegres comentarios sobre esta

aventura, al atravesar la plaza, cuando por desgracia nos encontramos con Mr. Adams, honorable inglés que vivia en el mismo hotel donde nos hospedábamos. Vino á nosotros desalado, y lo primero que nos dijo fué que habia sido invitado por el príncipe heredero para entrar en su tienda y tomar una media taza de café. Referímosle nosotros lo que nos habia pasado, y con esto se le cayeron á él y se nos cayeron las alas del corazon. Tanto Mr. Adams como nosotros creiamos que aquello habia sido una distincion personal, y veiamos que no lo era. Y es que el príncipe, hospitalario como buen oriental, hacia aquellas muestras de deferencia á los que conocia extranjeros; y tal vez á esto se mezclaba el pensamiento de adquirir popularidad y simpatías.

Y esto lo digo tanto por descargo de mi conciencia, como por dejar las cosas en su verdadero punto; y no porque no haya agradecido debidamente al príncipe su media taza.—

Al salir del recinto cerrado, noté fuera de la plaza un tablado que no habia visto al entrar. A pesar de encontrarme tan extenuado por la fatiga, no pude resistir al deseo de invitar al capitan italiano para que nos detuviéramos un poco, pues aquel tablado era un teatro. Y mucha curiosidad me causaba saber qué era lo que en un teatro egipcio se representaba.

La escena que miramos fué por demas pantomímica. Los actores tenian máscara como en las primeras representaciones de la Grecia. Eran dos. Uno tenia cabeza de toro, el otro de borrego, y ambos gritaban con la voz propia del animal que representaban, persiguiendo el uno y huyendo el otro. En esto sobrevino un pastor que los molió á palos, con lo que terminó el acto, que dió mucho que reir á los espectadores.

Pasamos, pues, adelante, no habiendo quedado muy complacidos del grado adonde se eleva en Egipto el sublime arte de Sófocles y Esquilo. Por fortuna á poco andar encontramos otro tablado donde pudimos presenciar escena mas digna de llamar la atencion. Sobre

CAPILLA ALFONSINA

aquel tablado habia un baile. Era una pareja de hombres, de los cuales uno estaba vestido de mujer. Excusado es decir que en un país mahometano, imposible seria que una mujer se pusiese á la expectacion pública. El que conservaba el trage de su sexo, tenia orejas y cola de asno; el resto de su trage era enteramente europeo. El otro vestia conforme á la moda europea femenina; solo que exagerada y ridículamente. Los egipcios tienen tambien su sátira. Un enorme postizo le coronaba la cabeza. Sobre este postizo habia un pequeñísimo gorro lleno de flores. Los pliegues ó recogidos de la enagua eran gigantescos, así como el puf, que abultaba prodigiosamente aquella parte de su individuo. Una pequeña chaquetilla llegaba hasta un palmo arriba de la cintura; y á partir del borde de la chaquetilla á la cintura, todo aquel palmo en contorno estaba desnudo, sin mas cosa que lo cubriera que un crespon trasparente, que permitia mirar claramente las carnes.

La música era muy alegre, aunque sin compás ninguno. Algo habia en ella semejante á los «jarabes» de México, así como en las coplas que uno de los músicos cantaba é iban alternadas con el baile, á manera de las «balonas.»

Permítaseme consignar aquí la sorpresa que en mas de una ocasion me ha causado observar cuánto suele haber de parecido entre el pueblo egipcio y el mexicano. El tipo de los campesinos de ambos países es muy semejante, y esta semejanza se advierte tambien en los trages de las aldeanas. Algunos de los instrumentos músicos, como el tambor y la chirimía, y la manera de hacerlos sonar, son idénticos. Por esto hartas veces me he preocupado con el pensamiento de que podrá bien ser que los aztecas hayan sido en su origen colonia egipcia, como muchos sabios lo opinan.

En el reinado de Neco, los egipcios armaron en Suez una gran flota, y esta flota hizo un viaje completo alrededor del África, doblando el Cabo de Buena Esperanza, del que posteriormente fué descubridor el portugués Vasco de Gama. Despues de tres años de navegacion, las naves volvieron á Egipto; pero habiéndose encontrado que este viaje era demasiado largo y peligroso, se hizo poco aprecio del descubrimiento, y los comerciantes egipcios se contentaron con seguir enviando sus naves al Mediterráneo y al Océano Índico.

El pueblo egipcio, pues, tan poderoso, tan emprendedor, y cuya marina llegó á estar tan adelantada, no es imposible que, sin saberlo, haya mandado al Nuevo Mundo alguna flota aventurera, cuya tripulacion, no queriendo exponer nuevamente su vida al peligro de tan dilatados mares, se haya establecido definitivamente en el vírgen suelo del lejano continente. De esta manera podrian explicarse muchas dificultades que naturalmente ocurren cuando se recorre la historia del país azteca. Las ceremonias fúnebres, el tipo de los habitantes, las pirámides y la prodigiosa civilizacion de Anáhuac, mucho tienen de semejante con el antiguo Egipto, y estos puntos de contacto entre ambos pueblos, si no son bastantes para hacer pronunciar un juicio, son sí muy dignos de meditacion y estudio.—

Vuelvo al baile. Para que cosa no haya igual ni semejante en las costumbres de Oriente y Occidente, el baile mismo cambia de tipo entre las gentes del Levante. No me es posible expresar cuán grande asombro me causó ver que los egipcios no levantan los piés del suelo para bailar. Hubiérame reido en las barbas de cualquiera que me hubiese dicho ser posible un baile de esta suerte. Sin embargo, tuve necesidad de rendirme á la evidencia. Es de saberse que en Oriente se entiende por baile el movimiento que se hace á contar de la cintura para arriba. Hay balanceos difíciles, movimiento incesante de brazos, de cabeza y de ojos, y ruido de castañuelas; pero los piés permanecen unidos al suelo. Y mas hábil es el bailarin mientras mas se mueve su tronco y menos sus piernas. El que yo ví en trage femenil, era, segun me dijo Fortunato, uno de los mas famosos del Cairo. Su habilidad principal consistia en hacer un veloz movimiento de estómago y caderas, permaneciendo inmóbil lo restante de su cuerpo. Para lucir su destreza habia imaginado de seguro el «artista»—ya

CAPILLA ALFONSINA

que en los tiempos presentes se da el nombre de artista hasta á los histriones mas viles—dejar descubierta aquella zona de su cuerpo, que correspondia al sitio donde hacia el diestro movimiento. La multitud entusiasmada daba grandes muestras de regocijo en presencia de aquel baile, y un murmullo general de aprobacion salia de todas partes.

El baile terminó con la aparicion de un tercer artista con cara de perro, que entró ladrando en escena y ahuyentó á los bailarines, con gran dolor de los circunstantes.—

Las cuatro de la mañana eran cuando regresé al hotel, adonde llegué demasiado tarde para meterme en el lecho y recibir las adormideras del blando sueño, que vino á cerrar in continenti mis párpados.

CAPITULO IX

EL ÁRBOL DE LA VÍRGEN

Y LAS TUMBAS DE LOS CALIFAS.

Enero 24 de 1873.

No extrañarán mis lectores que despues de dia tan turbulento como aquel cuyas aventuras he relatado en el capítulo anterior, me haya dado tres de descanso, durante los cuales no me ocupara de mas que de pasarme la buena vida huyendo de cuanto de algun modo pudiera molestarme. Pero al fin la buena vida tambien fastidia, y aun tal vez es mas fastidiosa que la que está plagada de peripecias, y es la que se entiende por mala. Por esto me sucedió que el 24 de Enero me determinara á proseguir mis excursiones, aunque con un tanto mas de comodidad que los dias pasados. Por fortuna encontré una elegante carretela que me fué alquilada á un precio respectivamente bajo, pues en aquel entonces, como lo tengo dicho, el alquiler de los coches estaba por las nubes, á consecuencia de las bodas de Tewfik, el príncipe heredero.—

Invité al capitan Felleti para que me acompañara en esta ocasion, y él aceptó gustoso, explicándome que así lo hacia porque habia que pasear en coche y no en pollino. El capitan era muy gordo y le mo-

CAPILLA ALFONSINA

lestaba mucho el trote de los asnos. Béraud, el hostelero, nos hizo preparar un abundante y suculento almuerzo, y así fué como, llevando al lado el cesto de provisiones, nos determinamos á emprender la marcha á las nueve de la mañana.

Atravesamos el Cairo de un extremo al otro, pasando por las calles estrechas del barrio árabe. Salimos luego á una fértil llanura, y junto á la puerta de la ciudad vimos la tumba de Mack-Adel, reinante en tiempo de las cruzadas.

Desde luego me llamó la atencion que por el camino que cruzábamos caminara al mismo tiempo multitud de elegantes carrozas y cupés, de lo mas selecto del Cairo. Y es que la misma senda conduce al árbol de la Vírgen y al palacio Kuba, habitacion del príncipe heredero. Ahora bien, los desposorios del príncipe acababan de ser celebrados, y lo mas granado de la nobleza del Cairo se precipitaba para ir á felicitar á la real pareja.

A poco llegamos á la vista del palacio Kuba, que es una especie de quinta, rodeada de huertos y jardines. Multitud de carruajes habia fuera de la verja de hierro, y destacamentos de elegantísimos soldados de caballería estaban apostados en los ángulos del palacio.—

Antes de una hora llegamos á nuestro destino. Descendimos del carruaje frente á una casa árabe, y nos dirigimos á pié hácia el lugar donde se encuentra el árbol, que estaba ya poco distante.

Me hallo en presencia del árbol á cuyo abrigo, segun la tradicion lo cuenta, se refugió la Santa Familia, cuando huyendo de la tiranía de Herodes, vino á buscar refugio á esta tierra. Es un sicomoro de medianas dimensiones, que á pesar de su vejez visible, se conserva robusto, y ostenta sus ramas cubiertas de verdes hojas. Su tronco está lleno de inscripciones en diversas lenguas, y en parte injuriado por la nécia piedad de los viajeros, que tratando de llevarse de él una reliquia, lo han mutilado impíamente.

El terreno donde se levanta el sicomoro, tiene el nombre de Matarieh, y es propiedad de un turco. Está muy bien cultivado y todo plantado de árboles, que forman calles y largas avenidas. El propietario no hacia aprecio ninguno del sicomoro, que estaba ya próximo á perecer despedazado por los cristianos y dado al olvido por los infieles. Por fortuna llegó el tiempo en que se comenzaron los trabajos del canal de Suez, y entonces afluyó la concurrencia de extranjeros á visitar este árbol abandonado y oscuro. Los mahometanos son supersticiosos. Al ver cuánto era venerado por los cristianos el sicomoro en cuestion, el turco propietario acabó por creerlo digno de veneracion, y lo hizo cuidar por guardianes dia y noche, y rodear por un barandal de madera, á fin de evitar la destruccion que en él hacian las almas devotas. Merced á estos cuidados, ha recobrado su vitalidad el árbol sagrado, y parece dispuesto á desafiar los siglos.

El espíritu de polémica del siglo, pone en duda que tal árbol sea el mismo de que habla la tradicion, y aun que la misma tradicion sea cierta. La verdad es que no pueden darse razones ni pruebas decisivas en pro ni en contra de su autenticidad; pero para mí, así como para otras almas que aborrecen el descreimiento, este sicomoro es realmente el «árbol de la Vírgen.» Mr. Levernay, sabio naturalista frances residente en el Cairo, ha dicho lo siguiente acerca de él, en la guia anual del Egipto, que publicó á principios de este año. «Si este sicomoro no es el mismo árbol que se supone haber abrigado á la Santa Familia, podria muy bien ser un retoño suyo, porque sale de un tronco viejo al cual está adherido.» Y en otra parte: «El sicomoro, llamado vulgarmente higuera de Faraon ó de Adan, es muy comun en Egipto; adquiere enormes proporciones; hay algunos cuyo tronco mide mas de 10 metros de circunferencia. Este árbol vive miles de años, y aun puede ser considerado como inmortal, puesto que cuando muere el tronco viejo, sale de sus raíces un árbol nuevo. El de Matarieh, que se supone haber abrigado á la Santa Familia en su huida á Egipto, es de la misma familia, y puede bien ser, si no el primitivo del tiempo de Jesucristo, á lo menos un retoño suyo.

CAPILLA ALFONSINA

La madera de este árbol es muy dura, y sirve para las construcciones y las cureñas de los cañones. De esta madera usaban los antiguos egipcios para hacer los sarcófagos que han sido encontrados intactos despues de miles de años.»

Y aunque no haya indispensable tránsito de la posibilidad al hecho, lo hago yo de buena gana, con solo saber que esta creencia, en opinion de los sabios, no es absurda. Y si tan lejos es fácil que anden de la verdad así el creyente como el incrédulo, prefiero creer, por ser cosa mas conforme con mi naturaleza.—

El capitan italiano,—espíritu fuerte de aquellos que meten el escalpelo de la filosofía en lo mas pequeño, y viven en perpetuo sobresalto sobre no dejarse comulgar con ruedas de molino, por ser cosa enorme,—el capitan, digo, entabló conmigo reñida disputa en presencia del sicomoro y á causa de él, tratando de demostrarme que aquel árbol era el de la Santa Familia, tanto como podria serlo el grueso baston que traia en la mano, y que mímicamente me mostraba.

Durante el trascurso de una hora, entretúvome Felleti con largo y caloroso discurso, en que me habló de cuanto es posible hablar en materia de religion. Y todo lo echó por tierra con el ariete de su inexorable lengua, y dejó reinando á Dios solo en medio de un universo de escombros.

Pero no hizo mas que repetir lugares comunes. Vaya un ejemplo. Hablando contra la infalibilidad del Papa, me dijo:

—¿Cómo quiere vd. que sea infalible un hombre que puede comer pato creyendo tomar pollo?

Otro ejemplo. Combatiendo el dogma de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen, exclamaba:

—¿Cómo se han de creer esos absurdos, cuando del mismo Evangelio consta que María fué casada y tuvo un hijo?

Último ejemplo. Daba su voto sobre Jesucristo en estos términos:

—Jesucristo fué un grande hombre, ilustre, sublime,—un génio; pero atribuirle la divinidad es quitarle la grandeza. Porque, hombre,

todas sus obras son gigantescas y extraordinarias; pero, Dios, no hizo mas que obrar conforme á su divinidad. Jesucristo era un hombre de génio, y de instruccion tan superior á su tiempo, que no hubo otro alguno que supiera lo que él supo. Luciase, sobre todo, en hacer empleo del magnetismo, mediante el que restituia la vista á los ciegos, la palabra á los mudos y la vida á los muertos. Todo cuanto fué, lo debió á los Essenios que fueron sus maestros en la moral y en la ciencia de la naturaleza, porque Jesucristo fué mason.—

Por consiguiente, como lo están viendo mis lectores, el capitan Felleti gritaba contra la infalibilidad del papa sin saber en lo que consistia, confundia la concepcion con la virginidad de María, y, sin comprender lo que es verdaderamente grande, defendia que Jesucristo no era Dios, porque le parecia mas grande sin serlo. Últimamente la especie enteramente gratuita y blasfema que salió de sus labios acerca de la masonería de Jesus, me dió mucho que pensar sobre el estado del cerebro del buen viejo. Mirélo y volví á mirarlo, buscándole cara de loco, y mucho me sorprendió convencerme de que á pesar de todo, estaba en su cabal sentido.

Desde que comenzó á perorarme el capitan, me previne para escuchar un cúmulo de necedades en forma de insensatas blasfemias; pero nunca pensé que fuera á dar tan adelante en su insensatez. Y mucho me consolé al pensar que libres pensadores al tenor de este, no son de riesgo en el mundo, porque su error y su ignorancia á tal grado llegan, que ellos mismos rompen sus discursos, materialmente los estrellan, contra los mostruosísimos disparates que como locos profieren.

Convencíme, pues, de que el capitan italiano era uno de tantos quijotes de la impiedad, que hablan sobre lo que no entienden, y cierran contra un rebaño de mansas ovejas, creyendo combatir desalmados gigantes; incrédulos vulgares, que son bufones serios del mundo, y hacen á la humanidad reir de buena gana á su propia costa.—

Terminado el certámen, Fortunato nos invitó para que fuéramos

CAPILLA ALFONSINA

á mirar el terreno donde existió Heliópolis; y desde luego nos pusimos en marcha, sirviéndonos de guía el elevado pico de un obelisco gigantesco. Hicimos á pié la travesía, pues el lugar adonde nos dirigiamos, no estaba lejano. En el camino se reanudó todavía la discusion; y el capitan, acalorado ya, se cebó en los sacerdotes, diciendo que todos eran ladrones, borrachos y asesinos; y en las monjas, á quienes trató de mujeres públicas, y en la Iglesia, que definió una grande asociacion de comercio. De esta manera me tocó oir, aunque con disgusto y por la millonésima vez en mi vida, esta charla ya gastada, que solamente usan ahora los espíritus mas vulgares que quieren dársela de espíritus fuertes: charla nécia que no merece los honores de la discusion; descrédito del que la emplea y silba del mundo!

Esta conversacion, que tenia toda la forma de la arenga de un tribuno á las masas, se extendió hasta que llegamos al frente del obelisco. Allí el capitan tuvo que callar muy á pesar suyo, porque yo no contesté palabra, y me dediqué á girar en torno del enorme monolito. Dos de las caras del obelisco conservan todavía geroglificos; las otras dos están perfectamente lisas, pues la lluvia, el viento y el choque de las arenas del desierto, han borrado de ellas hasta el menor rastro de las inscripciones antiguas.

Este obelisco es el único resto que existe de Heliópolis, y segun se dice, el mas viejo de Egipto. Es de granito rojo, y tiene 20 metros de altura. Ni una ruina, ni una piedra existen de la ciudad del sol. En derredor de la aguja se extiende el campo, y el arado indiferente hiende aquella tierra sobre la que se levantaron los edificios inmensos, y aquellos colegios célebres, que contaron mas de seiscientos mil estudiantes, y donde estudiaron Platon y Eudoxio! Estos son los juegos de los siglos: las ciudades fastuosas se truecan en campos de siembra, y los campos de siembra en ciudades fastuosas!

En Heliópolis tuvo lugar la escena que refieren los libros santos, ocurrida entre José y la mujer de Putifar. Putifar quiere decir consagrado al sol, y se deriva de la palabra «petriphah;» porque Putifar era sacerdote del sol. A las puertas de la ciudad existió el único templo judío de que se tenga noticia haya sido erigido en el extranjero. Fué construido por el pontífice Onias, en el reinado de Tolomeo Filometor. Vespasiano lo mandó destruir. La colina donde se levantó, lleva hasta el dia el nombre de «Colina de los judíos.»

Heliópolis, esto es, la ciudad del sol, fué llamada así porque habia en ella un templo soberbio dedicado al astro del dia. En este templo pasaba, segun los antiguos, la maravillosa fábula del ave fénix. Este pájaro era el único de su especie; nacia en la Arabia, y vivia cuatro ó cinco siglos. Corpulento como el águila, su cabeza estaba cubierta de brillantes plumas; las de su cuello eran doradas, y las demas color de púrpura; la cola blanca y escarlata, y los ojos refulgentes como estrellas. Cuando se sentia cercano á la muerte, despues de tan larga vida, se formaba un nido de madera y gomas aromáticas, donde moria. De sus cenizas nacia un gusano, que se convertia en otro fénix. El primer cuidado de este nuevo sér, era el de hacer á su padre los honores fúnebres; para esto formaba un huevo de perfumes de mirra, del tamaño y del peso que podia soportar, metia allí los restos de su padre, tapaba la entrada del huevo con una pasta de mirra y otros perfumes, y despues, tendiendo su vuelo hasta Heliópolis, llegaba al templo del sol con su preciosa carga, y la hacia arder en el fuego del altar.

Parece increible que haya habido gente séria que haya creido esta fábula. Sin embargo, fué tenida por indudable en la antigüedad, aunque nadie pudo ver nunca el ave prodigiosa.

Tal fábula ha dado orígen á la costumbre de llamar con el nombre de fénix todo lo que es singular y raro. Por lo que Juvenal llamaba á la mujer perfecta «rara avis in terris;» expresion que Séneca aplicó tambien al hombre honrado.

No habiendo existido nunca el fénix, es claro que no ha cantado nunca; sin embargo, es expresion corriente decir de un orador ó de

CAPILLA ALFONSINA

un poeta que se luce poco antes de morir, que «ha cantado con voz dulcísima, como el fénix al espirar.» Por lo que dijo Ciceron, hablando de Craso que pronunció en el Senado un brillante discurso algunos dias ántes de su muerte: «illa tanquâm cycnea fuit divini hominis vox et oratio.»

En Heliópolis era tambien adorado como dios un buey llamado Mnevis.

Cambises, rey de Persia, lleno de furor contra esta ciudad, se complació en destruirla, y dió rienda suelta á su rabia, quemando los templos, destruyendo los palacios y echando por tierra cuanto de mas notable y glorioso encerraba. Los obeliscos son los únicos monumentos de Heliópolis que han llegado hasta nosotros. No solo se conserva el que está en pié en el sitio mismo donde existió la ciudad, sino tambien otros muchos que hay en Roma, y fueron trasportados allí por el pueblo vencedor del mundo.

En 1799 derrotó Kleber en esta llanura con 9,000 franceses un ejército turco de 80,000, mandado por el gran visir en persona.—

Entretanto que nosotros girábamos en torno del obelisco, multitud de campesinos nos rodeaba y miraba con ojos atónitos. Uno de tantos, queriendo llamar la atencion y dándosela de gracioso, se puso á golpear la piedra con un enorme mazo de madera, precisamente por el lado donde los geroglíficos en mejor estado se conservan. No pude sufrir aquel acto de barbárie, y por conducto de mi dragoman supliqué al campesino no golpeara mas aquel monumento. Él rió de mí en mis barbas, y dijo:

—Esta piedra no vale nada, puesto que no sirve para nada.

Sin embargo, cesó de golpear, y con esto me dí por satisfecho.

En seguida emprendimos la marcha, de regreso al árbol de la Vírgen. En esta ocasion fuimos asaltados durante nuestro camino, por bandadas de muchachos y muchachas. Muchos de ellos estaban casi desnudos, y otros desnudos por completo. Estas turbas de chicos vestidos á la moda del Paraiso, nos perseguian gritando:

—«Bakshish, hauaga!» (una limosna, señor.)

Comencé por darles algunas piastras; pero viendo que aumentaban las turbas, cerré mi bolsillo, y contesté á los chicos en su mismo tono.

—«Mafish, hauaga» (no hay, señor.)

O bien:

—«Bukra» (mañana.)

Mucho me sorprendió ver que algunos hombres grandes, fuertes y barbados, andaban mezclados tambien entre los muchachos para pedir su «bakshish.» Y como yo no comprendia que aquellos mocetones robustos pudiesen tener mejor derecho que yo para pedir sin haber trabajado, tomábales yo la delantera, y á ellos me acercaba con la mano extendida, diciéndoles:

—«¡Bakshish, hauaga!»

Con esto, muchos de ellos se reian; otros se sorprendian y ponian la cara confusa, y todos me dejaron en paz.

A la vista del sicomoro sagrado, y poco antes de llegar á él, detuvímonos debajo de dos frondosos árboles que proyectaban espaciosa sombra. Al lado nuestro habia dos norias, «sakies,» cuyas ruedas eran movidas por dos hermosas vacas de la India, que llevaban el yugo en el lomo, y tenian los ojos vendados con un tejido de hojas de palma.

Los tubos de la noria salian del pozo llenos de agua límpida, que caia dentro de una pila de piedra, de donde corria por una estrecha atarjea á regar el hermoso jardin que nos rodeaba.

Sentados sobre una estera al borde de la atarjea y á la sombra de los árboles, almorzamos con buen apetito, rodeados de campesinos, escuchando el ruido acompasado de la noria, y deleitándonos con la vista de la hermosa agua clara que corria á nuestros ojos.

A poca distancia habia una familia griega y otra inglesa, que habian ido como nosotros á visitar el sicomoro, y almorzaban tambien sin ceremonia, sobre la yerba y á la sombra de los árboles.—

CAPILLA ALFONSINA

Poco despues dimos órden al cochero de que enganchara los caballos, y nos pusimos en camino para el Cairo.

Bien pronto entramos en la pequeña llanura llamada el Abbassieh. Aquí hay grandes edificios construidos por Abbas-Pashá, Khédive anterior al actual, quien los destinó á servir de lugares de recreo para su corte. En estos edificios están ahora las escuelas militares costeadas por el gobierno.

Llegábamos ya á la ciudad, cuando percibí á mi izquierda una reunion de mezquitas soberbias.

—¿Qué es eso? pregunté á Fortunato.

—Son las tumbas de los califas, me contestó.

—Pues vamos allá, le dije.

Entramos en un camino arenoso por donde apenas podia caminar el coche, y fuénos preciso marchar paso á paso. Más de media hora tardamos en llegar á la primera mezquita.

Visité las principales que son las de los sultanes Aydebe, Ashrof y Kalaum ó Barkuk, todas tres grandiosas, bien construidas, y notables sobre todo, por sus exquisitos labrados en piedra, y sus porcelanas antiguas. Están abandonadas por completo, así como las muchísimas otras que las rodean. Los muros altísimos se derrumban, las bóvedas atrevidas se desgajan, y la mano del hombre no se levanta para poner remedio á tan lamentable ruina.

Los guardianes viven dentro de las mezquitas; en algunas todavía se hace oracion: así es que en un costado se reza y en el otro se hace la cocina y se duerme. Yo atravesé por todas partes en el interior de estas mezquitas, sin que nadie me exigiese que me descalzara, ni me obligase al menos á ponerme las pantuflas. Son mezquitas degeneradas, que han perdido su tipo.

La de Barkuk es muy semejante por su construccion á la del sultán Hassan; descubierta en el medio, tiene altas bóvedas laterales. Debajo de una de ellas está la tumba de Barkuk. Sentí tristeza en presencia de aquella blanca sepultura cubierta de polvo, que yace

debajo de una bóveda atrevida, en medio de un solitario edificio que se desploma. Nada mas melancólico que esta sepultura levantada con fausto, y que hoy se oculta, olvidada, entre las paredes de un templo que amenaza ruina.

El sol entraba á torrentes por las ventanas ojivales, en tanto que las aves piaban volando allá arriba, y se metian en sus nidos fabricados entre las artísticas molduras de las piedras.

Así pierde el Islamismo sus mejores monumentos antiguos, por la incuria incomprensible con que los mira. Mucho se edifica y poco se conserva. Se erigen mezquitas nuevas, pero no se reparan las viejas. Y entre las construcciones nuevas que se levantan y las antiguas que caen por tierra, el gusto árabe se corrompe y se pierde.—

La mezquita de Kalaum ó Barkuk fué construida en 1282. Barkuk fué el primer sultán mameluco circasiano. Los mamelucos fueron esclavos—la palabra mameluco, significa esclavo,—de Gengis Kan, que los cautivó en la Georgia y la Circasia. Acreditados de buenos soldados, formaron despues en Egipto las guardias reales, y habiendo aumentado su fuerza, dispusieron durante siete siglos del país á su antojo, como una verdadera guardia pretoriana. Nedjm-Eddin fué el primero que los introdujo en Egipto, agradecido á los buenos servicios que le prestaron en el sitio de Naplusa. Poco tiempo despues de su ingreso en el ejército egipcio, muerto apenas Nedjm, y en los primeros dias del reinado de su hijo Turan-Sha, Bibars, gefe de ellos, asesinó vilmente al jóven príncipe Turan-Sha, á la vista del ejército cruzado de San Luis, que estaba cerca de Manssurah y á la orilla del Nilo, prisionero. Bibars fué por tanto el primer sultán mameluco de Egipto, y comenzó á reinar el año 1270. Desde entonces hasta principios de este siglo, los mamelucos fueron los árbitros de los destinos de Egipto, hasta que Mohammed-Alí hizo á sus soldados, sin piedad y traidoramente, exterminarlos.

El guardian de la mezquita nos condujo á una especie de subterráneo, donde á merced de la luz de una lámpara de aceite, nos hizo

CAPILLA ALFONSINA

ver un caftan (túnica de distincion entre mahometanos) y un cinturon de cuero.

—Este caftan y este cinturon, nos dijo por intermedio de Fortunato, pertenecieron al gran sultán Barkuk, que además de haber sido gran príncipe fué médico insigne.

—Y estas reliquias, preguntó Felleti, ¿son conservadas por curiosidad únicamente?

—No señor, contestó el guardian con calor, estas reliquias son milagrosas. Los enfermos de ambos sexos vienen aquí, dan una pequeña limosna, se cubren con este viejo caftan, se ciñen con este cinturon, giran rezando tres ó cuatro veces en torno de esta tumba, y quedan con esto milagrosamente curados.

—¡Hum! dijo el capitan, estoy seguro de que vd. no lo ha visto.

—¡Que no lo he visto! replicó el musulmán con cólera; yo estaba tísico y sané; mi mujer era estéril y tuvo hijos, y cansado estoy de ver personas consumidas por la ictericia, que se han ido de aquí repentinamente curadas. Tal es la virtud que tienen estos santos talismanes cuando en ellos se busca la salud con el corazon lleno de fé.

—En ese caso, dijo Felleti, seria inútil que yo me echase encima la túnica y me ciñese el cinturon para quitarme la vejez, que es una atroz enfermedad, «senectus ipsa est morbus,» porque no tengo fé.

Fortunato rió, yo reí y el mahometano nos envolvió á todos tres en una mirada furibunda. Para quitarle el enojo le dí algunas piastras de plata al salir de la mezquita, y con esto quedó satisfecho.

Al atravesar por las calles del Cairo, de vuelta ya á nuestro hotel, tuvimos necesidad de deternos largo rato en un callejon, por estar el paso obstruido por una multitud de camellos cargados. Mientras el coche estuvo parado, las personas que vivian en las casas de las dos aceras, se agolparon á las puertas para vernos. Noté en particular, que un chico medio desnudo nos gritaba enseñándonos el puño. La única palabra que pude percibir claramente fué esta: «nozerani.»

—¿Qué significa «nozerani?» pregunté á mi dragoman.

—Significa cristiano, me contestó.

—¿Por qué nos grita así ese muchacho?

—Conoce que somos cristianos, y nos manifiesta su odio con insultos y maldiciones.

—Pero ¿qué maldiciones nos dice?

—Dícenos «cristianos condenados,» «perros cristianos» y otras lindezas por el estilo.

—Pícaro muchacho, vociferó al oir esto el belicoso capitan; yo le quitaré lo griton y deslenguado.

Y diciendo esto, empuñó su baston y lo mostró al muchacho; este se metió dentro del zaguan y desde allí comenzó á gritar mas que nunca, enseñándonos los puños y los dientes.

Ya iba á bajarse del coche el capitan, cuando por fortuna los caballos partieron; con lo que se vió obligado á sentarse de nuevo muy á pesar suyo.

—Es raro, nos dijo Fortunato, que este muchacho nos haya insultado, pues el pueblo egipcio es muy tolerante en general, y son pocos los fanáticos que se conducen de este modo.

—Pero el gobierno, preguntó Felleti, ¿es tolerante?

—El gobierno egipcio es el mas tolerante del mundo en materia de religion. Aquí se puede creer lo que se quiera y practicar todos los cultos, sin que haya quien lo impida.

En efecto, lectores, apenas los Estados-Unidos son comparables con el Egipto en materia de tolerancia religiosa. En este país no se habla mucho, ni se encarece el respeto al individuo; pero en cambio, se sabe practicar mejor que en las naciones europeas.

La tolerancia, por otra parte, es sumamente ventajosa en un país como el Egipto, cuya posicion geográfica, única en el mundo, le tiene colocado entre el Oriente con el cual comunica por el mar Rojo, y el Occidente con el que se pone en contacto por el Mediterráneo. De modo que la tierra de los Faraones ha sido, es y será siempre

CAPILLA ALFONSINA

el punto intermediario entre esas partes del globo, donde dos razas ávidas de conocerse y tratarse, se detienen, se observan y se tienden la mano.

Las principales religiones profesadas en Egipto son el mahometismo, el cristianismo, el judaismo y el politeismo. Sin embargo, puede muy bien y sin exageracion decirse, que todas las religiones están aquí representadas y gozan de la proteccion del gobierno.

El islamismo en las costas africanas del norte no es intolerante ya, como lo fué en el pasado. Los mahometanos se acostumbran de dia en dia á mezclarse con los europeos, de quienes reciben las enseñanzas de la civilizacion y la cultura. Y muchas veces sucede que los mahometanos antes de morir, hagan venir á algunos europeos al derredor de su lecho, para que oren por su alma; porque piensan que es preciso entonar alabanzas á Dios en todas las lenguas.

De esta manera, orientales y europeos, todos encuentran igualmente hospitalario el Egipto, y lo aman. Para aquellos representa esta tierra, la última posesion del islamismo, y al mismo tiempo, el primer país civilizado que encuentran en su viaje al Ocaso, donde les es preciso sacudir el polvo de sus viejas preocupaciones; en tanto que los europeos miran en el Egipto, el puesto avanzado de la civilizacion de Europa, donde la cultura occidental se embellece con la poesía de Oriente, y esta poesía á su turno, se hace mas brillante y agradable, á la influencia de aquella cultura.

No seria malo, concluí yo por decirme interiormente aquella tarde, al pensar estas cosas,—no seria malo que algunos pueblos liberales y cristianos tomasen lecciones de liberalismo de este desventurado país oriental, que gime bajo las garras de los déspotas coronados. Ahora Israel está libre en Egipto, y otras naciones, á semejanza del antiguo Egipto, mantienen á Israel en cautiverio.

CAPITULO X

EL SHEIKH SADDAT

Enero 25 de 1873.

A las ocho de la mañana vino mi dragoman al hotel. Estaba yo entendido en que aquel dia no emprenderiamos excursion ninguna, pues así lo habiamos convenido. Por lo mismo me sorprendió ver á Fortunato, y mucho mas sorprendido quedé, cuando oí que me dijo:

—Mr. Portiló, están dispuestos á la puerta los asnos.

—¿Para qué los queremos hoy? le dije; ¿no hemos convenido en que este dia será de descanso?

—Sí señor, me contestó, pero deseo llevar á vd. á ver al «seikh Saddat.»

—En buena hora, pero ¿quién es ese personaje?

—Uno de los mas notables del Cairo: es un descendiente de Mahoma.

—¡Sangre de Cristo! en ese caso estoy listo: vamos á conocer al vástago ilustre de la familia del profeta.

Y efectivamente, bajé en el acto la escalera, y monté sobre uno de los borricos que nos esperaban en la calle.

CAPILLA ALFONSINA

Caminando por multitud de callejas, llegamos despues de veinte minutos, á una esquina mas saliente que el resto de la acera, á la vuelta de la que se abria un estrecho paso que me pareció ser el principio de otra calle.

—Hemos llegado, dijo Fortunato.

—¿Cómo es eso? pregunté desmontando; ¿no es esta la entrada de una calle?

—No señor, es la entrada de la casa de Saddat.

—¡Ah! va; pero, digo, Fortunato, se me ocurre una dificultad, ¿por qué venimos aquí? ¿con qué título nos presentamos?

—Mr. Portiló, me respondió el dragoman con serenidad extremada, téngame vd. confianza, y crea que no soy capaz de conducir á vd. á parte ninguna donde pueda salir desairado.

—No lo dudo, le repliqué, pero deseo saber por qué razon puedo entrar aquí sin inconveniente.

—No soy dragoman únicamente, me dijo Fortunato, sino que ejerzo con especialidad la profesion de anticuario. Como tal, tengo que entenderme muy á menudo con los principales personajes de la corte, á quienes los ingleses compran curiosidades árabes por mi intermedio, á precios fabulosos. Pues bien, hace ya mucho tiempo que entro en casa de Saddat para comprarle antigüedades, y como le he proporcionado hacer brillantes negocios, me trata muy bien, y me considera mucho. Ayer lo encontré en la calle y le anuncié la visita de un jóven mexicano para este dia, y me dijo muy amablemente que hoy nos esperaba.

—Bien, Fortunato, adelante, le dije, pensando en mi interior que era bien rara la conducta de todo un descendiente de Mahoma, que no se desdeñaba de comerciar con antigüedades.

Pasada la entrada, nos encontramos en un patio espacioso, en cuyo centro se levantaba una altísima palma. En el fondo habia un pequeño espacio techado á guisa de corredor, donde se encontraban algunos divanes. Entre paréntesis diré que, segun he creido observar, la costumbre de hacer en el medio de las casas patios á manera de jardines, con arquerías en torno, es de orígen árabe; pues los romanos dejaban el jardin para el fondo de la casa, y en los países europeos, con excepcion de España, los patios con arquerías y jardin son totalmente desconocidos.—

Sobre uno de los divanes estaba sentado un jóven como de veintiseis años, de tez blanca y sonrosada, ojos negros, barba negra y recortada, frente espaciosa, nariz correcta, y boca pequeña de labios rojos. Su trage consistia en una túnica de seda violeta rayada de negro, ceñida con un cinturon de tafilete bordado de oro, albornoz de paño negro del tamaño de la túnica, medias de seda, borceguíes de cuero amarillo, pantuflas rojas de puntas retorcidas, y un ancho turbante blanco, liado arriba de la frente. Aquel jóven tenia en sus manos un rosario cuyas cuentas pasaba maquinalmente con la punta de sus blancos dedos.

Era un hermoso mancebo de tipo árabe perfecto, perezoso y soñoliento, medio recostado en los cojines, y con los piés recogidos sobre el diván.

Algunas personas en pié rodeaban al personaje, y este las escuchaba distraido, y les respondia con suma negligencia. Este jóven era el «sheikh Saddat,» descendiente del profeta Mahoma, y gran dignatario de Egipto.

De seguro mis lectores se preguntarán qué quiere decir «sheikh.» Para satisfacer su natural curiosidad les digo, que «sheikh» en árabe quiere decir señor, amo, gobernante, gefe, y otras muchas cosas que envuelven la idea de autoridad. Así en lo civil como en lo religioso, hay «sheikhs» entre mahometanos. Para terminar, consignaré aquí que abrigo la creencia de que nuestra palabra gefe, no se deriva como se cree, de la voz francesa «chef,» sino de la árabe «sheikh.» Nosotros traducimos en español por «jeque» la palabra «sheikh,» y nótese cómo de «jeque» á «gefe» hay ya pequeñísima distancia.

CAPILLA ALFONSINA

Tan luego como Saddat nos vió, se levantó de su asiento, y vino á nosotros con suma cortesía, saludándonos á la europea, con un apreton de mano. En seguida nos invitó á que nos sentáramos en el diván.

Fortunato le dijo que era yo el jóven mexicano de quien el dia anterior le habia hablado, y él me dió por conducto de Fortunato la bien venida á su casa. Me preguntó si hacia mucho tiempo estaba en el Cairo, y si pensaba viajar por el Alto Egipto. Díjele que no, y se manifestó asombrado, pues me aseguró que las ruinas de Tébas y Luqsor eran lo mas notable que esta tierra encerraba.

A continuacion me hizo larga série de preguntas sobre mi país. Conocia muy bien la geografía y la historia de México, cosa que me sorprendió, pues los europeos mismos suelen ser en este particular muy ignorantes.

—Murió Juarez, me dijo, ¿lo sabe vd?

—Sí señor, le contesté, estaba yo en Paris cuando publicaron la noticia los periódicos.

—Grande hombre, me dijo, era ese indio. Sin meterme á calificar la justicia ó injusticia de sus actos, lo encuentro extremadamente notable, tanto por haber sabido triunfar de la revolucion social en que se vió envuelto México desde el año de 57 hasta la llegada de los franceses, como por haber resistido á las armas de estos y haber triunfado del imperio de Maximiliano.

—En efecto, le contesté, esos dos hechos por sí solos, hacen conocer la grandeza de alma de Juarez, y ponen en claro su inteligencia excepcional y enérgica. Y tanto mas me sorprende el acertado juicio de vd. cuánto que habla vd. de cosas que han pasado á miles de leguas de distancia.

—Soy muy afecto á saber noticias, me contestó sonriendo, y tuve particular interes en encontrarme al tanto respecto de las cosas de México durante la intervencion francesa. ¿Quién es el presidente actual en su país de vd? prosiguió.

—D. Sebastian Lerdo de Tejada.

—¿Qué clase de hombre es él? ¿tiene los tamaños de Juarez?

—Es de la escuela del último presidente, y fué mucho tiempo su ministro. Corre fama de ser uno de los estadistas mas notables en el mundo. Mucho tiempo habia que una candidatura presidencial no era tan popular como la de Lerdo lo ha sido ahora en México. Hánlo electo los hombres de todos los partidos, y al subir él al poder, los beligerantes de todo el país depusieron las armas. Grandes esperanzas se conciben hoy que tal hombre se encuentra al frente del gobierno.

—Alá quiera que esas esperanzas no salgan burladas.

—Así lo quiera Dios, le contesté.

Saddat sacó de una de las mangas de su albornoz una pequeña cartera, y habiéndome de nuevo preguntado el nombre del presidente, lo escribió con lápiz para no olvidarlo y aprenderlo de memoria.

Confieso que quedé agradablemente sorprendido de la ilustracion de Saddat. ¡Hacia tanto tiempo que no hablaba sino con personas ignorantes y crasamente vulgares!

Entretanto que por medio del intérprete de esta manera conversábamos, tenia yo los ojos clavados en un elegante «musharabieh» que me hacia frente. Los «musharabiehs» son tupidos enverjados de madera que, sobresaliendo del muro, se colocan por la parte exterior de las ventanas. Los intersticios que dejan entre sí los labrados de la verja, son de tal manera pequeños, que la persona que mira al través de ellos, no puede ser vista desde fuera. Con el objeto de dejar penetrar el aire en los aposentos, se abren ventanas en las paredes; pero los «musharabiehs» han sido inventados para que las mujeres no puedan ser visibles para los transeuntes. Es todavía otra precaucion tomada por el celoso oriental para mantener esclavas á sus mujeres.

El «musharabieh» de que hablaba era de trabajo exquisito, formado de pequeñas piezas de madera figurando columnitas, que se tocaban por su base en líneas perpendiculares y horizontales. Los in-

CAPILLA ALFONSINA

tersticios oscuros figuraban graciosas estrellas, y la parte superior y baja del conjunto, estaba ornada con labrados y arabescos de madera incrustados de marfil, concha y plata.

Viéndome el «sheikh» prestar atencion tan sostenida á aquel objeto, me invitó á recorrer el interior de la casa. Acepté de buen grado la invitacion, pues visitar el palacio era lo único que por entonces deseaba, y solo con el objeto de hacerlo, á este lugar era venido. El «sheikh» se sirvió acompañarme en persona, y sus interlocutores aguardaron entretanto sentados en los divanes.

Entramos primeramente en la sala de recepcion, vasto aposento iluminado profusamente por ventanas ogivales abiertas en lo alto del muro. El suelo está tapizado de ricas alfombras de Persia; las paredes cubiertas de antiguas porcelanas azules; cerca del techo en una faja horizontal, hay en los cuatro lienzos de la muralla, versículos del Corán, escritos en grandes bajo-relieves de oro macizo. La bóveda está cubierta de dorados que alternan graciosamente con el fondo pintado de verde. Del centro del techo cuelga, suspendida á un grueso cordon de seda carmesí, una araña de cristal de varios colores, de forma singular; araña secular que, segun me ha dicho Fortunato, es el mas bello ornamento del palacio del «sheikh», la envidia de los anticuarios y el único objeto curioso de que no ha querido desprenderse su dueño por ningun precio.

En derredor de la sala habia mullidos divanes de seda azul bordada de oro, y en el centro de la cabecera principal se alzaba sobre cojines color de púrpura, con grandes borlas de oro, el asiento que ocupa el «sheikh,» así en las solemnes recepciones, como en las religiosas asambleas, en que Saddat interpreta el Corán y lo explica, siempre que ocurre algun caso de duda.

Mientras estábamos en esta sala, llegaron tres mozos del «sheikh» vestidos á la europea, con frac negro y corbata blanca. Uno de ellos traia una bandeja de oro ricamente labrada, sobre la que se ostentaban trasparentes tacitas de porcelana de la China, que reposaban

sobre copitas de oro artísticamente cinceladas, y salpicadas de pequeñas perlas y rubies. Otro mozo traia tres «narghilés,» y el tercero una caja de plata llena de tabaco, y otra mas pequeña que contenia buena cantidad de fósforos.

Sentámonos, ó por decir mas bien, nos recostamos sobre los mullidos divanes, y tomando las copitas de café, nos dimos á sorber con delicia, el mejor Moka que he saboreado en mi vida. El «sheikh» empuñó el metálico tubo del «narghilé,» mientras yo me contenté con fumar un cigarrillo de excelente Korani.

Tres tazas de café tomamos de esta suerte, y permanecimos en la sala cerca de una hora, conversando y fumando.

Al fin sacudimos nuestra pereza, y proseguimos nuestra visita al palacio.

Atravesamos un pasadizo de color bermejo, y nos encontramos en un jardin hermosísimo. Una balaustrada de madera lo rodeaba, y en el interior habia calles simétricas que en ángulos rectos lo cruzaban. Una fuente de mármol ostentábase en el centro, y de su taza caia el agua en una hermosa pila de la misma piedra, de donde por anchos canales siempre de mármol, corria límpida y fresca á regar los cuadros cubiertos de verdura y de flores. Cuatro jarrones enormes de alabastro se miraban en los ángulos del jardin, y contra la costumbre musulmana, hermosas estátuas se elevaban graciosamente de entre las flores. Jamás jardin alguno me ha parecido mas hermoso, ni dispuesto con mejor gusto. El olor de la verde yerba y de las balsámicas flores llenaba la atmósfera, y los pájaros piaban entre las ramas de los arbustos, revoloteando con alegre movimiento.

Este jardin me recordó los bellos tiempos del Islamismo, cuando los sectarios de Mahoma eran sabios y artistas. Ellos convirtieron en jardines las mas famosas ciudades de su vasto imperio, y discurriendo entre sus árboles y sus flores, se entregaban á las profundas meditaciones de la filosofía y de la ciencia de los astros.

En el fondo del jardin habia tambien otro «musharabieh» no me-

CAPILLA ALFONSINA

nos elegante que el del patio. Al pasar cerca de él, oí murmullo de frescas voces juveniles y rumor de risas apenas contenidas. El «sheikh» se apercibió bien pronto de aquel ruido, y lanzó al «musharabieh» furiosísima mirada. En el acto cesaron las voces y las risas, y aun me pareció oir el paso precipitado de las mujeres que se retiraban al interior del aposento.

Del jardin pasamos al gabinete de estudio. Es una gran cámara tapizada de rojo y rodeada de divanes. En una de sus cabeceras hay una especie de plataforma cerrada por un enverjado de fierro y bronce. En esta plataforma, y reposando sobre el suelo ó bien sobre los divanes, se veia enorme cantidad de libros forrados en pergamino. Grandes esferas ocupaban los dos ángulos de aquel extremo del gabinete, y cartas geográficas, compases y útiles de geometría se encontraban diseminados por la alfombra. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas azules, y la media luz que en aquel recinto reinaba, convidaba á la meditacion y al estudio.

Aquel conjunto singular, aquellas esferas, aquellos compases, aquel desórden, y la oriental figura y el trage oriental del «sheikh,» me causaban el efecto del laboratorio de un astrólogo árabe de la Edad-Média, de aquellos que consultaban los astros y decian la buena ventura.

Saddat es hombre que ama los libros, y tiene además claro talento. Lástima es que no conozca ninguna lengua europea, y digo que es lástima, porque no podrá instruirse en la filosofia y en las ciencias occidentales, que forman hoy dia la civilizacion del mundo.

Visité además el dormitorio del «sheikh,» que es muy elegante, y está ornado de grandes espejos, cómodas y mesas de noche á la europea; y finalmente, el comedor, que da frente al jardin, de cuya vista se goza al través de los cristales que forman un lienzo entero de la muralla.

El piso alto está ocupado por las mujeres de Saddat, que son doce: dos georgianas, dos turcas de Constantinopla, dos sirias, y las otras seis egipcias. El «sheikh,» como buen mahometano, es sumamente corrompido en sus costumbres. Gusta no solo de las mujeres, sino tambien de los niños de once á trece años, de los que tiene siempre cuatro ó cinco en su compañía. Esto es muy horrible, pero en Egipto no hay quien fije la atencion en ello, porque tal costumbre es generalmente admitida. Excusado es decir que yo no visité el harem, donde, como en todos los demas, no entra mas hombre que el despótico señor de las míseras siervas.

Saddat es muy rico. Tiene tres ó cuatro palacios en el Cairo, é indistintamente los habita, pues la servidumbre en todos ellos está eternamente dispuesta para esperarlo. Trata con el virey de potencia á potencia, y tiene la costumbre de hacerle y esperar visita, como si se tratara de un particular. Bien se comprende que en un país mahometano se tenga gran respeto á un descendiente de Mahoma; así que no son de extrañarse las deferencias que el Khédive mismo guarda con respecto á este vástago de la familia del profeta.

Concluida nuestra visita al palacio, volvimos al corredor, y nos sentamos de nuevo en los divanes.

Las personas que aguardaban al «sheikh,» se acercaron á él cuando se sentó, y hablaron mucho y á voz en cuello. Era una caravana de «derwishes» giradores, rezadores y gruñidores. Venian á exponer á Saddat algunas dudas religiosas, y él las zanjó en el acto. Al despedirse del «sheikh,» terminado su objeto, se llegaron á él de uno en uno, llevándose la diestra sucesivamente al pecho, á la boca, y á la frente, y concluyendo por tomar la mano del «sheikh» y besarla con respeto.

Poco despues me despedí yo tambien de Saddat. Me hizo grandes instancias para que volviera pronto á verlo, y me dijo muchas cosas amables. Le prometí que no dejaria el Cairo sin hacerle otra visita, y salí de su casa llevándome de él grato recuerdo.—

Aquella noche, al salir de mi hotel encontré el cortejo de un novio que acababa de casarse, y hacia, segun la costumbre del país, un paseo triunfal por la calle.

CAPILLA ALFONSINA

Rompiendo la marcha iban los músicos, que hacian sonar varios pitos y tambores con desagradable estruendo. A continuacion venia una reunion de hombres vestidos en trage de gala, con antorchas en la mano. En medio de ellos caminaba un jóven, niño por decirlo mejor, de diez y seis años. Este niño era el novio.

Cerraba la marcha grande acompañamiento en burro y coche, de niños y curiosos.

El cortejo se paró en aquel instante, y yo me acerqué por ver lo que en materia de ceremonias se hacia. La música tocaba un són muy animado. Los hombres que formaban el acompañamiento se extendieron en círculo por toda la anchura de la calle. El novio quedó en medio, y, acomodando sus movimientos á la cadencia musical, se dió á hacer contorsiones extraordinarias.

—¿Qué quiere decir esa pantomima, Fortunato? pregunté á mi dragoman.

—Es, me contestó, que el novio hace la historia de sus amores, desde su mas remoto principio hasta el matrimonio.

Me pareció aquella historia muy singular, y confieso que no pude comprenderla, ni despues de la explicacion de Fortunato.

En medio de la novedad que tal espectáculo me causaba, no podia menos de compadecer á aquel niño, que antes de saber lo que era el matrimonio, iba ya á echar su carga sobre sus débiles hombros.

En Oriente es costumbre que los hombres y las mujeres se casen apenas salidos de la infancia. El matrimonio en edad tan temprana tiene sus inconvenientes; pero ofrece tambien grandes ventajas. Los esposos se unen siendo enteramente puros, y encontrándose libres de malos hábitos. El objeto de la naturaleza no se tuerce: una larga familia es mirada como bendicion del cielo, y los padres alcanzan á ver la descendencia de sus hijos, y de los hijos de sus hijos, llegando á ser en su vejez verdaderos patriarcas, como en los tiempos de la Biblia.

La mujer infecunda se tiene por desgraciada, porque los hijos forman el honor de la familia. El padre y la madre toman el nombre del primogénito, y abandonan el que antes tenian. Por ejemplo. Dos casados, Hassan y Fatma, tienen un niño á quien dan el nombre de Elías; pues bien, de aquí en adelante, el padre no se llamará Hassan, sino Abu-Elías («abu» quiere decir padre), ni la mujer se llamará Fatma, sino Um-Elías («um» quiere decir madre). De Um-Elías se han formado Emma, Amelia y Emilia, y esto sea dicho entre paréntesis. Los esposos que por falta de sucesion se ven precisados á conservar su nombre, se tienen por deshonrados.

Pasó el cortejo del novio y en pos de él, siguió el de la novia. Los músicos caminaban delante. Inmediatamente despues iba un grupo de mujeres con trage azul y manto negro de seda; detrás de ellas venia la novia enteramente cubierta, hasta los piés, por un lienzo blanco, con una corona de flores en la cabeza, y con las manos apoyadas en los hombros de dos mujeres que la conducian lentamente. A su espalda marchaban dos hombres, que pendiente de un grueso tronco que llevaban á cuestas, conducian una especie de vieja lámpara de cristal, cuyo significado ni entendí entonces, ni ha habido quien pueda explicármelo mas tarde. Cerraban la marcha dos chicos cargando una pequeña cuna enteramente ordinaria, pintada al oleo de rojo y amarillo, y una caja dorada, de regular volúmen. La cuna y la caja son las «sponsalitiæ largitates» obligadas entre mahometanos, y los esposos no dan paso al matrimonio hasta que pueden hacer estos gastos, pues de otro modo se tienen por hombres sin delicadeza, que no sabrán soportar honrosamente las cargas matrimoniales. Multitud de muchachos con teas en la mano, formaba el ambulante alumbrado de aquel curioso cuadro de costumbres, y á la luz roja de la resina, parecia la procesion de un santo de escultura aun no concluida, y velado á los ojos del público.—

Los meses de Febrero, Marzo y Abril son considerados en Egipto como fastos, y durante ellos, y no en otra época alguna del año, se celebran los matrimonios. Los novios esperan tranquilamente que

CAPILLA ALFONSINA

este tiempo llegue, y por ningun caso consienten antes en casarse. Esta paciencia en el esperar, seria inexplicable en Europa ó América, donde los amores que anteceden al matrimonio suelen ser fogosos como los de novela. Pero en Egipto y en todo el Oriente, donde los novios no se conocen, ó al menos el hombre no ha visto jamas el rostro de su prometida, puede muy bien dejarse correr el tiempo libre de sobresaltos.

Un dia despues del matrimonio es conducida la mujer á la casa del marido. Ella no deja el hogar paterno sin gritar, llorar, mesarse los cabellos, y dar otra multitud de patéticas muestras de dolor y desesperacion; y claro está que aunque en realidad se alegre de haberse casado, está obligada á hacer estas comedias, pues así lo exige la costumbre. Llegada á la habitacion nupcial, el esposo tiene el derecho de levantar el velo y conocer el rostro de su compañera, y hasta entonces sabe el buen mahometano si es bonita ó fea, si le enamora ó le causa asco. ¡Pobre de aquel que tras tanto misterio venga á encontrarse con un mónstruo! En todo caso, le queda el recurso del divorcio, que es la ley del fuerte y la prostitucion de la mujer.

No hay mas hombre que tenga derecho de ver el rostro de la mujer, exceptuando las personas de su familia, que el marido; por cuyo motivo es signo matrimonial el levantar el velo. Un hombre cualquiera que levantara el de una mujer que no fuera la suya, acarrearia sobre su cabeza el furor de los celosos musulmanes, que lo despedazarian en el acto como á un perro; pues todos ellos en este caso harian causa comun, mirando la ofensa como directamente ejecutada contra la dignidad del hombre.

Lo mas curioso es que los cristianos de Oriente, ó bien aquellos que lo han habitado durante largo tiempo, adoptan las costumbres musulmanas, en lo relativo á la vigilancia con sus mujeres. Yo he tratado con un italiano residente en el Cairo desde 1853, que no daba á conocer á su mujer á ningun hombre, aun cuando fuese su amigo mas íntimo; y no le permitia salir nunca de su casa sino dos veces por año, velada cuidadosamente y acompañada por él. Este italiano me ha dicho varias veces conversando conmigo en el seno de la confianza, que se sentia dispuesto á matar al primer hombre que viese el semblante de su esposa. Esto no impedia, por supuesto, que tal hombre estuviese bien lejos, por su parte, de ser un tipo de fidelidad conyugal.

Los celos exagerados son siempre inícuos, y forman indispensablemente una víctima, que es la parte débil, que se sacrifica sin recompensa. Así, los mahometanos que ponen tanto esmero en vigilar á la mujer, en ocultarla y esclavizarla, pasan volubles de un amor á otro, entre las beldades de sus bien poblados serrallos. Por esto creo que con razon se ha dicho que los celos son hijos mas bien que del amor, del amor propio.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XI

SHUBRAH

Enero 26 de 1873.

Joven amigo, me dijo el capitan Felleti al despertar, mientras hacia su «toilette» en camiseta y pantuflas; me es preciso corresponder la amable invitacion que vd. me ha hecho para visitar el llamado árbol de la Vírgen, y por esta razon convido á vd. para que me acompañe hoy á Shubrah.

—De mil amores, le contesté, y estoy á la disposicion de vd. desde luego.

Inmediatamente salté de la cama, y logré estar listo, aun antes que el viejo marino. Bajamos al comedor, tomamos el almuerzo y partimos.

Al pasar por el Muski, nos sorprendió el innumerable gentío que poblaba la calle. Pregunté á un muchacho qué significaba aquel alboroto, y me contestó que se esperaba el cortejo que iba á conducir á la princesa casada con el hijo del virey, á la casa de su esposo. Cúponos curiosidad de ver aquella comitiva, pues creimos seria muy lucida, y mucho habria de encerrar de curioso; y antes de tomar el camino de Shubrah, nos instalamos en un café, donde esperamos una

hora. Al cabo de ella se oyó en el Muski grande algazara. Pusímonos á la puerta del café el capitan y yo, y fuénos preciso encaramarnos sobre unas sillas, porque la multitud que se apiñaba á nuestro frente, nos cerraba la vista. Por fin llegó la comitiva régia. Por delante venia muchedumbre de chicos dando gritos agudos, y agitando en las manos, ramas verdes de árbol, en señal de enhorabuena.

Abria la marcha un cuerpo de caballería vestido á la turca; seguia otro de coraceros, á la inglesa; otro de cazadores, á la francesa; y otro finalmente, que llevaba cotas de malla y pequeños casquetes de fierro terminados en punta, como se usaba en la Edad-Media.

Los eunucos seguian luego y presidian inmediatamente á la comitiva. Todos eran negros y rollizos; su semblante regordete y sin barba, asemejábase al de los muchachos que entran apenas en la adolescencia. Y habia algunos ya maduros y aun viejos entre ellos; pero ninguno parecia mayor que los otros. Vestidos de paño azul, en trage militar europeo, y cubiertos de galones, montaban soberbios caballos. Su aire era extremadamente altanero, y apenas se dignaban posar sus ojos sobre la multitud. Se dice que el gefe de ellos es sumamente respetado en la corte, que el virey le pide siempre consejo, y que en el palacio de Ismail-Pashá no se hace sino lo que él ordena.

Tras de los eunucos venian las mujeres del virey, en elegantes cupés, á la inglesa, tirados por hermosísimos brutos negros y roanos. Las mujeres del virey son en su mayor parte, segun se dice, de la Circasia, de la Georgia y de Constantinopla. Entre ellas se cuenta una francesa, con gran escándalo del pueblo egipcio.

Las cortinas de los cupés estaban cuidadosamente corridas; pero las mujeres que iban en el interior, las apartaban con la mano, curiosas de ver la calle que poco conocen, y esta multitud de gente que se llama mundo y que tantos atractivos tiene cuando de lejos se le mira.

Los rostros que se veian aparecer por la portezuela, solian ser de belleza extrema; rostros blancos y sonrosados, de perfil correcto,

CAPILLA ALFONSINA

y magníficos ojos negros. El velo que los cubria en parte, era de excesiva finura, así que al través de él, como al través de un cristal, se distinguian las narices correctas, los óvalos intachables del semblante, y las pequeñas bocas rojas y sonrientes, como botones de rosa comenzando á abrirse.

Tal vez el misterio que rodea á esas beldades, derrame cierto interes particular sobre sus encantos; y acaso á la influencia de ese misterio, el alma preste á su hermosura real los espléndidos destellos de la fantasía. Mucho ha de haber de esto, queridos lectores, y mucho ha de haber habido en mí, en el momento en que ví asomadas á las portezuelas de los cupés, las caras de las huríes del harem del Khédive; pero en verdad aseguro que aun consideradas imparcialmente las cosas, las huríes de Ismaïl-Pashá son dignas del paraíso de Mahoma.

El coche de la princesa venia á continuacion; era grande, pesado y lleno de dorados, como los de los lores ingleses. Seis soberbios caballos alazanes de la Arabia, tiraban el colosal y suntuoso armatoste; y sus ricas guarniciones cargadas de oro y plata, resplandecian con los reflejos del sol meridiano.

Dos «seids» vestidos con suma elegancia, conducian por la brida los dos primeros caballos del elegante tiro; en tanto que el cochero inglés, que se pavoneaba sobre su alto asiento de cojines de terciopelo rojo, mostraba en su semblante la gravedad de un estadista, metido dentro de sus enormes calzas de ante, su casaca con botones de oro, sus espantables cuellos blancos como ampo de nieve, y su sombrero montado y con plumas, calado hasta las cejas napoleónicamente. Dos lacayos de pié, vestidos á la Luis XV, iban como estatuas á la espalda del coche, asidos á gruesos cordones de seda carmesí, terminados por borlas gigantescas.

Cerraba la marcha muchedumbre de carruajes de damas de la corte, mujeres de los banqueros y cónsules, y simples curiosos, que seguian la comitiva sin verla. Tres músicas de caballería venian mezcladas con la larga fila de coches, y llenaban los aires con sus armonías discordantes.

Detrás se precipitaba la multitud, haciendo inmensa algazara y agitando en alto las manos, en muestra de regocijo.

Las fiestas de los mahometanos son siempre extremas: ora silenciosas y tristes como un duelo, ora ruidosas como una locura. El término medio es en ellas desconocido. La policía no toma parte para poner coto á los desórdenes de la multitud; así que la agitacion ó la calma nace espontáneamente del pueblo.—

Poco despues de haber llegado al Cairo, me sorprendia al ver que la poblacion entera callaba; pero mas tarde tuve ocasion de conocer que los mahometanos saben abandonarse tambien á las alegrías mas estrepitosas. Creo que el principal motivo de la gravedad ordinaria de los pueblos musulmanes, es el poco uso que en ellos se hace del vino, á causa de la prohibicion terminante que hace de él Mahoma á sus sectarios. Solo que desgraciadamente comienzan á pulular en estos últimos tiempos los libre-pensadores, aun en los países orientales; y de aquí resulta que los protestantes del Corán, proclamando el libre exámen en sus versículos, saben sacar de sus profundas elucubraciones, el fruto de permitirse beber vino hasta el embrutecimiento.

De aquí procede que á las veces, á despecho del profeta, las reuniones públicas en Egipto huelan á alcohol como las cristianas. Y siempre que este olorcillo circula por esas reuniones, hay gritos, riñas y escándalos, como es costumbre en nuestros países. El ejército, por supuesto, como formado por gente brava y despreocupada, marcha á la vanguardia de este progreso hácia las luces. Y esto lo digo, porque he visto mil veces á los oficiales y los soldados dando traspiés por las calles del Cairo. En una ocasion, encontrándome en el jardin del Ezbekieh, ví á los oficiales del Estado Mayor del Khédive completamente beodos. Sentáronse á oir la música, que á la sazon tocaba en un kiosco, ocupando las sillas de fierro de alquiler que ha-

CAPILLA ALFONSINA

bia en aquel sitio. Uno de los guardianes del jardin se acercó á los oficiales y les pidió el precio del asiento; ellos no quisieron pagar; insistió el guardian, y ellos por respuesta lo colmaron de injurias, y uno de los mas valientes se levantó para pagarle con bofetadas. Sus compañeros lo detuvieron mientras el guardian se puso á buen recaudo, y el Estado Mayor del Khédive, valido de su militarismo y su beodez, robó á aquel pobre hombre á razon de veinte céntimos por persona. Esta escena no me tomó de nuevo, porque otras de la misma especie, y aun peores, son cosa corriente en la República mexicana.—

Esperamos el capitan y yo que pasara la multitud, y tan luego como la calle estuvo despejada, nos pusimos en marcha á nuestro destino. Largo rato anduvimos antes de salir del Cairo, que por esta parte mucho se extiende. Felleti se empeñó en que hiciéramos á pié la excursion, porque á mengua tenia ponerse á horcajadas sobre un asno. Llegamos por fin á Shubrah.

Shubrah es una larguísima avenida de árboles corpulentos, que cuentan siglos de existencia. Es el paseo predilecto de los habitantes del Cairo, por la frescura que en él se respira aun en medio de los estíos mas ardientes. Aquí vienen á pasear en elegantes carruajes los cortesanos y banqueros, haciendo ostentacion de sus caballos, sus jaeces, sus coches y vestidos, y de otra multitud de frivolidades que constituyen la gloria de los petimetres de ambos sexos.

Esta avenida conduce á los magníficos jardines que fueron en otro tiempo del príncipe Halim, y hoy pertenecen al virey. Por ambos lados del camino se levantan pintorescas casas de campo, mas ó menos fastuosas; pero siempre ventajosamente colocadas en medio de deliciosos jardines. Entre todas estas habitaciones campestres distínguese el grandioso palacio «Kasr-el-Nussa,» cercado de un enrejado de fierro, y levantando por encima del follaje del jardin, su soberbia mole pintada de rojo y coronada de pizarras.

Cerca de este palacio se encuentra el convento de las Hermanas del Buen Pastor, establecimiento de beneficencia fundado y dirigido

por damas francesas, y que es á la vez hospicio, colegio, asilo y retiro de pecadoras arrepentidas.

El capitan me llevó á la casa de un paisano suyo, el Sr. Ciccolani, que está muy cerca del convento. Esta «villa» es evidentemente la mas fastuosa de cuantas hay en la larga avenida. Es un hermosísimo y extenso jardin, donde se encuentra inmensa variedad de árboles frutales, de flores raras, de grutas, de kioscos, de fuentes y de todo aquello, en fin, que puede contribuir de alguna manera para alegrar la vista y deleitarla. Hora y media empleamos en recorrer el jardin, fijándonos en las curiosidades que encierra, y tomando todo el gusto debido á su hermoso plan, á su conjunto armonioso y á sus graciosos detalles.

La casa de habitacion se encuentra en el punto céntrico de aquel pequeño eden, y es un verdadero palacio de hadas, por su feliz posicion y por su elegante y fantástica estructura. Hace cuatro años que el «signore» Ciccolani se ocupa en formarse este suntuoso retiro, y todavía no se concluyen los trabajos. Lo principal sin embargo está terminado. La casa es de mármol blanco y tiene tres pisos. El terrado, formado al gusto árabe, es una de las partes mas bellas del edificio, adornado con grandes jarrones y estatuas de mármol. Desde allí se domina el jardin, y aquel panorama es el compendio y tipo de las elegantes églogas del siglo XIX, mezcladas por iguales partes de arte y naturaleza. Los artesonados, la pintura y la escultura que decoran las habitaciones, son de alto mérito, pues el propietario ha hecho venir de Italia á los mejores artistas para que embellezcan su «villa.» Hasta el momento en que estuve en la quinta, el dueño llevaba gastados en ella dos millones de francos, lo que viene á ser cuatrocientos mil pesos de nuestra moneda. Pero en cambio, el Sr. Ciccolani puede tener la satisfaccion de poseer la mas hermosa «villa» del Cairo, y tal vez del Egipto; y segun la expresion de Francisco Lavernay, la «villa» de que hablamos «parece deber resumir todo cuanto la riqueza, el gusto, el arte y la fantasía pueden

CAPILLA ALFONSINA

acumular en materia de dorados, pintura, escultura y arquitectura.»

Ciccolani es uno de tantos aventureros europeos que llegados á Egipto miserables, merced á su industria ó su fortuna adquieren en poco tiempo colosales riquezas. El capitan Felleti me aseguró haber conocido á Ciccolani vendiendo fruta en las calles de Génova, conduciendo delante de sí un pequeño carro.

—Muy buenas manzanas vendia su excelencia, me dijo riendo el viejo marino, y yo se las compraba diariamente.

Pero hoy han cambiado tanto las cosas, que Felleti anda errante y pobre en este Egipto, donde Ciccolani es ya una potencia y donde no será difícil se truequen los papeles de tal suerte, que Felleti se vea obligado á arrastrar por las calles su carrito de fruta, y Ciccolani se llegue á él para comprarle manzanas. Pensando en esto el viejo marino se ponia demudado de cólera, y no podia convenir estuviese bien que Ciccolani fuese rico, siendo «tan canalla.» Lo que prueba que, aun los mejores republicanos como Felleti, se dejan llevar de ciertos humos aristocráticos, cuando se comparan con los individuos de las clases inferiores.

Mucho se teme, sin embargo, que Ciccolani quede un dia de nuevo en la miseria, porque habiéndose desposado con una jóven, siendo ya viejo, se ha vuelto un loco y hace gastos excesivos. Esta posibilidad de su ruina, deleitaba mucho al capitan, porque el buen viejo estaba poseido de negrísima envidia hácia su paisano.—

Pasado el calor del dia, regresamos al Cairo el capitan y yo, y nos detuvimos á descansar y oir la música en el hermosísimo jardin del Ezbekieh. Al declinar la tarde nos dirigimos al hotel, y llegada la noche fuimos á la ópera.

El teatro, aunque pequeño, es sumamente hermoso, formado por un edificio que da frente al Ezbekieh, aislado y rodeado asimismo por un jardin cercado con una verja de fierro. El interior del teatro es enteramente conforme al gusto italiano, que es el mejor de todos en mi concepto. Los palcos y las galerías se encuentran colocados en

una misma perpendicular; de manera que no hay balcones salientes como en Inglaterra y Francia, y por consiguiente no hay oscuridad, y luce bien la concurrencia. El alumbrado es espléndido, y las butacas del patio sumamente cómodas y lujosas, llenas de resortes y forradas de terciopelo carmesí. Los palcos que ocupan las mujeres del virey están velados por medio de una gasa blanca, de modo que quedan invisibles para la concurrencia.

La ópera es empresa particular del Khédive. De su cuenta vienen las mejores compañías de Europa, que él manda traer por deleite propio. Con el fin de hacer los menos gastos posibles, ha franqueado la entrada al público, pero los precios de ingreso á la ópera son exorbitantes, de modo que allí no van sino las personas pertenecientes á la clase acomodada. Sin embargo, como los extranjeros acaudalados abundan en el Cairo, el teatro se pone siempre de bote en bote, lo que no impide que el virey tenga que hacer grandes gastos de su bolsillo, pues sobre ser el teatro pequeño, el lujo que se despliega en el foro es superior á todo elogio.

Ví aquella noche el «Elixir de amor,» que fué perfectamente desempeñado por una excelente compañía italiana. Concluida la ópera siguió el baile, que fué la «Gioccoliera,» cuya música compuesta por Verdi, es jubilosa y arrebatadora. El cuerpo coreográfico era escogido, y las bailarinas de primer órden; de manera que aunque hàbia visto ya repetidas veces la «Gioccoliera» en Niza, me pareció que por primera vez la miraba, por la maestría con que fué desempeñada. Sobre todo, atónito me dejaron el lujo inmenso de las decoraciones y trages, y la grandiosidad del aparato. Los bosques que figuraban en la escena eran formados realmente de árboles y plantas, y las fuentes que ordinariamente se representan arrojando tiras de papel plateado en vez de agua, eran verdaderamente de mármol y arrojaban á torrentes el agua cristalina en hermosos juegos, que formaban mil cambiantes al reflejo de las innumerables luces que alumbraban el recinto.

CAPILLA ALFONSINA

Esta suntuosidad, enteramente oriental, no la ví jamás desplegada en ningun país de la Europa, ni en la opulenta Inglaterra, ni en la emprendedora Francia, ni en la artística Italia; verdad es que cuesta sumas enormes al virey, pues el déficit que resulta en la empresa, él lo cubre de su tesoro particular. Pero esto nada importa á Ismail-Pashá, que se siente feliz con semejantes espectáculos. Pues el Khédive, educado en Paris, ama con delirio la música europea, y no puede pasarse sin ella. Dícese asimismo que, aunque soberano, se fastidia soberanamente en Egipto, que encuentra el país demasiado soso, y que por esto protege tanto á los europeos y hace cambiar la faz á sus estados, pues,—se agrega,—de buen gana se rodearia de una Europa en miniatura.

Es esta tambien la razon por que los mahometanos fanáticos ponen el grito en el cielo y esperan de un momento á otro mirar caer sobre el Egipto otras siete plagas como las del tiempo de Faraon. La nacion, á pesar de los fanáticos, prospera y se civiliza, y los hechos dan el mejor testimonio en favor del Khédive y sus gustos. Porque sin duda ninguna, el trabajo europeo que el gobierno protege, ha dado vida al comercio, la industria y la ciencia en estas regiones.

Y es que la hora de la regeneracion del pueblo egipcio ha sonado ya en el reloj de la eternidad, y Dios quiere que aun los caprichos de los gobernantes contribuyan para la realizacion de su plan divino. Ismail-Pashá no hace mas que seguir el ejemplo que le dejó su abuelo el gran Mohammed-Alí, atrayendo la Europa á esta tierra para extender hasta las riberas del Nilo los beneficios de una civilizacion ya cumplida. De esta manera tambien, no solamente progresa materialmente el país, sino que se prepara á recibir nuevamente la luz del Evangelio, que en los primeros siglos del cristianismo brilló con sus mas puros resplandores, sobre sus hijos, que han servido y servirán por siempre de edificacion al género humano. Allí está, si no, la Tebaida, patria de santos, tierra feliz donde se practicaron eminentes virtudes con regocijo del cielo.

El Egipto, país clásico en cuyo cielo comenzó á brillar antes que en ningun otro, la aurora de la civilizacion, llegó á caer en la mas abyecta barbarie, y ha sido necesario el trascurso de muchos siglos para que haya venido un génio á decir á su pueblo aletargado: «¡alerta!» La humanidad se ha llenado de júbilo al ver levantarse de su tumba este gigante y glorioso Lázaro, que va desatando por su propia mano las ligaduras de la ignorancia y las preocupaciones que lo tenian inmóbil. Porque el prestigio de esta noble tierra fué tan grande en lo antiguo, que no han sido parte para eclipsarlo las desgracias de miles de años que han ido amontonando en ella ruinas sobre ruinas.

Los conquistadores de Egipto en todo tiempo, no han tenido otra mira que esquilmar las inmensas riquezas del país y embrutecer al pueblo por medio de la tiranía ó de la molicie, háyanse llamado griegos, romanos, vándalos, mamelucos ó sarracenos. Pero la Europa que hoy invade pacíficamente este suelo, tiene por mision providencial plantear en él la ilustracion, la grandeza y la prosperidad, para que la patria de los Faraones vuelva á ocupar el lugar que le corresponde á la cabeza de las naciones mas adelantadas. La historia debe escribir con caracteres de luz el nombre de Mohammed-Alí, macedonio ilustre que ha obrado la resurreccion de un pueblo, y la de su nieto Ibrahim-Pashá, que apartando á su paso los obstáculos del fanatismo musulmán que detuvieron á los sucesores de Mohammed, ha tenido bastante génio y audacia bastante para proseguir la gloriosa obra de su abuelo.

De este cambio efectuado en el Egipto debe congratularse sobre todo la verdad religiosa; porque las civilizaciones, siendo hijas de las ideas, son siempre religiosas en su expresion y en sus efectos. La civilizacion europea es fruto del cristianismo, y donde quiera que ella vaya tiene que engendrar hijos cristianos, por la naturaleza misma de las cosas. Las naciones infieles que la llaman, son grandes neófitos que sienten la necesidad de satisfacer los deseos de su alma, con el goce de la verdad augusta, y sin saberlo ellas mismas, de dia en dia se disponen para recibir el bautismo.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XII

CONTRATIEMPOS

Y SALIDA DEL CAIRO.

Enero 29 de 1873.

Entretanto que me consagraba de esta suerte á visitar los lugares notables y las cosas curiosas del Cairo y vecindades, é inspeccionaba monumentos, ruinas y costumbres, los obstáculos se atravesaban en mi camino, cerrándome el paso hácia la Palestina. Asuntos particulares de la mayor importancia me llamaron á Alexandría, exigiéndome imperiosamente pasar de allí á Europa.

Salí, pues, del Cairo poseido de profunda tristeza. Eran las dos de la tarde. Fortunato me acompañó hasta la estacion, y allí me despedí de él á la partida del tren. No hablé palabra durante la travesía. Las personas que iban en el mismo wagon que yo ocupaba, me parecian de siniestro semblante y desagradable aspecto. Pocos dias hacia que habia atravesado este camino, lleno de ilusiones y esperanzas; mientras hoy lo cruzaba desalentado y frio.

Es evidente que el Egipto es harto interesante, y merece por sí mismo un viaje; pero yo no me contentaba con haber conocido este país solamente. Cuando salí de Europa, me propuse «ir á la Palestina pasando por el Egipto;» de suerte que el Egipto no fué

para mí, en el plan de mi viaje, mas que un punto de tránsito, demasiado interesante, es cierto, pero no el objeto último de mi expedicion y mis deseos. Así es que al verme obligado á retroceder en mi camino, sentíame cruelmente burlado, porque esta tierra de los Faraones que habia conocido, era ya para mí el camino de la Tierra Santa. No llegar á Palestina, habiendo conocido el Egipto, era la confusion de mis ideas y el trastorno de todos mis planes.

Sin contar con el interes particular que ofrecia á mis ojos la antigua Canaan por haberse desenlazado allí el drama de la salvacion del mundo, bastaba para contristarme, la sola idea de que mis pensamientos no iban á realizarse, y de que la suerte me obligaba á obrar diferentemente á mis deseos.

Pensando en estas y otras desconsoladoras cosas, crucé, sin saberlo, el Nilo y las fértiles campiñas que la inundacion fecundiza, y recorrí las cuarenta leguas que separan el Cairo del principal puerto egipcio. A las ocho de la noche llegué á Alexandría, y, colérico y desesperado, monté en un coche y me dirigí á un hotel. Allí habria de pasar los dias que faltaban para la salida del próximo vapor con destino á Marsella, que seria á principios de Febrero.

Esperando desesperado que trascurriera el tiempo, pasaron el 30 y 31. Una idea fija me trabajaba el cerebro noche y dia: haber estado tan cerca de Palestina, y mirarme obligado á alejarme de ella repentinamente, y contra mi voluntad. ¡Cuántas veces habia ya gozado de antemano, pensando en la realizacion del propósito que me habia traido á las costas de Africa! Me habia soñado en la tierra de los hebreos, habia cruzado sus campos y visitado sus ciudades, y ni un momento se me habia ocurrido dudar sobre la realizacion de estos ensueños. Pero hé aquí que de improviso se abre en la senda que tenia por llana, un abismo insondable, el imposible; y me veo obligado á retroceder y tomar de nuevo el camino de Europa. Y la planta que tenia ya levantada para sentarla en los umbrales de la patria del Dios-Hombre, me es forzoso bajarla de nuevo para emprender re-

CAPILLA ALFONSINA

trógrada marcha hácia las profanas tierras que nunca vieron el semblante del Salvador, ni oyeron las palabras de su boca!

Mi amargura aumentaba todavía cuando me figuraba que Dios era quien me cerraba las puertas del místico país de sus amores y sus iras; y suspiraba con dolorosísimos suspiros cuando murmuraba en mi interior mi pensamiento: «Dios no quiere.» Esta frase terrible que resonaba en mi alma, era para mí reprobacion manifiesta. Mi espíritu se agitaba presa de sentimientos verdugos; y al mirar que la mano de Dios me rechazaba á la entrada de la patria de su Hijo, sentia glacial terror circular por mis venas. Y concluia por convencerme de que me era forzoso purificarme á manera de María, la pecadora egipciaca, para que la mano del Eterno no me impidiera arrodillarme ante el sepulcro del Cristo.

CAPITULO XIII

REGRESO AL CAIRO

Y SALIDA PARA SUEZ.

Febrero 1º de 1873.

COMENZABA apenas á salir el sol, cuando el mozo del hotel vino á dar fuertes golpes á la puerta de mi cuarto. Vestíme apresuradamente, y fuí á abrir preguntando qué era.

—Un telégrama del Cairo, me contesta el criado.

Rompí la cubierta y leí el telégrama. Me lo mandaba Mr. Pablo Dieu, banquero y fino amigo mio de la capital. Él tenia cartas para mí venidas de Europa, y me hacia saber que no era necesario ya mi regreso á Nápoles. Apenas podia dar crédito á lo que veia. Me sentí inundado de alegría. En un momento acomodé mis maletas, tomé un coche y me dirigí á la estacion. Naturalmente tuve necesidad de esperar largas horas antes de partir. A las dos de la tarde salí de Alexandría, de bellísimo humor, y envolviendo en amor el universo.

Grande como mi abatimiento habia sido, vino á ser mi regocijo. El dia anterior no abrigaba ni una ligera esperanza de que la suerte cambiase en favor mio. Y al mirar ahora que el camino ayer cerrado, estaba franco ya delante de mis pasos, exclamé en mi interior lleno de emocion, como los primeros cruzados: «Dios lo quiere.»

CAPILLA ALFONSINA

Atravesé por tercera vez la distancia que separa Alexandría del Cairo. Ahora volví á tomar interes en mirar el paisaje. Torné á ver con ilusion el Mareotis, y los canales por donde corre el agua del Nilo y los fértiles campos celebrados por la historia de todos los siglos. Habia salido del Cairo tres dias antes, cruzando este camino con el alma nublada, y ahora volvia á la capital de Egipto, mirando delante de mí un horizonte espléndido.

A las ocho de la noche llegué á mi destino. Fortunato, sabedor de mi regreso, me esperaba en la estacion, llevando un coche para conducirme al hotel. Volví á instalarme en el de «la Esfinge,» que mis lectores conocen, donde encontré antiguos compañeros de hospedaje, que me recibieron con gusto, y, sobre todo, al buen maese Béraud, que me hacia multitud de halagos y agasajos.

Dormí con el sueño de un justo la noche aquella, y á la mañana siguiente, tan luego como me desperté, mi primer pensamiento fué este: «Voy á conocer Jerusalen.»

Febrero 2 de 1873.

Fortunato vino á buscarme en la mañana de este dia, y me propuso servirme de dragoman en la Tierra Santa.

—¿Cómo quiere vd. servirme de guía en ese país que vd. no conoce? le pregunté.

—Perdon, Mr. Portiló, me contestó, yo conozco la Palestina tan bien como el Egipto, pues la he atravesado ocho veces por lo menos, de un extremo al otro.

—Entonces es otra cosa, proseguí. Para mí seria un verdadero gusto emprender este viaje en compañía de una persona conocida, pues así me estimaré menos abandonado en esa tierra. De manera que si pide vd. un precio moderado, podrá ser que admita su compañía.

Fortunato quedó pensando un rato, y al cabo me dijo:

—Déme vd. quince francos diarios durante el tiempo que dure el viaje, y yo me resolveré á abandonar mi familia por acompañar á vd., siempre que corran de cuenta de vd. todos mis gastos de viaje.

—De ninguna manera, le contesté; si no hay otro modo de arreglarnos, no será posible que venga vd. conmigo.

Fortunato reflexionó un momento, y agregó:

—Podemos hacer otra cosa. Déme vd. dos mil francos, y me comprometo á hacer conocer á vd. la Tierra Santa, haciendo yo toda especie de desembolsos.

—Es enorme, le contesté; la mitad me encuentro dispuesto á darle.

—Acepto la proposicion de vd., siempre que aumente vd. doscientos francos, haga los gastos de mar por su cuenta, como yo los haré por la mia, y consienta en que no incluyamos en nuestro itinerario, la Galilea ni la Samária.

—En buena hora, le dije, con tal que vd. se comprometa á alojarme en buenos hoteles, y hacerme caminar con comodidad y decencia. Si me resuelvo á hacer el viaje por la Galilea y la Samária, ya despues convendremos el precio.

—Muy bien, me contestó Fortunato lleno de gusto, voy á avisar á mi mujer. ¿Cuándo quiere vd. que partamos?

—Tengo pensado tomar el vapor austriaco que saldrá de Puerto-Said el ocho de este mes, pasando por el canal de Suez.

—Entonces, me dijo Fortunato, nos es preciso salir de aquí pasado mañana.

—Así es.

Antes que el dragoman se alejara, lo hice firmar al calce de una obligacion que escribí yo mismo, en donde quedaron consignados todos los puntos de nuestro contrato. Además de esto, le encargué que me comprara varias cosas indispensables para el camino.

Haciendo estos preparativos de viaje, pasaron dos dias.

CAPILLA ALFONSINA

Febrero 4 de 1873.

Salimos con direccion á Suez. Antes de pasar á la Tierra Santa, me pareció natural visitar el canal célebre, que es, á no dudarlo, la obra mas grande de nuestro siglo, y mucho mas cuando podia llenar este deseo sin desviarme de mi camino.

En el mismo wagon donde yo me hallaba, iba un inglés, jóven, de fisonomía enfermiza, muy alto y muy delgado. Desde el primer momento en que lo ví me inspiró interés este viajero, pues además de su aspecto doliente, tenia un exterior dulce y afable que prevenia en su favor.

Gran parte del camino recorrimos sin hablar palabra. Yo tenia deseo de entablar conversacion con el inglés, y él lo tenia de entablarla conmigo, á lo que yo conocia. Pero ninguno de los dos queria ser el primero en romper el silencio, detenidos por un puntillo de amor propio.

Por fin el inglés se resolvió á tomar la iniciativa, y me preguntó:

—Dispense vd., ¿cuántas estaciones hay de aquí á Ismailia?

Como yo llevaba mi guía, y además una carta del canal, pude satisfacer ámpliamente su pregunta.

De allí se extendió fácilmente la conversacion á otros puntos, y pasamos de una manera muy agradable el camino hasta Zagazig, adonde llegamos á la una de la tarde.

En Zagazig descendimos del wagon para almorzar, y á la una y media volvimos á ponernos en marcha.

El jóven inglés, teniéndome ya algo de mas confianza, me refirió en pocas palabras su historia. Se llamaba Roberto Smith, era médico y tenia veintiseis años de edad. Habia nacido en Liverpool, donde su padre tenia establecido un comercio al mayor, que le producia excelentes resultados. Recibido en Lóndres, donde hizo sus estudios, regresó á su ciudad natal lleno de esperanzas. Fué muy bien acogido, y en breve adquirió alta reputacion y numerosa clientela. Amó á una hermosa jóven y fué amado por ella. Próximo ya á casarse, al dia siguiente de un baile adonde habia concurrido, arrojó sangre del pecho. Poco tiempo despues se le declaró la tísis. En vano se pusieron á contribucion todos los recursos de la medicina, pues los facultativos en varias juntas declararon incurable su mal. Desesperado y moribundo, apeló entonces Smith á un recurso extremo, y salió de Inglaterra furtivamente, dejando una carta para sus padres y otra para su prometida, en que les daba parte de su viaje. Fué á la Nueva-Holanda á buscar bajo la influencia de aquel clima benéfico, la vida que se le escapaba. Ahora volvia ya á Inglaterra. Al dejar la Oceanía se habia encontrado fuerte y lleno de salud; pero apenas llegado á Egipto, volvió á aparecer su mal con mas vehemencia que nunca.

—Contaba, me decia Smith, con que volveria á ver á mis padres y á mi novia, pero he perdido la esperanza de realizar este ensueño.

—No se desconsuele vd., le dije, pues todavía está vd. bastante robusto para vivir muchos años.

—A vd. le parece, me contestó, pero en realidad no es así. Hace quince dias estaba mas fuerte que vd., y ahora puedo apenas tenerme en pié. Temo mucho morir en el mar, extenuado por la debilidad.

—Tenga vd. valor, y vd. resistirá la enfermedad; la moral influye mucho en estos casos. Pero dígame vd., continué, ¿por qué no se casó vd. á pesar de estar enfermo?

—Mi deber me lo prohibia, me contestó con cierto calor. Mi novia se empeñaba mas en casarse conmigo á medida que me veia mas enfermo; pero yo fuí bastante caballero para no consentir en hacer á una persona infeliz, arrastrándola en mi propia desgracia. Crea vd., lo único que deseo ahora es llegar á Liverpool, aun cuando sea espirante, para decir el adios postrero á mis padres y á ella.

Al decir esto, las lágrimas corrieron abundantemente de los ojos

CAPILLA ALFONSINA

del jóven, y un largo y doloroso acceso de tos sofocó en su garganta las últimas palabras. Y sea efecto de esta tos prolongada, ó bien de la conversacion que habia sostenido conmigo por espacio de media hora, el resultado fué que perdió la voz completamente. El ruido del tren me impedia oir lo que me decia, pues hablaba en secreto. Con mucho trabajo pude entender que iba á Ismailia, donde pasaria dos semanas, por ver si la temperatura de aquel lugar le era favorable, y que de todas maneras partiria para Inglaterra pasado ese tiempo.

Aquella historia y aquella escena me partieron el alma. No traté ni por un momento de disimular mi emocion, y supliqué al jóven no hablara mas, porque el esfuerzo que cada palabra le costaba, ocasionábale nuevos accesos de tos. Se conmovió visiblemente al notar el interés que por él me tomaba, y volvió á derramar nuevas lágrimas.

—Disimule vd. mi debilidad, me dijo hablándome al oido; pero desde que estoy enfermo, me he vuelto extraordinariamente sensible. Hace tanto tiempo además que no miro un rostro amigo, que al hallar que vd. me compadece, me he sentido profundamente conmovido.

Y luego, tomándome la mano y estrechándomela con fuerza, añadió:

—«I give you a thousand thanks, my friend!» (Doy á vd. mil gracias, amigo mio.)

Despues de esto, caimos los dos en profundo silencio durante hora y media. Yo no me apercibí de cuando el tren se detuvo en Abu-Ahmed, Tel-el-Kebir y Masama, que son las tres estaciones que se encuentran á continuacion de Zagazig.

Durante este tiempo, no cesé de pensar cosas tristes y desconsoladoras. Aquel jóven que estaba delante de mí, tenia todas las dotes personales que aprecia el mundo: era apuesto, inteligente y rico. Sus padres le amaban; su prometida lloraba su ausencia. El porvenir le habia abierto sus puertas para que entrara á gozar todas las dichas que hay en la tierra. Y sin embargo, este jóven habia visto la felicidad, y cuando iba á tocarla, se le habia escapado de entre las manos. ¡Horrible decepcion la de un alma que en un mismo instante se ve despeñada desde las alturas de la dicha hasta los abismos de la desgracia!

A las tres y media de la tarde llegó el tren á Ismailia. Allí nos separamos Smith y yo, con la esperanza de volver á vernos en Puerto-Said. Sin embargo, nunca he vuelto á encontrarme con este desgraciado jóven, ni á tener noticias suyas. Desapareció delante de mí en lo inmensurable de la distancia y en lo innumerable de la multitud. Al despedirme de él, le dije que tuviera ánimo, que estaba fuerte, que volveria á Inglaterra, y seria feliz en medio de los que amaba. Él me contestó tristemente y con voz entrecortada:

—Agradezco á vd. sus buenos deseos; pero mucho temo que no se cumplan. Desgraciadamente sé bastante de medicina para comprender que mi situacion es desesperada. Si esto continúa así, dentro de quince dias todo estará terminado. Adios, buen viaje, y sea vd. mas feliz que yo.

Y mordiendo su pañuelo para contener su llanto, y con la respiracion anhelante, se alejó trabajosamente del tren para entrar en la ciudad, haciéndome su último saludo.

Pocos momentos despues volvió el tren á ponerse en marcha. Otro caballero habia entrado en mi wagon; pero yo no le prestaba atencion alguna, sumido en mis reflexiones. ¿Qué será de ese pobre enfermo? ¿vivirá? ¿morirá? Haciame yo mismo estas preguntas, y cuando á ellas me contestaba: «es probable que muera,» me echaba en cara esta respuesta, como si yo hubiese dado una sentencia de muerte.

Entre Nefish y Suez, el camino de fierro cruza por en medio del desierto. Por donde quiera que se dirige la mirada, no se ve mas que el cielo y la inmensa sábana formada por la amarilla arena. El rodar del tren levanta un polvillo sutil que ciega y hace estornudar á menudo, como si se sorbiese rapé. Apenas estos fenómenos físicos me hacian prestar ligerísima atencion al panorama que me rodeaba.

CAPILLA ALFONSINA

De cuando en cuando, sin advertirlo apenas, se me escapaba un suspiro del pecho, y este era, amén de los ojos abiertos, la única señal de vida que yo daba, á lo que presumo.

—¿Está vd. enfermo, señor? me preguntó una voz en frances.

Era mi segundo compañero de viaje, personaje grueso, entrecano y colorado; el reverso del inglés que habia quedado en Ismailia.

—No señor, le contesté, solo que acabo de escuchar una triste historia, que me ha dejado profundamente conmovido.

Y como mi corazon estaba rebosante, y sentia necesidad de desahogarme, referí á mi compañero, cuanto acababa de escuchar de boca de Smith. El frances me escuchó atentamente, aunque sin dar la menor muestra de compasion, y cuando hube terminado, exclamó:

—¡Pobre diablo! ha errado diametralmente su camino; no es en Ismailia ni en Egipto donde los tísicos se restablecen.

—¿Cómo no? le pregunté; ¿no se goza en Egipto durante el invierno de un clima templado?

—No señor, no lo crea vd.

—Es que así me lo han asegurado varias personas.

—Tales personas no están bien informadas. Yo tengo mas de diez años de habitar Ismailia, y puedo hablar con conocimiento de causa. Durante los dias, aun en el invierno, hace calor á descubierto y frio en la sombra. Por las noches sopla siempre un aire helado. Además de esto, con frecuencia llega aquí el «Khamsin,» que arrastra nubes de polvo y arena, y cubre el cielo de un color sombrío y plomizo. El calor entonces es sofocante. Oscurecida la luz del sol, torbellinos inmensos ruedan por el espacio, subiendo y bajando, conforme al viento que los impele. Las personas mas sanas pueden entonces respirar apenas. Crea vd. que son terribles estas tempestades del Desierto. A las veces dura el «Khamsin» horas solamente, pero otras dias enteros. Dígame vd. si en un lugar sujeto á semejantes transiciones, es posible que un enfermo de tísis se restablezca. Por otra parte, lo mismo que digo de Ismailia, es aplicable á todo el Egipto.

La opinion del frances sobre la salubridad de la tierra de los Faraones, me pareció un tanto injusta y exagerada, pues recordaba haber encontrado en buenos libros, otra enteramente contraria. Sin embargo, el aplomo con que mi compañero me hablaba, me heló la sangre; así que con timidez me aventuré á preguntarle:

—Vd. cree, por lo tanto, que el mal de ese pobre jóven aumentará en Ismailia?

—Perfectamente, y aun digo mas. Si ese pobre diablo sube á la luna en busca de salud, no encontrará remedio. «Il crevera.»

Y diciendo esto se echó á reir descompasadamente.

Aquel lenguaje grosero, aquellos sentimientos groseros, y sobre todo, aquella risa grosera, me causaron profundo disgusto, y tomé el partido de volver á sumergirme en el silencio de que aquel hombre me habia sacado. Mil veces me arrepentí de haber referido aquella tristísima historia á un corazon duro y cruel, que la habia escuchado con indiferencia. Lo que me habia hecho mayor impresion sobre todo, era aquel horrible «él reventará» aplicado á Smith. Pensaba en que cualquiera otra frase que hubiese el frances empleado para expresar el mismo pensamiento, habria sido mas humana, y lo único que me servia de disculpa de mi ligereza, era recordar que yo habia errado tratando de comunicar mi propio sentimiento.

Así pasamos hasta el caer de la tarde sin articular palabra, yo fingiendo leer, pero en realidad siempre preocupado, y él durmiendo realmente, y roncando como un granadero. Poco antes de llegar á Suez, se despertó mi compañero, y volvió á entablar conversacion conmigo. Preguntóme si habia visto con atencion el Serapio, Faíd y Genefé, que eran las estaciones por donde acabábamos de pasar. Respondíle que las habia visto, pero sin fijarles la atencion.

—Es gran lástima, me contestó, porque en alguno de esos puntos hay cosas muy curiosas, que bien merecen ser observadas. De aquí en adelante me será preciso constituirme en «cicerone» de vd., y por lo mismo voy á ponerme vigilante contra el sueño.

CAPILLA ALFONSINA

Al principio contesté con gran disgusto á mi interlocutor, tratando de cortar la conversacion empezada; pero como él insistió en hablarme, y noté que era hombre de talento é instruccion, concluí por escuchar sus palabras de buena voluntad.

—Mire vd., me dijo, el canal de agua dulce que va á Ismailia, y que próximamente estará concluido. Cuando esta obra sea terminada, Ismailia progresará instantáneamente y como por encanto. Ahora el camino de fierro que, como vd. lo ve, atraviesa el Desierto, ofrece grandes inconvenientes, siendo el mayor de todos, la absoluta carencia de agua durante todo lo largo del tránsito. Como el agua es el elemento indispensable para que la locomotora funcione, de aquí resulta que no pocas veces se queda un tren á la mitad de su camino, por falta de vapor que haga que la máquina éntre en movimiento. La manera de suplir este inconveniente es la de agregar algunos wagones cargados de agua, á los de pasajeros y carga; pero esto aumenta mucho el peso de los trenes, y las marchas se hacen mas lentas, á no ser que se gaste mucho fuego. Este canal de agua dulce, que seguirá por todas partes la vía férrea, remediará todos esos inconvenientes, y producirá considerable economía. Mire vd. el canal, repitió apuntando con el dedo.

En efecto, á poca distancia del camino de fierro, corria el canal. Sobre él cruzaban algunas barcas, arrastradas por medio de cuerdas que algunos hombres tiraban desde la orilla. Esta manera de hacer avanzar las embarcaciones, es sumamente comun en Egipto. Los viajes á Tébas y Luqsor en la parte meridional del país, se hacen generalmente de esta suerte. Sin embargo, no por esto vaya á creerse que la navegacion se encuentra así atrasada; pues además de esta manera de caminar sobre el agua, se hace uso tambien de los remos y del vapor. Es un rasgo típico del país.

—Cuando yo llegué á Ismailia, continuó el frances, á principios de 62, no habia allí mas que el Desierto. Mr. de Lesseps habitaba bajo una tienda, y yo levanté la mia al lado de la suya.

—Segun eso, le dije, Ismailia es una poblacion que apenas se está formando.

—No señor, me contestó, Ismailia se formó ya, llegó á su apogeo, y ahora está decayendo.

—¿Cómo es eso? le pregunté, ¿ha podido nacer, llegar á su apogeo y decaer en siete años?

—Como vd. lo oye.

—Pues es curioso.

—En Abril de 66, viviendo yo en una tienda al lado de la de Mr. de Lesseps, ví poner la primera piedra de Ismailia. En esos dias estaba ausente el gran ingeniero, y no pudo presidir la ceremonia; pero lo reemplazó el conde de Sala. Se dijo una misa solemne en la cual se pidió la bendicion de Dios sobre la ciudad en gérmen. El Estado Mayor del Istmo, vestido de gala, asistió á ella. Como entonces Napoleon engañaba todavía al mundo con su fantasma de poder, tres veces fué repetido el «Domine salvum fac imperatorem,» con gran devocion de los circunstantes. Tal ceremonia, celebrada en ese sitio, tenia mucho de solemne y tierno. Una ciudad iba á nacer en medio del Desierto, como por un capricho soberbio de los hombres. La consagracion de su primera piedra, recordaba la Francia, de la que eran hijos los fundadores, y despertaba vivo interes en favor del Egipto renaciente. La piedra bendita fué colocada en un lugar donde flotaban unidas las banderas egipcia y francesa, precioso símbolo de fraternidad entre dos pueblos dispuestos, el uno á enseñar y á aprender el otro.

—Magnífica escena, en efecto, exclamé entusiasmado.

—Nunca olvidaré, continuó mi interlocutor, el dia solemne en que asistí al nacimiento de una ciudad que con el tiempo será famosa. Crea vd. que amo á Ismailia como á un niño en cuyo bautismo se ha estado presente, y á quien se ha visto entrar poco á poco en la vida.

—Pero, conforme á lo que vd. me dijo un poco antes, le interrumpí yo, en vez de aumentar Ismailia, ha disminuido.

CAPILLA ALFONSINA

—Entendámonos, me contestó, mucho ha disminuido, si se compara lo que hoy es, con lo que era durante el tiempo de la apertura del canal, época en que llegó al zenit de su esplendor. Entonces habia allí multitud innumerable de habitantes, y la ciudad brotó de un momento á otro, improvisada, es cierto, y de madera en su mayor parte, pero imponente y grandiosa, como las maravillosas ciudades mercantes é industriales que á cada paso nacen ya magníficas en la América del Norte. Pero vd. comprende que la muchedumbre que en ella entonces se aglomeraba, era esencialmente transitoria, pues solamente vivia allí á causa del gran acontecimiento que iba á cumplirse. Realizada la maravilla, saciada la curiosidad de los viajeros, y cesado que hubieron las faenas de los trabajadores, se vió lo que habia de poblacion fija; y si á la de fines del año de 70, se compara la que hay ahora, se ve que Ismailia en realidad ha progresado. Hoy tiene seis mil habitantes, y hecha la apertura del Istmo, tenia solo tres mil escasamente.

—Y ¿cree vd. que Ismailia pueda prosperar á pesar de Suez, que es el escalon natural para los buques á la entrada y la salida del Mar Rojo?

—Ya se ve que lo creo. Suez será siempre interesante como punto de estacion para las embarcaciones que van al Mar Rojo ó á las Indias, ó que vuelvan de allá; pero Ismailia no podrá menos de serlo, como puerto que ocupa el centro del Alto Egipto, cerca del Cairo, ofreciendo un medio fácil de exportacion para todos los productos de esta parte del país, colocado á la mitad del canal, y mereciendo justamente el nombre de capital suya. No está lejano el dia en que los muelles de Ismailia se vean poblados de inmenso gentío de todos los países del mundo, y llenos de almacenes, donde se acumularán los tesoros de la Europa y la América por el Mediterráneo, y los de la India, la China y la Australia por el Mar Rojo y el Océano.

Despues de un momento de silencio, continuó señalando con la mano un punto en el horizonte:

—Allí tiene vd. el famoso canal de Suez.

—¿Dónde? le pregunté, sin poder distinguir el punto que me mostraba.

—En esta direccion, mire vd. las velas de las barcas.

En efecto, con emocion comprendí que allí estaba el canal. No pude mirarlo por el momento, porque montecillos de tierra que se alzan en el sentido de su longitud, me lo estorbaron; pero veia las velas de las barcas que lo cruzaban.

Al ejecutarse los trabajos, fué colocada por un lado y otro del canal, la arena que se extrajo al abrirlo. Esta arena, que forma un cordon de pequeñas eminencias, me daba á conocer la direccion del canal, aunque no me dejaba ver las aguas.

Las blancas velas que se levantaban por encima de estos artificiales montecillos, y que lentamente avanzaban, me sugerian la fantástica idea de que las barcas caminaban sobre la tierra, á modo de los peces que salidos á la ribera desnuda, agitan convulsivamente su cuerpo, sacudiendo la cola.

Una hora despues llegamos á Suez, y eran las ocho de la noche. A falta de resolucion anterior, dejéme conducir por mi compañero de wagon, que me llevó al «Hotel de Francia,» donde los aposentos son malos, y la mesa buena.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO XIV

SUEZ.

Nuestro primer pensamiento al instalarnos en el hotel, fué tomar algun refrigerio, porque nos sentiamos en extremo necesitados. Muy á poco estuvo servida la mesa. Durante la comida seguimos conversando el frances y yo.

Díjome que se llamaba Silva, y era hijo de español, y cónsul de España en Ismailia. En el curso de la conversacion agregó que habia pasado seis años en México.

—Gran casualidad, le dije, pues yo soy mexicano.

—¡Cómo! exclamó, ¡es vd. mexicano! A haberlo sabido antes hubiéramos hablado español; pero yo estaba en la creencia de que era vd. italiano. Mucho me alegro de haberme encontrado con vd., continuó en español correcto. Tengo del país de vd. muchos recuerdos; mi mujer es mexicana.

—¡Ah! le dije, creo que la señora de vd. y yo somos las únicas personas de esta nacionalidad que hay en todo Egipto.

—Sin duda ninguna, me respondió riendo, estoy seguro de que si busca vd. otro con una candela, no podrá hallarlo. En el tiempo

que he pasado aquí, es vd. el primer mexicano con quien me encuentro; los compatriotas de vd. son poco amantes de viajes.

—Los jóvenes de la capital suelen venir á Europa; pero generalmente se estacionan en Paris ó Lóndres, seducidos por los placeres que ofrecen esas grandes ciudades.

—Pero pocos ven en los viajes un medio de instruirse.

—No señor; nuestra juventud es estudiosa y observadora, y viaja deseando ilustrarse. La mayor parte de la gente no se mueve por falta de recursos. Muchos capitalistas no se resuelven á conocer el mundo, por no hacer gastos. Prefieren pasar la vida haciendo economías y prestando al agio, á visitar tierras extranjeras, donde se hacen solo desembolsos.

—Pero es gran torpeza, porque un hombre de negocios, viajando, mucho se ilustra; se apodera de las industrias extranjeras; aprende el modo de manejar con provecho los capitales sin necesidad de recurrir á la usura, y puede esperar que á su regreso á su patria, con las lecciones recibidas, podrá hacer sus intereses mucho mas productivos. De esta manera se obtiene larga recompensa de los gastos del viaje, y se hace bien á la patria. Y esto sin contar, amigo mio, con que en México,—perdone vd. que lo diga,—hay infinidad de capitalistas ignorantes, que escriben «recibí» con «v,» y no saben cuáles son los cuatro puntos cardinales del globo; á los cuales vendria como de molde un viajecito, aunque no fuera sino como un curso de geografía práctica.

Aunque mi amor propio de mexicano se sintió herido á causa de este discurso, no pude menos de confesarme interiormente, que envolvia verdades como templos.

—¡Qué quiere vd., señor! contesté, el amor mal entendido al dinero, precisa á hacer los mayores absurdos. Por otra parte, creo que este defecto no es peculiar solamente á los capitalistas de México, sino comun á todos los del globo.

Me contestó que sí, y yo quedé contento por haber universaliza-

CAPILLA ALFONSINA

do la sátira, por exceso de amor á mis compatriotas; pues sabido es que la necedad y el egoismo humanos, miran como menos grandes los males que pesan sobre muchos.—

Terminada la comida, tomé en compañía de Silva el camino de un café cercano. Allí habia cuatro franceses ingenieros, empleados en las constantes obras de reparacion del canal. Silva y ellos jugaron billar, y yo me entretuve leyendo en un periódico los pormenores de la muerte de Napoleon III.

Los ingenieros franceses que jugaban con Silva, hablaron mucho y largamente sobre el canal. En su concepto, aquella obra gigantesca era un absurdo, y se complacieron en cargarla de defectos, alegando razones que yo no pude apreciar por ser profano en la materia. De todas maneras, las invectivas que lanzaron contra Mr. de Lesseps, me llenaron de indignacion, porque este frances célebre está suficientemente juzgado y venerado por el mundo científico; aunque por otra parte tales invectivas no me escandalizaron, porque estoy ya bastante acostumbrado á oir otras mayores. Porque quien ha oido blasfemar de Dios en el mundo, no puede escandalizarse de que se blasfeme en Suez de Mr. de Lesseps.

Febrero 5 de 1873.

La mañana siguiente me levanté al rayar el dia para ver el Mar Rojo antes que bajara la marea. Suez se encuentra precisamente á la extremidad Este del Mar Rojo, y en la parte mas estrecha del golfo. Hácia el sur se extiende la inmensa llanura de las aguas, á cuyos bordes se asientan Djedda, Yambo y Aden, donde el Evangelio ha comenzado á derramar sus luces. Ibrahim-Pashá cruzó este piélago en 1816, en los albores de su gloria militar, cuando recibió de su padre el gran Mohammed-Alí, la doble mision de libertar la Arabia de la tiranía de los uahabitas y de vengar á su hermano Tussum, burlado por esos guerreros salvajes. Despues de dos años de ruda

campaña, ganó Ibrahim palmo á palmo el terreno enemigo, tomó por asalto Deriyeh, su capital poderosa, é hizo prisionero al emir uahabita. Este desgraciado emir, puesto en manos del sultán de Constantinopla, fué paseado montado en un asno durante tres dias por las calles de la gran ciudad, y decapitado al cabo de ellos. La Meca y Medina, estas dos ciudades santas de los mahometanos, libres y restituidas al poder de la Sublime Puerta, fueron los resultados gloriosos de esta expedicion por siempre célebre en los anales del Islamismo.—

En esta hora temprana del dia, el Mar Rojo habia llegado á su mayor altura. Las playas estaban totalmente inundadas, y un camino sumamente estrecho quedaba apenas entre las últimas casas de la ciudad y el borde de las aguas.

Mi dragoman me invitó para que subiéramos al terrado del convento de franciscanos, que se encuentra á la orilla del mar. Admití gustoso, pues esto me proporcionaba manera de gozar mas á mi sabor del magnífico espectáculo.

El superior del convento era conocido de Fortunato de larga fecha atrás, y nos recibió muy bien. Comenzó por hacernos recorrer el edificio que es pequeño, pero muy limpio y alegre. Terminada la visita nos condujo á una sala donde dispuso se nos sirviera el café. Durante el tiempo que gastamos en tomarlo, supe cuál era el orígen de la amistad entre Fortunato y el superior. Este fraile fué el primer misionero católico que llegó á Djedda, donde por acaso se encontraba entonces Fortunato, que habia ido á ese lugar á vender varios artículos de contrabando. El religioso, exponiendo su vida al furor de aquellos bárbaros, comenzó á evangelizar al pueblo, y bien pronto tuvo una docena de neófitos. En tales circunstancias Fortunato, vestido con el trage nacional del país, no tuvo inconveniente en prestar sus servicios al fraile en la celebracion de las misas y bautismos, desempeñando el papel de ayudante y sacristan.—

Pasada media hora, con bastante franqueza manifesté al superior

CAPILLA ALFONSINA

mis deseos de subir á la azotea del convento. Recibió mi pretension con la mayor complacencia, y no solo nos permitió cumplir nuestro deseo, sino que vino con nosotros. Una vez en el terrado, gocé de un hermoso y majestuoso espectáculo. A mi derecha, mi vista se sumergia en las inmensidades del Mar Rojo; á mi izquierda se dibujaba el canal como línea brillante en medio de la tierra; á mi frente se extendia el Asia Desierta cerrando el horizonte con pequeñas montañas; á mi espalda se prolongaba como el Océano, la superficie amarillenta del Desierto de Egipto.

Dos pensamientos en aquel instante me preocupaban. El primero era el de pasar en un instante al otro lado del mar, para pisar de una vez tierra de Asia; y el segundo, el de encontrar el sitio por donde los hebreos, grande familia consagrada á Dios y fecundada en el destierro, pasaron por un camino seco en medio de las aguas suspendidas como muros de cristal, con sus camellos, sus rebaños sus niños y sus ancianos padres. Parece que el superior adivinó mis pensamientos, porque luego me dijo:

—¿Cuánto vamos á que en este momento recuerda vd. el paso del Mar Rojo?

—Naturalmente, le contesté, pues no es posible haya quien venga á este sitio, y no recuerde ese grande hecho.

—En efecto, es así.

—Dígame vd., padre, continué, ¿por dónde cree vd. que los hebreos hayan cruzado? Vd. que se halla aquí establecido desde hace años, debe estar bien instruido en los puntos de historia concernientes á estos lugares.

—He tratado, en efecto, de estudiar esa cuestion interesante; pero debo confesar que hasta ahora no he podido adquirir ciencia cierta sobre la materia.

—A lo que he oido decir, el caso es difícil de resolverse, por la generalidad de los términos en que la historia se explica.

—Aquí tiene vd. la dificultad. Porque lo único que sabemos por

indudable es, que el pueblo hebreo atravesó á pié enjuto por en medio de las aguas del Mar Rojo. Averiguar por dónde pasó, cuando no se cuenta con ningun dato, es punto naturalmente sujeto á conjeturas.

—Vd. cuando menos tendrá alguna opinion formada sobre esto.

—Naturalmente, y he formado mi opinion particular, comparando las de los otros; solo que soy el primero en negarme la infalibilidad. Lo que me parece verosímil, puede otro encontrarlo absurdo.

—Es de cajon; ¿tendrá vd. la bondad de decirme su parecer sobre esto?

—Con mucho gusto; pero no olvide vd. que no tengo ningunas pretensiones.

—Quedo entendido en ello.

—Ante todo, sírvase vd. mirar de este lado, allá en el fondo del mar, á la izquierda. ¿Qué distingue vd?

—Percibo los contornos indecisos de una montaña.

—Esa montaña es el Sinaí; vd. alcanza á verlo ahora porque el cielo está despejado; pero en habiendo alguna bruma, se pierde en el horizonte.

Al oir el nombre del Sinaí, sentí violenta emocion que vino á poner en tumulto mis ideas y sentimientos. Allí, en aquella cumbre que se dibujaba en lontananza, dió Dios á su pueblo, sus mandamientos, en medio de los clamores tremendos de la naturaleza; y allí tambien, ante la faz resplandeciente de un ángel, Moisés perdió el sentido, grande entre los hombres, pero miserable y frágil ante la gloria del Eterno.

El fraile prosiguió alargándome un pequeño anteojo marino, que sacó del fondo de una de sus anchas mangas:

—Ahora mire vd. la fuente de Moisés. ¿Ve vd. el Desierto antes de llegar al Sinaí?

—Lo veo.

—¿Percibe vd. un punto oscuro en medio de esa superficie de arena?

CAPILLA ALFONSINA

Despues de un momento de medir la fuerza del anteojo, y de buscar atentamente, respondí:

—Lo percibo.

—Allí está la fuente que hizo brotar Moisés, cuando su pueblo moria de sed, y no tenia agua con que saciarla.

Sentí que el corazon me dió un vuelco.

—Esa fuente, continuó el franciscano, es la admiracion de los sabios. Yo la he visitado, y aseguro á vd. es majestuoso y solemne, mirar cómo brota espumante de una roca el agua cristalina, en medio de la inmensidad árida y lúgubre del Desierto. El agua no tiene una calidad muy buena; pero puede beberse sin disgusto, y tras la fatiga y el calor del camino, el paladar la encuentra néctar delicioso. Los viajeros que van á visitar la fuente, beben de ella, así como las caravanas que cruzan la Arabia. La industria moderna ha aprovechado ese manantial, para hacer al suelo producir en beneficio del hombre. Así es que en la actualidad un frances tiene allí establecido un elegante hotel, rodeado de un precioso huerto, que la fuente riega. En él se siembra toda especie de hortaliza, que prospera de un modo admirable. Ese huerto surte á Suez de las legumbres que aquí se consumen, pues como vd. ve, los alrededores de este pueblo no producen ni ortiga.

Aquella relacion me exaltó el cerebro, y con la mente me trasporté hasta la fuente misma, deseando ardientemente verla de cerca, pues no me satisfacia mirarla con anteojo desde aquella distancia.

—Y diga vd., padre, ¿cuánto tiempo se ha menester para ir hasta ese sitio?

—No se necesita mucho: excursion es esa que se hace en un dia de ida y vuelta, mitad por agua y mitad en camello.

Yo suspiré de pesadumbre, porque comprendí que me seria imposible hacer aun este pequeño viaje. Debia partir para Jaffa por el próximo vapor, y apenas tenia tiempo necesario para llegar á Puerto-Said donde iba á embarcarme.

—Y bien, dije al padre saliendo de mi reflexion, he visto el Sinaí y la fuente de Moisés.

—He hecho á vd. fijarse en estos puntos, para que mejor pueda entenderme lo que voy á decirle. Dos son las opiniones principales de que tengo noticia acerca del lugar por donde los israelitas hayan atravesado el Mar Rojo. La primera es la siguiente: Estando la fuente de Moisés y el Sinaí por esta parte, se dice que por aquí deben haber cruzado; pues se sabe por la historia de una manera evidente, que pasaron ellos por esos sitios. Esto á primera vista parece convincente.

—En efecto.

—Pero se objeta y con razon, que la mar por aquí es muy ancha, de tal suerte, que hubiera sido materialmente imposible que un pueblo numeroso como el hebreo, hubiera podido atravesarla en una noche, y mas cuando caminaba con sus rebaños, sus ancianos y sus niños.

—No habia reparado en ello; pero en efecto, la dificultad es grande.

—La otra opinion es esta. El paso se ejecutó por una direccion contraria, esto es, por la parte que está á nuestra izquierda. Entre Suez é Ismailia hay unos lagos llamados Amargos por la calidad de sus aguas. Estos lagos se dice formaron en lo antiguo parte del Mar Rojo, y por allí fué por donde el pueblo de Dios pasó al Asia por un camino seco. Yo soy de esta opinion. Admitiéndola, se explican muchas dificultades. La distancia que separa allí el Africa del Asia es de tal manera corta, que se concibe que todo un pueblo, aunque numeroso y obligado á caminar lentamente, pudiera pasar de un lado á otro en el espacio de una noche. En caso de que Ménfis haya sido la capital del imperio de los Faraones, como es generalmente creido, los Lagos Amargos presentaban camino mas corto para dejar el Egipto, que las riberas meridionales del Mar Rojo. Admitiendo que el pueblo hebreo haya pasado por esos lagos, se comprende fácilmente por qué razon tardó mas de dos meses en llegar al punto donde Moisés

CAPILLA ALFONSINA

hizo brotar la milagrosa fuente, y al Sinaí, donde la familia israelita recibió la ley; mientras que admitiendo haya pasado el pueblo por la otra parte, no se explica cómo pudo hacer tan largo tiempo de peregrinacion hasta llegar al Sinaí, siendo que en la actualidad, á partir de las riberas del mar hasta el monte, un hombre á pié, y caminando despacio, en menos de un mes se daria cuenta de la distancia y las caravanas en cinco dias la traspasan.

—Muy cierto, dije yo convencido de la exactitud de la reflexion.

—Digo, pues, continuó el superior, que en mi concepto los hebreos atravesaron el Mar Rojo por la parte que hoy ocupan los Lagos Amargos. De esta manera entiendo que hayan podido trascurrir cuarenta años antes de su llegada á la tierra prometida. Porque si se piensa en que desde los Lagos Amargos tuvieron que caminar hácia el sur hasta llegar al Sinaí, subir de allí hasta el desierto de Tzim, retroceder hasta mas abajo del monte Hor, y luego subir hasta el Nebo para entrar en Canaan, arriba del extremo Norte del Mar Muerto; se comprende que hayan podido emplear tan largo espacio de tiempo, en recorrer esa larguísima y pesada distancia. Estas consideraciones se hacen tanto mas atendibles cuanto mas se reflexiona en las circunstancias excepcionales en que se encontraba el pueblo hebreo, que era tardo en su marcha, avanzaba y retrocedia con frecuencia, se paraba á menudo, y era indisciplinado é indócil, atrayendo por esto á cada paso sobre sí los castigos de Dios.

—Si he de hablar á vd. con franqueza, padre, juzgo que la opinion que vd. sigue es la única que anda acertada, exclamé yo cuando el superior hubo terminado de hablar. Estoy bien lejos de ser fuerte en achaques de historia y geografía sagradas; pero las razones que vd. ha expuesto, me parecen convincentes de tal suerte, que mi sentido comun se pronuncia en favor de ellas.

—Vd. se precipita, señor, vd. se precipita en su juicio, me dijo el padre, riendo á causa de la satisfaccion que le producian mis elogios—porque nunca muere la vanidad del todo, aun en las almas mas humildes;—en estas materias se debe proceder con sumo reposo para descubrir la verdad. Acaso escuche vd. hablar á otra persona, ó lea vd. un libro cuya opinion le parezca mas verosímil que la mia.

—No me parece que sea posible; pero por no herir la susceptibilidad de vd. y su modestia, prometo á vd. reflexionar imparcialmente sobre el particular.

Con estas y otras pláticas dimos punto al curso histórico-geográfico que habiamos emprendido al aire libre en el terrado, y descendimos á la sala, donde fumamos algunos cigarrillos. A poco nos despedimos Fortunato y yo del religioso, no sin expresarle nuestro profundo reconocimiento á causa de sus bondades. El tiempo habia pasado volando, pues eran ya las once del dia, razon por que nos dirigimos al hotel para tomar el almuerzo.

Cuando salimos del convento, encontramos que la marea bajaba rápidamente. Las barcas de la orilla, que yo habia visto flotar sobre el mar en la mañana, estaban ahora en seco sobre la mojada arena. Las aguas se habian retirado como una milla lejos del límite que habian alcanzado en su crecimiento. Naturalmente aquella escena me trajo á la memoria el dicho de los filósofos que tratan de explicar el paso de los hebreos al través del Mar Rojo, por esta pronunciada marea.

Esa pretendida explicacion alucina en el primer momento; pero si se reflexiona un poco, muy luego es encontrada absurda. Porque la marea baja de un modo sorprendente en el Mar Rojo; pero sucede así, porque el lecho de las aguas no tiene gran profundidad sino á respetable distancia de la playa. De manera que el flujo y el reflujo exagerados que se miran, son mas apariencia que realidad, puesto que el fondo que queda descubierto, es el que está como quien dice á flor de agua, y que si el lecho fuera profundo cerca de la playa, se veria que la marea baja muy poco mas que en las otras playas del mundo. La razon del mayor descenso y ascenso de las aguas en el Mar Rojo, es muy obvia en mi concepto. El inmenso caudal de

CAPILLA ALFONSINA

agua del Océano Índico, que afluye en el Mar Rojo, se encuentra aquí estrechado dentro de una especie de canal demasiado angosto. De donde, por una razon física, resulta que el flujo y reflujo de las aguas viene á hacerse extremadamente sensible, á causa de la misma estrechez de este mar. No de otra manera en los vasos capilares se efectúa de modo tan notable el aumento ó diminucion del nivel del líquido interior, causado por una gota de mas ó de menos, ó por la expansion causada por el calórico; observacion que sirve de base al sabio sistema de los termómetros. En todo caso, los ingleses pueden dar testimonio con los gigantescos muelles y malecones de su mejor puerto, de que la marea de Liverpool no le va en zaga á la del Mar Rojo.

La explicacion á que aludo, es buena tal vez para quien no conoce este mar sino de nombre. Pero yo que lo he visto, así como su flujo y reflujo tan famosos, doy testimonio de que, en el máximun de su descenso, queda entre Ásia y África el verdadero mar, con su abismo correspondiente.

Por otra parte, cuando los hebreos pasaron por un camino seco en medio del mar, no se retiraron las aguas, sino que «se dividieron, quedando como un muro á diestra y siniestra.» Ahora queda á los físicos explicar «físicamente,» cómo las aguas, elemento por excelencia movedizo, y que tiende á ponerse en equilibrio, pudieron quedar suspensas como sólidas murallas por ambos lados del camino. Si se niega este hecho, no hay razon para creer que el paso de los hebreos por el mar es cosa cierta, y es absurdo por lo mismo buscarle explicaciones, por «físicas» que sean. Porque es ilógico admitir la autoridad del libro de Moisés en un punto y desecharla en otro. Hombres de ciencia que ayer no existiais, ¿os atreveis á negar á Dios la potencia de suspender las aguas? ¡Y sin embargo, haberos sacado de la nada, fué obra mas difícil!

La razon moderna ha jurado guerra á muerte á los milagros, y trata de explicarlo todo por medio de la naturaleza; y cuando reducida á sus últimos atrincheramientos reconoce su impotencia para hallar el por qué de una maravilla, la niega, como si pudiese destruirla, con negarla. Es la espada de Alexandro rompiendo el nudo que no puede desatar. El desconocimiento de la accion directa de Dios en los acontecimientos del mundo, es la rebelion de la criatura contra el Criador, es la repercusion del grito insensato de Luzbel que nada quiere admitir que superior le sea, y se siente herido en su loca soberbia cuando se le dice: «¿quién como Dios?»—

A las doce salimos Fortunato y yo del hotel nuevamente. A la orilla del mar tomamos unos asnos, y montando sobre ellos nos dirigimos al puerto de Suez. El puerto está unido á la poblacion por medio de un terraplen angosto, que tiene mas de una milla de largo. Por esta tira de tierra van los rieles de un camino de fierro, que se extiende hasta el borde del «dock de carena.» Cuando llegué al puerto, me sentí sorprendido al mirar que allí la tierra firme se ensancha en forma de cuadrilongo de dimensiones bastante considerables. Esta especie de península ha sido formada en su mayor parte por el trabajo del hombre, pues antes no existia aquí sino un banco cenagoso, que quedaba á descubierto cuando bajaba la marea, y oculto cuando subia. En esta península artificial, que á trechos amenaza hundirse abriéndose el suelo en profundas grietas, hay ya un caserío bastante considerable. Es posible que andando el tiempo, el pueblo entero de Suez venga á trasladarse á este débil suelo, que puede ser fácilmente aumentado hácia el oeste.

Frente al puerto, y partiendo de la ribera de Ásia, se desprende con direccion á Suez una gigantesca escollera, destinada á contener el ímpetu del mar en defensa de la entrada del canal. La rada se extiende al poniente, encerrada entre las riberas africanas y la lengua de tierra que une el puerto á la poblacion de Suez. La península contiene lo siguiente: Al sur, un espacioso «dock» de carena, obra de Mr. Eleazar Dussaud, construido en 1866, y que valió á su autor el grado de bey de parte del Khédive, y la cruz de

CAPILLA ALFONSINA

la legion de honor de parte del gobierno frances. Junto al «dock» y á la extremidad oeste de la península, hay otro no menos grande, aunque no tan bien construido. El tren del camino de fierro viene á detenerse en medio de estos dos sitios de seguridad para las embarcaciones, y las mercancías son trasportadas con suma facilidad de los wagones á los buques, sin mas trabajo que el de llevarlas rodando corto trecho.

A la extremidad norte de la península se encuentra la dársena de la compañía, que es asimismo una construccion magnífica.

Mírase desde aquí la entrada del canal marítimo, y boyas colocadas en el agua de trecho en trecho, anuncian cuál es su direccion. Frente á la dársena se encuentra el campamento de la cuarentena, colocado en una ensenada. Al oriente se perciben las formas indecisas de las montañas de Siria. Al poniente está el canal de agua dulce, y la poblacion de Suez se agrupa al pié del monte de Attaka. Al sureste se extiende el desierto de Ásia que cruzaron los hebreos.

Dos horas pasé visitando el puerto. Indecible complacencia experimentaba al mirarme en estos sitios. Mi vista se sumergia en las profundidades del lejano horizonte, adonde iban á confundirse con el cielo las aguas del golfo Heroopolites. Pensaba en las grandezas de la antigüedad y en la histórica celebridad del Mar Rojo en medio de cuyas aguas me encontraba.

Egipto ha sido en todos tiempos comerciante. Su feliz posicion en medio de dos mares lo ha impulsado naturalmente por este camino. Los Faraones lo comprendieron los primeros, y los numerosos canales que ellos abrieron en el país en todas direcciones, tenian el doble objeto de establecer cómodas comunicaciones interiores, y facilitar el trasporte de los productos egipcios á los puertos marítimos.

Danao llevó á la Grecia todavía bárbara, el arte de la navegacion y el comercio. Algun tiempo despues, Sesostris su hermano, párte con dos ejércitos á conquistar el Ásia. Mientras este príncipe somete

esa parte del mundo, su flota se apodera de los puertos del golfo Arábigo y penetra en el Océano Índico. De esa época remota data el establecimiento del comercio egipcio.

Bajo el reinado de Neco, los egipcios armaron una flota en Suez, y dieron la vuelta al continente africano; solo que los tres años invertidos en este viaje, y los muchos peligros inherentes á él, los determinaron á no aprovecharse de la nueva ruta, y á limitarse á la navegacion del Mediterráneo y el oceano Índico. En este momento, la marina de Egipto fué la mas poderosa de la tierra, y este país el mas comerciante del mundo.

En esas épocas atrasadas, el hambre solia asolar frecuentemente á las naciones, y á Egipto venian las flotas á abastecerse de los artículos indispensables para la vida. Hé aquí la razon por qué desde muy antiguo se ha dado á este país el nombre de granero del mundo.

Bajo los persas languideció el comercio egipcio; pero se despertó en tiempo de los Tolomeos, que hicieron de la brillante Alexandría el emporio del orbe.

Sometido Egipto al yugo romano, los señores del universo se apoderaron de su comercio, y en gran parte con él se enriquecieron. Ellos llevaron á Roma por el Mar Rojo, las perlas, los diamantes y las telas de algodon y seda de los países orientales. Augusto fué el primer romano que se engalanó con estas telas.

Los califas dejaron languidecer el comercio egipcio, porque el celo de los primeros mahometanos veia con horror la Europa, tierra de cristianos. Así que, la navegacion no se extendió hasta el Mediterráneo, sino que permaneció encerrada dentro de las playas del Mar Bermejo.

Los venecianos y genoveses vinieron entonces á reemplazar á los egipcios en el comercio de las Indias, llegando á hacerlo en tan vasta escala, que ellos abastecian á la Europa entera con los productos del Asia y el África.

Tocaba la negociante Venecia el mas alto punto de su gloria, cuan-

CAPILLA ALFONSINA

do el portugués Vasco de Gama descubrió un nuevo camino para ir á las Indias, por el famoso cabo de las Tempestades. Este descubrimiento inflamó la imaginacion de las naciones europeas, y españoles, franceses é ingleses, quisieron, á imitacion del Portugal, tener una marina que los pusiese en situacion de tomar parte en los descubrimientos, y sacar de allí las inmensas riquezas con que soñaban.

Este fué el tiempo de la decadencia de Venecia, que debió su engrandecimiento á Egipto, y su ruina al cabo de Buena Esperanza.

En tiempo de los mamelucos, el comercio decayó en Egipto de tal suerte, que se vió reducido á algunas expediciones anuales á Moka, donde los buques egipcios se cargaban de café, perfumes de Arabia, perlas, muselinas y telas de Bengala.

A Mohammed-Alí estaba reservada la gloria de levantar nuevamente á grande altura el comercio de este país. Este príncipe sabio, abriendo los puertos egipcios al comercio extranjero, y acogiendo con entusiasmo á los europeos en sus estados, consiguió bien pronto hacer renacer en ellos el tráfico mercantil y la riqueza.

La Europa viene á buscar á Egipto el arroz, la sal amoniaco, la soda, el lino y el algodon. Despues de la guerra de los Estados-Unidos, ha subido mucho el valor de este último artículo, que es actualmente uno de los principales ramos de la industria egipcia.

Pero en ningun tiempo ni en época ninguna llegó á alcanzar el Egipto el alto grado de importancia comercial que ahora toca. El canal de Suez ha venido á hacer de este país, el punto de union del gran comercio oriental y occidental. Las naves que vienen del Levante ó del Ocaso, al pasar por este país dejan en él un reguero de riquezas. Ya no se sigue la ruta descubierta por Vasco de Gama, y la tierra de los Faraones, cruzada constantemente por numerosas naves, agitada siempre con uno de los mas importantes comercios del mundo, no puede menos de prosperar y civilizarse.—

A las dos de la tarde dejamos el puerto y nos encaminamos á Suez, no ya sobre humildes asnos, sino en los magníficos trenes del camino

de fierro. Hacia un calor espantoso. Mi primer pensamiento al llegar al pueblo, fué beber un vaso de agua. Me acerqué á la primera choza del tránsito, y pedí á una pobre mujer que estaba en la puerta:

—«Moye» (agua).

Y ella me la trajo en el acto con muy buena gracia. Bebí aquella agua fresca con suma delicia, y volví el vaso á la mujer, expresándole mi reconocimiento.

Verdaderamente, pensaba yo en aquel instante, los trabajos de la compañía del canal, han cambiado en gran parte el modo de sér del Egipto. Sin contar con que la union material entre Asia y África ha quedado rota, y con la energía que las locomotoras han dado á la vida del país; las canalizaciones del Nilo hácia el Oriente han venido á fertilizar tierras, y á hacer desaparecer de ellas la terrible sed que les alejaba la poblacion, y las tenia convertidas en lugares de tormento.

En efecto, hace veinte años todavía, Suez era un villorrio miserable, cuyas habitaciones apenas se elevaban de la arena. Tres ó cuatro mezquitas de triste aspecto, y la casa donde se alojó el primer Napoleon, eran su mejor adorno, sin que contuviesen cosa notable. Encajonada la poblacion entre las arenas y el mar, parecia estar siempre agobiada por el calor y cegada por el khamsin; al paso que su miserable puerto no era mas que la playa pantanosa del golfo.

A falta de agua potable en la ciudad ó sus inmediaciones, la fuente mas cercana era la de Moisés. El Khédive hacia el comercio del agua, y algunos cuantos camellos traian diariamente á Suez algunos pellejos llenos del agua apenas potable del bíblico manantial. El virey ganaba mucho con este comercio, pues el cubo de agua era vendido á sesenta centavos. De suerte que el virey no se tomaba grande empeño en mitigar la sed de su leal pueblo de Suez, puesto que su industria consistia exactamente en mantenerlo sediento.

Por fortuna vino el ferrocarril á poner el Cairo en comunicacion con Suez. Trenes expresos cargados de agua dulce, fueron organi-

CAPILLA ALFONSINA

zados para este desgraciado pueblo. Desde entonces desfalleció la industria del «pashá,» y el agua fué mejor y mas barata.

Actualmente, el canal de agua dulce que viene de Ismailia, atraviesa por las calles de Suez. La ciudad se ha regocijado y aun parece haberse retirado del Desierto. Y en efecto, el agua alejará el Desierto de Suez dia por dia. Hay árboles y alguna vegetacion en el pueblo, cosa que era antes enteramente desconocida; la poblacion de Suez se centuplica, y la ciudad prospera.

Es raro que este puerto, célebre en tiempo de los romanos, haya estado desprovisto de agua potable, cuando todo el empeño de los señores del orbe, en cuanto á lo material, era el de dotar á las poblaciones de magníficos acueductos.

A pesar de todo, la vida es muy penosa en Suez durante el verano. Colocada esta poblacion en una llanura árida, y teniendo el Desierto á la espalda, sopla en ella con frecuencia el terrible khamsin. La oftalmia hace grandes estragos en sus habitantes, enfermedad que por otra parte es muy comun en Egipto. El Desierto tiene la terrible virtud de hacer ciegos. Por esta razon en la Escritura se habla tanto de ellos, pues en Palestina como en Egipto, el sol, la ardiente arena del Desierto, y el rocío nocturno cargado de sales, destruyen la facultad visual de los ojos.

A pesar de estos inconvenientes, la ventajosa posicion de Suez al fin del canal, y á las puertas del Mar Rojo, lo harán bien pronto engrandecerse. No está lejano el dia en que este puerto venga á ser tan famoso como lo fué en tiempo de los Tolomeos, bajo los nombres de Arsinoé y Cleopatris. Entonces alcanzó gran prosperidad, porque en su puerto desembocaba el célebre canal comenzado por Neco y terminado por Tolomeo Filadelfo, que puso en comunicacion los dos mares, por medio del Nilo. El canal de Mr. de Lesseps, obra maravillosa y mucho mas perfecta que la de Neco, traerá á Suez grandeza y gloria incomparablemente mas altas que las de la antigüedad.—

Al regresar al hotel de Francia, visité el bazar, y me detuve en una plaza, donde habia gran concurrencia. Multitud de camellos eran aliviados de sus cargas que contenian trigo, cebada y sésamo. Los barberos rapaban la cabeza á sus parroquianos en pleno aire. Reinaba grande animacion por todas partes. Y es que me encontraba en el bazar de los granos, que es el mas hermoso mercado de Suez, con su maciza puerta de entrada de arquitectura moruna, y los altos minaretes que la dominan.

Iba á dejar ya este sitio, cuando oí sonar al otro extremo de la plaza rumor de música. Dirigíme allá, y tuve ocasion de presenciar un baile bajo la bóveda del cielo, como los que se ven en Nápoles á la orilla del golfo.

Dos negros sentados sobre unas piedras hacian sonar con discordante estrépito un pito y un pandero. Cuatro hombres delante de ellos hacian con el cuerpo movimientos acompasados, sonando las manos y prorumpiendo en gritos guturales. Una multitud de «fellahs» y de mujeres, sentados en el suelo alrededor del cuerpo de baile, asistian silenciosos á aquel rapto de regocijo inmotivado.

De pronto, tres de las mujeres que presenciaban la escena, se pusieron de pié y se mezclaron al grupo de danzantes. Eran jóvenes, vestian de azul y tenian la cara descubierta. Levantaron en alto los brazos formando arco, echaron atrás la cabeza, entrecerraron voluptuosamente los ojos y sonrieron con dulzura. Los circunstantes prorumpieron en un prolongado «¡aaaah!» de aprobacion y entusiasmo.

Las bailarinas comenzaron á hacer contorsiones con el cuerpo, sin levantar los piés del suelo, y sonando los dedos á guisa de castañuelas. Se confundian, se acercaban los rostros, se volvian las espaldas y se separaban resbalando la planta con suavidad sobre el pavimento, y en seguida se reunian yendo las unas al encuentro de las otras. Y á compás con sus movimientos sonaban chocando sus brazaletes y las argollas de plata que ceñian sus tobillos.

CAPILLA ALFONSINA

Escena singular que me pareció una evocacion del mundo antiguo. Hay en esta danza una delicia, una voluptuosidad, un abandono, que no son de estos tiempos; pertenecen á ese gigante pasado en que se realizaron los acontecimientos mas grandes de la historia, y se levántaron los mas soberbios monumentos que con su inmensa pesadumbre han oprimido la tierra.

CAPITULO XV

ISMAILIA.

Febrero 6 de 1873.

A las siete de la mañana salimos de Suez Fortunato y yo en el tren del Cairo con destino á Ismailia. De buena gana habria querido hacer este viaje por agua para atravesar la parte del canal que separa el puerto del Mar Rojo del que se asienta al borde del lago Timsah; pero desgraciadamente por aquellos dias estaban suspensos los vapores-correos que hacen el trayecto entre Suez é Ismailia. Para cruzar por agua este camino, hubiera necesitado esperar muchos dias hasta la llegada del buque procedente de las Indias, y como mi tiempo estaba bien medido para salir de Puerto-Said el ocho, me ví precisado á emprender la marcha desde luego. Mucho sentí no conocer los Lagos Amargos; pero hube de doblegarme á la dura ley de la necesidad, á pesar de mi sentimiento.

Vino con nosotros tambien el frances Silva, que regresaba á Ismailia, despues de arreglados los negocios que lo habian llevado á Suez.

En un departamento del wagon contiguo al nuestro, venia asimismo el bey de Suez, que Silva me mostró. Era un renegado italiano

llamado Manzoni-Bey, que habia abjurado el cristianismo por interes á los puestos públicos y á la ganancia.

—Es un miserable este Manzoni, decia Silva con voz fuerte sacando la cabeza por la portezuela, y hablando en frances; el que vende su conciencia por dinero, es la cosa mas despreciable de la vida.

—Pero no hable vd. con voz tan fuerte, le dije, porque puede vd. ser oido por el bey.

—Mejor que mejor, me contestó, pues me daria mucho gusto decirle en su cara lo que pienso á su respecto. Es un hombre bastante cobarde para dejarse insultar impunemente. Desde que se hizo mahometano está condenado á no hablar con los europeos, que lo desprecian, y aun él mismo comprende cuál es su posicion, y huye de nuestra sociedad sin osar mirarnos siquiera.

—Es un hombre digno de lástima.

—De desprecio, dirá vd. Los mismos musulmanes lo ven á poco mas ó menos, y aun refieren sobre él varias anécdotas. Cuentan que al pasar Manzoni una vez por el frente de un templo cristiano, suspiró y dijo: «lo que está en el corazon, está en el corazon,» dando á entender con esto que su corazon ha permanecido cristiano. Nadie pues lo quiere ni le da crédito, y él pasa su triste vida haciendo economías para regresar á Italia.

El tal Manzoni es un viejo de barba blanca, rostro hermoso y apacible. Dios quiera que pronto reuna un gran tesoro que le permita volver á Italia, donde nadie lo conozca, y se convierta y viva.

A las once llegamos á Ismailia. Silva se empeñó en llevarme á su casa; pero yo me resistí abiertamente, y fuí á alojarme á la de un amigo de Silva llamado Mr. Lesieur, que tiene una posada no lejos del puerto.

En la tarde fuí á hacer un paseo por la poblacion en compañía de mi dragoman. Ismailia, fundada en 1862, es ya una ciudad de bastante consideracion. La mayor parte de las habitaciones, que son en gran número, están formadas de madera, pintadas con colores

chillantes, lo que da á Ismailia mucha semejanza con las improvisadas ciudades de los Estados-Unidos.

Fortunato me hizo visitar la casa del virey. Es tambien de madera, hecha conforme al gusto árabe, y adornada con columnitas y labrados exquisitos y graciosos. Aquí fué alojada Eugenia, la emperatriz de los franceses, cuando la solemne inauguracion del canal. Es un monumento de celebridad histórica, y da pena por lo mismo pensar que de un momento á otro puede ser fácilmente destruido.

Continuando nuestra excursion, llegamos á la orilla del lago Timsah ó del cocodrilo. A nuestro paso vimos el canal de agua dulce que va de aquí á Suez. Puerto-Said recibe tambien el agua de este mismo canal por medio de las poderosas bombas Lasseron que están en Ismailia.

El lago Timsah se encuentra en medio del Desierto y en la parte céntrica del istmo, y tiene 15,000 kilómetros de circunferencia.

Antes que Mr. de Lesseps trasformara el aspecto material de esta lengua de tierra, el lago Timsah era un charco cenagoso rodeado de juncos. Hoy es un inmenso receptáculo lleno de las aguas del Mediterráneo. Cinco meses se necesitaron para que se llenara. Esta operacion se hizo por medio de un conducto por donde salia el agua con una velocidad de 0 m. 30 por segundo, y que tenia 18 metros cuadrados. La trasformacion se hizo sin obstáculo, y dejó sorprendidos á muchos sabios.

A orillas pues de este lago como yo me hallaba, se descubre un panorama de veinte leguas. Al frente se mira la tierra de Ásia, contra la cual se agitan las azuladas olas del lago. A la izquierda está la boca del canal que viene de Puerto-Said, y á la derecha la entrada del que va á Suez, y sale del lago al pié de una altura llamada Gebel-Mariam.

Admiracion y respeto causan la inteligencia y el poder del hombre, cuando son miradas las maravillas que improvisa. Los continentes son desmembrados, horadados los montes, dividida la tierra,

cambiado el curso de los rios, desecadas las lagunas y formadas otras á voluntad del rey de la creacion; y la tierra entera cambia de aspecto, bajo los golpes de la azada del maravilloso obrero, hecho á semejanza del divino Artífice.

Esto sentia yo, mejor que pensaba, á orillas del lago Timsah, que no existia ayer, y es hoy un pequeño mar de origen humano.

La inauguracion oficial del canal tuvo lugar en Noviembre de 69; pero su apertura se verificó cerca de Suez, el 15 de Agosto del propio año. Alí-Pashá en representacion de Ismail, Mrs. de Lesseps, Lavalley, Cotard y Janecki, estuvieron presentes al solemne acto. Alí tomó el azadon y rompió el débil dique que separaba las aguas de los dos mares, que corrieron luego á confundirse. Dos dias despues los vapores cruzaban ya todo lo largo del canal. La apertura era un hecho.

Y venian á mi recuerdo las grandes fiestas de la inauguracion del canal, que hallaron eco en todo el mundo. El 17 de Noviembre del propio año de 69, fué el gran dia para Ismailia y el lago Timsah. La escuadra de inauguracion salió de Puerto-Said por la mañana. Este mismo dia á las ocho y minutos de la noche, se recibia en Europa el siguiente telégrama:

«Ha fondeado en el lago Timsah el «Aigle» que conduce á la emperatriz (Eugenia). Los vapores del emperador de Austria, del príncipe real de Prusia, y del príncipe Enrique de los Países Bajos, se hallan igualmente delante de Ismailia. Todos estos buques han sido saludados á su llegada por el aviso frances «Salamandra,» y por tres buques de guerra egipcios procedentes del Mar Rojo.—Fernando de Lesseps.»

Sencillo y digno mensaje que con naturalidad sublime anunció al mundo haberse realizado ya la navegacion del canal desde el Mar Rojo al Mediterráneo.

Aquella noche hubo iluminacion y entusiastas regocijos en Ismailia. El Khédive anduvo paseando con su hijo Tewfic por las calles

de la ciudad en carretela descubierta, y solazándose en el éxito feliz de la inmensa obra. Mr. de Lesseps dió un suntuoso banquete á los ingenieros de la compañía. El lago Timsah y las dos embocaduras del canal, fueron iluminados con fuegos de Bengala.

Al dia siguiente, 18, mandaba Lesseps á Francia un segundo telégrama, donde se advierte la justificada vanidad del gran ingeniero.

«Hay fondeados en el lago Timsah cuarenta y tres buques. El «América,» vapor del Lloyd austriaco, de ruedas y de sesenta y dos piés de anchura, ha llegado de Puerto-Said durante la noche. Grande afluencia, numerosos marinos. Todo el mundo está convencido de la facilidad del paso.»

Todas las nacionalidades del mundo estuvieron representadas en Ismailia el dia de la fiesta. De modo que puede decirse que el mundo entero se vió presente al solemne triunfo, el mas grande que ha alcanzado el espíritu sobre la materia en los últimos tiempos.

El 19 continuó su viaje á Suez toda la escuadra. Precedióla el «Aigle,» y á continuacion caminaron los yachts reales en que iban los príncipes de Austria, de Prusia y de Holanda, la «Psiche,» con los embajadores ingleses y el almirante; el «Newport,» el «Rapid» el «Pelusa,» el «Europa,» el «Tonareg,» el «Tabor» y otro gran número de vapores que formaban por todo una escuadra de cuarenta y cuatro buques.

La escuadra pasó aquella tarde el cerro de Serapeo, fondeó en los Lagos Amargos, y entró en Suez el dia siguiente.

Mr. de Lesseps anunció tambien á la Europa estos acontecimientos por medio de los siguientes telégramas:

«Ismailia, 19 de Noviembre, á las 9 y 30 minutos de la mañana.—Toda la escuadra de inauguracion, precedida por el «Aigle,» sale despues de medio dia para ir á fondear antes de anochecer en el faro sur de los Lagos Amargos y entrar mañana por la mañana en el Mar Rojo.—Fernando de Lesseps.»

«Kebret, 19 de Noviembre, á las 6 de la tarde.—Ha fondeado

el «Aigle con toda la escuadra en el faro sur de los Lagos Amargos á las cuatro y media de la tarde.—FERNANDO DE LESSEPS.»

«Suez, 20 de Noviembre, á las 11 y 60 minutos de la mañana. El «Aigle» ha fondeado en el Mar Rojo.—FERNANDO DE LESSEPS.»

El hombre mismo que concibió el gigantesco plan de la perforacion del istmo, fué el ejecutor de la inmensa obra, y Dios le permitió gozar la gran satisfaccion de mirarla concluida, y de anunciarla al orbe por sí mismo.

Lesseps echó sobre sí terrible responsabilidad el dia en que prometió al mundo que pondria en comunicacion el Mar Rojo con el Mediterráneo, por medio de un canal navegable. Muchos sabios dudaron, los ingleses prorumpieron en risas, y el ingeniero frances se puso en obra, seguro de alcanzar un éxito feliz y cumplir lo prometido.

En efecto, despues de diez años de dedicacion constante, de rudos trabajos y de padecimientos crueles, alza la voz Lesseps desde Suez, y glorioso heraldo de un grande hecho, anuncia á todos los continentes: «El África queda mutilada del Asia, y yace aislada en medio de las aguas como inmensa isla, entre el Mediterráneo, el Atlántico, el océano Índico y el golfo Arábigo: las naves pasan por agua del Mediterráneo al Mar Rojo en veinte horas: los vínculos del mundo se estrechan: las Indias quedan cuatro meses mas cerca de Europa, y Bombay á un mes de Lóndres.»

CAPITULO XVI

EL CANAL DE SUEZ

Y PUERTO-SAID.

Febrero 7 de 1873.

Los vapores-correos hacian el trayecto á la sazon entre Ismailia y Puerto-Said. Así es que en esta ocasion pude realizar mi deseo de navegar por el canal.

A las seis de la mañana nos encontrábamos ya Fortunato y yo en el puerto, esperando la partida del pequeño buque. Pero esta no tuvo efecto sino hasta las siete. Pocos pasajeros entramos á bordo. Una familia de rusos venia sobre el puente. Eran peregrinos que se dirigian á Jerusalen. Miserable comparsa de mendigos forrados en pieles, que causaba asco y lástima á la vista.

Los vapores-correos que cruzan el canal, son sumamente pequeños é incómodos. Son largos de seis á ocho metros, y anchos de tres á cuatro. El calor y el ruido de la máquina son allí sumamente perceptibles; los pasajeros de primera clase van apiñados en un diminuto saloncito, donde caben apenas ocho personas; los de segunda y tercera caminan encaramados sobre el techo al sol y al aire.

Por fortuna mia, segun lo llevo dicho, pocos pasajeros entraron á bordo del vaporcito. Tres éramos solamente los de primera clase: dos

jóvenes franceses y yo. Mis compañeros entraron bien pronto en conversacion conmigo, y con asombro supimos que los tres caminábamos con destino á Palestina. Desde aquel momento nos propusimos marchar juntos, dándonos el parabien por el feliz destino que nos habia puesto en contacto.

Sucedió asimismo la gran casualidad de que los tres fuésemos abogados de reciente fecha, y de la misma edad exactamente, pues con extrañeza supimos que ninguno de nosotros pasaba de los veintidos años. Estas circunstancias nos hicieron tratarnos desde luego con confianza y agrado, como suele suceder en tales ocasiones en los años primeros de la vida.

Mis compañeros se llamaban: el uno Cárlos Lavoisier, y el otro Enrique d'Audiffret-Pasquier.

Lavoisier era nieto de Antonio Lorenzo Lavoisier, el célebre químico y naturalista que mereció ser admitido á los veinticinco años en la Academia de Ciencias de Paris; el que demostró que la combustion es el resultado de la union del oxígeno con los cuerpos, y descubrió la composicion del agua. Su descendiente me habló mucho, y con gran entusiasmo, de su insigne abuelo, y concluyó por maldecir de la revolucion francesa y de los demócratas, recordando que Antonio Lorenzo habia sido decapitado por los revolucionarios en 1794.

En cuanto á d'Audiffret-Pasquier, era sobrino del duque del mismo apellido, miembro á la sazon de la Asamblea nacional francesa, y uno de los personajes mas elevados de la política. Mi compañero, individuo de la nobleza, era furibundo enemigo de cuanto trascendiera á república en Francia, y así maldecia del 93, como de la Comuna y Mr. Thiers. Se expresaba de una manera muy dura de este hombre eminente, con respecto al sabio mensaje mandado por él á la Asamblea, en que el gefe del poder ejecutivo daba por sentado que Francia era república de hecho. Era un partidario ciego que no concedia ni un rasgo de bondad ó talento á sus enemigos.—

Al salir del lago Timsah hace el canal una pequeña curva, y atraviesa por en medio de un suelo de calcáreo y de arena, incrustrado de millones de conchas paludinas, formacion geológica que se encuentra solo en este punto del Desierto, y se extiende desde Ismailia hasta El-Guisr.

El aspecto material del canal de Suez, no es grandioso, considerado cada punto aisladamente. Es un foso practicado en la arena, que tiene ochenta metros de anchura, y seis de profundidad. La tierra amarilla extraida del foso, está amontonada por los lados del canal, en el sentido de la longitud de este. Boyas colocadas de distancia en distancia, dan á conocer cuál es la parte mas profunda, por donde pueden navegar los buques de gran porte. El panorama es sumamente monótono, generalmente hablando.

Se comprende que la obra del canal necesita ser perfeccionada, pues la que existe actualmente, sábia como es, peca por algo de mezquindad, defecto que no ha dependido de Mr. de Lesseps, sino de las economías que ha querido hacer la empresa. El canal ha menester, á juicio de conocedores, ser mas ancho y mas profundo, á fin de que puedan pasar cómodamente por él á la vez dos grandes navíos cuando menos, y la circulacion no se detenga ni un momento.

Actualmente sucede que las embarcaciones de gran porte pueden pasar apenas por el canal, caminando con sumo cuidado por en medio, y aun así, la hélice toca el fondo del foso, y va haciendo su giro sobre el lodo. Los vapores, en pasando de la categoría de simples botes, puede decirse que ocupan toda la anchura del canal para sus maniobras; de manera que es preciso que las embarcaciones pasen una tras otra. A fin de que no se encuentren en la mitad del camino dos buques con direccion distinta, antes de que alguno salga de Suez, por ejemplo, se telegrafía á Puerto-Said preguntando si está el camino expedito. Si se contesta que sí, entra luego el buque en el canal; pero si se informa que no, espera en Suez hasta que

CAPILLA ALFONSINA

salen al Mar Rojo el navío ó navíos procedentes de Puerto-Said. Tal servidumbre es sumamente odiosa, y por esto digo que en mi entender la obra del canal necesita ser perfeccionada; mucho mas si se considera que hay buques que absolutamente no pueden hacer uso del paso.

Tiene otro defecto el canal, y es, que el foso practicado está cegándose constantemente con el derrumbamiento de la arena de las paredes que lo forman. De suerte que hay necesidad de mantener un trabajo contínuo de dragas para extraer el fango que se forma en el fondo. Por consiguiente, suponiendo que las dragas cesaran de funcionar dos ó tres meses, la comunicacion entre el Mar Rojo y el Mediterráneo, volveria á quedar interrumpida. Este defecto es exclusivo del terreno arenoso y de poca consistencia. Así que, si se quisiese formar un canal ámplio, profundo, y libre de derrumbamientos, no habria mas que darle tres veces la anchura que hoy tiene, otras tres su profundidad, y defender sus paredes por medio de sólidos malecones, como se hace en las ciudades con el cauce de los rios. Esta obra seria muy costosa, pero segura y eterna. Del canal de Suez puede decirse por ahora que está trazado, y abierto interinamente al comercio del mundo; pero todavía no que esté concluido.

Tal como existe, sin embargo, es admirable en su conjunto, en su plan y en sus consecuencias. Un foso de ochenta metros de anchura, seis de profundidad y ciento sesenta kilómetros de longitud, es sorprendente, extraordinario y maravilloso. Si se piensa en la calidad del suelo del istmo, en su desolacion, en el sofocante calor que sobre él proyecta el sol del Desierto, y en la total carencia que hay en estos sitios de los recursos que la civilizacion ofrece al hombre, no podrá menos de mirarse como heróico el trabajo de la apertura de esta vía de comunicacion entre los dos mares, en el término breve de diez años. Las consecuencias que ha tenido el nuevo paso marítimo en el mundo comercial, son comparables tal vez con el descubrimiento del Nuevo-Mundo, por las inmensas riquezas que fácilmente se cambian

por este artificial estrecho los pueblos del oriente y el occidente de la tierra.

Lo que tiene sobre todo de grande el canal es el haber sido pensado y practicado contra la opinion general de los sabios que calificaban la obra de imposible y quimérica. Grandes libros y numerosas disertaciones se escribieron para demostrar científicamente que, conforme á la naturaleza topográfica del istmo y de los dos mares, era imposible poner en comunicacion el Mediterráneo con el Mar Rojo, sin que la inundacion se extendiera sobre las tierras de Egipto. Hé aquí la suerte de los espíritus superiores que solemos llamar génios. Lo que ellos piensan, nadie lo concibe, las inteligencias medianas lo encuentran absurdo, y las ciencias mismas parecen condenarlo. El mundo dice: «no,» y prorumpe en insensata rechifla; pero el génio afirma, y con heróico denuedo y resolucion santa, prosigue con los ojos del alma su vision apocalíptica; y un dia encuentra la solucion del problema, se apodera de la verdad, y dice á los hombres: «¡miradla!» Entonces el vulgo se rinde al testimonio de los sentidos; los hombres de talento quedan confusos; y las ciencias, rectificadas ya, son mejor comprendidas, y su estudio recibe hácia la perfeccion, enérgico, decisivo impulso.

Deciase, pues, era imposible que alguna vez el Mediterráneo y el Mar Rojo hubieran estado comunicados, en razon de que el nivel del golfo Arábigo es treinta piés mas elevado que el del Mediterráneo, y nueve el del Nilo en las Aguas-Bajas, y lo mismo el del Delta. Este argumento servia á la vez para demostrar la imposibilidad de la apertura de un canal que esta comunicacion estableciera. Porque siendo mas bajo el nivel del Delta que el del Mar Rojo, el Delta seria inundado. Además, se decia, si alguna vez hubieran estado comunicados los dos mares, lo estarian aún hasta el presente, porque las aguas del Mar Rojo, llenando la cavidad de los Lagos Amargos, hubieran seguido corriendo por Ras-el-Uadi hasta el Nilo, y hasta el Mediterráneo por Ras-el-Moyah, y puestos en contacto los

dos mares, hubieran adquirido el mismo nivel, y el estrecho no hubiera dejado de existir nunca.

Sin embargo, por una contradiccion manifiesta, los que opinaban de esta suerte, admitian la existencia del canal de Neco y Psamético, que en lo antiguo puso en comunicacion los dos mares por medio del Nilo. Este canal, comenzado por Neco y terminado por Tolomeo Filadelfo, se dirigia de Balbeis por el brazo pelusiaco, á Thou, de allí entraba en el valle de los Árabes-Tonmylat (cuyo nivel es inferior de dos á veintitres piés al del Mar Rojo), de allí pasaba á Heroopolis, cruzaba los Lagos Amargos y llegaba finalmente al golfo Arábigo.

Por consiguiente, si ha existido en algun tiempo la comunicacion entre los dos mares, sin que hayan sobrevenido cataclismos en el Egipto, claro era que podria abrirse el canal sin peligro alguno.

No obstante, se creia que la manera posible de realizar este pensamiento era siguiendo el plan antiguo, único que no ofrecia inconvenientes en estos tiempos, merced al conocimiento que hoy se tiene de las exclusas. Dicho canal hubiera servido de ordinario para la irrigacion únicamente, y de tiempo en tiempo para la navegacion, pues esta hubiera dependido de los crecimientos del Nilo y de los vientos que hubiesen soplado en el Mar Rojo.

La posibilidad de hacer un canal como el que hoy existe, no se concebia algunos años ha. Por esto la juiciosa Inglaterra vió siempre con ojeriza los trabajos de la perforacion del istmo. Porque dos notabilidades británicas, la una política y científica la otra, lord Palmerston y Roberto Stephenson, declararon no hace muchos años en pleno Parlamento, que la empresa concebida por M. de Lesseps era un bello ensueño; pero como tal, irrealizable.

La mejor contestacion que el ingeniero ha dado á Palmerston, Stephenson y todos sus mofadores ha sido perforar el istmo, poner en comunicacion los dos mares, y abrir el canal al comercio del mundo. La Inglaterra está convicta de haber sufrido un grave error con

respecto á la obra del canal; pero eso no quita que sea la nacion principalmente aprovechada, una vez llevada á cabo la empresa. Porque la Inglaterra sostiene actualmente vastísimo comercio con las Indias que tiene en gran parte colonizadas, y son para ella veneros abundantísimos de riqueza. La compañía que tomó á su cargo la empresa de la apertura del istmo, deberia hacer pagar dobles derechos á los buques de la marina inglesa, á fin de hacer expiar de algun modo su incredulidad á la Gran Bretaña.

Al salir del lago Timsah, el canal se abre en medio de dos pequeñas colinas de color amarillento. A la derecha se ve el Asia, á la izquierda el África; por un lado el Sinaí, el monte de los prodigios celestes, y por el otro el Nilo, el rio de las maravillas de la naturaleza. Dos tierras célebres con gran celebridad en la historia humana.

Una zanja por donde corre el agua azul y tranquila, marca ahora la division de suelo á suelo. Ayer estaban confundidos los dos; hoy se encuentran materialmente separados, pero mas que nunca unidos por un lazo civilizador y por una misma esperanza de prosperidad y de gloria.

En la ribera asiática mírase á cierta distancia una construccion de imponente aspecto, aislada en medio de la soledad de las incultas tierras. Se diria un castillo, una torre antigua ó el resto grandioso de secular construccion abandonada en el Desierto. En realidad es un horno de cal que no está ya en uso. La llanura extensa y árida donde se encuentra, es la planicie de las Ihenas.

La travesía por el canal continuó durante largo tiempo sin que ofreciese nada notable. Los dos franceses y yo veniamos en pié á la puerta del salon, ávidos de observar y encontrar maravillas. El vaporcito caminaba rápidamente y se escuchaba el veloz rodar de su pequeña hélice, y se oia chillar la caldera. El panorama era siempre el mismo. Caminábamos sobre una cinta de agua, en medio de dos hileras de montones de arena.

Poco despues entramos en una parte mas ancha del canal, costeada por dos colinas de arena hácia ambos lados del camino.

—Capitan, pregunté yo al gefe de la pequeña embarcacion; esta parte del canal ¿es algun hundimiento natural del suelo acaecido en medio de esas dos colinas?

—No señor, me contestó riendo, esta parte del canal, como la que hemos dejado atrás, ha sido hecha por mano de hombre.

Los franceses y yo prorumpimos en exclamaciones de sorpresa.

—Las colinas que vdes. ven á derecha é izquierda, formaban antes una misma altura, pues estaban unidas.

—¿Qué elevacion tenia esa altura? preguntó Lavoisier.

—Veinte metros.

—Y ¿cuál era su extension?

—Cuatro leguas poco mas ó menos. Este monte de arena llamado duna ó megano, es evidentemente un sedimento marino, que indica que el Mediterráneo y el Mar Rojo se han comunicado alguna vez por estos sitios, antes de que el istmo existiera.

—¿Por qué Mr. de Lesseps no evitó este mal paso haciendo dar un pequeño rodeo á la vía marítima? pregunté yo.

—Habiendo sido formado el plan del canal de manera que aprovecharse pudieran todos los lagos y pantanos que se encontraban en el istmo, desde los lagos Amargos, el Timsah y el Ballah hasta el Menzaleh, no era posible desviarse á derecha ni izquierda de este camino. Por consiguiente, hubo necesidad de atacar este médano, llamado en la lengua del país el «seuil» de El-Guisr.

—Empresa colosal, dije asombrado.

—Efectivamente, continuó el capitan, empresa fué harto difícil, cuyo feliz resultado no ha sido celebrado todavía debidamente. Fué preciso atacar la duna para seguir formando el cauce del canal, extraer una masa de ocho millones de metros cúbicos, y construir márgenes de 19 metros de altura, al través de un terreno esencialmente movedizo y deleznable, que amenazaba á cada paso con hundimientos.

La horadacion de este megano habria sido obra mas dilatada, á no haber ayudado en ella 20,000 fellahs reclutados por el gobierno egipcio. Estos trabajadores indígenas cavaban la tierra bajo la vigilancia de sus «sheikhs» ó gefes de aldea, que los hacian guardar el órden y una estricta disciplina. Los fellahs fueron pagados como trabajadores de la compañía, y estaban muy contentos porque se les recompensaba bien y no eran tratados como siervos. Tal vez se disgustó el virey al ver que elogiaban demasiado la generosidad europea; el caso fué que por esta ú otra causa, retiró los 20,000 obreros que habia prestado á la compañía, cuando todavía quedaban por extraer cuatro millones de métros cúbicos. En circunstancia tan comprometida, el ingeniero M. Couvreux inventó por fortuna una maquinaria movida por vapor, que á manera de una noria, sacaba la arena por medio de tubos colocados en una cuerda que giraba. En algunas partes, sin embargo, fué preciso abrir á brazo el terreno. Las dragas completaron la obra. En 1868 los obreros de M. Couvreux condujeron con gran pompa la última pala de arena. El canal quedó abierto. Las márgenes se han sostenido perfectamente. El obstáculo que se juzgó insuperable, fué superado. Y como si la soberbia de los ingenieros hubiera querido lisongearse en esta obra difícil, el canal ha sido hecho mas grandioso en esta parte, pues tiene 60 metros de anchura y 8 de profundidad.

Asombrado me sentí al escuchar aquel relato. La obra del canal es prodigiosa. Las dificultades que la industria ha tenido que vencer allí han sido enormes. Si en algun tiempo se hubiera dicho que tal prodigio iba á realizarse en diez años, se hubiera tenido por imposible. Pero hoy las maquinarias son poderosísimas ayudas del hombre, que centuplican su fuerza y la hacen mas eficaz y rápida. ¡Dios bendiga las obras humanas que encaminan el mundo á la identidad y al amor, y al desarrollo y propagacion del progreso! Cada barrera que la industria abate, y acerca entre sí á los pueblos, es un milagro ejecutado por Dios por ministerio del hombre, para

CAPILLA ALFONSINA

la realizacion de los altísimos fines que han precedido á la formacion de las sociedades. Los hombres no lo comprenden así, y se envanecen al ver las maravillas que como instrumentos improvisan. Esas maravillas no tienen por objeto únicamente el comercio, la riqueza, ni la comodidad de los pueblos de la tierra. Son sendas por donde estos caminan á reunirse, para estrecharse en fraternales vínculos, desterrar de su seno la barbárie, ayudarse mútuamente en sus trabajos y penas, y civilizarse sobre todo por su contacto, enseñándose á conocer la verdad y el bien, y á vivir entonando hosannas al Altísimo.

Despues de caminar largo espacio por aquella zanja en medio de dos colinas de arena, llegamos al fin de la duna. Al terminar esta, hay en la punta del «seuil» una escalera de madera que conduce á la altura. Esta altura se halla á 19 ó 20 metros, y era el antiguo nivel del Desierto.

En la planicie hay un caserío, especie de aldea que comienza á formarse, y tiene ya 2,000 habitantes. Se llama El-Guisr. Allí hay una bonita casa construida por el ingeniero italiano Gioja, y una iglesia católica bajo la advocacion de la Vírgen María, á quien los mahometanos llaman Mariam ó Miriam.

A poca distancia de El-Guisr se encuentra un horno de yeso á orillas del lago Ballah. El yeso que de allí se saca es muy bueno, y se consume en gran cantidad. Los productos de su venta han servido para impulsar las obras de la compañía.

Hay dragas que trabajan en medio del canal. Necesitamos detenernos para dar tiempo á una de ellas que estorba el paso, para que se aparte hácia un lado. Las dragas son maquinarias movidas por vapor y colocadas en grandes barcas, que extraen el fango que se forma en el fondo de los canales. Cuando la barca está muy cargada de barro, se dirige á la orilla, se descarga y vuelve al trabajo. Estas poderosas máquinas recuerdan los heróicos tiempos del sitio de Siracusa, en que Arquímedes inventó maquinarias en forma de mano, tan poderosas

que agarraban las naves romanas desprendiéndose desde los muros de la ciudad, las levantaban en alto y las estrellaban contra las rocas.

A las once llegamos á Kantara. Es una estacion del vapor-correo, donde este se detiene para dar tiempo á los pasajeros para que tomen un refrigerio. Hay una casa de madera, con un pequeño muelle. Esta casa es el «buffet,» mala fonda donde se cobra mucho y se da escasa y pésima comida. En derredor de la fonda hay algunas chozas diseminadas en la arena.

El nombre de este lugar me recuerda el de una ciudad española, Alcántara. En efecto, Kantara y Alcántara tienen el mismo orígen etimológico, pues ambas palabras quieren decir puente ó el puente, siendo este el significado árabe de Kantara. En la ciudad española donde creció Pelayo habia un famoso puente sobre el Tajo, que dió orígen á su nombre; y en este lugar africano, existió en lo antiguo otro puente que fué construido sobre el brazo pelusiaco del Nilo.

Kantara, en los gloriosos tiempos de Egipto, fué una de las veinte ciudades que se disputaron la prosperidad del Delta. Rivalizó con Pelusa, Tanis, Ramses y Dafne, la ciudad de los laureles, y tuvo seiscientos mil habitantes.

El puente construido sobre el brazo pelusiaco del Nilo, era el paso que seguian las caravanas que venian de Tébas y traian de las mas remotas fronteras de la Nubia, mirra, marfil, plata y polvo de oro. Estas caravanas pasaban al Asia cargadas de sus riquezas, é iban á venderlas á precios fabulosos á la opulenta Siria, que contaba entonces cien grandes y populosas ciudades.

Actualmente Kantara pertenece á la historia como las ciudades del Delta rivales suyas, como Tébas y Ménfis, como Jerusalen, Tiro, Sidon y todas sus glorias. La destruccion de Kantara fué 344 años anterior á nuestra era, y ocurrió en tiempo de la conquista del Egipto por Oco, rey de los persas, que venció á Nectanabo y se apoderó de Pelusa, que era la llave del Delta.

Parece que en tiempo de los romanos hubo asimismo en Kantara

gran centro de poblacion, pues al abrirse el canal, ha sido encontrada multitud de objetos romanos en el lugar que ocupaban sus ruinas.

Tal vez en los tiempos que corren resucitará Kantara, volverá á la vida, y será tan gloriosa y magnífica como en otros dias. Hoy está, como entonces, en el camino que siguen las caravanas que suben del Egipto á la Siria, y se encuentra ademas al borde del canal civilizador de Oriente.

¡Cuánto ha cambiado el aspecto de estos lugares, desde que la industria europea los tomó bajo su cuidado para trasformarlos! El Desierto es atravesado por una corriente de agua, que da suavidad á su feroz aspecto, y que, por medio de la constante evaporacion de incalculables masas de agua, templa un tanto el calor del sol, dando humedad á la abrasada atmósfera. Los charcos y lagunas pantanosas, convertidos en lagunas risueñas, llevan la vegetacion y el movimiento á los ardientes arenales. Y los buques y barcas innumerables que constantemente cruzan el canal y los lagos, parecen destinados á arrebatar de las garras de la desolacion y la muerte, estas tristes regiones para hacerlas partícipes del bullicio y la vida de los países civilizados.—

Media hora despues nos pusimos en marcha, continuando nuestro camino á Puerto-Said. Muy á poco entramos en un extensísimo lago. Es el famoso Menzaleh. Atravesando este lago de Sur á Norte, pasa el canal, defendido en todo su trayecto por una doble hilera de escolleras que sobresalen algunos metros del agua.

El Menzaleh es el lago mas grande de Egipto. Tiene diez y siete leguas de longitud, y siete de anchura por término medio. Durante las inundaciones del Nilo, aumenta sin embargo, de una manera considerable. Se encuentra á la orilla del África y á su extremo noreste, apenas separado de las aguas del Mediterráneo por estrecha faja de tierra que, rota á pedazos, se extiende poco mas ó menos desde la boca del brazo Tanítico del Nilo, hasta la del brazo Pelusiaco. En medio del Menzaleh hay varias islas, de las cuales algunas habitadas, como las Matarieh; otras no tienen sino ruinas, únicos restos que hoy quedan de las poderosas ciudades de Tanis y Pelusa.

El Nilo desemboca en este lago por tres desagües, el Mendesino, el Tanítico y el Pelusiaco. La corriente del rio se reconoce fácilmente sobre la superficie del Menzaleh, por el rojizo color de sus aguas que se dibujan como anchas cintas sobre el azul del lago. Llevado de su ímpetu, antes de morir, atraviesa rápidamente mas de la mitad de la distancia que separa las orillas septentrionales del lago, del piélago Mediterráneo.

Lago y mar se encuentran en comunicacion por tres puntos correspondientes á los brazos Mendesino, Tanítico y Pelusiaco del Nilo. De manera que el Menzaleh mas bien parece y debe ser bahía del Mediterráneo por todas partes cerrada, que lago verdadero. Tal opinion se confirma considerando que el agua del lago es salada, y se hace dulce solo en tiempo de las grandes inundaciones del Nilo, de donde se infiere que el agua del mar ordinariamente lo llena.

Al llegar al Mediterráneo las corrientes del rio, el ímpetu de estas entra en lucha con el de las olas marinas que lo repelen. De aquí resulta gran tumulto en las aguas, que produce terribles remolinos. Estos pasos peligrosos para las embarcaciones en las bocas del rio, es lo que propiamente se llama «boghaz» en la lengua del país; aunque vulgarmente se da este nombre á las bocas mismas por donde el rio se desagua.

El Menzaleh es muy abundante en pescados. De suerte que es innumerable la gente que se dedica á la pesca en sus aguas. En las islas y orillas del lago hay siempre multitud de indígenas totalmente desnudos, que pasan el dia metidos en el agua y consagrados á penosísimas tareas. Estos indígenas son bien formados y vigorosos, pero casi salvajes.

La pesca está arrendada por el gobierno egipcio á los habitantes de las islas ó playas del Menzaleh, á quienes se conoce con el nombre de «reiss.»

Los pescadores cruzan el lago en todas direcciones, sobre embarcaciones de formas antiquísimas, de aquellas que se usaron en los tiempos de Roma y tal vez en el de los Faraones, y que en lengua árabe son llamadas «djahabiehs.» Despues de haber hecho su pesca, esperan que sople el viento este, tienden sobre los palos las altas velas latinas, y van á Damieta á vender su mercancía. Allí esperan cuantos dias se necesitan para que sople el viento suroeste, y hasta entonces enderezan su rumbo de regreso hacia el Menzaleh.—

Llegamos á la mitad del lago. Allí se detuvo un poco el vapor para entregar la correspondencia. Hay en este sitio un gracioso pueblecillo, cuyas habitaciones de madera se levantan airosamente sobre la amarilla arena, formando graciosísimo grupo. Esta aldea lleva el nombre de Ras-el-Eich (cabeza del lago), y su orígen es reciente y del todo debido á la compañía europea que emprendió la apertura del canal. El lugar donde hoy se asienta Ras-el-Eich, no era, á la llegada de los europeos, mas que un islote de fango. Los trabajadores que emprendieron trasformar este islote en suelo firme y seguro, donde asentarse pudiera una poblacion, vivieron los primeros dias en una de esas barcas egipcias llamadas «djahabiehs.»

Pocos momentos despues volvimos á emprender la marcha. Seguimos caminando por el Menzaleh. A las tres de la tarde llegamos á Puerto-Said.

Saltamos á tierra, y reunidos Lavoisier, d'Audiffret-Pasquier y yo, nos alojamos en el hotel del Louvre, que se encuentra al frente de un parque, no lejos del muelle.

A la tarde salimos á pasear por la ciudad, y nos sentimos agradablemente sorprendidos al verla tan risueña y alegre. Es bastante grande y elegante para haber nacido hace apenas dos lustros. Las habitaciones son en su mayor parte de madera, y su arquitectura es una mezcla de oriental y europeo muy agradable. Algo se advierte en el puerto, que se asemeja á las ciudades americanas; pero si las improvisadas construcciones de madera le dan este aspecto, el

movimiento y la alegría que se advierten en los muelles, en los hoteles y en los almacenes, le dan un tipo enteramente frances. Sí, la obra toda del canal, para gloria de la Francia y envidia de las demas naciones europeas, es francesa y nada mas que francesa.

El puerto está cubierto de buques. Sobre el horizonte se miran los palos en confusa reunion, como bosque tupidísimo de mástiles. ¡Alabado sea Dios! El canal produce los inmensos resultados que se esperaban, y la empresa no sale fallida. El número de embarcaciones que pasan por el nuevo estrecho abierto por la industria humana, aumenta de año en año, y progresivamente aumentará en lo sucesivo, hasta un grado que no puede calcularse. El primer año despues de inaugarado el canal, pasaron por él 486 buques solamente. El siguiente de 1871, pasaron 785, y en 72 el número de ellos subió á 1,082. Estos hechos y estas cifras prometen mucho para el porvenir.

Paseando á lo largo del muelle, sentíame profundamente conmovido á la vista de cuanto me rodeaba, que, con excepcion del mar, era todo de orígen humano. Dirigia la vista por el canal, y miraba aquel largo camino costeado por hileras de piedras amontonadas, que le sirven de terrible defensa. A estas defensas se da el nombre de escolleras, y tienen por objeto, tanto contener los ímpetus del líquido elemento en la senda que siguen los buques, como impedir que la parte canalizada sea obstruida con la tierra y demas despojos que se agitan dentro del agua. Las escolleras que yo ví se extienden por toda la longitud del lago Menzaleh, y llegan hasta Puerto-Said, formando allí mismo una buena defensa contra los furores del Mediterráneo.

Las escolleras de Puerto-Said tienen su historia. Siendo indispensable formarlas, y no pudiéndose llevar piedras para sumergirlas 3,000 metros en el mar, se fabricó en el mismo terreno un compuesto hidro-silicoso vaciado en moldes de 10 metros cúbicos, de veinte toneladas de peso cada trozo. Veinticinco mil de estos tro-

zos fueron empleados en formar las dos escolleras del puerto, y este presenta hoy á las embarcaciones un grande y seguro abrigo de 230 hectáreas.

Puerto-Said debe su fundacion á Mr. de Lesseps. Antes de que el ilustre ingeniero viniese, no habia en este lugar mas que un banco de arena de escasa consistencia y de 100 metros de anchura. Algunas veces, en las crecientes del Nilo ó del Menzaleh, este banco de arena quedaba sumergido en las aguas, y no aparecia de nuevo sino hasta que bajaban las crecientes. Una choza no existia en este sitio, ni ser humano lo habia nunca habitado, siquiera hubiese sido por momentos.

Aquí fué donde Mr. de Lesseps acompañado de Mr. Laroche, y de una docena de trabajadores, plantó su tienda en 1859.

Este banco de arena, distante 60 kilómetros de Damieta y cercano al brazo oriental del Delta del Nilo, correspondia exactamente al punto de partida del futuro canal, que deberia tener este sitio por cabecera. Necesario fué formar un puerto de 8 metros de profundidad y defenderlo por medio de dos escolleras que avanzaron en el mar, 3,000 metros la una y 1,600 la otra.

Mr. de Lesseps no se intimidó al considerar desde este banco arenoso la inmensidad de la obra que emprendia.

Abrir un canal de 60 á 100 metros de anchura hasta el lago Timsah, al través del islote de fango de Ras-el-Eich y de los lagos Ballah; hender la duna del «seuil» de El-Guisr, de 20 metros de altura y cuatro leguas de extension; llenar el lago Timsah ó del Cocodrilo con el agua del Mediterráneo, y abrir en su lecho barroso un canal de 100 metros; formar otra zanja de 60 metros para unir el Timsah con los lagos Amargos, y continuar abriendo la zanja al través de un banco de rocas, llamado Seuil-de-Shaluf, para llegar por fin al Mar Rojo; hé aquí el resúmen de la obra gigantesca á que habia de darse cima.

La longitud total del canal seria de 160 kilómetros, y para dar á esta zanja 8 metros de profundidad y una anchura de 60 á 100 metros, habia necesidad de extraer 75 millones de metros cúbicos de tierra. Pero no es esto todo. Siendo menester crear un canal de agua dulce, tanto para quitar la sed del Desierto como para facilitar los trabajos de la compañía, era necesario extraer otros 8 millones de metros cúbicos. De manera que el total de la cantidad de tierra que deberia extraerse para llevar á cabo la empresa, seria de 83 millones de metros cúbicos.

Corazon intrépido tiene de ser el que no se sobrecoja de espanto al pensar en cantidad tamaña. Tal fué el de M. de Lesseps que halló en su inteligencia poder suficiente para confiar en la realizacion de aquella empresa colosal, que deberia desfigurar el mapa terrestre, desmembrar un continente, desgarrar las entrañas del Desierto y hacer que se confundiesen las aguas del «mar de las perlas» con las del «mar del coral,» como llaman los orientales al Mediterráneo y al Mar Rojo.

En efecto, el eminente ingeniero no se equivocó en cuanto al poderio de su génio. Diez años despues de llegado al arenoso banco donde hoy se eleva Puerto-Said, en Noviembre de 69, el plan estaba desarrollado en toda su magnitud, el istmo perforado y las charcas cenagosas convertidas en hermosos lagos; y habian surgido como por encanto de en medio del Desierto ó de las aguas, Ismailia, Puerto-Said, y una multitud de pueblos y lugares nuevos; y al estímulo de la vida por el canal derramada, comenzaban á levantarse de sus tumbas los pueblos de la antigua historia egipcia.—

Inmensa gloria la del hombre que concibió idea tan vasta, y á quien cupo en suerte por sí mismo realizarla. El nombre de M. de Lesseps merece ser colocado junto al del gran genovés Cristóbal Colon, porque equivale á descubrir un continente, cambiar la faz de otro, y proceder en la obra con tan buena ciencia y cálculo tan limpio y exacto, que el resultado venga á ser el espejo fiel del grandioso pensamiento.

En aquellos instantes sentíame indeciblemente satisfecho por ha-

ber atravesado este célebre canal, desde el lago Timsah hasta Puerto-Said. Mi egoismo me llevaba á alborozarme pensando que pocos eran relativamente en el mundo los que, como yo, conocian este famoso paso abierto á los mares por mano del hombre; y me halagaba sobre todo considerar que yo era tal vez el primer mexicano que habia navegado en las aguas del artificial estrecho, y habia podido admirar la maravilla del siglo con sus propios ojos.—

El Egipto renace. Postrado en tierra durante larguísimos siglos, cumplió el plazo de sus desventuras tan luego como subió al trono el ilustre macedonio Mohammed-Alí. De entonces acá, su horizonte se despeja, y el porvenir le sonrié. La Europa toma á su cargo comunicarle sus artes y sus ciencias; las vías férreas se cruzan en su territorio; las ciudades se levantan hermosas y magníficas repentinamente, como un prodigio, sobre su suelo; son rotos los diques que separaban tiránicamente el Mediterráneo del Mar Rojo; y la tierra clásica donde la civilizacion mas grande de la antigüedad realizó prodigios, parece ser escogida tambien por el destino, para servir de escenario á las maravillas del adelanto moderno.

Así suceda; y la resurreccion de este ilustre pueblo sea fecunda en trascendentales consecuencias en el mundo. Mas cercanos ya el Oriente y el Occidente, tiéndanse la mano, reconózcanse por hermanos, y no tarden en fundir sus almas en las mismas ideas y en los mismos sentimientos. Abátanse por fin las barreras que se oponen al fácil comercio de los pueblos; crucen las ideas por todos los hemisferios; hágase con solemne pompa la pacífica cruzada de la civilizacion contra la barbárie; y triunfen la verdad, la paz y el amor, de la ominosa resistencia que el error, la rebelion y el odio oponen á su paso desde muy antiguo.

La causa de Dios en el mundo será la verdaderamente aprovechada de estos adelantos y estos cambios. Los hombres procurarán reducirlos á su bien egoista, por medio de sus combinaciones financieras, sus empresas mercantiles y sus afanes de todo género en pos

de la ganancia y la riqueza. No pensarán en Dios ni tratarán de referir á mas altos destinos los acontecimientos de aquí abajo. Pero la causa que ellos posponen, será antepuesta á ellos mismos por la Providencia superior que gobierna el mundo, y estos hombres de cortas miras, serán sin apercibirse de ello, los primeros apóstoles del Altísimo.

La humanidad tuvo por cuna el Oriente; aquí nacieron tambien las artes y las ciencias que, caminando como el sol, han ido despues á iluminar el Ocaso; la verdad religiosa se conservó en esta parte de la tierra, mientras el mundo, cegado por el error, se postraba delante de los ídolos, dioses de fundicion que tenian ojos y no veían, y oidos y no oían; y el Evangelio, por último, salió de estas regiones para desterrar las sombras del cielo de la humanidad, y conquistar el mundo por la paz, estableciendo en él definitivamente el reino de Dios.

Pero el Oriente cayó del alto pedestal donde se asentara en lo antiguo; su civilizacion pereció entre la sangre, el fuego y los gemidos de la conquista, como se apaga la luz del dia en medio de los tumultos de un cielo tempestuoso; sobre los escombros de su grandeza pasada levantó la ignorancia nuevos altares al error, y se postró delante del vicio; y el cristianismo, emigrando de su suelo ingrato, lo dejó envolverse en las tinieblas de la barbárie.—

En los tiempos presentes la escena cambia del todo. Establecida la paz en el mundo, el género humano es llamado por la voz del Redentor, á formar parte de la Iglesia, que es colonia del cielo que habita la tierra; y Dios no quiere mas que el triunfo de su religion, la civilizacion del mundo y la conversion hácia él de la humanidad entera.

La voluntad de Dios tendrá que ser llenada, á pesar de la resistencia de la humana soberbia. El Pastor divino hace cerca de dos mil años que anda buscando á las naciones extraviadas para restituirlas al aprisco; innumerables pueblos hay ya dentro del redil, y los que

no han entrado todavía, no podrán dejar de obedecer al dulce acento que amorosamente los llama. Sí, no hay que dudarlo. Antes que flaqueen las virtudes del cielo, y choquen los astros, y el sol se apague, y perezca la tierra envuelta en torbellinos de fuego; la palabra de Dios, el Evangelio, habrá hecho la conquista del orbe, y no ha de haber pueblo que no se postre delante de la Cruz!

Los adelantos materiales de la época moderna facilitarán la realizacion de esta victoria; son pacíficos medios de que se vale la Providencia de Dios para derramar en el mundo la gloria de su nombre. La civilizacion actual tiene por objeto hacer que se acerquen entre sí los miembros que forman la humanidad: por esto son horadados los montes, hendidos los istmos, lanzadas las locomotoras al través de los continentes, y comunicada la palabra rápida como el pensamiento, del uno al otro hemisferio de la tierra.

Cuando sonó la hora postrera para la idolatría, fué menester tambien que desapareciesen las barreras que separaban entre sí á los pueblos; y así fué que el coloso romano, sojuzgando el mundo, formó del orbe conocido un vasto imperio. De esta manera el Evangelio se derramó sin obstáculo por el universo.

El Occidente tiene con el Oriente deudas sagradas que le es forzoso pagar. La civilizacion, la religion, la vida que disfruta, del Oriente las tiene. El pueblo padre de la humanidad ha caido en la abyeccion y la desgracia. Extraño á su antigua gloria, ha vuelto á las salvajes costumbres de los tiempos primitivos, y sentado en la sombra de la muerte, vive entregado al gusto de los sentidos, y mira con negligencia pasar los dias de su triste vida, sin tratar de hacerlos mejores. Es tiempo ya de que el Occidente recuerde cuánto le debe y venga á su auxilio. Y de hecho ya acude, y á él se encamina, llevando en la mano todos los recursos del adelanto de la época, para levantarlo de su postracion, rejuvenecerlo y encender de nuevo la llama casi extinguida de su génio. Es el hijo cariñoso que viendo á su padre caer en la miseria, en el vicio, en la degradacion mas lastimosa, llega á él solícito, remedia sus necesidades, levanta su espíritu, y trata de restituirlo á su dignidad primitiva.—

La Europa, foco de luz en el mundo actual, es esencialmente cristiana en sus pensamientos, en su vida y en sus manifestaciones. Las maravillas que ella forme, se levantarán por do quier empapadas de su religion. La difusion del progreso en el mundo, es la propaganda del cristianismo.

La poderosa civilizacion moderna llena de gloria, será de hoy mas entre los pueblos de la tierra, el majestuoso apóstol de Dios!

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

CAPILLA ALFONSINA

JOSE LOPEZ-PORTILLO Y ROJAS

EGIPTO

Y

PALESTINA

APUNTES DE VIAJE

MEXICO

IMPRENTA DE DIAZ DE LEON Y WHITE,

CALLE DE LERDO NUMERO 2.

1874

CAPILLA ALFONSINA

LIBRO II

PALESTINA

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO I

JAFFA.

Febrero 8 de 1873.

¡Dia memorable eternamente en la historia de mi vida! Espiraba la tarde y comenzaba la noche, cuando me embarqué á bordo del *lloyd* austriaco «Júpiter,» con direccion á Palestina. Venian conmigo d'Audiffret-Pasquier y Lavoisier. Los tres subimos al puente para dar nuestra última despedida á las costas egipcias y gozar del hermosísimo panorama que nos rodeaba. Mis amigos franceses hablaban mucho y con calor, pero yo no escuchaba su conversacion, pues mi espíritu se hallaba meditabundo y suspenso. Por fin, enderezaba mi rumbo á la Tierra-Santa; al amanecer del siguiente dia deberia llegar á Jaffa.

¡Patria de los Faraones, de la civilizacion, de los grandes y gloriosos recuerdos de la historia; tierra singular, privilegiada y admirable, donde la vida de la gigante antigüedad palpita indescifrable entre colosales escombros, tristes desiertos, amarillentas momias y misteriosas sagradas inscripciones! me separo de tus costas lleno de emocion y de tumultuosa confusion de sentimientos poseido. Pero tu

CAPILLA ALFONSINA

inmensa imágen en mi alma palidece, y tus grandezas de mi memoria se borran al solo pensamiento de conocer otra tierra pequeña, triste, ingrata, desolada y sepultada á médias en la noche de la barbárie. Pero esta tierra se llama Palestina: es Israel, es Judá; es la sagrada patria del monoteismo; es la tierra de la Ley y del Evangelio, de Jehová y de Jesucristo!

Ese diminuto y desdichado país ha conservado sobre la tierra el fuego sagrado, en todas partes extinguido, durante larguísimos siglos. De allí ha salido la chispa divina que ha encendido en el alma de las sociedades modernas las verdaderas ideas filosóficas y morales, y en su corazon la caridad, la fraternidad y el amor, que han hecho á la humanidad de todos los climas confundirse en estrecho abrazo y darse el ósculo de paz, sello augusto de la civilizacion y el progreso.

Sumido en intensa meditacion interna, ví con ojos distraidos desaparecer lentamente el muelle de Puerto-Said, donde se agolpaba innúmero gentío de marineros, viajeros y curiosos, que formaban llenos de animacion pintorescos grupos. Los edificios comenzaron á hundirse en el horizonte, las banderas europeas que los coronan fueron desapareciendo poco á poco, y las agudas y altísimas puntas de los minaretes que permanecieron visibles todavía despues de velado por completo el cuadro que presentaba el puerto, acabaron tambien por abismarse detrás de la majestuosa curvatura de la mar.

La luna comenzó á brillar resplandeciente en medio del cielo por todas partes sereno, y solamente á trechos engalanado de blanquísimas trasparentes nubes, semejantes á risueños cendales de ángeles, suspendidos sobre aquel océano de pureza. La mar estaba tranquila como un lago, y nuestro buque se deslizaba mansamente sobre su tersa superficie, pavoneándose como el cisne que se recrea en contemplarse retratado en las aguas. Apacible melancólico rumor hacia al pasar la blanda brisa que nos acariciaba el rostro con vivificante frescura, y su dulce rumor se mezclaba con tristísima cadencia al que levantaba la quilla al surcar por el líquido inmóbil elemento.

Por la parte de proa, multitud compacta de armenios, rusos, sirios y judíos, yacia arrojada confusamente sobre esteras y jergones de lana. Los gorros rojos, los turbantes, los gorros de pieles, los trages de mil colores engalanados con vistosos bordados de oro y plata que resplandecian con los rayos de la luna, formaban en caprichosa confusion fantástico cuadro, muy propio de este lugar, de esta hermosísima noche, y en consonancia perfecta con las emociones íntimas de mi alma en aquel momento. Algunos padres griegos con su gran bonete y larga barba, se mezclaban de trecho en trecho á aquellos grupos pintorescos, como para hacer resaltar con su negra figura los colores resplandecientes de tan alegre fondo.

Al encontrarme así en aquella poética noche, en un gallardo buque surcando la mar tranquila, envuelto en atmósfera de plata y mirando por todas partes relucir el oro y los vivos colores de los trages orientales, me figuraba encontrarme á bordo de la fragata cantada por el Byron español, por Espronceda, y ser yo el capitan que presidia la marcha triunfal desde la popa. En efecto, la luna rielaba en el mar, gemia el viento en la lona, y olas de plata y azul alzábanse mansas á nuestro paso. El África quedaba á un lado, y caminábamos hácia el Asia. No nos faltaba, para que la situacion fuese perfectamente semejante, sino tener Stambul á nuestro frente.

Sumido en dulcísimo éxtasis permanecí en el puente largas horas soltando las alas á mi pensamiento y á mis ilusiones para que al influjo de la melancólica poesía de la noche, cruzasen la atmósfera, recorriesen las esferas y fuesen á bañarse mas allá de los astros, mas allá del éter, en eternos océanos de luz resplandeciente.

A las once de la noche bajé á mi camarote. Hallábame profundamente agitado, con el pensamiento de que iba á abordar al dia siguiente la Palestina. Bien tarde logré quedarme dormido, y recuerdo haber pasado la noche soñando bíblicas escenas.

CAPILLA ALFONSINA

Febrero 9.

Fortunato vino á despertarme á las ocho de la mañana. Dos horas hacia que el buque estaba anclado, pero yo, sumido en mi reparador letargo, no habia echado de ver la falta de movimiento. Vestíme á toda prisa y me asomé ansioso á la ventanilla de mi camarote. Jaffa estaba al frente: tenia delante de mis ojos la Tierra Santa.

Sí, allí estaba Jaffa, ese puerto antiquísimo, uno de los mas viejos del mundo, y que Plinio ha dicho ser antidiluviano. Al verlo, no podia menos de recordar que el profeta Jonás, huyendo del rostro del Eterno, embarcóse aquí en vez de ir á predicar á la corrompida Nínive, como se lo habia ordenado el Señor. Figurábame tambien mirar delante de mí el Arca que construyó Noé, por mandato divino, cuando habiendo sido decretada la ruina total de los séres vivientes que poblaban la tierra, quiso Dios conservar sus especies dentro de la habitacion flotante cuya construccion ordenó Él mismo, y que protegió con su presencia la familia de un justo agradable á sus ojos.

Por este puerto llegaron á Israel, en tiempo de Salomon, las naves que traian el oro de Ofir, y las que mandaba de Tiro el rey Hiram cargadas con los cedros del Líbano destinados á la construccion del Templo. En estas aguas dejó Leviatan rastros inmensos como abismos.

Jaffa se encuentra situada sobre una colina que desciende rápidamente hácia el mar. Así, que su caserío salta á los ojos colocado en gradacion ascendente hácia la cumbre de la montaña. Nada mas pintoresco que la vista de esta poblacion desde el mar, ni nada mas risueño ni alegre. Las banderas europeas que ondean sobre las casas de los cónsules, le dan aire marcado de fiesta.

Al mirar esta primera poblacion de la Palestina, no se cierra el corazon ni se entristece el alma, como el viajero lo espera. Se llevan ordinariamente ideas tan exageradas de muerte y desolacion á

la Tierra-Santa, que pasma encontrar un grupo de casas en pié. La imaginacion acaso se habia representado toda esa nacion cual yermo inmenso, cubierto de escombros de trecho en trecho, entre cuyas piedras se albergaran los hombres como los lagartos. Pero estos no son mas que delirios fantásticos, bien distantes de la realidad.

La tranquilidad del mar continuaba, y á pesar de esto mecíase nuestro buque anclado, con el choque de las olas. Cuando subí sobre cubierta, Fortunato tenia tomada ya una lancha, en compañía de los dos franceses. Apoderóse de mis maletas y bajamos á la lancha, siéndonos preciso tomarla por asalto, pues estaba animada de un pasmoso movimiento ascendente y descendente.

Pusímonos en camino hácia el puerto. Ocho remeros nos conducian con robusto brazo, cantando con voz temblorosa melancólica cancion que dirigia el timonero. Olas inmensas que se levantaban á lo lejos como sábanas de agua prodigiosas, venian á azotar de través nuestra barca, haciéndola inclinar perpendicularmente sobre el abismo. Antes de llegar al puerto es preciso pasar por una estrechura formada por rocas que salen á flor de agua. Allí el movimiento de las olas aumenta considerablemente, y los remeros invocan á Alá para que los saque del mal paso. Mi dragoman y los franceses, asidos convulsivamente al borde de la barca, miraban la mar con ojos despavoridos. Siempre que hay marejada, el puerto se hace inabordable.

El golfo formado por la costa, es casi imperceptible; así que los vientos soplan allí libremente. Por otra parte, las rocas enormes que cierran el paso, sacan al aire sus puntas agudas, eternamente dispuestas á hender las frágiles embarcaciones que contra ellas arrojen el viento y las olas. Josefo decia que Joppe (Jaffa), aunque al borde del mar, no tenia puerto; y esta es la verdad, pues Jaffa no tiene de puerto mas que el nombre.

Salidos del mal paso con unos cuantos golpes de remo, llegamos al muelle, que es extremadamente pequeño y muy elevado. Hubo

CAPILLA ALFONSINA

necesidad de que los barqueros nos elevaran en brazos para que los árabes, que estaban arriba, nos izaran á su vez tomándonos de la mano. Al fijar mi pié en el suelo, viniéronme deseos de echarme de bruces, abrazar la tierra, y murmurar satisfecho: «no te me escaparás, Asia.» Así fué como Scipion, habiendo tropezado al pisar las playas de Cartago, tomándolo por buen agüero, tendió los brazos exclamando: «no te me escaparás, África.» Y á fé que lo hubiera hecho, á no estar el muelle cubierto de lodo y plagado de gente.

Manos desconocidas se apoderaron de mi equipaje. En medio de inmenso gentío y mayor algazara, caminé sin saberlo, llevado por la multitud, á una especie de bodega con puerta hácia el mar, dentro de cuyo recinto sombrío y húmedo, yacian amontonados en desórden cajones de mercancías y equipajes. Aquella bodega era el registro de la aduana. Un turco vestido con trage azul de paño era el gefe superior de aquel sitio, y tenia tales ojos que eran capaces de dar miedo á las mismas maletas. Nuestro equipaje fué hacinado tumultuosamente á la entrada de la bodega, entretanto que el pueblo curioso se apiñaba á la puerta mirándonos á nosotros y nuestras cosas con ojos admirados. Buen rato estuvo nuestro equipaje enfrente del turco de la aduana sin que este se ocupase de ponerle mano. Fortunato gritaba, el turco gritaba, y todos á mi alrededor gritaban, formando tal jerigonza, que hube de abandonar el puesto y salir al muelle, por evitar la total ruina de mis tambores acústicos. Y el resultado fué que despues de largo espacio salió Fortunato triunfante de la bodega, precedido de dos mozos cargados con nuestros sacos y habiendo conseguido mediante el indefectible *bakshish* que el aduanero dejase pasar nuestras cosas sin registrarlas.

Andando siempre á lo largo del muelle, llegamos á una puerta de construccion tosca, que es la entrada del convento latino. Subimos por una escalera que presumí nos conduciria á un piso alto, pero que con grande asombro mio nos condujo á un patio que sirve de vestíbulo á la iglesia del convento. Mi equivocacion tenia por causa la

irregularidad del terreno de Jaffa, que, como he dicho, está formado por la falda de una montaña.

Salió á recibirnos el lego encargado de la cocina, que era italiano. Nos invitó para que almorzáramos, y nos hizo entrar en la pequeña iglesia, donde á la sazon era celebrada una misa. Solo Dios sabe lo que mi corazon le dijo en aquel momento, cuando caí de rodillas. Yo lo ignoro. Me parecia que era un sueño mi llegada á aquella tierra, y sentia mi pecho rebosando reconocimiento hácia Dios, porque me habia permitido realizar la ilusion desde mi infancia acariciada, de venir á peregrinar á este suelo sagrado.

A pesar de mi abstraccion, no pude menos de notar la novedad de los trages al echar una ojeada escudriñadora por la iglesia. Los hombres llevaban anchos calzones flotantes y pequeñas chaquetillas, ostentando en la cintura ricas fajas de seda de Damasco. Las mujeres llevaban desde la cabeza una sábana blanca, en que envolvian su cuerpo. No tenian anillo sobre la nariz, y reemplazando el antifaz, que es de uso en Egipto, un velo de color, echado sobre la cara, se la cubria totalmente. Algunas mujeres, sin embargo, tenian el velo levantado, y pude observar que su tez era blanca, sus facciones regulares y sus ojos hermosos; su conjunto en general, mucho mejor que el de las egipcias.

No fuí muy lejos en mis oraciones ni en mis observaciones, pues el hambre me aguijoneaba. Salí á poco de la iglesia, y me dirigí al comedor, donde tuve el gusto de ver sobre el blanco mantel de la mesa la humeante sopera.

Mis compañeros franceses siguieron su camino hácia Jerusalen, dispuestos á no detenerse en Ramleh, pues su tiempo era angustiado, no teniendo sino ocho dias para hacer su peregrinacion y reembarcarse. Quedamos aplazados para reunirnos en Jerusalen dentro de dos dias, y hacer juntos nuestra excursion al Mar-Muerto.

Vino tambien á sentarse á la mesa el padre que habia celebrado la misa, y era un jóven de treinta y cinco años, de tal manera mo-

reno, que lo hubiera tomado sin temor de equivocarme, por uno de tantos clérigos paisanos mios, de orígen azteca. Departimos alegremente durante el almuerzo. Casualmente mi comensal iba á partir á Ramleh como yo, aquel mismo dia. Convinimos, pues, en hacer nuestro viaje juntos hasta Jerusalen.

Concluido el almuerzo, el lego se me acercó para preguntarme quién era Fortunato. Díjele que era mi dragoman; hizo muy mala cara, y me respondió que todos los individuos de esa clase eran ladrones. Un frailecito español que llegó á poco me dijo lo mismo, y trató de pintarme el tipo dragománico con los colores mas negros. No presté, sin embargo, atencion á sus amonestaciones, en virtud de estar convencido de la honradez de Fortunato. Los hechos subsiguientes me demostraron que realmente mi dragoman era muy digno de confianza.

El superior del convento vino á verme para hablar español conmigo, atraido por el rumor de que habia llegado un peregrino mexicano. Era un español muy simpático; viejo venerable que debia mas saber á la experiencia que al estudio. Llevóme á su celda, donde tuve el gusto de encontrarme con un itinerario en frances del viajero en Palestina. Comprélo en el acto, pues no tenia sino otro en italiano, que entendia con mucho trabajo. Este itinerario me sirvió grandemente en lo sucesivo, pues es exacto, minucioso y curioso, habiendo sido escrito por un lego que ha recorrido veinte veces los sitios notables de la Tierra Santa. Este libro, escrito por el hermano Lavinio de Hamme, no tiene mas defecto que estar en malísimo frances, pues el hermano Lavinio es belga. Tal defecto era para mí una bagatela, pues en mi calidad de extranjero en la hermosa lengua de Racine, apenas si notaba alguna que otra falta de construccion, de seguro (pues yo la echaba de ver) grande como un templo.

Manifesté al superior deseos de visitar la ciudad, y tuvo él en el acto la amabilidad de proporcionarme un conductor. Era este un jóven católico natural del país, educado en el convento, y que tenia,

por su aire manso, fisonomía tranquila y dulce trato, el aspecto de un antiguo catecúmeno. Despedíme del superior y me puse luego en marcha, pues debiendo salir de Jaffa dentro de algunas horas, no tenia tiempo que perder.

Mi primera visita fué á la ciudadela ó fuerte que data, segun se dice, del tiempo de San Luis. Es un cuadrilongo de medianas dimensiones, formado de piedra. La yerba crece en su recinto como en un campo. Dos ó tres cañones sin cureñas, ennegrecidos por la lluvia, se encuentran tirados, que no colocados, en la boca de las troneras.

Al mirar aquel resto miserable del magnífico edificio construido por el santo rey de Francia, no podia menos de pensar en la instabilidad de las cosas del mundo, y en la perfidia del tiempo que se empeña en borrar de la superficie de la tierra los rastros de la gloria y el poder humanos. Muy cerca de este fuerte pasó la escena conmovedora y sublime que presenció el Sir de Joinville, cuando San Luis recibió la noticia de la muerte de su madre. El monarca exclamó anegado en lágrimas: «Señor, yo no os acuso porque habeis llevado hácia vos á la reina Blanca, que, como sabeis, era un tesoro de hermosura y de pureza; yo os doy gracias porque me habeis permitido gozar tanto tiempo la felicidad de tenerla á mi lado.» Palabras que solo el cristianismo pudo inspirar en una alma grande como las de los mártires del Circo.

De la ciudadela pasé al convento armenio-cismático, que está cerca del franciscano, y sobre el mismo muelle. En 1799 las tropas francesas, al mando de Napoleon, tomaron el puerto por asalto. Napoleon mandó fusilar á todos los prisioneros turcos. A consecuencia de esta matanza horrible y de los miasmas que se desprendieron de los cadáveres, el ejército frances se vió diezmado por la peste. El convento armenio fué trasformado en hospital para los enfermos. Allí fué donde Napoleon tocó con sus manos los tumores de los apestados, pretendiendo con esto levantar la moral de los pacientes, ó tal

vez curarlos como los reyes franceses curaban los lamparones en la Edad-Média. Sea de esto lo que fuere, el resultado fué que Napoleon no operó ningun prodigio moral ni físico con haber tocado los tumores, y que los ingleses lo obligaron á salir á toda prisa de Jaffa. Antes de evacuar la plaza, sin embargo, hizo envenenar á los apestados que no pudo llevarse consigo en la ambulancia. Así lo cuentan la tradicion y la historia para mengua de la gloria del moderno Alexandro.

Yo ví en el convento armenio la sala que fué teatro de esta farsa y este crímen.

Mi guía me condujo á un establecimiento de baños, cuya bondad no me atreví á probar en mi cuerpo. Eran tres piezas revestidas de mármol, á distintas temperaturas. La primera estaba á la temperatura ambiente; la segunda tenia un grado de calor mas elevado; y la tercera brotaba lumbre como el infierno. Multitud de turcos habia en estos aposentos, algunos en paños menores y otros en menos que menores. Los bañeros se ocupaban en sacudir varas aromáticas sobre el cuerpo de los bañadores, ó en restregarles las carnes suavemente con las manos.

Salí de los baños sudando y con la cara y las manos empapadas en vapor de agua.

El guía me condujo á la casa de *Simon el curtidor*. Los cruzados erigieron un templo sobre el lugar donde esta existia. Los mahometanos en parte derribaron la iglesia y en parte la convirtieron en mezquita. La mezquita es sumamente pequeña; está blanqueada con cal, y tiene esteras sobre el suelo, donde se arrodillan los fieles. Mediante un pequeño *bakshish* que dí al guardian, fuéme permitido subir á la azotea, desde donde pude disfrutar del mismo panorama que tenia á los ojos San Pedro, cuando llamado á Cesarea por el centurion Cornelio, dudaba si deberia hacer á los gentiles partícipes de las gracias de su Maestro. De seguro que yo ví las cosas como las vió el primer pontífice, pues la mar no ha cambiado. Dos mil años

para ella son un punto. Las olas venian á estrellarse contra los vetustos cimientos de la mezquita, como en otro tiempo se estrellaron contra los de la casa de Simon. Grandes espumas se levantaban de los picos de las peñas contra los cuales se precipitaba el agua agitada. Inmenso horizonte se abria hácia el occidente. En sus horas de oracion lo miraba diariamente San Pedro. Allí estaba el Mediterráneo, y mas adelante la Europa; allí estaba el porvenir de la iglesia. La coincidencia parecia providencial.

Un dia en que San Pedro se hallaba en oracion en lo alto de la terraza y sentia hambre, tuvo una alucinacion de espíritu y vió que descendia del cielo como un inmenso lienzo en el cual habia toda suerte de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y aves del cielo. Y una voz le mandó que comiera, y él se resistió diciendo que nunca habia comido cosa inmunda ni impura. Y la voz replicó: «no llames impuro lo que Dios ha purificado.» En aquel momento recibió San Pedro á los enviados de Cornelio; é iluminado por la vision que habia acabado de tener, no resistió mas tiempo, y se puso en camino con ellos á Cesarea, donde abrió las puertas de la Iglesia á los primeros gentiles convertidos. Así fué como Dios hizo conocer á su sucesor en la tierra su voluntad sobre el hecho mas trascendental de la era moderna: la vocacion de los gentiles. Moisés dió leyes á los hebreos; Jesucristo las dió á los hombres. La Ley Antigua debia ser conservada como en un sagrario en el pueblo escogido; gérmen de vida que se mantuvo oculto durante cinco mil años, y que se desarrolló despues, modificado por la Ley Nueva, extendiendo sus raíces imperecederas por el mundo. Y vino un dia en que desapareció el pueblo para hacer lugar á los pueblos; y la tierra fué un vasto Israel, sobre el que se derramaron los prodigios del Omnipotente. La salud vino al mundo sin distincion ni reserva. El Antiguo Testamento concluyó enlazándose con el Nuevo; se cambió la faz de las cosas; en vez de seis millones de hebreos, surgió de una sociedad abyecta y moribunda, la humanidad vivificada y llena de luz.—

CAPILLA ALFONSINA

Descendí de la terraza, porque era muy tarde y tenia que partir en el mismo dia para Ramleh. Me dirigí al convento franciscano, donde me esperaba Fortunato con las mulas cargadas y los caballos ensillados. Tocóme en suerte cabalgar sobre un bruto grande, hermoso y ligero; pero lo que mas me llenó de alegría fué ver que en lugar de la incómoda silla que usan los árabes, mi dragoman providente me habia deparado una al uso inglés, la cual, aunque vieja, no por eso habia perdido su estructura. El sacerdote italiano que habia comido conmigo, estaba á mi llegada montado ya sobre un manso alazan, cuya cabeza colgante parecia querer ocultarse entre las piernas. Molesto se hallaba asaz y desequilibrado el buen sacerdote. Era aquella una de las poquísimas ocasiones en que se habia visto caballero sobre los lomos de un animal de la especie; aunque segun él decia, sabia tenerse muy bien sobre los de un asno.

Su trage talar, su sombrero de seda y sus zapatos con grandes hebillas, formaban extraño embarazado conjunto, y daba pena mirar aquel ginete.

Precedido por el dragoman y seguido por el eclesiástico, me puse en marcha por las calles de Jaffa. Atravesé un mercado cubierto de gente, donde se vendian frutas de distintas clases. Habia muy buenas naranjas, limones, granadas, plátanos y cañas de azúcar. Las naranjas de Jaffa, sobre todo, son de calidad excelente y extraordinario tamaño. Durante el estío hay sandías muy ricas, uvas, higos, moras; y toda especie de legumbres frescas y gustosas, como no se ven en otra parte del globo.

Grande dificultad tuve en pasar por las calles estrechas del bazar. Forman los árabes grescas infernales cuando algun viajero involuntariamente comete algun atropello.

Más allá del bazar, despues de haber dejado atrás dos ó tres recodos, entramos en el camino real que está costeado un buen trecho por jardines y huertos del mas risueño aspecto. Allí crecen con lujuriante ostentacion de verdura, los naranjos, los granados y los limoneros. Jaffa (que quiere decir agradable), es uno de los lugares mas fértiles de la tierra, y su reputacion en este sentido data de la mas remota antigüedad. Los turcos y los árabes ricos tienen aquí sus casas de campo, y vienen á pasar á ellas el invierno para vivir burlándose de él, en medio de la verdura, las flores, los perfumes y el canto de los pájaros.

Despues de corta marcha llegamos á una fuente de agua potable, construida por Abu-Nabbut, en una plaza plantada de cipreses y sicomoros. En el jardin que se halla al norte de esta fuente, fué donde existió la casa de Tabita.

Tabita murió, y San Pedro, llamado al lecho mortuorio, ordenó á la difunta: *levántate;* y Tabita volvió á la vida.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO II

DE JAFFA Á JERUSALEN.

DESPUES de caminar todavía buen espacio por entre los jardines de Jaffa, entramos en la llanura de Saron, tan célebre en la Biblia. Para ir á Jerusalen se la átraviesa de oeste á sureste. Se extiende desde el Carmelo hasta el Desierto, y desde el Mediterráneo hasta las montañas de la Judea y la Samaria; así es que mide poco mas ó menos veinte leguas de longitud sobre ocho de anchura. Accidentada en algunos puntos, ofrece sin embargo en lo general una planicie perfecta. Sobre las montañas que la rodean se miran las ruinas de antiguas ciudades y pueblos, que denotan la grandeza pasada y la miseria presente. Hubo un tiempo en que esta llanura estuvo muy bien poblada. Aquí fué donde Sanson quemó los sembrados de los filisteos, haciendo correr por entre ellos trescientas zorras con antorchas inflamadas amarradas á la cola.

Yo sentia no sé qué inexplicable tristeza y qué placer vago, al considerarme en medio de esta planicie, cuyo nombre habia visto tantas veces escrito, como el de una cosa lejana que jamas ha de mirarse. A mi frente se elevaban las montañas de la Judea, y á mi

derecha y mi izquierda la tierra plana se extendia inmensamente cubierta de florecillas pequeñas que hollaba mi caballo con sus piés.

Aquí y allí se levantaban mezquinos edificios de piedra en forma de torre; alojamientos abandonados de los turcos que deberian cuidar del camino. Dejamos tambien á nuestro paso algunas aldeas miserables y cúpulas aisladas en medio del campo. Estas cúpulas son monumentos fúnebres erigidos á algunos santones. Entre otras cosas curiosas hay á un lado del camino un bosque de olivos plantados por Colbert, ministro de Luis XIV, que fundó aquí una casa de campo. Napoleon I, dirigiéndose á San Juan de Acre, acampó á la sombra de estos olivos. Uno de los puntos por donde pasé, se llama *Maktaleh*, que en árabe quiere decir corta-garganta. Poco hace todavía, los ladrones detenian aquí á los pasajeros para robarlos y asesinarlos.

Elevada sobre una altura, se ve una pequeña aldea musulmana llamada Sarfand. Se cree que allí existió en la antigüedad Geth, patria del gigante Goliath. Josué no exterminó á los habitantes de este lugar. Aquí fué donde David vino á acogerse cerca de Achis huyendo de la persecucion de Saul. David, para burlar mejor el peligro, se fingió loco y así fué como pudo salvarse. Despues se refugió allí con sus seiscientos hombres y fué bien recibido por el rey, que le hizo donacion de Siceleg. Desde entonces Siceleg perteneció á los reyes de Judá.

Geth era uno de los cinco principados de la república de los filisteos. Los otros cuatro eran Accaron, Gaza, Azoth y Ascalon.

La llanura que se extiende del Mediterráneo al sureste hácia Egipto, era el país de los filisteos. Los filisteos descendian de Cam, y eran colonia egipcia, se cree, por la semejanza que tenia su culto con el de la tierra de los Faraones.

A la extremidad sur de la llanura, y en los confines de Egipto, yacen las ruinas de Gaza.

Innumerables conquistas sufrió la ciudad célebre, y despues de pasar de las manos de los filisteos á las de los hebreos, de aquí á las

de los caldeos, despues á las de los persas, fué arruinada por el conquistador Alexandro. Posteriormente, apenas reedificada, los seleucidas, lagidas y asmoneos se la disputaron, hasta que un segundo Alexandro, Alexandro Janeo, le dió el golpe de gracia que acabó con ella para siempre.

En la llanura de Sorec habitaba Dalila, mujer funesta que embargando con amor mentido el espíritu de su esposo el Juez de Israel, lo entregó indefenso en manos de sus enemigos. Sanson, sin embargo, se vengó dignamente de sus cobardes vencedores. Ciego y olvidado, entró un dia en el templo en Gaza, á la sazon que se celebraban espléndidamente las fiestas de Dagon. El Hércules hebreo se abraza á las columnas del templo, hace un fuerte empuje, y las echa por tierra. El templo se derrumba con estruendo horrible, y en medio del polvo y los gemidos el juez perece, y con él inmenso gentío que estaba allí aglomerado para rendir al ídolo adoracion insensata.

Los filisteos y los hebreos estuvieron en continua lucha hasta la llegada de los romanos, que vinieron á ponerlos en paz bajo el yugo comun de la servidumbre. Los filisteos eran todavía muy poderosos hasta esa época, pues de su nombre «philistini» se dió á toda la tierra el nombre de Palestina.

En esto llegué á un cementerio que está á las puertas de Ramleh, habiendo hecho poco menos de cuatro horas desde mi salida de Jaffa. Al entrar en el pueblo fuí asaltado por multitud de leprosos, que esperaban á los viajeros sentados al borde del camino. Corrieron á mi alcance, rodearon mi caballo y tocaban mis piernas con sus manos mutiladas, y me decian:

—*¡Bakshish, jahuaya!* Una limosna, señor. (Los egipcios pronuncian jauaga.) Y me mostraban las deformidades de sus rostros hinchados y carcomidos.

Díles algunas piastras que unos cuantos se repartieron. Los restantes siguieron asediándome tenazmente, y hube de poner mi caballo á galope para lograr desembarazarme de ellos. Por fortuna detrás de mí venian mis compañeros, sobre los cuales se abalanzaron rabiosos los mendigos.

Llegué al convento latino guiado por un muchacho de la poblacion que hablaba italiano, y se habia ofrecido espontáneamente á conducirme. Llamé á la puerta y salió á abrirme un lego italiano, comedido y cariñoso. Entramos en el patio, desmontamos, y fuimos conducidos á la sala de recepcion, donde nos echamos sobre los mullidos divanes. Segun la costumbre comun en Oriente, se nos sirvió incontinenti una fresca limonada, despues de la que vinieron las sabrosas tacitas de café á la turca. Estas bebidas repararon un tanto nuestras fuerzas.

Despues de un rato de reposo, visitamos el convento. Ramleh es la antigua Arimatea, patria de José Nicodemus, discípulo secreto de Jesucristo, que dió el sepulcro nuevo de su familia que tenia en Jerusalen para que fuese enterrado su Maestro. La iglesia del convento franciscano está edificada sobre el lugar donde existió la casa de Nicodemus. Napoleon I convirtió en cuartel el convento, y la iglesia en hospital durante su expedicion de Siria. Cuando salieron de Ramleh las tropas francesas, los turcos entraron en el convento, lo pillaron, y degollaron á los religiosos.

Visitado el convento, nos dirigimos á la torre llamada de los Cuarenta Mártires, que se halla á distancia de diez minutos. El camino que conduce á ella pasa por el medio de un cementerio mahometano. Entre las tumbas vagaba un rebaño pastando la yerba que allí crecia. A poca distancia se ven las ruinas considerables de un antiguo edificio. Hay quien crea que son las de un Khan; pero parece que son, como otros lo dicen, los restos de un convento de Templarios, pues hay construcciones subterráneas, á las cuales yo descendí, que parecen haber formado la vasta cripta de una iglesia.

Hácia el oriente de estas ruinas se alza un edificio aislado en forma de torre; es bastante elevado y de arquitectura moruna. Comien-

za á henderse y agobiarse, á consecuencia de las injurias del tiempo y la incuria de los hombres. Esta es la torre llamada de los Cuarenta Mártires. Larga gradería, en parte destruida, conduce á su cima, desde donde se disfruta agradable vista sobre Ramleh y la gran campiña que la rodea. Desde allí se miran unos grandes estanques que han recibido el nombre de Santa Elena, aunque realmente son obra de los cruzados. En un tiempo, cuando Ramleh perteneció á los cristianos, estaba circundada por un muro con doce puertas, y tenia bazares famosos y ferias, estos estanques eran destinados á proveer de agua potable á la numerosa poblacion que allí se agrupaba; ahora recogen el agua de las lluvias, formando lodazales inmundos con la tierra que comienza á cegarlos.

Ramleh es una poblacion miserable que contiene tres mil musulmanes, cuatrocientos griegos y sesenta católicos que viven en pobres chozas diseminadas entre el follaje de las huertas; pero mirada á vuelo de pájaro presenta agradable aspecto con sus altos minaretes, sus cúpulas y su lujo de verdura. Este lugar es célebre en la historia de las Cruzadas, porque muy cerca de aquí perdieron los cristianos desastrosa batalla en que murieron héroes de gran nombradía, entre otros, los condes de Blois y de Borgoña. Balduino I se retiró solo, ocultándose detrás de las altas yerbas; pero los turcos les prendieron fuego, y Balduino, próximo á sofocarse, hubo de refugiarse en Ramleh, cuyo emir lo salvó conduciéndolo á Arsur.

La llanura de Saron me pareció mas hermosa todavía desde la altura donde me hallaba. La fertilidad ponderada de aquella tierra no la encontraban mis ojos sino en las flores que formaban tapiz de vivos resplandecientes matices. Por lo demas, esta llanura es un baldío inmenso. Abandonada, desierta, inculta, nada útil para el hombre produce. Algunos olivos y sicomoros crecen aquí y allí, en medio de marañas rastreras de cardos y yerbas secas. Bastante manifiesta sin embargo este suelo que es susceptible de producir profusa y provechosamente, cubriéndose en la primavera, sin que la mano del hombre intervenga, de anémonas, alhelies, narcisos, rosas y azucenas de diversos colores; y en invierno de menudas florecillas que brotan entre la yerba, como para no dejar un punto desamparada aquella tierra de su aspecto risueño. Esta llanura en manos europeas se cubriria de sembrados, se llenaria de movimiento y de vida, y seria capaz de dar bastante trigo para que se alimentara una nacion numerosa. En manos de los turcos no es mas que tristísimo yermo donde el corazon se oprime como en un cementerio.

Declinaba la tarde, las sombras comenzaban á invadir la llanura, y me dí prisa á bajar para regresar al convento. La Torre de los Cuarenta Mártires, quieren algunos que sea monumento cristiano; pero basta mirarla para convencerse por su arquitectura, de que es musulmana. Fué edificada por el sultán de Egipto, Mohammed, hijo de Kalaun, en 1310, sobre el lugar donde se levantó una antigua iglesia dedicada á los Cuarenta Mártires. Estos cuarenta no se sabe á punto fijo quiénes fueron; pero la opinion mas comun asegura que son los muertos en Sebaste de Armenia al principio del IV siglo bajo Lucino. Como quiera que haya sido, la verdad es que la costumbre de venerar este sitio pasó de cristianos á musulmanes, y que estos ahora hacen cada año dos dias de fiesta en honor de los cuarenta mártires, asegurando que fueron moros y mahometanos.

Regresé al convento, donde me esperaba el superior para hablar conmigo. Es un viejo español muy devoto y amable, que tiene unas barbas blancas dignas de un anacoreta. Conversamos largamente sobre las cosas de Europa y de México. El superior era por supuesto, como buen sacerdote, buen carlista. Al oirle hablar sobre D. Cárlos con tanto entusiasmo, tomé el partido de callar, porque para mí D. Cárlos no es mas que un aventurero vulgar. Llegada la hora de la cena, el superior me hizo compañía, y me habló con grande interes de México. Díjome que habia estado en aquel mismo convento un fraile mexicano llamado José, y que hacia solo pocos dias habia partido para Egipto. Mucho sentí no haber visto á mi compatriota, por-

que en tan lejanas tierras los de un mismo país míranse como hermanos. De esta conversacion salió que el superior me prestara una excelente obra sobre Palestina, escrita por Monseñor Mislin, arzobispo austriaco y últimamente privado de Su Santidad.

Divertíme gran parte de la noche hojeando aquella obra erudita y curiosa, y por esta razon me dormí hasta bien entrada la noche, á pesar de la fatiga de aquel dia.

Febrero 10.

El superior español me acompañó durante el desayuno, me regaló pan y queso para el camino, y se despidió de mí con gran cariño, deseándome feliz viaje. Eran las siete de la mañana cuando salí de Ramleh. El cielo estaba puro, brillaba un sol espléndido y un viento fresco descendia de la montaña.

Caminábamos alegremente conversando y disfrutando al mismo tiempo del agradable espectáculo que nos ofrecia la llanura resplandeciente de colores, y fresca y risueña con el rocío de la mañana. Pasamos el rio de Ramleh, pequeña corriente atravesada por un puente de piedra. En estos campos era donde David tenia numerosos ganados, guardados por Setray. Nos acercábamos mas y mas á las montañas de Judá. Aquí y allí se veian algunos caseríos en las cumbres de las montañas. Allí está el Kubab, el antiguo Corbé del Talmud, situado entre los límites de Israel y de los filisteos. Allí está al oriente asido á la falda de una montaña, Beit-Nuba la antigua Nobe, ciudad sacerdotal donde nació el gran sacerdote Achimelech, que dió los panes de la proposicion á David porque no tenia otros, con la espada de Goliat. Saul irritado por esta proteccion, y creyendo descubrir en ella cierta inteligencia entre David y el gran sacerdote, hizo matar á este y ochenta sacerdotes mas, todos de Nobe; y en su sed de exterminio, concluyó por hacer perecer en la ciudad todo cuanto tenia vida.

Termina la llanura de Saron. Comienzan las montañas de Judea. Sobre una pequeña colina que atravesamos, míranse ruinas que parecen muy antiguas; unas cuantas chozas que hay en pié en medio de los escombros, son habitadas por algunos pobres *fellahs* (cultivadores.)

La tradicion coloca en este lugar el castillo que servia de albergue al egipcio Dimas y sus compañeros, y por esta razon se da al sitio el nombre de Latrum.

No se sabe á punto fijo cuál haya sido el nombre del buen ladron. En Occidente se le llama Dimas, como pudo habérsele llamado por otro cualquier nombre mas ó menos alusivo á la idea que se tiene de su tipo. Los orientales le llaman simplemente el ladron de la derecha (*laas-al-jemin.*) Cuéntase que el buen ladron se encontró en una ocasion con el niño Jesus en un camino, á la sazon que se dedicaba al ejercicio de sus nobles tareas. Esto pasó cuando la huida á Egipto. Un ladron llamado Tito, quiso despojar á la Santa Familia y matarla; otro llamado Damaco no permitió lo uno ni lo otro. Entonces el niño Jesus predijo á este su salvacion y su condenacion á aquel. Excusado es decir que Damaco era Dimas y Tito el mal ladron.

La cruz de San Dimas fué encontrada por Santa Elena y mandada por ella á Constantinopla. Hoy se halla en Nicosia, Chipre.

Ya sea que aquí haya ejercido sus depredaciones ó no el buen ladron, lo cierto es que otros muy malos las ejercieron desde tiempo inmemorial, hasta que Ibrahim-Pashá los exterminó á todos haciendo arrasar las paredes de la iglesia que les servian de emboscada.

Poco delante del Latrum se encuentra Emoas, la antigua Emaus, donde Júdas Macabeo derrotó á Georgias, general de Antioco rey de Persia. Vespasiano construyó allí una hermosa ciudad llamada Nicópolis, que agrandaron y embellecieron Heliogábalo y Alexandro Severo. Se conservan todavía en Emoas los restos de una iglesia, construida en los primeros siglos del cristianismo, dedicada á los siete Macabeos (no los guerreros) que sufrieron allí martirio con su madre, bajo Antioco Epifanes.

Llegamos á una casa que se encuentra en medio del camino, y se llama Deir-Ayub (convento de Job.) Allí viven tres judíos que han reedificado buena parte del antiguo edificio, y tienen establecida una fonda. Descendimos mis compañeros y yo del caballo y entramos en la posada. Encontramos aquí una familia inglesa que iba tambien á Jerusalen. Mucho gusto nos dió ver caras europeas, y almorzamos todos juntamente, tratándonos con afabilidad y confianza.

El almuerzo no pudo ser peor: huevos duros, malas sardinas y algunas papas cocidas, con una botella de mal vino, formaron nuestro frugal alimento aquella mañana.

Poco despues volvimos á montar, y proseguimos el camino todos reunidos; aunque á poco hubimos de dejar á los ingleses, porque venia entre ellos una anciana que caminaba muy despacio, sobre una mula que llevaba un *mukr* (arriero) por la brida.

Trascurrida media hora, detuvímonos nuevamente, y fué en una pobre choza, formada de ramas secas, donde encontramos excelente café. Esta choza, aunque de todo punto miserable, es llamada en el poético lenguaje del país, *Bab-el-uadi* (puerta del valle). Tomado el café continuamos la marcha.

Aquí está Sarrí, pequeña aldea musulmana asida á la falda de una montaña. A la espalda se mira el Mediterráneo como faja brillante de alegre azul.

Aquí está *Kariat-el-Enab* (aldea de las uvas) situada en la vertiente de una colina, donde generalmente almuerzan los viajeros. Hace mas de sesenta años este lugar ha perdido su nombre para tomar el de *Abugosh*, de un célebre bandido que habia establecido aquí el centro de sus operaciones vandálicas. Abugosh era el antiguo *sheikh* de esta aldea, y teniendo á su disposicion ciento cincuenta mil árabes de la montaña, se mantenia en una independencia de hecho respecto de las autoridades del país. Habia establecido un impuesto que debian pagar todos los viajeros que transitaban por sus dominios, so pena de no atravesarlos ó de ser bárbaramente despojados. Cuando pasó Lamartine por este sitio, traia cartas de la reina de Palmira, lady Stanhope, para este *sheikh* famoso; motivo por que fué tratado con suma cortesía y aun acompañado en sus expediciones ulteriores por árabes de Abugosh. Con razon, pues, cuando el bandido preguntó al poeta lo que pensaba de él, contestóle Lamartine que lo tenia por príncipe magnífico, adornado de cualidades caballerescas que hacian falta á los mejores hidalgos de Europa.

Y en efecto, hablando sin el espíritu de adulacion que es de suponerse animaba al poeta frances en aquella situacion crítica, debe confesarse que los orientales, aun los mas depravados, tienen ciertos rasgos grandiosos en su vida, que parecen derivar su orígen de la humanidad de los primeros tiempos.

A pesar, sin embargo, de la buena opinion de Lamartine, respecto de aquellos salteadores, y de los rasgos que yo les atribuyo, Ibrahim-Pashá tuvo á bien barrerlos del camino de Jerusalen el año de 1830, haciendo en ellos espantosa matanza.

Kariath-el-Enab ó *Abugosh* es la antigua *Baala* ó *Kariath-Yarin* de la tribu de Judá. En la casa de Abinadab en *Gabaa* fué colocada el Arca, despues que los filisteos, habiendo atraido sobre sí los castigos del cielo por haberla guardado, la devolvieron á los israelitas. Hacia veinte años que el Arca estaba allí, cuando David la trasportó á Jerusalen hácia el año 1033 *A. J. C.*

El profeta Urí nació en este lugar. Profetizó contra su ciudad y contra su país, y pereció á manos del rey Joaquin.

Yo pasé tranquilamente por este sitio sin que Abugosh ú otro ladron de menos importancia me incomodase en lo mas mínimo.

¡Tanto hicieron cambiar así la faz de la Palestina las armas del general egipcio!

Saliendo de Kariat-el-Enab se percibe á la derecha altísima montaña, sobre la cual se eleva una poblacion en ruinas. Allí estuvo Modana, patria de los Macabeos. El padre de estos, Matatías, mató por su propia mano al enviado de Antioco, venido al país para hacer ido-

latrar al pueblo de Israel. El entusiasta anciano murió antes de ver vengada su patria, y no tuvo siquiera la satisfaccion de solazarse en la contemplacion de los épicos resultados de su gloriosa temeridad. Lanzó, al borde ya del sepulcro, grito de guerra. Sus manos trémulas fueron las primeras en blandir la espada contra el extranjero. Desde su vejez arrojó la sangre del régio emisario al rostro de Antioco, y agotada su vida en este esfuerzo supremo, bajó al fondo del sepulcro. Pero no murió antes de encender en la hoguera del patrio amor que ardia en su pecho, el espíritu de sus hijos; congrególos en torno de su lecho, y dióles de este modo su despedida: «El reino del orgullo se ha fortificado; es una época de castigo y de ruina, es una tempestad de la cólera de Dios. Así, hijos mios, tened gran celo por la Ley, y dad vuestra vida por guardar el testamento de vuestros padres. Acordáos de las obras que ellos llevaron á cabo, para que os sirvan de noble estímulo en las vuestras, y os pronostico que os cubrireis de gloria y adquirireis renombre inmortal.» Concluyó su discurso haciendo de Simon la cabeza y de Júdas el brazo de la lucha futura.

Los votos del anciano progenitor de héroes, héroe él mismo, se cumplieron. Sus hijos se levantaron en armas para vengar á la patria, y con su audacia y su genio dejaron postrado cien veces en los campos de batalla el orgullo de los invasores. Ellos cumplieron hechos superiores á los de los héroes de la Iliada; como leones furiosos se lanzaron con un puñado de hombres contra ejércitos formidables, y los hicieron morder el polvo y los destrozaron. Cerca de Modana misma fué derrotado el rey de Siria Antioco Eupator, por Judas y sus ínclitos compañeros. Mas tarde, Judas, despues de numerosas victorias, murió como le era conveniente, en el campo de batalla. Cerca de Bethel osó combatir con tres mil hombres un ejército de veintidos mil, y entrando ciego en la pelea, dijo: «Muramos con valor si nuestra hora ha llegado, y no echemos una mancha á nuestra gloria.» Israel llevó duelo por su muerte, y admirado de que hubiera acaecido, exclamaba: «¿Cómo ha podido caer el guerrero que salvaba al pueblo de Dios?»

Jonatás, su hermano, lo reemplazó en el mando del ejército, y siguiendo sus huellas, logró llevar á cabo hazañas de eterna nombradía; y cuando él mismo hubo hallado la muerte en el combate, fué reemplazado por Simon, que recogió el fruto de tantas hazañas y abnegaciones, arrojando del país á los invasores y dando libertad, paz y prosperidad á la patria.

Simon fué gefe y pontífice de la nacion judía; trató de potencia á potencia con los reyes; hizo alianza con los lacedemonios y los romanos, y su nombre voló en alas de la fama por toda la tierra. Esta época es acaso la mas gloriosa que se registra en los anales del pueblo judío. En medio de su esplendor no se olvidó Simon del de su familia. Sus hermanos fueron enterrados al lado de su padre, en la altura de Modana. Sobre su sepulcro hizo elevar altísimo monumento y pirámides fúnebres; alrededor habia columnas, en las que estaban esculpidos trofeos, emblemas de victoria. Estas construcciones eran tan enormes, que se las distinguia desde el mar al aproximarse á la costa. Eusebio de Cesarea y San Gerónimo alcanzaron á ver todavía en pié este monumento. Ahora no queda de él ni una piedra. Miserable aldea formada con los escombros de la antigua Modana, ha reemplazado á la ciudad ilustre, cuna y semillero de héroes.—

La naturaleza habia ido haciéndose mas estéril á proporcion que nos internábamos en las montañas de Judá. Las cimas grises y desnudas, desprovistas de vegetacion, dejaban ver por entre las junturas de los peñascos, los desecados cauces de los torrentes. Se camina flanqueando las montañas por sendas practicadas en la misma roca, y de dia en dia las piedras que descienden de las partes elevadas obstruyen y cierran el paso. Algunos laureles-rosas y algunos olivos se miran diseminados aquí y allá por aquellas fragosidades blanquecinas. Sin embargo, por un capricho de la naturale-

CAPILLA ALFONSINA

za, aquel mismo suelo árido, formado de piedra, deja salir por entre sus quebraduras las mismas florecillas pequeñas, azules, amarillas y rojas que tapizan la llanura de Saron.

Aquí está la Palestina tal cual la imaginacion se la figura: un país de piedra, quemado por el sol, donde la esterilidad y la desolacion parecen levantarse como gigantes espectros de la tierra.

Se está al frente de la tierra maldita, pero no de la tierra prometida. Se concibe que este haya sido el suelo habitado por el pueblo deicida, pero no por la nacion escogida, que, sacada de la esclavitud de una tierra extranjera, debia venir á habitar estas regiones, bañadas por rios de leche y miel.

Naturalmente se ocurre preguntar cómo hayan podido los enviados de Moisés hablar con tanto entusiasmo de esta desierta Canaan, de donde parece huir horrorizada la vida. La respuesta, sin embargo, es bien sencilla.

La Palestina actual es diferente de la de los tiempos antiguos. Colocada esta tierra á una latitud dulce y templada, presenta en las accidentaciones de su suelo, todas las ventajas deseables para la agricultura y el pastoreo. Brisas frescas le vienen del Mediterráneo; las montañas de Moab detienen las arenas y el aire abrasador de la Arabia Desierta; el Líbano con sus altísimas cumbres la protege contra los vientos helados; numerosas fuentes que brotan de la peña dura riegan los campos, supliendo así la falta de la lluvia.

Entre las grietas de las peñas, forman las abejas sus panales de miel tan copiosa, que á las veces rebosa y corre por las peñas. Los rebaños son innumerables y encuentran abundantes pastos, de manera que producen lana y leche en abundancia. De aquí seguramente tomó orígen el que se dijera que esta tierra manaba leche y miel, pues hechas las anteriores explicaciones, todavía puede decirse que las mana.

Antes de que estos campos y montañas cayeran en la esterilidad y desolacion presentes, fueron fértiles y risueños. Trabajados durante miles de años, han dado fruto suficiente para el sustento de

incontables millones de hombres. La guerra ha talado mil veces este suelo regándolo con sangre y haciéndolo arder en inmenso incendio; y despues de tantos desastres y de tan grande ruina, ha venido la incuria de los hombres á coronar la obra de destruccion de la sangre y las llamas.

Estos cerros que ahora aparecen desnudos, estuvieron en otro tiempo cubiertos con tierra vegetal; murallas de piedra colocadas á su flanco, desde el pié hasta la cima, en forma de gradería, sirvieron para detener sobre el cimiento de piedra el fértil limo. Sobre aquel fondo duro, así metamorfoseado por el trabajo y la industria, se ostentaban las galas de la vegetacion mas lozana, y las rubias espigas ondeaban con los soplos del viento.

Ahora las planicies están desoladas; ni una poblacion, ni una choza se miran en su extension inmensa; la tierra baldía, sin ser hendida por el arado ni recibir la semilla, que habria de hacer fecunda, se cubre de inútil yerba y enmarañada maleza. Este reposo del suelo que el labrador no huella, tiene algo de mas triste que la desolacion de una ciudad todavía en pié, como Pompeya. En las habitaciones vacías de la ciudad muerta faltan los moradores, y en las calles el ruido; pero en los campos incultos, abandonados á la vegetacion estéril, parece faltar la naturaleza, parece faltar la mano de Dios.

Al subir por estos montes se miran todavía en sus laderas las murallas que sirvieron para detener la tierra fecunda; pero esas murallas están en ruinas; las piedras que las formaban ruedan desgajadas por la pendiente; la tierra se derrumba por las anchas brechas que por do quier se le ofrecen, y la superficie de piedra de la montaña vuelve á mostrarse en toda su desnudez, como antes que la hiciera desaparecer el trabajo del hombre.

Miles de años han sido precisos para que estas obras de la industria hebrea hayan caido en el estado actual de destruccion, y todavía el tiempo no ha podido hacerlas desaparecer por completo. Grandes restos de ellas puede aún contemplar el viajero con ojos

CAPILLA ALFONSINA

atónitos. Si tantos siglos de abandono no han podido destruir enteramente aquellas obras, ¿cuántos siglos de trabajo estarán representados por ellas?

Todavía cuando esta tierra es cultivada, produce como en otro tiempo frutos ricos y abundantes. La industria del país es muy reducida, pero todo lo que se siembra se produce liberalmente. Un poco de trigo, un poco de maíz, un poco de cebada y legumbres, es todo lo que el labrador del país hace producir al pequeño terreno que cultiva.

Las viñas que crecen en los lugares pedregosos, son muy corpulentas; su tronco adquiere robustez prodigiosa; las uvas son de gran tamaño y racimos suele haber del peso de varias libras, como en tiempo de Moisés. El cultivo de las viñas, sin embargo, está abandonado por completo, por ser el país mahometano y prohibir el Corán á sus sectarios el uso del vino. De las pocas viñas que los cristianos cultivan, sácase un vino rico, al que no falta sino mejor elaboracion para ser excelente.

Estas reflexiones iba yo haciendo al subir paso á paso por aquellas sendas escabrosas. El caballo fijaba su pié inseguramente, haciendo rodar á su paso las piedras por los profundos desfiladeros á cuyo borde marchábamos. Hacia un sol de fuego; la vegetacion se hacia mas y mas rara delante de nosotros; el calor reflejado por las piedras peladas, nos heria de lleno los ojos y nos cegaba.

Mi compañero el clérigo italiano estaba moribundo de fatiga, y caminaba á paso tan lento, que apenas se movia. A cada momento me era preciso detenerme para esperarlo, y esto hacia que el camino se alargara de un modo desesperado. El pobre clérigo tenia una rodilla sumamente maltratada, por lo que discurrió acortar un estribo dejando largo el otro. Esto le produjo doble cansancio, pues la articulacion se le entumeció de tal manera, que no podia estirar la pierna, por lo que llegó á temer formalmente se le quedasen los tendones para siempre encogidos.

Fortunato, compadecido de las desdichas que al clérigo aquejaban, propúsole que se sentara á la grupa de su caballo, como las mujeres de la Edad-Media. El pobre padre aceptó con lágrimas de reconocimiento, y abrazado estrechamente á mi dragoman, caminó buen trecho, en tanto que yo llevaba por la brida el caballo sin ginete.

En esto, hácia el norte, mi guia me señaló el lugar donde fué Gabaon. Cuando Josué entró en estas tierras llevándolo todo delante de sí á sangre y fuego, los habitantes de ese lugar se salvaron por medio de ingeniosísima estratagema. Presentáronse al gefe hebreo vestidos con trages viejos, y le dijeron que Gabaon, su patria, se hallaba tan lejana, que viniendo de allá á encontrarlo, sus vestidos se habian usado en el camino. Engañado Josué por esta falsedad, aceptó su sumision é hizo con ellos un tratado, por el que se obligó á respetar sus vidas y propiedades.

El rey de Jerusalen, alarmado al ver que los habitantes del país se aliaban con los invasores, puso cerco á Gabaon para castigarla. Avisado Josué, se dirigió á marchas forzadas contra los sitiadores, y sorprendiólos con ataque imprevisto. Enardecido entonces con el delirio de la victoria, dió órdenes á la naturaleza, y dijo al sol: «detente sobre Gabaon,» y á la luna: «no avances sobre el valle de Aialon;» porque el general victorioso queria luz para exterminar á sus enemigos. La naturaleza obedeció á Josué, porque Josué confiaba en que habia de ser obedecido. Si él lo hubiese dudado, el sol y la luna habrian seguido su curso, y Josué no hubiera sido mas que un insensato. Porque escrito está que la fé es mística irradiacion del poder de Dios sobre las almas, y la naturaleza inmensa, es cierto, pero ciega, tiene que obedecer á la mano de Dios, movida por las palabras de un creyente.

Este acontecimiento célebre sirve de enfático argumento á los enemigos de la Biblia. *¡Detenerse el sol,* dicen ellos, *cuando no se mueve!* y prorumpen en carcajadas filosóficas. Porque segun su entender, Josué debió haber dicho: *Tierra, deten el movimiento de*

CAPILLA ALFONSINA

rotacion alrededor de tu propio eje, sin que esto obste para que sigas el de rotacion alrededor del sol, que es el centro de nuestro sistema planetario. Y despues de esto debió de haber seguido el general hebreo un curso completo de astronomía como M. Arago!

Sobre una elevada montaña ví tambien *Nebi-Samuel*, la antigua *Ramatha*, patria del profeta Samuel, que por tan largo tiempo juzgó á Israel. Este profeta, invocado despues de muerto por la pitonisa de Endor, se apareció á Saul y le predijo su muerte próxima. Saul despavorido á la vista de aquel espectro, cayó al suelo sin sentido. Al dia siguiente, peleando como bravo contra los enemigos de su patria, cayó en el combate atravesado por mil dardos.—

Desde que comenzaron las montañas de Judá, no habiamos dejado de subir ni un momento. Ahora llegamos á una altura desde donde nos fué preciso descender á un estrecho valle, para ganar la elevacion de otra montaña que se encontraba al frente. A la derecha se ve un grupo de montes cubiertos de verdura, que se propagan indefinidamente hasta el límite del horizonte. Estos montes incultos y bravíos tienen marcado imponente sello de soledad.

Es el Desierto donde se retiró San Juan Bautista para predicar la penitencia. En medio de aquella inmensidad de silencio se mira una construccion blanca salir de en medio de la verdura. Es el convento de los franciscanos erigido sobre el lugar mismo donde tuvo su habitacion el Precursor. Allí viven los frailes católicos en medio del aislamiento, consagrados á la meditacion y al éxtasis, á la vista de aquella naturaleza indómita, y evocando los recuerdos del que mereció ir delante de Jesucristo para prepararle sus senderos.

La pequeña aldea donde nació San Juan Bautista, se llama actualmente *Ain-Karim*, y es la antigua Ain, ciudad sacerdotal de la tribu de Judá. Allí vivian San Zacarías y Santa Isabel, cuando ya cargados de años creian que iban á morir sin descendencia. Allí les fué anunciado por el ángel, que la esposa estéril concebiria, y allí fué don-

de se realizó el prodigio, y vino al mundo «el hombre que marchó delante del Señor en el espíritu y la virtud de Elias.»

Allí está el sitio donde San Juan Bautista predicó la penitencia, anunciando la proximidad del reino de los cielos. Juan estaba vestido de piel de camello, un cinturon de cuero rodeaba sus riñones, y se nutria de langostas y miel silvestre.

En el lugar que la tradicion señala como el de la predicacion del Precursor, hay una especie de fruta, llamada por los naturales del país *pan de San Juan*.

Descendimos al valle que habiamos visto desde la montaña á nuestras plantas. Está desgarrado en su parte mas profunda por el lecho de un torrente en seco. Hé aquí el valle del Terebinto, y el torrente de donde David tomó cinco piedras para armar su honda contra Goliath. Parecíame mirar en las alturas los ejércitos de los israelitas y los filisteos, al oriente los unos y al occidente los otros. La profundidad del valle dividia los bandos enemigos. Un gigante se avanza de en medio de los filisteos, y reta á singular combate al mas esforzado entre los hijos de Israel. La estatura formidable, el gesto furibundo, la voz estentórea, colosal, del guerrero filisteo, llenan de inmenso pánico al ejército israelita, y no hay un soldado de Dios que ose salir de las filas para aceptar la insolente provocacion del tremendo adversario.

David llegó en este momento crítico. Tenia entonces veintidos años, era pastor, y su padre lo habia mandado al campo para que llevara á sus hermanos, cebada, pan y queso. David tenia tres hermanos en el ejército, pues en ese tiempo no habia ejército permanente, y se publicaba entre las doce tribus que se aprestase para combatir todo hombre capaz de llevar las armas, siendo de su cuenta los gastos de guerra.

David no pudo sufrir la humillacion del ejército de Dios. Sintió en su pecho hervir el furor de las batallas y el santo fuego del amor la patria y de la predestinacion divina, y fué á ofrecerse para com-

CAPILLA ALFONSINA

batir contra el gigante. Celosos sus hermanos se oponian á que llevara á efecto su deseo, y el rey mismo trataba de desanimarlo, al mirar su débil juventud, que parecia todavía mas tierna bajo el pelo rubio como el oro que hacia marco á su semblante, en el fondo de sus ojos azules como el cielo y al través de su piel blanca y sonrosada. David insistió sin embargo. Desechó por pesada la armadura de Saul, y armado de su cayado y de su honda, cogió cinco piedras en el lecho del torrente, y avanzó hácia el gigante. Este le preguntó si era perro, puesto que venia á combatirlo con palo y piedras, y juró por sus ídolos que daria el cuerpo del israelita como pasto á las bestias feroces y á las aves de rapiña. David le contestó que él lo venceria aun combatiendo con armas desiguales, que le cortaria la cabeza y haria de los cadáveres de los filisteos el pasto de las aves y de las bestias, porque el Dios de Israel los pondria entre sus manos.

David hirió en la frente con una piedra á Goliath, y con su propia espada le cortó la cabeza. Los filisteos corrieron despavoridos y los israelitas hicieron en ellos espantosa carnicería.

David compareció delante del rey, que quedó admirado de su hermosura y de su valor. Israel ardió en entusiasmo por el jóven héroe y lo aclamó unánimemente su salvador. Las mujeres salian á encontrarlo al aproximarse á las poblaciones, con cantos y danzas, y decian: *Saul hirió sus mil y David sus diez mil.* Entonces fué cuando Saul cobró á David aquella aversion injusta que fué causa tal vez de la grandeza de David. Saul decia: *A David dieron diez mil, y mil á mí; no le falta á David mas que el reino.*

Jonatás, hijo de Saul, amó á David sin embargo, desde el dia del combate. *El alma de Jonatás fué ligada con la de David, y lo amó Jonatás como á su alma.* É hicieron alianza Jonatás y David. Y esta alianza providencial salvó á David mil veces de la cólera de Saul, y no se rompió sino con la muerte de Jonatás.—

Atravesé el torrente sobre un puente de piedra, llevando el cerebro lleno de estas imaginaciones y estos recuerdos. Todo se me figuraba verlo y oirlo.

Andando á paso tardo subimos el monte que se elevaba delante de nosotros. Despues de este siguieron otros, por los cuales ascendimos asimismo marchando siempre lentamente. Encontramos otro valle. Allí se presentó á mis ojos singular hermosísima escena, llena de ilusion y colorido. Oí voces, y volví el rostro hácia atrás. Bajando de la montaña venian seis mozuelas. Sobre la cabeza cargaban pesados haces de leña. Cantaban al marchar una de esas canciones melancólicas del Oriente. Vestian larga camisa de un azul oscuro, ceñida á la cintura con banda del mismo color. El peso que traian sobre sí, las hacia descender con suma presteza. Las mas grandes y robustas venian á la cabeza. Cerraban la marcha las mas pequeñitas.

Eran las cuatro de la tarde. El sol heria de frente á las campesinas, y los haces de leña que cargaban hacian sombra á su rostro. Las montañas, el valle que estaba en el fondo, y la soledad, juntamente con aquel grupo singular que descendia de la montaña interrumpiendo el silencio con su canto monótono, me hicieron el efecto de una escena antigua. Parecióme hallarme trasportado á los tiempos bíblicos, y mirar á las hijas de Israel volver de su trabajo, cargando la leña con que iban á encender la lumbre del hogar. En efecto, no creo que de otra manera se hayan conducido las mujeres hebreas, cuando los mismos profetas echaban haces de leña sobre sus hombros.

Dejamos á nuestro paso algunas aldeas y torres de guardia, y siempre subiendo, llegamos á un punto desde donde se miran Belen, el monte Olivete y el convento griego de la Cruz que se halla en el fondo de un valle, sobre el lugar que segun la tradicion, ocupaba el árbol de que fué hecha la cruz donde murió Jesucristo. Llegamos á una subida sumamente empinada, y fuénos preciso echar pié á tierra. Nuestros piés resbalaban sobre aquella superficie de piedra, y los pobres caballos que tirábamos de la brida, perdian pisada frecuentemen-

CAPILLA ALFONSINA

te, y parecian querer ayudarse con el hocico, conforme lo clavaban en tierra.

La aridez habia crecido. Ni olivos, ni laureles-rosas habia entre las piedras. Aquellas montañas parecian monolitas; masas enormes, duras y peladas, sin intersecciones ni junturas. Aquí y allí se veia el verde tristísimo del musgo, resaltando sobre el amarillo sombrío de la caliente roca. Los líquenes, esta vegetacion parásita que se unta sobre las piedras, extendian por todas partes sus capas blanquecinas y lúgubres.

Se anunciaba la proximidad de la Ciudad-Santa, y la desolacion crecia á medida que la proximidad aumentaba.

Se diria que la Providencia quiso colocar á Jerusalen resguardada por la naturaleza contra el contagio del mundo. Estas montañas por las cuales se sube sin descanso hasta llegar á Jerusalen, parecen fortificaciones inmensas levantadas por la mano del Todopoderoso, parecen haber sido hechas para Jerusalen. Desde la llanura de Saron no cesa de subirse un punto. La Ciudad-Santa ocupa la plataforma de las montañas de Judá. Allí termina la ascension. Ramleh está á doscientos cincuenta y seis piés sobre el nivel del Mediterráneo, el Latrum á seiscientos veinte, y Jerusalen á mas de ochocientos.

Algo de lúgubremente grande se presiente á la cercanía de la capital de Palestina. Esta naturaleza es triste, desolada, pero mas que todo majestuosa. No hay en la tierra otra naturaleza como esta. De aquel conjunto aterrador se levanta solemnidad imponente; se siente miedo, como si se entrara en los dinteles de otro mundo.

De pronto, á la vuelta de un recodo, llegamos á una torre de guardia; miro hácia adelante y descubro inmenso muro, casas blancas, alguna verdura y cúpulas por encima de ella. Es Jerusalen, sí, es Jerusalen *edificada como una ciudadela y las montañas alrededor de ella*. Allí está el monte de los Olivos, que se encuentra, como dice Zacarías, *delante de Jerusalen, al Este*.

Nada es comparable á la emocion con que me sentí agitado en

aquel momento. Se me figuraba hallarme delante de una ciudad suspendida en los aires, elevada sobre la superficie del suelo, entre el mundo de los hombres y el de Dios.

Eché pié á tierra, y puesto de rodillas, con el semblante vuelto á Jerusalen, palpitante el corazon y la mente inflamada, dije el *credo*. Nada encontré en mi alma mas elocuente que aquella oracion para saludar á la Ciudad-Santa. Allí, en presencia del lugar que fué teatro de la redencion del mundo, murmuraba el símbolo de la fé cristiana, me confesaba creyente con vehemencia, y con la confesion de cuanto Jesus enseñó, en el corazon, me disponia á hollar el suelo que Él dejó regado con su sangre. Momento sublime en que experimenté el amor de Dios por Dios, me olvidé de mí mismo, y ardiendo en entusiasmo cristiano, sentí que á mi corazon bajaba un rayo de luz del sol que alumbra la eternidad!

Monté de nuevo á caballo, y á todo galope me dirigí á Jerusalen, pareciéndome tardaba demasiado el momento en que habia de entrar por sus puertas. Mis ojos estaban fijos en la ciudad, mi corazon latia velozmente, y con voces del alma repetia en mi pensamiento este cántico:

«Me he alegrado con esto que se me ha dicho: iremos á la casa del Señor.

«Oh! Jerusalen! nosotros estableceremos nuestra morada en tus atrios.»

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO III

JERUSALEN

Pocos momentos despues entré por la puerta que los peregrinos llaman de Jaffa, y los naturales de Hebron ó de Belen *(Bab-el-Khalil)*. Dos jóvenes vestidos á la turca me salieron al encuentro, preguntándome en italiano si me dirigia á la *Casa Nuova*, que es el hospicio para los peregrinos católicos. Díjeles que sí, y tomando por la brida mi caballo, me condujeron al través de las calles estrechas y tortuosas de la ciudad á una pequeña puerta, que es la entrada del hospicio.

Allí me recibió un lego saboyano, que me hizo entrar en una pequeña sala de recepcion, donde me fueron servidas la limonada y la tacita de café que son de regla.

A poco llegaron mis compañeros, se nos dió á cada uno una pequeña habitacion, alegre y bien amueblada, y habiendo dejado nuestros equipajes instalados convenientemente, nos dispusimos el padre italiano y yo á hacer nuestra primera excursion. Servianos para esto de guía uno de los jóvenes que me condujeron al hospicio de los padres franciscanos. Se llamaba Jusuf (José), y era árabe cristiano,

educado por los frailes. Habia aún buena luz, y nos determinamos á recorrer la Vía-Dolorosa.

§ I

LA VIA-DOLOROSA.

Saliendo de la *Casa Nuova* seguimos un callejon empinado con direccion al oriente.

A poco andar nos encontramos frente á un arco de entrada que conduce á una calle oscura, cubierta con bóveda. Sentí que un frio glacial discurrió por mis miembros al oir á Jusuf que me dijo:

—Esta es la puerta Judiciaria.

De un momento á otro me encontraba faz á faz con los lugares mas célebres de la tierra, con los mas venerados de mi alma. Muchas emociones habia recibido en aquel dia; habia marchado de sorpresa en sorpresa, porque todo lo que veia lo habia esperado, pero me sorprendia sin embargo. Encontraba que aquel mundo de cosas extraordinarias se me presentaba con prontitud vertiginosa; los acontecimientos se aglomeraban á mi alrededor, y mi sentimiento, ya tantas veces exaltado, respondia á las nuevas impresiones con exaltacion febril y enfermiza.

¡Esta es la puerta Judiciaria! Por aquí salió Jesus de la ciudad culpable, cuando llevando la cruz al hombro, marchaba acongojado, arrastrado por una soldadesca desenfrenada, al lugar del sacrificio. Parecíame mirarlo, agobiado bajo el peso de su carga y de las penas sufridas, caer al suelo con el rostro en tierra, en tanto que los verdugos descargaban sobre él furiosos golpes para obligarlo á levantarse. Todo lo veia, y me sentia anonadado, y aun yo mismo me echaba en cara que no estallara mi corazon en el sitio.

Mucho ha cambiado Jerusalen desde el tiempo de los romanos hasta hoy. Entonces aquí estaba la puerta de la ciudad, y ahora esta

CAPILLA ALFONSINA

se extiende hasta mucho mas lejos, y la puerta Judiciaria no es mas, como lo he dicho, que la entrada de una calle.

La piedad cristiana dejó desamparado en parte el lugar donde se extendia la Jerusalen antigua, y formó una ciudad nueva alrededor de aquellos sitios que dejó santificados Jesus con su martirio.

Frente á la puerta Judiciaria se ve salir, como siete ú ocho metros sobre la bóveda de una casa miserable, una delgada columna ennegrecida por el tiempo. La tradicion la llama *Columna de la Sentencia*, porque se dice que allí fué fijada la sentencia de muerte de Jesucristo.

Siguiendo adelante la calle abovedada, se llega á otra descubierta, que es la que conduce á la puerta de Damasco. En la trasversal, á la derecha, se mira una bella casa fabricada sobre un arco que va de una acera á otra. Se dice que aquí estuvo la habitacion del *mal rico*. Otra casa que forma la esquina, á la izquierda, se señala como la del pobre Lázaro.

Bien sabido es que las historias del *mal rico* y de Lázaro son parábolas salidas de la boca de Jesus. La piedad cristiana, sin embargo, mas atenta á tener lugares venerables que á venerar las ideas, ha encendido de tal manera su imaginacion, que ha atribuido existencia real al pobre y al rico del Evangelio, y ha concluido por fijar el lugar donde vivieron.

Estas exageraciones devotas nada tienen de condenable, pues no dependen de espíritu de engaño ó fraude, sino de exceso de fantasía unido á exceso de devocion. Que otros en buena hora se burlen de estas supercherías inocentes; yo las respeto como símbolos de una fé acendrada, como delirios venerables de corazones creyentes.

Echando á andar adelante, miré un arco que atraviesa la calle. Tiene uno de sus extremos ocultos en una iglesia que se encuentra á la izquierda. Hay sobre él una pequeña mezquita, con ventanas al este y al oeste. Es el arco llamado del *Ecce homo*. Hace dos siglos habia debajo de las ventanas esta inscripcion esculpida: *tole, tole, (crucifícale, crucifícale)*.

Desde este arco fué mostrado Jesucristo al pueblo por Pilatos. El pretor dijo al pueblo: «hé aquí que yo os lo saco afuera á fin de que sepais que no encuentro en él causa alguna de muerte.» Y Jesus llevaba la corona de espinas y el vestido de púrpura. Y Pilatos añadió: «hé aquí al hombre.»

El pueblo ingrato protegido por Jehová, el que habia sido libertado de las esclavitudes y salvado mil veces de la muerte; el pueblo que no existia sino para ser el depositario de las verdades reveladas; el que no era sino el símbolo de la alianza entre la humanidad inocente y la humanidad regenerada; el que no vivia, en resúmen, sino para el Cristo: cerró los ojos á los prodigios, los oidos á las profecías y el corazon á la piedad; y ciego, sordo y desatentado, gritó en medio de su delirio: «crucificale;» y añadió todavía: «que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Y entre Barrabás y Jesus, entre el malvado y el justo, entre el crímen y la salvacion, optó por Barrabás y condenó á muerte al Mesías.

Por eso desde aquel dia ese pueblo desgraciado vaga por las inmensidades de la tierra, aborrecido y proscrito, bajo la reprobacion que arrojó sobre él la sangre de Jesucristo que derramaron sus padres. Raza la mas feliz y la mas desgraciada de las razas, que cuenta entre el número de sus miembros al Hijo de Dios mismo, y que se hizo delincuente del delito mas grande que es posible: el deicidio.—

Como he dicho, el pié derecho del arco va á ocultarse en la iglesia. Contiguo á esta iglesia se encuentra el convento de las Damas de Sion, especie de Hermanas de la Caridad que tienen por objeto instruir en la religion cristiana á las niñas de Jerusalen, y que suelen hacer numerosas conversiones. La iglesia cuidada por ellas con esmero, es moderna y hermosa. Tanto allí como en el convento, se conservan grandes restos de murallas antiguas é inmensos subterráneos que se supone haber pertenecido á la torre Antonia que estaba cerca. En este caso, la construccion data del tiempo de Herodes el Grande.

CAPILLA ALFONSINA

Hice una visita á la iglesia y al convento. Las Hermanas de Sion me recibieron amablemente, y me hicieron recorrer su establecimiento, que está muy bien ordenado y tiene en todo un aspecto europeo. Las Hermanas de Sion son en su mayor parte francesas, aunque las hay tambien árabes y egipcias. Hacen multitud de trabajos curiosos, formados generalmente con objetos venerables, para los peregrinos. Yo compré algunos ramitos de flores de Betania, Belen, Jericó, la Vía-Dolorosa, Getzemaní, el Monte Sion, Nazaret, etc. Estos ramitos, pegados á unas hojas de papel, se encuentran tan artísticamente formados, que antes de tocarlos se juraría que son hechos á pincel.

Cerca del arco del *Ecce homo* encuéntrase el lugar donde antes se levantó el palacio de Herodes, tetrarca de Galilea. Cuando Pilatos supo que Jesucristo era galileo, lo remitió á Herodes. El tetrarca habia oido hablar mucho de Jesucristo, así es que tenia grande curiosidad de conocerlo. Cuando lo vió, recibió gusto y le hizo multitud de preguntas; pero Jesucristo se negó á responderle. Entonces Herodes se burló de él en compañía de su corte, hizo vestirlo de blanco como á un loco, y lo restituyó á Pilatos. Y estas burlas hechas por un rey de la tierra al Rey de los cielos, fueron el precio de la reconciliacion entre Herodes y Pilatos, que habian sido enemigos hasta entonces.

Del palacio del tetrarca nada ha quedado en pié. Un monton de escombros ocupa el lugar donde tuvo su corte el tirano que ofreció á la hija de su concubina la cabeza del Bautista como precio de una danza, y que se burló del Redentor del mundo y lo revistió de una túnica de loco.

Poco distante, sobre una elevacion á la cual se asciende por una gradería, se encuentra un cuartel turco. Este cuartel está edificado sobre el lugar que en otro tiempo ocupó la torre Antonia, llamada así por Herodes en honor de su amigo Antonio; Herodes la fortificó enormemente, encontrando que se elevaba sobre un punto estratégico.

En lo antiguo llevó el nombre de Baris, y fué edificada por Hircan hijo de Simon Macabeo, gran sacrificador y gefe del pueblo judío, quien la destinó para habitacion suya y guarda-ropa de los trages sacerdotales usados en las grandes ceremonias.

Los romanos acostumbraban tener en esta torre formidable guarnicion, que reforzaban cautelosamente en las grandes solemnidades de los judíos, para mantener á estos á raya. Al norte de esta fortaleza se encuentra el lugar donde Tito hizo elevar las plataformas que sirvieron para batir la torre Antonia. Al norte asimismo se extendian el Valle de las Cenizas, donde eran arrojados los restos de los sacrificios del Templo; el de los Cadáveres, donde eran tirados los cuerpos de los ajusticiados; y la Region de la Muerte, formada por el Gólgota y los lugares cercanos destinados á la ejecucion de los reos.

Jeremías profetizó á los hebreos que á la venida del Mesías, la nueva Jerusalen se extenderia mucho mas allá de estos sitios despoblados. Jesucristo vino, y á su venida los límites de Jerusalen eran los mismos que los de la ciudad antigua. Los judíos por esto esperan todavía que á la venida de su redentor, Jerusalen alcance la grandeza anunciada por el profeta. Ciegos que no comprenden que la nueva Sion engrandecida por el Mesías, es el mundo cristiano, que partiendo de la region de la muerte donde fué crucificado el Dios Hombre, se ha extendido por los cuatro puntos cardinales del globo!

En la torre Antonia se hallaba el Pretorio. Allí fué donde Pilatos, prototipo de jueces injustos, condenó á muerte al mas inocente de los hombres, despues de haber reconocido su inocencia; corazon depravado que, entre el favor del pueblo y el cumplimiento de su deber, dejóse vencer por las conveniencias de la tierra, para recibir el anatema del cielo, el de los hombres y el de la historia!

El lugar donde Jesucristo fué coronado de espinas está en medio del patio del cuartel, señalado por una pequeña mezquita que fué en la antigüedad templo cristiano. Allí se mira la tumba de un *derwish*, sacerdote musulman.

CAPILLA ALFONSINA

A poca distancia del cuartel turco hay una capilla levantada sobre el lugar de la *Flagelacion*. Se penetra primero á un patio por una puerta de tal manera baja, que es preciso encorvarse para pasar por ella. En lo alto de las cuatro paredes del patio hay escritos versículos del Evangelio. «Entonces Pilatos tomó á Jesus y lo hizo azotar, etc.» De allí se entra en la iglesia que es pequeña, pero bella. Un franciscano la guarda y ora allí constantemente. Debajo del altar hay una estrella de plata que señala el lugar que ocupaba Jesus cuando lo azotaron.

Al verlo, caí de rodillas, me tendí por tierra y lo besé repetidas veces. Me abandoné enteramente á las expansiones de mi sentimiento cristiano. Mi corazon se conmovia al evocar los recuerdos de aquella historia augusta.

Cuentan los franciscanos que en el siglo XVII esta iglesia fué tomada por el hijo del *pashá* de Jerusalen, quien puso en ella el establo de sus caballos. Al dia siguiente, todos fueron encontrados muertos. Púso allí otros, y murieron asimismo. Espantado entonces, convocó á los sabios del Islamismo para consultarles el caso. Dijéronle los sabios que aquel lugar era muy venerado por los cristianos, á consecuencia de haber sido allí azotado su gran profeta Issa (Jesus.) El hijo del *pashá* cesó por consiguiente de poner allí sus caballos, y dejó el templo abandonado. *Y si, lector, dijerdes ser comento, etc.* Ibrahim Pashá lo restituyó á los franciscanos en 1838.

Hácia un costado del cuartel se mira un arco tapado en el lienzo de la muralla. Allí estaba la escalera del Pretorio por donde Jesus subió á la presencia de Pilatos. La escalera ha sido trasportada á Roma desde hace mucho tiempo, y se encuentra cerca de San Juan de Letrán. Durante mi permanencia en la capital del mundo cristiano, pocos dias antes de emprender mi viaje á Oriente, tuve ocasion de visitar varias veces la santa Escala. Los escalones son numerosos, anchos y largos, y aunque de mármol, se encuentran actualmente revestidos de una capa de madera para proveer á su conservacion.

Se acostumbra subir de rodillas por la santa Escala, y es á la verdad empresa árdua, pues no se consigue llegar al fin, sin gran cansancio y fatiga. Subíla yo como es uso entre cristianos, y no consideré que la subia con bastante respeto aun de aquella manera. Por allí ascendió Jesus al tribunal injusto que lo condenó á muerte, y donde el Salvador del mundo puso la planta en su marcha redentora, no podria el mortal caminar dignamente ni sobre las niñas de los ojos.

§ II

EL CALVARIO Y EL SANTO-SEPULCRO.

La tarde no habia aún declinado cuando acabamos de recorrer la Vía-Dolorosa. Así, que determinamos dar punto á la excursion de aquel dia, en la iglesia del Santo-Sepulcro.

Jusuf nos condujo por un dédalo de calles retorcidas á una plaza pequeña, en cuyo fondo se levantaba la mole imponente de un templo, del templo mas venerado del mundo de la civilizacion. Erigido por la emperatriz Santa Elena, madre del Gran Constantino, conserva grandes restos de la construccion primitiva, especialmente en su parte externa, á pesar de las numerosas restauraciones que se le han hecho, ya en la época de las Cruzadas, ya en tiempos posteriores. Dos puertas ojivales de hermosa arquitectura servíanle antiguamente de entrada; en la actualidad una de ellas está incomunicada, ignoro por qué motivo. Una sola torre de mediana altura, abandonada y derruida, se eleva hácia uno de sus costados. El antiquísimo monumento de piedra, severo, majestuoso, ennegrecido por la lluvia y los siglos, produce solemne impresion en el ánimo, y prepáralo á recibir con recogimiento, nuevas y mas profundas impresiones. La imaginacion del creyente por otra parte, reviste aquel santo templo de mas grandiosas formas, de tintas mas severas; y la reali-

CAPILLA ALFONSINA

dad así sublimada, trasfigurada, divinizada por decirlo de una vez, repercute en indecibles emociones sobre el corazon, punto de donde parten y adonde convergen en misteriosa condensacion todas las mágicas fuerzas, los mas prodigiosos efectos de los objetos exteriores.

La arquitectura del edificio por otra parte, mezcla de bizantino y gótico, trae á la memoria palpitantes vivos recuerdos del naciente Bajo-Imperio y las Cruzadas, dos épocas eternamente memorables de la historia, que representan el triunfo del cristianismo en el órbe romano, y el triunfo del cristianismo en el orbe musulmán; aquel monumento de granito parece resplandecer con las luces de los siglos IV y X; es el gigantesco símbolo de dos glorias.

La diminuta plaza que hace frente á la iglesia, por todas partes cerrada, sin mas salida que dos estrechas tortuosas callejas que parten por el lado del Mediodía, al norte y al sur, estaba en el momento de nuestra llegada, literalmente ocupada por multitud de vendedores de rosarios, medallas y objetos labrados en concha. Al atravesar nosotros por el medio de aquel ambulante bazar, agolpóse la muchedumbre en torno nuestro, invitándonos en coro y con destemplado acento á que hiciésemos una compra á razon de cada vendedor. Los ofrecimientos se hacian en italiano, frances é inglés, por si alguno de nosotros tuviese por idioma cualquiera de estas lenguas; y éramos entretanto víctimas de fuertes sacudidas, violentos empellones y atronador estrépito desacordado. Jusuf con grande urbanidad y admirable reposo, expuso á aquel impaciente auditorio, que no podiamos detenernos en ese momento, pues la tarde concluia, la iglesia iba á ser cerrada, y teniamos grande empeño en visitarla antes que esto sucediese; su última palabra fué la de hacer formal promesa de que al siguiente dia pasariamos á visitar todos los talleres de la ciudad con objeto de ver reposadamente los artículos que hoy se nos mostraban, y otros mas, y poder hacer compras por mayor, como lo intentábamos. Esta lógica no tuvo respuesta, los grupos se abrieron y quedónos el paso franco para dirigirnos al templo.

Traspasamos en seguida sus umbrales venerados. Lo primero que se presentó á nuestros ojos, fué la figura de dos turcos guardianes, que sentados sobre un banco de piedra á la izquierda de la entrada, fumaban sus largas pipas con negligencia, las chinelas abandonadas por el suelo, y arrojando miradas distraidas á las pesadas espirales de humo que se elevaban girando por los aires.

Es sumamente desagradable la impresion que causa la presencia de aquellos turcos. La servidumbre que pesa sobre este lugar se ve luego de bulto y ofende la dignidad del cristiano, del creyente, del adorador de estos sitios sagrados. Se piensa además, que los turcos son irreverentes por mofa y desprecio, y que adrede se reclinan de descuidada manera, y fuman sus pipas, con el objeto de causar agravio á los que profesan la religion cuyos principales hechos en aquel recinto se cumplieron. Pero en realidad no es así, pues los mahometanos se conducen de la misma manera en sus mezquitas. Dentro de ellas, sobre las esteras se recuestan, y *derwishes, imanes* y pueblo, todo el mundo fuma.

Frente á la puerta de entrada se encuentra la *Piedra* llamada *de la uncion*. Es rectangular y de color rojo. Elévase del suelo en forma de tumba, y en cada uno de sus ángulos arden cuatro fanales constantemente.

Aquí fué donde José de Arimatea y Nicodemus pusieron el cuerpo de Jesus para embalsamarlo, despues que lo hubieron bajado de la cruz.

Hácia un lado, á poca distancia, se encuentra el lugar donde estuvieron *las santas mujeres* mientras duró el acto del embalsamamiento.

Dando vuelta á un recodo del edificio, me encontré en una vasta rotonda llena de luces, coronada por altísima cúpula. En medio de ella levántase un hermoso templete cubierto de mármol, á cuya entrada arden lámparas y cirios enormes. Es el Santo-Sepulcro. Desfigurado exteriormente por la piedad de Santa Elena, ha recibido mas tarde diversas modificaciones; aunque se ha tenido cuidado de

CAPILLA ALFONSINA

conservar bajo el revestimiento de mármol, la antigua roca del Sepulcro. Su forma primitiva era cuadrangular, y figuraba hácia arriba monolita pirámide.

Poseido de grandes indecibles emociones, traspasé los umbrales del templete. Multitud de armenios se agrupaba á la entrada. Estos cristianos tienen la costumbre de descalzarse antes de penetrar en el Santo-Sepulcro, como lo hacen los mahometanos á la entrada de sus mezquitas; costumbre que á primera vista sorprende, pero que tiene, por poco que se considere, explicacion fácil, de acuerdo con la tradicion y la historia. Guardaba Moisés los rebaños de Jetró su suegro, en la tierra de Madian, y un dia que se acercó al monte de Dios, Horeb, vió zarza singular que ardia sin consumirse. Aterrado Moisés se disponia á alejarse de aquel sitio, cuando escuchó la voz del Señor, que le decia: «Moisés, Moisés,» y él contestó: «aquí estoy.» Y el Señor prosiguió: «No te acerques; desata el cordon de tu calzado, porque la tierra que pisas santa es.»

Los armenios, además, tienen gran exterior de devocion; hacen multitud de reverencias en el templo; menudean las genuflexiones; se persignan sin cesar; golpéanse fuertemente el pecho y oran con tal fervor, que conmueve mirarlos.

Al salir del templete jamás vuelven la espalda al Santo Sepulcro; marchan hácia atrás con el mayor respeto, dando suspiros y sollozando estrepitosamente. Por mi parte, aunque me sentia conmovido, envidiaba aquel fervor armenio, pues hallaba mi devocion demasiado tibia en presencia de devocion tan ferviente.

Entré en la pequeña capilla llamada del Angel. Aquí fué donde *las santas mujeres* encontraron al ángel sentado sobre la piedra que cerraba la entrada del Sepulcro despues de la Resurreccion. En medio de esta capilla se encuentra sobre pequeño pedestal un pedazo de la piedra que cerró la entrada del Sepulcro. Beséla yo con el mayor respeto. Sobre ella se posó la mano de Dios, cuando la apartó de su sitio, para dejar libre salida al Crucificado triunfante.

En esta antecámara es donde tiene lugar año por año *la fiesta del fuego*, de los griegos cismáticos. Pasada la Semana Santa, cuentan los padres griegos á sus fieles, que Dios enciende en el sepulcro de su Hijo, el primer domingo de Pascua, el *fuego sagrado*. Atraida por este prodigio, viene de Rusia, de Grecia y de Turquía multitud innumerable de peregrinos. Muchos de ellos emprenden el viaje á la buena ventura, desprovistos de recursos; de donde resulta que sufren penas crueles, y suelen morir de hambre ó de fatiga en el camino.

Esta peregrinacion griega es abundante fuente de riqueza para los habitantes de Jerusalen, pues la poblacion extranjera que se despeña sobre la ciudad, consume mucho y pone en circulacion considerables sumas de dinero.

Llegado el solemne dia de Resurreccion, el obispo griego, vestido de rojo y con la tiara en la cabeza, se encierra solo en el templete del Santo-Sepulcro. La multitud griega llena totalmente la rotonda y se derrama por los lugares vecinos. Grande agitacion reina en la muchedumbre. Cada uno de los circunstantes va apercibido de un pequeño cirio, que oprime convulsivamente en su mano. Soldados turcos, con el fusil al hombro, se encuentran escalonados aquí y allá en el interior de la iglesia. Cañones cargados con metralla hay por fuera del templo, avocados contra la puerta de entrada. Los artilleros, de pié junto á ellos, aguardan con la mecha encendida.

Llega el momento solemne. Despues de oraciones, silencio y misterio, solemne voz que sale del templete, anuncia á la multitud que el fuego sagrado se ha encendido. El gentío prorumpe en exclamaciones de alegría, y se agita como mar tempestuosa. En las paredes laterales de la capilla del Angel, hay dos agujeros ovales revestidos de mármol. Los griegos, que por un firman obtenido del sultán de Constantinopla, repararon últimamente el templete, hiciéronlos á su placer, destinándolos á la ceremonia del fuego.

Llegado pues, el instante, el obispo griego, sin darse á ver, saca por estos agujeros, fuera del templete, gran volúmen de fuego

CAPILLA ALFONSINA

que ofrece á la vista de los circunstantes. Precipítanse estos furiosos agitando los cirios, y pugnando por encenderlos los unos antes que los otros. En aquel momento hay espantoso tumulto. Los que se encuentran á la espalda hacen esfuerzos sobrehumanos por ponerse en primera fila; los que están en primera fila luchan por contener á los que avanzan. En tanto el fuego está próximo á extinguirse. Aquellos que no han logrado encender sus cirios, sienten angustias mortales; porque participar de esta lumbre celeste, es para ellos indicio cierto de que ganarán el cielo.

¿Qué combate podrá concebirse mas encarnizado que aquel en que se juzga se disputan las palmas eternas? El gentío se empuja, se estrecha, se codea, se sofoca; y gritos, maldiciones y aullidos se escuchan por do quier, como si hubiera llegado el último juicio.

Extinguido el *fuego sagrado*, no por esto concluye la lucha. Los que no han podido encender sus cirios, poseidos de cólera contra los que mas dichosos que ellos lograron encenderlos, propónense matar las luces; defiéndenlas denodadamente sus dueños, y ataque y defensa con igual ardor sostenidos, degeneran bien pronto en universal tumulto y terrible batalla. La multitud enfurecida aparece como por encanto armada de bastones y puñales, menudean los golpes, crece el ruido y corre la sangre por el marmóreo sagrado pavimento.

Ciega la muchedumbre, enloquecida, rompe las lámparas, todo lo destruye, y arremete contra el mismo Sepulcro. Entonces los turcos llegan repartiendo mandobles á diestro y siniestro, con sus largos fusiles. Por un momento la confusion toca á su colmo; la muchedumbre se oprime, trata de huir y se embaraza el paso á sí misma. No hay uno solo de los circunstantes que salga ileso. Poco á poco, la tranquilidad se restablece, despues que los turcos han dejado á todos heridos y maltratados. Los principales motores del desórden son llevados á la cárcel, y los heridos conducidos al sucio tenebroso hospital, donde quedan confundidos, amontonados, sin que nadie vuelva á curarse de ellos.

Bárbaro es el manejo de los turcos, pero atendiendo á que los griegos se exterminarian á no intervenir la brutal soldadesca, puede decirse que los turcos son bárbaramente piadosos.

Nada se concibe mas criminal y horriblemente escandoloso, que estas escenas de profanacion y sangre, en los imponentes místicos sitios por el Espíritu de verdad, vida y amor santificados. No contentos los hombres con disputarse los campos del mundo por odio, orgullo ó ambicion, llegan aquí con su eterna turbulencia, y lanzándose los unos contra los otros, como si no fueran hermanos, como si no creyeran en el Cristo, sueltan la rienda á sus pasiones y en las aras mismas del lugar augusto, se hieren y procuran su exterminio.

Da tristeza mirar cuán dividida anda la Iglesia de Dios! El cristianismo de Occidente lleva en su seno la anarquía del protestantismo; el fraccionamiento del cristianismo de Oriente es todavía mas lamentable. Armenios, coftos, abisinios y griegos, divididos y subdivididos hasta el infinito, se dan pomposamente el nombre de cristianos. Y todos estos disidentes del primado de Roma, vencidos por el monstruo de la soberbia, se hostilizan mutuamente, y dejan de formar esa unidad compacta que deberia ser la consecuencia de la religion de fraternidad y amor de que se dicen miembros. Parece que una maldicion divina pesa sobre la humanidad culpable. Diríase que en castigo de los delitos cometidos, están los espíritus condenados á vagar errantes, sin encontrar el centro comun que habria de hacer del mundo moral el mas perfecto conjunto de armonía y de órden. De esta manera, la realizacion del bello ensueño de la unidad de la gran familia humana, queda aplazado indefinidamente en el brumoso porvenir; y sobre la tierra convertida en inmenso campo de Shinar, se agita la humanidad levantando nueva Babel de su soberbia: y sus miembros, hostiles entre sí, tornan á hablar confusas lenguas no entendidas, que sus antiguas alianzas rompen, y en innúmeras tristísimas fracciones los dividen.

Jerusalen al mismo tiempo, está de Dios que no vea nunca reinar

CAPILLA ALFONSINA

la paz dentro de sus muros. Tomada por asalto diez y siete veces, devastada, arruinada, llevados en cautividad sus hijos, ó diseminados entre naciones extranjeras, ha sido profanada por la idolatría, por el mahometismo y por las vergonzosas discordias de los mismos cristianos. ¡Misterioso destino el de esta ciudad, la mas grande y la mas desgraciada del mundo!—

Los griegos pretenden conservar una porcion del fango encontrado por Nehemías, despues de la cautividad, en el pozo donde se dejó guardado el fuego santo; fango que, herido por los rayos del sol, tornó á convertirse en fuego á la vista del pueblo congregado. Lo cierto es que los griegos, hábiles en todos los tiempos, segun consta de la historia, en inventar fuegos extraordinarios, tienen su secreto para encender uno de esta clase, en el interior del templete. Una dama inglesa, Missis María Roberts, esposa del actual cónsul de la Gran Bretaña en Damasco, me aseguró haber oido de la boca misma del obispo griego, que el fuego que él mostraba al pueblo como sagrado, era una superchería insensata.

Se preguntará por qué razon hay quien se preste á ser actor en esta farsa irreverente. El obispo asegura que los cristianos de Oriente son á tal punto materialistas en sus creencias, que si se les dijese un dia que el fuego sagrado era un embuste, cesarian de ser creyentes, y se despeñarian en el abismo de todas las negaciones y de todas las dudas. El clero griego, por tanto, se defiende diciendo que, si mantiene indefinidamente esta mentira, es por evitar que sobrevenga á sus fieles un mal de trascendencias muy graves; y que Dios, que lee en el corazon de los hombres, sabrá perdonarles este fraude, atendida la sana intencion con que lo alimentan y apoyan. Como quiera que sea, la verdad es que si el pueblo griego tuviera una instruccion sólida religiosa, no haria depender sus creencias de un vano aparato, que mas bien parece insensatez y locura.

Por otra parte, la ceremonia del fuego es acaso un resto de la idolatría del Oriente; de este Oriente que fué en la antigüedad tan dado

á adorar el fuego como emblema del sol, y levantó ciudades y monumentos suntuosos al luminar del dia. Los turcos se burlan de los griegos á causa de la ceremonia; y si permiten que en Jerusalen se represente, es porque se hacen pagar á peso de oro su tolerancia, pues los turcos, ávidos de ganancia y avaros antes que todo, son capaces de convertirse en cómplices de los mayores crímenes, siempre que su complicidad sea bien pagada.—

Vuelvo á mi relato. De la capilla del Angel pasé á la del Santo Sepulcro, por una puerta de tal manera baja, que para pasarla es preciso encorvarse hasta formar ángulo recto con el cuerpo. Las paredes del templete tienen extraordinario espesor, y esto es debido á que, bajo las capas de mármol que lo revisten, se conservan las paredes verdaderas de la roca del tiempo de Jecucristo. La capilla es sumamente pequeña, pues no tiene mas que dos metros en cuadro. A la derecha de la entrada se encuentra la Tumba, tallada en la roca misma y cubierta de mármol.

Cincuenta lámparas, pertenecientes á los franciscanos, á los griegos, á los armenios y á los coftos, arden constantemente sobre ella. Un padre griego, con su gran bonete calado y un hisopo de agua de esencias en la mano, está en pié como centinela vigilante, guardando el puesto, y arroja de tiempo en tiempo lluvia de olores sobre el Sepulcro.

Encima de la losa sepulcral de mármol, hay flores dispersas, de las mas hermosas que produce la naturaleza, llevadas allí por la mano piadosa de los fieles.

Postréme de rodillas y adoré aquel lugar santo, sellando la piedra que cubre el Sepulcro, con suspiros y besos de mis labios.

Allí estuvo el cuerpo del Hijo de Dios depositado tres dias. Aquel que trajo al mundo la mision de redimir al hombre, desconocido, befado, puesto á muerte ignominiosa, terminada ya con el martirio su obra, vino á ocupar exánime tres piés de tierra en este sitio; y la humanidad que redimió, fué la humanidad deicida!

CAPILLA ALFONSINA

¡El Redentor cadáver! ¡El que dió vista á los ciegos, vida á los muertos y luz al mundo, encerrado en un sepulcro! Aquí está la señal de piedra que marca el cumplimiento cabal del mayor posible delito. Pero de aquí tambien se levantó el Justo, triunfante de la muerte y de las iniquidades del mundo, dando con su resurreccion la última prueba, la prueba irrefragable de su divinidad y de la santidad de su doctrina.

De esta manera, para redimir al mundo del pecado, fué preciso que se llevase á cabo el mas monstruoso de los crímenes; y despues de este crímen, el mundo, en vez de ser ahogado bajo las cataratas del cielo, como en el diluvio, ó consumido con las llamas de la indignacion divina, como la Pentápolis, pudo elevarse desde el abismo de su abyeccion hasta el trono mismo del Eterno, donde los ángeles entonan sus hosannas!

Arcanos insondables de amor infinito que no pueden ser comprendidos por los espíritus creados!

Oh! si toda mi vida pudiera trascurrir como trascurrió aquel momento, cuando olvidado del mundo no tenia pensamientos sino para el infinito! La conciencia del tiempo se pierde, el mezquino *yo* se sumerge en el *Yo* que es el principio y fin de todos los séres, en el *Yo* del que es el que es, en el *Yo* verdadero, del cual los otros no son sino irradiaciones; y un rayo de la eternidad desciende al fondo del pecho, y á esa luz mirada, la vida no es sino débil soplo, que apenas nacido se extingue.—

Salido que hube del Santo-Sepulcro, andando hácia atrás como los armenios, me dirigí á la capilla griega que se encuentra al oriente. Con profusion se miran allí las pinturas y los dorados; hay riqueza, pero falta el gusto. Las imágenes pintadas de los santos tienen trages de tela verdadera, como las esculturas, y las auréolas que les rodean la cabeza son de oro macizo y de bulto, y sobresalen algunas pulgadas del cuadro.

A la entrada hay un hemisferio levantado del suelo, á poca altura, sobre un basamento de mármol. Los padres griegos aseguran á sus fieles que en este lugar se encuentra el centro de la tierra. Ignorantes que no entienden que siendo nuestro globo una esfera, cualquier lugar que se elija, es el centro de la superficie curva que se alcance á considerar en torno; así como puede ser igualmente uno de los polos del eje que pasara por el centro de nuestro planeta. Pero esto nada tiene que ver con las pretensiones griegas. Los discípulos de Focio muestran aquí el centro de la tierra con la ignorancia del que juzga que no hay otro centro mas que ese.

En una capilla, perteneciente á los abisinios y etiopes, se enseña la tumba que se hizo cavar José de Arimatea, despues de haber dado, para que fuese sepultado Jesucristo, su sepulcro nuevo. Es una gruta tallada en la roca, donde hay cavadas tres ó cuatro tumbas.

Sin embargo, José de Arimatea parece haber muerto en Inglaterra, á cuyas playas salvajes abordó para predicar el Evangelio.

Vi el lugar donde pasó entre María Magdalena y el Salvador, la escena sublime del *noli me tangere*. Y no podia menos de recordar en aquel sitio el final de una poesía que dediqué hace dos años á este asunto.

No le toqueis! que al cielo soberano
No ha ido aún, ni al inmortal seguro,
Y tiene el cuerpo como el cielo puro,
Y mancha nuestro tacto, aún mundano.
No le toqueis! Ah! no, miradlo solo,
Que en verlo solo se halla la ventura,
Que es él la refulgencia y la hermosura
Que brillan del un polo al otro polo.
Miradlo, y que los siglos que sucedan,
Al contar vuestra historia,
Hacer memoria con envidia puedan,
Del milagro de amor, que os dió esa gloria.

Y me figuraba ver á Jesucristo en trage de jardinero, diciendo á la Magdalena: «no me toques;» mientras esta, deshecha en llanto, pretendia arrojarse á sus piés para bañarlos con sus lágrimas y secarlos con sus cabellos, como tantas veces lo habia hecho.

CAPILLA ALFONSINA

Los franciscanos tienen una capilla donde antes se conservaba un pedazo de la verdadera cruz, que ahora pára en Armenia. En uno de los altares se guarda, detrás de una reja de fierro, un trozo de columna de pórfiro, de sesenta y cinco centímetros de altura. A esta columna estuvo atado Jesus cuando fué azotado en el Cenáculo.

En la sacristía de la capilla de los franciscanos, se encuentran las espuelas y la espada de Godofredo de Buillon. Las espuelas son de cobre con rodajas de desmesurado tamaño; la espada es recta y tiene la guarnicion sencilla.

Por una gradería de veintinueve escalones, se baja á la capilla de Santa Elena. Allí está el lugar donde esta santa emperatriz acostumbraba colocarse para presidir los trabajos de la excavacion que se hacia en busca de la cruz en que murió Jesucristo. Esta cruz, así como las de los dos ladrones, fueron enterradas, segun el uso de los judíos, despues del suplicio.

De la capilla de Santa Elena se baja á la de la Invencion de la Cruz, que fué en la antigüedad una cisterna. Allí fueron arrojadas las tres cruces y cubiertas con escombros. Habiendo hecho Santa Elena cavar en aquel lugar, las tres fueron encontradas, pero no se sabia cuál era la de Jesucristo. Cuéntase que para descubrirlo, hizo la santa emperatriz tocar con ellas una enferma y un muerto, y que al recibir el contacto de la última cruz, la moribunda sanó repentinamente y el muerto volvió á la vida. Así fué como pudo conocerse cuál era la cruz de la Redencion. En esta capilla de la Invencion hay un altar erigido por Maximiliano, archiduque de Austria, muerto en Querétaro, cuyo altar lo hizo levantar durante su peregrinacion en Palestina.

La capilla de Santa Elena, aunque pertenece á los etiopes, la tienen los armenios en uso, pues dan á los dueños, como precio del alquiler, pan y sopa diariamente.

Volviendo á subir las dos escaleras, se ve á la izquierda otra capilla griega, donde está dentro de una caja de fierro, que tiene un

agujero en uno de sus costados, una pequeña columna de granito rojo, que sirvió de asiento á Jesucristo mientras era coronado de espinas.

Volví sobre mis pasos. Cerca de la puerta de entrada hay una capilla oscura llamada de Adan. En la antigüedad era una gruta, y se dice que aquí fué enterrado el rey sacerdote Melquisedec. Cuenta una tradicion injustificable, que á esta capilla vino á parar el cráneo del primer hombre, traido sobre las aguas del diluvio. Detrás de una reja de fierro, mírase una hendedura abierta en la roca; la tradicion asegura traer su orígen del tremendo cataclismo sufrido por la naturaleza en la agonía de Jesus.

La grieta es ancha como de tres pulgadas, y sigue una direccion de alto á bajo, haciendo ligeras curvas. Asomando por allí el ojo, nada se mira sino oscuridad profunda. En aquel instante me sentí trasportado á los tiempos antiguos, á los tiempos de los prodigios palpables.

La fé humana, fruto de la razon, de la lógica y de la autoridad de los padres y maestros, es poderosa y en el corazon echa hondas raices indestructibles; pero adquiere nuevo vigor con el apoyo de lo visible. Triste es decirlo, pero forzoso confesarlo. ¡Dichosos mil veces los que no han visto y creyeron!

Aquí se encontraban en otro tiempo las tumbas de los monarcas cristianos de Jerusalen, á contar desde Godofredo. A la vista de la de Godofredo, exclamó Chateaubriand: *es cierto que tengo tachas; pero puesto que soy frances, no tengo miedo.* Chateaubriand habló así porque no contaba con que habria un Sedan para el orgullo de la Francia.

Los griegos, envidiosos, destruyeron estos sepulcros y los sustituyeron con bancos de piedra.

Salí de la capilla de Adan, y torciendo á la derecha subí por una escalera de la altura como de nueve metros. Me encontré en el Calvario. Dirigíme directamente al lugar donde fué levantada la cruz del

CAPILLA ALFONSINA

Redentor. Se encuentra al pié del altar que ocupa la parte média de la capilla. Allí está, revestido de plata, el agujero donde penetró el madero. Las escenas de la crucifixion aparecieron de bulto ante mis ojos. Ví al hijo de Dios pendiente de la cruz, cubierto de sangre, coronado de espinas, con el rostro desfigurado por la agonía. Escuché los tumultos de la tierra, miré las tinieblas del cielo, y mi corazon se estremeció de espanto ante aquel crímen sin nombre, ante aquel amor infinito y ante aquellos cataclismos de la naturaleza. Los dramas de la eternidad, de ese infinito que campea sobre el tiempo, anonadaron mi espíritu, que hacia esfuerzos sobrehumanos por entenderlos.

En presencia de aquel dolor inmenso, de aquella abnegacion sublime, las virtudes de mi alma flaqueaban, y experimentaba las angustias de las últimas horas. Hubiera querido tener, como la Magdalena, los piés de Jesus delante de mí para besarlos con la gratitud de mi sentimiento y regarlos con el llanto de mi dolor. Yo me hubiera abrazado á la cruz como se abrazó aquella mujer pecadora, y tanto hubiera suplicado y gemido, que al fin tal vez habria alcanzado oir aquella promesa divina: «anda en paz, mucho has amado.»

A la derecha y á la izquierda están los dos agujeros donde fueron plantadas las cruces de los ladrones, y forman ángulo con el agujero principal; de manera que Jesucristo pudo ver á Dimas cuando le prometió que aquel dia seria con él en el Paraíso.

Jesucristo fué crucificado al oeste de Jerusalen, con el rostro vuelto hácia la Europa. En los últimos momentos del suplicio, en el acto mismo de la Redencion, parece que Jesus volvia la espalda al ingrato Oriente y extendia sus brazos hácia el Occidente. El Oriente, en efecto, aunque cristiano en los primeros tiempos, tornóse gentil ó mahometano mas tarde, y la Ley Nueva, atravesando el Mediterráneo y el grande Océano, fué á establecer sus preceptos divinos en las regiones del ocaso. ¡Misteriosas coincidencias de los hechos, que parecen haber sido un símbolo de los sucesos del porvenir!

Señalados con mosáicos de mármol en el pavimento, se encuentran el lugar donde Jesucristo fué clavado en la cruz, y el que ocupaba la Madre, mientras los verdugos taladraban las manos y los piés del Hijo. En el lugar que ocupaba la Vírgen, en el momento de la agonía del Salvador, hay una pequeña capilla llamada de los Dolores. Allí estaba el discípulo amado, cuando el Maestro le dijo: «Hé allí á tu Madre,» y á esta: «Hé allí á tu Hijo.»—

Antes de hacer mi viaje á la Tierra Santa, me figuraba que el Calvario se conservaria hasta ahora como una montaña de piedra, en la cual podria mirarse la roca misma donde fué implantado el madero de la Redencion. Figurábame asimismo que el Santo-Sepulcro se encontraria aún, como en tiempos de José de Arimatea, y por tanto, que seria un subterráneo tallado en la roca, donde se mirarian el túmulo mortuorio y la puerta misma de entrada, que fué cerrada con una piedra el viérnes y abierta por mano del ángel el domingo. Tenia idea, además, de que todos estos sitios consagrados por la Pasion, se encontraban algo distantes los unos de los otros, y no cercanos y aglomerados como dispuestos á gusto del que fabricó la iglesia, para poder comprenderlos todos en la planta de un mismo edificio.

Con estas imaginaciones, pues, formadas de antemano, quedé sorprendido cuando encontré que el Calvario no era montaña, sino una capilla levantada en un segundo piso; que el Santo-Sepulcro se hallaba á pocos pasos levantado sobre el suelo, y no en cueva subterránea; que todos los lugares donde se realizaron los últimos acontecimientos referidos en los Evangelios, están por decirlo así, lindando los unos con los otros, y que el Calvario, el Santo Sepulcro y los demas sitios históricos relacionados con el desenlace de la Pasion, se hallaban comprendidos dentro de los mismos muros, cobijados bajo el mismo techo y formando parte de una construccion misma.

A primera vista me pareció tan extraordinario lo que veia, que me resistia á creer en la autenticidad de estos lugares. Sin embargo, despues de haber meditado é inquirido, y examinado los libros, me

CAPILLA ALFONSINA

convenci de que cuanto encontraba extraño, no era sino la verdad, y que la autenticidad de estos sitios la demuestran de comun acuerdo, la tradicion y la historia. En primer lugar, en el Evangelio de San Juan, se dice: «Habia en el lugar donde fué crucificado Jesucristo, un jardin, y en el jardin un sepulcro nuevo.» De donde se infiere, que en el mismo sitio donde Jesus fué crucificado, tuvo sepultura. Muerto Jesus, los apóstoles y los fieles tuvieron en gran veneracion estos sitios, y la iglesia naciente de Jerusalen se trasportaba todos los dias á ellos para elevar sus oraciones al cielo. Poco antes de la llegada de Tito, el obispo de Jerusalen, conociendo que se aproximaba el tiempo del castigo de la ciudad deicida, se retiró con sus fieles á Pella. Las legiones de Tito no dejaron de la ciudad ni del Templo piedra sobre piedra. La desolacion y la muerte quedaron campeando sobre aquel sitio á la vez maldito y sacrosanto. Los cristianos descendieron de las montañas donde se habian refugiado, y vinieron á buscar entre los escombros de la ciudad removida, aquellos lugares consagrados por la pasion de Jesucristo. Elevaron sobre ellos un templo, y agruparon alrededor sus humildes habitaciones. Mas tarde, el emperador Adriano llevando á mal que los cristianos adorasen estos sitios, determinó profanarlos y borrarlos en cuanto fuere posible. Con este objeto hizo llenar el Santo Sepulcro con tierra y piedras, pavimentar la superficie y construir sobre todo esto un templo á Vénus. En la cumbre del Calvario mandó colocar una estátua colosal de Júpiter.

Llegado el tiempo de la paz de la Iglesia, la emperatriz Elena derribó los ídolos, hizo extraer los escombros que llenaban el Santo Sepulcro, y levantó un magnífico edificio que sobrepujaba en esplendor á los mas suntuosos de la tierra, en una área que comprendia el Santo Sepulcro y el Calvario. La emperatriz, sin embargo, guiada por un deseo inmoderado de dar forma monumental á aquellos lugares, hizo cortar la roca del Gólgota, dejó el Santo Sepulcro como un templete aislado, y del Calvario formó una capilla, no dejando de la

montaña antigua, sino el lugar estricto donde fueron plantadas las tres cruces. De esta manera, por un amor ciego á las artes, los sitios mas venerables del orbe fueron horriblemente mutilados y perdieron su figura primitiva.

Así pues, el Calvario y el Santo Sepulcro estaban poco distantes el uno del otro; el Calvario era un montecillo de piedra, de escasas dimensiones, en cuya falda misma José de Arimatea habia hecho tallar su sepultura. La identidad de estos lugares fué conservada hasta Constantino, ya por los primeros cristianos, ya por los ídolos mismos que Adriano mandó levantar para profanarlos. Desde Constantino acá, no han faltado cristianos que veneren estos sitios, ni templo que los designe; así es que su autenticidad debe tenerse como indudable, por lo que toca al menos á los lugares principales, como el Sepulcro y el Gólgota.

Con esta explicacion quedan á mi ver zanjadas las dificultades, y se comprende por qué razon se encuentran estos sitios tan cercanos, por qué el Calvario no es ya una montaña, y por qué el Santo Sepulcro no está formado por una gruta sino por un edificio aislado.

Salia ya de la iglesia y tomaba la direccion del convento, cuando me informó el guía de que aun me quedaban algunas cosas notables que ver en el atrio de la iglesia. Visité, en efecto, la capilla de Santa María Egipciaca; otra perteneciente á los armenios, donde se conserva un pedazo de la columna de la flagelacion, y finalmente, el monasterio griego de San Abraham, que tiene hermosísima terraza y una iglesia rica en dorados y pinturas, dedicada á los doce Apóstoles. Muy cerca de allí hay otra capilla, levantada, se dice, sobre el lugar donde el patriarca Abraham pretendió, obedeciendo el mandato de Dios, hacer el sacrificio de su hijo Isaac.

CÁPILLA ALFONSINA

§ III

EL MONTE SION.

Febrero 10.

A la madrugada vinieron á llamar á la puerta de mi celdilla, Jusuf y Procacci (el sacerdote italiano que habia sido compañero mio de Jaffa á Jerusalen). Levantéme á toda prisa, tomamos el café y salimos del hospicio. Atravesamos algunas calles desiertas, cruzadas solamente de vez en cuando por mujeres veladas, cubiertas con sus largas sábanas, que parecian en medio de la soledad y del silencio espectros envueltos en blancos sudarios. El empedrado de las calles es malísimo, y el transeunte, además de sufrir por las desigualdades del pavimento, á cada paso se mira á pique de caer, pues el calzado resbala sobre la superficie lisa de los peñascos que forman la vía pública. Por todas partes se miran muladares y fangos, y de aquellas estrechuras, costeadas por paredes sin ventanas, se levanta punzante fetidez, fetidez que por otra parte es comun á todas las ciudades orientales.

Llegamos á un cuartel turco que tiene una gran puerta de entrada, y á los lados dos torres. Es la fortaleza de la ciudad, llamada comunmente, *Torre de David*, por ocupar el lugar donde se levantó esta. En la Edad-Média llevó, no se sabe por qué razon, el nombre de *Torre de los Pisanos*. Como se necesita permiso especial del gobernador de Jerusalen para entrar en la fortaleza, y no lo llevábamos, nos limitamos á contemplarla desde fuera, consolándonos con saber que su interior ofrece poca importancia.

Por fortuna habia venido con nosotros un lego saboyano llamado Pedro, el cual en aquella ocasion habia querido servirnos de guía.

Por consiguiente las funciones de Jusuf quedaron por entonces suspensas, con gran satisfaccion y ventaja de nuestra parte.

El hermano Pedro nos hizo notar que hasta una altura como de cuatro metros del suelo, la construccion está formada por enormes trozos cuadrilongos de piedra, que denotan una alta antigüedad.

—Este es, nos dijo, el único resto que se conserva del edificio construido por el Profeta-Rey, y que los libros sagrados llaman *turris Davídica*. Los musulmanes dan á esta parte del edificio el nombre de Oratorio de David.

Cuando David subió al trono de Israel, el monte Sion no pertenecia todavía á los israelitas. Al llegar Josué á esta tierra, habia un rey en Jerusalen llamado Adonibesec, el cual fué vencido por el general de los hebreos y destituido de su trono. Los antiguos moradores de la ciudad, llamados jebuseos, permanecieron sin embargo, poseedores del monte Sion, aun despues que los israelitas se apoderaron de la ciudad y la habitaron como suya.

David arrojó á los jebuseos de esta última posesion, y elevó aquí una torre con obreros mandados por Hiram, rey de Tiro. Antes de este tiempo, Jerusalen era una ciudad sin preeminencia ninguna en Israel. David la hizo prosperar y la convirtió en capital del reino. Aquí fué conducida el Arca, despues de cincuenta años de estar encomendada á los levitas en un pequeño pueblo de Judá. David dispuso entonces que los levitas se encargaran de administrar justicia y de cuidar de las cosas de la religion. Seis mil levitas eran magistrados. Dos mil cuatrocientos cuidaban el Arca, cuatro mil del tesoro, y cuatro mil finalmente, cantaban dia y noche las alabanzas de Jehová. Aquí fué donde David, músico y poeta, compuso los cantos del templo (salmos) é inventó instrumentos músicos.

—Poco interes, prosiguió el hermano Pedro, presenta el interior de la fortaleza. Lo único que se mira son los cimientos de tres torres, construidas por Herodes el Grande: la torre de Hipicos, la Mariana y la Fasael. Cuando Tito destruyó la ciudad, las encontró de tal ma-

CAPILLA ALFONSINA

nera notables por su formidable fortaleza, que determinó dejarlas en pié, para que las generaciones futuras admiraran el poder de los romanos, que habian sabido tomar por asalto ciudades que tenian tan tremendas defensas. Fueron demolidas en el siglo XIII por un príncipe de Damasco. Mas tarde han sido levantadas sobre sus cimientos construcciones mezquinas, que nada tienen que ver con la grandeza de las antiguas.

Despues de habernos dado el hermano estas curiosas noticias, echó á andar adelante, y parándose á poca distancia y tendiendo la mano, nos dijo:

—Este es el lugar que ocupaba la casa de Urias. Aquí fué donde Betsabé, su mujer, se bañaba, cuando David paseando por el terrado de su palacio, la miró, y concibió por ella repentina pasion criminal y funesta.

David hizo perecer en la batalla al marido de Betsabé, y tomó por mujer á esta. Entonces el profeta Natan hizo saber á David que la cólera de Jehová se habia encendido en su contra, y le refirió aquel apólogo del rico que despojó al pobre de la única oveja que tenia. Al oir el apólogo indignóse David y prorumpió en exclamaciones contra el rico. Entonces Natan le anunció la muerte del hijo de su pecado que habia concebido Betsabé. David lloró su culpa, entonando aquel majestuoso *miserere* que hace estremecer las carnes de espanto, y se tiró en el suelo, y ayunó, y cubrió su cabeza de ceniza, rogando á Dios por la vida de su hijo. Pero su hijo murió, y entonces David elevó cantos de sumision á Jehová, y compuso aquellos salmos sublimes, que forman una de las mas grandes glorias del Rey-poeta. Mas tarde Betsabé concibió nuevamente, y dió á luz un hijo que fué agradable á los ojos de Dios; este hijo fué Salomon, el mas sabio de los hombres.

Seguimos marchando, y el hermano Pedro á nuestra cabeza. Detúvose delante de un templo protestante, y nos dijo:

—Aquí estuvo el palacio de Herodes el Grande.

Siguió marchando, y sin detenerse nos mostró á la izquierda tres pequeñas capillas, diciéndonos:

—Aquí fué donde Jesucristo, despues de su resurreccion, se apareció á las tres Marías y les dijo: «yo os saludo.»

Mostrónos tambien el sitio donde la tradicion asegura haberse levantado la casa de Santo Tomás.

Torcimos á la derecha, y al fin de un callejon llegamos á un convento armenio, cuya iglesia está edificada sobre el lugar que ocupó la casa del gran sacerdote Anás. Allí fué donde Jesucristo, interrogado por el gran sacerdote y habiendo respondido con la elevacion adecuada á su mision sublime, recibió un bofeton en el rostro de mano de uno de los arqueros presentes.

Visitamos la catedral armenia, dedicada á Santiago el Mayor, sobre el lugar donde sufrió ese apóstol martirio, despues de su regreso de España, adonde habia ido á predicar el Evangelio. Unidos á la catedral hay un hermoso colegio y un vasto hospicio para los peregrinos. Muy cerca está la puerta de la ciudad llamada Bab-es-Sahiun (puerta de Sion), ó Bab-el-Nabi Daud (puerta del profeta David). Por ella salimos, y á pocos pasos encontramos una gradería. Aquí fué donde la tradicion oriental refiere que fueron detenidos los apóstoles por muchedumbre de judíos enfurecidos, cuando llevaban al sepulcro el cuerpo de la madre de Dios. Un sacerdote judío que se atrevió á tocar el féretro, quedó con la mano adherida á él, y sus compañeros cegaron. Asustados por este castigo, se arrepintieron de su crímen, se convirtieron al cristianismo, y restituidos á la salud por intercesion de los apóstoles, fueron todos bautizados.

A poca distancia, en un convento armenio, aislado por todas partes, se encuentra el lugar donde estuvo la casa de Caifás. Allí, Jesucristo fué interrogado por el gran sacerdote, pasó la noche entre el juéves y el viérnes santos, y fué negado tres veces por San Pedro. Una pequeña capilla designa el lugar preciso donde Jesucristo pasó la noche, y uno de sus altares tiene la parte superior formada

CAPILLA ALFONSINA

por la piedra que cerraba el Santo-Sepulcro. Saliendo de esta iglesia se miran algunos cementerios. Cerca de ellos, la tradicion señala el lugar que ocupó la casa donde habitaron la Vírgen y San Juan despues de la muerte de Jesus. Noticias ciertas é indudables sobre la vida de la Vírgen despues de la pasion de Jesucristo, no se tienen; pero las tradiciones que se conservan en Palestina sobre su vida y su muerte, son mas respetables que las opiniones de algunos que sostienen haber la Santa Madre emigrado á Éfeso y muerto allí, pues tales opiniones están destituidas de todo apoyo de la tradicion ó la historia.—

No muy lejos, hay un grupo de habitaciones, sobre el que se levanta una cúpula cubierta de plomo. Los musulmanes dan á estas casas el nombre de *casa de David*, sin que se conozca la razon por que se lo atribuyen. Nos dirigimos allí. Llamamos á la puerta y vino á abrirnos un turco de mala catadura. Pedímosle permiso por intermedio de Jusuf, para entrar á visitar la mezquita, y nos lo negó redondamente, dándonos con las puertas en la cara. Contrariados y llenos de disgusto, retrocediamos para alejarnos, cuando el hermano Pedro, aunque en detestable árabe, le prometió una buena propina. No hubo entonces dificultad ninguna, y las puertas de par en par se nos abrieron. Entramos, entonces, y el lego saboyano se echó á chancearse con el turco dándole palmadillas en el hombro y tirándole á las veces de la barba. Temia yo que aquel genízaro se impacientara á consecuencia de la llaneza con que era tratado; pero con grande asombro mio lo ví sonreir y ponerse mas afable á proporcion que las palmadillas y los tirones menudeaban.

El carácter oriental se presta para esta clase de libertades, y los franciscanos, que han estudiado al derecho y al revés todas las cosas en Palestina, se hacen respetar y querer por medio de estos modales, á primera vista un tanto bruscos. Los árabes, por otra parte, son naturalmente respetuosos para con la religion y los sacerdotes de cualquiera especie.

Precedidos por el turco y el hermano Pedro, pasamos por una caballeriza, subimos una escalera y nos encontramos en un pequeño patio. Entramos por una puertecilla y nos encontramos en una mezquita, como de ocho metros de longitud sobre cuatro de anchura, y que tiene dos arcos y una columna en el medio, arcos y columna que la dividen de largo á largo en dos partes iguales. Esta mezquita es una antigua iglesia, edificada sobre el lugar donde estuvo el Cenáculo. La disposicion que hoy tiene es la misma que tenia en los tiempos de Jesucristo. Ocupa el piso alto, tiene en el medio la pequeña arquería de que he hablado, y recibe la luz por una ventana abierta en lo alto del muro. Actualmente el piso bajo está convertido en harem de un rico *sheikh*, que, á manera de cura, tiene á su cargo la mezquita y sus habitaciones pegadas á ella. Se dice que el Cenáculo era propiedad de José Nicodemus. Aquí fué donde el Salvador lavó los piés á sus apóstoles, y predijo á Júdas su traicion y su cobardía á San Pedro. Aquí fué donde, próximo á ofrecerse en holocausto por los pecados del mundo, cenó por última vez con sus discípulos é instituyó el Sacramento de la Eucaristía, dando á los presentes á comer de su cuerpo y á beber de su sangre. Puede decirse tambien que aquí fué celebrada la primera misa, en que el Hijo de Dios, víctima y sacerdote, se ofreció él mismo á su Padre como víctima inocente y expiatoria por la salud de los hombres. Despues de la Resurreccion se apareció aquí Jesus dos veces á sus apóstoles, diciéndoles: *pax vobis;* y aquí fué donde Santo Tomás necesitó meter su dedo en las llagas del Salvador para creerlo resucitado. Felices aquellos que no han visto y han creido! Este es el lugar donde el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles. Aquí fué donde aquellos doce pescadores se vieron convertidos en doctores de las gentes, y luces del cielo bajaron á posarse sobre su cabeza. La inteligencia divina irradió sobre sus almas, y penetraron los arcanos de la ciencia, poseyendo, por decirlo así, el núcleo de todas. Entendieron la ciencia de Dios, que es el vértice de los conocimientos humanos, y del Ce-

náculo salieron para derramar sobre el mundo las claridades de su entendimiento. Y por medio de la palabra de Dios plantaron en la tierra la semilla prodigiosa que contenia el gérmen de la civilizacion.

Entonces el mundo se encontraba en manos de los sensualistas, que aplicaban á sus labios la copa de la embriaguez y á su corazon la llama de los placeres. Los romanos derrochaban las riquezas del universo en festines insensatos, que no eran para el pueblo esclavizado sino el precio de su abatimiento y su abyeccion. Los emperadores eran pontífices, y el gentilismo y el sensualismo estaban bajo la salvaguardia del inmenso poder del imperio.

Doce hombres oscuros é ignorantes, discípulos de un llamado loco, de un ajusticiado que murió en un lugar de ignominia, en medio de dos ladrones, se reunen en este sitio y se proponen salir de aquí á cambiar la faz del universo, á renovar la conciencia humana dándole nuevas creencias, y á luchar cuerpo á cuerpo con el poder político-religioso de los señores del orbe. Y ponen en práctica su intento, se derraman por la tierra, y se mezclan con todas las naciones, llevándoles en su palabra la *buena nueva*, y caen bajo el hacha del verdugo; pero dejan ya minado el pedestal donde se asienta el coloso romano, y muy en breve el coloso carcomido y decrépito se desploma para hacer lugar á un nuevo mundo, mas jóven, mas libre, mas civilizado y mas feliz.—

El Cenáculo era antiguamente iglesia católica. Los musulmanes se la apropiaron, diciendo que en aquel sitio ó sus inmediaciones, se encontraba la tumba del profeta David, que ellos querian honrar á su modo. Un manuscrito antiguo refiere que en el convento franciscano que se halla junto al Cenáculo, estaba la tumba del Rey-Profeta. La Escritura no dice mas sino que David fué enterrado en el monte Sion. Los musulmanes designan una construccion nueva como la tumba de David, aunque dicen que las cenizas de este profeta reposan bajo el monumento á una profundidad inmensa, donde jamas hombre alguno puede penetrar.

Visitado el Cenáculo, nos dispusimos á salir de allí precedidos por el lego saboyano, que llevaba del brazo al turco portero. Antes de haber franqueado el umbral de la puerta, pasamos por el medio de una doble fila de hombres, mujeres y niños, toda la familia de los guardianes, que tendian á nosotros la mano pidiéndonos propina. Por consiguiente, salimos por aquel camino menudeando las piastras á diestro y siniestro.

Retrocedimos hasta la puerta de Sion, y siguiendo á lo largo la muralla, por la parte de afuera, pasamos por debajo de un secular acueducto que lleva el nombre de Salomon, y llegamos á un punto donde la mesa de Jerusalen concluye. Bajamos un poco por la falda de la montaña, que tiene allí un declive rápido, y nos encontramos en una gruta natural formada en la roca. Esta es la cueva de San Pedro, y aquí fué donde se retiró el apóstol á derramar lágrimas de arrepentimiento despues que tuvo la cobardía de negar tres veces á su Maestro. San Pedro tenia un carácter ardiente é impetuoso, capaz de las mayores abnegaciones y de las debilidades mas grandes. Sin embargo, él fué uno de los que mas amaron á Jesucristo, y por eso fué instituido piedra angular de la Iglesia de Dios.

En esta cueva existió en otro tiempo una iglesia, llamada de San Pedro en Galicanto; ahora no es mas que una gruta abandonada, que no conserva rastro de construccion ninguna. Allí encontramos dos árabes que hacian su modesta comida, compuesta de hojas de col cruda salpicadas de sal. Los árabes son muy frugales; no comen mas que una vez al dia, y es muy raro que tomen carne. Esto no impide que sean muy robustos y hermosos, lo que prueba que la salud se encuentra mas bien en la sobriedad que en la gula.

Desde la puerta de la gruta se disfruta una vista hermosísima. A nuestro frente se levanta la montaña del Mal Consejo, así llamada por haber sido allí donde el pontífice dijo que Jesucristo debia morir por el pueblo. A la izquierda está el monte del Escándalo, donde Salomon, ingrato á los beneficios de Jehová, y seducido por las

CAPILLA ALFONSINA

mujeres moabitas, escandalizó al pueblo rindiendo adoracion á los ídolos.

A continuacion se mira el monte de los Olivos, á cuyo pié Jesucristo sudó sangre, y desde cuya cumbre se elevó al cielo.

Entre Jerusalen y las montañas que la cercan, hay valles profundos que la rodean completamente por tres partes. Al Occidente está el valle de Gihon, al Sur el de Gehenna, y al Oriente el de Josafat. Así es que puede decirse que Jerusalen es una ciudad fortificada por la naturaleza, levantada sobre una altura, rodeada de profundísimos abismos que le sirven de fosos, y amurallada detrás de estos abismos por altas montañas en contorno. Bien se conoce que esta es la ciudad extraordinaria que vivia aislada del mundo; la ciudad guerrera que sostuvo diez y siete sitios; la ciudad de los prodigios que parece encontrarse segregada de la tierra.

La Jerusalen antigua se extendió principalmente sobre el monte Sion, y por esta razon Jerusalen es llamada Sion en los libros santos. Ahora, en este monte, hay un puñado de miserables habitaciones, y lo restante es un campo de siembra, cruzado por el arado, para que se cumpla la profecía de Jeremías: *Sion sicut ager arabatur.*

Frente á nosotros habia á nuestros piés, un poco arriba del valle de Gehenna, un pequeño campo cercado. Este es el Haceldama, *campo de sangre,* comprado con los treinta dineros, precio de la traicion de Júdas. Hácia la derecha del Haceldama, hay otra gruta natural como la de San Pedro, llamada de los Apóstoles. Allí fué donde estos se retiraron huyendo del peligro, despues que Jesucristo fué aprehendido.

Cerca del valle de Josafat está la aldea de Siloe, y mas allá se extiende el valle sombrío de las tumbas.

Largo rato permanecimos sumergidos en la contemplacion del panorama que nos rodeaba. Era imponente, sí; pero triste. Aquellas rocas peladas, cenicientas, cubiertas aquí y allá de bosquecillos de olivos salvajes ó de zarzas y plantas espinosas; aquellos valles profundos que se hundian á nuestras plantas oscuros y misteriosos; aquella soledad fúnebre; aquel mortal no interrumpido silencio, presentaban singular conjunto de pavorosa majestad. Y para aumentar todavía la profunda impresion que aquel cuadro me causaba, estaba el cielo cubierto de nubes, la luz que reinaba era amarillenta y opaca, y una lluvia fina se desprendia de los cielos sin hacer ruido, como polvo sutil pasado por un tamiz en las cimas melancólicas de la altura.

Al entrar en la ciudad, miramos hácia la derecha un grupo de casitas blancas, de un solo piso, de la apariencia mas triste. Es el barrio de los leprosos. Esta clase de enfermos son, desde tiempo inmemorial, muy comunes en Palestina, y de ellos hablan con frecuencia los Libros Sagrados. Actualmente los leprosos viven en cuarteles que les están especialmente designados en Jerusalen, Damasco, Ramleh y Naplusa. Los desgraciados que nacen accidentalmente en otro lugar, son enviados á una de estas cuatro ciudades tan luego como la enfermedad se ha declarado plenamente. Son mejor tratados que los demas mendigos, porque hay fundaciones en favor suyo, y en Oriente se considera como un gran acto de caridad manifestar compasion á estos infelices. Ellos se asocian y atienden entre sí, y aun se permiten sus pequeños gustos, pues los leprosos se casan con las leprosas, y dan al mundo una leprosa generacion.

En Damasco, en 1860, perecieron casi todos los leprosos que allí habia, y eran en su mayor parte cristianos, ya al filo de la espada, ya en medio de las llamas que destruyeron las dos terceras partes de la ciudad.

Las casas de Jerusalen no tienen tejado como las europeas, sino terrados planos como las de las Américas latinas. Estos terrados son el lugar predilecto de la casa. Durante el Estío, las familias enteras pasan en ellos la noche; y aun en el dia y en todo tiempo, los orientales son muy dados á treparse á las azoteas, donde se sientan bajo frescas enramadas, reciben el aire libre y se entregan á las delicias del tabaco. Procacci me hizo notar que los terrados estaban rodea-

CAPILLA ALFONSINA

dos de un pretil. Sacó de su bolsillo una pequeña Biblia y me enseñó un versículo del Deuteronomio, que prueba que este pretil ha sido colocado en las azoteas desde los tiempos mas remotos, por mandato de Jehová. «Cuando edificares casa nueva, pondrás pretil á tu terrado, para que no la hagas responsable de sangre si de él cayere alguno.»

§ IV

EL VALLE DE JOSAFAT Y EL MONTE DE LOS OLIVOS.

Quiso Dios que en aquel tiempo cayese yo enfermo en el hospicio franciscano, de un mal agudo que me obligó á guardar el lecho durante dos dias. En el triste período de mi enfermedad recibí de parte de los frailes muestras de caridad y de cariño. El médico, que era italiano, me atendió con sumo esmero, así como el hermano Juan, repostero, el cual hablaba español correctamente, y tuvo para mí cuidados fraternales.

En esos mismos dias llegó á Jerusalen y al hospicio franciscano, un jóven frances, peregrino como yo, Mr. Maurice Delestre. Nuestros caractéres se avinieron en seguida, nuestros pensamientos se encontraron de acuerdo, y hallamos que teniamos un modo semejante de mirar las cosas. Una amistad franca y sincera vino á ser muy en breve el resultado de nuestra concordancia en todo. Mr. Delestre era un jóven de veinticuatro años, hijo de un médico de Paris, y habia acabado de recibir su título de abogado. Soldado en tiempo de la guerra con Prusia, desplegó en la lid bravura indómita, y mereció de la prensa elogios gloriosos que hicieron su nombre conocido en toda la Francia. Durante el sitio de Paris, hizo, en compañía de algunos de sus condiscípulos, varias salidas al campo prusiano. En una de estas excursiones quedó en el campo con el pecho traspasado por una bala. Fué conducido á Paris por sus amigos, y

en su lecho de muerte, cuando arrojaba torrentes de sangre por la boca, recibió la condecoracion de oficial de la Legion de Honor.

Febrero 13.

Recobrado de mi mal, proseguí este dia mis excursiones. Salimos del convento á las diez de la mañana mi nuevo amigo Delestre, Procucci y yo, sirviéndonos de guía un judío llamado Mussa (Moisés), viejo de barba blanca y venerable aspecto, que hablaba bien español y era el mas antiguo dragoman de Jerusalen.

Pasamos por la Puerta Judiciaria y por el arco del *Ecce homo,* y despues de atravesar un bazar miserable, llegamos á la iglesia de Santa Ana. Es un templo frances enteramente moderno, de hermosa arquitectura gótica, iglesia la mas hermosa de Jerusalen despues de la del Santo-Sepulcro. Hecha á expensas de la Francia, corre de cuenta del cónsul frances. Una cripta que se encuentra en la nave de la derecha, señala el lugar donde nació la Vírgen María. A pesar de la construccion, se miran en algunas partes las paredes de la gruta natural.

Aquí vino al mundo la Mujer Santa que fué templo vivo de Dios; aquí la única criatura sin mancha que haya nacido de hombres; aquí la madre del Crucificado, redentora del mundo; aquí la segunda Eva, madre de la vida eterna del género humano; aquí la Vírgen Purísima á quien adoran los ángeles, y en cuya hermosura se recrea el Autor de todas las cosas.

Salimos de la iglesia. Frente á la puerta de entrada se encuentra la Piscina-Probática (Bethesda). Actualmente hállase rodeada por un muro, para impedir que se le arrojen escombros. Está en seco, y á mitad cegada por la tierra de los siglos. Tiene cien metros de longitud y cuarenta de anchura. Fué construida por los primeros reyes de Israel; generalmente se cree que por Salomon. Es el único resto indudable que se conserva de las contrucciones genuinamente hebráicas. Se cree que en otro tiempo servia para lavar los anima-

les que debian ser inmolados en el primer Templo. Algunos juzgan que tenia en su fondo un venero natural que la proveia de agua; pero la opinion mas general es, que recibia el agua de la Fuente Sellada, por medio de un acueducto. El aspecto de esta piscina es imponente. La obra es gigantesca, de aquellas que solamente se hacian en la antigüedad. Está tallada en la roca. Para evitar los desplomes y derrumbamientos, sus paredes están hechas de grandes piedras unidas con cinchos de fierro. Sobre estas piedras hay una capa de mezcla y piedras pequeñas, y sobre todo esto, otra capa de una composicion impermeable.

Aquí fué donde Jesucristo curó al paralítico, diciéndole: «Levántate, toma tu lecho y anda.» Esta especie de lechos de que se habla en el Evangelio, tienen todavía un uso muy comun en Palestina. Son simples jergones unidos entre sí, á manera de colchones, que en el dia se dejan arrollados sobre los bancos de piedra que hay en los patios de todas las casas, y se desenvuelven por la noche sobre estos mismos bancos, que es donde se duerme. Bien pudo, pues, el paralítico cargar con un lecho de tal naturaleza, cuando Jesus le ordenó que lo cargara.

Sobre la tierra que ciega la piscina, crecen aquí y allá algunos olivos silvestres. La naturaleza invade poco á poco esta obra prodigiosa de los hombres. Andando el tiempo vendrá tal vez la renombrada Bethesda á desaparecer totalmente bajo los escombros y la vegetacion, que la igualarán con el resto del pavimento.

Llegamos á la puerta de la ciudad, llamada de San Estéban por los cristianos, y de la Señora María por los indígenas. (*Bab-sitti-Mariam.*)

Al occidente se destaca el Monte de los Olivos, en cuya cima se miran blanquear algunas habitaciones; á su pié, al occidente, la mirada se sumerge en el Valle de Josafat, llamado por los árabes valle de Siloe. *(Uadi-Siluan.)*

Bien pronto descendimos al valle. Su fondo está desgarrado por

el lecho, ahora en seco, del torrente Cedron. Este torrente se forma con la lluvia, y baja de las vertientes lejanas de las montañas. Ha labrado su cauce en la piedra dura, y es muy estrecho. Un solo puente lo atraviesa.

Al occidente hay una roca blanca que señala el lugar de la lapidacion del primer mártir. Aquí trageron los judíos á Estéban, *lleno de gracia* y *de fuerza*, y *que hacia prodigios* y *grandes milagros entre el pueblo;* y tomándolo por blanco de sus iras una muchedumbre excitada por los sabios de la Sinagoga, arrojó piedras sobre él en cantidad innumerable. Entonces Estéban, cayendo de rodillas antes de morir, gritó con voz muy fuerte: «*Señor, no les imputeis este pecado.*» Palabras dignas de un discípulo del Crucificado. Grande gloria la del primer hombre que dió su vida en testimonio de la divinidad del Cristo. Él fué el centinela avanzado del ejército de paz, que derramándose sobre la tierra, dejó tintas en su sangre las arenas del Circo, sirvió de tea para alumbrar los jardines de los Césares, y firme é invencible en medio de los tormentos, echó por tierra el coloso de la fuerza, y sobre sus miembros mutilados y monstruosos, erigió el mundo moderno, de amor y de fraternidad entre los hombres.

Cerca de allí se levantan algunos monumentos fúnebres en forma piramidal, tallados en la roca. Tienen la pesadez de las obras egipcias, mientras en su ornamentacion se descubre algun intento del gusto griego. Son las tumbas de los Jueces. Aquí empieza el valle de Josafat, donde Jehová dijo, por boca de Joel, que *juntaria todas las gentes y entraria en juicio con ellas.*

El valle de Josafat no tiene, á su principio, mas de cien metros de anchura; va serpenteando en torno de Jerusalen, y se une á alguna distancia con el valle del hijo de Hennon, donde no tiene sino la anchura del torrente y toma el nombre de valle del Fuego *(uadi-en-Nar);* y mas lejos se confunde con el valle de Gehenna y con el de Gihon. Su longitud es, poco mas ó menos, de una legua. A la

derecha está limitado por el monte Gihon, el monte Bezeta, el Moría—donde antes se levantaba el Templo y ahora se levanta la mezquita de Omar,—y la colina Ofel. A la izquierda está cerrado por los montes Escopo, Olivete y del Escándalo. Al pié del monte del Escándalo se asienta la aldea de Siloe. Frente á Jerusalen, el valle de Josafat está cubierto de tumbas modernas: son musulmanas las de la ribera derecha del torrente, y las de la izquierda judías.

Los judíos vienen de los cuatro puntos cardinales del globo á Jerusalen, por solo el deseo de ser sepultados en esta tierra. ¡Extraño destino del valle de Josafat, que ha servido de cementerio desde hace miles de años!

Aquí fué donde el rey de Sodoma vino á encontrar á Abraham, despues que el patriarca hubo derrotado á los vencedores de la Pentápolis y libertado á su sobrino Lot que venia prisionero. David, huyendo de su hijo Absalon, pasó por aquí á pié con sus fieles servidores. El Salvador del mundo atravesó muchas veces este valle, yendo al monte Olivete á elevar sus oraciones al Padre, ó dirigiéndose á visitar á sus amigos de Betania.

Nada puede imaginarse mas imponente que esta hondura de Josafat, árida, desierta, cubierta de tumbas y surcada en su parte mas profunda por un torrente tristísimo, que rodando por allí al través de los siglos, ha señalado su paso en la roca viva, haciéndose una urna estrecha, que parece tambien largo sepulcro. Elevando los ojos, se miran desde aquí Jerusalen sobre la montaña, las murallas góticas de la ciudad, la Puerta Dorada que antes llevaba al Templo, tapada ahora con piedra, y las blancas cúpulas y delgados minaretes que se destacan confusamente en el espacio. Este conjunto de piedra tiene una solemnidad imponente. Jerusalen con todo cuanto la rodea, presenta marcado aspecto de extraordinario. Nada tienen que ver estos lugares con los demas lugares de la tierra. Aquí está el misterio, aquí está la Biblia; hé aquí el teatro de las obras del amor tremendo, y de las venganzas tremendas de Jehová!—

Pasado el torrente Cedron, hay á la izquierda un monumento de arquitectura bizantina. Una puerta parecida á las de la iglesia del Santo-Sepulcro, le sirve de entrada. Es un profundo subterráneo tallado en la roca. Una gradería de cincuenta escalones conduce al fondo de aquel antro, donde reinan las tinieblas de una noche perfecta. Es la tumba de la Madre de Dios. Aquí están asimismo los sepulcros de San Joaquin, Santa Ana y Señor San José. Al fin del subterráneo, en una capillita á la derecha, se encuentra la urna donde, segun la tradicion, reposó breve espacio el cuerpo de María, antes que los ángeles lo llevaran al cielo. Esta tumba, así como la de Jesus, está cubierta con mármol. Multitud de cirios y de lámparas arde en la pequeña capilla. Sacerdotes coftos, de pié junto á la tumba, la velan sin interrupcion, y oran en voz baja, moviendo con gran fervor sus labios é inclinándose á cada instante.

No es de extrañarse que se encuentren aquí reunidos los sepulcros de la Vírgen, de sus padres y de su esposo, pues conocida es la costumbre de los judíos de hacer sepulcros de familia.

Oré allí un instante con gran devocion, y pedí á la Madre de Dios y de los hombres por todos los que amo. Griegos, armenios, coftos y abisinios se encontraban allí arrodillados rezando fervorosamente. Hácia un extremo de la capillita, asidos sobre unas esteras, se encontraban mujeres y hombres musulmanes, elevando con canto nasal y monótono su plegaria á la Señora María *(sitti-Mariam)*. Aquella reunion de adoradores de la Vírgen de países diferentes, de lenguas extranjeras entre sí, de creencias disímbolas, era hermoso contemplarla: como si aquella á quien se rendia culto, Madre de amor, que envuelve en amor el mundo, cobijara bajo su manto á la humanidad entera y á su arrimo los hombres olvidaran sus discordias, y en armonía tranquila no tuvieran corazon sino para elevarlo hasta sus plantas. No es la filosofía rígida y helada la que ha de producir la paz en el mundo; es al impulso de un mismo pensamiento, al calor de una misma creencia y bajo la bóveda de un solo templo como han de establecer-

se el sosiego en las sociedades y la fraternidad entre las gentes. Sublime comunion de la fé, que hará de los pueblos un inmenso corazon, ardiendo con el fuego de una idea y de un sentimiento.—

Saliendo de la tumba de la Vírgen, hay á la izquierda una especie de cañon estrecho, camino sin salida practicado en la roca. En el fondo de este cañon hay una pequeña puerta de fierro. Llamamos á ella. Un viejo franciscano vino á abrirnos.

Entramos en la *gruta de la Agonía*. Aquí fué donde Jesus se retiró á orar la noche víspera de su pasion. La gruta es pequeña y de forma circular. La bóveda es natural de la roca, y un agujero practicado en lo alto, deja penetrar en aquel recinto dulcísima claridad. Por todas partes hay flores. Un altar que se levanta en el fondo está cubierto de ellas. Son flores del jardin de Getzemaní, que cogen los frailes y depositan sobre aquellas benditas aras. Un franciscano guarda esta gruta, y allí reza y come, y no se aparta un instante de aquel lugar, hasta que viene otro franciscano á reemplazarlo.

Sobre una tabla de madera que hay á la izquierda, se miran escritos estos versículos del Evangelio de San Lúcas: *et factus in agonia prolixius orabat; et factus est sudor ejus sicut guttæ sanguinis decurrentis in terram*, y habiendo entrado en agonía, oraba con mayor vehemencia, y fué su sudor como gotas de sangre que corrian hasta la tierra.

Al leer aquellos versículos, inmenso terror me helaba la sangre. Experimenté la misma emocion que hubiera sentido, si, ignorante de las peripecias de la tragedia de la Cruz, se me hubiera dicho de improviso: *el Hijo de Dios entregado á un dolor sin ejemplo, en este lugar sudó sangre.*

Jesus, el Justo, el Santo de los santos, padeció las penas mas agudas que pueden padecerse; y yo, entregado ciegamente á las cosas del mundo, paso mi vida tranquila, como si al fin de mi camino no hubiera una eminencia adonde me es preciso subir, ó un abismo en donde me es preciso despeñarme. Jesus sudó sangre por el género

humano; ¡qué mas podria hacer la clemencia del cielo, que agitarse sobre todos los abrojos que tapizan la tierra! Esa agonía, esa sangre, esa muerte, abrieron las puertas al porvenir de las almas, y si las almas en vez de lanzarse con las alas abiertas á la altísima region que campea sobre el espacio y el tiempo, se arrastran torpemente por el fango del mundo, ¿qué será de esa agonía, de esa sangre y de esa muerte? El corazon se sobrecoge de espanto á este pensamiento, dolores del sepulcro lo rodean, y se siente oprimido en los lazos de la muerte.

La redencion es la esperanza mas espléndida del género humano; pero es tambien su amenaza mas tremenda. Es elixir de vida, que puede trocarse en tósigo amargo y corrosivo; es reclamo de amor que suena con armonía inmensa y serena en el espacio, que puede convertirse en sentencia de muerte repercutida en los antros tenebrosos del profundo Cocito.

Aterrado permanecí de rodillas haciendo estas reflexiones, donde Jesus mismo de hinojos, rogó á su Padre apartara de sus labios el cáliz de la amargura. Yo tambien temo los sinsabores de la tierra; tambien yo me estremezco de espanto al pensar en esta tremenda pasion que envuelta en tinieblas se me espera en el porvenir, y que se llama la vida; yo tambien ruego al Padre aparte de mí este cáliz á cuya vista siento que flaquean las virtudes de mi alma. Pero si esto no es posible, si es preciso que arrastre mi existencia como una cruz por el mundo; si mi corazon debe ser coronado de espinas; si tengo de subir moribundo al Gólgota de mi agonía, yo tambien digo como El que me enseñó á esperar, á sufrir y obedecer las voluntades de arriba: *hágase en mí, Señor, tu voluntad y no la mia.*—

Saliendo de la gruta y caminando un poco por la falda del monte Olivete, se llega á un pequeño espacio cuadrado, rodeado de murallas de piedra. Una puerta de fierro en extremo baja, le sirve de difícil entrada. Tiramos del cordon de la campana, y vino á abrirnos al instante otro franciscano. Entramos encorvándonos, y nos encontramos

en un pequeño jardin de la apariencia mas risueña. Es el huerto de Getzemaní *(bustan-el-Zeitun)*. Como se ve, la palabra española *aceituna*, se deriva de la árabe *zeitun*. Y sea dicho entre paréntesis.

Los padres latinos cultivan este jardin con el mayor esmero; la tierra se ha hecho fértil bajo su cuidado; pequeños canales de agua cristalina la riegan; por todas partes hay verdura y flores, y de en medio de aquella vegetacion tan risueña, se levantan ocho seculares olivos de robusto tronco y estatura gigantesca. La tradicion señala estos olivos como los mismos bajo los que oró Jesus, y fueron testigos de sus padecimientos y sus lágrimas. Se dice que Tito hizo cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalen, para formar sus máquinas de guerra; pero esto no debe entenderse tan al pié de la letra, que no hayan podido escapar algunos de ellos. Por otra parte, sabido es que los olivos son, por decirlo así, perennes, pues de sus raíces salen nuevos retoños, aun cuando sean cortados los troncos. Así, bien puede suceder que, aun no siendo estos olivos los mismos del tiempo de Jesucristo, sean retoños de sus raíces á lo menos. Sobre todo, la tradicion los señala como venerables, la humanidad cristiana los venera desde tiempo inmemorial, y son dignos de veneracion por solo este hecho.

En los muros interiores del jardin hay de trecho en trecho pequeños nichos, que contienen bajo-relieves, representando la pasion de Jesucristo. Aquellos bajo-relieves dan al jardin religioso místico aspecto, lo convierten en lugar santo, y hacen de él un templo al aire libre, que tiene por alfombra las pompas de la naturaleza y por bóveda las inmensidades azules.

Paseéme largo espacio por las calles de aquel huerto, y reposé del cansancio y del calor de aquel dia bajo la sombra de los vetustos olivos, y sentado al pié del tronco de uno de ellos, me sumergí en profundas reflexiones sobre las escenas pasadas en aquel sitio. Recogí algunas aceitunas de las muchas que habia regadas por el suelo, y

el guardian franciscano, mirando con cuánto afan las recogia, me regaló un ramito de olivo y me formó con sus manos un hermoso ramillete de flores de las mas bellas del jardin.

El olivo en todos tiempos ha sido señal de paz en el mundo. Cuando las cataratas del cielo se rompieron, se inundó la tierra, y perecieron los seres vivientes que la habitaban, pasados cuarenta dias, la paloma que envió Noé fuera del arca, volvió con un ramo de olivo en el pico, para significar que el cataclismo habia cesado y que la naturaleza cobraba de nuevo su reino pacífico sobre la superficie del globo. En los tiempos antiguos y modernos, el olivo ha significado entre las naciones, la calma tras de las tempestades, la paz tras de la guerra. El Salvador del mundo venia á orar al monte Olivete, y á la sombra de los olivos meditó sobre su sacrificio, y decidió llevar á cabo su mision de caridad, de amor y de paz entre los hombres. Lo repito, las cosas materiales parecen ser símbolo de las inmateriales y mas altas; misteriosa concordancia del mundo de los espíritus con el de los cuerpos; armonía eterna de las cosas, que, procedentes de un principio, son ordenadas bajo un plan, y conspiran á un fin mismo.

Fuera del jardin de Getzemaní, y hácia un lado de la puerta de entrada, se encuentra una roca blanca, que señala el lugar donde Jesucristo hizo esperar á sus discípulos Pedro, Juan y Santiago, mientras iba Él á pedir al Padre lo fortaleciera, á la gruta donde sudó sangre. Este lugar se encuentra, como dice el Evangelio, á la distancia de un tiro de piedra de la *gruta de la Agonía*.

Mientras el Salvador del mundo desfallecia al pensar en los tormentos que le esperaban y en la ingratitud de los hombres, en aquella noche terrible, los discípulos que lo acompañaban, incapaces de comprender su dolor inmenso, se echaban insensatos en brazos del sueño. La humanidad tambien, ingrata á la pasion del Hijo de Dios, se entrega á los placeres del mundo, y se adormece indiferente en medio de sus crímenes, sin escuchar la voz de lo alto que le dice: *Velad y orad para que no entreis en la tentacion.* Y es que entonces

CAPILLA ALFONSINA

como ahora, Dios lo sabe, y Dios nos lo perdone, el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.

Al sur de la puerta del jardin, y al fin de un callejon sin salida, se encuentra una columna de granito truncada, que es el único resto que queda de una iglesia que aquí se elevó en otro tiempo.

Este es el lugar donde Júdas dió el beso traidor á su Maestro. Aquí fué donde se consumó el crímen mas grande que registra la historia.

La Redencion fué decretada por Dios en la eternidad; pero ¡ay de aquellos que en el espacio y en el tiempo sirvieron al Redentor de verdugos!

Nuestro guía, el judío Mussa, nos habia conducido á todos estos sitios; pero se habia mantenido á buena distancia de ellos. Los cristianos prohiben á los judíos profanar con su presencia los lugares santos de la Redencion, y los judíos se desdeñan de visitarlos. Siempre recordaré que Mussa, al presenciar el horror de que estábamos poseidos en el lugar donde Júdas entregó al Salvador, prorumpió en risas estrepitosas, y nos dijo:

—Se atormentan vdes. con ficciones y padecen con las cosas fantásticas, como si fuesen reales. He conducido á vdes. á estos lugares, porque todos los viajeros latinos desean mirarlos; pero en verdad aquí nada ha sucedido de lo que se imaginan, ó no vale la pena si ha sucedido. Jesus, si jamas existió, fué un acusado vulgar como tantos otros, que padeció los tormentos destinados en ese tiempo á los reos de muerte, y murió en la cruz como tantos otros, en un lugar destinado para las ejecuciones.

Mr. Delestre, Procacci y yo, nos miramos estupefactos, leyendo en nuestros ojos el disgusto interior que aquellas palabras insolentes é insensatas nos habian causado. Mr. Delestre, impetuoso como buen frances, levantó su baston para dejarlo caer sobre Mussa; pero dominando su primer ímpetu volvió á bajarlo, y dijo tratando de disimular la emocion que lo agitaba:

—Mussa, hemos tomado á vd. por guía, aunque judío, en la inteligencia de que seria vd. bastante sensato para no insultar nuestras creencias en los lugares mismos que nos las avivan. Pero puesto que nos hemos equivocado, pagarémos á vd. el precio convenido, y nos dejará vd. caminar solos de aquí en adelante.

—Caballero, contestó Mussa arrepentido, conozco que he obrado mal y pido á vdes. mil perdones. No me arrojen vdes. de su compañía. Ofrezco á vdes. callar en lo sucesivo, y si no cumpliere mi promesa, quedan vdes. en libertad para hacer de mí lo que gusten.

Convinimos en perdonar á Mussa aquella falta, aunque nos propusimos no sufrirle la segunda. Y con esto comenzamos á trepar por las faldas del monte Olivete hácia la cumbre.

El incidente ocurrido me hizo pensar en la desgraciada situacion á que estaban reducidos los judíos de la Edad-Media en los países cristianos. Se les acusaba de proferir las mas horribles blasfemias y de cometer los mas abominables sacrilegios con las cosas mas santas de nuestra religion. Estas acusaciones, en gran parte falsas, juzgo ahora que pueden haber sido en gran parte verdaderas. El odio que estas acciones causaban, junto con la animadversion que los judíos atraian sobre sí por su sórdida avaricia y su descorazonada crueldad con los deudores, producia con harta frecuencia la sublevacion de las pasiones en su contra; y aquellos pobres séres, sin patria y sin proteccion, eran inmolados por las iras públicas, ó arrojados de los países y privados de sus bienes. Lejos estoy de aprobar las tiranías que se han hecho pesar sobre la raza hebrea en los siglos pasados. Pero por otra parte me las explico, porque he experimentado ya la indignacion que sus blasfemias sublevan. Las blasfemias de los judíos tienen un carácter mas grave que las de los otros hombres, porque el pueblo judío es el pueblo deicida, y añadir la blasfemia al deicidio es una enormidad que pone en combustion todas las indignaciones del pensamiento. Si yo no puedo tolerar que alguno diga mal de los séres que me son queridos, si no puèdo dispensarme de combatir con-

tra los que insultan á mis padres, ¿será posible que escuche con indiferencia filosófica las blasfemias que se vomiten contra Dios, las ingratitudes contra Jesucristo?

Haciendo estas reflexiones, subia por las laderas del monte. Sin apercibirme de ello llegué á la cumbre. Mussa nos hizo notar que delante de nosotros habia una aldea que él nos dijo llamarse *Zeitun*. En pocos momentos estuvimos en ella. Nuestro guía nos condujo á una mezquita rodeada hácia la parte exterior por una muralla que formaba una especie de átrio á su frente. Llamamos á la puerta de entrada, pero como nadie acudió á nuestro llamado, empujamos la puerta, cedió, y entramos en el patio. De allí pasamos á la mezquita, que es sumamente pequeña, y ocupa el lugar de donde el Redentor se elevó al cielo en presencia de ciento cuarenta personas, despues de cuarenta dias de resucitado. Los musulmanes tienen levantado este templo á la Ascension, porque ellos tambien veneran á Jesus bajo el nombre de *Issa*, y lo tienen por el segundo profeta despues de *Mohammed* (Mahoma). En la mezquita se encuentra grabada la forma de un pié, en una piedra rodeada de trozos de mármol. Los musulmanes veneran esta huella diciendo que Jesucristo la dejó al subir á los cielos. Muchos cristianos dan asenso á tal aserto; yo respeto su modo de pensar, pero para mí esta huella es apócrifa.

Saliendo de la mezquita, hácia el ángulo izquierdo del patio, se encuentra una escalera que conduce á lo alto del minarete. Subimos por allí, y cuando hubimos llegado á la parte mas elevada, disfrutamos del panorama mas grandioso que puede imaginarse.

A nuestras plantas, nuestra mirada se sumergia en el valle de Josafat, cuya etimología *Yaho, Dios*, y *shafat* juicio, quiere decir *juicio de Dios*. Encima del valle, á nuestro frente, Jerusalen se levantaba en anfiteatro, con sus casas cuadrilongas de piedra y sin ventanas, semejantes á tumbas gigantescas. Sus calles estaban desiertas; ni un ruido habia que turbara su silencio; hubiérase dicho que aquella ciudad callada era un vasto cementerio. El sol caia á plomo sobre Jerusalen y reverberaba sobre las piedras desnudas de sus habitaciones. La luz y el calor así reflejados, molestaban los ojos; parecia una ciudad maldita devorada por las llamas del cielo.

Hácia el valle de Josafat se veia la extensa planicie cuadrada del antiguo Templo; en medio de ella se levanta la hermosísima mezquita de Omar, como eterna reprobacion de aquel lugar antes sagrado. Su alta cúpula azul era el único punto de solaz que encontraba la vista en medio de aquel recinto deslumbrador y flameante.

Al sureste se veian el camino de Belen, el convento griego de San Elías, el valle de Rafain, el monte del Mal-Consejo, y mas acá el valle del hijo de Hénnon y el campo de Haceldama. A continuacion el monte de los Olivos y el del Escándalo.

Al este se extiende el desierto de Judea, montañas abruptas y peladas, á cuyo fin se encuentra, sumido en profundísima hoya, el Mar Muerto, que parece humear todavía con la cólera de Jehová! Mas lejos, cerrando el cuadro, se dibujan como inmensa muralla las montañas de Moab.

De en medio de este espectáculo grandioso subió de la tierra el Salvador del mundo para sentarse á la diestra del Padre. A sus plantas estaba Josafat, á su derecha la ciudad culpable, á su izquierda la Pentápolis, esto es, el Mar Muerto, y á su frente hallábanse Belen, y ese Occidente hácia donde parecia volverse de preferencia el Evangelio.—

Disfrutado á nuestro sabor el sublime cuadro, bajamos del minarete, salimos de la mezquita y nos dirigimos, conducidos por Mussa, á un edificio cercano que se alza sobre la misma cumbre del monte Olivete. Es una especie de casa de retiro con un pequeño templo, que ha levantado en aquel lugar una dama francesa, la princesa de la Tour d'Auverne. Segun la tradicion, fué aquí donde Jesucristo enseñó el *padre nuestro* á sus discípulos; aunque conforme al parecer de los doctos, el sitio donde pasó esta escena fué una montaña de Galilea.

Como quiera que sea, la princesa, abundando en la primera opi-

nion, se ha dedicado á venerar esta pequeña área, que cree santificada por el hecho referido. Ha salido de Francia renunciando á las cosas del mundo para venirse á vivir en esta habitacion solitaria, donde lleva una vida monástica. Hace decir varias misas diariamente en su capilla, y permanece allí arrodillada el resto del dia elevando á Dios sus alabanzas. En la sacristía de la capilla, la princesa se ha hecho levantar anticipadamente su tumba.

La espalda del edificio está formada por un patio rodeado de una hermosa arquería. En las paredes de este patio se mira el *padre nuestro*, escrito sobre grandes placas de mármol, en treinta idiomas diferentes.

El guardian árabe nos condujo á un pequeño museo, donde se muestran algunas antigüedades del tiempo de los Cruzados. Cuando hubimos echado una ojeada general sobre estos objetos, el guardian nos presentó un libro y una pluma para que escribiéramos nuestros nombres. Habia en aquel libro pensamientos sueltos y poesías en todos los idiomas europeos, excepto el español.

Procacci tomó la pluma el primero y escribió una oracion devota. En cuanto á mí, nada encontré mejor, para dejarlo consignado en aquel album, que las palabras salidas de la boca del Maestro en aquel sitio: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.* Mr. Delestre, participando de mis mismos sentimientos, prosiguió escribiendo; *notre père, que votre regne arrive;* con lo que, entre él y yo, dejamos allí consignada, mitad en frances, mitad en español, toda la oracion dominical.

Salimos luego de la casa de la princesa y fuimos á visitar á poca distancia el lugar donde se dice que los apóstoles compusieron el *credo*, esta oracion sublime que comprende todas las profesiones de fé del cristianismo.

Desde aquella altura mostrónos Mussa un campo que fué en otro tiempo Betfage, donde los discípulos encontraron amarrado el asno sobre cuyos lomos entró Jesucristo en Jerusalen.

Hízonos ver asimismo el lugar donde Jesucristo lloró sobre Jerusalen, cuando al descender de este monte, los fariseos le decian que reprimiese la alegría de sus discípulos que alababan á Dios por los prodigios que habian visto. Entonces Jesus les dijo: *si estos callan las piedras gritarán.*

Al aproximarse Jesus á Jerusalen, viendo la ciudad, lloró sobre ella diciendo: *Si tú conocieses á lo menos en este dia que te ha sido concedido, lo que importa á tu paz! Pero ahora en tu ceguedad nada comprendes. Porque dias vendrán en que tus enemigos te cercarán con baluartes, y te pondrán asedio, y por todas partes te estrecharán y te derribarán por tierra á tí y á tus hijos que están en medio de tí, y no dejarán de tí piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo en que has sido visitada.* Y tambien dijo: *Jerusalen! Jerusalen! cuántas veces he querido reunir tus hijos en torno mio, como la gallina cobija sus polluelos bajo sus alas; pero tú no has querido!*

En efecto, Tito vino y destruyó la ciudad deicida, y desde entonces acá, Jerusalen es un pueblo miserable, y los judíos andan proscritos y errantes por la tierra.

Al regresar á Jerusalen por la puerta de San Estéban, Mussa nos condujo al frente de una casa que ocupa el lugar donde se levantó la de Simon el fariseo. Allí fué donde pasó aquel tiernísimo episodio entre Jesus y la Magdalena, cuando esta arrojó perfumes sobre los piés desnudos del Maestro, en tanto que los rociaba con sus lágrimas y los enjugaba con sus cabellos; y allí fué donde Jesucristo pronunció aquellas palabras eternamente sublimes: *vuestros pecados os son perdonados, porque habeis amado mucho; vuestra fé os salva, andad en paz.*

§ V

OTRA EXCURSION EXTRAMUROS.

Febrero 15.

Los musulmanes consagran el viérnes á la oracion, como los cristianos el domingo, y las puertas de Jerusalen en ese dia permanecen cerradas desde la mañana hasta las tres de la tarde. A la aurora hubimos de salir Mr. Delestre y yo de la ciudad, á fin de poder franquear sus puertas y proseguir nuestras visitas de viajeros.

Mussa nos servia de guía á causa de haber partido Jusuf á Belen con el napolitano Procacci. Mussa llevaba unas alforjas á la espalda, donde habiamos tenido cuidado de poner provisiones de boca para hacer nuestro almuerzo. Salimos por la puerta de San Estéban, torcimos á la derecha y seguimos á lo largo las murallas por la parte de afuera, y tardamos hora y media en hacer un giro en torno de la ciudad. Vimos sus puertas, célebres todas en los libros santos. Nos agradó mucho la de Damasco, que es un hermoso monumento árabe, adornado con ogivas y coronado por esbeltas almenas. Y vimos los lugares que sirvieron de campo á Tito y los Cruzados, y aquellos por donde los soldados cristianos rompieron el cerco y penetraron en Sion. Y vimos tambien la puerta Dorada por donde Jesus entró en Jerusalen en medio del regocijo público y de los *hosannas* que la multitud entonaba á su paso.

Las murallas de Jerusalen son góticas y datan del siglo XVI. Jerusalen es una ciudad antiquísima, cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos. En los del patriarca Abraham existia ya, siendo capital de un reino; el rey era Melquisedec, sacerdote á la vez que monarca. Cuando los hebreos volvieron de Egipto y conquistaron Ca-

naan, se encontraron la ciudad habitada por los jebuseos, bajo el gobierno de Adonibesec. Josué venció á este rey y se apoderó de la ciudad. Pero no pudo hacerse dueño del monte Sion, que permaneció en poder de los jebuseos hasta que David lo conquistó espada en mano. El nombre antiguo de la ciudad fué *Salem*, que quiere decir paz. Los jebuseos eran descendientes de Jebus, hijo de Cam.

De Jebus, pues, y de Salem, se formó la palabra Jebusalen, que andando el tiempo se convirtió en Jerusalen, que quiere decir *vision de paz*. Los griegos y los latinos la llamaban *Hyerosolyma*, que es compuesto de Solima ó Salem, paz, y *hyeros*, santo, sagrado: *paz santa, ciudad de la paz sagrada.*

Los caldeos destruyeron la ciudad y el Templo, y se llevaron cautivo al pueblo de Israel á Babilonia, 600 años A. J. C. La profecía de Ezequiel se cumplió puntualmente. Sedecias, rey de Jerusalen, huyó por una brecha; detenido en su fuga, fué llevado á Jerusalen y hecho ciego, y no vió dónde murió.

En la cautividad, entonó uno de los mas grandes poetas que han venido al mundo, aquella elegía inmensa como la tristeza del pueblo cautivo: *super flumina Babilonis.*

El profeta Ezequiel al borde del Cobar afluente del Eufrates, durante un sueño, vió en un éxtasis á la divinidad en un carro, tirado por cuatro formas simbólicas. Estas formas representaban á los cuatro evangelistas que predicaron á la humanidad la *buena nueva* y derramaron la gloria de Dios por el mundo. De allí el orígen de las cuatro figuras con que se da á conocer á cada uno de los evangelistas. La primera tiene cara de hombre, y representa á San Mateo, porque el evangelio de este comienza con la genealogía del Hombre Dios; la segunda con cara de leon, acompaña á San Márcos, porque este comenzó hablando de San Juan Bautista, que hizo estremecer el desierto con sus acentos que clamaban penitencia, como un leon con sus rugidos; la tercera es un buey que se coloca al lado de San Lúcas, porque este da principio á su narracion tratando de los sacrificios an-

tiguos, en que los bueyes eran las víctimas que se inmolaban; la cuarta es una águila que se cierne sobre la cabeza de San Juan, porque este evangelista penetró como las águilas en el azul del cielo, para dejarnos trazada la genealogía eterna del Verbo.

Esta es la explicacion que tienen las cuatro formas con que los pintores acompañan siempre á los historiadores de la Redencion, cosa en verdad muy fácil de saberse, y que á pesar de serlo, muy pocos la saben.

Ciro permitió á los israelitas que volviesen á levantar su ciudad y su templo. Entonces fué cuando Esdras y Nehemias concluian la historia santa, y Herodoto, que es llamado *padre de la historia*, comenzaba la profana. Despues de la cautividad se corrompió el idioma hebreo; los sabios siguieron hablándolo, pero el pueblo no habló en adelante sino caldeo ó siriaco. El caldeo, sin embargo, así como el árabe, son dialectos del hebreo. Los caracteres conocidos al presente por hebreos, caldeos son. Los samaritanos conservaron el alfabeto antiguo, aunque adulteraron totalmente la pronunciacion primitiva.

La Judea fué feliz durante tres siglos despues de la cautividad, aunque tributaria de los reyes de Persia: imágen en su prosperidad tranquila, del reinado pacífico del Mesías.

Los Macabeos se levantaron contra la tiranía de los Antiocos, y no desaparecieron de la arena antes de haber luchado como terribles atletas, y de hacer á su patria gloriosa y respetada. Antioco Epifanes murió podrido despues de los triunfos de Júdas Macabeo. Lleno de horror por la muerte, y poseido de temor en sus últimos instantes, pedia la vida á Jehová, á quien tanto habia ofendido, bajo la promesa de hacerse judío, y rogándole encarecidamente concediese su amistad á su hijo y sucesor.

Los Macabeos fueron los últimos héroes que produjo el pueblo de Dios, antes de la venida del Mesías. Las legiones romanas vencedoras del mundo, redujeron la Judea á simple provincia de su gran república. Siglo y medio despues de los Macabeos, nació en Belen el

Redentor del mundo, á la sazon que Octaviano Augusto ceñia la púrpura imperial, despues de haber engañado á los dominadores del orbe y de haber dado el golpe de gracia á las libertades públicas, ya entonces espirantes.

Pocos años despues del martirio del Gólgota, los judíos se rebelaron contra la dominacion romana. Vino el hijo de Vespasiano á cercar la ciudad deicida; diezmóla el hambre, fué tomada por asalto y murieron sus hijos al filo de la espada, ó fueron conducidos á Roma para servir de trofeo en el triunfo del general victorioso. Y las murallas de Salem, sus palacios fastuosos y sus habitaciones fueron arrasados de la superficie de la tierra. Muchos de los que vieron exhalar á Jesus el último suspiro, fueron testigos de la ruina de Jerusalen y de la dispersion del pueblo judío.

Bajo Adriano, los judíos que habian quedado en Palestina se sublevaron; el emperador mandó contra ellos á Julio Severo, que los batió. Seiscientos mil perecieron por la espada, aparte de los que murieron de hambre, fatiga ó entre las llamas de los incendios. El resto del pueblo fué reducido á la esclavitud ó trasportado á Egipto. La Judea quedó convertida en una vasta soledad. Una colonia pagana mandada á Jerusalen, fundó allí una ciudad nueva. Esta ciudad fué llamada Elia-Capitolina, en honor de Adriano que tenia el nombre de Elio.

A fin de que todo rastro de la Redencion desapareciese, hizo Adriano levantar, como lo he dicho, el ídolo de Júpiter sobre el Santo-Sepulcro, y el de la diosa de la impureza sobre el Calvario, y mandó además colocar la estátua de un cerdo en Belen, á la entrada de la gruta donde nació el Salvador.

En lo sucesivo cayó el nombre de Jerusalen en profundo olvido.

Los emperadores romanos prohibieron á los judíos, para castigarlos por sus continuas rebeliones, que mirasen Jerusalen aun de lejos; así es que no quedó á estos desgraciados ni el consuelo de llorar á la vista de la sombra de su ciudad querida, y su grandeza pasada.

Juliano el Apóstata, educado en Grecia é instruido en la ciencia de la filosofía antigua, pretendió con su poder cesareo matar el cristianismo y llenar nuevamente el mundo con los ídolos de los dioses falsos. Con este pensamiento protegió á todos los enemigos de la religion del Crucificado, y tratando de sacar falsa la profecía de que el Templo no podria ser reedificado, convocó á los judíos que andaban dispersos, y los excitó para que levantasen un nuevo templo, prestándoles todo el auxilio de su poder, bajo la direccion del conde de Antioquía. Los judíos acudieron á Jerusalen de los cuatro puntos de la tierra, llenos de ardor y de esperanza.

Esta inmensa multitud se puso en obra. Las mujeres ofrecieron sus alhajas para contribuir á los gastos de la empresa, y ellas mismas trabajaron y llevaban la tierra en sus delantales, para excitar con su ejemplo el fanatismo de los hombres. Hubo quien se sirviese en las faenas de la obra, de azadas, palas y picas de oro.

Sin embargo, fué preciso suspender la empresa comenzada, con gran despecho de Juliano y pesadumbre de los judíos, porque tembló la tierra, y los fosos excavados fueron cegados y dispersados los materiales que habia en aquel lugar en grande acopio. Amiano-Marcelino, escritor pagano, dice que «espantosos torbellinos de llamas que salian incesantemente de los lugares contiguos á los fundamentos, abrasaron á los obreros y les hicieron el lugar inaccesible; y que rechazando el fuego con tenacidad, hubo necesidad de abandonar la empresa.»

Mas tarde, Jerusalen vino á ser una ciudad importante, merced á la afluencia de peregrinos cristianos. Pero á principios del siglo VII, un ejército innumerable de Cosroes II, rey de Persia, pasó el Jordan, invadió la Palestina y se apoderó de Jerusalen. Veintidos mil judíos, ardiendo en odio contra el cristianismo, militaban al lado de los persas; hicieron espantosa carnicería entre los cristianos de Palestina, y compraron á los desgraciados á quienes los persas destinaban á la esclavitud, para matarlos cobardemente. Entonces fué

cuando Heraclio, emperador griego, vino á pelear contra Cosroes, lo venció, y habiendo libertado la Cruz, cruzó las calles de Jerusalen, á pié, descalzo, y con ella á cuestas, desde la puerta Dorada hasta el Santo-Sepulcro, donde depositó con lágrimas la santa reliquia.

Ocho años despues, el califa Omar, conquistador y triunfante, obligó á Heraclio á replegarse á Constantinopla, adonde fué llevada la Cruz. Despues de un sitio que duró cuatro meses, Jerusalen se rindió, y Omar penetró en la ciudad como peregrino reverente, vestido por devocion con un trage viejo y sucio.

Los musulmanes han tenido siempre gran respeto á la ciudad de Salomon y David, y hacen peregrinaciones para visitarla, como para visitar la Meca.

En el año 999, las naciones latinas tomaron á su cargo libertar Jerusalen del yugo mahometano, y entonces vino la primera Cruzada, que tuvo por resultado el establecimiento del reino cristiano de Jerusalen. Menos de un siglo duró, sin embargo, este reino. Saladino le dió en Tiberiades el golpe de gracia, y desde entonces fué imposible levantarlo de nuevo. Los cristianos fueron cejando poco á poco, hasta que finalmente se vieron arrojados de su último refugio que era San Juan de Acre.

En el siglo XVI, Selim I reunió el Egipto y la Palestina al imperio otomano.

Napoleon vino aquí con su genio y su fortuna, y cumplió hazañas de grande nombradía, aunque hubo de retirarse de San Juan de Acre, para él inexpugnable, despues de largo y tenaz asedio.

Cuéntase que Bonaparte no quiso llevar á Jerusalen la desolacion de la guerra, y que habiendo sido preguntado por qué no dirigia allá sus armas, contestó: «que Jerusalen no entraba en el plan de sus operaciones.»

Poco tiempo despues, Ibrahim-Pashá, vencedor en el bajo Egipto y conquistador de las ciudades santas musulmanas, emprende su campaña de Siria, y allí le sigue, como siempre, la fortuna; se apo-

dera de Jerusalen, destruye á los beduinos cerca del Jordan y á los drusos en el Líbano, y siguiendo adelante su marcha victoriosa, derrota á los turcos donde quiera, y se apercibe para dar al imperio otomano el último golpe.

Este general egipcio es el mas grande guerrero de los modernos mahometanos. Mas feliz que Bonaparte en su campaña de Siria, no encuentra allí quien le resista; derriba á su paso ejércitos y ciudades, se apodera fácilmente de San Juan de Acre, que fué el escollo de los triunfos de Napoleon; y á no haberle detenido en su carrera la diplomacia y las potencias occidentales, habria sido el fundador de un vasto imperio bajo el sabio reinado de su padre el gran Mohammed-Alí.

Dios sabe para qué permitió á los hombres que pusieran el «hasta aquí» á las conquistas de Ibrahim. Bajo el cetro turco, despótico y procaz, la desolacion y la barbárie extienden su imperio sombrío; al paso que los vireyes de Egipto hacen renacer la civilizacion en la clásica tierra de Sesostris. Con el cambio de dinastía, el imperio otomano habria hecho suyos los adelantos del siglo, y no seria, como es, un país semi-salvaje, donde son desconocidas todas las maravillas de la civilizacion del siglo XIX.

La Palestina, pues, merced á la intervencion de la Inglaterra, quedó sometida á los turcos, y el Egipto convertido en Estado semi-soberano, bajo la dependencia del Divan de Constantinopla. Intervenciones aciagas de la diplomacia, que posponen la causa de la civilizacion al interes egoista de las naciones.

Desde esa época no ha habido cambio político en Palestina. Jerusalen tiene un gobernador que recibe órdenes del *pashá* de San Juan de Acre. De esta manera marchan mal las cosas, pues el gobierno turco no tiene otro deseo que el de esquilmar á los pueblos sus esclavos, y el *statu quo* de la barbárie se prolonga indefinidamente.

Sin embargo, á decir verdad, el aspecto de la Tierra-Santa ha cambiado con relacion á los peregrinos de Occidente. En la época

actual, los cristianos son respetados, y no reciben insultos ni vejaciones de parte de los musulmanes, como acontecia en los tiempos pasados, en que los peregrinos se veian obligados á pagar multitud de tasas é impuestos, y en que nuestros sacerdotes y correligionarios sufrian injurias frecuentes y eran á las veces asesinados.

Los conventos franciscanos son hoy respetados, y los frailes llevan allí vida pacífica y feliz, sin curarse de la Sublime Puerta, de los gobernadores ni de los *sheikhs*. La Palestina es un país tolerante, donde es permitido á cada hombre profesar la religion de su agrado, y adorar aquellas cosas á las cuales su corazon le mueve á respeto. Todo creyente queda en libertad para entregarse á las prácticas de su rito. Lo que no pueden sufrir los mahometanos es que un hombre se jacte de descreido, porque para ellos el escepticismo es un absurdo y el escéptico un mónstruo que debe ser extirpado de las sociedades. Exigen asimismo los musulmanes que cada cual sea consecuente con la religion á que pertenece, y para ellos el libre-pensador que blasfema contra su religion, es un sér inmoral que no puede ofrecer á nadie garantía ninguna, «porque, dicen ellos, si es traidor á su religion, que es lo mas santo y respetable que puede haber para el hombre, ¿podrá ser leal y honrado con sus semejantes y con las cosas del mundo?»

Tal vez el cambio que se advierte en el aspecto de la Palestina, sea debido á la influencia rusa sobre la Turquía. Porque el coloso del Norte no espera sino la ocasion favorable para lanzarse al cuello del imperio otomano, sofocarlo entre sus garras y enriquecerse con sus despojos. Temerosa la débil Turquía en presencia de la actitud hostil de su rival poderoso, se pliega humildemente á las órdenes de San Petersburgo, y tiene que amainar sus furias religiosas contra los cristianos, para que la iglesia griega no se queje y no vaya el Czar á realizar en ella terribilísima venganza.

No puede preverse cuáles vendrán á ser, andando el tiempo, las mutaciones que sufra la Palestina. Por el momento se encuentra de

tal modo cambiada, que si volvieran á verla los viajeros del principio de este siglo, quedarian atónitos.

Una compañía inglesa trabaja actualmente en establecer un camino de fierro entre Jaffa y Jerusalen, y por las bases del contrato celebrado con la Sublime Puerta, está obligada á concluir la vía férrea en los primeros meses del año entrante. De esta manera, el viaje á la Tierra-Santa, en otro tiempo tan largo y peligroso, vendrá á quedar reducido á una breve expedicion de once dias, tomando por punto de partida la capital de Francia. Los peregrinos de todos los países cristianos afluirán á ese país, muchos de ellos se establecerán allí para siempre, y con el tiempo tal vez, la Palestina vendrá á ser nacion cristiana.

Pasaron los tiempos heróicos del mahometismo; los Omares, Saladinos y Mahometos, no han dejado tras sí guerreros émulos de su gloria; la Media Luna camina hácia su ocaso; y en la actualidad, cualquier nacion cristiana, sin grande sacrificio de hombres ni dinero, se apoderaria de la tierra de los hebreos y haria suya para siempre su conquista. Los musulmanes tienen alta idea del valor de los latinos, comprendiendo bajo este nombre á todos los pobladores de Occidente; y una caravana de estos bien armada, se pasea de largo á largo por los sitios mas peligrosos, infundiendo respeto á los errantes beduinos y á los pérfidos *fellahs*.

Empresa imposible seria la de despojar á los mahometanos de sus ciudades santas Meca y Medina; pero esto no habria para qué intentarlo. He hecho mérito de esta reflexion, porque se me ha ocurrido naturalmente al considerar que la ciudad santa del cristianismo no se encuentra en poder de cristianos. Si los enemigos del Coran mandaran á Yambo sus flotas guerreras, penetraran en el Asia Desierta y trataran de apoderarse de la ciudad de la Egira y de la que guarda el sepulcro de Mahoma, habria conmocion terrible entre las gentes musulmanas; todos los hombres del Islamismo serian guerreros, las mujeres empuñarian la corva cimitarra, y los niños mismos emplearian sus débiles fuerzas en odio y exterminio de los conquistadores. Los cristianos, aunque sea triste confesarlo, tenemos menos entusiasmo y menos ardor por nuestra religion y las cosas que le atañen. La Palestina fué un país convertido al cristianismo desde los primeros tiempos de la Iglesia; fué la cuna del Evangelio, y fructificó allí el primer gérmen de la religion por el Cristo predicada. Cuando Omar llegó á Jerusalen, la ciudad era cristiana; y tanto es así, que el Califa concedió ámplias garantías á los moradores de Jerusalen para que profesasen su religion libremente. La carta en que se las concedió estaba concebida en estos términos: «En el nombre del Dios poderoso y misericordioso; de parte de Omar hijo de Hittab, se concede seguridad á los habitantes de la ciudad de Elia, tanto para sus personas como para sus hijos, sus mujeres, sus bienes, y para todas sus iglesias, que no serán ni destruidas ni cerradas.» Así, pues, Jerusalen era ciudad cristiana á la llegada de los mahometanos. Cuando los cruzados vinieron tres siglos despues á reconquistar la Palestina, no cometian la injusticia de desposeer de su patria á los que eran hijos de ella, sino que reivindicaban los derechos perdidos de que se habian visto despojados por la fuerza.

Si algunos pretenden mirar la dominacion mahometana como legítima en esos países, será porque encuentren muy de su gusto el derecho de la fuerza y los hechos consumados; pero si cien cristianos de los antiguos pobladores de esa tierra quedan aún diseminados entre los conquistadores, esos cien cristianos tienen derecho á la independencia de su patria, porque los derechos primarios de las naciones y los hombres son imprescriptibles.

Nadie llevaria á mal que los turcos, los persas, los asirios, los egipcios, y todos los demas pueblos que profesan el Islamismo, corrieran en masa á salvar sus ciudades santas si por algun enemigo las viesen atacadas. ¿Y se llevó á mal que las naciones cristianas viniesen de Occidente á pelear por los Santos Lugares contra los infieles que los tenian cautivos? ¿Y se veria mal que actualmente se levantasen

nuevas cruzadas para libertar el Santo-Sepulcro y la Palestina del yugo de la servidumbre?

Si en la época presente hubiese otro Pedro el Ermitaño que predicase á los pueblos esa nueva cruzada, grita inmensa se levantaria del cristianismo. Diríase que tal hombre deliraba, que pretendia volvernos á los bárbaros tiempos de la Edad-Media, y que el derecho moderno está bastante adelantado para que pudiera pensarse en las conquistas de la fuerza. Sin embargo, hay un sentimiento en el corazon, superior á todas las objeciones; los derechos del cristianismo campean sobre los hechos cumplidos por el alfanje musulmán y los hipócritas discursos de justicia de los modernos filósofos. La indiferencia y el escepticismo amontonan argumentos sobre argumentos contra todo sentimiento cristiano; pero la patria de Jesus, justo es que pertenezca á sus hijos; es la tierra que el Redentor empapó con su sangre, es la patria de los redimidos en el Calvario!—

Estas reflexiones las hice mientras giraba en torno de Jerusalen, contemplando sus murallas góticas, sus torres almenadas, sus puertas sombrías y sus blancas cúpulas esbeltas y melancólicas.

Al volver á la puerta de San Estéban me sentia un poco fatigado de mi excursion, por lo que invité á mis compañeros para que descendiésemos al valle de Josafat. Así lo hicimos, y en un momento bajamos de la altura, atravesamos el puente sobre el torrente Cedron, y nos encontramos al pié del sepulcro que se hizo erigir Absalon desde en vida. Es un monumento de arquitectura singular, cuadrilongo, con pilastras por la parte de fuera, y rematando en un cuello cilíndrico coronado por un ramo de palma.

«Y Absalon se habia erigido cuando aun vivia, una columna en el valle del rey, porque habia dicho: no tengo hijos, y esto servirá para memoria de mi nombre, y dió su nombre á la columna, y se llama hasta el dia de hoy la Mano de Absalon.» El rey profeta, uno de los mortales mas felices que han venido al mundo, fué herido por golpes terribles en su corazon, en castigo de sus pecados. Absalon, su

hijo amado, se levantó contra él y pretendió derribarlo del trono y ceñirse la corona de Israel. La suerte de las armas decidió por fin, al este del Jordan, quién habia de ser el monarca en Israel. Joab, general de los ejércitos de David, puso en derrota á los hombres del hijo rebelde. Al huir Absalon sobre un mulo, pasando por debajo de una encina, sus hermosos cabellos que formaban la delicia de su padre, enredáronsele en las ramas, y escapándose la cabalgadura, quedó Absalon pendiente entre el cielo y la tierra. Joab se llegó á él y tomando tres lanzas en la mano se las hincó en el corazon, y como palpitase aún, pendiente de la encina, acudieron diez jóvenes escuderos de Joab, y á golpes le acabaron de matar. Y tomaron á Absalon, y lo echaron en el bosque en un grande hoyo, y acarrearon sobre él un monton de piedras.

David habia encargado á sus hombres: «conservadme al jóven Absalon.» Y sus órdenes no fueron respetadas por Joab. Estaba el rey sentado á la puerta de su palacio, cuando llegó á él un hombre de armas que le traia la noticia de la victoria de sus ejércitos. La primer pregunta de David, fué: «¿tiene paz el jóven Absalon?» Cusi que llegó á poco, fué preguntado de la misma manera. Y respondió: «así sean tratados como el jóven los enemigos del rey mi señor, y todos los que se levanten contra él para mal.»

Entonces el rey lleno de tristeza subió á una sala que estaba sobre la puerta, y lloró, y andando decia así: «hijo mio Absalon, Absalon hijo mio, ¿quién me diera que yo muriese por tí, Absalon hijo mio, hijo mio Absalon?»—

Sentado al pié del sepulcro de este hijo ingrato, me representaba esa escena, y no podia menos de admirar el amor y la santidad de David, al pensar que lloró tanto y tan largamente la muerte de Absalon.

Los judíos, abominando este crímen, arrojan piedras sobre el monumento cuando pasan cerca de él; así es que todo el interior se encuentra lleno de ellas. Se cree generalmente que David hizo trasportar el cuerpo de su hijo para hacerlo enterrar en este sepulcro; y es na-

tural que así haya sido, si se considera el grande amor que David profesaba á Absalon. Los israelitas por otra parte, tenian mucho respeto á los muertos, y principalmente á los de sangre real. Jehú que habia hecho precipitar á Jezabel por una ventana, le dió sepultura porque era hija de rey.

Junto á la tumba de Absalon se encuentra la de Josafat que da su nombre al valle, y está hundida en la tierra de tal suerte, que no se vé de ella mas que la fachada. La Biblia dice: «Josafat durmió con sus padres y fué sepultado con ellos en la ciudad de David.»

Dentro de este monumento entierran los judíos á sus muertos, introduciéndose furtivamente por la puerta, que está casi siempre cerrada.

No lejos de allí se encuentra la tumba de Zacarías, hijo de Joiada, que fué muerto por el pueblo entre el Templo y el altar, porque siendo pontífice, se puso delante del pueblo que idolatraba, y le echó en cara su delito.

Este episodio arrancó á Jesucristo aquellas palabras desconsoladoras y terribles: «hé aquí que envío á vosotros profetas, y sabios, y doctores, y de ellos mofareis, y crucificareis, y de ellos azotareis en vuestras sinagogas, y los perseguireis de ciudad en ciudad, para que venga sobre vosotros toda la sangre inocente que se ha vertido sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo, hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquias, al cual matásteis entre el Templo y el altar. En verdad os digo, que todas estas cosas vendrán sobre esta generacion. Jerusalen, Jerusalen, que matas los profetas y apedreas aquellos que á tí son enviados, ¿cuántas veces quise allegar tus hijos, como la gallina allega sus pollos debajo de las alas, y no quisiste? Hé aquí que os quedará desierta vuestra casa. Porque os digo que desde ahora no me vereis hasta que digais: Bendito el que viene en el nombre del Señor.»

A algunos metros de distancia hácia el sur, se encuentra el lugar en donde, segun la tradicion, se ahorcó Júdas Iscariote.

Reposado que hubimos algun tiempo al pié de la tumba de Absalon, seguimos adelante por el valle, y llegamos á Siloe, aldea miserable donde se albergan algunos centenares de *fellahs*. Esta aldea se encuentra á la falda del monte del Escándalo, llamado así, porque en su cumbre el rey Salomon levantó templos á los ídolos, y escandalizó al pueblo. Porque el rey Salomon amó apasionadamente á muchas mujeres extranjeras, contra el mandato de Dios que le habia prohibido tener comercio con ellas. Y tuvo mujeres de Egipto, y de Moab, y de Amon, y de la Judea, y de Sidon, y de los Heteos. Y tuvo setecientas mujeres que eran como reinas, y trescientas concubinas, y su corazon fué pervertido hasta seguir los dioses ajenos. Y dió culto á Astarte, diosa de los sidonios, y á Moloc, ídolo de los amonitas. Y edificó un templo á Camoc, ídolo de Moab, sobre este monte, y otro á Moloc. Y de este modo se abandonó á todas las prácticas idolátricas de sus mujeres extranjeras, que quemaban inciensos y sacrificaban á sus dioses. Por lo cual se indignó el Señor contra Salomon y le castigó anunciándole que su reino seria desmembrado, que se le separarian diez tribus y que su descendencia reinaria en dos únicamente. Y el Señor no desmembró á Israel en los dias de Salomon, ni quitó todo el reino de su descendencia, por amor de David su padre.

Dícese que en la cumbre de este monte se encuentra todavía uno de los templos que Salomon levantó á los ídolos, y que es pequeño, amarillo, cuadrado y tallado en la roca; no puedo decir si esta especie es cierta, porque no subí al monte para desengañarme con mis ojos.

A poco andar llegamos á la fuente de Siloe *(shiloash*, enviado de Dios). Los musulmanes la llaman *Ain-um-ed-Deradje*, fuente de la madre de la escalera, sin que se sepa cuál es el motivo porque le dan este nombre. Otros la llaman tambien *Ain-sitti-Mariam*, fuente de la Señora María.

Una gradería de piedra conduce hasta la fuente que se encuentra

mucho mas baja que el nivel del suelo. Las mujeres de la aldea de Siloe vienen aquí con sus grandes cántaros, de boca estrecha y asas diminutas, á sacar agua. Son de aspecto franco y alegre, y usan trages de forma bíblica. Llevan el rostro descubierto: son blancas, sonrosadas y tienen hermosísimos ojos.

Mientras íbamos bajando por la gradería, algunas de estas mujeres que estaban á la sazon en la fuente, nos veian con curiosidad, y reian con el descuido con que rien los niños. Al llegar yo á la última grada de la escalera, una muchacha sacaba su cántaro, y se disponia á colocarlo sobre su cabeza. Yo, devorado por la sed, me le acerqué en aquel momento, y le dije con semblante de amable súplica.

—*Moye!* (agua).

Ella me ofreció su cántaro con muy buena gracia, despues de haberle limpiado cuidadosamente la boca con la punta de su manto azul. El agua era un poco turbia, pero la encontré deliciosa á causa de la sed que me consumia. Dí las gracias á la muchacha con la frase árabe que habia aprendido en Egipto.

—*Kátar-hérac-ktir* (agradezco mucho).

Ella me contestó riendo, con un torbellino de palabras que me fué imposible entender. Como la conversacion continuaba, le dije para cortarla:

—*Mabé famsh árabi* (no comprendo el árabe).

—*¿Famsh árabi?* (¿no comprende vd. el árabe?) me preguntó con tono de incredulidad.

—*La* (no) le contesté.

Soltó una franca y sonora carcajada, que fué repetida por las bóvedas de la gruta debajo de la cual nace la fuente. Puso su cántaro sobre la cabeza, y subiendo rápidamente los treinta escalones que conducen arriba, me dijo alegremente al partir:

—*Hátrac* (adios).

Pasado este incidente, echamos una mirada al fondo de la gruta.

El agua viene de orígen ignorado, al través de un canal de mas de quinientos metros de longitud, tallado por la mano del hombre; obra generalmente atribuida á Salomon.

Salimos de la fuente muy á poco y seguimos caminando por el borde del torrente. A nuestra derecha se levantaba la colina Ofel, sobre la que se levantó en un tiempo Jerusalen, y que hoy no es mas que un campo. A nuestra izquierda se extendia un hermosísimo jardin, cuya tierra fértil y de color oscuro, está cultivada con esmero. En medio de aquellas montañas de piedra y de aquel valle estéril, este jardin forma contraste singular con su verdura y sus flores. El torrente Cedron atraviesa por en medio de este pequeño paraiso. En tiempo de lluvias, las aguas se desbordan é inundan el terreno. Pasada la inundacion, los *fellahs* reparan las destrucciones causadas por el torrente, y siembran sobre la tierra fresca y bonificada, las legumbres de que se surte Jerusalen. Este jardin fué en lo antiguo propiedad del rey, y por aquí pasó Sedecias cuando huyendo de los asirios salió de Jerusalen por una brecha practicada en el muro.

A corta distancia se encuentra el estanque de Salomon, en parte tallado en la roca, convertido ahora en huerto de legumbres. No lejos se encuentra asimismo la piscina de Siloe, donde Jesucristo restituyó la vista á un ciego de nacimiento con el lodo que formó con su saliva y la tierra del suelo, que aplicó sobre sus ojos.

Cerca de la piscina se mira á la derecha un sendero que sube al monte Sion; este camino conducia á la ciudad de David, y estaba tallado en la roca en forma de gradería. Todavía se perciben los enormes escalones que lo formaban.

Al sureste se mira un pequeño terreno de color amarillento, que indica el lugar donde el profeta Isaías fué aserrado y dividido en dos por órden de Manasses. Fué sepultado en el mismo sitio.

Despues de caminar buen espacio, llegamos al fin del valle de Josafat. Allí encontramos un pozo que los indígenas llaman pozo de

Job (Bir-Ayub) y que se cree ser la fuente de Rogel, colocada entre los límites de las tribus de Judá y de Benjamin. Aquí fué donde los israelitas, antes de partir cautivos á Babilonia, ocultaron el fuego sagrado del Templo por órden de Jeremías. Pasada la cautividad, los sacerdotes mandados por Nehemías para buscar el fuego, no encontraron mas que agua cenagosa dentro del pozo; pero rociados con ella la leña y los sacrificios, los rayos del sol encendieron un gran fuego, por lo que Nehemías dió al pozo el nombre de purificacion, *Neftar*.

Este pozo es bastante profundo y está formado con grandes y antiquísimas piedras.

A la vista del pozo de Nehemías, y sentados sobre unas piedras, reposamos durante una hora de las fatigas de la mañana. Mussa echó por tierra su manto, sacó de sus hombros las alforjas, y extendió delante de nosotros el almuerzo que se nos habia preparado en el convento franciscano. Era casi la mitad del dia, el cielo estaba despejado y ardia el sol en el zenit con toda su fuerza. Hacia calor sofocante. Las piedras que nos servian de asiento quemaban como brasas. En medio, pues, de aquel valle ardiente, y bajo aquel cielo que parecia derramar llamas, almorzamos, aunque con poco apetito á pesar de la fatiga. Ni una sombra de monte, árbol ó piedra, descubriamos alrededor, y ni una ráfaga de viento soplaba que pudiera templar un tanto el calor del dia.

En pocos momentos nos vimos cercados por algunos árabes miserables, que no tenian por trage mas que una larga camisa de manta y un capote de pelo de camello echado sobre sus espaldas. Sentados sobre el suelo y con las piernas recogidas, nos miraban comer con ojos ávidos. Mientras tanto, conversaban entre sí con grandes gritos, como es costumbre hablar entre orientales, y dirigian á las veces la palabra á Mussa. Concluido nuestro almuerzo, Mussa les dió los restos, y era de ver cómo ellos devorában con ademán hambriento los mendrugos de pan y la poca carne que habia quedado adherida á los huesos del pollo.

En Oriente se come poco, y la gente es naturalmente frugal. Los *fellahs* ó cultivadores no comen mas que una vez al dia, al caer la tarde, y casi nunca carne, pues su alimento ordinario se compone de legumbres, arroz y pan sin levadura. Esto sorprende tanto mas, cuanto que los *fellahs* son comunmente robustos y hermosos.

Terminado el almuerzo, proseguimos nuestra excursion. Volvimos sobre nuestros pasos, y entramos en el valle del hijo de Hennon que, partiendo del de Josafat, se dirige del oriente al occidente. Es sumamente pequeño y estrecho, y sirve de límite á las tribus de Judá y de Benjamin. En este valle pusieron los israelitas el ídolo de Moloc, que adoraban ofreciéndole toda especie de víctimas, hasta víctimas humanas. Manasses hizo perecer á sus hijos por el fuego de Moloc. Este valle es llamado asimismo de la carnicería ó de la matanza. Porque Jeremías habia dicho: «Los hijos de Judá edificaron los altos de Tofet, que está en el valle del hijo de Hennon para quemar á sus hijos y sus hijas al fuego: lo que yo no mandé ni pensé en mi corazon. Por tanto, hé aquí que vendrán dias, dice el Señor, que no se dirá mas Tofet ni valle del hijo de Hennon, sino valle de la Matanza, y enterrarán en Tofet, porque no habrá mas lugar. Y serán los cadáveres de este pueblo pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra, y no habrá quien las ahuyente. Y haré cesar en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalen voz de gozo y voz de alegría, voz de esposo y voz de esposa; porque la tierra será para desolacion.»

Aquí vino Jeremías por órden de Dios, llevando en la mano un vaso, y acompañado de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes. El profeta quebró el vaso contra el suelo, y clamó: «Esto dice el Señor de los ejércitos: así quebraré yo á este pueblo y á esta ciudad, como se quiebra una vasija de alfarero que no puede mas restaurarse, y en Tofet serán enterrados, porque no habrá otro lugar para enterrar.»

El rey Josias destruyó Tofet, y puso fin á los bárbaros sacrificios que se ofrecian á Moloc.

Moloc era un ídolo que tenia cuerpo de bronce de forma humana, con cabeza de toro. Sus manos estaban tendidas hácia adelante. Sus miembros bien acabados en su exterior eran vacíos por la parte de adentro. Al frente del ídolo habia siete capillas. El que queria sacrificar á Moloc una paloma, entraba en la primera capilla; en la segunda, el que ofrecia un carnero; en la tercera, el que un carnero padre; en la cuarta, el que una ternera; en la quinta, el que un toro; y en la sexta, el que un buey. El padre desnaturalizado que venia á sacrificar su propio hijo, entraba en la capilla sétima, y era el único que tenia derecho para abrazar y besar la estátua. Por eso dijo el profeta Oseas: «es necesario sacrificar hombres para poder besar becerros.» El niño era colocado delante de Moloc. Gran fuego se encendia bajo el ídolo, hasta que el bronce se ponia rojo y candente. Entonces el sacerdote tomaba al niño y lo ponia sobre las manos de Moloc. A fin de que los gemidos de agonía que lanzaba la inocente criatura, no fueran escuchados por el padre, se redoblaba en un tambor todo el tiempo que duraba el sacrificio. De aquí tomó orígen la palabra *Tofet*, porque *Tofet* quiere decir tambor.

Al pensar en estas idolatrías abyectas, en estas prácticas insensatas del pueblo escogido, se comprende la razon por qué el cielo hizo llover castigos sobre su ingratitud, despues de haberlo colmado de beneficios.

La ceguedad y la barbárie en los pueblos privados de la revelacion divina, no hay dificultad en concebirlas, porque la razon humana es bastante débil para remontarse por las regiones del infinito, y sumergir sus miradas en las profundidades de la verdad eterna. Las prevaricaciones de Israel, pueblo mimado, si se nos permite la expresion, del Altísimo, primogénito del Creador, que escuchaba la voz de Jehová y recibia leyes de su misma boca, confidente de Dios, iniciado en sus misterios, protegido de su mano, testigo de sus prodigios y de su omnipotencia; son tan insensatas, ciegas y locas, que apenas pueden creerse, porque escritas están en el único Libro de verdad

que posee el mundo. Librados los hebreos de la esclavitud de Egipto, donde eran tratados como vil muchedumbre de degradados siervos, traen de allá esculpido en su imaginacion ingrata el recuerdo de un dios absurdo, de un animal divinizado, del buey Apis, á los piés del cual el pueblo egipcio, el mas grande y civilizado de los tiempos antiguos, se prosternaba imbécil, arrastrando por el suelo la dignidad de la especie humana.

La mano de Dios separó las aguas del Mar Rojo, abriendo un camino milagroso al pueblo de los patriarcas, que volvia para ser poderoso y lleno de gloria á la tierra de sus padres; en medio de los arenales del Desierto hace Jehová brotar agua de las rocas para calmar la sed del pueblo afligido, y hace llover el maná y caer las aves del cielo á los piés de los hebreos para saciar su hambre; y para guiar su marcha al través de las inmensidades de arena, el Arca santa camina á la cabeza envuelta en una nube, visible á todos los ojos y sirviendo de guía á Israel fugitivo.

Nada sin embargo conmueve el corazon de aquella raza ingrata. Apenas Moisés, su salvador, su legislador, su gefe y su profeta, se aleja subiendo al monte para recibir la palabra de Jehová, cuando el pueblo se olvida de los beneficios del Señor, funde un becerro de oro, se postra delante de él, y lo adora.

Con razon Moisés en presencia de su apostasía, rompió las tablas de la Ley contra el suelo, ardiendo en ira á causa de la ceguedad de su pueblo. A la verdad, Israel tenia dura la cerviz, como lo dijo Jehová. Solamente la misericordia de Dios pudo haber perdonado tantas y tan grandes idolatrías como cometió, no solamente en el Desierto, sino en la misma tierra prometida, donde desconoció al Señor, despues que Él exterminó á sus enemigos delante de sus pasos, y lo hizo dueño de aquellas regiones, donde fué grande y glorioso.

Moloc era una remembranza del buey Apis, y despues de los reinos de David y Salomon, y de largos años de paz y de dicha, debidos á la proteccion del Señor, todavía, á los piés de la ciudad santa y en

las profundidades de un valle, el pueblo escogido olvidaba los beneficios recibidos, y hacia sacrificios monstruosos á un dios de fundicion, que tenia ojos y no veia, y orejas y no oia!

Por esto el Señor, indignado, mandó á su siervo Jeremías delante de los prevaricadores, y les anunció la destruccion de su ciudad y de su reino en castigo de sus ingratitudes.—

Subimos por la falda del valle, saliendo de esta profundidad tenebrosa tan estrecha, que parece haber sido formada por la mano del hombre, y llegamos á una vasta necrópolis, donde hay infinidad de tumbas cavadas en la roca. Desde los primeros tiempos del cristianismo hasta el siglo XII, sirvieron estas tumbas de habitacion á los cenobitas, lo que hizo decir á Antonino de Placencia, en el siglo VI: *intra ipsa sepulchra sunt cellulæ servorum Dei ubi fiunt multæ virtutes*. Se cree comunmente que esta necrópolis es la antigua *Tofet*.

A poca distancia hay una grande piscina, llamada por los naturales estanque del Emperador (*Birket-el-Sultan*), y que los cristianos han tomado por la piscina de Betsabé ó Inferior. Es una construccion grandiosa, formada en el valle de Hennon, por medio de un dique terrible que lo cierra. Está enteramente abandonada y en seco. Por allí pasa un acueducto que atraviesa el valle, llamado acueducto de Salomon por los cristianos, atribuyéndose esta obra á ese gran rey, aunque sin causa que lo justifique. Se le da tambien el nombre de Poncio Pilato, por haber sido restaurado por este pretor á expensas del tesoro del Templo.

De allí á poco entramos en Jerusalen por la puerta de Jaffa (Bab-el-Khalil). A principios del siglo IV, el emperador Adriano colocó sobre esta puerta la estatua de un cerdo de mármol, y prohibió á los judíos bajo pena de muerte, que se aproximaran á la distancia de quinientos metros de ella. El hermano Lavinio dice á propósito de esto lo siguiente:

«Los judíos son los únicos extranjeros á quienes actualmente se prohibe habitar la Palestina sin especial permiso de la autoridad. Es costumbre que al advenimiento al trono de Constantinopla, de cada nuevo sultán, el gobernador de Jerusalen entregue al *nekil* (gefe de los judíos) las llaves de la ciudad en la puerta de Jaffa. Esta donacion es simbólica y quiere decir, que se concede á los israelitas permiso para habitar y circular libremente en la Palestina. Si el gobernador olvida dar la llave ó padece alguna tardanza, permanecen los judíos prisioneros dentro de los muros de Jerusalen, y son considerados como cautivos. Al advenimiento de *Abdul-Aziz*, el gobernador padeció este olvido, casual ó voluntario, y los judíos pasaron tres dias de esclavitud, como los de Egipto y Babilonia.»

Regresamos al convento. Sentíame sumamente fatigado. Comí á toda prisa y me refugié en mi celda. Apenas habia tenido tiempo de arrojarme en el lecho, cuando oí llamar á mi puerta. A la voz de *adentro* apareció Mussa.

—Usted perdone, me dijo, si vengo á interrumpir su reposo; una grave necesidad me obliga á pedir á vd. me escuche algunas palabras.

Respondíle que no me molestaba en lo mas mínimo, y le invité para que tomara asiento.

Mussa era un viejo como de sesenta años, de tez blanca y sonrosada, ojos negros, nariz aguileña, y blanca barba larguísima y venerable. Su rostro tenia la gravedad y melancolia comunes á los individuos de su raza. Iba vestido con anchos calzones, largo albornoz, chaleco de gamuza amarilla, chinelas de cuero negras y enorme turbante blanco que le dejaba descubierta la frente.

—Señor, me dijo, vengo á molestar la atencion de vd. refiriéndole mis desgracias, para que de ellas se conduela y en algo las alivie.

Refirióme en seguida que era el mas antiguo dragoman de Jerusalen; que ejerciendo su oficio habia llegado á hacer fortuna á los cuarenta años; que entonces habia pasado á Francia, de donde era oriundo, y habia establecido en Marsella un comercio que habia caminado prósperamente; que dos hijas que tenia habian sido seducidas, y que su mujer misma, aunque vieja, lo habia abandonado. Este

fué el orígen de su desgracia, pues á consecuencia de lo mucho que habia sufrido, se vió atacado de una enfermedad mortal que lo postró en el lecho durante largos meses. Sus intereses quedaron abandonados á ajenas manos, y mal administrados ó defraudados vilmente, desaparecieron en breve, dejándolo sumido en la miseria. En aquella situacion, recurrió á la *omnipotencia judía*, al banquero Rostchild, demandándole su amparo para poder regresar á Jerusalen, donde queria terminar sus dias. Despues de multitud de cartas dirigidas al banquero, recibió una órden que este le mandaba para que le fuesen entregados veinte francos en una casa de comercio. Mussa se echó á reir de la dádiva del millonario, y rompió con desprecio la ordencita.

Aconteció, pues, que en esos dias murió la mujer de Mussa arrepentida, é hizo llegar á poder de este una sentida carta en que le pedia perdon por su mala conducta, y las alhajas que se habia llevado consigo. Mussa vendió las alhajas, y con su importe regresó á Jerusalen, donde algunos años despues volvió á casarse y á tener hijos. Actualmente su familia se componia de doce personas, contando sus hijos, su mujer y su suegra; y como el trabajo escaseaba y se ganaba tan poco, Mussa y su familia estaban hambrientos, cubiertos de harapos y viviendo en una pocilga oscura, hedionda y húmeda.

La visita de Mussa tenia, pues, el objeto de pedirme algun socorro para aliviar su miseria.

Movido á compasion por su relato, dí al judío algunas piastras. Mussa recibió mi dádiva con lágrimas en los ojos: se apoderó de mi mano y estaba empeñado en besármela, pero no quise permitirlo de ninguna manera; entonces Mussa sacó del saco una cajita de carton, y de ella un alfiler que me ofreció como regalo. Era el alfiler de plata, y su cabeza estaba formada por un enorme grano de trigo de los que produce la Palestina. Sobre la superficie de este grano estaba escrita, en caractéres hebreos de tamaño microscópico, toda la descripcion bíblica de la tierra de Caanan, donde se pondera su fertilidad prodigiosa. Aquel objeto era extremadamente curioso, tanto por el grosor colosal del grano de trigo, como por lo laborioso y delicado de la escritura que tenia encima.

Devolví el alfiler á Mussa elogiándolo al mismo tiempo, y le supliqué no insistiera en ofrecérmelo, porque me ofendia en ello. El judío tornó á encerrarlo en la cajita y á meterse esta dentro del chaleco de gamuza.

Seguimos todavía conversando durante algunos momentos, y entonces me refirió Mussa que Rostchild habia estado en Jerusalen hacia algunos años, pero que no se habia dado á conocer á sus correligionarios; que algunos de ellos habian sorprendido su secreto, y que el millonario se habia visto obligado á repartir diez mil francos (dos mil pesos) entre los pobres judios de Jerusalen. Como los judíos miserables que habitan Jerusalen no son menos de ocho mil, Mussa no percibió mas que un franco en el dividendo, cuyo franco no le fué de grande utilidad, ni lo sacó de un golpe de su situacion desesperada, como muy bien puede comprenderse.

§ VI

LLANTO DE LOS JUDIOS.

Febrero 16.

Amaneció el viérnes, dia de fiesta religiosa para los judíos, en que se reunen para llorar juntos sobre las ruinas del Templo, evocando los recuerdos de su historia. A las tres de la tarde tiene lugar esta ceremonia, que, por otra parte, se repite á todas horas y todos los dias entre semana, aunque sin ninguna pompa. M. Delestre y yo nos levantamos al rayar el dia llenos de impaciencia porque se llegara el momento de presenciar tan singular é imponente espectáculo.

Entretanto llegaban las tres de la tarde, tratamos de divertirnos visitando la *Casa Nuova* y el convento de San Salvador, y vagando libremente por las calles de la ciudad sin rumbo ni punto fijo.

La *Casa Nuova*, ó sea el hospicio donde son recibidos los peregrinos católicos, es un edificio grandioso donde pueden cómodamente alojarse dos mil personas.

Los frailes han formado por sí mismos el nuevo hospicio. Han sido arquitectos, carpinteros, herreros, pintores de esta construccion, y han dado hartas pruebas en sus obras, de talento y habilidad. Contando con recursos escasos, han hecho un edificio que es un palacio, lleno de luz, de alegría, de elegancia, y sobre todo, de gusto.

Los franciscanos no tienen que sufrir actualmente, de parte de los turcos, las penas que antes sufrian; pero no por esto se crea que llevan una vida de placer. La escasez de recursos los aflige y obliga á soportar que el clero griego se les sobreponga, porque ricos los griegos, tienen dinero de sobra para comprar los firmanes de Constantinopla. Sin embargo, los árabes hacen gran distincion entre los padres griegos y los latinos, prefiriendo á estos en todo caso. Y es porque los latinos tienen el espíritu de caridad mas desarrollado que los otros, y dan limosna á los pobres, visitan á las viudas y cuidan de los huérfanos, sin hacer distincion entre infieles ó cristianos. Hay entre los franciscanos un padre y un lego que son médicos, los únicos de la ciudad, que ocupan el dia y gran parte de la noche en visitar á los enfermos con el mayor amor y por amor solamente. De suerte que estos dos franciscanos son extraordinariamente queridos y venerados en Jerusalen, así por católicos como por griegos, coftos y mahometanos.

El convento de San Salvador es semejante á una fortaleza antigua: pesado, sombrío y tortuoso. Sus grandísimos patios interiores semejan plazas de armas de feudal castillo. Los frailes viven allí con entera comodidad. Cada uno de ellos tiene un saloncito y un aposento de dormir. Hacen oracion, estudian, administran los sacramentos, y dividida de este modo, pasan su existencia tranquila, llena de buenas obras y de contemplaciones del infinito.

Al salir de San Salvador era todavía muy temprano. Entonces re-

cordamos que habiamos ofrecido á los vendedores de objetos devotos del Santo-Sepulcro visitar sus talleres. Hicímoslo así en efecto cumpliendo lo prometido, lo que nos proporcionó la doble ventaja de matar el tiempo y de comprar algunos de esos mismos objetos que destinábamos á nuestros deudos y amigos. Hicimos un buen surtido de rosarios, cruces y medallas, artículos que indispensablemente debe llevar el peregrino á su patria de vuelta de la Tierra-Santa, segun la costumbre del tiempo. El valor de estas cosas depende únicamente del que les atribuye la devocion del cristiano, pues como obra de arte no merecen la mas pequeña atencion. La materia de que están hechas es tomada de algun venerable lugar, como el Monte de los Olivos, el de la Ascension, la Vía-Dolorosa ó el Mar Muerto, lo que hace que sean vistas con fé y con devocion.

Ya que habiamos dado principio á la obra, quisimos terminarla, y de los talleres de los vendedores pasamos á la iglesia del Santo-Sepulcro, donde fuimos á hacer bendecir nuestros piadosos objetos. Era muy temprano todavía, y la puerta del templo estaba cerrada. Los turcos la cierran por fuera, y los padres cristianos, católicos, griegos, coftos, armenios y abisinios, que están en turno, pasan la noche cautivos. El turco guardian vive cerca, abre á la hora que quiere, y presta la llave cuando está de humor. Nosotros lo mandamos llamar con un muchacho, ofreciéndole un *bakshish*.

Mientras esperábamos la vuelta de nuestro mensajero, nos divertimos mirando á un monge anciano, de larga y venerable barba, y calada capucha, que, asomado por un pequeño postigo abierto en lo alto de la puerta, hacia subir por medio de una cuerda una cesta cargada con provisiones de boca.

Vino el turco muy pronto, atraido por el ofrecimiento de la propina, y nos abrió la puerta pronunciando un discurso que no pudimos entender ni contestar por ser en árabe. Una vez en la iglesia, buscamos á los franciscanos. Encontramos un fraile español y le suplicamos nos bendijese los objetos de que éramos portadores. Se re-

vistió en el acto su ropa de ceremonia y se dirigió con nosotros al templete del Santo-Sepulcro. Llegados á este sitio, depositamos nuestros rosarios, cruces y medallas sobre la losa que cubre la tumba de Cristo, y el sacerdote los roció con agua del hisopo, y los bendijo.

Terminada la bendicion y dadas las gracias al franciscano, salimos de la iglesia, pagamos al guardian su prometido *bakshish*, y nos dirigimos al convento. Allí nos encontramos con el genízaro del cónsul frances, encargado de conducirnos al lugar donde lloran los judíos. Como M. Delestre venia provisto de buenas cartas de recomendacion de M. Rémusat, y las habia presentado ya á su cónsul, este se empeñaba en obsequiar al jóven protegido del ministro de M. Thiers.

Los genízaros de los cónsules europeos en Oriente, llamados *kawas* en árabe, son una especie de empleados de honor que tienen por objeto presidir la marcha de sus amos, abriéndoles paso en medio de la multitud, como los lictores en los tiempos de la antigua Roma marchaban con el propio objeto delante de los altos funcionarios. Los genízaros, pues, son muy respetados en estos países. Agitan en la mano enorme baston con borlas y gigantesco puño de oro ó plata, siendo este el signo de su autoridad; y al mirar aquel baston, la multitud amedrentada se aparta, calla y obedece. Los cónsules ponen gran esmero en vestir con lujo á sus *kawas*, y allí es donde dan á conocer su munificencia y la del país que representan. Los trages son generalmente de paño azul, y se componen de calzon flotante recogido en el tobillo, chaquetilla pequeña y chaleco blanco ó rojo bordado de oro; es una tradicion del trage que usaban los mamelucos.

Precedidos por nuestro *kawas*, salimos del convento poco antes de las tres y nos dirigimos, al través de un bazar y algunas calles pestilentes, á los muros del antiguo Templo. Muy pronto llegamos á nuestro destino. El genízaro hizo sonar su baston de herrada punta contra las piedras del pavimento, levantó la voz pidiendo paso, y la multitud judía que en aquel punto estaba aglomerada, se abrió delante de nosotros para dejarnos seguir adelante.

Hénos en presencia de la muralla salomoniana y en el lugar donde vienen á llorar los hijos de Israel sus desventuras. Es un callejon con una sola entrada, que tiene treinta metros de longitud sobre cuatro de anchura. En cuanto á la reliquia del tiempo de Salomon, es una pared muy alta formada con enormes trozos cuadrangulares de piedra, carcomidos por el tiempo y ennegrecidos por la lluvia. A esta pared llegan los judíos, á ella se pegan, y sobre sus piedras seculares apoyan la frente, la boca y los ojos, y derraman copioso llanto. Es la fiesta celebrada por este pueblo todos los viérnes á las tres de la tarde, á la hora y en el dia mismos en que murió el Salvador.

Los judíos de estos tiempos son mucho mas felices que los de los siglos anteriores. Hoy pueden vivir en Jerusalen; y aunque no les es lícito hollar con su planta el monte Moria, donde se levantó su templo, tienen al menos permiso del turco para llorar arrimados á unas piedras junto al monte. Los emperadores romanos les prohibieron aun mirar de lejos su ciudad santa, y los muslimes conquistadores los arrojaron tambien de Jerusalen.

Espectáculo imponente, conmovedor, se presentó en aquel momento á mis ojos.

Estaba delante de nosotros multitud de hombres, provenientes todos de remotísimas tierras, que llegan anhelantes á esta ciudad, llamándola su patria, y á este lugar miserable, llamándolo el único resto de su Templo. El color de su tez y sus cabellos tiene los matices que dan todos los climas.

Aquí está el ruso, blanco como el alabastro; el sonrosado y rubio alemán de ojos azules; el taciturno inglés de rostro pálido; el rubicundo frances de centelleante mirada; el moreno español ardiendo con el fuego de las razas meridionales; y el italiano sentimental llevando en sus ojos la meditacion de las armonías que eternamente escucha. Los tudescos, sobre todo, se distinguen de los otros por la singularidad de su trage: llevan grandes botas hasta la mitad de la pierna; pantalon corto hasta la rodilla; larguísimo chaqueton que les baja hasta el

tobillo, adornado en sus bordes con pieles; portan en la cabeza sombrero negro, alto, puntiagudo y de ala estrecha; y por debajo del sombrero, hácia ambos lados de las sienes, cuelgan largos bucles de cabellos rizados en forma de tirabuzon, que les caen hasta el cuello.

No obstante, al través de tanta diversidad en los colores del cútis, de los ojos y del cabello, y al través de trages tan diferentes, se nota en los israelitas un mismo tipo, un mismo carácter fisionómico, una expresion idéntica en sus rostros meditabundos y fieros. Los ojos, sobre todo, negros, garzos ó azules, tienen un parecido extraño, cierta belleza singular que revela un orígen comun de raza. Los judíos, en efecto, no han perdido su tipo desde los tiempos bíblicos hasta nosotros; pues ellos permanecieron en la antigüedad, por mandato de Dios, fuera del comercio de los pueblos, y hoy se niegan tambien á mezclarse con las gentes, por la ciega obstinacion de su pecado. Asi es que puede asegurarse, al ver á los israelitas de ahora, que se conoce cuál fué el tipo de los hombres primitivos, el de los patriarcas y el de los compatriotas de Jesus; solo que los diversos climas por donde este pueblo desgraciado anda disperso, han modificado en algo las partes menos integrantes de su figura.

Las judías son hermosísimas, y se distinguen entre las demas mujeres, particularmente por la riqueza de su pelo y la ternura y amor de su mirada.

Miraba aquel cuadro, y me sentia profundamente conmovido al pensar que todos los individuos que lo formaban estaban tocados de ceguera por la mano del Altísimo, en castigo del deicidio cometido por sus padres, y de la contumacia insensata en ese mismo delito en que ellos viven. Los judíos que tenia á la vista estaban macilentos, sucios y cubiertos de harapos.

Muchos se encontraban sentados junto á la muralla, teniendo en las manos un libro. Leyendo este libro, cantaban con voz monótona y temblorosa, agitando pausadamente la cabeza y entrecerrando los ojos, como es costumbre cantar entre orientales. De tiempo en tiempo

se ponian en pié los circunstantes, y levantando el semblante hácia el cielo y alzando las manos en ademán de súplica, gritaban hombres, mujeres y niños con acento dolorido y desgarrador:—Jerusalen! Jerusalen! Jerusalen! *(El-Kuds,* la santa.)

El rabino entonces, tomando la voz, pronunciaba ciertas palabras á las cuales contestaban todos en coro. Puedo trascribir aquí esta plegaria en comun, pues el hermano Lavinio tuvo el talento de consignarla en su guía, y de allí la traduzco textualmente.

Comienza *el rabino:*—A causa del palacio que está devastado.
Responde *el pueblo:*—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa del Templo destruido.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de los muros que han sido derribados.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de nuestra majestad que ha pasado.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de nuestros grandes hombres que han perecido.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de las piedras preciosas que han sido quemadas.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de nuestros sacerdotes que han sido precipitados desde lo alto.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.
El rabino:—A causa de nuestros reyes despreciados.
El pueblo:—Estamos sentados en la soledad y lloramos.

A continuacion de este canto viene el siguiente:

El rabino:—Nosotros os lo suplicamos, tened piedad de Sion!
El pueblo:—Redimid á los hijos de Jerusalen!

El rabino:—Apresuráos, apresuráos, Salvador de Sion!
El pueblo:—Hablad en favor de Jerusalen!
El rabino:—Que la belleza y la majestad cerquen á Sion!
El pueblo:—Tornáos con clemencia hácia Jerusalen!
El rabino:—Que muy pronto el dominio real se restablezca sobre el trono de Sion!
El pueblo:—Consolad á los que lloran sobre Jerusalen!
El rabino:—Que la paz y la felicidad entren en Sion!
El pueblo:—Y que la vara del poder se eleve en Jerusalen!

El espectáculo que presenta el pueblo judío entregándose á su dolor en ese sitio, causa aquella emocion de pavor que acompaña á lo extraordinario. Hace muchos siglos, hubo hombres que anunciaron á Israel las calamidades que le han aquejado mas tarde, y marcaron por decirlo así punto por punto, y con minuciosa escrupulosidad, el itinerario que habia de seguir en el camino de su desventura. Hombres fueron aquellos que leyeron en el porvenir, miraron cuanto ocultaba el futuro en sus profundos arcanos, y dijeron á la nacion escogida:—Por esta senda marchareis al abismo. Y explorando aún el abismo con su mirada prodigiosa, pintaron con negros colores todo el horror de la suerte de la nacion judía al través de los tiempos.

Entregado Israel á los delirios de su soberbia y de sus pasiones, mató á sus profetas, crucificó á sus sabios y persiguió á sus doctores de ciudad en ciudad; y todas estas iniquidades habian sido predichas por sus profetas, sus sabios y sus doctores. El pueblo hebreo, en sus libres evoluciones al través de la historia, no ha hecho mas que seguir el rumbo que se le ha señalado. Él ha podido leer, muchos siglos antes, la historia de su porvenir escrita por plumas misteriosas, animadas por el soplo de Dios. Pero nunca ha meditado sobre esta concordancia excepcional que hay entre los hechos de su vida y las palabras proféticas, terribles, que como la voz del trueno ha depositado el Señor en sus oidos.

Aquí está por tanto este pueblo haciendo hoy mismo un papel principal en la historia de la religion y del mundo. Ya se le considere protegido por Jehová en los tiempos bíblicos y conducido por su mano sano y salvo por en medio de los desiertos y las aguas marinas; ya maldito por Dios en castigo de su deicidio y disperso por los cuatro puntos del globo, como el polvo que se arroja al viento y sobre el cual se sopla; él ha sido y es, si se me permite la expresion, el protagonista en la grandiosa escena de la propagacion de la verdad religiosa. En los tiempos antiguos, Israel fué el santuario del monoteismo, arca cerrada y sellada donde pudo guardarse incorruptible en medio de la perdicion de las cosas humanas, toda la suma de verdad que Dios reveló al mundo. En los tiempos modernos, el pueblo judío es el testigo irrefragable de la verdad de la religion cristiana; sirve en medio de la humanidad como ejemplar terrible de las justicias del Eterno; y con su pertinacia en el crímen, no hace mas que demostrar la divinidad de las profecías que todo se lo habian anunciado. El porvenir, oculto á las miradas de las criaturas, es visible únicamente á las de Dios. Quien señala el curso de las cosas venideras, ha recibido por fuerza inspiracion del cielo. Las profecías, por tanto, como divinas, no pueden servir de apoyo sino á las cosas divinas. Por esta razon, el encadenamiento que forma la Iglesia tiene una trabazon tan sólida, desde la promesa de redencion hecha por Dios en el Paraiso al hombre pecador, hasta la actual situacion del catolicismo, que marcha por los caminos del Señor, llevando á su cabeza al sucesor de San Pedro.

¿Qué mas prueba de la divinidad del cristianismo que la desgracia del pueblo judío, que se encuentra acribillado de dolores y arrojado al abismo de todas las amarguras desde que, crucificando á Jesus en el Calvario, puso el sello á sus ingratitudes?

Jesucristo dijo: «hé aquí que vuestra casa os quedará desierta; porque yo os lo digo, vosotros no me vereis mas, sino hasta que digais: bendito aquel que viene en nombre del Señor.» Y desde en-

tonces la tierra de los judíos está desierta, é Israel confundido entre todos los pueblos, no tiene patria ni hogar, y convierte su mirada envuelta en llanto hácia Jerusalen que no es suya, y hácia el Templo que no existe. Los judíos vienen de regiones lejanas á llevar vida miserable en la ciudad de sus padres, donde hambrientos y despreciados, no tienen mas consuelo que llorar arrimados á unas piedras, ni mas deseo que ser enterrados en el valle de Josafat, donde yacen los cuerpos de sus mayores!

Israel dirige su mirada suplicante al porvenir, y no descubre allí ni vaga esperanza de remedio. El libertador que espera no se duele de sus angustias, ni se apresura á llegar para tornar en júbilo su tristeza. Nadie se apiada de su dolor ni procura dar alivio á sus males. Pero sus males no tienen remedio, pues esto ha dicho el Señor: «incurable es tu fractura, malísima es tu llaga. Para vendarla no hay quien juzgue tu causa: la utilidad de las medicinas no es para tí. Todos tus amadores se han olvidado de tí y no te buscarán: porque te he herido de herida de enemigo, con cruel castigo: por la muchedumbre de tu maldad se han endurecido tus pecados. ¿Por qué gritas sobre tu quebranto? Incurable es tu dolor por la muchedumbre de tu maldad, y por tus duros pecados descargué mi mano sobre tí.»

El pueblo judío es el mas antiguo del mundo, y cosa extraña, es el único que se conserva intacto al través de los siete mil años que la humanidad tiene de vida. Él ha visto á su derredor levantarse las civilizaciones y abatirse los tronos; él ha sido testigo de la grandeza y la humillacion de las otras naciones; él ha sufrido todos los cataclismos de la historia, resistiéndolos con vitalidad prodigiosa. Y llega lleno de vigor hasta nosotros, como si la adversidad lo robusteciese, y levantando su planta hácia el futuro, camina al fin de los tiempos, adonde llegará él solo cuando hayan perecido todas las razas. El Egipto lo tuvo cautivo; los asirios lo hicieron esclavo en Babilonia y lo hirieron de muerte mil veces; los romanos lo derribaron por tierra, lo ligaron, lo destrozaron y repartieron por el universo sus miembros

palpitantes; la Edad-Media lo persiguió con ferocidad, lo despojó, lo arrojó con ignominia de las naciones cristianas, lo sujetó á la tortura y lo hizo subir á los cadalsos en medio de la befa y el odio públicos. No importa: allí está todavía el pueblo judío, respirando desdichas, es cierto, pero respirando aún, despues que han perecido sus conquistadores, sus verdugos y todos sus enemigos.

Ha querido el cielo, asignando á Israel misterioso destino, que, esclavo en todas partes, se liberte de todas sus esclavitudes y deje asombrado al mundo, así por la tenacidad de su vida, como por la enérgica incontrastabilidad de su carácter. En efecto, su tipo actual es el mismo que era en Egipto, bajo la tiranía de los Faraones; el mismo que era en Babilonia cuando lloraba al borde del Eufrates: siempre se ha consolado de las desgracias que lo aquejan con una ilusion risueña que ha acariciado en su pensamiento; siempre ha tenido una esperanza que lo ha alentado para atravesar con ánimo entero las sombras del presente. Vencido y subyugado por los poderes mas grandes de la tierra, jamas ha podido espada alguna raerlo de la superficie del globo; nunca su fé ha desmayado, y es él, por la energía de su corazon y por la fuerza de su espíritu, el pueblo mas heróico que ha existido bajo las estrellas.

Israel ha dejado en dos países los monumentos mas grandiosos que nos ha legado la antigüedad y conserva el presente. Él levantó á la orilla del Nilo y á las puertas del gran Desierto, esas montañas de piedra que los siglos no han podido borrar del haz de nuestro planeta, y se llaman las Pirámides. Pobres esclavos entonces los hebreos, bajo el cetro despiadado de Faraon, formaron esas masas inmensas de granito, alimentados por sus amos en la esclavitud con cebollas y pan de centeno. Cautivos despues en Roma, bajo los emperadores, levantaron el Coliseo, ese circo enorme que presentaba sitio bastante para doscientos mil espectadores, que fué regado despues con la sangre de los mártires, y que resistiendo al ariete destructor de los bárbaros, se mantiene en pié todavía, asombrando

á las gentes y desafiando á las edades. De esta manera el mundo conserva hasta el presente señales gigantescas de las pesadas esclavitudes del pueblo judío, y aun ahora que las mira, mantiene á ese pueblo mismo esclavizado en su seno. Destino singular el de esa raza, cuya vida ha pasado en cautiverio, y que habiendo sido amada de Jehová, es maldita de Dios!—

Las naciones que han representado en el desarrollo de la historia un papel principal, no han llamado la atencion de la humanidad, solo merced á una grandeza debida al acaso y falta de plan y concordancia. Las cuatro naciones que han civilizado al mundo, Egipto, Grecia, Roma é Israel, han tenido á su turno un destino particular que cumplir, y lo han cumplido.

El Egipto marcó el «hasta aquí» á los tiempos pastoriles y de las tribus nómades, organizó la sociedad en la forma que debia tener para encaminarse hácia el progreso, y tuvo la gloria de ser la primera en fabricar el gérmen de la civilizacion humana. Echado en medio del mundo ese gérmen, se engrandeció con cada generacion nueva, y desarrollándose al través de los siglos, llegó á producir finalmente el adelanto de las sociedades modernas, que no es mas que el fruto de la semilla plantada en las riberas del Nilo.

La Grecia, hija del Egipto, se elevó por la poesía y por las artes hasta el ideal de la belleza, y endulzó las costumbres feroces del mundo antiguo; y abriendo á la humanidad las puertas de un mundo nuevo, depositó en su corazon el amor de lo espiritual y de lo grande, iluminando su sentimiento y haciéndolo subir de las miserias de la vida al idealismo de las cosas increadas. Los filósofos griegos lanzaron su mirada escudriñadora hácia los arcanos de las verdades metafísicas; fueron los primeros en indagar las causas de las cosas, en columbrar sobre el pináculo del universo, asentado el trono del Infinito, y en analizar las fuerzas del alma, las inclinaciones del apetito, los tumultos de la conciencia, y las leyes á que está sujeta la actividad de la vida en el sér inteligente y libre. El último esfuerzo de

la filosofía griega, que es como el punto de condensacion de todas las virtudes de la inteligencia humana, fué el estoicismo, moral pura y sublime, pero ensueño de paz é ilusion risueña, sin fundamento de realidad práctica.

Roma paseó sus legiones triunfantes por el mundo conocido, sustituyó á las turbulencias de los gobiernos despóticos ó anárquicos de entonces el principio de autoridad, é inspirándose en la rectitud de la fiereza republicana, planteó los fundamentos del derecho sobre bases indestructibles. Estas mismas bases pulimentadas y embellecidas mas tarde por el suave influjo de la equidad, vinieron á servir de asiento al edificio de la justicia moderna. Bajo el gobierno de los Césares fueron destruidas las barreras que separaban á los pueblos, y fundidas, por decirlo así, las naciones en un solo cuerpo, el mundo conocido vino á formar todo entero el imperio romano. Así fué como el universo quedó preparado para la revolucion inmensa que vino á trasformarlo. La filosofía griega habia dejado en sazon los espíritus para recibir la verdad religiosa tras la verdad filosófica, y las legiones romanas habian abierto los caminos para que esa verdad atravesase sin obstáculo las fronteras de todos los países.

Israel fué, desde el principio del mundo, escogido por Dios, para servir de depositario á las verdades reveladas. Fué el único pueblo en quien no llegaron á oscurecerse nunca las nociones genésicas, y el único tambien que sin estudio estuvo siempre en posesion del conocimiento de un Dios único. Jehová le asignó, para que la habitara, una tierra cerrada por todas partes al comercio de los demas hombres. La Palestina tiene por frontera al oriente la mar, al occidente la Arabia Desierta, al sur la Arabia Petrea y al norte las inmensas murallas del Líbano. Otras naciones fueron guerreras, artistas ó comerciantes; Israel no fué hecho para la guerra, ni para las artes, ni para el comercio. Si alguna vez peleó con gloria, ó produjo monumentos soberbios, ó lanzó sus flotas al mar para traficar con Tiro, Sidon ú Ofir, fué solo en virtud de circunstancias especiales, y estos

hechos aislados no constituyen de ninguna manera su carácter distintivo.

El pueblo judío se ha distinguido por su carácter religioso, y la religion ha formado su tipo. La política, la administracion, los negocios todos del Estado, se vieron pospuestos en él á las enseñanzas morales y dogmáticas. Eminentemente teocrático, vivió este pueblo para el monoteismo; y todos los demas objetos que la sociedad puede seguir, además del religioso, entraron apenas incidentalmente en el plan de su existencia. La creencia en la unidad de Dios, conservada en Israel, fué el fuego sagrado mantenido en el mundo, á cuyo calor benéfico se encendieron las mas altas ideas filosóficas, aun en los países sumidos en la idolatría. Los filósofos griegos, que enseñaron la moral mas pura y anunciaron, aunque con cobardía, la existencia de un Dios único, recibieron sus inspiraciones de los libros sagrados. Las mas bellas doctrinas escritas por los filósofos paganos, han sido tomadas de los libros judíos durante los viajes de los filósofos. Platon, este génio eminente y bienhechor, digno discípulo de Sócrates, dejó consignadas en su *República* la existencia de un Dios único y la de las penas y recompensas de la otra vida; y aun pareció profetizar el advenimiento de un *justo* que debia de ser martirizado por los hombres ingratos, tratado con ignominia y clavado en la cruz. Pero Platon, educado en los colegios egipcios de Heliópolis, se encontraba iniciado en la religion de los hebreos, y habia tenido en sus manos sus libros.

Sócrates habia conseguido elevarse muy alto en sus ideas de moral. Zenon, desertando de la escuela cínica, enseñó una doctrina nueva que reunia, á la pureza de las enseñanzas de Sócrates, la varonil independencia de los cínicos. Pero el estoicismo no recibió su postrer toque de idealismo hasta los tiempos de Epicteto y Séneca. Epicteto y Séneca vivieron en los primeros tiempos de la Era cristiana, y recibieron en sus ideas la influencia de la moral evangélica. Séneca es llamado por los padres de la iglesia *Séneca noster*, lo cual prueba que ellos le consideraban como cristiano en su doctrina.

Todo esto quiere decir que el pueblo hebreo, poseedor de la verdad moral y religiosa, la irradió, por decirlo así, al mundo, antes y despues de la venida de Jesucristo. Habiendo dado principio el apostolado despues de la muerte del Salvador, la humanidad se inundó en las doctrinas del Evangelio; y la verdad, que estuvo encerrada por espacio de cinco mil años en Palestina, atravesó los confines de todos los países, y, proyectando su luz sobre los espíritus, presidió la marcha de las sociedades y engendró la civilizacion del mundo moderno.

No hay que perder de vista que todos los adelantos conquistados en la tierra hasta este siglo, tienen orígen hebreo y son importados de Palestina. Israel, por lo tanto, ha tenido que cumplir en el mundo la mision mas sublime de todos los pueblos.

Recapitulando lo dicho: el Egipto sacó á la humanidad de la barbárie; la Grecia creó la filosofía y la poesía; Roma fundó la autoridad, el derecho y la unidad material del género humano. A Israel cupo en suerte venir á perfeccionar todos estos progresos y á servirles como de corolario: prosiguió la obra de civilizacion del Egipto; engrandeció la filosofía y poesía de la Grecia; estableció la autoridad sobre bases inamovibles; fundó el reino eterno de la justicia, y estableció la unidad del género humano, basándola sobre leyes morales, y perfeccionando con esto la obra instintiva, si se me permite la frase, del Senado de Roma.

Los judíos, aunque ciegos y desatentados desde hace diez y nueve siglos, no por esto merecen el desden de los hombres pensadores: crucificaron al Hijo de Dios; pero el Hijo de Dios era su compatriota, y de su seno salieron los apóstoles, los justos, los profetas y los patriarcas. Israel anda extraviado por los desiertos del mundo, pero Israel es el pueblo querido de Dios; Israel volverá, al cabo, al seno de su Padre, como el hijo pródigo, despues de haber comido en el destierro la bellota de la desgracia. Su Padre le recibirá con rostro afable y con los brazos abiertos, lo estrechará contra su co-

razon, enjugará el llanto de sus ojos, y lo hará sentar á su lado en un asiento de honor.

§ VII

MEZQUITA DE OMAR.

Febrero 11.

M. Delestre, que como lo he dicho, traia buenas cartas de recomendacion de M. de Rémusat para los cónsules franceses de Egipto, Grecia y Siria, fué muy atendido por el cónsul frances de Jerusalen. M. Delestre consiguió por tanto, por su conducto, una autorizacion del gobernador de la ciudad, para que él y yo fuéramos admitidos en el interior de la célebre mezquita. Y no solamente esto hizo el cónsul en favor nuestro, sino que nos prestó además, segunda vez, su *kawas,* para que nos hiciera mas respetables.

En otro tiempo no era permitido á ningun infiel del mahometismo traspasar los umbrales de esta mezquita; y aquel que, demasiado ignorante ó audaz, los traspasaba, cometia desacato enorme contra la religion, y era castigado con la muerte. Para los musulmanes, esta mezquita es la mas respetada, despues de la que guarda en la Meca la tumba del Profeta; y así como se hacen peregrinaciones devotas para visitar aquella, se hacen tambien, y no menos frecuentes ni fervorosas para visitar esta.

Despues de la última guerra de Oriente, la mezquita se ha hecho accesible á los viajeros latinos; solo que es menester obtener del gobernador de Jerusalen una autorizacion que él nunca niega á los cónsules de las potencias occidentales.

Hay dias, sin embargo, en que se prohibe el ingreso en la mezquita á todo el que no sea mahometano, y son los viérnes de todas las semanas, y el tiempo que dura el *Ramadam* ó Gran Cuaresma musulmana.

Indecible placer me causó mirar que mis deseos de visitar este célebre monumento iban á cumplirse, tanto por el interes que me inspiraba conocer el sitio donde se levantó el Templo, como por examinar de cerca aquel renombrado edificio, del que se dicen tantos prodigios. Me halagaba, sobre todo, pensar que iba á dar fé, por mis mismos ojos, de una curiosidad no vista por los viajeros mas célebres sino al través de la conjetura y del prisma de la fantasía. Chateaubriand y Lamartine no lo visitaron, porque vinieron á la Tierra-Santa en aquellos tiempos en que los turcos eran déspotas insolentes, y aborrecian todo lo que venia de Occidente. Ahora que el Occidente comienza á restituir al Oriente la civilizacion que le debe, no existe ya el fanatismo de otras épocas, y los musulmanes comienzan á mirar á los extranjeros, no como enemigos ni como perros inmundos, sino como semejantes y hermanos, separados únicamente por la distancia y los mares.

A las nueve de la mañana salimos M. Delestre y yo del hospicio franciscano, y nos dirigimos á la mezquita precedidos por el *kawas*, que venia en esta ocasion vestido de gala y marchaba erguido, haciendo sonar, como de costumbre, contra las piedras de la calle la punta de fierro de su baston gigantesco.

Atravesamos por el medio del bazar y por una angosta calle, formada hácia los dos lados por ruinas de monumentos del tiempo de los soldados de la Cruz. Torciendo por aquellos callejones estrechos, inmundos y solitarios, llegamos á una gradería que se encuentra al frente de un grande edificio. Estábamos en la mezquita. Subimos por aquella gradería y entramos en una inmensa esplanada, pasando por debajo de una de las diez puertas que le dan acceso y tiene el nombre de *Bab-el-Guwarineh*. Esta esplanada tiene quinientos metros de longitud sobre trescientos de anchura, y presenta una superficie planísima. Es el antiguo atrio del Templo, formado por la mano del hombre sobre la roca viva del monte Moria. De trecho en trecho se miran en aquella inmensa extension algunos cipreses y algunos olivos aislados y dispersos.

Pegada á este atrio se encontraba la torre Antonia, de la que he hablado ya, y donde Poncio Pilato declaró inocente á Jesus. Tito demolió esta torre el año 70, haciendo que sus legiones la destruyeran.

Subimos una escalera y atravesamos el antiguo Patio de los Gentiles, al fin del que hay un pórtico. Debajo de él estaban sentados seis turcos que cuidaban la entrada: uno de ellos tenia delante de sí gran surtido de pantuflas de marroquí de diversas formas y colores. Está prohibido pasar de aquel sitio con el calzado que se lleva, y es preciso, para poder continuar la marcha, ó bien descalzarse, ó ponerse alguna de aquellas pantuflas. M. Delestre, despreocupado por excelencia, dejó su calzado y metió su pié en unas pantuflas amarillas que tenian señales evidentes de uso muy antiguo. En cuanto á mí, no me sentí con fuerza bastante para imitar á mi compañero; así es que busqué las pantuflas mas grandes del surtido, y me las puse sobre el calzado que traía.

Nuestro *kawas* mostró la autorizacion del gobernador al gefe de los turcos, que se inclinó en señal de acatamiento y se hizo á un lado para dejarnos libre la entrada. Pasamos adelante, y nos encontramos en una extensa plataforma que es el antiguo Patio de los Israelitas.

En este lugar estuvo muchas veces Jesucristo, y cumplió numerosas maravillas. Aquí fué donde á la edad de doce años se mezcló con los doctores, cuestionó con ellos y los dejó asombrados con su sabiduría. Aquí fué donde existió el célebre Templo levantado sobre el sitio mismo que ocupó el de Salomon, y que, más feliz que el primero, vió resplandecer dentro de sus recintos la gloria del Deseado de las naciones.

Dejándose David vencer por su soberbia, mandó á Joab que hiciera el censo de todo su pueblo, y resultaron un millon cien mil hombres capaces de llevar las armas en Israel, sin contar las tríbus de Leví y de Benjamin. Desagradado Dios por lo que habia sido mandado, envió peste sobre Israel, y murieron setenta mil hombres. Y llegó la peste á Jerusalen, y mientras la ciudad era herida la miró

el Señor con lástima, y dijo al ángel exterminador: «Basta, detén ya tu mano.» Y el ángel estaba junto á la era de Ornan. Esta era fué el lugar que despues ocupó el Templo.

Levantando David sus ojos, vió al ángel del Señor que allí estaba con la espada desenvainada, y tanto él como los ancianos de Jerusalen, cubiertos de cilicios, se postraron con el rostro sobre la tierra. Y David pidió á Dios que lo castigase á él, puesto que él habia pecado, y no diezmase á su pueblo. Y el ángel del Señor ordenó á David que subiera y edificase un altar al Señor en la era de Ornan. Y David compró á Ornan su era y edificó allí un altar al Señor; y habiéndole ofrecido víctimas pacíficas, bajó el fuego del cielo sobre el altar del holocausto. Y mandó el Señor al ángel, y el ángel volvió su espada á la vaina.

Y dijo David: «Esta es la casa de Dios, y este el lugar del holocausto para Israel.» É hizo David grande acopio de materiales venidos del Líbano, de Sidon y de Tiro para edificar un templo. Pero el Señor le dijo: «Has derramado mucha sangre y has hecho muchas guerras; no podrás edificar casa á mi nombre habiendo derramado tanta sangre delante de mí.» Y el Señor prometió á David que su hijo le edificaria un templo en medio de la paz y del sosiego; que Salomon no derramaria sangre, y que por esto podria erigirle una casa para que habitara, y se llamaria Pacífico. Salomon, en efecto, es palabra compuesta de Salem, que quiere decir paz.

El tesoro que David dejó á su hijo para que edificase el Templo, es fabuloso. Dejóle tres millones doscientas y ocho mil arrobas de plata, y trescientas veintiocho mil arrobas de oro; y el cobre y el hierro no tenian peso, porque su cantidad excedia al número: y le dejó preparadas maderas y piedras en cantidades inmensas, y puso á su disposicion innumerables artífices muy diestros en todo género de labores; porque David queria que la casa edificada al Señor fuese de tal magnificencia, que su fama se extendiera por todas las regiones.

Salomon dió principio á la edificacion del Templo el año cuarto

de su reinado, en el lugar que habia preparado David su padre sobre el monte Moria, en la era de Ornan.

Sobre este mismo monte, en los tiempos patriarcales, Abraham estuvo á punto de inmolar á su hijo, obedeciendo al mandato de Dios, cuando su mano, levantada ya, fué detenida por la del ángel. Isaac, caminando al lugar del sacrificio, habia preguntado á su padre: «¿dónde está la víctima?» A lo cual Abraham habia respondido: «Dios proveerá.» De esta expresion tomó orígen el nombre de la montaña, porque Moria quiere decir, *Dios proveerá.*

Siete años despues de haberse comenzado la obra de la construccion, fué terminado el soberbio edificio dedicado al Señor. La inauguracion del Templo fué majestuosa y solemne, habiéndose juntado para engrandecerla todas las maravillas de los hombres y las manifestaciones de Dios. Colocada el Arca dentro del Templo, una nube llenó de oscuridad todo el recinto. Y los levitas estaban delante cantando y sonando las trompetas, y tañian címbalos, y salterios y cítaras, en tanto que Israel reverente se agrupaba delante de la Casa del Señor.

Entonces Salomon subiendo sobre una peana de bronce que se habia hecho construir en medio del atrio, puesto en frente del altar y dando el rostro á la multitud de Israel, extendió sus manos sobre ellos y pronunció una inspirada alocucion, modelo de sencillez y de oratoria, y doblando las rodillas y alzando sus manos al cielo, los bendijo. Las palabras que dirigió el rey al pueblo en aquella ocasion, demuestran hasta la evidencia que la religion de los hebreos tendia á la universalizacion, y no desechaba celosa y huraña la admision de los demas pueblos en su seno. Pues Salomon dijo: «Si viniere de tierra distante un extranjero que no sea del pueblo de Israel, atraido del nombre grande del Señor, y de su mano robusta, y de su brazo extendido, y le adorase en este lugar, el Señor le oirá desde el cielo, firmísima morada suya, y hará todo aquello por lo que lo invoque aquel forastero, para que conozcan su nombre todos los pueblos de

la tierra, y lo teman, así como su pueblo de Israel, y sepan que su nombre ha sido invocado sobre esta casa que he edificado.»

Cuatrocientos años despues de la consagracion del Templo, vino Nabucodonosor rey de Babilonia con todo su ejército á Jerusalen, y la cercaron, y levantaron trincheras alrededor de ella, y estuvo la ciudad cercada y circunvalada dos años, y creció el hambre en la ciudad, y no habia pan para el pueblo. Y el rey Sedecias y todos los hombres de guerra huyeron de noche, saliendo de Jerusalen por una brecha. Y vino á Jerusalen Nabuzardan, general del ejército asirio, y quemó la casa del Señor, y la casa del rey, y las casas de Jerusalen, y entregó á las llamas todos los edificios. El ejército de los caldeos que estaba con Nabuzardan derribó alrededor todos los muros de Jerusalen.

Nabuzardan trasportó el resto del pueblo que habia quedado en la ciudad, y los desertores que se habian pasado al rey de Babilonia, y el vulgo restante. Solo á los pobres del país los dejó para que cultivaran las viñas y los campos. Estos mismos pobres, perseguidos á muerte por los caldeos en los años sucesivos, se levantaron y huyeron á Egipto.

Sesenta años despues, Ciro, rey de Persia, en el primero de su reinado, permitió á los judíos que volvieran á su patria y reedificaran el Templo. Los trabajos de la reconstruccion duraron diez y seis años, y los ancianos que habian visto los esplendores del primer Templo, lloraban de tristeza al mirar que el segundo era segundo tambien en magnificencia.

Este Templo llamado de Zorobabel, fué sin embargo el que recibió dentro de sus muros al Hijo de Dios que venia á salvar al mundo. En el Templo de Salomon estuvo el Arca de la Alianza, que era la figura del pacto de reconciliacion y paz que Dios haria con el hombre, mediante el sacrificio de la Redencion. El primer Templo fué mas suntuoso, pero el segundo tuvo mayor gloria; el primero fué la promesa y el segundo el cumplimiento; aquel la esperanza y este la dicha.

Aquí fué donde Jesus, hecho juez de la mujer adúltera, escribiendo palabras misteriosas sobre el suelo, pronunció aquella terrible acusacion contra los hombres hipócritas que persiguen el crímen á muerte, siendo criminales ellos mismos: «el que se juzgue impecable que tire la primera piedra.» Moral nueva y extraordinaria que dejó confusos á los verdugos, y causó una revolucion en los sentimientos del corazon humano.

Aquí fué tambien donde Jesus profetizó la destruccion de la ciudad y del Templo, que poco tiempo despues llevaron á cumplimiento cabal las legiones romanas.

Los judíos crucificaron al Salvador, y gritaron poseidos de insensato furor: «crucifícale, y que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» Y la sangre del Hijo de Dios cayó sobre ellos, y subió como una marea, y los inundó, y los ahogó á ellos y á los hijos de sus hijos!

Vino á Jerusalen, Tito, ministro de las venganzas del Eterno, y rodeó con fosos la ciudad y la cercó y la estrechó por todas partes, y la derribó por tierra á ella y á sus hijos que estaban en medio de ella, y no dejó de la ciudad piedra sobre piedra, como lo habia anunciado Jesucristo.

Pasado este terrible delirio de la muerte que se apoderó de todo un ejército, se encontró Tito en medio de una ciudad desolada convertida en un monton de escombros é inundada en sangre. La rabia y la obstinacion que habian desplegado los judíos en defensa de Jerusalen, llevó á Tito á la exaltacion de que era incapaz generalmente. Lo que quedaba de la ciudad aun en pié le causaba enojo, y mandó á sus soldados que lo derribaran. El Templo fué destruido hasta en sus cimientos, y fueron arrasadas las murallas y las casas, y sobre el campo que quedó se pasó el arado. El ariete del vencedor no perdonó sino á las torres Hípicas, Fasael y Mariana, que quedaron en pié para que las naciones venideras supiesen que las legiones romanas sabian salir vencedoras aun de fortalezas tenidas por inexpugnables.

El año siguiente, Tito triunfó de la Judea en Roma, en compañía de Vespasiano su padre. Sirvieron de ornamento á este triunfo, setecientos judíos, entre los que se encontraban los gefes facciosos Simon y Juan de Giscal. Los judíos cautivos iban cargados con las riquezas sacadas del templo, y que eran ahora botin del pueblo romano.

He visto en Roma el arco de triunfo levantado á Tito. La barbarie y los siglos que se han complacido en derribar tantos y tantos monumentos antiguos, han dejado en pié este arco, como para servir de eterna recordacion del cataclismo de Jerusalen y del pueblo judío. Los bajo-relieves que se encuentran en la parte interior del arco, representan á los míseros judíos, que sirviendo de trofeo en el triunfo, marchaban detrás del carro del general victorioso, cargados con las riquezas del Templo.

He visto tambien en algunos museos de Italia las monedas que se acuñaron en ese tiempo en honor de Tito. Representan una mujer que sentada al pié de una palma, inclina la cabeza hácia adelante en señal de angustia, y la reclina desfallecida sobre una mano. A los piés de esta mujer hay una inscripcion que dice: *la Judea cautiva*.

Cuando Adriano en el siglo II reedificó Jerusalen bajo el nombre Elia-Capitolina, prohibió, como lo he dicho, á los judíos, mirar su ciudad aun de lejos, y solamente á precio de oro consiguieron estos que el emperador les permitiese venir una vez por año á llorar sobre el lugar donde se levantó el Templo.

Juliano pretendió desmentir la verdad de las profecías, y alentó y protegió á los judios para que reconstruyesen el Templo. Pero el fuego de Dios salió de las entrañas de la tierra, y devorando á los unos y aterrando á los otros, hizo imposible que se terminase la obra, á despecho del César.

Los cristianos, sin que pueda comprenderse la causa de su desvío, convirtieron este lugar en depósito de inmundicias.

Cuando el califa Omar entró en Jerusalen el año 636, su primer

cuidado fué el de buscar la piedra qne se encontraba en la era de Ornan, porque segun el califa decia, sobre esta piedra habia reclinado su cabeza el patriarca Jacob, durante el sueño en que tuvo la vision de la escala misteriosa. Bien que este acontecimiento se haya verificado en Betel, segun consta de la historia, Omar tuvo antojo de que aquí hubiera pasado, ó así lo creia en su ignorancia, y no faltó adulador que le designara la piedra donde Jacob habia reclinado su cabeza. El sitio designado, cubierto entonces de inmundicias, fué precisamente el mismo donde se habia levantado el Templo. Omar lleno de veneracion, hizo limpiarlo cuidadosamente, no desdeñándose de tomar él mismo y con profundo respeto las inmundicias en su manto, para ir á arrojarlas á lo lejos. La roca santa fué descubierta, y el califa hizo edificar sobre ella suntuosísima mezquita, ornada con hermosos mármoles, mosáicos y enverjados cubiertos de oro y plata. Omar queria de esta manera impedir que los creyentes hicieran peregrinaciones á la Meca, donde gobernaba Ibn-Zabier, su enemigo.

En 1099, los cruzados se apoderaron de la mezquita, donde encontraron inmensas riquezas en lámparas y candelabros de oro y plata.

Diez mil musulmanes fueron pasados á cuchillo en el templo musulman, y purificado este despues, quedó convertido en iglesia cristiana, y sobre la roca santa fué levantado un altar.

En 1187, Saladino entró victorioso en Jerusalen, y su primer cuidado fué purgar la mezquita de Omar de las profanaciones que se le habian hecho. Algunos soldados se apresuraron á escalar la bóveda y derribaron á hachazos la cruz que la coronaba. Se hizo desaparecer de la mezquita toda insignia cristiana. Saladino se dirigió á ella seguido de lucidísimo cortejo, y con sus manos mismas limpió el suelo, y habiendo hecho traer, segun dicen los mahometanos, trescientos camellos cargados de agua de rosa, mandó lavar repetidas veces los muros, á fin de purificarlos. Despues de esto, la mezquita fué dedicada al profeta, y sobre la fachada se puso esta inscripcion:

El servidor de Dios, José, hijo de Job el Victorioso, Nacer Saladino, colocó esta piedra grabada en accion de gracias, habiendo Dios tomado la ciudad, valiéndose de él, el año 583 de la Egira.

Desde entonces acá, la historia de este sitio no ha tenido vicisitud ninguna, y los musulmanes han adorado en él sin obstáculo ni interrupcion á su Profeta.

Los dos templos judíos cayeron, pero la caida de ambos fué estrepitosa y terrible. Tras la destruccion del primero, el pueblo hebreo fué llevado á Babilonia; tras la destruccion del segundo, los judíos fueron dispersos por la tierra, como el tamo ligero que arrebata el huracán en sus torbellinos. La sangre ha corrido á torrentes en este sitio, y solamente desde Saladino acá parece haber tenido reposo.—

Pero ya es tiempo de proseguir mi relato, despues de tan larga digresion histórica.

Se muestran todavía dos cisternas al norte de la escalera de entrada, que indican, segun se dice, el lugar donde estaban colocadas las mesas donde se degollaban las víctimas. El acceso á este lugar, llamado *Patio de los Israelitas,* era prohibido, bajo pena de muerte, á los paganos. Cuando entraba, segun Ezequiel, el pueblo delante del Señor en las solemnidades, el que entraba por la puerta del aquilon salia por la del mediodía, y el que por la del mediodía, salia por la del aquilon; ninguno salia por el camino de la puerta por donde entraba, sino por la que estaba frente á ella. Las extremidades hácia el oriente, el norte y el sur, estaban reservadas á las mujeres, separadas de los hombres por un muro. En esto se descubre el génio oriental, que ha sido en todos tiempos celoso.

En medio de la vasta plataforma se levanta la mezquita de Omar, de la que me ocuparé luego, y al oriente hay una pequeña construccion decágona.

Este monumento se encuentra sobre el lugar que ocupaba el altar de los holocaustos, y marca el sitio donde el gran sacerdote, hijo

de Joiada, murió apedreado. Cerca de allí estaba la tribuna desde donde el rey asistia á los oficios. Los musulmanes pretenden que en este lugar David juzgaba al pueblo, y que el Señor, para facilitarle el conocimiento de la verdad, le habia proporcionado una cadena maravillosa. David hacia que los contendientes tomaran esta cadena, y al tomarla, el eslabon que tenia en su mano el litigante temerario se desprendia por su propia virtud de los otros, con lo que venia David en conocimiento de quien tenia la justicia.

I

La mezquita de Omar.

(*Kubet-el-Sakhrah*, Cúpula de la Roca).

Esta soberbia mezquita se levantaba delante de mis ojos. Es de forma octagonal, y cada una de sus faces está revestida de mármoles y porcelanas. Recibe la luz por medio de siete ventanas con vidrios de colores. Altísima y esbelta bóveda se alza de en medio de ella, reflejando los rayos del sol sobre su superficie de cobre. En lo mas elevado de la cúpula se levanta una gigantesca media-luna. Tiene la mezquita cuatro puertas que corresponden á los cuatro puntos cardinales. La del norte es llamada puerta del paraiso *(Bab-el-Djin)*, la del sur se llama puerta de la oracion *(Bab-el-Kibleh)*, la del poniente puerta del ocaso *(Bab-el-Garb)*, y la del oriente puerta de David *(Bab-Daud)*, ó puerta de la cadena *(Bab-el-Sinsileh)*.

Nosotros entramos por la puerta de David.

El interior es oscuro. Dos recintos octagonales rodean la parte del centro. El primero está formado por el muro exterior y por columnas del mas bello mármol y de una sola pieza; y el siguiente, por este primero y otro segundo órden de columnas. La parte de arriba está toda cubierta de labrados y mosáicos, alternados de versículos

del Coran, escritos con letras de oro gigantescas. Un enverjado de fierro llena los claros entre las segundas columnas del recinto. La mezquita se encuentra ahora en reparacion y está obstruida por las vigas de los andamios.

Nuestro guía nos condujo á la puerta del enrejado del segundo recinto y nos encontramos frente á otro enrejado de madera que rodea la roca venerada. Esta roca, hácia la parte por donde la vi, presenta una longitud como de doce metros, y contrasta singularmente por su aspecto del todo natural, y si se me permite la expresion, en bruto, con la delicada ornamentacion que el arte ha prodigado en torno. Su superficie desnuda es desigual. Está atravesada por un agujero, tallado perpendicularmente. Encima de la *sakhrah* (roca), y á poca altura, se encuentra suspendida una especie de tienda de campaña hecha de seda verde y roja. Esta tienda recuerda á los creyentes la que dió Dios á Adan y Eva para que se albergaran despues que, habiéndose perdido en el mundo la primera mujer, la hubo encontrado el padre Adan en una montaña cerca de la Meca.

La *sakhrah*, ó roca, es venerable para los judíos, para los cristianos y para los mahometanos. Fué la era de Ornan comprada por David y visitada por el fuego del cielo, cuando el Profeta-Rey ofreció á Dios un sacrificio que le fué agradable y desarmó sus iras; mas tarde, cubierta por el Templo de Salomon, sirvió de asiento al Arca de la Alianza, por cuyo motivo recibió el nombre de *santa de las santas*.

Reedificado el segundo Templo, nada pudo colocarse sobre la roca, porque el tabernáculo y el Arca habian sido salvados por Jeremías antes de la destruccion, y ocultados en una caverna del monte Nebo.

Hácia una extremidad de la roca se mira un hundimiento. Nuestro guía nos dijo:

—El rastro que miran vdes. aquí es el que dejó el arcángel Gabriel al poner su mano sobre la *sakhrah*.

—¿De manera, le preguntó M. Delestre con tono de buen humor, que vd. está seguro de que el arcángel puso la mano sobre esta piedra?

—Por fortuna no lo dudo, y puedo jactarme de ser creyente, contestó el guía inclinando la cabeza hácia adelante.

—Bien hecho, contestó Delestre, hay que ser consecuente con cuanto se tenga entre manos. Pero ¿cómo pasó ese acontecimiento entre el arcángel y la roca?

—De la manera siguiente. Mahoma tenia una hermosa yegua blanca *(el-Borak)* que le habia regalado Gabriel. Un dia la ensilló, como de costumbre, y montando sobre sus lomos, partió camino del cielo, con el objeto de tratar con Alá negocios de la mas grande importancia. Pero hé aquí que esta roca se levantó tambien de la tierra siguiendo al profeta. Alá no quiso, sin embargo, que la tierra quedase privada de la *sakhrah* bendita, y mandó á Gabriel que la restituyera á su sitio. Bajó, pues, el ángel, y con una mano la contuvo, y la obligó á volverse aquí, y la mano del arcángel quedó eternamente grabada sobre la roca.

Frente á esta huella se encuentra un escudo.

—El escudo del gloriosísimo y poderosísimo Hamza—dijo nuestro guía señalándolo con énfasis.—Hamza, señores, fué tio y compañero fiel de Mohammed (Mahoma).

Hácia la otra extremidad de la *sakhrah* se encuentra una especie de caja de fierro. El guía nos condujo allá, y haciéndonos pasar los dedos al través de una hendedura practicada en la tapa anterior de la caja, nos aseguró que lo que tocábamos en el fondo era una huella que el pié del Profeta habia dejado sobre un pedazo de mármol conservado allí.

Hízonos ver tambien el estandarte del Profeta, enrollado en su misma lanza, y la bandera *(sandjak)* desplegada de Omar.

Sobre un banco de piedra que se encuentra cerca de aquel sitio están depositados tres ó cuatro fragmentos de una cornisa de mármol.

¿Cuál no seria mi asombro cuando oí que el turco *cicerone* nos aseguraba que aquellos fragmentos eran otras tantas sillas de la yegua blanca de Mohammed, de la famosa *el-Borak?* Me pareció que semejante aserto era una broma, é iba á reir, cuando recordé la recomendacion que leí en el libro del hermano Lavinio: es, á saber, la de no hacer burla ni de lo que parezca el mayor absurdo en aquel sitio, pues todas estas majaderías son puntos de fé para los mahometanos, y cuando un creyente mira burlada su fé, se ciega y es feroz.

Delante de la puerta del Paraíso *(Bab-el-Djineh)* se encuentra en el pavimento una placa de jaspe, donde Mahoma fijó diez y nueve clavos de oro con su misma mano.

—Estos clavos—dijo nuestro turco—significan el tiempo que ha de durar el mundo. Al fin de cada siglo, uno de ellos se desprende del jaspe y va á consolidar el trono de Alá.

—Segun eso, no tiene ya de durar mucho el mundo,—observó M. Delestre—pues de los diez y nueve clavos fijados por el Profeta no quedan mas que tres y medio.

—En efecto, señor,—contestó el turco—no quedan á la humanidad mas que trescientos cincuenta años de vida; y esto se sabe, no solo por lo que dicen estos clavos, sino por otras muchas señales conocidas por los sabios.

—Hola, hola!—exclamó el francés, próximo á soltar una alegre carcajada.

—El mundo se hubiera acabado largo tiempo há, si no hubiera intervenido en su favor el ángel Gabriel—prosiguió gravemente el *cicerone*. —Un dia, el espíritu maligno se introdujo en esta mezquita por la puerta del Paraíso *(Bab-el-Djineh)*, y se dió á sacar y á robarse los clavos, con el objeto de ver perecer *incontinenti* al género humano. El ángel Gabriel entró entonces casualmente, y lo sorprendió consagrado á esta ocupacion infernal, por lo que le aplicó una felpa soberbia, lo precisó á que restituyera los clavos á su sitio, y lo arrojó para siempre de este santuario.

M. Delestre tuvo necesidad de toser estrepitosamente para disimular la risa. En cuanto á mí, me alejé del turco apresuradamente, con el objeto de no darle á conocer el buen humor de que me sentia inundado.

Repuesto un tanto de mi turbacion, torné á reunirme con mis compañeros. El turco nada observó, por fortuna, y con la mejor voluntad nos llevó hácia una escalera que conduce á una capilla subterránea, á los piés de la *sakhrah*. La roca misma sirve de techumbre á esta capilla. Los musulmanes pretenden que la roca se encuentra suspendida en el aire, sostenida por una palma invisible que mantienen en pié las madres de los dos grandes profetas Mohammed é Issa (Mahoma y Jesus).

Prudentes, sin embargo, los musulmanes, y con el objeto de no amedrentar á los creyentes tibios, han hecho reposar la roca santa sobre muy buenas y sólidas murallas, á mayor abundamiento. La parte de la roca que sobresale de su masa principal lleva el nombre de *lengua*, porque habló en cierta ocasion solemne. Cuando el califa Omar descubrió esta roca, exclamó lleno de alegría: —*Salam alekum!* (salud á tí!) Y la roca le contestó: —*Alekum salam!* (á tí la salud!)

Este subterráneo ha sido visitado, segun los musulmanes, por personajes de la mayor distincion, y hasta el presente se señalan los lugares precisos donde ellos estuvieron. A la derecha de la entrada oraba Salomon; David á la izquierda; Abraham un poco mas adelante; Elías en el ángulo norte, y Mahoma hácia el noreste.

Un dia en que *el-Borak* trasportó al gran Profeta, de la Meca á este lugar, moviendo la cabeza Mahoma en el fervor de la oracion, chocó por desgracia contra la piedra; pero esta se hizo blanda como la cera, y recibió con veneracion la huella del turbante del Profeta. Esta huella se muestra todavía sobre la roca.

Nuestro *cicerone* se colocó en medio del subterráneo y golpeó tres veces el suelo con el pié: un sonido hueco se hizo escuchar entonces, indicio cierto de que habia abajo una excavacion.

—Debajo de mis piés—dijo el turco—hay un pozo que se llama *Bir-el-aruah* (pozo de las almas); y tiene este nombre, porque las almas de los creyentes del Islamismo, ya difuntos, se reunen aquí todos los domingos para adorar á Dios.

El hermano Lavinio opina que este pozo es buenamente una cisterna de la era de Ornan, y que el agujero que atraviesa la roca santa es el conducto por donde se sacaba el agua, pues en este país hay en todas las eras una cisterna por lo menos, que sirve para recoger el agua de la lluvia, que es indispensable en el estío para los trabajadores que labran la tierra.

Salimos del subterráneo y volvimos á la mezquita, sobre la que echamos nuestra última ojeada antes de abandonarla. Al salir por la puerta del sur *(Bab-el-Kibleh)*, el guía nos enseñó un Coran que se asegura haber pertenecido al califa Omar.

Fuera ya de la mezquita, el turco nos hizo fijar la atencion sobre una placa de mármol que estaba sobre la puerta por donde habiamos salido. Es verdaderamente curiosa, pues el jaspe del mármol presenta por casualidad la figura perfecta de dos pájaros que se dan frente y se tocan por el pico.

—Estas son—nos dijo gravemente el guía—dos picazas petrificadas en castigo de su orgullo. Concluido el templo de Salomon, todos los animales le rindieron homenaje, menos la especie volátil, que instigada por dos picazas, resolvió hacer burla del monumento, llenándolo desde el aire con sus inmundicias. Salomon previno esta conjuracion, petrificando á las dichas picazas y dejándolas para siempre incrustadas en el mármol del Templo, como ejemplar terrible contra la soberbia de todos los séres animados.

Las dos figuras, por tanto, formadas por el jaspe en la superficie del mármol, y que en aquel monumento veíamos, eran las dos picazas de Salomon, segun nuestro *cicerone*.

La verdad es—segun Flavio Josefo refiere—que Salomon, á fin de evitar que los pájaros vinieran á arrojar sus inmundicias sobre el

Templo, hizo cubrirlo en toda su techumbre con punzantes agujillas de oro. Tal vez el sabio rey tomó estas precauciones, sabedor de las perversas intenciones de la especie volátil, y para evitar que fuesen cumplidas, á pesar del terrible ejemplar de las picazas!

Este cuento, que brilla con los albores de la inocencia infantil, presenta tambien todas las galas de la rica imaginacion del Oriente. Los hombres de estas regiones inventan una leyenda para explicar cada cosa que les sorprende y hiere vivamente la fantasía. De esta manera tienen su mundo poblado de hechos fabulosos y de intervenciones celestes.

Frente á la puerta sur de la mezquita se ve un pórtico del que penden unas enormes balanzas. Nuestro guía nos explicó la significacion de ellas, diciéndonos que allí es donde deben ser pesados los pecados y méritos de las almas en el último juicio; y que, pesados que sean, pasarán las almas á sufrir su prueba sobre un puente que nos enseñaria luego.

Cerca de este pórtico hay un hermoso púlpito de mármol, llamado *Boran-ed-Din-Kadhi,* donde se predica á los fieles todos los viérnes durante la gran cuaresma del *Ramadam.*

Dirigiéndonos hácia el sur, y andando buen trecho, llegamos á la entrada de un subterráneo. Bajamos por allí y nos encontramos en oscura galería abovedada, de construccion gigantesca. Hay allí columnas enormes de una sola pieza, cuyos capiteles afectan la forma de penachos de palma, como el remate de las tumbas antiguas del valle de Josafat. Evidentemente esta arquitectura data de los tiempos de los reyes de Israel. Cada época imprime un carácter particular á las obras morales ó físicas que durante ella se ejecutan. La arquitectura de las tumbas de Josafat tiene un tipo especial, mezcla evidente de indio y egipcio.

Pues bien, las columnas monolitas de estas galerías subterráneas, pertenecen al mismo género de arquitectura que las tumbas de Josafat. De donde puede deducirse que las tumbas y las columnas, fueron construidas en una misma época histórica. Por lo mismo no me parece aventurado decir, que estas columnas pueden ser restos de las construcciones del Templo de Salomon. Muy bien se ve que las galerías han sido reparadas en tiempos posteriores; pero lo que es antiguo se separa visiblemente de lo moderno.

Al mirar aquellas columnas, me vino á la mente reconstruir en mi imaginacion el Templo erigido por el hijo de David. Para levantar este edificio en mi fantasía, me servian de modelo esas mismas columnas que tenia delante de mis ojos. Y quedé asombrado ante el carácter imponente, majestuoso, solemne, que encontraba en aquel Templo erigido por el mas sabio de los hombres.

Es lástima que estas galerías estén abandonadas. La tierra de los siglos las ha invadido ya, y es posible que algun dia, si la incuria de hoy no es atajada, quede completamente cegado este por mil títulos interesante subterráneo.

¡Cuántos recuerdos se evocan á la vista de los restos de la antigüedad! Esas ruinas grandiosas y venerables que cubren la superficie de la tierra, producen en el espíritu inmensa turbacion, semejante á la que se experimenta ante el cadáver de un hombre ilustre; y es porque esas ruinas forman el esqueleto de las sociedades pasadas, son el cadáver de las civilizaciones antiguas. Y esa emocion singular sube de punto, cuando á los recuerdos históricos que evocan unas ruinas, van unidos los de la filosofía y la religion. Dígolo, porque las columnas del Templo de Salomon que miré en el subterráneo, me trajeron largo tiempo distraido, habiendo sido causa de que mi espíritu se sumiera en sérias y larguísimas reflexiones. Pensaba en el Templo, ese santuario el único del mundo antiguo, erigido al Dios verdadero; esa majestuosa construccion, la mas gloriosa de aquellos tiempos, si no tal vez por la belleza de su arquitectura, sí por la elevacion y santidad de su objeto. El pueblo hebreo llegó á apegarse á su Templo, no ya con amor y entusiasmo, sino con frenesí y fanatismo. Desde los tiempos de Salomon hasta los de Tito, podria escri-

birse la historia del pueblo escogido, escribiéndose la historia de su Templo.

De esta manera, los judíos debieron tal monumento á la religion, y este monumento vino mas tarde á formar su patriotismo y su orgullo. Así fué como Dios dispuso que sucediera, para que el ardor religioso no se entibiase en su pueblo, porque el orgullo y el amor del Templo hicieron que los judíos mirasen la religion con el respeto debido á las cosas eternas, y con el apego con que son miradas las mundanas. Derribada la casa del Señor, se acabó la historia judía; en adelante Israel no ha tenido mas historia que la de los distintos pueblos entre los cuales ha andado vagamundo.

Los hechos materiales no son jamás un acaso en la marcha del mundo moral. Un acontecimiento civilizador se manifiesta de tal modo en lo físico, porque así debe ser para que haga visible la verdad plenamente. Podria decirse asimismo que todos los hechos materiales no son sino figuras, representaciones, imágenes del pensamiento civilizador que evoluciona en las regiones del espíritu. El universo es un geroglífico inmenso del infinito; cada molécula corresponde á una verdad y cada astro á un misterio.

Así fué como el Templo levantado á Dios por los hebreos, significaba el pacto de amistad celebrado entre Jehová y los descendientes de los patriarcas; pacto único en el mundo, como fué único el Templo. Vino despues Jesucristo, é hizo con la humanidad alianza de amor, y los templos levantados al Dios único se multiplicaron sobre el haz de la tierra. El Templo de Jerusalen no tenia objeto despues de la Ley Nueva; representaba un pacto que quedaba roto; era la figura de una promesa que estaba cumplida; era la religion interinaria, y habia llegado la normal y estable; era el privilegio, y el amor del Eterno se habia derramado por el mundo; era la esclavitud del mundo antiguo, y el mundo moderno quebrantadas sus cadenas, desplegaba sus alas por el cielo. Por esta razon pereció el Templo, por esta razon no ha podido reconstruirse, y por esta razon no será nunca reconstruido. El Templo era el pecado, era la ley mosáica, era el pasado; y el cristianismo que lo ha sustituido, es la redencion, es el Evangelio, es el porvenir del cielo abierto á los espíritus. El Templo fué y el cristianismo será.

II

La mezquita "el-Aksa" (La mezquita lejana).

Frente á la mezquita de Omar, y á gran distancia, sobre la plataforma del antiguo Templo, se encuentra otra mezquita de menores proporciones. Es una antigua iglesia convertida al culto del Islam, y edificada por Constantino bajo el nombre de Santa María. Omar habiendo descubierto la piedra de Jacob, vino á hacer oracion al templo de Santa María, con lo cual lo dejó consagrado al mahometismo.

La fachada de el-Aksa está compuesta de siete arcos que corresponden á las siete naves interiores de la mezquita. Lo primero que se ve á la entrada, es una piedra que está en el suelo, rodeada de una balaustrada de madera. Los musulmanes pretenden que ella cubre la tumba de los hijos de Aaron, Nadab, Abiú, Eliazar é Itamar, á pesar de saberse ciertamente que ellos murieron en el Desierto antes de llegar á la tierra prometida.

A un lado de la piedra se encuentra un pozo. Es original hallar un pozo en medio de un templo. El guía nos explicó el caso.

—Un hombre, nos dijo, que tenga bastante valor para arrojarse por este pozo, va á parar directamente al Paraíso; puede volver de allá cuando á bien lo tenga, y en prueba de haber estado en ese ameno sitio, traerá una hoja verde detrás de la oreja. Hé aquí la causa por qué es llamado *pozo de la hoja*.

La nave de enmedio es la mas ancha y tiene columnas hácia ambos lados. A su extremo se eleva una bella cúpula sostenida tambien

por columnas. Debajo de ella, y al sur, se mira el *Mihrab*, hácia el que se vuelven los mahometanos al hacer oracion. Muy cerca se encuentra un bello púlpito llamado en árabe *menbar*, desde donde predican los *sheikhs* en las grandes solemnidades religiosas. Este púlpito fué hecho en Alepo, á mediados del siglo XII, y es de un trabajo exquisito.

No lejos de él, y hácia el lado occidental, se encuentra una capilla dividida en dos partes por medio de un tabique. Estos pequeños nichos son llamados en árabe *mihrab*, que quiere decir lugar de oracion.

Estos dos *mihrab*, pues, están dedicados el primero á *Mussa* (Moisés) y el segundo á *Issa* (Jesus). En el último, muestran los musulmanes la huella de un pié, que aseguran ser de Jesucristo.

Al principio de la nave trasversal que se dirige al poniente, se encuentran dos columnas de tal manera cercanas, que apenas dejan entre sí un pequeño espacio. Nuestro turco nos condujo allí, y nos dijo:

—Estas columnas, señores, son las *columnas de la prueba*, y han recibido tal nombre, en virtud de no poder pasar entre ellas, sino los hombres predestinados para las dichas celestes. Quiere decir, que aquel que alcance á colarse por en medio de estas columnas, puede contarse desde luego entre el número de los escogidos de Alá.

—¿Conque así es? preguntó el frances sonriendo.

—Señor, contestó el turco, son estos sitios sagrados y de ellos se ha desterrado la mentira.

—¿Y es permitido hacer la prueba? pregunté.

—Sí señor, me contestó el guía, vdes. si gustan pueden ensayar si caben por ese intersticio.

—Manos á la obra, dije entonces,—y subiendo al pedestal de las columnas, pasé la cabeza al través de ellas; y comprobando por mí mismo la verdad de aquel adagio que dice: *por donde pasa la cabeza pasa el cuerpo*, me salí de lado y sin dificultad ninguna por la estrechura.

Siguió entonces M. Delestre. Subió tambien sobre el pedestal é hizo intrépido esfuerzo por escurrirse por aquella brecha del cielo. Pero el frances, aunque pequeño, estaba asáz gordo y bien nutrido, por lo que fracasó en su primer tentativa; pero volviendo á la carga, hizo todo el esfuerzo de que era capaz su sistema nervioso, y logró, torturando un poco su individuo, pasar todo entero del otro lado. Con esto quedamos triunfantes, como si realmente hubiéramos asegurado ya nuestro ingreso en el cielo.

Salimos de el-Aksa, abandonamos las pantuflas y fuimos á visitar un subterráneo que se encuentra hácia el norte. Es bastante profundo y está en completa ruina. Bajando la escalera, á la izquierda, se mira tirado sobre la tierra un nicho como de vara y media de longitud, labrado en piedra comun del país. Los musulmanes dicen que este nicho es la *cuna de Jesucristo*.

En la Edad-Media habia en este sitio mismo una capilla llamada la *cuna de Jesucristo*. Segun la tradicion, el anciano Simeon habitó aquí, y con él la Vírgen María, despues que hubo hecho al Templo el ofrecimiento de su Hijo. Actualmente los mahometanos tienen en este lugar una pequeña mezquita llamada el santuario de Jesus *(Saidna Aissa)*.

Un poco adelante, se encuentra un gran subterráneo, cuyas bóvedas están sostenidas por noventa y seis pilares. El orígen de esta construccion, data, segun se cree, de la época del primer Templo. Pero ha recibido grandes innovaciones de Herodes y los Cruzados.

Los Templarios convirtieron este subterráneo en caballeriza.

Salimos de aquí, y nos dirigimos costeando el muro que rodea la esplanada de la mezquita, hácia el norte. Allí nos fué mostrada una pequeña construccion sobre la muralla. De ella sale horizontalmente tendida sobre el valle de Josafat, una larga columna de mármol. Tal columna evidentemente es un resto salvado de la destruccion del Templo. Conforme la posicion que tiene, parece un cañon abocado contra el monte de los Olivos. Hé aquí la fábula musulmana sobre el particular:

De esta columna á la cima del monte hay un hilo de tal manera ténue, que es mas delgado aún que el filo de una navaja de barba. Por su extrema sutileza no es visible sino á algunos santos creyentes. Este hilo lleva el nombre de *puente Sirath*. Los méritos y los crímenes de las almas deberán ser pesados primeramente en las balanzas que están cerca de la mezquita de Omar. Pesados que sean, vendrán las almas á hacer su prueba en el *Sirath*, sobre el que deberán pasearse. Los justos serán sostenidos en su paseo por los ángeles, en tanto que los malvados, perdiendo el equilibrio, caerán en el valle de Josafat y de allí se hundirán en el infierno.

Siguiendo nuestro camino al lado de la muralla, llegamos á la *Puerta Dorada*, cuya entrada está tapada con piedra, así por el lado de la mezquita como por el externo. Hácia la parte de la esplanada, la muralla que la obstruye tiene un postigo. Nuestro genízaro hizo que el guía nos proporcionara la llave, y abierta que fué la pequeña entrada, penetramos en el interior del monumento. Es de piedra, sumamente alto y extenso, y formado por columnas, arcos y bóvedas, de un trabajo artístico muy hermoso. Tiene dos partes ó divisiones, la una llamada por los árabes, puerta del arrepentimiento *(Bab-el-Thophed)*, y la otra, de la misericordia *(Bab-el-Rahmeh.)* La construccion es de tal manera maciza, que se encuentra en perfecto estado de conservacion, á pesar de los siglos. La bóveda está formada por pequeñas muelas de piedra que se aprietan entre sí y forman conjunto admirable de solidez. La arquitectura es griega evidentemente; así que este monumento no puede ser sino del tiempo de los romanos.

La cornisa sobre todo merece atencion particular, por lo rico de su ornamentacion y lo exquisito de su trabajo, así como las dos ventanas por donde penetra la luz y que están en lo mas alto de las bóvedas.

Dos gigantescas columnas de una sola pieza dividen el monumento y forman sus dos entradas. A propósito de estas columnas refieren los mahometanos la fábula siguiente: Nicolis, reina de Egipto y de Etiopia, obsequió á Salomon con este par de columnas, y ella misma

las trajo de Egipto sobre sus espaldas. La reina hubiera obsequiado á Salomon con otras muchas mas, si no hubiera sido porque se encontraba en meses mayores, no permitiéndole su estado cargar pesos excesivos, ni hacer esfuerzos extraordinarios. ¡Melindrosa debe de haber sido la tal reina!

Por esta puerta entró Jesucristo en Jerusalen el domingo de Ramos, y aquí fué donde recibió las aclamaciones del pueblo que le llamaba el enviado del Señor, en medio de inmensa alegría y entusiastas hosannas. A los cinco dias, aquel mismo pueblo insensato y voluble clavó á Jesucristo en una cruz, despues de haber gritado: «que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.»

El emperador Heraclio entró en Jerusalen por esta puerta, cargado con el sagrado Madero, despues de haber vencido á Cosroes.

Conforme lo he dicho antes, los mahometanos han hecho tapar con piedra esta puerta, porque les ha sido profetizado por una mujer, que los latinos (europeos) penetrarán por ella para apoderarse de la ciudad, un viérnes á las tres de la tarde.

Subimos á la techumbre de la puerta, y disfrutamos desde allí de una hermosa vista sobre la esplanada de la mezquita, llamada *Harum-al-Sherif*, y sobre el valle de Josafat.

Descendido que hubimos, seguimos caminando hácia el norte, y pasamos por delante de una pequeña mezquita, cuya entrada está defendida por un enverjado de fierro. En medio de ella se mira un largo y tosco monumento de piedra, llamado por los musulmanes *trono de Salomon*. Cuentan ellos que este rey, estando ya viejo reunió á su pueblo en el Templo, lo bendijo, y vino despues á sentarse á solas á este sitio. Al dia siguiente fué encontrado muerto sobre su asiento, con el semblante sereno é iluminado por dulce sonrisa.

Por la parte de fuera del enrejado, hay un número inmenso de harapos amarrados cuidadosamente. Los devotos musulmanes traen estas ofrendas al sabio rey, tanto por devocion, como para pedirle salud y otras gracias especiales.

A poca distancia de allí está la salida del *Harum-al-Sherif*.—

Esto es, lectores, lo que hay que ver en la mezquita de Omar. Es ella de hermosa construccion y tiene esa gala de esbeltez y lujo que sabe desplegar el arte moruno. Al mirarla se piensa en la catedral de Córdoba y en la Alhambra de Granada, y se recuerdan los tiempos prósperos en que el mahometismo extendió sus conquistas con su corva cimitarra, y formó la parte luminosa de la Edad-Média, con su elegante civilizacion.

Por lo demas, así en la mezquita como en las cosas que encierra, puede observarse el rápido decaimiento del Islamismo, que nacido en la Arabia Desierta, y habiéndose desbordado por el Asia, el Africa y la Europa, está próximo á ser arrojado del último suelo europeo que pisa; pierde terreno en el Africa donde la civilizacion de Occidente comienza á extenderse, y flaquea en el Asia misma donde tuvo su gérmen, pareciendo emprender marcha retrógrada hácia los arenales de la Arabia. Pasaron los tiempos heróicos del mahometismo, se acabaron sus propagadores guerreros, sus filósofos, sus poetas y sus artistas; y sin vigor ya para la conquista que formó su grandeza, se deja en su desmayo influir y subyugar por las potencias cristianas. Sus monumentos son antiguos, su civilizacion se ha extinguido, su gloria es un punto histórico; sus monumentos modernos hánlos levantado manos europeas; la alborada que comienza á alumbrarla, avanza del Mediodía; y las únicas glorias que alcanza, no son mas que un reflejo de las glorias cristianas.

La mezquita de Omar, la mas celebrada del mundo mahometano, despues de las de Meca y Medina, á vuelta de los primores del arte antiguo con que está embellecida, no tiene mas que tradiciones absurdas y fábulas ridículas. En vano se pretende mantener á siete dias de la culta Europa, y en la mitad del siglo XIX, ese cúmulo de imposturas que son el patrimonio del mundo antiguo que se ha derrumbado en el pasado. La razon y la filosofía, con la fuerza de expansion que las caracteriza, ganan terreno diariamente sobre los espíritus, y comienzan á civilizar el Africa por medio de las colonias europeas, y van á destruir al Japon las prácticas bárbaras de una religion que prescribe el suicidio, y derramándose por la Siria y por las costas orientales del Mar Rojo, van á atacar la religion de Mahoma en su mismo foco, minan su pedestal de errores con el ariete de la verdad, y preparan los corazones para un cambio indefectible, aunque lejano, en favor del Evangelio.—

Vuelvo, queridos lectores, al hospicio latino, y pongo en órden mis maletas para salir mañana con rumbo á Belen y al Mar Muerto. Este viaje debo hacerlo en compañía de d'Audiffret-Pasquier y Lavoisier. Fortunato compra víveres y contrata nuestras cabalgaduras. Los franciscanos me dan una recomendacion circular para todos los conventos de Tierra-Santa; y me extienden, asimismo, un certificado de peregrinacion, en latin, que empieza de la manera siguiente:

Omnibus et singulis præsentes literas inspecturis, lecturis vel legi audituris, fidens noctumque facimus, Nos Terræ Sanctæ Custos Devotum Peregrinum Illustrissimum Dominum Josephum López-Portillo Advocatum Mexicanum Jerusalem feliciter pervenisse die 10 mensis Februarii anii 1873, etc.

«Nosotros, custodios de Tierra-Santa, certificamos y hacemos saber á todos y cada uno de los que vieren ú oyeren leer estas letras, que el devoto peregrino D. José López-Portillo, abogado mexicano, llegó felizmente á Jerusalen el dia 10 de Febrero de 1873, etc.»

CAPITULO IV

VIAJE A BELEN, SAN SABÁS, EL MAR MUERTO, EL JORDAN, JERICÓ Y BETANIA.

Febrero 17.

A las cinco de la mañana fuí despertado por Fortunato. Me vestí á toda prisa y bajé á la puerta del hospicio. Estaban ya preparados los caballos, las maletas cargadas sobre una mula, y los víveres en las alforjas del *mukr*. Emprendimos la marcha, en seguida, hácia el hotel del Mediterráneo, donde se encontraban alojados los jóvenes que iban á ser mis compañeros. El guía de ellos, llamado Ibrahim, los esperaba á la puerta con las bestias apercibidas para la marcha. A las siete nos pusimos en camino, saliendo de Jerusalen por la puerta de Jaffa.

§I

BELEN.

Descendimos al valle de Gihon, dejando á un lado el monte del Mal Consejo, y nos internamos en un terreno pedregoso y estéril. Nacen allí entre las rocas los sicomoros, las higueras, los olivos y las viñas, en grande abundancia, pero enteramente salvajes.

Luego llegamos al valle de Rafaim, célebre por ser el lugar donde

David derrotó á los filisteos, combatiendo conforme á las órdenes del Señor; por lo que cayó en manos del Rey-Profeta todo el país, desde Gobaon hasta Gaza.

Se ven á la derecha ruinas amarillentas; cuatro paredes de piedra. Dícese ser un resto de la casa que habitó el anciano Simeon, que tuvo la felicidad de tomar en sus brazos, antes de morir, al Salvador del mundo, diciendo en medio de su santa alegría aquellas palabras proféticas y sublimes:

Nunc dimittis servum tuum Domine secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei salutare tuum, quod parasti ante faciem omnium populorum. Lumen ad revelationem gentium et gloriam plevis tuæ Israël.

Trepamos por la falda de una colina: es Baal Farisim, lugar donde David derrotó á los filisteos y destruyó sus ídolos. De tal hecho tomó su nombre este sitio, pues *Baal Farisim* quiere decir *dioses dispersos*.

Por el camino encontramos multitud de campesinos de ambos sexos que se dirigen á Jerusalen, á pié ó en borrico. Los hombres no tienen mas trage que una larga camisa de manta y un capote de pelo de camello, café y blanco, echado sobre los hombros. Sus piés están desnudos, y cubre su cabeza un pedazo de manta; este pañolon cae sobre sus espaldas y por los lados de su rostro, y se detiene por medio de un grueso cordon que da vuelta al derredor del cráneo. Las mujeres visten larga camisa azul, y llevan descubierta la cara y los piés desnudos. Ninguna de ellas, ni la mas pobre, deja de llevar alhajas sobre su cuerpo. Se abultan adrede la cabeza por medio de lienzos amontonados, y encima de aquel enorme y grosero postizo, llevan echada una especie de talma, azul tambien, que cae hasta la mitad de la espalda, y prendida bajo la barba, forma marco al semblante. Son trages bíblicos, melancólicos como la antigüedad, poéticos como las razas primitivas.

Las alhajas de las mujeres orientales son generalmente formadas

de monedas. Estas monedas, llamadas piastras, unidas las unas al borde de las otras, sirven para formar pendientes, collares y adornos de cabeza, siendo de oro, plata ó cobre, segun la riqueza de las personas.

En los dias de grandes solemnidades, el tocado femenil se compone de una pesada reunion de piastras colocadas de canto las unas al lado de las otras; á este erizado conjunto se le da una forma semejante á la de un morrion, y se coloca sobre la frente en la parte delantera de la cabeza. Dos ó tres sartas de piastras, partiendo de este morrion por los lados de las sienes, cuelgan en torno del semblante y vienen á descansar sobre el pecho. Este arreo es singularmente pesado, y causa al viajero grande extrañeza mirarlo.

Píntanse, además, las mujeres de Oriente el borde de los párpados de color negro, con una sustancia llamada *khol;* y merced á este expediente, sus ojos, en lo general grandes y negros, aparecen mas grandes y negros todavía. Seguramente á esta costumbre hacia relacion Jeremías cuando dijo:—«Enviaron por hombres que vienen de lejos, á los cuales habian despachado embajadas; y hé aquí que vinieron: para ellos te lavaste y alcoholaste tus ojos, y te adornaste con tus galas.» Y tambien cuando dijo á Jezabel:—«Aunque te hayas adornado con ornamentos de oro, aunque te hayas ennegrecido los ojos pintándolos, es en vano que te hayas puesto bella,» etc.

Fortunato nos mostró, en medio del camino que seguiamos, una cisterna: es el *Pozo de los Magos,* así llamado porque se refiere reposaron aquí los reyes de Oriente cuando iban á visitar á Belen al Niño Jesus.

Subimos una pequeña altura, y miramos á nuestra izquierda una maciza construccion que tiene la forma de una fortaleza de la Edad-Média: es el convento griego de San Elías, fundado por el emperador Heraclio en el siglo VII. Fortunato nos hizo parar frente á este convento, y nos señaló á la derecha del camino, una especie de larga cavidad formada en una roca.

—Esta es—nos dijo—la huella que dejó el cuerpo de Elías, en una ocasion en que el profeta durmió sobre esta piedra.

Elías habia hecho degollar, á orillas del Cison, ochocientos cincuenta falsos profetas de Baal. La reina Jezabel, enfurecida por esto, mandó decir á Elías que juraba por sus dioses que al dia siguiente lo haria degollar, como él habia degollado á los profetas. Y temiendo Elías, levantóse y echó á andar por donde su voluntad lo llevaba, y caminó todo un dia hasta llegar al Desierto. Sentóse bajo un enebro, y pidió la muerte á Dios diciéndole:—«Bástame, Señor; lleva esta mi alma, pues no soy yo mejor que mis padres.» Y se quedó dormido, y un ángel lo despertó, diciéndole:—«Levántate y come.» Y vió Elías cerca de sí un gran pan y un vaso de agua, y comió y volvió á dormirse, y el ángel tornó á despertarlo diciéndole:—«Levántate y come, que has de caminar mucho.» Y Elías se levantó y comió; y fortalecido por aquella comida, caminó por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches, hasta llegar á Horeb, el monte de Dios.

Desde esta elevacion se descubren al mismo tiempo Belen al frente y Jerusalen á la espalda, esto es, la cuna del Salvador y el lugar de su muerte. Punto de union, por decirlo así, donde se campea sobre la historia de la Redencion, abarcando su conjunto; lugar donde se domina el drama del Gólgota, desde su risueño principio hasta su tremendo desenlace.

No lejos de aquí se encontraba Habacuc, repartiendo su racion de comida á los segadores, cuando el ángel del Señor le mandó que llevase de aquella comida á Daniel, que se encontraba en Babilonia, en el lago de los leones. Habacuc no sabia dónde era Babilonia, ni dónde estaba el lago de los leones; por lo que lo tomó el ángel del Señor por los cabellos y lo trasportó á Babilonia, sobre el lago, con el ímpetu de su espíritu. Y despues que hubo comido Daniel, fué vuelto Habacuc con la misma velocidad al sitio de donde habia sido llevado.

Mírase sobre alta colina, á la derecha, una torre. Ocupa, segun se dice, el lugar donde Jacob levantó su tienda, y donde murió Ra-

quel, despues de haber dado á luz á su hijo Benjamin, el hijo de su dolor.

Segun la tradicion, la tierra por donde atravesamos al presente, fué la que produjo el plato de lentejas, por el cual vendió Esau á Jacob su primogenitura.

Poco antes de llegar á Belen, hay á la derecha del camino un campo-santo musulman. De en medio de este campo-santo se levanta un pequeño monumento, compuesto de dos partes y coronado por modesta cúpula blanqueada con cal. Es la tumba de Raquel; Raquel, aquella hermosa pastora oriental á quien tanto amó Jacob, y cuya mano consiguió á precio de siete años de trabajar bajo la dependencia de Labán.

El Génesis dice que cuando Jacob volvió de la Mesopotamia, Raquel murió y fué enterrada en el camino de Efrata, llamada Belen, y que Jacob levantó un monumento sobre su sepulcro. De entonces acá, por una tradicion autorizada y no interrumpida, judíos, cristianos y mahometanos han conservado la noticia de este sitio que todos aman y veneran. Los mahometanos tienen allí establecida una pequeña mezquita bajo el nombre de sepulcro de Raquel *(Kubet-Rakil)*.

Muy cerca está ya Belen. Elevada la miramos sobre pequeña altura, formada por desiguales habitaciones de piedra que le dan severa apariencia. Sin embargo, Belen tiene cierto aire risueño, debido á la luz que cae á plomo sobre ella, colocada como está en una eminencia, y por el hermoso paisaje que la rodea, pues las tierras en contorno ni son estériles ni están abandonadas. Los labradores pueblan y llenan de movimiento los verdes campos; las viñas y los olivos forman bosques salvajes á las faldas de las lomas; y la tierra productiva, detenida en las laderas de las montañas por medio de murallas de piedra, recuerda al viajero regocijado los buenos tiempos de Israel.

A nuestra izquierda se levanta, sobre una loma, la pintoresca aldea *Beit-Djalla*, á los piés de un inmenso bosque de olivos.

Antes de entrar en Belen damos vuelta á la izquierda, y vamos á visitar á poca distancia los pozos de David *(Biar-Daud)*. Del agua de este pozo tuvo antojo de beber el Rey-Profeta un dia en que se encontraba comprometido en una batalla contra los filisteos. Habiendo manifestado en voz alta su caprichoso deseo, atravesaron dos de sus soldados el campamento enemigo y vinieron á sacar agua del pozo para ofrecérsela. David entonces no quiso beberla, diciendo que Dios le librase de beber la sangre de sus soldados. David nació en Belen, y se dice que su casa estaba cercana á este pozo.

Volvimos luego sobre nuestros pasos, y nueve minutos despues llegamos á Belen.

Al pasar por las calles, la gente se agolpaba á las puertas de las casas para vernos, y bandadas de perros se arrojaban ladrando sobre nuestros caballos.

Dirigímonos directamente al convento franciscano. Es este un vasto edificio de piedra, construido en forma de fortaleza. La entrada es sumamente baja y está en completo desacuerdo con las grandes proporciones del edificio.

Echamos pié á tierra á la puerta y dejamos nuestros caballos en poder de algunos muchachos del pueblo, que se apresuraron á tomarlos por la brida.

Entramos en el convento. Salió á recibirnos un hermano muy cortés que hablaba el frances tan mal como el italiano. Habléle en español y quedó muy complacido, pues era gaditano y hacia muy pocos meses que habia dejado España.

Presentada la recomendacion que traia yo del convento de Jerusalen, fuimos muy bien recibidos é instalados en el comedor, donde se nos sirvió á poco el almuerzo. Concluido este, tanto el lego español como otro franciscano, se dispusieron á acompañarnos á visitar el sitio de la Natividad y los demas lugares célebres que se encuentran cercanos á él.

Fuimos conducidos primeramente á una iglesia que se encuentra

en el mismo convento y lleva el nombre de Santa Catarina. Bajamos una escalera y nos encontramos en una gruta alumbrada por luces artificiales. Hay hácia el oriente una especie de nicho, al nivel del suelo, alumbrado por quince lámparas que casi tocan la tierra. Una placa de mármol forma el pavimento de este nicho. Sobre la placa hay una estrella de plata que tiene la inscripcion siguiente: *Hic de Virgine Maria, Jesus Christus natus est.* Aquí nació Jesucristo de la Vírgen María.

Esta inscripcion sencilla es sobremanera elocuente y produce impresion singular de respeto y recogimiento en el ánimo del viajero. Aquí nació Jesucristo. ¿Quién es Jesucristo? Bajo el punto de vista de la filosofía, es el que ha eclipsado las glorias de la Grecia, el único que ha enseñado la verdad, toda la verdad, y no mas la verdad; el que sin haber escuchado las enseñanzas de ningun hombre, ni haberse aprovechado de las lecciones de ningun maestro, reunió en su doctrina todas las verdades que andaban dispersas por el mundo, predicó otras nuevas, y dió á todas sus enseñanzas un sello de sencillez y de sublimidad que no podria derivarse sino de la naturaleza absoluta de las cosas. Es el grande innovador que cambió la faz del mundo dando nueva fisonomía al individuo, á la familia, á la sociedad, á las naciones y á la humanidad entera; es el destructor de la tiránica patria-potestad de los romanos; el que levantó á la mujer del servilismo para ponerla á la altura del hombre; el que quebrantó los hierros de los esclavos proclamando la unidad del género humano; el maestro del amor universal, que hizo la fusion de todas las gentes, diciéndoles: *Amaos los unos á los otros.* Todas las ramas sociales, en las vastas complicaciones que trae la vida de la humanidad, se han robustecido con la savia de su doctrina, y han producido frutos de justicia y de paz que han hecho próspero al mundo moderno.

Bajo el punto de vista del sentimiento, Jesucristo es el justo cuya boca no se abrió sino para consolar las desventuras, cuya mano

no se extendió sino para proteger al desvalido. Él dió salud á los enfermos, luz á los ciegos y vida á los muertos. En premio del bien que hizo, fué clavado en la cruz de la ignominia en medio de dos ladrones, y desde el principio de su martirio hasta que exhaló el último suspiro, no profirió una queja ni dijo palabras de ira contra sus verdugos; antes bien en su agonía rogó por ellos y abrió las puertas de la esperanza al alma de un malhechor compañero suyo de suplicio. Su ejemplo de mansedumbre endulzó las costumbres feroces de la edad antigua. Habia sido una gloria matar, y se tuvo despues por mas glorioso morir. Veíase antes con espanto la suerte de las víctimas, y se buscó despues con empeño la mano del verdugo y el azote del hado. Los gladiadores morian en los circos, espada en mano, combatiendo entre sí ó lidiando con las fieras. Los discípulos de Cristo, conducidos al Circo, arrojaron la espada lejos de sí y recibieron la muerte levantando las manos al cielo y orando por sus verdugos. Jesucristo, pues, fué el fundador de una nueva escuela de héroes; no asesinos como Scévola, ni suicidas como Temístocles, Lucrecia ó Caton, sino pacíficos y mansos como los corderos, que sin lanzar un gemido, ofrecen su cuello para el sacrificio.

Bajo el punto de vista de la fé, Jesucristo es el reparador del mundo moral arruinado por la soberbia de Adan. Es el Redentor del pecado que viene á borrarlo del mundo, es el Salvador de la humanidad que ha abierto á las almas el porvenir del infinito.

Filósofos, venid pues á este sitio á rendir el homenaje de vuestro respeto, porque aquí vió la luz el génio mas grande que ha alumbrado, como el sol, las profundidades de la razon y de la conciencia humanas; venid tambien, poetas, justos, hombres de corazon, y palpitad de emocion en presencia de este lugar donde nació el mártir, el héroe, el amigo de los desgraciados; y vosotros los creyentes, espíritus humildes que desconfiando de vuestras fuerzas descansais sobre la omnipotencia de Dios, vosotros los que teneis fé, vosotros los que esperais, los que confiais en los destinos eternos, venid aquí á inun-

daros de inmensa alegría ante la cuna del Hijo de Dios, que es vuestra esperanza durante la vida y despues de la muerte.

En cuanto á mí, me postro delante de esta tierra sagrada y la venero con todo el ardor de mi alma, á la vez creyente y entusiasta.—

Los franceses que me acompañaban permanecieron frios en aquel sitio, y se asombraron de hallar en mí aquel ardor religioso, porque bien que ellos fueran tambien católicos en el fondo, veian con desden las prácticas exteriores de la religion. Por este motivo jamas se arrodillaron en lugar alguno, y aun descendieron á la gruta de la Natividad, calzados los acicates y con el látigo en la mano.

Yo no me desdeño de tributar á Dios el culto externo. Porque bien sé que el Hijo de Dios ha dicho: *Al que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre.* Y no quiero que cuando me presente en las regiones de la eternidad, vuelva Dios de mí su faz airada, diciendo aquel terrible *nescio te.*

Los católicos somos tal vez los únicos que nos avergonzamos de practicar nuestra religion á la faz del mundo. He conocido hombres de todas las creencias, y á todos los he visto practicar el culto externo sin el rubor mas mínimo. Los protestantes y los mahometanos son fervientes en sus prácticas. Pero los católicos se dividen en dos bandos. Los unos se vuelven contra su religion atacándola desembozadamente; los otros, aunque no desertan de ella, no son osados en público de confesarla y venerarla.

Por esto andan las cosas como andan, y por esto los turbulentos de la razon y de las sociedades, esto es, los llamados filósofos y los revolucionarios, ganan terreno diariamente en el mundo, pues los espíritus que profesan la justicia y aman la paz, son demasiado cobardes para ponérseles frente á frente, gritándoles ¡atrás!—

El lugar donde nació Jesucristo, es una gruta natural de las que abundan en el país. Es de presumirse que sobre esta gruta que servia de establo, haya habido un lugar de posada pública, de los innumerables que se miran todavía en Palestina, y llevan hoy el nombre

de *khan*. Esta clase de albergues son sumamente miserables, y lo único que puede obtenerse en ellos es pan, agua y café, y esto á precios exorbitantes.

La gruta de la Natividad es larga y angosta. Sus bóvedas son ficticias, muy bajas, y están totalmente ennegrecidas. Hace poco tiempo los griegos cismáticos, celosos de los franciscanos y de la iglesia latina, prendieron fuego á la tapicería de la gruta. Entonces ardieron todas las riquezas que las mejores fábricas europeas habian remitido en materia de tapices para servir de ornamento á este templo. Así es que actualmente se encuentran las paredes y las bóvedas enteramente desnudas y cubiertas de una capa de carbon. Esto le da una apariencia muy triste y aumenta la oscuridad que allí reina. Evidentemente habria una noche profunda en la gruta, si no fuera por las lámparas que arden allí continuamente.

Causa pena decirlo, pero es la verdad: los cristianos de todas las sectas que se encuentran en la Tierra-Santa, viven en riña perpetua. Lo mas encarnizado de la pelea se encuentra en el campo ocupado por el clero griego y el latino. Estos dos cleros se aborrecen cordialmente, se desacreditan de palabra y por escrito, y se atisban el uno al otro, para interpretar á su modo sus acciones y sacar de allí argumentos para despojarse mutuamente de algun sitio sagrado ó de algun privilegio. Las pasiones se encuentran exaltadas de tal manera, que juzgo seria muy sencillo que los franciscanos y los griegos vinieran á las manos, si no fuera porque los contiene el temor de acarrearse la grita universal. Los griegos tienen por sostén á la Rusia, cuyo Czar poderoso tiene perpetuamente levantada su espada sobre la desamparada Turquía, como un segundo Damocles. Los latinos reconocen á la Francia por protectora, pues no hay en todo el orbe nacion alguna que se acuerde de la patria de Jesus, ni de los cristianos que en ella habitan, aparte de la Francia. Esta proteccion fué eficaz hasta hace poco, hasta la época en que esa nacion marchaba á la cabeza de la Europa é imponia su voluntad á los gobiernos europeos; pero

en la actualidad es de poca importancia, pues la Francia está vencida, y la Turquía mira el peligro inminente por el lado de Rusia, y muy remoto por el de Francia. De manera que el clero griego tiene ahora la mejor parte en Palestina, y ejerce una especie de tiranía sobre el latino. El mísero sultán de Constantinopla se mira precisado á cada paso á dar sus firmanes en favor de los discípulos de Focio, aun pasando por encima de los que antes habia dado en favor de los franciscanos. Esto aumenta la insolencia de los unos y el despecho de los otros, motivo por que es incalculable la marcha que tomarán las cosas en lo sucesivo, y qué trastornos vendrá á producir esta colision de pasiones tan encontradas.

Sin embargo, debo confesar en obsequio de la verdad, que el clero latino da muestras generalmente de mayor circunspeccion y de mas juicio, mientras el griego, envidioso, cobarde, rapaz y sofístico, es el primero en llevar las cosas á mal terreno y en apelar á los medios violentos. Para demostrar mi aserto, me basta simplemente recordar la historia de los lugares santos. Por ella se mira, que mientras la iglesia occidental ha tratado en todo tiempo de alzar monumentos, de embellecerlos y de darles el mayor lustre posible, la oriental por el contrario, se ha empeñado, movida de emulaciones y celos mezquinos, en destruirlo todo y reducirlo á cenizas. Causa indignacion mirar profanados con el fuego los lugares que venera el mundo cristiano, por absurdos intereses de secta. Pero así es: la iglesia del Santo-Sepulcro ha sido ocho veces incendiada por los griegos, y dos ó tres la gruta de la Natividad.—

Los griegos y los armenios tienen derecho para decir misa en el lugar donde nació Jesucristo, pero no los franciscanos. A estos pertenece el oratorio del pesebre que se encuentra junto y que está destinado á venerar el lugar donde los magos rindieron su homenaje al Niño Dios. En este mismo oratorio se designa el sitio donde estuvo el Mesías recien nacido.

Salimos de la gruta por una puerta que se encuentra al occidente,

y entramos en una especie de pasadizo, subterráneo tambien. Allí está una capillita dedicada al Patriarca Señor San José. Se cree que aquí fué donde este varon justo recibió en sueños la órden de Dios de partir á Egipto con la Santa Familia.

Adelante se encuentra otra capilla destinada á los santos Inocentes. Se refiere que durante la degollacion de los niños ordenada por Herodes, algunas madres vinieron á este lugar á esconderse llevando á sus tiernos hijos en sus brazos. Los soldados descubrieron su escondite, y en presencia de ellas pasaron á cuchillo á todos los niños. El altar está erigido sobre el lugar donde fueron enterrados estos ángeles mártires.

Siguiendo por este pasadizo que da vuelta, se llega á un altar levantado sobre la tumba de San Eusebio de Cremona, discípulo y amigo de San Gerónimo, que vendió sus bienes para ayudar á su maestro á fundar un monasterio en Belen.

A poca distancia hay una capilla tallada en la roca. A un lado están las tumbas de Santa Paula y de su hija Santa Eustoquia. Santa Paula pertenecia á una de las familias mas ilustres de Roma, pues descendia de los Scipiones y Gracos. Muerto su marido, que era de la familia de los Julios, se consagró enteramente á Jesucristo. Abandonó Roma con todos sus honores, y vino á pasar su vida á Belen, donde ligada íntimamente con San Gerónimo, le prestó en alguna ocasion el auxilio de sus profundos conocimientos en las lenguas griega y hebrea, y repartió juntamente con él sus bienes entre los pobres. Su hija Eustoquia la sucedió á su muerte en el gobierno de un monasterio fundado por ella en Belen. Muertas las dos, fueron sepultadas en este sitio.

Al frente de estas dos tumbas se encuentra la de San Gerónimo. San Gerónimo, vástago tambien de ilustre y rica familia, aunque nacido pagano, se convirtió despues al cristianismo. Once años pasó estudiando las Sagradas Escrituras en los desiertos de Siria, y al cabo de ellos recibió las órdenes sagradas. Su juventud pasó entregada á

los placeres de la impúdica Roma; por lo que solia decir despues de convertido, que habia escogido la profesion monástica para sumergir en lágrimas los pecados de su mocedad, é inclinar la misericordia de Dios á favor de sus maldades. Hizo viaje á Constantinopla para oir hablar al Nacianceno. Fué secretario del papa San Damaco, y durante su permanencia en Roma convirtió al cristianismo á muchas matronas, que vinieron á ser bajo su direccion prodigio de santidad y de virtud. Muerto Damaco, el papa Siricio, su sucesor, tuvo en poco al santo doctor y aun escuchó las calumnias que los envidiosos levantaron en su contra. Por este motivo resolvió San Gerónimo volverse á Belen, donde murió á los ochenta y nueve años de su edad, sin haber osado nunca ofrecer el sacrificio de la misa, por el profundo respeto que le causaba y el grande temor que le tenia.

De allí pasamos á una capilla dedicada á San Gerónimo. Aquí fué donde este santo, el mas erudito de los padres latinos, pasaba los dias y las noches consagrado á la oracion y al estudio. Fué tan sabio, que San Agustin le pidió su dictámen acerca del orígen de las almas. Sabia á la perfeccion el griego, el latin y el hebreo. Sus trabajos sobre la Biblia son inmensos. Hizo comentarios sobre todos los profetas y sobre las epístolas de San Pablo. Su traduccion latina de la Biblia, fué la que adoptó la Iglesia para el uso público, y es la que se conoce con el nombre de Vulgata. Su elocuencia varonil y prodigiosa pintó con vivos colores la escandalosa prostitucion de Roma, los horrores de la invasion de los bárbaros y la tremenda severidad del último juicio. Su caráctar ardiente y entusiasta, hizo de él uno de los escritores de mas nervio entre todos los que han tomado la pluma en defensa del cristianismo. Es ilustre como historiador, como erudito, como filósofo, como teólogo y como santo. Es uno de los tipos mas perfectos que han admirado los hombres: fué grande en la tierra y delante de Dios; no contento con ceñirse la corona de gloria que le brindó el mundo, se ciñó los inmarcesibles laureles de la eternidad.

Habiendo visitado la Gruta de la Natividad y los lugares adyacentes, subimos á la iglesia edificada por Constantino sobre esta gruta. Tiene cinco naves formadas por cuatro hileras de columnas monolitas y de un granito muy parecido al mármol. El coro, que pertenece á los griegos no unidos, está separado del resto del templo por un tabique, y con esto queda desfigurado el edificio, de modo de no poderse formar de él una idea exacta. Las cinco naves se encuentran abandonadas, y es pública la entrada que á ellas conduce. Los belenitas, que trabajan muy bien la concha, han establecido allí una especie de mercado donde van á vender sus labores.—

Jesucristo nació el año 4004 del mundo, el 25 de Diciembre, en la mitad de la noche, y en medio de la paz que habia dado al mundo el césar Octavio Augusto. Que no parece sino que Dios quiso mandar á la tierra á su Hijo á esa hora y en esa época, para significar que el Mesías venia á fundar una era de paz para las sociedades.

Jesucristo nació en Belen, y el nombre mismo de este lugar coincide con la mision del Hijo de Dios, pues Belen quiere decir la *fructuosa*, esto es, la que habia de producir el fruto de la salud del género humano; y quiere decir tambien *casa del pan,* esto es, lugar de donde salió el alimento de la vida eterna para el mundo.

En Belen fué donde pasó el idilio de Booz y de Ruth la moabita. Yo crucé cerca del campo donde Ruth recogia las espigas que los segadores dejaban caer adrede, de órden de su amo, para que ella las recogiese. Es un campo muy risueño y bien cultivado. Booz y Ruth fueron padres de Obed; Obed engendró á Isai ó Jessé, y Jessé á David.

§ II

SAN SABAS ("BAR SABA").

Serian las doce del dia cuando salimos de Belen. Tomamos un camino al sur del pueblo, y bajamos por la falda de la colina. Algunos hombres golpeaban los olivos con largas varas, y las mujeres y los niños que estaban cerca, tomaban para sí las ramas que caian, sin que los trabajadores se lo impidiesen. Cumplimiento perfecto, al través de los siglos, del precepto del Deuteronomio: «Cuando sacudieres tus olivos, no recogerás las ramas que dejes tras tí; serán para el extranjero, para el huérfano y para la viuda. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto.»

Las mujeres de Belen tienen hermoso color y muy bellos ojos. Su aspecto respira una alegría que no se encuentra en las mujeres de Jerusalen. Los belenitas son cristianos casi todos. Los habitantes del pueblo son cinco mil, y entre ellos no se cuenta mas que un centenar de musulmanes.

Encontramos tambien algunas mujeres ocupadas en encender luminarias con estiércol de bueyes. La costumbre de hacer fuego con esta sustancia es antiquísima, pues Dios dijo á Ezequiel: «Hé aquí que yo te he dado estiércol de bueyes, y tú harás tu pan con él.»

En el camino encontramos un limonero. Su presencia nos sorprendió, pues hasta entonces no habiamos visto un árbol de la especie desde nuestra llegada á Jerusalen. El *mukr* bajó rápidamente de su mula, y tomando un hermoso limon que estaba tirado en medio del camino, vino á presentármelo diciendo:—*Lamun.* Esta expresion del arriero me hizo reflexionar sobre la etimología de la palabra española *limon*, que evidentemente se deriva del árabe *lamun*. La palabra francesa *citron* es derivada del latin.

Hénos entrados en una senda abrupta, á la falda de montañas estériles donde no crece ni una yerba. Costeamos profundos despeñaderos, y nos es preciso echar pié á tierra y llevar el caballo por la brida, para no exponernos á rodar por el abismo. De este modo avanzamos bien poco. Tan pronto como llegamos á alguna pequeña llanura, echamos á galopar, para recompensarnos del tiempo perdido al cruzar los desfiladeros.

Ibrahim, el dragoman de Lavoisier y d'Audiffret-Pasquier, marcha delante de nosotros para servirnos de guía, pues no hay en el suelo rastro de camino. La soledad reina por todas partes. No hay aldeas, caminantes, ni bestias. Parecen estos los campos de una nacion deshabitada.

De repente escuchamos sonar un instrumento músico. Era que un pastorcillo como de doce años tañia una flauta formada de caña, y conducia un escaso rebaño. Al oir aquel sonido y contemplar aquel cuadro, sentíme trasportado á los tiempos patriarcales. La escena era enteramente bíblica. Se me figuraba ver en aquel pastor á un futuro gefe de Israel, como Jacob, como Isaac ó como David.

—Señores, dijo Ibrahim al ver al pastor, deteniendo el paso á su caballo y hablándonos quedo, este rebaño es indicio de que los beduinos están cerca. Estén vdes. prevenidos por si fuéremos atacados.

Efectivamente, apenas habiamos andado media milla, cuando descubrimos en un pequeño valle adonde íbamos á descender, un campamento de beduinos; pero no observando muestra alguna de hostilidad, seguimos avanzando con toda confianza.

A poco llegamos al campamento. Estaba compuesto de doce tiendas clavadas con estacas y sostenidas por medio de ramas secas. Las tiendas eran negras y cafés, formadas las unas con pieles de cabra y las otras con pieles de camello. Cincuenta serian los hombres que componian la caravana, y veinticinco las mujeres, amen de los niños. Los hombres tenian aspecto vandálico y feroz. Las mujeres eran muy morenas y estaban muy súcias. Ninguna de ellas llevaba calzado, y al-

gunas tenian los tobillos pintados de colorado, de manera que á cierta distancia se hubiera creido que traian zapatos y ligas rojas.

Nos recibieron muy bien. Ibrahim era amigo del gefe *(sheikh)*, que era un jóven de veintidos años, moreno y bien parecido. Bajamos de nuestros caballos y descansamos durante un cuarto de hora dentro de una tienda. Las mujeres y los chicos nos veian á alguna distancia con curiosidad y timidamente, y á las veces reian con el mayor candor del mundo. De repente huyeron todos como obedeciendo á una señal de mando. Yo creo que el *sheikh* se disgustó de que las mujeres estuvieran tan cerca de nosotros, y les hizo seña de que se marcharan.

Quedó convenido que el *sheikh* y cuatro beduinos mas, nos acompañarian en toda nuestra excursion hasta regresar á Jerusalen, mediante una recompensa que los franceses y yo deberiamos pagar á prorata. La seguridad de los caminos en Palestina, descansa sobre los *sheikhs* de las aldeas y de las tribus, y por cada robo ó asesinato que se comete en la persona de algun viajero, el gobernador de Jerusalen hace abatir la cabeza de un *sheikh*. Así es como se ha acabado el vandalismo que reinaba antes en estos países. De manera que la escolta que iba á acompañarnos nos ponia, como quien dice, en tierra de seguridad.

Tan luego como los beduinos hubieron ensillado sus caballos, nos pusimos en marcha. Al pasar por la puerta de una tienda, una anciana me preguntó á dónde íbamos. Fortunato me lo explicó, y yo contesté: *Bar Saba* (San Sabás.) Entonces ella exclamó levantando las manos al cielo:

—*Alá Kerim* (que Dios sea bendito.) Peregrinos son, Dios los guarde.

Seguimos caminando por la falda de montañas de piedra, desgarradas por profundos abismos que se abrian entre ellas, como grietas gigantescas. Los piés herrados de nuestros caballos resbalaban con frecuencia sobre aquel duro pavimento. Ninguno de los que formaban la caravana decia palabra, y en medio de la soledad y el silencio de aquella naturaleza, no se escuchaba mas ruido, que el que hacian al marchar nuestras cabalgaduras.

Subimos á una altura, é Ibrahim deteniendo su caballo, volvió el rostro á nosotros, gritando:

—*¡Bar Saba!*

Los ecos repitieron retumbando de abismo en abismo y de caverna en caverna: *¡Bar Saba!* Miré con atencion hácia adelante buscando el convento, y no alcancé á distinguirlo. A mi frente, á mi espalda, y en todas direcciones, no veia mas que montañas peladas: un paisaje de piedra me rodeaba. Aquellas alturas amarillentas no presentaban ni en sus cumbres ni en sus faldas señales de vida; me parecia encontrarme sumergido en las profundidades de una inmensa cantera.

—¿En dónde está el convento? pregunté á mi dragoman que caminaba á mi lado.

Fortunato, sin decir palabra, tendió la mano y me señaló un punto en la montaña que nos hacia frente. Nada descubrí al principio, pero fijando la atencion tenazmente, percibí una especie de muro blanquecino que descendia rápidamente hácia el abismo. A nuestra derecha se levantaba una torre, tambien de piedra, que se confundia con los picos de las montañas.

—Esa torre que vd. ve hácia esta parte, me dijo Fortunato, es la *torre de Eudoxia*. Esta emperatriz la hizo construir en el siglo V para venir á habitarla, atraida por la fama de santidad de San Eutimio. Sirve todavía de hospedaje á los peregrinos, solo que ofrece un asilo bastante incómodo, pues la puerta de entrada se encuentra tan alta, que para llegar á ella se necesita trepar por una fatigosísima escala. Este abismo que se abre á nuestras plantas, continuó el dragoman, es el lecho en seco del torrente Cedron, que en el tiempo de las lluvias arrastra una corriente considerable que baja de las mayores alturas de Judá.

Nada puede concebirse mas solemne que el panorama que se

desplegaba á nuestra vista. Aquella dureza de las líneas, aquella oscuridad de las tintas, aquella monotonía de los contornos de cuanto se miraba en derredor, tenia aspecto imponente de naturaleza salvaje y bravía. Sí, esta es la tierra que habitó el pueblo escogido, este el país de los prodigios, este el teatro majestuoso de las escenas bíblicas. Aquí se siente á Jehová, se admira su poder y se tiembla adivinando sus iras!

Pasamos el torrente sobre un puente de piedra que amenaza ruina. A poco andar llegamos á la puerta del convento. Bajamos de nuestros caballos, é Ibraim golpeó con la culata de su pistola sobre la puerta de fierro. Escuchamos una voz que venia de arriba. Levantamos la cabeza y miramos la cara barbuda de un monge, que parecia salir del seno de la montaña. Y salia, sin embargo, de la ventana de una torre de piedra que, pegada á la roca, con ella se confundia.

Fortunato dijo al padre que éramos peregrinos y pediamos hospedaje por aquella noche. Preguntó el monge si traiamos el permiso del patriarca griego de Jerusalen. Contestó mi dragoman que sí. El monge dejó caer una cesta á nuestros piés, que él tenia desde arriba, por medio de una cuerda. Fortunato sacó el permiso del bolsillo y le depositó en el fondo de la cesta. Tiró el padre de la cuerda y subió la cesta. Examinó el permiso del patriarca, y cuando se hubo convencido de que no era apócrifo, gritó dando órden de que se nos franqueara la entrada.

Abrióse la puerta de fierro y entramos en el convento. Bajamos tres largas escaleras de piedra y nos encontramos en un pequeño patio rodeado de construcciones, y con un jardin muy bien cultivado en el medio.

Fuimos conducidos á un saloncito rodeado de mullidos divanes. Allí se nos sirvió el café y reposamos un poco.

Antes de oscurecer vino un padre griego á invitarnos para que hiciéramos una visita al convento. Aceptamos con gusto la proposicion, y mientras nuestros cocineros nos preparaban la comida, echamos á andar detrás del *papa*, subiendo y bajando innumerables escaleras, atravesando oscurísimos pasillos y torciendo por tantos y tantos recodos, que á no habernos servido el monge de bienhechor hilo de Ariadna, no hubiéramos en toda la vida salido de este nuevo laberinto.

El edificio es curiosísimo por la singular disposicion de todas sus partes. Hay algunas habitaciones diseminadas desde lo mas alto hasta lo mas bajo sucesivamente, á manera de gradería, de tal suerte, que puede decirse que el convento está desmembrado en piezas sobre las accidentaciones de la montaña. Incrustado, por decirlo así, en las hendeduras de las peñas, las diversas partes que lo componen son invisibles á pocos pasos de distancia. Muchas de las celdas son cuevas naturales, que no deben al arte sino la puerta de madera que cierra su entrada.

San Sabás es convento de los griegos no unidos. Hay allí un centenar de monges que viven en completo ocio y sumidos en la inmundicia.

Nada puede imaginarse mas repugnante que las celdas donde duermen estos monges: estrechas, sucias y hediondas. Los *papas* no tienen el mas ligero cuidado de su persona. Sus largas barbas muestran los restos de la comida; sus medias negras y rotas dejan mirar el talon desnudo, cada vez que al dar el paso se separan del pié, por la parte de atrás, las enormes chinelas de cuero. Su trage empolvado, harapiento, cubierto de grasa, mas parece el de un mendigo que el de un hombre consagrado á Dios.

No vi un monge ocupado en rezar ó leer algun libro. Todos estaban sentados en las piedras ó en las bardas de las azoteas, abandonadas las chinelas y con las piernas cruzadas, fumando la pipa ó mesándose las barbas, con aire repugnante de imbecilidad ó de pereza.

El convento no ofrece grande interes histórico. Está poblado de

fábulas y de supercherías griegas. En un lugar se dice que se apareció San Jorge, en otro un ángel, y en el de mas allá se refiere que San Sabás hizo huir al demonio. Muestran los monges con gran veneracion una palma, que dicen fué plantada por San Sabás y da fruto sin macho que la fecundice.

Muestran asimismo una gruta llamada *del leon,* donde aseguran vivió el santo en familiar y pacífica sociedad con una fiera de la especie.

Lo mas curioso que hay en el convento es la iglesia de San Nicolás, que es una de las mas antiguas del cristianismo, y está tallada en la roca.

Hay una capilla donde se muestra gran número de calaveras. Son reliquias de solitarios mártires.

En este desierto de piedra vivian los anacoretas, cuando Cosroes vino y martirizó gran número de ellos. En esa época habia cuatro mil religiosos en el convento, y diez mil diseminados en las cuevas de los alrededores.

Al terminar nuestra visita al convento, nos proporcionaron los monges un espectáculo encantador. Puestos de pié sobre una terraza que está al borde del Cedron, dieron gritos agudos, haciendo sonar su lengua contra el paladar. En el instante bajaron de los picos de las montañas bandadas de aves salvajes, que piando y revoloteando en torno de los monges, venian á tomar de sus manos las migajas de pan que ellos les ofrecian.

Al oscurecer bajamos á nuestro aposento, donde encontramos la mesa preparada. Comimos opíparamente, pues Ibrahim y Fortunato, llenos de emulacion el uno por el otro, habian echado el resto surtiendo bien sus despensas de manjares ricos y suculentos.

No contento con esto mi dragoman, me habia hecho preparar un cuartito para mí solo, donde hallé un lecho confortable practicado en la pared, á manera de nicho, y que se cerraba por medio de unas cortinas de lana. A las nueve de la noche nos separamos los franceses y yo, pues estábamos muy fatigados y debiamos levantarnos muy temprano á la mañana siguiente.

Disponíame ya á meterme en el lecho, cuando oí llamar á la puerta. Fortunato, que se habia echado vestido sobre un divan, la abrió y entró entonces un lego que traia una linterna en la mano. Me habló en griego, y por lo mismo no lo entendí.

A pesar de no comprender palabra de la conversacion que sostuvieron en seguida Fortunato y el lego, díme cuenta por la entonacion balbuciente de este y por su charla incansable, que habia algo de particular en su cerebro. Acerquéme á él y noté efectivamente que trascendia á vino. Ofrecíle entonces un poco de coñac, é hice á Fortunato que destapase una botella. Negábase el hermano al principio hipócritamente, aunque miraba el amarillo licor con suma tenacidad. Insistí yo, accedió él, y habiendo comenzado por admitir bien poco, acabó por servirse por su propia mano y beberse las tres cuartas partes de la botella. Con esto, y con los humos que traia, cayó en una ebriedad monótona y pesada; así fué que á las once de la noche, mirando que no daba trazas de marcharse, le supliqué por medio de Fortunato me dejara, pues estaba rendido de fatiga.

Levantóse el lego vacilante, tomó su linterna, y despues de decirme mil veces: *Efcarí stosso, cali nihtas* (mil gracias, buenas noches) salió de mi cuarto hablando consigo mismo como un loco.

Al bajar la escalera, oimos que el hermano habia dado consigo en tierra. Fortunato se apresuró á correr en su auxilio, y á poco volvió diciéndome que el pobre hombre habia quebrado la linterna, y con uno de sus vidrios se habia herido una mano.

Poco me conmoví al escuchar este relato, tanto porque me habia repugnado aquel lego degradado, como porque el sueño tenia ya casi embargadas mis potencias.

§ III

EL MAR MUERTO.

(*Bahr-el-Luth.* Mar de Lot.)

Febrero 18.

A las cuatro de la mañana salimos del convento de Bar Saba. Recibieron los monges de mano de nuestros dragomanes la recompensa debida por la hospitalidad de la noche anterior; diéronnos los griegos muchas gracias *(efcarí stosso)*, y partimos rumbo al Mar Muerto.

Al salir del convento, atravesamos el lecho en seco del torrente Cedron, y entramos en espantoso estéril desierto. Las montañas resonaban por todas partes y repetian el ruido de las pisadas de nuestras cabalgaduras. Hubiérase dicho que un ejército marchaba por aquellos desfiladeros.

De tiempo en tiempo, alguno de nosotros decia una palabra en voz alta, y mil veces la repetian con acento cavernoso los ecos. Aquel desierto árido y montañoso era imponente, envuelto en la oscuridad de las primeras horas de la mañana. Los ecos repetidos de serranía en serranía, parecian ser la voz con que la soledad respondia al acento de la vida.

Muy á poco comenzaron á lucir los primeros albores de la mañana; pero los sitios que atravesábamos no se poblaron de los rumores y el bullicio con que á la aurora se despierta la naturaleza.

Bajamos montañas tras montañas, y descendiendo por aquellas graderías gigantescas, no cesábamos de encontrar un abismo al pié de cada eminencia. Estábamos en pleno dominio de los beduinos. Sobre la altura, y en los profundos valles, distinguiamos las tiendas oscuras de sus campamentos, como otras tantas manchas negras, sobre el fondo amarillento del paisaje. Llegamos á un sitio donde la senda estaba

obstruida por un monton de piedras, hacinadas allí por la mano del hombre. Ibrahim extendió la mano y nos señaló una blanca montaña que quedaba á nuestra izquierda, diciéndonos:

—Es *Nebi-Mussa* (la montaña de Moisés). Los musulmanes han amontonado estas piedras para avisar que desde aquí se la descubre.

—¿Por qué se da á esa montaña el nombre de Moisés? pregunté al dragoman.

—Porque hay una tradicion sobre ella, me contestó, que asegura estar allí depositado el cuerpo de Moisés.

—Pero Moisés murió en el monte Nebo, repliqué, pues así lo dice la Escritura.

—Efectivamente, pero los musulmanes por su ignorancia, han confundido los sitios. Cuando conquistaron el país, encontraron en ese monte un convento cristiano. Por cualquier motivo se les antojó que tal convento estaba erigido sobre la tumba de Moisés, y sin mas preámbulos, arrojaron á los monges, y pusieron en su lugar algunos *derwishes* que honrasen con oraciones perpetuas aquel sitio. Estos fanáticos tienen celo tan grande por guardar el pretendido sepulcro del Profeta, que castigan con la muerte á los cristianos que osan traspasar los umbrales del antiguo convento.

—Y ¿cómo cuentan los mahometanos la muerte de Moisés? esa tradicion debe ser curiosa.

—Segun ellos, continuó Ibrahim, Moisés habia llegado á la edad de ciento veinte años, y se conservaba listo y robusto como un jóven, pues Dios le habia prometido no sacarlo de este mundo hasta el momento en que el profeta descendiese voluntariamente á la tumba. Moisés alargaba todo lo posible su vida, pues conocia que siendo su pueblo de dura cerviz, excitaria despues de su muerte la cólera de Dios. Pero el Eterno habia decidido ya llevarlo á su gloria. Un dia en que Moisés hacia un paseo por las montañas, miró cuatro hombres que tallaban una caverna en la roca. Estos hombres eran ángeles disfra-

zados que él no conoció. Moisés les preguntó qué hacian, y ellos le respondieron que cavaban un retiro para su rey. Hacia un calor sofocante. El profeta fatigado entró en la caverna y se sentó en el banco de piedra que habia en el fondo. Uno de los ángeles se acercó á él y le ofreció una hermosa manzana, que él aceptó gustoso. Apenas Moisés hubo aspirado el perfume de esta fruta, cuando el sueño de la eternidad cerró sus párpados. Su alma fué llevada sobre las alas de los ángeles hasta el trono de Dios. Este es el motivo por que el monte, aunque blanco en el exterior, es bajo su capa de blancura, mas negro que una tumba.

Pocos momentos despues llegamos á un punto desde donde descubrimos por primera vez el Mar Muerto, cuyas aguas inmóbiles y azules reposan en profundísima hoya rodeada de montañas.

A nuestro paso la senda estaba sembrada de piedras negras calcinadas. El *mukr* tomó dos de ellas y golpeándolas entre sí partió una por el medio. Tan luego como la hubo partido, salió de aquella piedra espesa humareda que despedia olor pestilente.

El descenso era de tal manera rápido, que tuvimos necesidad de echar pié á tierra y de caminar á pié buen trecho. Llegamos de esta suerte á un valle que se abre en la garganta de dos montañas cercanas. El rastro de un torrente nos servia de camino. Como allí el terreno está plano, d'Audiffret-Pasquier y yo, deseosos de avanzar lo mas posible, echamos á galopar el uno en pos del otro. Ni un momento se nos ocurrió volver la cara atrás para indagar si éramos seguidos por el resto de la caravana. Galopamos durante media hora, y de pronto encontramos el valle cerrado por una montaña que se alzaba al frente como una muralla. Detuvímonos por espacio de diez minutos para dar tiempo á que llegaran nuestros compañeros, pero viendo que no llegaban, subimos trabajosamente á la cumbre de la montaña, y echamos una mirada hácia atrás. Nos habiamos apartado de la caravana, pues no venia en pos de nosotros, y comprendimos que andábamos extraviados. No habia en aquel sitio rastro alguno que indicara

la senda que deberiamos seguir. Volver atrás era perder el tiempo; no encontrariamos á nuestros compañeros y no tendriamos quien nos dirigiera.

Resolvimos continuar adelante, tomando por guía las aguas del Mar Muerto, que desde allí descubriamos. Seguimos caminando por la falda resbaladiza de la montaña. A poco andar tuvimos necesidad de descender, y perdimos de vista el Mar Muerto. Marchamos por el rumbo que nos pareció mas acertado, y nos echamos en brazos del acaso La senda se fué haciendo mas y mas impracticable, hasta que llegamos á un lugar donde nos fué preciso echar pié á tierra. Así caminamos por espacio de veinte minutos asiéndonos trabajosamente á las piedras del monte, para no precipitarnos en el abismo. Nuestros caballos estaban poseidos de terror, y sus cuartos traseros resbalaban á cada instante. De esta manera llegamos á una estrechura espantosa que hace un recodo. A la izquierda se veia un valle profundo, cuyo fondo está cubierto de enormes piedras; á la derecha se levantaba la montaña casi perpendicularmente, sin presentar el mas ligero punto de apoyo para pié de hombre ni de caballo. Era preciso saltar sobre el abismo para pasar al otro lado.

Antes de apelar á ningun recurso extremo, gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, llamando á nuestros compañeros, pero fué en vano. Nuestra voz se apagaba en aquella inmensidad como un leve quejido. Las montañas calizas que nos rodeaban no tenian eco. Resolvímonos á intentar aquel salto mortal.

Iba yo por delante y debia saltar el primero. Añadí mi látigo á la brida del caballo, me encomendé á Dios mentalmente, y salté. Caí felizmente al otro lado sin lesion ninguna. Quedaba, sin embargo, la dificultad de hacer pasar el caballo. Sentia lástima profunda hácia el pobre animal, pues tenia por seguro que iba á despeñarse. Subí algunos pasos por la pendiente y tiré con fuerza de la brida, volviendo la cara para no verlo. El generoso bruto opuso al principio gran resistencia, pero vencido por la fuerza con que yo tiraba del freno,

hizo impulso desesperado y brincó. Lo sentí caer un poco abajo de mí y volví los ojos lleno de júbilo. El pobre animal luchaba en aquel instante por asirse á las escabrosidades de la montaña, y estaba alargado sobre el rápido declive con las orejas echadas atrás y dando gemidos de angustia. Seguí tirando de la brida, y el caballo, haciendo esfuerzos extraordinarios, logró ponerse en lugar de salvacion.

Quedé yo, por tanto, fuera de riesgo, pero no así mi compañero, que me veia de la otra parte con ojos de envidia. Aconsejéle que tomase ánimo é hiciera lo que yo habia hecho, seguro de que el peligro no era tan grande como se veia. Él, sin embargo, permaneció largo rato perplejo, no atreviéndose á intentar aquel salto. Nos encontrábamos en esta situacion difícil, cuando oimos voces arriba. Entonces gritamos: *Ibrahim! Ibrahim!* á lo cual escuchamos con placer que el dragoman contestaba:

—Por aquí, señores, por aquí!

Muy luego apareció el guía á caballo sobre la montaña y descendió adonde yo me encontraba.

Animado ya entonces d'Audiffret con la presencia de su dragoman, reunió sus fuerzas y brincó briosamente, salvando con facilidad el abismo. Ibrahim se encargó de hacer pasar al pobre animal, lo cual consiguió menos que con tirar de la brida, con lanzar gritos agudos y salvajes.

Mirámonos, pues, sanos y salvos, caballos y caballeros, del riesgo en que nos habiamos encontrado. Nosotros los ginetes manifestamos la satisfaccion de nuestro pecho sonriendo alegremente y disertando con el corazon aliviado, sobre el caso ocurrido, en tanto que los pobres caballos manifestaban su júbilo sacudiendo sus lomos y sus crines.

Montamos en seguida, y trepando por la montaña que estaba delante, encontramos á la caravana, que nos pidió noticias sobre nuestro extravío y se interesó vivamente con nuestro relato.

De allí en mas, nuestro camino fué fácil y exento de riesgo.

A las doce del dia llegamos al Mar Muerto. Nada mas encantador é imponente que el aspecto del Lago Asfaltito. Encerrado entre dos cadenas de montañas que se extienden al sur, dilata su superficie cristalina y límpida, tranquila en medio de su cautiverio. Todos sus contornos son tétricos. Las peladas serranías que se miran por ambos lados están desprovistas de vegetacion, en tanto que sobre el suelo árido se miran grandes manchas de sal marina de trecho en trecho. Crecen por allí diseminados algunos cardos y otros arbustos espinosos, entre los que levantan sus tallos amarillentos las cañas silvestres. Las aguas son cristalinas y de risueño aspecto, y al través de ellas se dejan ver las arenas del fondo. Bastante pesadas para que el viento las levante, se rizan tan solo blandamente lamiendo sus orillas.

Esta mar se encuentra mil ciento setenta y un metros mas baja que Jerusalen, y trescientos noventa y dos mas baja que el nivel del Mediterráneo. Su longitud es de veinte leguas, y de trescientos metros su anchura. Su profundidad es asombrosa. A su extremo sur se levanta el monte Nebo. Allí fué donde Moisés subió, por órden de Jehová, para ver la tierra prometida, que no debia pisar nunca. Y murió allí Moisés, en la tierra de Moab, despues que Dios le hubo dicho: «Esta es la tierra que juré á Abraham, diciendo que la daria á su posteridad; hétela hecho ver con tus ojos, mas no pasarás allá.» Y nunca mas, como lo dice el Deuteronomio, se levantó profeta en Israel como Moisés, á quien haya conocido Jehová cara á cara.

El profeta Jeremías ocultó en una caverna de ese monte el Tabernáculo, el Arca de la Alianza y el Altar de los inciensos.

Antes que este mar sin vida extendiese sus aguas infecundas por estos campos, habia aquí una fértil llanura regada por el Jordan, que servia de asiento á trece ciudades.

El rio se desbordaba de tiempo en tiempo como el Nilo, y convertia la inmensa planicie en huerto risueño. Aquí vino Lot con sus siervos y sus rebaños á establecerse, despues que se hubo separado

de Abraham. Pero los habitantes del país, que eran descendientes de Cain, se habian abandonado á toda especie de crímenes y abominaciones, y toda carne, como lo dice el Génesis, estaba extraviada de su senda. Irritado Dios contra estas ciudades, hizo llover sobre ellas azufre y fuego de los cielos, y las destruyó, y toda aquella llanura con sus frutos, y los moradores de la tierra.

Dios habia puesto en salvo á Lot y á su familia; pero la mujer de Lot, contra el mandamiento de Dios, volvió la cara atrás y fué convertida en estatua de sal, en castigo de su desobediencia. Abraham miró desde lejos aquella inmensa llanura destruida, y el humo que subia de la tierra como el humo de un horno.

Ningun nombre puede concebirse mas apropiado á la cosa á que se aplica, que el que se da á este mar. Muerto parece en efecto, por sus playas estériles, por sus aguas inmóbiles, por el sepulcral silencio que á sus orillas reina. Este lugar, hasta la época presente, parece estar maldito. Hundido en la tierra como abismo inmenso, recibe los rayos de un sol ardiente; el viento, detenido en las montañas que lo rodean, no desciende á la hoya gigantesca; y olor pestilente y mefítico se levanta de sus aguas cargadas de sales. Antes de la catástrofe de la Pentápolis, el Jordan regaba estos campos, haciendo de ellos un paraíso de delicias. Realizado el tremendo cataclismo, ministro de la cólera de Dios, ardió este suelo, cargado de betun, con el fuego que llovió de la altura. Hundióse el terreno, y levantáronse en el camino del golfo Elanítico montañas que interceptaron el paso al Jordan. Caido este del Anti-Líbano en tan inmensas profundidades, quedóse estancado formando charco pestilente, y sus aguas, puras y mensajeras de la vida, cargáronse de las estériles sustancias del tremendo abismo, y se convirtieron en mar sin movimiento y sin vida. Si esta laguna no crece de dia en dia, conforme recibe las aguas que le vienen de fuera, es porque en medio del terrible calor que la baña, se levantan constantemente de su superficie masas inmensas de vapores, como de un enorme caldero.

Las aguas del Mar Muerto no solo son enemigas de toda vegetacion, sino en general de toda vida. No hay un solo ser que aliente dentro de sus aguas ni arrimado á sus bordes. Huyen los hombres de ellas para levantar sus ciudades y para plantar sus tiendas, y los mismos peces que llegan por la corriente del Jordan, mueren apenas entrados en sus aguas, y sus cadáveres son arrojados á las arenas de la orilla, por aquellas ondas mortíferas.—

Echamos pié á tierra, como lo he dicho, frente á unas ruinas que se descubren á poca distancia de la orilla, ruinas cuya procedencia es desconocida, y que los árabes llaman *redjom Luth* (el monton de Lot.) En derredor de nosotros no habia ni la mas ligera sombra; no crecian por allí ni árboles, ni plantas, ni yerbas. Algunos troncos secos que el Jordan habia arrojado en el mar, y que el mar á su vez habia arrojado de su seno, yacian diseminados en la ribera, cubiertos de capas salinas. Nuestros dragomanes se apoderaron de cuatro de estos troncos, y clavándolos en la arena, echaron sobre sus puntas un enorme capote *(ábehy)* perteneciente á uno de los beduinos de nuestra comitiva; de suerte que tuvimos una tienda de campaña improvisada, debajo de la que pudimos reposar y guarecernos de los rayos abrasadores del sol.

Como me sentia muy fatigado y estaba sudando á mares, no me resolví á bañarme en el Mar Muerto, ni ninguno de mis compañeros quiso hacerlo, excepto M. Lavoisier.

Despojóse prontamente de sus ropas, se echó en el agua, y llegó nadando hasta las ruinas que teniamos al frente. Subió sobre aquel monton de escombros, y lo examinó atentamente. Despues nos dijo que no cabia duda en que eran restos de una construccion antigua, formada con grandes piedras labradas, de dos á tres metros de longitud.

Entretanto, sumido estaba yo en la contemplacion del magnífico espectáculo que tenia ante mis ojos, y me sentia poseido de terror ante aquel rastro terrible de la cólera de Jehová, y alternaba mi con-

templacion con la lectura del erudito libro del hermano Lavinio. Este, pues, asegura, apoyado en la opinion del sabio naturalista M. de Sanlcy, que Sodoma *(Esdom)* estuvo situada hácia el extremo sur del Mar Muerto, en la ribera occidental; Segor ó Bala, que fué salvada á instancias de Lot, un poco al oeste de Sodoma: Seboim *(kherbet-Seboan)* á cinco leguas del extremo sur del Mar, en la ribera oriental, y Gomorra *(kherbet-Gumran)* al extremo norte en la ribera occidental.

Tres son los rios que se arrojan en el Lago Asfaltito. El Jordan, el Calirhoe, que toma su orígen de unas fuentes termales que se encuentran en la montaña de Moab, y el Arnon, que el pueblo judío atravesó á pié enjuto, como lo refiere el libro de los Números.

Terminó M. Lavoisier de tomar su baño, y vino á reunirse con nosotros. Pedíle muchas y minuciosas noticias acerca del agua del mar. Díjome que la resistencia que ella opone es tan grande, que hace flotar el cuerpo como si fuera de corcho, y que por consiguiente es preciso para nadar adoptar una posicion oblícua, porque teniéndola horizontal, las piernas salen del agua en tanto que el tronco se sumerge. El pobre frances traia los ojos como ascua, pues el agua le habia penetrado en ellos y le causaba ardor insoportable. Tan luego como la piel de M. Lavoisier se hubo oreado al aire, se le cubrió á trechos de grandes manchas de sal, y esto se le notaba particularmente en las cejas y en la barba.

No quise alejarme de aquel sitio sin hacer alguna experiencia en cabeza propia; así es que me acerqué al agua, me lavé la cara y las manos, y tomé un sorbo en la boca. El contacto del agua es pesado, glutinoso, y produce sensacion idéntica á la del aceite. Su sabor es amargo y corrosivo, y es imposible soportar ni por breve instante este líquido en la boca, pues quema como el aguardiente. El amargor que me produjo tal experiencia en mi paladar, me duró todo el dia, y resistió aun al efecto de los alimentos.

§ IV

EL JORDAN (ESHERYAH.)

A la una y media de la tarde montamos á caballo y nos dirigimos al Jordan á todo galope. El camino está formado por pequeñas eminencias blanquecinas que afectan forma cónica perfecta, como si todas hubieran sido vaciadas en un mismo molde. Grande esterilidad reina por todas partes, y solamente de trecho en trecho se miran algunas plantas cenicientas cubiertas de espinas. Hacia calor sofocante, y nos era preciso caminar con los ojos entrecerrados, porque nos deslumbraba la luz del sol, reflejada en la blanca superficie.

Los caballos mismos parecian agobiados por la temperatura, y sudaban á mares.

De pronto Ibrahim que marchaba á la cabeza de la caravana, volvió á nosotros apresurado, y nos dijo rápidamente:

—Los beduinos.

—¿Dónde están? preguntamos.

—Allí, contestó el dragoman tendiendo la mano.

Seguimos con ojos inquietos la direccion que nos señalaba, y vimos en efecto sobre una altura multitud de beduinos.

Ibrahim nos dijo á los franceses y á mí:

—Quédense vdes. atrás. Yo marcharé adelante con el resto de la comitiva; si escuchan vdes. alguna descarga, tuerzan á la izquierda y corran á Jericó, que no está distante.

Diciendo esto Ibrahim, corrió delante de nosotros, acompañado de Fortunato, nuestros beduinos y los dos arrieros. Todos ellos al correr, echaban á relucir sus armas y las preparaban en silencio.

Nosotros galopamos tambien en seguimiento de los dragomanes, y los alcanzamos muy á poco.

Ibrahim nos reconvino porque no habiamos hecho lo que nos habia prevenido; pero nosotros nos resistimos abiertamente á obsequiar sus deseos, y seguimos galopando todos juntos.

Así avanzamos buen espacio, mirando á diestro y siniestro para no ser sorprendidos, y con las armas en la mano; sin embargo, nada se veia, y el silencio reinaba por todas partes.

Pasó media hora, y de pronto miramos levantarse delante de nosotros, como una barrera de vegetacion, que contrastaba con la aridez del Desierto. Oimos rumor de voces. Al escuchar este rumor, Ibrahim se separó á escape de nosotros sin que pudiéramos evitarlo.

El dragoman estuvo magnífico en aquel instante. Su pequeña estatura, que contrastaba con la enormidad del caballo blanco, se destacaba airosa sobre el fondo verde de la arboleda. Sus anchos calzones flotaban con la rapidez de la carrera, y la grande borla de seda de su *tarbush* rojo golpeaba sobre sus espaldas. Sus gigantescos bigotes negros se veian, con la luz deslumbrante del dia, salir en gruesos volúmenes por ambos lados de sus mejillas. Ibrahim no desmentia su orígen; maronita, hombre de la naturaleza nacido en la montaña, pertenecia á esa raza denodada del Líbano, que no sucumbió ni al poder de los romanos. Frente al peligro, se lanzaba á buscarlo, intrépido y audaz, como si en el peligro llegase su vida al punto mas elevado de su viril energía.

Diez minutos despues llegamos nosotros á la orilla del Jordan. Allí encontramos á Ibrahim, que habia echado pié á tierra y tenia por una mano la brida de su caballo y su pistola en la otra.

A la ribera opuesta del rio, sobre una montaña de arena, habia como veinte beduinos, que nos miraban atentamente y vigilaban nuestros movimientos.

Bajamos todos de nuestros caballos, y habiéndolos puesto en manos de un arriero que quedó detrás de unas zarzas, fuímonos á colocar al lado del bravo dragoman.

Entonces Ibrahim nos dijo por lo bajo:

—Cuando llegué aquí, los beduinos pasaban el rio á toda prisa, á fin de parapetarse detrás de él sobre esa altura. Es necesario tener mucho cuidado.

Estábamos los unos frente á los otros, divididos por la anchura del rio, que no es grande, observándonos mútuamente con igual atencion.

Esta situacion duró algunos minutos, y viendo que se prolongaba indefinidamente, rompió el silencio el gefe de nuestros beduinos, y dió voces á los que estaban del otro lado, preguntándoles quiénes eran y qué querian.

Entonces uno de los beduinos, adelantándose hasta el borde del rio, dijo:

—Somos habitantes del Desierto, de la tribu de Hassen, de la familia de Abu-Rashid, y nuestro *sheikh* es el magnánimo Mussa. Vamos de paso buscando un terreno fértil para apacentar nuestros camellos.

Entonces el gefe de nuestros beduinos volviendo á nosotros nos dijo:

—Es gente pacífica que ningun mal pretende hacernos. Como los beduinos se destruyen mutuamente, esta tribu al mirarnos, ha creido que éramos enemigos que marchábamos sobre ellos, y por esta razon han ido á parapetarse al otro lado del Jordan. ¿Les parece á vdes. bien les diga que pueden volver á pasar el rio y seguir tranquilamente su camino?

Contestamos que sí, y entonces él dijo á los beduinos, gritando:

—Nosotros somos tambien habitantes del Desierto, y venimos custodiando á estos extranjeros. Pertenecemos á la tribu de Ehmur, á la familia de Mjur, y nuestro *sheikh* es mi padre Abu-Zarrah. Por consiguiente pertenecemos á tribus y familias amigas. Podeis continuar tranquilamente vuestro camino, pues estos extranjeros son peregrinos latinos, que vienen á venerar los sitios de su religion.

Tranquilizados con esto los beduinos, descendieron de la montaña y comenzaron á pasar el rio á nuestra vista. Aquel centenar de hom-

bres y mujeres miserables cruzó por el rio con el agua hasta la cintura. Como la corriente es muy rápida, iban los camellos los unos detrás de los otros hasta el número de diez, sirviendo de punto de apoyo á los beduinos que marchaban á pié, y caminaban asidos de los cabestros. Los camellos estaban cargados con las tiendas y provisiones de la caravana. Los mas ancianos venian encaramados en lo mas alto de la joroba de los camellos, dirigiendo la marcha de estos animales con báculos larguísimos que tenian en la mano. Los chicos venian á horcajadas sobre los hombros de sus madres, teniéndose de los cabellos de ellas con sus pequeñas manecitas.

Grande algazara levantaba aquella tribu al atravesar la corriente. Los hombres gritaban y lloraban los chicos. Cuando toda la caravana hubo pasado, vino su jeque á saludar á nuestro jeque.

Cambiadas algunas palabras entre los beduinos de aquella tribu y los nuestros, se puso en marcha la comitiva. Y los que partian se despedian de nuestra escolta, diciendo:

—*Salam alekum* (la paz sea con vosotros).

Y nuestros beduinos respondian:

—*Alekum salam* (con vosotros la paz).

Eran ya las tres de la tarde, y determinamos almorzar á la sombra de los arbustos que allí habia y á la vista del célebre rio. Tendiéronnos los dragomanes por el suelo sus capotes, y sentados sobre ellos, hicimos nuestro almuerzo con poco apetito á causa del calor que nos agobiaba. Bebimos del agua del Jordan é hicimos con ella nuestro café. Esta agua es un poco turbia y algo desabrida, pero la tomamos con gran gusto por la sed que teniamos y por haber sido consagrada por el bautismo de Jesus. Llenamos asimismo algunas botellas con esta agua para llevarla á nuestros países, á nuestros deudos y amigos.

Durante el almuerzo, Ibrahim nos entretuvo con una interesante conversacion acerca de los beduinos.

—Los beduinos, nos dijo, destruyen las pasturas y las mieses, y

este es el motivo del abandono en que se encuentran en Palestina aun las tierras mas fértiles. Pasadas las lluvias del invierno, al comenzar á fructificar los granos, vienen las tribus nómades del otro lado del Jordan; de suerte que amedrentados los labradores, no siembran sino el pedazo de tierra que juzgan pueden proteger contra la tala de los beduinos. Algunas de estas tribus vienen á los terrenos fértiles en la estacion de la siembra, plantan allí sus tiendas, labran el suelo, levantan su cosecha, y se marchan al otro lado del Jordan, y no aparecen mas por estos rumbos hasta pasado un año y llegada la época de sembrar de nuevo.

Estas tribus nómades cometian las mismas devastaciones en Palestina, y precisamente en esa estacion, hace ya tres mil años, pues el libro de los Jueces dice: «Cuando los israelitas habian sembrado, subian los madianitas y los moabitas, y las otras naciones del Oriente (quiere decir, las del otro lado del Jordan), y plantando las tiendas cerca de ellos, lo talaban todo cuando aun estaba en yerba, hasta la entrada de Gaza: y no dejaban á los israelitas nada de lo que es necesario para la vida, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos. Porque venian ellos con todos sus ganados y tiendas, y á manera de langostas, lo cubrian todo con multitud innumerable de hombres y de camellos, desolando cuanto tocaban.»

Los árabes son hijos de Ismael. Este y Agar su madre, fueron arrojados de la tienda de Abraham á instancias de Sara, por haber Ismael maltratado á Isaac, abusando de su edad y su fuerza.

Extraviada Agar con su hijo en el Desierto, estuvo Ismael próximo á perecer, agobiado por la sed, cuando un ángel mostró á su madre una fuente, anunciándole de parte de Dios que Ismael seria gefe de una gran nacion. En efecto, cuando Ismael llegó á los treinta años, su madre lo hizo desposar con una egipcia, de la que tuvo doce hijos, que fueron fundadores de otras tantas ciudades en el Desierto.

El país del pueblo árabe se extiende desde la Palestina hasta el

Sinaí y el estrecho de Bab-el-Mandel al fin del Golfo Arábigo, limitado al oriente por el Golfo Pérsico y por el Mar de Oman. Reina la muerte en este inmenso espacio; allí no crece la yerba ni hay verde musgo que tapice el suelo. Pero la tremenda inmobilidad del Desierto es de tiempo en tiempo turbada por no menos tremenda agitacion, hálito colosal y oscuro de la desolacion que allí reina. Levántase el *simoun*, tromba terrible de cálidos huracanes que sofoca la vida donde la encuentra, y alzándose al cielo é invadiendo los horizontes, nubla la luz del sol con sus oscuros remolinos. El Desierto entero parece entonces levantarse de su lecho de muerte, obedeciendo á un mágico galvanismo y afectando los movimientos y los ímpetus de la vida; cual si pretendiese abandonar su tumba y tomar parte en la actividad universal, contribuyendo con su movimiento á la armonía del cosmos.

Las caravanas atraviesan de tiempo en tiempo estas soledades sin turbar su silencio ni dejar rastro alguno de su paso.

Los ismaelitas viven en esta zona mortífera cruzando en todos sentidos los inmensos arenales sobre ligerísimos corceles ó sobre altos dromedarios mansos, fuertes y sóbrios, guiándose por el instinto, por los oasis y por las estrellas, y pereciendo frecuentemente extraviados en desconocidas inmensidades, ó devorados por los chacales y las hienas.

La Biblia dijo de este pueblo: «su mano es contra todos, y la mano de todos contra él, es rudo y feroz.» Yacían los árabes en la barbárie y habian degenerado en la idolatría. De pronto se levanta en medio de ellos un génio, Mohammed (Mahoma), que inspirándose en los libros de Israel, enseña la unidad de Dios y predica máximas de moral pura, aunque mezcladas á groseros errores y torpes promesas para otra vida. La impetuosa raza del Desierto, avezada á luchar con la muerte, fuerte contra los mas terribles peligros y conservada vírgen, puede decirse, de sentimientos en medio de su abandono, abraza con entusiasmo la nueva doctrina, y empujada por

Mahoma á la guerra y la conquista, se lanza fanática sobre el mundo, desbordándose de las Arabias, y emprende sojuzgar el universo por ministerio de su alfanje, creyendo hacer con esto una obra agradable á los ojos de Dios. Y en un momento, á semejanza de los macedonios en lo antiguo bajo Alexandro, llenan las costas del Mar Rojo y se extienden por el Egipto, la Palestina y las riberas del Eufrates hasta los bordes del océano Índico.

Los árabes encontraron á su paso ruinas de civilizaciones muertas, civilizaciones en pié y pleno desarrollo, y otras incipientes y animadas apenas por el calor de los primeros dias de la vida. Estos guerreros nómades comenzaron por llevarlo todo á sangre y fuego, igualando bajo su cimitarra todas las civilizaciones y todas las razas. Pero el mundo que habian mirado á su salida del Desierto, aunque empapado por ellos en sangre, produjo en su ánimo singular impresion de veneracion y asombro: saciada la ferocidad de los primeros momentos del triunfo, la meditacion cundió en su alma, el espíritu del Occidente se incubó en su espíritu, y al respirar aquella nueva atmósfera de ciencia, arte y progreso, ellos tambien quisieron ser y fueron bien pronto, sabios, artistas y promovedores del adelanto. El arte antiguo, aunque degenerado, representado noblemente en Santa Sofía, hirió con decisivo golpe su imaginacion vírgen, y de esta primera profundísima impresion nació el arte moruno que produjo, llevando ya el sello de esbeltez y ligereza que corrrespondia á una raza nómade, las maravillas de la catedral de Toledo y de la Alhambra.

La civilizacion árabe se elevó rápidamente á tal altura, que dejó á sus plantas las civilizaciones occidentales de la Edad-Media; y en Bagdad, en Córdoba y en el Cairo, se establecieron los grandes focos de la filosofía, las artes y las ciencias. De manera que los descendientes de Ismael fueron un tiempo en el mundo los representantes de la razon humana, cuando el universo callaba amordazado por la fuerza.

Sin embargo, la gloria de los ismaelitas fué tan efímera como pron-

to habia sido el triunfo; nació, llenó el orbe de su luz, y se extinguió como un relámpago. Y es que las civilizaciones valen por las ideas, y el núcleo, raíz y fundamento de todas, es la idea religiosa. El Coran no tiene en sí el gérmen del mejoramiento progresivo, la semilla del porvenir y de la civilizacion infatigable que crece, cobra de dia en dia nueva vida y aumenta en esplendor. Tuvo virtud para formar de las antiguas tribus un pueblo, haciéndolas respetar una idea é infundiéndoles un mismo sentimiento; el progreso en las ciencias y las artes de los árabes en la Edad-Media, no fué mas que el reflejo del Occidente sobre la vírgen naturaleza de las razas orientales.

Los ismaelitas salieron del Desierto á hacer sus incursiones por el mundo; pillaron, talaron y diezmaron mil pueblos; levantaron sus tiendas en Asia, Africa y Europa, desde la Tartaria Helada hasta la Etiopia, y desde las Islas Molucas, Mozambique y Madagascar hasta España; y perdiendo terreno de siglo en siglo, han ido recogiendo poco á poco sus movibles habitaciones, emprendiendo retrógrada marcha para tornar á encerrarse en los arenales de las dos Arabias.

La aridez del país donde vive esta raza, ha detenido con su inanimada resistencia, así las invasiones de la conquista como las de la civilizacion y las costumbres de los siglos y las otras razas. Por esta razon la descendencia de Ismael, al cabo de tres mil años, tiene los mismos gustos y costumbres que en los tiempos patriarcales. Las vicisitudes del mundo con sus gloriosos adelantos y terribles cataclismos, hánse realizado á su derredor sin tocarla, y extraña al espíritu de los tiempos modernos, alienta como en el pasado de la vida antigua, y es viviente admirable anacronismo.

Las dos Arabias han representado papel principal en la historia del mundo. En la Arabia Desierta nació y se propagó esta descendencia ismaelita que ha estado á punto de sojuzgar bajo su alfanje el orbe civilizado. Allí están Meca y Medina, cuna y tumba de Mahoma; el Yémen, antiguo Saba, cuya reina hizo viaje á Jerusalen para conocer al renombrado Salomon, sabio y admirado entre todos los

hombres; y la tierra donde nació Job, héroe del sufrimiento, hermosísima, sublime figura, asombro y gloria de la raza humana.

En la Arabia Petrea se encuentran la tierra de Madian, donde fué Moisés pastor cuarenta años, y el Desierto de Faran, donde se formó la generacion de Josué. Los israelitas llegaron en tres meses al Sinaí en la parte meridional de la Arabia; pero de allí en adelante su marcha fué lenta al través del Desierto de Faran. Y desde las puertas de Canaan, en el Desierto de Tzim, el pueblo de Dios se vió obligado á retroceder hasta mas abajo del monte Hor, y á entrar en la tierra prometida subiendo al norte hasta el monte Nebo y á la extremidad del Lago Asfaltito. Esta fué la causa por que el pueblo escogido tardó tan largo tiempo en llegar al término de su viaje, habiendo muerto en los cuarenta años que duró la peregrinacion, la raza ingrata y desconfiada, y habiéndola sucedido la que estaba libre de la maldicion de Jehová.—

El Jordan no es rio ancho ni caudaloso; es arroyo pintoresco que arrastra sus frescas ondas por en medio de una doble hilera de arbustos y de verdura. Su risueña apariencia ha dado orígen, sin duda, á la especie de que las márgenes del Jordan fueron el segundo paraiso de la tierra, donde vinieron á habitar nuestros primeros padres despues de su pecado. La fábula cuenta que si Adan y Eva hubieran hecho penitencia, habrian sido restituidos al Paraíso, pero que la mujer se dejó tentar segunda vez por la serpiente, ratificando con esto la sentencia de desgracia pronunciada por Dios contra los hombres.

El Jordan, llamado en árabe *Esheryah*, nace al pié del grande Hermon *(D'jible Sheikh)*, en el Anti-Líbano, atraviesa el lago de Tiberiades, y despues de haber recorrido un espacio de cuarenta leguas, viene á perderse y morir en la charca salina del Lago Asfaltito. La diferencia de niveles entre el Lago de Tiberiades y el Mar Muerto, es de setecientos diez y seis piés, de donde resulta que las aguas van corriendo sobre una pendiente gradual de veintidos piés

por legua. Esta es la causa de la rapidez de la corriente, que al llegar á su término se hace de tal suerte impetuosa, que arrastra á los mas fuertes nadadores. La mayor profundidad del Jordan es de seis metros, y su anchura ni baja de cuarenta ni sube de setenta.

El aspecto del Jordan es delicioso; sus orillas están hermoseadas por una vegetacion vigorosa que no muere ni en los rigores del invierno; las hojas siempre verdes, el suelo tapizado de flores, y entre los ramajes cantan eternamente los pájaros, poblando los aires con sus armonías. Impresionados seguramente los hebreos por el espectáculo encantador que presenta este rio, le dieron el nombre de Jordan, que es palabra compuesta de *Jor* (arroyo) y *aden* ó *eden* (placer); todo lo cual reunido, significa *Rio del placer*. De aquí han tomado orígen el *jardin* de los españoles y franceses, y el *garden* de los ingleses y alemanes.

El lugar donde nos encontrábamos es aquel por donde los israelitas pasaron el rio á pié enjuto, mientras una parte de las aguas corria hácia el Mar Muerto, y las que venian de Tiberiades, se amontonaban como una montaña, desde el valle de Adom hasta Sartham. Josué, para recordar este prodigio, tomó doce piedras del lecho del rio y las colocó en el campo israelita. Al entrar los hebreos por aquí en la tierra de Canaan, formaban un pueblo de mas de tres millones. En el tiempo en que Jacob llegó á Egipto, llamado por su hijo José, ministro de Faraon, la familia del patriarca se componia de setenta personas. Doscientos y quince años mas tarde, cuando Moisés, obrando prodigios en nombre de Dios, obligó al rey egipcio á dar libertad á Israel cautivo, los hebreos eran en número de dos millones y quinientos mil. Esta multitud, aumentada en el Desierto en su viaje de cuarenta años, y avezada al combate y á la fatiga por las guerras que hubo de sostener con todos los pueblos que halló al paso, cayó como torrente desbordado sobre los cananeos divididos y subdivididos en pequeños reinos, y arrolló delante de sí hombres y cosas, llevándolo todo á sangre y fuego. Y estableciόse en Canaan, tomando posesion de ella en nombre de Dios que se la habia dado, y creció, se multiplicó, y alcanzó su mas alto grado de esplendor bajo los cetros de David y Salomon, en cuyo tiempo Israel tocó con un extremo los bordes del Eufrates, y con el otro las puertas de Egipto.

Aquí fué tambien donde Elías golpeó las aguas con su manto, y pasó por un camino seco en medio de ellas, para ser arrebatado á la opuesta orilla por un carro de fuego que lo condujo al Paraíso. Eliseo que habia acompañado á Elías, fué heredero del manto de este gran profeta, y habiendo golpeado con él las aguas, pasó tambien el rio á pié enjuto.

Segun una tradicion, aquí fué donde San Juan Bautista predicó la penitencia y bautizó á Jesucristo. El Bautista murió en Maqueronte, al pié del monte Nebo, y su verdugo fué Herodes, quien ofreció la cabeza del Precursor á la hija de su concubina, por precio de una danza lasciva. La cortesana, teniendo en sus manos la cabeza inanimada, picó repetidas veces con un fistol de oro que sacó de sus trenzas, la lengua de San Juan, porque este santo varon habia predicado contra las criminales relaciones que mantenia con ella el tetrarca.

Frente á este sitio, de la otra parte del rio, vivió treinta y seis años, María, la pecadora egipciaca, haciendo penitencia por las culpas de su vida pasada.

Mujer feliz, que á pesar de haberse extraviado en los tortuosos senderos de las pasiones, halló un dia en su corazon bastante fuerza para vencer los perversos estímulos de su naturaleza rebelde, y que habiendo cambiado su rumbo hácia el bien, perseveró en él hasta el último momento, y logró ser tan grande santa como habia sido grande delincuente!—

Eran ya las cuatro de la tarde y habiamos descansado dos horas. Montamos, pues, á caballo, y emprendimos á galope el camino de Jericó, que se encuentra á la izquierda.

§ V

JERICÓ.

Despues de un cuarto de hora de marcha salimos de la depresion del Jordan, y entramos en una estéril llanura, que es el lugar donde el rey Sedecias, huyendo de Jerusalen, fué alcanzado y hecho prisionero por las tropas de Nabucodonosor. Atravesamos un torrente de fértiles orillas, llamado *Nahr-el-kelt*. Este torrente es el Carith de la Escritura, donde se ocultó Elías por órden de Dios, y fué alimentado por un cuervo.

En tiempo de Josué se dió á este sitio el nombre de valle de Acor, á causa de que un israelita de este nombre fué lapidado y enterrado aquí, por haber retenido en su poder doscientos ciclos de oro y varios objetos que tomó de Jericó, á pesar del anatema lanzado por Josué contra cualquiera que se apropiase la menor cosa de la ciudad vencida.

Pasamos cerca de un terreno llamado *Tell-Geljdjud*. Aquí fué donde se levantó la antigua Gilgal ó Galgala de los Libros Santos, que fué el primer campamento de los hebreos en la tierra prometida, y donde Josué elevó un altar á Jehová con las doce piedras tomadas del lecho del Jordan. Aquí estuvo el Arca de la Alianza durante seis años; Saul fué reconocido rey de Israel, y vino despues Samuel á anunciarle la reprobacion del Señor.—

Poco antes de las seis de la tarde llegamos á Jericó, que no es mas que una reunion de miserables chozas. Por lo demas, el campo que lo rodea es en extremo agradable y pintoresco, y su rica vegetacion contrasta con la aridez del Desierto que se extiende á su frente.

Hay allí una pobre posada que se encuentra al extremo oriente de la aldea, servida por un cristiano de Jerusalen. El hostelero que á

nuestra salida se encontraba en Jerusalen, fué avisado por Fortunato de que pasariamos en Jericó la noche de este dia, y él vino de allá con su mujer y su hijo, cargado de provisiones. A nuestra llegada nos tenia ya servida la mesa y prevenidos los lechos. La posada, como lo he dicho, es en extremo miserable. Los aposentos, además, son sumamente pequeños y muy incómodos los lechos; pero nos encontrábamos de tal manera fatigados, que todo lo tuvimos por excelente, y aquel desgraciado tugurio nos pareció un palacio encantado.

Terminada la comida, salimos Lavoisier y yo á hacer un paseo por el pueblo. La tarde estaba hermosísima. El viento fresco que soplaba, hacia la temperatura dulce y templada. Nos metimos en los huertos, y fuimos en todas partes recibidos con amabilidad por los beduinos, que nos hablaban mucho, pero en vano, puesto que nosotros no podiamos entenderlos. En uno de estos huertos encontramos la planta llamada *zakkum*, de la cual, segun la tradicion, fué hecha la corona de espinas de Jesucristo. Tomamos una hacha que nos prestó de buena voluntad el dueño del huerto, y cortamos dos ramas de las mas derechas y uniformes, para hacernos de ellas unos bastones.

Andando por las orillas de la aldea, nuestras miradas discurrian por las montañas, por el Desierto y por aquella isla de verdura que se llama Jericó, y está asentada en un océano de esterilidad y de muerte. Las montañas de Judá estaban á nuestras espaldas, y á nuestro frente se extendia como perfecta muralla tirada á cordel, la gran cadena de Moab. Estas montañas compuestas de piedras calcáreas y blanquecinas, tienen tristísimo aspecto de orfandad y desolacion. Son un derramamiento del Anti-Líbano, que á proporcion que avanza hácia el sur, se va, por decirlo así, esterilizando y endureciendo, hasta convertirse en granito puro al llegar al Sinaí. Esta misma cordillera, retrocediendo hácia el norte, va cubriéndose de vida y hermosura, y en la Galilea y la Samaria ofrece los mas risueños paisajes por la abundancia de su vegetacion.

Al oriente del Mar Muerto se derramaron las razas criminosas de

Amon y Moab, fruto del incestuoso consorcio de las hijas de Lot con su padre. Al sur de ese mismo mar habitaron los amalecitas y los edomitas, descendientes de Esau, cuyo nombre genérico, Idumeos, fué derivado de Edom, sobrenombre aplicado á Esau, por la rubicundez de su cútis. Los idumeos, como lo predijo Isaac, vivieron sujetos al pueblo hebreo, aunque inquietos y belicosos, varias veces quebrantaron su yugo.

Jericó fué la primera ciudad conquistada por el pueblo de Dios á los cananeos. Josué hizo abatir los muros de la ciudad y pasar á cuchillo á todos los habitantes, con excepcion de una mujer, Rahab, que protegió á los espías israelitas. Josué pronunció una maldicion sobre el que reedificara Jericó, diciendo que quien tal hiciera perderia al primero y al último de sus hijos. Hiel de Betel osó llevar á efecto esta reedificacion en tiempo de Acab, y resintió los efectos de la maldicion de Josué, pues murió su hijo primogénito al ser echados los fundamentos de la ciudad, y el último de ellos cuando fueron edificadas las puertas.

Herodes embelleció Jericó. Aquí fué donde este mónstruo coronado hizo ahogar á su hijo Aristóbulo, último vástago de la familia de los Macabeos. Antes de morir Herodes, mandó encerrar á los primeros personajes de su reino en el Hipódromo, y dió órden de matarlos en el momento que él espirara, á fin de que todo el mundo llorara despues de su muerte; y no contento con esto, en el lecho de su agonía hizo matar á su hijo Antipater. Cinco dias despues murió el tirano y fué enterrado en Herodio.

Jesucristo pasó una noche en Jericó. Zaqueo, gefe de los publicanos, queriendo ver cuando este entraba, hubo menester encaramarse en las ramas de un sicomoro, porque era muy pequeño de cuerpo. Jesus le vió y escogió su casa para pasar allí la noche, porque el Hijo del Hombre vino á buscar y á salvar lo que estaba perdido.

Jericó, como punto mas cercano á las fronteras de la Arabia, fué el primer lugar de Palestina que sufrió la invasion musulmana. Des-

de entonces acá ha decaido de su celebridad antigua, y ha sido convertido en miserable aldea, habitada por algunos centenares de beduinos.

En 1840, el gran Ibrahim-Pashá fué atacado por los beduinos cerca del Jordan, y enfurecido por este hecho, declaró guerra á muerte á estos guerreros nómades. Tres mil beduinos osaron presentarle batalla; él los derrotó completamente, y mandó matar sin piedad á cuantos cogió prisioneros. No contento con esto, hizo pillar y destruir todas las aldeas habitadas por beduinos. En el número de estas entró Jericó, que fué convertida en un monton de escombros.

La guerra de Ibrahim fué cruel y bárbara, pero produjo los mejores resultados. Del tiempo de ella data la pacificacion de Palestina y la seguridad de los caminos, porque entonces conocieron los beduinos que no eran invencibles, y que sus crímenes no habian de quedar impunes. Ibrahim es el autor del sistema por el que se declara responsables á los gefes de las tribus, de los desmanes cometidos por ellas. De esta manera los gefes tienen buen cuidado de mantener á raya á sus tribus, por temor de que recaiga sobre ellos el castigo.

A pesar de cuanto ha tenido que sufrir Jericó en todas las guerras, ha vuelto á ser habitada tantas veces como ha sido destruida, y esto porque su clima es dulce, el terreno fértil y el agua abundante. Los beduinos que la habitan no cultivan sino lo que es indispensable para su subsistencia: un poco de trigo, sandías y algunas legumbres. Lo restante del terreno permanece inculto, y se malogra el agua de dos excelentes y abundosas fuentes que lo riegan.

Evidentemente este suelo produciria cuanto en él se sembrara, pues su calidad es inmejorable, al decir de los mismos beduinos que lo habitan. En la antigüedad era muy celebrada la fertilidad de estas tierras; producian bálsamos preciosos que fueron muy afamados. Jericó llevaba el nombre de *ciudad de las palmas*, á pesar de que en ella no hay actualmente ni un solo árbol de la especie. Acaso con el trascurso del tiempo haya variado la vegetacion del terreno.

La rosa de Jericó, tan elogiada en la Escritura, no existe ya. La que los indígenas llaman *Kaf-Mariam*, y que no es otra que la *anastatica hierocuntica* de Lineo, es una planta de la familia de las crucíferas, que crece en los arenales de la Siria y de la Arabia, pero nunca en Jericó. Hay otra flor que fué reputada en la Edad-Media como la rosa de que hablan los Libros Santos, pero que evidentemente no lo es, pues no tiene las cualidades que allí se le atribuyen. Pertenece á la familia de las radiadas, y es una especie de margarita de gran tamaño. Se encuentra en las montañas de Judá, cerca del Mar Muerto, y tiene la propiedad de abrirse instantáneamente despues de cortada, cuando se sumerge en el agua, y aun algunas veces con la humedad atmosférica. Yo compré algunas de estas últimas flores.

El *zakkum*, la planta de que hicimos bastones Lavoisier y yo, produce un fruto parecido á la aceituna, que está muy cargado de cierto aceite, que es excelente remedio para las heridas. Acaso este aceite sea el bálsamo tan celebrado por los antiguos.

La *manzana* llamada *de Sodoma*, se da en Jericó en gran abundancia, y es un pequeño fruto amarillo lleno de jugo y de granos en su madurez, y que se pone enteramente negro cuando se seca.

Hay otro fruto llamado *oskar* por los indígenas, de color rojizo. Yo abrí uno de estos frutos y lo encontré un poco jugoso y lleno de granos. Lo probé con la punta de la lengua y hallé que su sabor era acre y cáustico. Ese fruto, cuando se seca, se hace esponjoso en su interior, y sirve como de yesca para encender las pipas.

Se da tambien el nombre de manzana de Sodoma á otro fruto cuya planta es muy rara en Jericó. Es largo y grueso en su extremidad. Tiene la piel verde y delgada, y por esto y por su figura tiene el aspecto de un higo, aunque en su interior mas bien es parecido á la manzana. Cuando se seca se hace negro tambien, y se desmorona fácilmente, lo cual ha dado lugar á la fábula de la famosa manzana de Sodoma, bella en el exterior, segun se dice, y que no contiene

mas que ceniza. Yo digo que esa manzana no existe, pues aunque los frutos de que he hablado se hacen negros cuando se secan, y se llenan de polvo por dentro, distan mucho de tener el bello y apetecible aspecto que generalmente se les atribuye.

Concluida nuestra excursion al declinar la tarde, volvimos Lavoisier y yo á la posada. Sentámonos allí y tomamos unas tacitas de café con el mayor gusto, fumando nuestro cigarrillo. El patio donde nos encontrábamos tenia una techumbre formada con hojas secas.

En estos países se acostumbra hacer de los patios una especie de salones, donde se pasan las horas mas calurosas del dia, por ser espaciosos y bien ventilados. Se les forma un techo con ramas secas, para impedir que penetren los rayos del sol. Este patio, así entoldado, me hizo comprender un pasaje del Nuevo Testamento.

Un dia, Jesus se encontraba en una casa adonde afluia la multitud enferma buscando la salud en el poder del Hijo de Dios. Era tan numerosa la muchedumbre que se agolpaba á la puerta, que estaba obstruida enteramente la entrada. Un paralítico era conducido por sus deudos sobre su lecho, y no pudo ser introducido por en medio del gentío; entonces aquellos que lo llevaban inventaron un medio ingenioso para hacerlo llegar á la presencia de Jesus: subieron á la azotea de la casa, y levantando el techo, bajaron por medio de unas cuerdas el lecho del paralítico hasta los piés del Salvador.

¿Cómo pudo ser levantado el techo sin que fuese llenada de escombros la estancia, y sin hacer mal á la multitud que allí se encontraba? La estancia donde se encontraba Jesus era, en mi entender, un patio como aquel en que yo me hallaba, cubierto con ramajes y con lienzos. Se concibe que esta techumbre pudiese ser fácilmente levantada sin peligro para los que estaban abajo.

De estas reflexiones vino á sacarme la voz del hostelero:

—¿Desean los señores ver un baile de beduinos? nos preguntó, es cosa bastante curiosa y que bien merece la pena de ser vista.

—De mil amores, le contestamos en coro los franceses y yo.

—Y ¿qué es preciso para ello? preguntó Lavoisier.

—Nada mas que el consentimiento de ustedes, repuso el hostelero; yo me encargo de lo restante.

—Y ¿será un baile en forma? pregunté.

—Haré bailar nada menos que veinticinco hombres y veinticinco mujeres.

—Pero eso debe ser sumamente caro, objetó d'Audiffret-Pasquier.

—De ninguna manera; con treinta francos estará bien pagada la comparsa.

—Barato es en verdad, exclamó Lavoisier.

—Y ¿adónde hemos de ir para ver la farsa? pregunté.

—Los señores no tienen que moverse de aquí; los beduinos vendrán hasta la puerta de la posada.

Convinimos gustosos en ello y cerramos el trato.

Colocamos nuestras sillas sobre una enorme barda que habia á la puerta de la posada á manera de plataforma, y desde aquel lugar elevado dominábamos todo el huerto. Frente á la puerta se encendieron dos grandes hogueras con ramas secas, que proyectaban en derredor intensa luz rojiza. Habia una luna clarísima, as íes que el astro mismo de la noche parecia contribuir para hacer mas visible á nuestros ojos la escena interesantísima que íbamos á presenciar.

Muy poco despues comenzaron á llegar beduinos de ambos sexos, por pelotones. Habia familias enteras que venian á bailar, comenzando por el padre y la madre, y acabando por el último chiquillo.

Las mujeres eran muy morenas y bastante feas, y me parecieron muy sucias; los hombres muy miserables, y tenian en su semblante gesto singular de avidez y ferocidad.

Ibrahim se encargó de dirigir el espectáculo; y cuando estuvo junta la comparsa, colocó ordenadamente á los hombres y á las mujeres, haciendo á cada uno ocupar un puesto conforme á su estatura.

Con el objeto de entender cuanto íbamos á mirar, hicimos á nuestros dragomanes Ibrahim y Fortunato que se sentaran á nuestros piés,

en la plataforma, advirtiéndoles de antemano que nos habian de traducir cuanto los beduinos cantaran.

Comenzó primeramente la danza de los hombres. Estos, que eran veinticinco, en cumplimiento de lo que habia prometido el dueño de la posada, se pusieron en semicírculo, quedando uno aislado en el medio, como si señalase el punto céntrico de la circunferencia. No habia música. Los que formaban semicírculo golpeaban las manos acompasadamente, y gritaban con voz monótona: *ha! ha!* Y al mismo tiempo que sonaban las palmas y gritaban, se inclinaban hácia adelante, bajando á las veces la cabeza hasta las rodillas; tornaban á levantarse y á ponerse derechos, y luego volvian, al unísono con su voz y con el tronar de sus palmas, á encorvar el cuerpo acompasadamente. En cuanto al que habia quedado solo, estaba armado de una espada que hacia ademán de esgrimir contra los otros, al paso que estos iban estrechando la curva para encerrarlo.

Ibrahim me dijo que aquella escena figuraba un combate en el Desierto; que el beduino de la espada hacia el papel de viajero, y los otros de bandidos, y que el viajero concluiria por ser vencido, puesto que era uno contra muchos.

En efecto, muy á poco sucedió que los que formaban la curva rodearon al de la espada. Este, viéndose circundado, se echó de bruces en el suelo sobre su arma, y los otros se arrojaron sobre él con ademán feroz, dando horribles alaridos. Estos alaridos me causaron un efecto extraño; me representaron por una parte al hombre-bestia, porque esos gritos no son de hombre racional, sino de bestia brava, y al mismo tiempo me hacian pensar en México, porque los beduinos gritan como nuestros bárbaros, con esa especie de lúgubre gemido que parece ser nuncio de la desgracia y de la muerte. Ese acento agudo y tembloroso es, además, modificado singularmente por la mano que se agita sobre la boca para hacer vibrar el sonido, llenando los oficios de una válvula.

Figurábame tambien, al mirar aquellas formas sombrías agitarse

con los ojos chispeantes, y mostrando los dientes blanquísimos con el gesto famélico del chacal, que asistia á una escena verdadera de asalto en el Desierto, y que veia á los árabes caer sobre su presa para robarla y destrozarla.

Terminó el baile de los hombres, y tocó su turno á las mujeres. Pusiéronse estas tambien en semicírculo; dos quedaron en el medio, y una de ellas empuñaba una espada. Aquí habia canto. Daba principio una sola voz, y luego contestaba el coro. Las que formaban el semicírculo batian tambien las palmas acompasadamente, y gritaban y se inclinaban al unísono con el compás. Entretanto, la mujer de la espada danzaba y cantaba, girando repetidas veces sobre sí misma; y agitando en alto el arma reluciente, formaba las mas bellas y artísticas actitudes que pueden imaginarse. Todas estas mujeres tenian trage bíblico: vestian de azul, y llevaban una especie de túnica ceñida al cuerpo por medio de una banda del mismo color. Caía de su cabeza sobre sus hombros una especie de toca que llegaba hasta la mitad de la espalda. La túnica, en la parte correspondiente al pecho, estaba salida y floja, formando al caer pliegues de efecto maravilloso. No habia ninguna que tuviese calzado, y sus piernas estaban desnudas hasta el tobillo. La que bailaba, sin embargo, tenia la túnica larga y le arrastraba por todas partes. Esto contribuia á hacer su figura mas clásica, por decirlo así, pues no parecia otra cosa sino una viñeta animada de la Biblia. Figurábame ver en aquella mujer que danzaba—vestida con el trage de hace mas de dos mil años, y llevando en la mano una espada que centelleaba con la blanca luz de la luna ó bien con el rojo fulgor de las hogueras—á la varonil Judit blandiendo en la mano la espada con que abatió la cabeza de Holofernes y libertó de un terrible enemigo á su religion y á su patria.

Tambien aquellas mujeres daban alaridos tristísimos, semejantes á los de los hombres, y hacian los mismos movimientos con el cuerpo.

La escena que se representaba era elegiaca, y en ella se deploraba la muerte de un guerrero. Unas veces cantaban las mujeres de

la derecha y respondian las de la izquierda, y vice versa; en tanto que la bailarina de la espada no cesaba de danzar agitando clásicamente el acero.

Ibrahim nos tradujo puntualmente la letra del canto, y nosotros la escribimos con lápiz en nuestras carteras de viaje, á la luz de las hogueras. Quiero trascribir aquí esta cancion por parecerme bastante curiosa.

Las mujeres de la derecha cantaban con voz melancólica:

El pueblo le miró cuando montaba el brioso corcel mas blanco que Nebi-Mussa.
Distinguíase por su hermosura entre todos los ginetes.

Las mujeres de la izquierda contestaban con voz plañidera, golpeándose el pecho con las manos:

Ay! no volveremos á verlo,
Ay! no le veremos mas
Sentado en el oasis al pié de las palmas,
Rodeado de sus amigos é hijos á quienes tanto amó y que tanto le amaron!

El coro respondia:

Él protegió al pobre y todos le amaron;
Su muerte fué el desconsuelo del pueblo,
Séale Alá propicio.

Las mujeres de la derecha continuaban con mayor energía:

Los pobres tienen hambre y están desnudos
Porque él les hace falta
Y piden á Alá gloria para él.

Las mujeres de la izquierda contestaban con tono dulce y de queja:

No hay quien monte su brioso corcel,
Sus camellos parecen estar tristes por su ausencia
Y tuercen el cuello hácia atrás, buscándolo con ojos llorosos.

El coro gritaba luego con voz desgarradora:

No montará ya su brioso corcel,
Y en vano sus camellos tristes por su ausencia
Torcerán el cuello hácia atrás, buscándolo con ojos llorosos.

A esto siguieron fuertes gemidos, y repentinamente volvió á gritar con acento bronco y plañidero el coro:

Ay! ¿por qué le hemos visto y nació en nuestra aldea?
Su recuerdo es nuestro placer, pero es nuestra pena.
Adios, pues, fiel siervo de Alá, adios para siempre.

En seguida las mujeres dieron gritos agudos, haciendo sonar en el fondo de su garganta el alarido salvaje de que he hablado.

La bailarina de la espada continuó bailando con movimientos lentos y graciosos, inclinada la cabeza sobre el pecho, y con la punta de la espada dirigida á la tierra. La danza fué haciéndose general poco á poco, los gritos y el golpear de manos fuéronse haciendo mas vivos, hasta que llegó un momento en que todas aquellas mujeres se mezclaron danzando, girando en torno de la que tenia la espada. Echaron la cabeza hácia atrás, golpeándose el pecho con las manos, y levantaron los ojos en alto con tiernísima mirada de amorosa expresion. La que empuñaba la espada, hacia rápidos molinetes sobre la cabeza de todas, y á medida que los movimientos se hacian mas desordenados, el brillo del acero y de sus ojos parecian confundirse y hacerse mas y mas poderosos á la luz de las hogueras y al resplandor de la luna.

Esta danza, febril, delirante, se prolongó por espacio de algunos minutos, hasta que algunas mujeres cayeron por tierra, rendidas de fatiga. Entonces se dió por terminado el espectáculo, y nosotros, entusiasmados tambien, nos echamos á aplaudir golpeando las manos.

Los dragomanes Ibrahim y Fortunato estaban fuera de sí de gozo, y nos aseguraban que habiamos tenido buena fortuna, pues el espectáculo habia sido de lo mejor y muy bien desempeñado.

Sentimos lástima hácia aquellos infelices beduinos, que no eran cincuenta sino sesenta, y en vez de darles treinta francos que era el precio convenido, les pagamos á razon de un franco por persona, y cinco francos á la bailarina de la espada.

Un chico como de cuatro años, muy gordo y muy gracioso, se acercó á nosotros y nos saludó con acento tímido. Conocimos su intencion y le dimos algunas piastras. Él nos dió las gracias tomándonos la mano, besándola y posándola sucesivamente sobre su pecho y sobre su frente.

§ VI

BETANIA.

Febrero 19.

A las seis de la mañana tomamos de nuevo el camino de la Ciudad-Santa. Antes de dirigirnos directamente á Betania, determinamos hacer una visita á la fuente de Eliseo.

Caminamos al noreste por una senda costeada de zarzas y malezas, y llena de verdura. A trechos encontrábamos bosquecillos formados por las espinosas plantas del *zakkum*.

Media hora despues llegamos á la fuente, que nace al pié de una colina pedregosa y está formada por algunos veneros que brotan en un pequeño remanso. Sus aguas son de sabor muy agradable; las bebimos con delicia y nos lavamos en ellas las manos y la cara.

Esta fuente lleva el nombre de Eliseo, porque siendo el agua de mala calidad, él la convirtió en buena.

Los habitantes de Jericó se quejaron al profeta de la mala calidad de la fuente, y él dijo: «traedme un vaso nuevo y poned sal en él.» Cuando esto fué hecho, Eliseo vino á la fuente y arrojó en ella la sal, diciendo: «hé aquí lo que dice Jehová: Yo he purificado esta agua, y la muerte y la esterilidad no saldrán mas de ella.»

Todavía se ven los restos del monumento que estuvo colocado á la falda del monte, junto al remanso.

Subí á la montaña, y desde allí disfruté de una hermosa vista sobre Jericó, el Desierto y las montañas que lo rodean. Ví las ruinas de la antigua Jericó, que estaba asida á la falda de la colina. Aun se miran sus fundamentos, y hay restos de los mármoles y de las columnas que formaron sus edificios.

Al noreste se encuentra, y á poca distancia, el Monte de la Cuarentena *(Djible-Korontul)*, llamado así, porque segun la tradicion, fué allí donde Jesucristo hizo penitencia durante cuarenta dias y cuarenta noches, habiendo sido tentado al cabo de ellos. El flanco del monte está lleno de grutas, las unas naturales, y hechas las otras por la mano del hombre. Allí habitaron los anacoretas. En una de estas grutas se dice fué donde pasó Jesucristo los dias de su penitencia.

Montamos á caballo y fuimos á tomar el camino de Jerusalen, pasando por el pié del Monte de la Cuarentena. Allí se miran todavía los restos de un pequeño castillo, llamado *Dok*. En este castillo fué donde Ptolomeo, gobernador de Jericó, mató por traicion á Simon Matatías y á Júdas Macabeo, sus parientes políticos, llevado del deseo de sucederles. La fortaleza es de piedra, y en pié están todavía sus murallas, que resistirán al embate de los siglos.

El camino de Jerusalen á Jericó ha sido siempre temible. Aquí fué donde hizo pasar Jesucristo la parábola del viajero socorrido por el samaritano: *un hombre viajaba de Jerusalen á Jericó, y cayó en manos de los ladrones, etc.;* parábola sublime, en que se demuestra que no basta la virtud en teoría sin las buenas obras. Esta parábola, además, es una terrible condenacion de los hipócritas, de los hombres de exterior devoto y de los levitas, que pasan su vida practicando acciones estériles y sin tener caridad por sus semejantes.

Despues de una hora de marcha llegamos á la vista de Betania *(el-Azarieh)*, que es un pueblo colocado en el declive de una montaña. Es un puñado de ruinosas habitaciones de piedra; y visto á distancia, parece un simple monton de escombros.

Nos detuvimos un momento á pocos minutos del lugar, para mirar una piedra que hay á un lado del camino y que es llamada *del coloquio*. Dicen que Jesus estaba sentado en ella cuando conversaba con Marta, que le decia:—«Señor: si vos hubiérais estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.»

Continuamos nuestro camino y llegamos á Betania. Algunos chicos

del pueblo nos condujeron á la tumba de Lázaro. Dejamos nuestros caballos. El guardian estaba á la puerta; nos proveyó á todos de cerillos encendidos, y bajamos á la tumba. La puerta de entrada es sumamente baja, y arriba de ella hay una pequeña mezquita. Precedidos por el guía, bajamos al oscuro subterráneo por una gradería de veintisiete escalones deteriorados, donde se está á cada paso á pique de perder pisada. Llegamos á un pasadizo estrecho y tenebroso. De allí, torciendo á la izquierda, bajamos algunos escalones todavía, caminando por un cañon donde nos era preciso marchar encorvados.

Y por fin llegamos al sepulcro de Lázaro, que es un pequeño aposento rectangular abovedado.

En aquel sitio sentíame poseido de pánico. Parecíame escuchar aquella voz potente y soberana que hablando al muerto, pestilente ya despues de cuatro dias de sepultura, le dijo:—Lázaro: sál fuera. Y miré con mi imaginacion levantarse el cadáver amarillo y envuelto en lienzos, y obedeciendo al acento que habia sonado en sus oidos inanimados, salir de la tumba con las manos ligadas con las vendas y envuelto el rostro en un sudario.

Y murmuraba interiormente:—*Verdaderamente Jesucristo es el hijo de Dios!*

Los franciscanos vienen algunas veces aquí á decir misa, y despues que la han dicho, cantan fuera de la puerta de entrada el Evangelio, en latin y en árabe. Los musulmanes asisten á esta ceremonia y escuchan el Evangelio llenos de respeto. Ellos han venerado en todo tiempo este sepulcro, porque tienen la firme creencia de que si alguna vez le hacen injuria, serán castigados con la muerte de sus hijos.

Concluida nuestra visita, nos dirigimos, precedidos por el mismo guardian, al lugar donde estuvo la casa de Marta y Magdalena. Caminamos á pié, dejando nuestros caballos en manos del guardian del sepulcro de Lázaro.

Algunos minutos despues llegamos á un campo á cuyo frente nos paramos en el umbral de una enorme puerta. Vino á abrirnos una

mujer que es la guardiana, y nos introdujo en el campo. En medio de aquel grande espacio se miran algunas ruinas. Son las de una iglesia levantada sobre el lugar donde tuvieron su habitacion Marta y Magdalena. Aquí vivió la familia á quien amó Jesus, aquella en cuya compañía pasó muchas horas y muchos dias gozando de las dulzuras de la amistad.

Aquí fué donde Jesucristo dió al mundo aquella leccion de amor de Dios, cuando estando á sus plantas Magdalena, Marta que trabajaba, la reconvino porque no le prestaba ayuda, y el Señor le contestó: «Marta, Marta, muchas cosas te ocupan y te turbas con ellas, y una sola cosa es necesaria; María ha escogido la mejor parte, y no se verá privada de ella.»

Quiere decir por tanto, que lo único que precisa es servir á Dios. Hay mucho que hacer en el mundo. Los negocios públicos y los particulares distraen la atencion de los que se consagran á su manejo. Aquellos, pues, que dejando á los demas el cuidado de los asuntos de aquí abajo, se dedican al servicio del Autor de todas las cosas, y se engolfan en los éxtasis de su amor, han escogido la mejor parte que no les será negada. Monges, solitarios, séres olvidados de la tierra, porque ellos la han olvidado los primeros; todos esos contempladores de la Divinidad, son grandes conocedores del destino humano, y son mas hábiles y pensadores que los que juzgan que el gran secreto consiste en el comercio, las artes y la industria. Estos forman al lado de Marta, y aquellos al lado de Magdalena.—

Quedan solamente algunos lienzos de muralla de la antigua iglesia que en este lugar se levantaba, y era sumamente pequeña.

Saliendo de aquí fuimos á visitar el sitio donde estuvo la casa de *Simon el leproso*. Allí fué donde la Magdalena derramó perfumes sobre la cabeza de Jesus. En seguida, regresamos á la tumba de Lázaro, y montando á caballo, tomamos á galope el camino de Jerusalen.

Un cuarto de hora despues llegamos al lugar donde estaba la higuera, que no habiendo tenido frutos para calmar el hambre de Jesus, fué maldita por él y se secó. Entonces fué cuando el Salvador nos enseñó á tener fé, diciendo: «En verdad os digo, que cualquiera que diga á esta montaña, levántate y arrójate en el mar, y no dude en su corazon sino que crea que todo lo que ha dicho debe hacerse, aquello le será hecho realmente.»

Pasó la época de los milagros, no hay en la tierra ya quien haga prodigios, y es porque la fé anda debilitada y perdida, y el milagro es el hijo querido de la fé.

Si alguno dijera á un monte, levántate y arrójate al mar, dudaria él mismo de ser obedecido, y la duda es la fuerza contraria del poder, y siendo la creencia la gran palanca que trastornaria al universo, cuando ella falta, la palanca no existe, y es insensato querer trastornarlo.—

Despues de algunos minutos de marcha, llegamos á la falda del monte del Escándalo, dejamos á un lado la aldea de Siloe, y seguimos galopando por el valle de Josafat, por en medio de las tumbas antiguas y modernas que pueblan este viejo cementerio.

Pasamos el Cedron, y en vez de entrar en la ciudad por la puerta de San Estéban, continuamos galopando á la derecha, en torno de la muralla, hasta llegar á la de Jaffa. Entramos pues en Jerusalen. En la puerta del Hotel del Mediterráneo, me despedí de mis compañeros franceses que partian al dia siguiente para Jaffa, de donde pasarian á Alexandría y Marsella.

De allí me dirigí al convento, donde me encontré con M. Delestre, que estaba ya en Jerusalen de regreso de su viaje á Hebron. Tuvimos mucho gusto en volver á vernos, y nos propusimos marchar juntos en adelante, durante nuestra peregrinacion en la Tierra Santa.

De acuerdo con esta resolucion, ajustamos en seguida con mi dragoman un contrato, conforme al cual Fortunato se comprometia á llevarnos al través de la Samaria, la Galilea y las costas del Mediterráneo hasta Damasco, por el precio de dos mil francos, corriendo de su cuen-

ta todos los gastos. El debia por consiguiente, proporcionarnos caballos, tiendas de campaña, lechos, buena mesa, escolta y alojamiento en los mejores hoteles.

Tan luego como el contrato estuvo concluido lo llevamos al cónsul frances para que le imprimiese el sello de su autoridad.

CAPITULO V

VIAJE A NAZARET

POR LA SAMARIA.

Febrero 21.

Este dia determinamos salir de Jerusalen. Como la primer jornada de aquí á Betel es muy corta, no quisimos emprender la marcha sino al comenzar la tarde. Empleamos la mañana en hacer los preparativos del viaje. Yo me compré un capote de pelo de camello *(abehy)* de los que usan los beduinos, para defenderme del agua, porque estos capotes son impermeables. Compréme además una *cuffi*, especie de pañuelo de seda con cordones y borlas en los bordes, que sirve para liarlo alrededor de la cabeza, y es un gran recurso contra el sol. Fortunato me suministró unas polainas de cuero con grandes hebillas, que me subian hasta el muslo, destinadas á defenderme contra la lluvia, el lodo y las espinas.

Mi dragoman tuvo la atencion de proporcionarme un hermoso caballo alazán, alto y de raza pura, de los que montan los árabes, y que bajo los rayos abrasadores del sol, devoran las distancias, cruzando con la rapidez del relámpago sobre las inmensidades del Desierto. Mi caballo además estaba ricamente enjaezado, con brida y silla inglesas, y esto contribuia mucho á dar realce á la belleza y gracia de sus formas.

Seis beduinos bien armados formaban nuestra escolta. Iban dos arrieros, un cocinero y un mozo en la caravana. Habia dos mulas para nuestro equipaje, y dos destinadas á cargar las provisiones, los lechos, las tiendas y los útiles de cocina y de mesa. Éramos trece las personas que formábamos la comitiva, y llevábamos diez y siete bestias.

En estos países donde se carece de todo en un viaje, es necesario proveerse de cuanto es indispensable anticipadamente, pues con frecuencia es preciso acampar á cielo raso, sin que haya medio de comprar ni las materias primas que se han menester para el alimento.

A las tres de la tarde, terminados ya nuestros preparativos, dijimos adios á los franciscanos, y montamos á caballo para salir de Jerusalen. El padre Procacci y el hermano Pedro se despidieron de mí con lágrimas, lo que me dejó en extremo reconocido. El judío Mussa me tuvo el estribo de la silla y la brida del caballo para que montara, y yo al partir le dí una piastra de oro. Me dijo adios tambien con enternecimiento, deseándome muchas felicidades y dándome mil bendiciones.

—El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os acompañe y guie por caminos de prosperidad, y os restituya sano y salvo al seno de vuestra familia,—exclamaba el judío á grandes voces, en su lenguaje bíblico, mientras yo me alejaba á buen paso del convento franciscano.

§ I

BETEL.

Salimos de Jerusalen por la puerta de Jaffa, y pasamos por el flanco de una colina de ceniza. Un poco adelante encontramos el mausoleo de Elena, reina de Adiabena, conocido vulgarmente con el nombre de *tumba de los reyes*. Tuve el sentimiento de no detenerme á visitarlo, por ser ya tarde y haber de llegar á Betel antes del oscurecer.

Atravesamos el valle de Josafat por una senda pedregosa, y llegamos á la cumbre del monte Skopo. Este monte es célebre, por haber sido el lugar donde el gran sacerdote Jado vino á encontrar á Alexandro, que vencedor del Asia, marchaba á la conquista de Jerusalen. Jado se habia puesto sus insignias pontificales, y venia acompañado de gran número de habitantes de la ciudad vestidos en trage de fiesta. Todos ellos entonaban cánticos, y aquel cortejo de paz que le salia al encuentro, impresionó vivamente en la imaginacion al héroe macedonio. Y reconociendo Alexandro en el pontífice al anciano venerable que habia visto en sueños, se postró delante de él de rodillas para adorar el nombre de Jehová escrito sobre su tiara.

Alexandro entró pacíficamente en Jerusalen y fué al Templo en compañía del gran sacerdote, á ofrecer sacrificios al Dios verdadero. De allí en adelante, el conquistador eximió á la Ciudad Santa, cada nueve años, del tributo que pagaba.

Desde la altura de este monte se descubre Jerusalen por la vez postrera. Descendí del caballo para decirle adios, así como la habia saludado, de rodillas, y leyendo en el libro del hermano Lavinio, entoné dentro de mi alma esta elegía sublime, que sola puede expresar los sentimientos de un corazon que, teniendo á Jerusalen por patria, derrama llanto en su ausencia.

«Junto á los rios de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion. Porque allí nos pidieron los que nos tenian cautivos, palabras de cancion; y los que por fuerza nos llevaron, dijeron: Cantadnos un himno de los cantares de Sion. ¿Cómo cantarémos cántico del Señor en tierra ajena? Si me olvidase de tí, Jerusalen, á olvido sea entregada mi derecha. Quede pegada mi lengua á mis fauces si yo no me acordare de tí, si no me propusiere á Jerusalen por punto principal de mi alegría.»

Levantándome despues y montando á caballo, eché una última mirada á la Ciudad Santa, pensando que no volveria á verla sino hasta el dia en que el Juez Supremo convocase á las gentes del Levante y

del Aquilon, del Septentrion y del Mediodía para darles lo que hubieren merecido en justicia. Término lejano que llegará sin embargo, y que con su aparato majestuoso llena de pavor desde ahora mi corazon y mi pensamiento.

Un cuarto de hora despues llegamos á la colina llamada *Tel-el-Soma*, desde donde se perciben al oriente el Mar Muerto y Anata, la antigua Anatot, ciudad sacerdotal de la tribu de Benjamin. En Anatot nació el profeta Jeremías. Sobre esta colina existió la antigua Gabaa que por la violacion cometida por uno de sus habitantes en la mujer de un levita, acarreó la destruccion de la tribu de Benjamin.

Un levita que tenia por concubina á una mujer de Belen, fué á recogerla á este lugar. Porque ella, habiendo adulterado, lo habia abandonado y se habia venido á la casa de sus padres. Recogió, pues, el levita á su concubina, y volviéndose á los montes de Efraim donde habitaba, tomóle la noche en Gabaa, y un viejo le dió hospedaje en su casa. Los hombres del pueblo, semejantes á los habitantes de Sodoma, cercaron la casa del anciano pidiéndole á voces al levita. El puso en sus manos á la concubina, por evitar que el sacerdote sufriese tal injuria, y aquellos hombres no dejaron á la mujer sino hasta el alba. Al partir el levita á la madrugada, halló á su mujer tendida sobre los umbrales de la casa, y echándola sobre un asno, cargó con ella hasta el término de su viaje. Llegado que hubo, tomó un cuchillo y echó mano de su concubina, y despedazóla con sus huesos en doce partes y enviólas por todos los términos de Israel.

Entonces se levantaron las once tribus ardiendo en deseo de venganza contra aquel crímen horrible, y enviaron á decir á Benjamin: «entregadnos á aquellos hombres que están en Gabaa para que los matemos y borremos el mal de Israel;» pero Benjamin no quiso. Entonces las once tribus se levantaron contra Benjamin, y á pesar de la resistencia desesperada que esta opuso, la vencieron, y pasaron á cuchillo á sus hombres y á sus bestias, y pusieron fuego á todas sus ciudades.

De Gabaa no quedó piedra sobre piedra, y ahora en el lugar que ocupó se extiende el campo.

Gabaa es la patria de Saul.

Despues de haber caminado media hora, llegamos al frente de la antigua Rama, lugar donde Nabusardan, general del ejército babilonio, habiendo encontrado entre los cautivos al profeta Jeremías, lo envió libre colmándolo de presentes.

A nuestro paso dejábamos por ambos lados del camino pequeñas aldeas y caseríos sobre las alturas. Esta manera particular de formar las poblaciones, presenta grande novedad y causa magnífico efecto en el paisaje. La tendencia á hacer ganar las cumbres á las habitaciones, es uno de tantos distintivos de la Palestina; costumbre antiquísima, anterior á los mismos hebreos, que se ha trasmitido de raza en raza entre todos los pobladores de este país.

En cuarenta minutos mas llegamos á una fuente llamada *Ain-el-Bireh,* que nace al pié de un pequeño monumento. Dejámosla á la izquierda, y entramos en el *Bireh,* pequeña aldea que es la antigua *Beeroth* de la tribu de Benjamin. Esta aldea se encuentra entre Rama y Betel, y como la Escritura señala un lugar en medio de estas dos poblaciones, como aquel donde pronunciaba Débora sus juicios, es acaso en *el-Bireh* mismo donde esta profetisa juzgaba al pueblo de Israel bajo una palma.

Dícese que fué en Beeroth donde la Vírgen y su esposo se apercibieron de que no venia su Hijo en la comitiva, en aquella ocasion en que el Niño Redentor habia quedado en Jerusalen interrogando á los doctores. Sobre el lugar donde la tradicion asegura haber reposado la Santa Familia, se levantó en la antigüedad una iglesia que fué reedificada por los Cruzados. Queda en pié todavía este templo en su mayor parte, y es una vasta construccion de piedra, hecha conforme al gusto reinante en los tiempos caballerescos.

Salimos de *el-Bireh*, y dirigiéndonos al norte tomamos el camino de Betel. Despues de media hora de marcha llegamos á una monta-

ña en cuyo flanco se encuentra abierta una caverna natural. Detuvímonos un momento á contemplarla, porque es muy curiosa. Tiene ámplia entrada, está llena de luz, y figura un salon cuadrado de diez ó doce metros, dividido en dos partes. La línea divisoria está marcada por dos esbeltas y uniformes columnas que se dirian hechas por la mano del hombre, y que parecen sostener la bóveda formada por la roca. Por entre las grietas de las peñas se desprende en el interior copiosa lluvia de agua cristalina, que se desborda y cae en pintorescas cascadas por la falda de la montaña. En la Edad-Média se daba á esta cueva el nombre de *Ayun-el-Haramieh* (los ojos de los ladrones), porque aquí se ocultaban los discípulos de Caco para sorprender y robar á los caminantes.

Todo el país situado á la orilla del Mediterráneo y del Mar Rojo, desde el Líbano hasta el monte de Santa Catarina es excesivamente cavernoso. En la Siria hay cuevas donde pueden ocultarse diez mil hombres. En Palestina hay tambien multitud de lugares de esta clase, por cuya razon las cavernas hacen gran papel en la Historia Sagrada.

Un cuarto de hora despues llegamos á Betel, que es una aldea miserable, habitada por un puñado de pastores. Está edificada en una llanura que se extiende sobre una pequeña loma.

No se conservan de la poblacion antigua sino algunos montones de piedras, y columnas truncadas que yacen medio sepultadas en la tierra. Tal vez estos escombros sean los restos del altar del becerro de oro, edificado por Jeroboam. Hay tambien una piscina de construccion muy antigua, que está llena de escombros. Aquí asimismo se miran las ruinas de un templo cristiano, erigido en tiempo de las Cruzadas.

Eran cerca de las siete de la noche cuando llegamos á Betel, y comenzaba á oscurecer. Nuestro dragoman no quiso que entráramos en el pueblo, porque allí no hay posada, ni convento, ni cosa que se les parezca, y es muy difícil que un árabe introduzca á un desconocido en su casa.

Elegimos por consiguiente, para pasar la noche en aquel campo, un lugar al abrigo de los vientos, y con algun declive para que corriera el agua si acaso llovia.

Clavaron en el suelo los beduinos unas estacas en círculo, fijaron un grueso palo en el centro y amarraron los cordeles á las estacas. En un instante dejaron plantadas las tiendas. Cuatro llevábamos con nosotros, y nuestro campo parecia un campamento de beduinos.

En la misma tienda nos alojamos M. Delestre y yo. Nuestra improvisada habitacion quedó amueblada muy en breve, con dos catres, una mesa, sillas de campaña y una gruesa alfombra tirada por el suelo. No esperaba yo encontrar tanta comodidad en un asilo de lienzo levantado á los cuatro vientos.

Poco despues de habernos instalado en nuestra tienda comenzó á llover, y sopló un viento helado. El agua corria por el suelo de nuestro improvisado aposento, y apercibiéndose de ello los beduinos, vinieron, y con la punta de sus largos cuchillos hicieron un pequeño foso á nuestro alrededor, con lo cual el mal quedó cortado radicalmente.

A poco arreció el frio, y el agua se convirtió en nieve. Fué mucho lo que nevó aquella noche. Mientras nevaba, M. Delestre y yo comimos con apetito desordenado una comida suculenta y bien sazonada. El cocinero que traiamos con nosotros, llamado Abdalah, era muy inteligente. Es el cocinero predilecto de las caravanas inglesas que atraviesan la Palestina.

Serian las nueve de la noche cuando acabamos de comer, y á falta de cosa mejor que hacer, determinamos dormir en seguida.

Metímonos, pues, en nuestros lechos, que convidaban al sueño. Hace calor horrible dentro de las tiendas, y la causa de esto debe ser la falta de la circulacion del aire; la tierra parece vomitar vapores de fuego en aquel recinto formado por la lona. Nuestra tienda semejaba un horno aquella noche, al mismo tiempo que fuera de ella soplaba viento arrasante, y caia la nieve en abundancia. Mi sueño fué intran-

quilo, como si hubiera tenido calentura; mi cerebro estuvo lleno de ensueños, parecidos á las imaginaciones de un delirante. Impresionado por la idea de encontrarme en Betel, soñé que miraba la escala misteriosa que vió Jacob, cuando huyendo de la cólera de Esaú hácia la Mesopotamia, pasó en este lugar una noche, con la cabeza reclinada sobre una piedra. Parecíame oir la voz del Señor que decia á Jacob: «Yo soy el Señor Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, la daré á tí y á tu posteridad. Y será tu posteridad como el polvo de la tierra. Seréis dilatado al Occidente y al Oriente, y al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en tu simiente todas las familias de la tierra.»

Al despertarme á las seis de la mañana siguiente, lo primero que hice fué repetir en mi pensamiento: *Verè Dominus est in loco isto et ego nesciebam. Quam terribilis est locus iste! Non est hîc aliud nisi domus Dei, et porta cœli.* Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabia! Cuán terrible es este sitio. No es aquí sino casa de Dios y puerta del cielo!

Y sentí sumos deseos de levantarme como el patriarca, tomar una piedra, alzarla por título y derramar aceite sobre ella.

Este lugar se llamaba antiguamente Loza, y Jacob, á causa de la vision que aquí tuvo, le puso por nombre Betel, que quiere decir *casa de Dios.*

Viniendo Abraham de Siquem, levantó aquí sus tiendas, y erigió un altar al Señor. Aquí fué asimismo donde este patriarca y Lot se separaron, á causa de las querellas nacidas entre sus pastores.

Jeroboam, despues de haberse rebelado contra la casa de David, colocó en Betel el becerro de oro, al que ofrecia sacrificios. Mientras el rey se entregaba á estas idolatrías, un profeta vino á anunciarle la destruccion de su altar y de todos los sacerdotes de los ídolos. Jeroboam tendió la mano para hacer arrestar al profeta, pero su mano se secó, y el altar se hendió de arriba abajo.—

Tomamos una taza de café y un vaso de leche, y nos dispusimos á

continuar el viaje. Salimos de la tienda, y quedamos sorprendidos al ver el campo cubierto de una capa de nieve de dos pulgadas de espesor, así como nuestras casas de lona. Esta fué sin duda la causa del calor sofocante que sufrimos aquella noche, pues no habia hendedura ni intersticio que no estuvieran obstruidos, de manera que un átomo solo de aire no podia entrar en nuestra tienda.

Preparado todo ya para la marcha, se trabó una disputa entre el arriero dueño de las bestias, y Fortunato. Aquel pretendia que debiamos pasar el dia en Betel, pues estando borrados los caminos á causa de la nieve, nos era imposible poder dirigirnos; el otro pretendia, por el contrario, que los caminos, saliendo de Betel, estaban visibles y expeditos. Ambos miraban por su interes, pues Anna (Juan) el arriero, queria ganar á Fortunato el sueldo de un dia mas, al paso que este trataba de ahorrar para ganar lo mas posible en el contrato.

La disputa duró una hora, con gritos, manoteos y miradas terribles. M. Delestre y yo determinamos que no teniamos objeto para permanecer en Betel, y zanjamos la discusion montando en nuestros caballos y echando adelante. La comitiva caminó en nuestro seguimiento.

§ II

HAUARA.

Febrero 22.

Torcimos á la izquierda de Betel, y subiendo una pequeña altura seguimos un camino al noreste. Allí encontramos algunos pastores que abrevaban su ganado en una atarjea. Estos pobres pastores no tenian mas que una camisa azul echada sobre el cuerpo, y estaban ateridos por el frio.

Saliendo de Betel acaba la tribu de Benjamin y se entra en la de Efraim. Los efraimitas no podian pronunciar, por un defecto orgá-

nico, la sílaba *shí*. Esta imperfeccion les fué de funesto resultado en la guerra que emprendieron contra Gefté, á la otra parte del Jordan. Habiendo sido derrotados, huian tratando de regresar á su tierra; pero sus enemigos, los habitantes de los montes de Galaad, guardaron los vados del Jordan, y preguntaban á cuantos querian pasar, si pertenecian á la tribu de Efraim. Los efraimitas contestaban que no, como es claro. Pero los de Galaad, no contentos con esta negativa, les exigian pronunciaran la palabra *shibolé* (espiga), y como ellos dijeran *sibolé*, los galaditas los reconocian por enemigos y los mataban. De esta manera murieron cuarenta y un mil hombres de la tribu de Efraim.

De la otra parte del Jordan, hácia el suroeste, están los montes de Galaad, donde habiendo acampado Jacob, que huia de Laban, su injusto y avariento suegro, fué alcanzado por este. Jacob y Laban hicieron allí pacto de amistad, en memoria del cual levantaron un monumento de piedra, de cuyo nombre se derivó el de la montaña. Porque Galaad quiere decir el *monton del testimonio*.

Aquí está la aldea Taibeh, sobre hermosísima colina de forma cónica. Es la antigua Efrem adonde se retiró el Salvador despues de haber resucitado á Lázaro.

Entramos en una estrechura abierta entre dos montañas cercanas, de faldas risueñas y bien cultivadas. La tierra vegetal está detenida á las faldas del monte por medio de murallas de piedra, dispuestas á manera de anfiteatro, y en forma de gradería ascendente, como ya lo he explicado. Los olivos y las higueras crecen aquí en abundancia. El terreno en verdad es fértil, pero la soledad reina por todas partes, y ni un labrador ni un caminante cruzan estos campos silenciosos. A la izquierda se miran algunos caseríos coronando las alturas. Ain-Yabrud, Jifna, Ain-Sinia, Kufr-Aneh, Borjd-el-Barduill, todas estas son pequeñas aldeas, mas ó menos bellas, erigidas en las cumbres.

De pronto escuchamos ruido de campanillas, y miramos una caravana de árabes que montaban soberbios camellos, y conducian otros

que llevaban carga de mercancías. El árabe que venia adelante cantaba á compás con el movimiento de vaivén que imprimia á su cuerpo la marcha del camello. Su voz temblorosa y monótona, parecia un medio entre el canto y el gemido. A medida que nos acercábamos se hacia su acento mas perceptible, y supliqué á Fortunato escuchara atentamente lo que el caminante decia cantando, y me lo tradujese con entera fidelidad. Así lo hizo el dragoman, y yo lo escribí al mismo tiempo con lápiz en mi cartera de viaje.

Esta cancion dice así:

«¡Oh camello, mas querido para mí que las niñas de mis ojos!

«Tu andar es blando, como el balanceo de las palmas del desierto.

«Eres el compañero de mi vida, y sobre tus lomos he cruzado cien veces la tierra

«Desde el Eufrates hasta Egipto, y desde Egipto á la ciudad Santa.

«La campanilla que pende á tu cuello, suena á mis oidos armoniosa, como la voz de mis hijos.

«¡Oh camello, compañero de mi vida, mas querido para mí que las niñas de mis ojos!»

La caravana pasó, y los hombres que la formaban, y los árabes de nuestra comitiva, se dijeron al pasar: *salam alekum* (la paz con vosotros) y *alekum salam* (con vosotros la paz), como es costumbre entre caminantes de este país.

Llegamos á un punto donde el camino terminaba, y fuénos preciso seguir el rastro pedregoso de un torrente. Este descendia con extraordinaria rapidez á un valle. Necesitábamos marchar con sumo cuidado, pues á cada paso nos veiamos á pique de salirnos de la silla y caer de cabeza. En algunos puntos nos era preciso echar pié á tierra y tirar de nuestros caballos por la brida.

Algunas veces, y no raras, se me figuró que el pobre animal no podria salir de ciertos pasos en extremo difíciles, y yo mismo me asombré al mirarlo quedar vencedor de la dificultad y sin lesion ninguna. Y

es que estos caballos están acostumbrados á cruzar por caminos de esta naturaleza.

Pasamos por el medio de un torrente llamado *uadi-Haramieh* (valle de los ladrones), y despues de un cuarto de hora de marcha llegamos á una fuente llamada de los ladrones *(ain-Haramieh)*. En todos los caminos de Palestina se conservan recuerdos de los tiempos en que el robo y el asesinato estaban á la órden del dia en esta tierra desgraciada. Por fortuna actualmente el mal está atajado, y parece no volverá á aparecer nunca.

Entramos en una estrecha garganta flanqueada por verdes colinas. Por un lado y otro se miran sepulcros tallados en la roca, y ruinas cuya procedencia se ignora.

Salimos de la garganta y subimos por la falda de una montaña. Lloviznaba y hacia frio. A la una de la tarde llegamos á Sin-Gil, que es una aldea situada sobre una montaña, á cuyo pié se extiende un campo risueño. Aquí recibimos hospedaje en la casa de un árabe, que nos instaló en un aposento espacioso rodeado de un ancho banco de piedra. Mientras almorzábamos llegó muchedumbre de árabes á vernos comer, y sentados alrededor nuestro, no apartaban los ojos de nuestro alimento y de nuestra boca.

A las tres seguimos nuestro camino. Bajamos de la altura y entramos en el hermosísimo valle de Sin-Gil. Se ven las ruinas de una aldea. Atravesamos el camino que conduce á Silo (paz), donde Josué colocó el Arca y permaneció esta mas de trescientos años.

Subimos por un monte, y bajamos á un delicioso valle de vistas espléndidas, que con la luz del sol que se ponia, parecia aun mas hermoso. Habia por allí ruinas de una poblacion latina. Entre las ruinas crecen los olivos silvestres. En esta tierra no se ven mas que olivos: hay pocos árboles de otra especie.

Contábamos con llegar á Naplusa aquel dia, pero habiendo oscurecido cuando aun nos faltaba la cuarta parte del camino, determinamos pasar la noche en Hauara, que es una aldea miserable, á las faldas del Garizim.

A las ocho de la noche llegamos á Hauara y nos alojamos en la habitacion de una pobre mujer. El aposento estaba formado, la mitad por la mano del hombre y la mitad por la de la naturaleza. Habia en el fondo una caverna que servia de caballeriza y cocina, mientras la parte anterior estaba destinada para dormitorio. Horrible miseria allí reinaba. Por todas partes se veian andrajos. Multitud de insectos de todas clases y dimensiones trepaban por las paredes y nos subian por la ropa, acribillándonos el cuerpo con sus mordeduras. La mujer con sus tres chicos, que á la sazon estaban dormidos, fuése á pasar la noche con una vecina, á fin de ganar algunas piastras con el alquiler de su casa. A las diez comimos, y estuvimos ahora como todos los dias, rodeados de árabes que nos miraban con ojos atónitos y hambrientos. Entre los circunstantes se encontraba el *sheikh* del lugar, que es la autoridad política, el cual aguardaba un pedazo de pan ó un hueso de pollo, como cualquier hijo de vecino. Las sobras de nuestra comida fueron repartidas entre aquellos campesinos y devoradas ávidamente por ellos.

A las once de la noche nos vimos precisados á decir á la multitud que nos dejara en paz, pues no llevaba camino de salir de allí nunca.

Febrero 23.

A la mañana siguiente nos levantamos á las siete, para continuar la marcha. Muchos árabes se apresuraron á ayudarnos á cargar nuestro equipaje. Al marcharnos, la aldea entera pedia *bakshish*, motivo por que perdimos mas de una hora en disputas. Una vieja riñó con la dueña de la casa donde habiamos pasado la noche, y á nuestra vista se dieron golpes. Aquello era una Babilonia de gritos, amenazas y ruegos, causado todo por el interes de obtener una propina. No puede ni siquiera imaginarse cuál es la avidez de los orientales

en materias monetarias. Los hombres, las mujeres, los niños, todos piden; las aldeas enteras resuenan del uno al otro extremo con esta palabra: *¡bakshish!* Por regla general, puede decirse que los países del Oriente, con necesidad ó sin ella, son países mendigos.

A las ocho nos pusimos en marcha. Las azoteas de las casas estaban coronadas de gente. Las mujeres nos veian con grande curiosidad, y apenas les fijábamos la atencion, corrian á ocultarse. Aun en esta aldea miserable las mujeres traian alhajas en profusion. Muchas tenian el rostro descubierto, pero las mas lo ocultaban tras un velo. No hay mujer, ni la mas infeliz, que no lleve brazaletes. Algunas llevan un anillo sobre la nariz, como en Egipto. El anillo, el velo y los brazaletes son de uso inmemorial en Oriente. Cuando Eliezer, mayordomo de Abraham, fué á la Mesopotamia á buscar mujer para Isaac, habiendo encontrado á Rebeca en la fuente, despues de averiguar de qué familia era, *le puso un pendiente sobre su nariz y brazaletes sobre sus manos.* Cuando conducida por Eliezer llegaba á Bersabé, habiendo visto á Isaac que venia por el camino á su encuentro, *tomó el velo y cubrióse.*

§ III

NAPLUSA (SIQUEM.)

Seguimos nuestro camino por la falda de la pequeña cadena de montañas que forman el Garizim, con rumbo al noreste, y teniendo á nuestras plantas una llanura (uadi-Mokhua.)

La mañana estaba hermosísima. Galopando, y con el humor mas bello del mundo, caminamos por espacio de hora y media, disfrutando hermosísimas vistas, y dejando como siempre á la derecha y á la izquierda aldeas asentadas sobre los picos mas elevados de las rocas, semejantes á los nidos de las águilas.

De pronto torcimos á la izquierda, y se abrió á nuestros ojos un valle delicioso que se extiende entre dos montes célebres, el Hebal y el Garizim. Atravesamos un bosque de olivos. Entre ellos hay una fuente á la que vienen á tomar agua las mujeres de Naplusa. Al terminar el bosque hay un cuartel, que es un hermoso edificio en construccion, de arquitectura europea.

Un momento despues llegamos á Naplusa, ciudad de las mas importantes de Palestina. Naplusa ocupa el lugar de la antigua Siquem. Está rodeada de murallas de piedra muy antiguas. La puerta por donde entramos es muy estrecha. La ciudad es larga, y las calles sombrías y pavimentadas con grandes piedras de superficie lisa y resbalosa. Hay muchas que están cubiertas con bóveda, y son de tal manera estrechas, que apenas pueden pasar por ellas al mismo tiempo dos personas á caballo.

Naplusa tiene de diez y seis á veinte mil habitantes, entre los que se cuentan cien católicos, quinientos griegos y quinientos entre samaritanos y judíos. Hay en la ciudad un misionero latino que es un frances llamado M. Morvieu.

Nos dirigimos directamente á la casa de este misionero. Llegados allí, fuimos conducidos á la presencia del eclesiástico.

La casa tiene exterior mezquino y hermoso interior, como la mayor parte de las habitaciones orientales. El gobierno turco hace pagar muy caras las fachadas, y por esto hay pocos que se permitan el lujo de tenerlas buenas.

En la sala nos encontramos en presencia de dos personajes vestidos á la turca, que fumaban sus *narghilés* sentados muellemente sobre los divanes. No creimos que ninguno de ellos fuese el sacerdote católico. M. Delestre preguntó en frances por el misionero, y entonces se levantó sonriendo uno de aquellos personajes, que tenia una hermosa y larga barba, diciéndonos:

—Servidor de ustedes, señores.

Dijímosle que deseábamos pasar aquel dia y aquella noche en Naplusa y que le suplicábamos nos diera hospedaje en su casa.

Inmediatamente consintió en ello con suma cortesía, y nos condujo á un hermoso salon, donde encontramos dos lechos á la europea.

Apenas instalados en nuestro aposento, oimos voces en el patio, y bajamos por ver cuál era la causa de aquel ruido. Era que habia vuelto á moverse disputa entre Anna el dueño de las mulas, y nuestro dragoman. Anna pretendia que le era preciso tomar un descanso de tres dias en Naplusa para poder continuar el viaje, porque sus bestias estaban muy fatigadas; mientras Fortunato declaraba que al dia siguiente habriamos de continuar indefectiblemente la marcha. Oyó M. Morvieu el altercado y aconsejó á los contendientes ocurrieran al juez del lugar, que daria la razon al que la tuviera. Vinieron en ello ambas partes, y en seguida nos pusimos en marcha, el arriero, el dragoman, M. Delestre y yo, precedidos por el misionero, á la casa del *sheikh*.

En el momento de llegar, comenzaba casualmente el *sheikh* á ejercer sus funciones judiciales. Tenia amistad con M. Morvieu, y dió el primer lugar á nuestra disputa. Escuchó al arriero, escuchó al dragoman, y habiéndonos preguntado á M. Delestre y á mí si queriamos continuar ó no la marcha, y habiendo nosotros contestado que sí, falló en seguida y sin mas trámites, que el arriero estaba obligado á continuar el viaje al dia siguiente. A fin de que sus órdenes no quedaran burladas, las extendió en seguida por escrito y las puso en manos de Fortunato para que este las presentara á las autoridades del tránsito, en caso de que el arriero insistiese nuevamente en hacernos detener en algun otro lugar. Mandó asimismo á un soldado que acompañara durante todo el dia al arriero, con el objeto de que este no pudiera fingir pérdida de bestia, ni enfermedad ninguna, ni otro obstáculo cualquiera que nos impidiera seguir caminando.

Concluido este incidente, el misionero nos propuso servirnos de guía, para que visitáramos los lugares mas curiosos de la ciudad.

Admitimos con gusto la proposicion del sacerdote, y nos echamos á andar por las calles barrosas de Naplusa.

Esta ciudad, como lo he dicho, es la antigua Siquem. Jacob, á su vuelta de la Mesopotamia, levantó sus tiendas en este valle. Dina, hija de Lia y de este patriarca, doncella de quince años, con la curiosidad propia de la juventud, salió del campamento de su familia para ver á las mujeres de Siquem. Siquem, hijo de Hemor, habiéndola mirado se enamoró de ella, la condujo á su casa y abusó de su inocencia. Entonces Siquem y Hemor, su padre, propusieron á los hijos de Jacob que se quedaran en aquel lugar y formaran todos un solo pueblo. Los hijos de Jacob consintieron en ello, poniendo por condicion que todo varon siquemita fuera circuncidado. Habló Siquem á su pueblo, y el pueblo convino en lo propuesto, y él y su pueblo se circuncidaron en seguida. Y á los tres dias, cuando los dolores de las heridas eran mas grandes, Simon y Leví, hermanos enteros de Dina, tomaron sus espadas, entraron en la ciudad, pasaron á cuchillo á todos sus habitantes, y rescataron á Dina. Este acontecimiento llenó de amargura el corazón del justo Jacob.

Antes que este patriarca pasara á Betel, purificó á toda su familia, y enterró á los piés de un terebinto que se hallaba detrás de la ciudad, los ídolos y los pendientes que se encontraban entre las personas de su casa. Despues de la conquista de Canaan por Josué, Siquem fué dada á la tribu de Efraim como ciudad sacerdotal. Josué poco antes de morir, reunió aquí al pueblo de Israel para exhortarlo á la obediencia de la Ley.

Cuando la division del reino de Israel, bajo Roboam hijo de Salomon, Siquem vino á ocupar el rango de capital del reino de Israel, siendo Jeroboan su primer soberano.

Doscientos cincuenta y tres años despues, en los tiempos de Oseas, llegaron los asirios, se apoderaron de la Samaria, y se llevaron á las

diez tribus cautivas. El pueblo israelita fué reemplazado por muchedumbres idólatras, enviadas de Babilonia. Esta gente se mezcló con los pocos israelitas que quedaron en la tierra, y de su mezcla resultaron los samaritanos, pueblo que reunia á las tradiciones hebreas, las idolatrías babilónicas.

Despues de la cautividad, los samaritanos se ofrecieron para ayudar á la reconstruccion del Templo de Jerusalen; pero los judíos rehusaron admitir su ofrecimiento, y aun les negaron ser hijos de Abraham. Esta repulsa hirió en su punto mas sensible el corazon de los samaritanos, y fué orígen del odio mortal que se tuvieron samaritanos y judíos, odio religioso agravado por las rivalidades políticas de pueblo á pueblo.

El Evangelio fué predicado á los habitantes de Siquem por el Salvador mismo.

Vespasiano estableció en Siquem una colonia romana, bajo el nombre de *Flavia Neapolis*. Lo de *Flavia* le venia del nombre del emperador, y *Neapolis* queria decir *ciudad nueva*, de manera que las palabras Nápoles y Naplusa reconocen el mismo orígen etimológico.

En tiempo de los Cruzados hizo Naplusa un papel principal. Despues de la batalla de Hittin, cayó en poder de los musulmanes, á fines del siglo XII.

En 1834, los habitantes de Naplusa, conducidos por su *sheikh* Kassim-Ahmeth, al cual se reunió gran número de paisanos de distintas partes de Palestina, sitiaron á Ibrahim-Pashá en Jerusalen. El virey de Egipto temió por la vida de su hijo, y poniendo en libertad al bandido Abugosh, á quien tenia prisionero, vino á un acomodamiento con Kassim-Ahmeth. Y hubo juramento de paz por ambas partes. En consecuencia, el sitio de Jerusalen fué levantado, y los *fellahs* que componian el ejército sitiador, volvieron á sus labores del campo. Entonces Ibrahim ardiendo en deseos de venganza, salió de Jerusalen con diez y seis mil hombres, y se arrojó sobre la Samaria llevándolo todo á sangre y fuego. Siquem fué casi destruida, y su desgraciado

sheikh conducido á Damasco y decapitado en compañía de sus cuatro hijos.

Este episodio de la guerra de Siria es una mancha de las glorias de Ibrahim.

Cuéntase que encontrándose este guerrero en Naplusa, se le presentó una mujer cuyo marido, hijo y hermano estaban prisioneros en poder de Ibrahim, pidiendo la vida de su hermano. Asombrado el general egipcio de que esta mujer prefiriese salvar á su hermano, á salvar á su hijo ó á su esposo, le preguntó cuál era la causa de que observase esta conducta inexplicable. A lo cual ella contestó:

—Señor, si enviudo y pierdo á mi hijo, puedo casarme de nuevo y tener otros hijos, pero si pierdo á mi hermano, con nada podré reemplazarlo, porque es el único que tengo, y mis padres han muerto.

Asombrado Ibrahim de esta manera de discurrir, puso en libertad á todos tres.—

El misionero nos condujo á una iglesia del tiempo de los Cruzados, que está muy bien conservada, y tiene fachada semejante á la del Santo Sepulcro. Actualmente está convertida en mezquita.

De allí nos dirigimos á la sinagoga samaritana, pasando por calles abovedadas, oscuras y pestilentes. Algunas de ellas son cruzadas por las corrientes del agua que se desborda de las fuentes. De suerte que con gran dificultad puede transitarse por la vía pública, pues es preciso andar á saltos y con el ojo vigilante.

La entrada de la sinagoga samaritana es sumamente mezquina. Hay primero un patio pequeño, de allí se sube á un segundo patio por una escalera de piedra. Aquí se encuentra la puerta de la sinagoga. Es esta pequeña en extremo. Una bóveda de mediana altura se levanta del punto céntrico del edificio; el piso está cubierto con esteras y las paredes blanqueadas con cal.

Entramos en la sinagoga precedidos por M. Morvieu, y no pasamos del vestíbulo. Nadie puede seguir adelante sin descalzarse enteramente, pues las pantuflas mismas están prohibidas. Ni M. Delestre

ni yo pudimos resolvernos á marchar por allí con los piés desnudos, y contemplamos la sinagoga desde el vestíbulo.

Habia dos ó tres hombres ocupados en limpiar las cosas pertenecientes á aquel sitio. El gefe de ellos era un jóven como de diez y ocho años, vestido con ancho calzon de género blanco de lino, chaquetilla corta del mismo color y *tarbush* rojo. Tan luego como llegamos, vino este *sacristan* á preguntar qué se nos ofrecia, y M. Morvieu le suplicó trajese el Pentateuco samaritano. Negóse á ello el muchacho, diciendo que no le era lícito llevar aquel libro de aquí para allí; entonces el misionero le ofreció tres francos, y él no opuso ya resistencia, y fué á traer el Pentateuco para ponerlo delante de nuestros ojos.

En el fondo del templo hay una enorme cortina de color verde que cubre todo aquel lienzo de muralla. Allá se dirigió el muchacho, y apartando con sumo respeto la cortina, sacó de una especie de tabernáculo dorado un objeto envuelto en tela verde. Uno de los hombres allí presentes se apresuró á traer un atril de blanca madera, y el muchacho colocó el objeto que venia cargando sobre el atril. En seguida, con el mayor respeto, hizo á un lado los cordones y las borlas de oro que habia sobre la cubierta verde, y apartando esta, puso delante de nosotros el célebre Pentateuco. Está escrito en pergaminos enrollados, como era el uso antiguo. Cada página tiene dos columnas de letra tan hermosa y correcta, que causa trabajo creer que haya sido formada con la mano, y en época remota.

Este Pentateuco está escrito en dialecto samaritano, pero con caractéres hebreos. Los samaritanos hablaban un dialecto compuesto del hebreo y el caldeo, pero conservaron los caractéres hebreos; al paso que los judíos adoptaron el alfabeto caldeo de la cautividad. Así que el libro de que me ocupo, puede decirse hebreo por lo que hace al alfabeto, y samaritano por el dialecto.

Los poseedores de este curioso manuscrito aseguran que les viene de Abisca, hijo de Fineas, hijo de Eleazar que lo fué de Aaron, 1,500 años A. J. C.

Hay quien piense que este libro data del tiempo de la cautividad, y que fué traido á esta tierra por un sacerdote enviado de Babilonia, para enseñar al pueblo á adorar á Dios.

Otros opinan que no data sino del de Manasses, primer gran sacrificador del templo samaritano levantado sobre el Garizim, 300 años A. J. C. Esta es la opinion mas verosímil.

De todas maneras, el manuscrito, segun todos convienen, no puede tener menos de dos mil años, que es á la verdad fecha respetable.

Este libro es la mejor prenda que poseen los samaritanos, en la cual se miran, y por la que se desviven. Como ha sucedido ya tres ó cuatro veces que algunos ladrones mahometanos pagados por los viajeros británicos, hayan tratado de robarse el Pentateuco, los samaritanos lo vigilan de dia y de noche; dispuestos hombres, mujeres y niños á derramar por él hasta la última gota de su sangre.

El odio entre samaritanos y judíos dura todavía hasta la fecha, y es grande como en el tiempo de Jesucristo. Por otra parte, los samaritanos han purgado su religion enteramente de las idolatrías de que estaba manchada en la antigüedad. Mas tienen por apócrifos los libros sagrados escritos despues del Pentateuco, y solo este veneran.

Conservan aún todas las prácticas prescritas por la ley mosaica; se casan entre sí únicamente y observan al pié de la letra aquel aseo del cuerpo, mandado en el antiguo Testamento. Tal vez en virtud de este aseo gozan los samaritanos por lo general, salud perfecta, y tienen larga vida.

Hubo un tiempo en que los individuos de esta religion se vieron reducidos al número de cincuenta, pero ni entonces ni nunca han perdido la fé ni la esperanza. Los samaritanos se casan muy jóvenes y procuran tener larga descendencia para crecer su pueblo; ahora son cerca de cuatrocientos. Esperan la venida de un gran profeta que ha de libertarlos de todas sus desgracias, y que hará que el mundo entero se convierta á la religion de ellos.

Los samaritanos se han visto en gran conflicto, pues hace poco, segun los mismos dicen, se extinguió entre ellos la raza sacerdotal descendiente de Aaron. La sola raza que subsiste aún, es la de Eleazar. La primera era la única que podia ofrecer sacrificios, en tanto que á la segunda no le compete sino el cuidado de las cosas pertenecientes al culto. Por mucho tiempo estuvieron los samaritanos sumidos en la mayor consternacion, privados de ofrecer sacrificios á Jehová; pero últimamente han decidido los sabios de la Ley, que la raza de Eleazar puede ser tambien de sacrificadores á falta de la de Aaron. Es probable que si la descendencia de Eleazar llega á extinguirse, decidan los sabios que cualquier descendencia puede ser de sacrificadores, pues lo que importa para ellos es no quedar sin sacrificios.

M. Morvieu nos refirió que él habia visto la celebracion de la fiesta pascual de los samaritanos. Díjonos que cada año en el mes de Marzo, que es el *Nisan* ó *Abib* de la Escritura, suben los samaritanos á la cumbre del Garizim, y levantan allí sus tiendas en las cuales habitaban durante algunos dias. Toman el dia 10 de Marzo un cordero ó un cabrito de un año, macho y sin mancha, y lo guardan cuatro dias. El 14, encontrándose toda la congregacion sobre el Garizim, inmolan el cordero en la *segunda tarde*, esto es, al caer el sol, y en la misma noche, despues de haberlo lavado, lo asan al fuego y se lo comen, acompañado con panes ázimos y yerbas amargas. Si despues de haber comido la compañía hasta saciarse, sobra algo, es quemado al fuego, á fin de que nada quede para la mañana siguiente. El cordero pascual es comido con gran prisa y reverencia, y en tanto que dura el religioso banquete, los samaritanos tienen zapatos en los piés y báculos en las manos, en memoria de la Fase ó tránsito de los hebreos del Egipto á la Arabia. Despues de esta ceremonia permanece el pueblo siete dias mas en la cima del monte, comiendo los ázimos, segun la Antigua Ley. Durante este tiempo, cada padre de familias ejerce minuciosa vigilancia en su tienda y entre los suyos, registrando continuamente por todas partes, á fin de cerciorarse de

que no hay en su casa pan con levadura. El 21 de Marzo, al oscurecer, concluye la fiesta religiosa; los samaritanos recogen sus tiendas, y bajando el monte, vuelven á Siquem satisfechos y llenos de esperanza.

En el tiempo en que aconteció el gran cisma de Samaria, hicieron los samaritanos un templo á imitacion del de Jerusalen, en la cumbre del Garizim, y esta es la razon por que aun ahora que las ruinas mismas de ese templo han perecido, la cumbre de ese monte sirve de teatro á la fiesta pascual.

Manasses, gran sacrificador del Templo de Jerusalen, casó con una extranjera, contraviniendo con esto á la Ley. Los judíos se indignaron, y le exigieron que abandonara á su mujer, si queria continuar ejerciendo su encargo. Manasses no quiso hacerlo, y fué á refugiarse cerca de su suegro Sanabalot, á quien dijo, que aunque amaba tiernamente á su hija, no podia resolverse á dejar la sacrificatura, que era tenida por grande honor entre sus compatriotas. Sanabalot le rogó que no dejara á su hija, y le ofreció obtener permiso del rey Darío para edificar sobre el monte Garizim un templo igual al de Jerusalen, y para establecerlo á él gran sacrificador. Darío fué derrotado por Alexandro, y Sanabalot obtuvo del conquistador el permiso que deseaba.

El nuevo templo fué comenzado y concluido en menos de tres años. Algunos otros sacrificadores de Jerusalen y todos los judíos trasgresores de la Ley se retiraron á Samaria, y desde entonces, el cisma y la enemistad entre samaritanos y judíos quedaron cumplidos. Ciento cuarenta años A. J. C., el templo del Garizim fué dedicado á Júpiter Helénico, y doscientos años despues de su construccion fué destruido por Juan Hircano.

En tiempo de Vespasiano, los samaritanos en número de once mil se retiraron al Garizim, é hicieron resistencia tenaz. Los romanos, sin embargo, tomaron su campamento y mataron á todos sin piedad.

El monte Garizim se levanta 2,650 piés sobre el nivel del Me-

diterráneo. Josué colocó en su cumbre á los descendientes de Simon, de Leví, de Judá, de Isacar, de José y de Benjamin, para pronunciar bendiciones sobre los observadores de la Ley. Y colocó en el monte Hebal á los descendientes de Ruben, de Gad, de Aser, de Zabulon, de Dan y de Neftalí, para proferir maldiciones sobre los trasgresores. Durante esta solemnidad, el Arca de la Alianza, colocada en el valle que separa los dos montes, estuvo rodeada de sacerdotes, levitas, jueces, oficiales y ancianos del pueblo.

Sobre este monte pronunció Jonatan su célebre discurso, con ocasion del establecimiento de su hermano Abimelec, como Juez de Israel, que era una injusticia cometida por el pueblo de Siquem. Este discurso es el apólogo mas antiguo de que se tenga noticia.—

Despues de haber andado durante tres cuartos de hora vagando por la ciudad, regresamos á la casa del misionero. Allí almorzamos en compañía de M. Morvieu. Concluido el almuerzo, M. Morvieu nos propuso fuéramos á visitar el *pozo de Jacob*, que está cerca de Siquem. Admitimos con gusto su proposicion. Hicimos ensillar nuestros caballos, y salimos de la ciudad el misionero, M. Delestre y yo, por la puerta misma por donde los dos últimos habiamos entrado. Galopamos hácia la extremidad sureste del valle que separa los dos montes, por la falda del Garizim. Veinte minutos despues llegamos á un pequeño campo rodeado por un muro derruido. Hicimos trepar á nuestros caballos sobre los escombros, y nos encontramos dentro del campo. Aquí están las ruinas de una iglesia, y sembrados por el suelo se miran restos de mármol, de columnas y cornisamentos. En la parte del templo correspondiente á la cripta, se mira un pozo casi cegado con tierra y piedras. Es el *pozo de Jacob (Bir-Yacub)* y asimismo el *de la Samaritana*.

Cerca de aquí, en este mismo campo, levantó sus tiendas Abraham, viniendo de Aran, con Sara su mujer y Lot su sobrino, y elevó un altar al Señor. Y el Señor se le apareció y prometióle dar esta tierra á su posteridad. Cuando Jacob volvió de la Mesopotamia, levantó aquí tambien su campamento, y compró esta tierra por cien corderos á los hijos de Hemor, padre de Siquem.

Aquí vino José, enviado por Jacob, á buscar á sus hermanos. Como no los encontró, fué á buscarlos á Dotaim, y allí fué vendido por ellos á los mercaderes ismaelitas.

Jacob, antes de morir, dejó á José este campo por herencia. Los israelitas salidos de Egipto, trajeron el cuerpo de José y lo depositaron aquí, conforme á la voluntad manifestada por el patriarca á los hijos de Israel.

Este pozo, famoso ya por haber sido abierto por Jacob para proveer de abrevaderos á sus rebaños, es todavía mas célebre por haber pasado á sus bordes un coloquio entre Jesucristo y la Samaritana.

El Salvador no se desdeñó de hablar con una mujer de Samaria, y bebió del agua que ella habia sacado en su cántaro. El resultado de este coloquio fué la conversion de la Samaritana y su familia á la fé del Mesías. Esta escena, referida con sencillez por el Evangelio, forma un episodio poético y sublime en la historia de la Pasion.

Mi imaginacion me representó en aquel punto á Jesus sentado al borde del pozo, diciendo á la Samaritana que á la sazon sacaba el agua: «dame de beber.»

Nada mas pintoresco que este sitio, para servir de teatro á acontecimiento tan bello y de sentido tan alto. Por una parte está el Garizim y por otra el Hebal, que parecen levantar la frente para mirarse de hito en hito.

En medio de los dos montes se extiende un valle plantado de higueras y nopales. Al través de estos bosques de nopales é higueras, se deslizan las bulliciosas corrientes que brotan de fuente cercana. En el fondo, al occidente, levántanse sobre el verde ramaje de innúmeras arboledas, las murallas de piedra y las blancas cúpulas de la ciudad. A la derecha, y en el extremo oriental del valle, se alza una cadena de pequeñas lomas cubiertas de verdura y coronadas de pintorescos caseríos.

Los campos están sembrados, y brotan por entre las piedras las florecillas silvestres que tapizan el suelo de la Palestina. Sintiendo en mi corazon la hermosura de aquel paisaje, me parecia que los ecos de las montañas repetian aún las palabras solemnes de Jesus: «yo soy la fuente de agua viva, y aquel que beba de ella no padecerá sed jamás.»

Dejamos el pozo de la Samaritana, y nos dirigimos al monte Hebal. En pocos minutos atravesamos el valle, y llegamos á una aldea llamada *Rudjib*. Cerca de ella, á la derecha, hay una pequeña construccion blanqueada con cal y rodeada por un muro. Echamos pié á tierra. Dejamos nuestros caballos en manos de un árabe de la aldea, y penetramos en aquel pequeño monumento. El techo del aposento que formaba la entrada, se ha derrumbado hace poco, y el pavimento está cubierto de escombros. Pasamos con gran trabajo sobre los montones de piedra que obstruyen la entrada, y penetramos en un segundo recinto que carece de techo. En medio de él se levanta una tumba de grosera construccion, blanqueada tambien con cal. Es el sepulcro del patriarca José.

El patriarca José fué trasportado de Egipto por los israelitas, conforme á su última voluntad, y enterrado en este campo que Jacob le dejó por herencia. Sus hermanos, los otros hijos de Jacob, fueron tambien trasportados á la tierra prometida, y sepultados aquí mismo.

La tumba de este patriarca estuvo enteramente abandonada hasta el año de 1862, en que la reparó M. Roberts, actual cónsul británico en Damasco. Así lo dice una inscripcion grabada sobre una placa de mármol, que se encuentra en un extremo del aposento sepulcral.

Los árabes respetan mucho esta tumba, y encienden sobre ella durante el dia y durante la noche, lámparas de aceite que yo he visto arder. Cuando algun labrador quiere poner sus cosas en lugar seguro, las deposita cerca del sepulcro de José, y allí nadie las toca, porque este asilo es inviolable y sagrado para los mahometanos. Yo ví en aquel sitio multitud de útiles de labranza abandonados, sin que

nadie los vigilara, y guardados solamente por el respeto que infunde la tumba del patriarca.

Saliendo de aquí nos dirigimos de nuevo á Naplusa. La lluvia comenzó repentinamente y nos tomó á la improvista, pues no habiamos traido nuestros capotes, confiando en el hermoso tiempo que hacia. Así es que nos caló el agua hasta los huesos.

A las cinco de la tarde llegaron á la casa del misionero dos damas de Nazaret, especie de Hermanas de la Caridad, y una jóven pretendiente de Hermana. A las seis comimos todos reunidos, y tuvimos un banquete, pues Fortunato habia querido dejar contentos á nuestros convidados. Terminada la comida, subimos al salon á conversar un rato tomando el café y fumando. M. Morvieu se ha hecho por completo á las costumbres del país. Fuma el *narghilé* con extrema delicia, y no puede reemplazarlo con nada. Tan luego como empuñó el piton metálico de la pipa, abandonó sus babuchas de cuero, y cruzando las piernas sobre el divan, se recostó en los cojines. Las Hermanas de Nazaret, que eran francesas, rieron mucho y largamente á causa de esto, y se chancearon con el eclesiástico, que contestaba con suma gracia, sacando de su boca por momentos el piton de la pipa.

De las Hermanas de Nazaret, la una era una venerable anciana, que parecia modesta y reservada; la otra una mujer de cuarenta años, muy bachillera y parlanchina, que hablaba sobre cuanto hay en el mundo, usaba de palabras éscogidas, y se escuchaba á sí misma con gran delicia. Habló sobre Francia, Prusia, Mr. Thiers, la Palestina, Jesucristo, y sobre mil cosas mas, con la misma prosopopeya de quien da cátedra.

La jóven pretendiente de Hermana era árabe, un poco morena y de facciones bastante regulares. Hablaba el frances muy bien. M. Delestre se constituyó desde luego su galan, y ella aceptaba con visible coquetería los obsequios del jóven frances.

La Hermana parlanchina se disgustó mucho al ver aquella escena amorosa, y mandó á la jóven que se recogiese, porque al dia siguien

te deberia levantarse muy temprano, para emprender el camino de Nazaret. Retiróse la jóven, y los circunstantes estábamos bastante mustios á causa del enojo de la Hermana, cuando M. Morvieu movió una conversacion que animó el espíritu de todos.

—Hace catorce años, dijo, soy misionero en Siquem, y he observado atentamente las costumbres del país.

—Y ¿qué opina vd. de esta tierra en general? le pregunté.

—Opino que es por mil títulos maravillosa. La Palestina ha sido conquistada innumerables veces, y al revés de lo que pasa con las otras naciones, ha resistido á la influencia de todas las conquistas. Ni los asirios, ni los romanos, ni los Cruzados han podido dejar huella alguna de su dominacion, en las costumbres de este pueblo. La Palestina es la misma que era en tiempo de los patriarcas. Yo, que por razon de mi ministerio trato á esta gente muy de cerca, aseguro que los hábitos de ella no son distintos de lo que eran en esas épocas remotas. Hoy, como en tiempo de Jacob, la riqueza de la tierra consiste en rebaños, asnos y camellos. Hoy, como entonces, los personajes mas ilustres no se desdeñan de ser pastores, y del cuidado de las ovejas pasan frecuentemente á ser generales en la guerra ó gobernantes en la paz. Las rivalidades entre los pastores nacen muy fácilmente, á causa de los rebaños ó de los pozos donde los abrevan. En los lugares donde no hay agua, los propietarios de los rebaños hacen pozos enteramente iguales al que abrió Jacob cerca de aquí, cuando venia de la Mesopotamia. En fin, yo aseguro que el estudio de la Biblia en este país es mas provechoso que en ninguna otra parte del mundo, pues aquí es fácil entender, en vista de las costumbres del pueblo, multitud de lugares oscuros.

—Pero este es un país salvaje, dijo la Hermana bachillera, y es un martirio pasar la vida en él. Nada de caminos, nada de telégrafos, nada de sociedad. ¿Qué va vd. á hacer en una tierra por el estilo?

—Señora, contestó M. Morvieu, vd. tiene razon porque mira las cosas superficialmente. En efecto, si aquí se buscan trenes directos, comunicaciones telegráficas, ó bailes y teatros, evidentemente es para morir de tristeza, pues no hay mas caminos que el rastro de los torrentes en las montañas, ni mas comunicacion que la que ofrece el lomo de un asno ó de un camello, ni mas sociedad que la que se tiene con gente en lo general ignorante y sin refinamientos de cortesía.

—Es lo que digo, exclamó la Hermana, triunfante, con el tono superficial y soberbio propio del carácter frances que parece pretender: *la France, la belle France, oh! le monde ne vaut pas la France, et la France est le monde!*

—Pero en cambio, señora, prosiguió el misionero, ¡cuántas materias de estudio se presentan aquí para el hombre pensador! Esta tierra, por la diversidad de aspectos que presenta en su suelo, es curiosa para el geólogo; por la diversidad de vegetaciones que aquí se producen, lo es para el botánico; por los recuerdos históricos que encierra, para el literato; por los hechos trascendentales que nacidos aquí han trasformado el mundo, para el filósofo; por los misterios de la religion que aquí se han cumplido, para el cristiano.

—Tiene vd. razon, prosiguió la Hermana; pero ya ese terreno está muy explotado, y es inútil dedicarse á explotarlo mas, despues de la última obra publicada por Monseñor Mislin.

—¿Usted lo cree así? preguntó el eclesiástico sonriendo;—pues yo no soy de esa opinion, y estoy convencido de que ni mil escritores mas son capaces de agotar la materia.

Cortóse un poco la Hermana con esta respuesta, é iba á seguir la discusion, cuando la anciana le hizo seña con los ojos de que callara.

M. Morvieu nos refirió en seguida algunas curiosidades del país, en materia de costumbres históricas, y me es muy sensible haber olvidado mucho de lo que nos dijo, pues era muy interesante, y en este lugar vendria como de molde. Recuerdo únicamente que el misionero habló mucho sobre la costumbre de las esposas de aguardar á sus esposos con lámparas encendidas en la primera noche de bodas. A

ella hace alusion la parábola de las vírgenes sabias y las necias. En Palestina se conserva este uso como en tiempo de Jesucristo. Las lámparas son mas bien sucios mecheros formados de hilacha, que arden con aceite ó manteca en una vasija de barro. Se les coloca en lo alto de una vara ó pértiga, y á la hora en que el esposo va á entrar en el aposento nupcial, toma la mujer la pértiga y se coloca á un lado de la puerta de entrada, con ella en la mano. Esta ceremonia tiene la significacion siguiente: «pase mi señor en el aposento de su sierva: el honor de esta es limpio é inmaculado, de manera de resistir el mas escrupuloso exámen á la luz del sol: la sierva es celosa de vuestra honra, os espera á toda hora y alumbra la entrada de su aposento delante de vos, en prueba de que estaba en vela aguardando vuestra llegada.»—

A las diez de la noche dimos por terminada la sesion y nos dirigimos á nuestros aposentos.

Febrero 24.

A la mañana siguiente nos levantamos á las seis para continuar la marcha á Tiberiades. Las Hermanas de Nazaret se habian puesto en camino desde las tres y media, y cabalgaban sobre los lomos de pacíficos asnos.

Nos desayunamos en compañía de M. Morvieu, quien mandó ensillar un caballo para acompañarnos buen trecho del camino. No quiso recibir nada de nuestro dragoman por el hospedaje concedido aquella noche. Este misionero es persona recomendable por mil títulos. Se ha resuelto á vivir olvidado del mundo por hacer bien y por extender la religion de Cristo como verdadero apóstol. Ha huido de las ciudades cristianas donde los sacerdotes abundan, porque tenia por ócio el trabajo de la confesion en dias determinados, el decir la misa una vez ú otra y el predicar de cuando en cuando por mera fórmula ó por lucir la grandeza de su elocuencia. Por esta razon ha venido á establecerse á un país infiel, se dedicó á aprender el idioma de los

naturales, y despues de aprendido, se ha mezclado con ellos en todas partes, predicándoles el Evangelio. Esto le acarreó persecuciones al principio, pero pasado algun tiempo, lo hizo respetable aun á los ojos de los mismos musulmanes.

En efecto, M. Morvieu es muy querido por todos los habitantes de Naplusa. Y es porque hace todo el bien que puede á la ciudad, socorre á los pobres, viste al desnudo, da de comer al hambriento, visita á los enfermos, y practica en fin todas aquellas virtudes que el cristianismo prescribe, y que hacen de él una religion de amor que une á la humanidad con dulces y estrechos vínculos.

§ IV

DJENIN.

Saliendo de Naplusa tomamos el rumbo sureste, y caminamos siguiendo lo largo del valle. Nada mas pintoresco ni imponente, que la posicion de Naplusa. El Hebal y el Garizim se levantan, aquel al norte y este al sur, y la ciudad situada en las faldas de los dos montes, parece como el nido de un insecto, formado en los pliegues de manto gigantesco. La cercanía de estas montañas y su altura, dan al paisaje severísimo aspecto; el horizonte está cerrado enteramente al norte y al sur, y la ciudad yace encajonada en aquella urna grandiosa.

Bello y sonriente es en verdad el valle en que Naplusa se asienta. Por todas partes hay vegetacion, árboles corpulentos y bosques tupidos de nopales. Hermosas fuentecillas corren frescas y cristalinas por entre la verdura, derramando á su paso el movimiento y la vida. La principal de estas fuentes nace al pié del Garizim, y es llamada la cabeza de la fuente *(Ras-el-Ain)*. Es bastante caudalosa, y da mo-

vimiento á su paso á tres ó cuatro molinos, cuyas ruedas giratorias llenan de animacion el paisaje.

Siquem no ocupaba exactamente el lugar que hoy ocupa Naplusa. Se encontraba mas al occidente, á la entrada del valle, y asida á las faldas del monte Hebal, se extendia un poco por la llanura. Sus ruinas se encuentran muy cerca de la aldea llamada Rudjib, á muy poca distancia del sepulcro de José.

Salido que hubimos del valle, M. Morvieu se despidió de nosotros.

Comenzamos á trepar por las faldas del monte Hebal, hácia el oriente, y dimos nuestra última mirada á Naplusa. Desde aquel punto se veian al mismo tiempo las cumbres del Hebal y del Garizim, y no parecian separadas sino por corta distancia. Cuando Josué hizo que subieran á esas cimas las tribus de Israel, se escuchaban muy bien los que se hablaban de una montaña á la otra. Dos ingleses, dudando de la verdad de este aserto, quisieron hacer la prueba por sí mismos. Treparon, pues, los dos, el uno á la cumbre del Hebal y á la del Garizim el otro, y teniéndose ambos al frente, separándolos el valle de Naplusa, se hablaron sin gritar, con el tono de voz que se emplea en las conversaciones. Y ambos se escucharon perfectamente, y quedaron admirados.

A la izquierda, y sobre una altura del Garizim, está Rafidieh, pequeña aldea exclusivamente católica; otras muchas aldeas pintorescas míranse diseminadas en las faldas de los dos montes.

De pronto nos encontramos sobre una altura, desde donde se domina toda la parte oriental del país, hasta el mar. Volvimos á mirar las aguas azules del Mediterráneo, á manera de raya turquí oscura que se dibujaba en el horizonte.

Al cabo de hora y tres cuartos de marcha, llegamos á un valle rodeado de montañas. Frente á nosotros se levantaba una loma redonda, en cuya cumbre se miraba una aldea. Esta aldea es Sebastieh (Sebastia), la antigua Samaria y la antiquísima Someron. Diez minutos despues subimos á Sebastia, y entramos en sus calles. Nos di-

rigimos á las ruinas de una iglesia del tiempo de las Cruzadas, y echando pié á tierra nos dispusimos á almorzar en el interior del recinto de aquel edificio derruido.

Entramos en la nave de la iglesia, cuyas bóvedas han desaparecido, y nos sentamos sobre una gran piedra. Multitud de aldeanos de todas clases y tipos, vino á rodearnos y á mirarnos comer con ojos de hambre.

Cuando la llegada de Josué á la tierra de Canaan, habia aquí una poblacion llamada Someron. Josué la destruyó y mató á su rey. Un rey de Israel compró despues este campo y edificó la Samaria, que vino á ser capital del reino de Israel. El rey Acab tomó por mujer á Jezabel, hija del rey de Sidon, contraviniendo á la Ley. Entonces fué cuando Elías vino á anunciar á Acab, que en muchos años no caerian lluvia ni rocío sobre la tierra.

A las puertas de Samaria se reunieron un dia Acab, rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, para tratar de una guerra que meditaban contra Remot de Galaad. Acab habia introducido la idolatría en su reino y levantado templos á Baal. Este rey, pues, mandó llamar á los profetas de su ídolo, y les consultó sobre la guerra: ellos le aseguraron la victoria. Josafat consultó por su parte á Miqueas, profeta del verdadero Dios, quien pronosticó el triunfo de los de Galaad. Acab lleno de cólera, mandó reducir á prision al profeta, diciendo: «que se le haga vivir con el pan del dolor y el agua de la afliccion, hasta que yo vuelva en paz.» A lo cual respondió Miqueas: «si tú vuelves en paz, el Señor no ha hablado por mí.» Salió, pues, Acab á la guerra, y murió allí atravesado por una saeta. Su cadáver, inundado en sangre, fué trasportado á la ciudad, y los perros vinieron á lamer su sangre, como lo habia dicho el profeta Elías.

Ocozías sucedió en el reino de Israel á su padre Acab, y fué idólatra como su padre. Cayó por una ventana, quebrantóse los huesos, y envió á preguntar si sanaria, á Belzebú, ídolo de los filisteos. Este ídolo era consultado sobre las moscas y las enfermedades. Pero el Señor

mandó á la presencia de Ocozias á Elías, el cual le dijo que no sanaria, porque habia enviado á consultar al dios de los acaronitas. Elías estaba sentado sobre una montaña, y Ocozías irritado contra él, mandó cincuenta hombres con su capitan para que lo aprehendieran; pero el profeta habló, y los soldados perecieron devorados por el fuego del cielo.

En los tiempos de Acab, tuvo lugar en Samaria un hecho trágico, y célebre en los anales de Israel. Un campesino llamado Nabot, tenia un terrenito que el rey deseó adquirir y el dueño no quiso vender, porque la ley de Moisés habia prohibido á los hebreos enajenar su patrimonio, á no ocurrir caso de necesidad extrema. Acab volvió á su palacio lleno de cólera, se echó sobre su lecho y no quiso tomar ningun alimento. Jezabel, su mujer, le preguntó qué le pasaba, y él le refirió el caso. Entonces ella le prometió hacerlo dueño del terreno. En consecuencia de esta promesa, la reina acusó á Nabot de haber proferido maldiciones contra Dios y el rey. El desgraciado campesino fué condenado á muerte, y murió en efecto apedreado fuera de la ciudad. Acab obtuvo el terreno de Nabot; pero el profeta Elías le dijo de parte de Dios, que en castigo de su iniquidad moriria, y que su sangre seria lamida por los perros, como lo fué despues de la victoria de Ramot de Galaad. En cuanto á Jezabel, Elías le profetizó que su cadáver seria comido por los perros. El segundo hijo de Acab pereció vencido por Jehú, en el campo mismo de Nabot. Jezabel vió entrar á Jehú triunfante, desde una ventana de su palacio, y al verlo, exclamó: «¿el que ha matado á su amo vivirá en paz?» Lo cual habiendo sido oido por Jehú, mandó este á sus soldados que precipitaran á Jezabel por la ventana. La órden fué ejecutada, y los caballos y los carros pasaron sobre el cuerpo de la reina. Despues de algunos instantes, movido á compasion Jehú, mandó á sus soldados á ver qué habia sido del cadáver de Jezabel. Los soldados no encontraron mas que los huesos, porque los perros habian venido y se habian comido la carne. Así se cumplieron las palabras de Elías, y así la justicia de Dios quedó cumplida.

Bajo el reinado de Herodes el grande, recobró Samaria su antiguo esplendor, y recibió el nombre de Sebastia (Augusta), en honor de Augusto, emperador romano.

En Sebastia fué donde Herodes tomó por mujer á Mariana, y donde mató á los dos hijos que habia tenido de ella.

San Felipe el diácono predicó aquí el Evangelio, é hizo con sus sermones grandes prodigios.

Simon el Mago, el primer hombre que pretendió comprar con dinero las cosas espirituales, el inventor de este comercio repugnante y sacrílego, que de su nombre se llama *simonía*, nació en Samaria. Testigo de los prodigios y de los milagros que obraba Felipe, y desesperado de no tener la facultad de hacerlos y de no poder comprarla, se retiró á Roma. Allí vino á ser favorito del mónstruo Neron, y tuvo el honor de hacerse levantar una estátua en la isla del Tiber. Mas tarde este impostor, aunque bautizado y cristiano, fué causa de la muerte de San Pedro y San Pablo.

En la iglesia donde almorzamos están las tumbas de los profetas Abdías y Eliséo, y la de San Juan Bautista. Se encuentran en un subterráneo. Encima de este subterráneo hay una pequeña mezquita, sobre la que se levanta una mezquina cúpula blanqueada con cal.

Concluido nuestro almuerzo, estimulado el guardian por una propina, nos dió cerillos encendidos y nos condujo al subterráneo. Entramos por una pequeña puerta, y bajamos por una escalera de mármol, sumamente difícil y muy empinada. El subterráneo es una cámara de medianas dimensiones, alumbrada escasamente por claraboyas practicadas en el techo.

Frente á la escalera se miran tres agujeros abiertos en el muro. El guardian introdujo por ellos sucesivamente un cerillo atado á la extremidad de un baston, y nos dijo que viéramos por allí. En el interior se encuentran tres tumbas de arquitectura idéntica á las del valle de Josafat; solo que están construidas, en lugar de ser talladas en la roca.

Segun nos dijo el guardian, la tumba del centro es la del profeta Abdías, la de la izquierda de Eliseo, y de San Juan Bautista la otra. Si verdaderamente los cuerpos de los tres santos reposan ó no en estos sepulcros, yo no lo sé, ni puedo asegurarlo; lo único que digo sobre el particular, es, que la tradicion así lo afirma; que desde tiempo inmemorial se ha venerado este sitio, y que no cabe duda en que estas tumbas son de construccion hebráica.

Saliendo del subterráneo, entramos en una sala donde hay multitud de escudos de mármol del tiempo de los Cruzados. Los musulmanes los han desfigurado borrándoles las cruces. La mezquita que se halla encima de las tumbas, nada tiene de notable, aunque los mahometanos ven con gran respeto este sitio.

A la puerta de la mezquita encontramos multitud de muchachos que nos esperaban. Formaron alrededor nuestro gresca infernal, ofreciéndonos monedas romanas para que las compráramos, y multitud de piedrecitas y otros objetos pequeños que ellos creian curiosos. Entre otras cosas nos presentaban una hebilla de tirante, que, como cosa no vista en esta tierra, creian ser muy vieja y muy notable. Algun viajero sin duda la dejó allí á su paso por Samaria, y ellos la recogieron, estimándola antigüedad romana.

M. Delestre y yo compramos algunas monedas y piedrecitas á vil precio, pues aquellos infelices tomaban una piastra como si fuese un tesoro. Despues nos dió lástima y les doblamos la suma. Esto nos produjo muy mal resultado, porque toda la aldea se nos vino encima gritando: *¡bakshish!* Montamos á caballo y nos alejamos á gran galope hácia el extremo norte de la ciudad, y solamente así logramos vernos libres de la muchedumbre pedigüeña.

Esta es la parte de la ciudad donde se conservan algunas ruinas de la antigua Samaria. Hay hácia un lado del camino, en un campo, un grupo de columnas que se cree ser restos de un templo idólatra levantado por Herodes el grande, en honor de Augusto. Por todas partes se miran mármoles, trozos de columnas, y capiteles rotos sembrados acá y allá por la tierra. Grande y soberbia debe haber sido la ciudad antigua para haber dejado tales ruinas al cabo de tantos siglos.

Aquí están los restos colosales de dos torres, que se levantaron en otro tiempo á los lados de la puerta de la ciudad. Tal vez estas torres sean aquellas delante de las que se sentaron Acab y Josafat para tratar los asuntos de la guerra contra Ramot de Galaad.

Esta puerta servia de entrada á una grande galería, formada por columnas y cubierta con bóveda. De estas columnas quedan en pié cien por lo menos, algunas truncadas y otras enteras, pero sin capiteles. La tierra las ha ido cubriendo poco á poco, de manera que se miran como nacer de los sembrados. Otras muchas yacen derribadas y medio ocultas en el suelo. Multitud de ellas debe hallarse enteramente sepultada bajo el terreno vegetal del campo.

Desde aquí se disfruta vista hermosísima. Por todas partes hay montañas, y en sus pliegues se albergan multitud de lugares y cortijos del mas risueño aspecto. El campo en derredor está bien cultivado, y son abundantes los frutos que produce.

La Samaria no es árida como la Judea. Aquí el panorama cambia por completo. No se tienen ya á la vista montañas peladas, ni valles pedregosos, ni llanuras arenosas y estériles. El paisaje está todo revestido de verdura. La naturaleza despliega sus galas por donde quiera. La tribu de Judá tuvo la peor parte en la division de la tierra de Canaan; pero fué la primera en dignidad y grandeza, y de ella salió el Redentor del mundo.

A nuestros piés se extendia un profundo valle cubierto de sembrados. Á él descendimos, dejando la altura donde se asienta Samaria. De allí seguimos caminando hácia el norte.

A poco andar, miramos á la izquierda un grupo de columnas. Son un resto del famoso teatro fabricado por Herodes. Bajamos á una estrecha garganta llamada *Uadi-beit-Irimne*, cruzada en su parte mas profunda por una clara corriente.

Media hora despues llegamos á Borka, que es aldea bastante considerable. Al salir de ella, y á poca distancia, hay una hermosa fuente donde van á tomar agua las mujeres del lugar.

En el momento en que pasamos por esta fuente, habia algunas tomando agua. Los cántaros que llevaban sobre la cabeza, eran de la misma forma que los mas antiguos de que nos dan idea las viñetas de la Biblia. El trage de estas mujeres estaba en armonía con la forma de los cántaros; era enteramente antiguo; así que aquel cuadro fué para mí como una vision del pasado. Figurábame estar mirando aquel pozo de Mesopotamia, que estaba á las puertas de Nacor, donde las muchachas de la ciudad venian á tomar agua, y donde Eliezer encontró á Rebeca, que le dió á beber de su cántaro, apoyando la vasija sobre el brazo.

Caminamos durante las horas de la siesta, trepando por los montes, descendiendo á los valles y disfrutando de variados y pintorescos paisajes. A las cuatro de la tarde llegamos á Jeba, que es poblacion bastante grande, rodeada de terrenos fértiles regados por multitud de riachuelos.

Media hora despues, miramos á la izquierda una pequeña aldea llamada Samur, elevada sobre hermosísima colina redonda y aislada.

Samur es la antigua Betulia, patria de Judith, la mujer fuerte que salvó al pueblo de Israel cortando la cabeza á Holofernes. Figurábame ver en aquel punto, levantada sobre la colina, la antigua ciudad hebrea rodeada de muros y defendida por soldados heróicos; y derramado en el campo por donde cruzaba, el innumerable ejército enemigo, profiriendo maldiciones, y ardiendo en deseos de muerte y exterminio contra la ciudad sitiada.

Entró Judith en la tienda del general de los asirios, y sedujo á Holofernes con sus encantos. Embriagólo de amor y de vino, y cuando lo tuvo delante de ella postrado é inconsciente, tomólo con la siniestra mano por los cabellos, é invocando al Dios de Israel con la confianza del alma inspirada, cortó de dos golpes al asirio la cabeza,

con el pesado puñal que colgaba atado á la cabecera de la cama. Entró despues en Betulia, y habiéndose congregado en su torno el pueblo entero, mostróle ella la cabeza de Holofernes, que se habia llevado consigo dentro de un saco. Esta cabeza fué suspendida á los muros de la ciudad; los israelistas salieron del recinto fortificado, haciendo grande estruendo y alarido; corren los asirios á la tienda de Holofernes para llamarle al combate, y quedan horrorizados y despavoridos á la vista del tronco ensangrentado que yacia caliente aún sobre el lecho. Entonces los asirios consternados por el pánico, no piensan sino en huir de sus enemigos; toda la juventud de la tierra los acosa y persigue, y los extermina donde los alcanza. El pueblo de Betulia se enriquece con los despojos del ejército vencido, y viene de Jerusalen el sumo Pontífice con los ancianos, para ver á Judith, y la bendice diciéndole: «Tú eres la gloria de Jerusalen, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.»

Judith fué célebre en Betulia, era la mas esclarecida de todas las mujeres de la tierra, y comparecia en público los dias de fiesta con grande gloria. Murió á los ciento y cinco años de su edad, y la lloró todo el pueblo siete dias. En todo el espacio de su vida, y muchos años despues de su muerte, no hubo quien perturbase á Israel. El dia de la festividad de esta victoria, fué admitido por los hebreos en el número de los santos, y honrado por los judíos desde aquel tiempo hasta el dia en que la maldicion de Dios sopló sobre ellos, y los esparció como polvo sobre la tierra.

La posicion de Samur es de tal suerte ventajosa, que Djezzar-Pashá sitió la aldea con cinco mil hombres durante dos meses, sin poder apoderarse de ella, á pesar de ser una poblacion que contaba apenas dos mil almas. Esta pobre aldea, compuesta en su mayor parte de mujeres y niños, encontró su salvacion en el valor de un puñado de *fellahs*.

Abdallah, sucesor de Djezzar Pashá en el gobierno de San Juan de Acre, sitióla de nuevo en 1830; y si es cierto que la tomó por

asalto, lo es tambien que este asalto le costó la pérdida de seis mil hombres. Ibrahim-Pashá arrasó las murallas de Samur, pero han sido últimamente reedificadas.

Atravesamos la llanura de Samur, *Merdj-el-Khuruk* (la pradera sumergida), así llamada á causa de que en el tiempo de las lluvias suele quedar enteramente inundada.

Cerca de aquí estaba Dotain, donde José hijo de Jacob, fué vendido por sus hermanos á los mercaderes ismaelitas.

Desde este lugar descubrimos, al norte, y por primera vez, las montañas de Nazaret. A la derecha del camino hay un árbol de cuyas ramas penden amarrados innúmeros harapos. Fortunato me explicó que tales harapos son ex-votos que los musulmanes ofrecen á este árbol, en reconocimiento á su sombra benéfica, pues todas las oraciones que se hacen á su abrigo, son escuchadas por Alá con oidos bondadosos.

Entramos en una estrecha garganta que desciende rápidamente. Echamos pié á tierra por no caer de cabeza sobre las piedras, y así caminamos buen trecho. Bajamos á una llanura cenagosa, y montamos de nuevo á caballo. El cielo se nubla repentinamente, y comienza á llover con abundancia.

Las primeras lluvias de otoño causan en Palestina numerosas enfermedades. Son las *primeras lluvias* de que habla la Biblia; lloviznas que vivifican la tierra abrasada por los calores del estío. Durante ellas, siembran los labradores la cebada y la avena. En el Deuteronomio es llamada la *primera lluvia*, y Joel dice: «Estad contentos y alegraos en el Señor vuestro Dios, porque él os ha dado la primera lluvia con moderacion.» Las lluvias de invierno caen ordinariamente con violencia, desde Noviembre hasta fines de Enero; cesan entonces hasta Marzo, época en que vienen las lluvias de la primavera, que dan fuerza y vigor á las espigas que maduran. Esta es la lluvia de que hablan los libros santos, cuando dicen: «El Señor nuestro Dios hará caer para nosotros la llúvia en el primer mes,» que

es el mes llamado en hebreo *abib*, y corresponde al fin de Marzo ó al principio de Abril. Durante el estío, es decir, desde Mayo hasta Setiembre, no cae una gota de agua en Palestina.

Comenzaba á oscurecer cuando entramos en un valle costeado por montañas pedregosas. Una mujer gritaba; ignoro en qué lugar ni por qué causa. Se oian sus gemidos, pero no se la veia. Las cavernas respondian á estas voces de angustia, y las multiplicaban á lo lejos con extraño rumor. Hubiérase dicho que lloraba un pueblo entero. Tenia yo la cabeza de tal manera llena de pensamientos bíblicos, que se me figuró oir en aquellos lamentos la voz de Israel que lloraba: «Llamad á las plañideras, y vengan: y enviad por las que son hábiles, que se den priesa á venir: Dénse priesa y empiecen el lamento sobre nosotros: destilen lágrimas nuestros ojos, y nuestros párpados desháganse en agua. Porque voz de lamentacion se ha oido de Sion. ¿Cómo hemos sido destruidos y en gran manera avergonzados? Porque abandonamos la tierra, porque han sido derribadas nuestras casas. Oid, pues, mujeres, la palabra del Señor, y reciban vuestros oidos la palabra de su boca: y enseñad á vuestras hijas lamentacion, y cada una á su vecina cantar lúgubre. Porque subió la muerte por nuestras ventanas y entró en nuestras casas, para destruir á los niños de las calles, y á los mancebos de las plazas.»

Pocos momentos despues llegamos á Djenin. Esta poblacion tiene aspecto sumamente risueño. Multitud de esbeltas palmas levantan sus copas altísimas sobre los blancos caseríos. El campo en derredor es fértil y está bien cultivado. La poblacion se compone exclusivamente de labradores. Djenin es la antigua ciudad levítica llamada Enganin, de la tribu de Isacar, colocada en la frontera de la Samaria y de la Galilea. No tiene sino tres mil habitantes, y dos familias católicas. Está situado al pié de las montañas, y á las puertas, por decirlo así, de la llanura de Esdrelon, á doscientos metros sobre el nivel del Mediterráneo.

§ V

TIBERIADES.

Febrero 25.

Amaneció el dia, y estaba hermosa la mañana, y fresca como mañana de primavera.

Salimos de Djenin á las cuatro y media, porque determinamos llegar aquel dia mismo á Tiberiades, y la jornada deberia ser bastante larga. Entramos desde luego en la llanura de Esdrelon *(Merdj-ibn-amer)*, la mas célebre de Palestina. Es fértil como nuestros vírgenes campos americanos, y se respira en ella ese olor de naturaleza que forma el ambiente embalsamado del Nuevo Mundo. Todos los que formábamos la caravana gozábamos de un humor espléndido. Ibamos por la llanura á carrera tendida, y nos sentiamos poseidos del deseo de devorar la distancia. Nuestros caballos se manifestaban influidos tambien por aquella alborada, y saltaban regocijados, haciendo salir del fondo de su pecho prolongados relinchos.

La llanura de Esdrelon tiene muchas ondulaciones, su forma es triangular, su longitud de doce leguas, y de cinco su anchura. Termina al norte en el Mediterráneo; al oriente, al pié de tres montañas célebres, el Tabor, el Hermon y el Gelboe. Multitud de corrientes la bañan; las principales son dos rios: el Nahr-el-Djalud que desemboca en el Jordan, y el Cison que se arroja en el Mediterráneo.

Ordinariamente los viajeros se dirigen de Djenin á Nazaret, y de aquí á Tiberiades; nosotros hicimos lo que no es acostumbrado: cruzar directamente á Tiberiades.

A las doce llegamos al frente de monte singularísimo. Aislado por todas partes de la cadena de montañas de que forma parte, se destaca su mole gigantesca, redonda y perfecta, como si estuviese acabada por la mano de un artista. Sus faldas enormes se extienden á lo lejos en suave declive, mientras su masa imponente se levanta sin adelgazarse, hasta terminar en planísima llanura á manera de plataforma. Sus flancos están cubiertos de verdura, y árboles corpulentos les forman bosques tupidos y oscuros. Esta montaña es el Tabor. ¡Altura imponente que ha visto la gloria del Hijo del Hombre, y ha servido de peana á las plantas de Jesus trasfigurado!

Al mirar el Tabor me sentia turbado, como si esperase que de repente hubiera de aparecer delante de mis ojos aquella escena excelsa, en que Jesus, envuelto en luz, conversaba con Moisés y con Elías.

De seguro,—me decia á mí mismo, al devorar con mis miradas la plataforma de la cumbre donde Jesus se trasfiguró,—de seguro hubiera dicho yo lo mismo que San Pedro, si hubiera visto lo que él vió: *Rabbi, bonum est nos hic esse; et faciamus tria tabernacula, tibi unum, et Moysi unum, et Eliæ unum.* «Señor, es bueno que permanezcamos aquí, y hagamos tres tiendas: una para tí, otra para Moisés y otra para Elías.» Este deseo es asaz natural en el corazon del hombre, que no late sino por llegar al goce de un placer eterno, donde poder reposarse eternamente.

Destino singular y misterioso es el de las alturas. El sacrificio de Isaac acaeció en el monte Moriah. Las tablas de la Ley fueron dadas por Dios á Moisés en el Sinaí; Moisés murió en el monte Nebo; Elías vivia en el Carmelo; Jesucristo predicó en el monte de Hittin, se trasfiguró en el Tabor, murió en el Calvario y subió al cielo, del monte de los Olivos.

El Tabor, situado en la frontera de las tribus de Isacar y Zabulon *(Djebel-Tur)*, se eleva 100 metros sobre Nazaret, 760 sobre Tiberiades y 400 sobre la llanura, en tanto que la llanura de Esdrelon está á 500 piés sobre el nivel del Mediterráneo.

En la cumbre del Tabor vivió muchos años haciendo vida de solitario, un fanático griego llamado Erinna. Sucedió, pues, á Erinna,

segun él mismo contaba, que siendo jóven oyó en sueños una voz que le decia: «hallarás la felicidad que buscas en el sitio que te representa tu sueño.» Y el lugar que vió durante su sueño, fué un monte. Dióse entonces Erinna á viajar por todos los países de Europa, buscando el monte que habia visto, y no lo hallaba. Despues de once años de peregrinacion, llegó á Palestina, vió el Tabor, y reconoció en él aquel monte que en sueños habia visto, y dijo: «aquí hallaré la felicidad.» Y allí vivió hasta la edad de noventa años, alimentándose con los frutos de un terrenito que él mismo cultivaba en la plataforma de la montaña. Erinna murió en 1856, y su muerte fué muy llorada por los paisanos de la llanura, á quienes el solitario griego hacia bien, y por los pobres de Nazaret á quienes socorria.

En el año 70, cuando Vespasiano vino á ocupar la Galilea, los judíos rebelados se apoderaron de varias ciudades y fortalezas. Flavio Josefo, el historiador, á la cabeza de muchedumbre de insurrectos, se apoderó del Tabor y lo rodeó con una muralla que hizo construir en el breve espacio de cuarenta dias. Vespasiano, ocupado en el cerco de una plaza, envió á su general Plácido para que se apoderara de este monte. Plácido se fingió vencido, los judíos lo persiguieron por la llanura, y cuando hubieron bajado, el general romano volvió sobre ellos, y los derrotó completamente. Los judíos que no perecieron en esta funesta batalla, fueron hechos prisioneros.

El Tabor ha sido hartas veces ensangrentado. Muchas guerras se han hecho en su cumbre y en su torno; que no parece sino que la suerte quiere que los sitios mas venerables, sean profanados y manchados por el crímen de los hombres.

A la vista de este monte dió el ejército de Napoleon aquella batalla tan celebrada que forma uno de los mejores timbres de su gloria. Sin embargo, esta victoria tan memorable no produjo resultado satisfactorio en la empresa que en ese tiempo traia entre manos Bonaparte. San Juan de Acre resistió tenazmente, y el héroe corso, el Alexandro de los tiempos modernos, hubo de renunciar á su empeño, y de retirarse de los muros de la ciudad, para él inexpugnables. La Inglaterra representada por Pitt, Sidney Smith, Nelson y Wellington, fué en la historia de Napoleon, la nube sombría encargada de eclipsar la estrella de sus glorias.—

Ibrahim-Pashá, algunos años mas tarde, llevó á cabo la empresa que fué imposible para Bonaparte, posesionándose de San Juan de Acre; y poco tiempo despues, cuando el conflicto entre el Egipto y la Turquía, bajo el gran Mohamed-Alí, la escuadra inglesa bombardeó la antigua Ptolemaida, y en unas cuantas horas la redujo á un monton de escombros.

Esto nada quiere decir, pues no ha sido Napoleon el único conquistador que haya tenido que retroceder ante un obstáculo débil en la apariencia. César en Egipto, hubo menester pasar el Nilo á nado llevando sus comentarios en alto en una mano, rechazado en el ataque de una fortaleza; y Alexandro tuvo por imposible subyugar á los escitas, que no tenian mas propiedades que un arco, unas flechas y una copa de madera para tomar el agua. Pero basta ya de reminiscencias históricas.—

Caminamos una hora costeando las faldas del Tabor, y nos detuvimos finalmente en un *Khan* arruinado *(Suk-el-Khan)*. Esta clase de edificios, como lo he dicho en otra parte, son á manera de posadas públicas, donde se da mal alojamiento, mal alimento para los hombres y pésimo pesebre para las bestias.

Este *Khan* fué edificado por Senar-Pashá, al uso de las caravanas de Egipto. Es una especie de fortaleza formada de piedra, muy vasta y de forma cuadrangular. Hay allí una fuente de muy buena agua, y en busca de ella vienen frecuentemente los beduinos.

Metímonos, pues, buscando sombra, en uno de los aposentos medio arruinados de aquella construccion, y sentados sobre las piedras desgajadas de los muros, descansamos algunos instantes. Uno de los *mukr* fué á una aldea inmediata á buscar pan, y no lo encontró, pero hizo venir de allá una vieja para que nos lo hiciera, pues el *mukr*

traia harina consigo. Llegado que hubo la vieja á nuestro campo, encendió gran lumbre, y alrededor de ella colocó cuatro piedras. Echó agua á la harina, la amasó, formó cuatro panes, y los puso sobre las piedras calientes, tapándolos con ceniza. Algunos minutos despues, los panes estaban cocidos, y aunque sin levadura y desabridos, pudimos comerlos sin gran disgusto. Panes por el estilo han de haber sido los que hizo Sara para los tres ángeles, á quienes Abraham dió hospedaje en su tienda, cuando el patriarca le dijo: «ve pronto, amasa tres medidas de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo.»

Terminado el almuerzo, volvimos á ponernos en marcha, y aunque me sentia muy fatigado despues de ocho horas de camino, quise subir un poco por las faldas del Tabor. Hicimos una ascension de una hora, al cabo de la cual nos detuvimos en un punto desde donde pudimos dominar el paisaje que nos rodeaba, hasta muchas leguas en contorno.

Entre el norte y el noreste míranse la llanura de Hittin *(Kan-el-Tudjar)*, la aldea de Lubieh, el Monte de las Bienaventuranzas, Safet, en la cima de alta montaña, y una parte del lago de Tiberiades. En el fondo del cuadro se levanta el grande Hermon, cubierto de nieve. Del otro lado del lago se ven la tierra de Galaad y la aldea de Refr-Sabt. Al noreste están las aldeas Refr-Temr y Shara. Al norte se encuentran Refr-Musr, y Endor al pié de la colina; al oeste, Nain, al pié del pequeño Hermon. Por este mismo lado, al pié del Tabor, corre el Cison, atravesando el campo de batalla de Débora y de Barac, contra Sisara á la cabeza de los medianitas. Allí me representaba á Barac con sus diez mil soldados, y esta llanura poblada de carros, *aun de novecientos carros* de fierro, reunidos por Sisara, y á Sisara perseguido por Barac hasta Hroshet. Sisara, huyendo á pié, se refugió en la tienda de una mujer llamada Jahel. Rendido de fatiga, quedóse allí dormido; entonces la mujer, tomando un clavo enorme, apoyó con una mano la punta sobre la sien del guerrero dormido, y golpeando con un martillo sobre el clavo con la otra, traspasó la cabeza de Sisara de parte á parte, hasta que el clavo penetró en la tierra.

Entonces fué cuando Débora compuso aquel himno célebre que respira la alegría del triunfo, y termina así:

«Bendita sea entre las mujeres, Jahel, esposa de Aber. Sisara le pedia agua, ella le dió leche, y el guerrero quedó dormido. Ella tomó un clavo con la mano izquierda y con la derecha un martillo, y escogiendo en la cabeza del guerrero el mejor sitio, golpeó con todas sus fuerzas y atravesó las sienes de Sisara. Él sucumbió, perdió sus fuerzas y murió á sus piés; estaba tendido delante de ella, y yacia miserable y sin vida. Sin embargo, su madre suspiraba, mirando por la ventana de su aposento, y decia: ¿por qué su carro tarda tanto en venir? ¿por qué los piés de sus caballos son tan lentos? Una de las mujeres de Sisara respondió á su suegra: tal vez en este momento se apodera de los despojos y toma la mas bella de las cautivas. ¡Que así perezcan todos nuestros enemigos, Señor, y que nuestros amigos resplandezcan como el sol en su oriente!»

Al oeste se extiende la cadena del Carmelo, hasta el mar, y al noreste se ve el Mediterráneo.

Tuvimos un cuarto de hora de contemplacion de este espectáculo grandioso, y al cabo de él y muy á nuestro pesar, bajamos de la altura y continuamos nuestro camino. De allí en adelante no hicimos mas que descender montañas tras montañas, encontrando al paso innumerables aldeas.

Dos horas despues atravesamos una pequeña corriente, cuyas aguas derraman á su paso vida y alegría. A sus orillas crecen tupidos bosques de laureles-rosas cargados de flores. Llegamos por fin al lago de Tiberiades, viniendo á dar exactamente á su extremo sur. El Jordan vuelve á salir del lago en este sitio, despues de haberlo atravesado, y sus aguas son trasparentes de tal suerte, que dejan ver las piedras que forman su lecho. Míranse en este lugar los restos de un

puente romano, que atravesaba el rio. Ahora no hay puente alguno, y para pasar de una ribera á la otra, es preciso meterse en el agua caminando por un vado.

Costeamos el lago hácia la izquierda, y tardamos mucho todavía en llegar al pueblo de Tiberiades.

De repente me sentí atacado de una fuerte calentura; mi cabeza estaba pesada y mis ojos ardientes. No puedo describir la pena que me causó terminar la jornada de aquel dia; el camino me pareció muy largo, y no sintiéndome con fuerzas para llevar las riendas en la mano, las dejé abandonadas sobre el cuello del caballo, para que este me condujera adonde le diera el antojo; él siguió á los demas de la caravana y me llevó á Tiberiades.

Llegamos al oscurecer, y estábamos todos rendidos de fatiga, despues de una jornada de doce horas.

El pueblo de Tiberiades se levanta á la orilla noreste del lago, y se encuentra oculto en un recodo, de manera que no puede ser visto sino á corta distancia.

La antigua Tiberiades estaba algo mas al sur que la actual. Fué fundada diez y seis años A. J. C. en la tribu de Zabulon en Galilea, por el tetrarca Herodes Antipas, que le dió el nombre de Tiberiades, en honor del emperador Tiberio, su protector. Tiberiades fué la capital de Galilea.

Cuando los judíos se sublevaron contra los romanos, Flavio Josefo, siendo su gobernador, fortificó Tiberiades. Un dia la ciudad se sublevó contra Josefo, pero él se apoderó nuevamente de ella, con siete soldados y doscientas barcas vacías que hizo caminar por el lago detras de él, á alguna distancia.

Despues de la destruccion de Jerusalen, Tiberiades fué una de las ciudades de asilo para la nacion judáica, y allí existió una escuela israelita en el siglo II. De esta escuela salió la Gemara, vulgarmente conocida con el nombre de Talmud de Jerusalen, libro compuesto por el rabino Joconan, y la Masorah, destinada á conservar la tradicion

de las Escrituras y la pureza de la pronunciacion. Durante mas de dos siglos, los judíos consideraron Tiberiades como una segunda Jerusalen. Todavía hasta el presente, las ciudades de Tiberiades, Jerusalen, Hebron y Safed, son tenidas por santas entre los judíos.

El rabino Bar-Anina que enseñó el hebreo á San Gerónimo, era de Tiberiades.

José, uno de los principales habitantes de la ciudad en el siglo IV, descubrió en el tesoro de la nacion judía, el Evangelio de San Juan y los Hechos de los Apóstoles, traducidos del hebreo al griego, y el Evangelio de San Mateo en hebreo como habia sido escrito. José se hizo católico en seguida, y pidió al emperador Constantino permiso para edificar una iglesia en Tiberiades, y habiéndolo obtenido, el gran templo idólatra llamado Adrianeo, fué convertido en iglesia católica.

En tiempo de los Cruzados, la Galilea fué erigida en principado, y Tiberiades en capital suya.

La Tiberiades actual es la de los Cruzados. Está rodeada de un muro antiguo con torres de trecho en trecho. Las murallas occidentales reciben el golpe incesante de las olas.

No tiene la ciudad mas que una puerta de entrada; pero habiendo caido el muro en ruinas, hay multitud de brechas por donde entran y salen los habitantes de la ciudad. Vista Tiberiades á cierta distancia, tiene aspecto agradable, con sus muros y sus torres, y su vieja ciudadela elevada sobre una altura. Se diria una ciudad europea de los tiempos feudales. Pero vista por dentro, es triste y fea; sus calles son estrechas, tortuosas y pestilentes. Como sus habitaciones están colocadas en el declive de una montaña, al pasar á caballo por las calles, mirábamos los techos de las casas á nuestros piés, y nuestras miradas curiosas sorprendian lo que pasaba en el interior del hogar doméstico. Los hombres sentados en el terrado, fumaban ociosamente su pipa, en tanto que las mujeres lavaban su ropa en el patio, ó cosian, ó peinaban y aseaban á los niños. Tiberiades tiene 3,500 ha

bitantes, de los cuales 2,500 son judíos y 1,000 entre católicos y mahometanos.

Nos dirigimos al convento latino mientras llegaban nuestros arrieros que venian detrás caminando despacio. Los franciscanos tienen un diminuto hospicio guardado por un solo fraile. La iglesia fué edificada por Tancredo, y está dedicada al primer pontífice. Tiene exteriormente forma de nave, y su quilla de piedra avanza sobre el lago, de manera que las olas vienen á estrellarse contra ella. Ocupa el lugar donde, segun la tradicion, Jesucristo dijo á San Pedro: «apacienta mis corderos.»

Una hora despues llegó el resto de la caravana. Nuestras tiendas fueron levantadas á la entrada del pueblo. Dejamos ya de noche el hospicio y nos fuimos á descansar al abrigo de nuestras habitaciones de lona. Yo, rendido por la fatiga y por la calentura, quedéme desde luego pesadamente dormido.

Febrero 26.

A las seis de la mañana me levanté y salí á la puerta de la tienda. El aire fresco que respiré me hizo mucho bien y disminuyó un poco la fiebre que me abrasaba.—

El espectáculo que tenia á mi frente logró abstraerme por completo, y me embebí en la contemplacion del magnífico panorama. El lago de Tiberiades *(Bahr-Tabarieh)*, el famoso mar de Cenereth, el mar de Galilea, estaba á mi vista. Allí se extendian sus aguas azules y claras, murmurando confusamente y agitándose con mansedumbre á mis plantas. Por todas partes en derredor hay montañas, y sus cumbres gigantescas se retratan sobre la mansa superficie. Allá á lo lejos, sobre los picos de los montes, levántase el grande Hermon coronado de nieve, á manera de un padre anciano que eleva la cabeza cubierta de canas sobre las de sus hijos que lo rodean, reclinados en su regazo.

El lago tiene forma irregularmente oval. Su longitud es de cinco

leguas, y de dos su anchura. Su mas grande profundidad es de cincuenta y cinco metros. Tomé de aquella agua en el hueco de mi mano, bebíla, y la encontré dulce y fresca. Estas aguas son tan claras, que permiten ver distintamente los innumerable peces de mil tamaños y figuras que en todos sentidos las cruzan.

El mar de Genezareth fué teatro de los prodigios obrados por Jesus; aquí hizo San Pedro la pesca milagrosa; aquí, obedeciendo á la voz del Hijo del Eterno, se aquietaron los vientos y se sosegaron las tempestades del mar; Jesucristo marchó sobre estas aguas, y San Pedro siguió tímidamente sus huellas.

Aquí fué tambien donde San Pedro recibió de Jesus la investidura de la autoridad suprema, segun la cual debia regir y apacentar el rebaño de la Iglesia.

Esta mar es sagrada. Sus aguas han sido bendecidas por la presencia del Redentor del mundo: ningun lago, ni el mas célebre de la tierra, ha visto realizarse en la superficie de sus ondas los prodigios que aquí realizó El que vino á enseñar á los hombres la verdad y á hacerles amar la justicia. Hermosos han sido á la verdad los sitios consagrados por los hechos del Salvador durante su vida. Dígolo, porque la mar de Galilea es tan bella como la ilusion de un poeta. El Hombre Dios no pudo menos de haber sido perfecto artista; hé aquí por qué escogió estos sitios para escenario de sus obras.

Las riberas de este lago fueron fecundas en acontecimientos para el cristianismo. Aquí está Medjdel la antigua Magdala, patria de Santa María Magdalena; aquí Betsaida, patria de tres apóstoles, Pedro, Felipe y Andrés; aquí finalmente, Tel-Um, la antigua Cafarnaum, que fué habitada largo tiempo por Jesucristo, y hecha célebre con grandes milagros y prodigios realizados por el Hijo de Dios.

De estas reflexiones vino á sacarme una escena singular que pasaba delante de mis ojos, á la orilla del agua. Habia allí un grupo como de veinte personas, formado de hombres y mujeres, y los que aquel grupo componian, todos judíos, hacian reverencias y oraban.

Acerquéme por ver lo que aquello significaba, y miré el desnudo cadáver de un hombre, que era lavado en el lago.

La vista de aquel cadáver pálido y desnudo, sumergido en el agua y estregado con cuerdas, me pareció en extremo repugnante; pero llevado de la curiosidad de presenciar una escena nueva y curiosa, seguí fijando tenazmente mi atencion en aquel grupo.

Cuando el cadáver hubo estado bien limpio, fué colocado boca abajo sobre la arena. Uno de los circunstantes leyó en un libro que tenia en la mano, una especie de plegaria, á la que contestaron los otros en coro. Despues de esto, los hombres y las mujeres dieron tres vueltas al rededor del cadáver, haciendo reverencias y levantando el rostro hácia arriba. En seguida fué puesto el cuerpo boca arriba, volvió á leerse en el libro, y tornaron los concurrentes á girar tres veces, haciendo las mismas reverencias. Terminada esta ceremonia, fué envuelto el cadáver en una manta, y, colocado sobre las espaldas de uno de los presentes, el cortejo fúnebre regresó á Tiberiades.

Aquella escena extraña me dejó impresionado, sin que pudiera explicarme puntualmente lo que significaba. No faltaba sino este cuadro fúnebre y singular para que mi espíritu quedara profundamente turbado, en presencia de estos sitios tan clásicamente célebres en la historia cristiana.

§ VI

NAZARET (NAZARAH).

Febrero 26.

A las nueve de la mañana proseguimos nuestra marcha á Nazaret. Grande esfuerzo me costaba tenerme sobre el caballo, pues mi cabeza pesaba como si hubiera sido de plomo. Todo mi deseo era llegar á Nazaret, para trasportarme de allí á Kaiffa y tomar un vapor que me condujera á Alexandría. Esta era la esperanza que me alentaba, y solo merced á ella sacaba fuerzas de mi naturaleza, para continuar aquel camino por un terreno desigual y pedregoso, y bajo un sol de fuego que hacia arder en llamas el espacio.

Subimos los doscientos treinta metros que mide la profundidad de la hoya donde se agitan las aguas del mar de Galilea bajo el nivel del Mediterráneo. Tres cuartos de hora despues entramos en la llanura de Hittin. Es una pequeña planicie muy alegre y risueña, cerrada á un lado por la montaña, y al otro por el abismo del lago de Tiberiades.

Aquí fué donde Jesucristo multiplicó los siete panes y algunos peces. El lugar exacto que ocupaba Jesus cuando hizo este milagro, está designado por un monton de enormes piedras de basalto, que son los únicos restos que quedan de una iglesia que allí habia. Yo miré con la imaginacion en aquel sitio, á la multitud congregada en torno de Jesus. Eran cuatro mil personas, y el Salvador sació su hambre, dándoles á comer de siete panes y de algunos pescados. Estos campos resuenan todavía con el acento de admiracion de la muchedumbre, cuando en presencia de aquel prodigio adoró á Jesus, clamando: *¡glorificado sea el Dios de Israel!*

Media hora despues llegamos al pié de una pequeña montaña de forma piramidal, cuyo nombre geográfico es montaña de Hittin, y cuyo nombre cristiano es monte de las Bienaventuranzas.

Al pié de esta colina fué enterrado, segun los judíos, el suegro de Moisés, Jetró, sacrificador de Madian.

Un cuarto de hora despues nos encontramos en la cima.

Aquí fué donde Jesucristo enseñó á las gentes su admirable doctrina, en aquella sublime alocucion, conocida vulgarmente con el nombre de Sermon de la Montaña. Aquí fué donde dijo:

«Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los tristes: porque ellos recibirán consolacion.

«Bienaventurados los mansos: porque ellos recibirán la tierra por herencia.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos.

«Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia.

«Bienaventurados los de limpio corazon: porque ellos verán á Dios.

«Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios.

«Bienaventurados los que padecen persecucion por causa de la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos.»

Y aquí fué tambien donde enseñó:

«Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale tambien la otra.

«Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual hace lucir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos é injustos.

«De esta manera debeis orar: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga el tu reino, hágase tu voluntad como en el cielo, así tambien en la tierra; dadnos hoy nuestro pan sobresustancial, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal.

«No querais atesorar para vosotros tesoros en la tierra, donde orin y polilla los consumen y en donde ladrones los desentierran y roban; mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde ni los consumen orin ni polilla, y donde ladrones no los desentierran ni roban. Porque donde está tu tesoro allí está tambien tu corazon.

«No andeis afanados por vuestra vida, qué comereis, ni por vuestro cuerpo qué vestireis. ¿No es mas el alma que la comida? y el cuerpo mas que el vestido?

«Mirad, las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni allegan en

trojes, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no sois vosotros mucho mas que ellas? ¿Y quién de vosotros discurriendo puede añadir un codo á su estatura? ¿Y por qué andais acongojados por el vestido? Considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Y yo os digo, que ni Salomon en toda su gloria fué cubierto como uno de estos.

«No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. Muchos me dirán en aquel dia: Señor, ¿pues no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre lanzamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces yo les diré claramente: Nunca os conocí, apartaos de mí los que obrais la iniquidad.»

Así fué como habló al pueblo congregado en su torno, y que le escuchaba suspenso y pendiente de sus labios, el Libertador de los hombres y de los pueblos, que cambió la faz de la sociedad y renovó el mundo. Jesus no se apoyó en autoridades ni empleó silogismos: habló en nombre propio y con el lenguaje sencillo de la naturaleza, que es el verdaderamente grande y sublime. Para escuchar las lecciones de este maestro, no era preciso seguirle á los jardines, ni pasear debajo del Pórtico; él plantaba su cátedra al aire libre, sentado sobre una piedra, y hablaba á cuantos querian oirle. Para ser iniciado en los principios de su ciencia, no era preciso pasar por larga preparacion y largo aprendizaje, ni sus adeptos para ser admitidos en su escuela, habian menester los signos misteriosos de la mano, ni el silencio obstinado de años enteros. Jesus era orador popular, y no conocia el *bafalaria baralipton* de las escuelas griegas, ni el exclusivismo egoista de los filósofos. Sus palabras se dirigian á la multitud, su doctrina iba rectamente encaminada al corazon de la humanidad.

Este es el carácter distintivo del tipo de Jesus como filósofo: la generalidad, la popularidad, por decirlo mejor, la universalidad. Los filósofos griegos formaron sectas y se rodearon de discípulos de quie-

nes eran escuchados; pero sus doctrinas no se extendian fuera de los límites de la escuela. La verdad era tesoro preciosísimo que se ocultaba avaramente á la vista de los profanos; se pretendia ser el poseedor exclusivo de ella. El pueblo en tanto, el pobre pueblo que formaba la mayoría de la humanidad, entregado á los mas negros errores y á los vicios mas abyectos, se arrastraba ciego y miserable á los piés de los sabios, y los sabios no se inclinaban sobre él para abrir sus ojos á la luz, ni para calmar su hambre con un poco de pan de verdad.

Vino Jesucristo y no fundó escuela. Su doctrina no se circunscribió al espacio ni al tiempo. Habló en todas partes y enseñó donde quiera que encontró á la multitud reunida. Los filósofos querian la verdad para deleite de su alma y para alimento de su soberbia; Jesus la quiso para bien de los hombres. Aquellos miraban la filosofía como ciencia especulativa; Jesus la tomó en su boca como la ciencia práctica de la vida y la muerte.

Destruidos los fueros de la filosofía, borrado el imponente *noli me tangere* de la sabiduría antigua, la verdad se abrió paso por el medio de la sociedad, y vino á llamar á las puertas de todas las inteligencias, y escucharon su voz los instruidos y los ignorantes, los libres y los esclavos, los hombres y las mujeres, los ancianos y los niños. La filosofía griega, rodeada de fórmulas y tecnicismos, cubierta con los múltiples velos de misterio que la soberbia y el egoismo escolásticos habian echado sobre ella, logró hacerse impenetrable á las miradas de la mayor parte de la humanidad, y no fué dado sino á cerebros ricamente dotados por la naturaleza y á inteligencias encumbradas, mirarla cara á cara, apartando de su rostro luminoso esas fórmulas, esos tecnicismos y esos místicos velos que la tenian oscurecida. La filosofía de Jesus, mas elevada que esas filosofías, depurada de los absurdos con que todas ellas mas ó menos estaban afeadas, compendio exacto y conciso de los principios de verdad, que diseminados en diversas doctrinas andaban por el mundo sin formar cuerpo, reveladora de principios nuevos y altísimos, estuvo al alcance de todas las inteligencias.

De allí en adelante, quien habia escuchado las enseñanzas del Filósofo galileo, sabia mas de cuanto habian sabido Aristóteles y Platon, y sabia ser mas moral que Sócrates; de allí en adelante la filosofía fué patrimonio del pueblo, y la humanidad, hecha sábia de improviso, reconstruyó desde los cimientos hasta la cima el edificio social, y levantando en medio de ella altísimo trono, sentó en él á la justicia, y poniéndole sobre su cabeza una corona y en sus manos un cetro, la aclamó por reina de la tierra y ante ella dobló la rodilla.—

Sublime era el cuadro que se desarrollaba en torno de Jesus, cuando enseñaba á la multitud sobre este monte. Por un lado el Tabor levanta su mole imponente y oscura sobre las eminencias que parecen intentar ocultarlo; por otro se mira el lago de Tiberiades tendido en gigantesca hondura al pié de las montañas, como inmenso espejo; mas allá se extienden las serranías del país de Galaad, y en lontananza se dibujan los blancos perfiles del grande Hermon. Aquí está Lubieh, aldea pintoresca asida á la falda de un monte; allá Hittin, cuyo caserío se extiende por la llanura, y mas allá Safed, una de las cuatro ciudades santas de los judíos, patria de Tobías y tumba del profeta Oseas. A los piés del monte, hácia el noreste, se extiende la pequeña llanura de Hittin, cubierta de verdura, teatro del prodigio de la multiplicacion de los panes.

El monte de las Bienaventuranzas es llamado por los árabes *Kurn Hittin* (los cuernos de Hittin). Lo de cuernos le viene por tener en la cumbre, en los extremos este y oeste, dos eminencias ó promontorios semejantes á dos cuernos.

En tiempo de los Cruzados hubo en esta cumbre un templo, cuyos cimientos todavía se miran.

Sobre este monte tenia su tienda Guy de Lusignan, rey de Jerusalen, poco antes de la célebre batalla que lo derrocó del trono y puso fin al reino latino de la Tierra Santa. El rey entró en batalla, contra el parecer de los principales barones que lo acompañaban. Saladino quedó triunfante, y el poder europeo destruido para siempre en estas

regiones. Renaud, señor de Karak, fué decapitado en este mismo sitio, despues que Saladino lo hubo atravesado de parte á parte con su misma espada.

Descendí de mi caballo, y recogí de la cima de la montaña algunas florecillas silvestres, blancas, amarillas y rojas, de esas que, como lo he dicho, crecen en toda la extension del territorio de Palestina. Guardélas en mi cartera, santas reliquias del lugar donde fué predicada la mejor parte de la doctrina cristiana, por la boca misma del Maestro; y viendo mi afan por recogerlas y guardarlas, M. Delestre y Fortunato me formaron dos ramilletes que en seguida me presentaron. Yo queria llevar esta ofrenda á las personas á quienes amo, como recuerdo mio en esta tierra y como talismán precioso de virtud y felicidad; pero la suerte me defraudó este júbilo, porque mi cartera se extravió de allí á poco, con su precioso contenido.

Un cuarto de hora despues, bajamos del monte y volvimos á tomar el camino de Nazaret. A las once llegamos á Lubieh. Echamos pié á tierra á poca distancia del pueblo, y á la sombra de un árbol tomamos el almuerzo que Fortunato habia traido en unas alforjas. Una mujer que pasaba á la sazon con un cántaro de agua en la cabeza, nos dió agua para beber.

A las doce del dia volvimos á ponernos en marcha. Cerca de Lubieh fué atacado el general Junot, viniendo de Caná, por los mamelucos, infinitamente superiores en número. Los franceses se batieron heróicamente y volvieron en buen órden á Caná. Dos dias despues, Kleber vino á auxiliar á esta tropa, y el ejército unido batió á los mamelucos y los arrojó hasta el otro lado del Jordan.

Atravesamos una llanura sumamente fértil, poblada de labradores que cultivaban la tierra. Un poco despues llegamos al *campo* llamado *de las espigas*.

Aquí fué donde los discípulos de Jesus, teniendo hambre, cortaron las espigas de los sembrados y se las comieron. Esto hizo levantar el grito á los fariseos, que acusaban á los apóstoles de profanar el sábado. A sus quejas hipócritas, respondió Jesus con el ejemplo de David, que teniendo hambre, se comió los panes de la proposicion, y con el de los sacerdotes del Templo, que á pesar de ofrecer sacrificios no quebrantaban el sábado, y concluyó diciendo, que Él era mayor que el Templo, amaba mas la misericordia que el sacrificio, y era Señor aun del sábado.

Este campo es una especie de valle formado entre dos lomas cercanas, y sumamente pequeño. La tierra es muy productiva y está bien cultivada. Al pasar, miramos por ambos lados del camino ondear las espigas como en tiempo de Jesucristo, y esto me producia ilusion tan completa, que volvia el rostro por todas partes, como si esperara que de un momento á otro apareciera el Maestro seguido de sus discípulos.

Una hora despues llegamos á la aldea llamada Kefr-Cana, que es la antigua Caná de Galilea de que hablan los Evangelios. Lo primero que se ve es una mezquita en ruinas, que se dice ocupar el sitio donde estuvo la casa de San Bartolomé.

En medio de un sembrado, hácia el sureste, mírase una columna de mármol, que es el único resto que existe de un templo construido aquí por Santa Elena. Este templo fué levantado sobre la casa de Simon el cananeo. En la casa de este Simon se celebraron unas bodas, á las cuales fueron convidados Jesus y su Madre, y llegando á faltar el vino, la Vírgen dijo á Jesus: «no tienen vino.» Y Jesus le respondió: «Mujer, ¿qué nos importa á mí y á tí?» Esta respuesta no es una falta del Hijo cometida á su Madre, es una protesta hecha contra toda confusion entre Dios y el hombre. Jesus, próximo á hacer un milagro, desconocia los vínculos de la carne. Porque su omnipotencia, en cuya virtud iba á trocar una cosa en otra, no era propia de la naturaleza del sér engendrado, sino atributo del Sér Infinito.

Dijo la Madre de Dios á los que le servian: «haced cuanto él os dijere.» Y habia allí seis tinajas de piedra, y cabian en cada una dos ó tres cántaros. Y Jesus dijo: «llenad las tinajas de agua.» Las llenaron hasta arriba. Y el agua quedó convertida en vino.

Simon el cananeo dejó á su mujer despues de sus bodas, y vino á ser discípulo de Jesus.

Kefr-Cana, es una pequeña aldea de seiscientos habitantes, asentada á las faldas de una colina y sobre un terreno fértil, donde crecen en abundancia los nopales, las higueras, los olivos y los granados.

Proseguimos nuestro camino, y poco despues pasamos cerca de la aldea llamada el-Meshed, que es la antigua Gethefer, de la tribu de Zabulon, patria del profeta Jonás y lugar donde reposa su cuerpo. Los musulmanes tienen gran respeto á la tumba de este profeta, y sobre ella han erigido una mezquita.

Una hora de marcha. Al cabo de ella llegamos á una altura, desde donde descubrimos Nazaret en la vertiente de una montaña.

Diez minutos despues bajamos de la altura, y pasamos cerca de una fuente que tiene el nombre de la Vírgen, porque conforme á la tradicion, aquí venia á tomar agua la Madre de Dios; tradicion en extremo verosímil, puesto que no hay otra fuente cerca del pueblo, y como la Vírgen era muy pobre, debe haber hecho por sí misma el servicio de su casa.

Las mujeres de Nazaret vienen aquí á tomar agua, cuando comienza á disminuir el calor del dia. Eran á la sazon las cinco de la tarde; así es que la fuente estaba llena de animacion.

Las nazarenas no llevan la cara cubierta, porque son en su mayor parte cristianas: católicas, griegas ó maronitas. Hay algunas protestantes. Tienen fama de ser las mas bellas de la Palestina. El óvalo de su rostro es perfecto; su cútis finísimo es blanco y sonrosado; su pelo castaño tirando á negro; sus ojos garzos, y su boca de una pureza artística en la forma.

La belleza oriental en hombres y mujeres es la mas perfecta del mundo, porque á la correccion de las líneas reune la majestad del conjunto, y la sencillez y gracia de la expresion. Las mujeres de Nazaret tienen fama de ser muy orgullosas, pues se juzgan compatriotas de la Vírgen.

CARTILLA ALFONSINA

La poblacion de Nazaret es de 6,000 habitantes, de los cuales solamente 2,000 son musulmanes. Es original el hecho de que en dos lugares, aquel donde Jesucristo fué encarnado, y el otro donde vino al mundo, Belen y Nazaret, la mayor parte de la poblacion sea cristiana.

Lo mas singular es que estas dos ciudades parecen ser las únicas repelentes para la poblacion judía. Por todas partes hay judíos en Palestina; solo en Nazaret no hay mas que uno, y ninguno en Belen. Como si Dios no permitiese que este pueblo insensato blasfemara de su Hijo, allí mismo donde este tomó la carne humana y donde nació á la vida.

En el camino, desde la fuente á Nazaret, encontramos dos franciscanos, que nos preguntaron si teniamos intencion de alojarnos en el convento. Respondímosles que sí, y vinieron con nosotros hasta el pueblo. Cinco minutos despues entramos en Nazaret, y nos dirigimos al hospicio latino, donde nos fueron dados aposentos con muy buenos lechos.

Un franciscano vino á invitarnos de allí á poco para que fuéramos á hacer una visita al pueblo. M. Delestre y yo, aunque en extremo cansados, vinimos en ello desde luego, y nos pusimos en marcha.

Nazarah es la antigua Nazaret, que quiere decir flor. Antes de Jesucristo, esta ciudad no habia sido mencionada en ningun libro. San Lúcas ha sido el primero que ha hablado de ella. El apóstol San Felipe, habiendo hablado á Natanael, le dijo: «hemos hallado á aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas: Jesus, el hijo de José de Nazaret.» Y le replicó Natanael: «¿de Nazaret puede haber algo de bueno?» y Felipe le respondió: «ven y mira.»

En este sitio olvidado del mundo, cuyo nombre no figuró jamás en la historia ni en los libros, fué donde vivian José y María, y donde el ángel de Dios descendiendo á la habitacion humilde, vino á anunciar á la mujer del carpintero, que estaba escogida por el Eterno desde la misma eternidad para ser la Madre de su Hijo, de ese Hijo que Dios mandaba al mundo para que con su sangre lavara los pecados.—

Saliendo del hospicio latino, nos dirigimos á la iglesia de la Anunciacion, que está al frente, pocos pasos distante. El convento es muy grande y hermoso, y de una construccion respectivamente moderna, puesto que no hace mas de un siglo que fué reedificado, despues de haber sido totalmente destruido.

A principios del siglo XVII vinieron las hordas salvajes del otro lado del Jordan, y precipitándose sobre Nazaret, la destruyeron desde los cimientos. Muchos de los franciscanos fueron pasados á cuchillo, y los pocos que de ellos se salvaron, siguieron habitando intrépidamente entre los escombros de su convento.

La iglesia de la Anunciacion es la mas bella de Palestina, despues de la del Santo Sepulcro. El coro está edificado sobre el lugar que ocupaba la casa de la Vírgen. Para subir á él hay dos hermosas escaleras hácia ambos lados del muro, y en medio de ellas se encuentra la puerta que conduce á la santa Gruta. El edificio está muy bien iluminado, y sobre la balaustrada del coro hay gran número de luces que arden dia y noche.

Entramos por la puerta de la Gruta. Bajamos por una gradería de mármol de diez y siete escalones. Al llegar al octavo, se miran por ambos lados, en las paredes, dos piedras negras que indican que hasta aquí llegaba la extremidad sur de la santa casa. Al terminar la gradería, hay una capilla rectangular que ocupa el sitio donde estuvo la habitacion de la Vírgen.

Al pisar aquel suelo bendito caí de rodillas. La casta Doncella inmaculada pasó aquí algunos años de su inocente y bienhechora vida. Yo amo con todo mi corazon á la Vírgen, poética, tierna, encantadora figura de nuestra religion, destinada á endulzar las penas de la vida y á abrir al alma humana los horizontes de la esperanza. Me encomiendo á su amparo con la fé, con el amor, con la confianza que solo una madre inspirar puede en el corazon de un hijo. Ella guiará mis pasos; y ya sea que camine por sendas de rosas, ya por sendas de espinas, bendeciré su nombre con la sonrisa en los labios ó las

CAPILLA ALFONSINA

lágrimas en los ojos. Acaso por merced particular de Ella, me ha tocado haber nacido de otra mujer que tambien se llama María, alma grande, corazon levantado, modelo de ternura, fénix de virtud, dechado de mujeres y de madres. Yo pedí en aquel lugar por la madre mia en la tierra, á fin de que si es posible podamos ella y yo seguir amándonos eternamante unidos en el feliz amor de ultratumba, como nos hemos amado tan tierna, tan sencilla, tan santamente durante la vida.—

Hay en este lugar dos altares, uno á la derecha dedicado á San Joaquin, y otro á la izquierda dedicado al arcángel Gabriel. De esta capilla pasamos á la Santa Gruta, que es de pequeñas dimensiones y está revestida de mármol. Al entrar, á la izquierda, hay un altar dedicado á la Santa Familia y erigido por Maximiliano archiduque de Austria. Al oeste de este altar hay un trozo de columna truncada por la base, que pende de la bóveda. Se dice que esta columna indica el lugar donde se encontraba la Vírgen cuando hablaba con el ángel. El sitio que ocupaba este se halla designado por otra columna, á poca distancia. Al frente, y en la pared norte, se encuentra el lugar dedicado á la Anunciacion. Encima de él hay una inscripcion que dice: *Hic Verbum caro factum est.* Aquí el Verbo fué hecho carne.

Al leer estas palabras sublimes me arrodillé adorando el alto nombre de Dios. Aquí fué donde se cumplieron las promesas hechas por el Señor á los patriarcas; aquí fué donde se realizaron las predicciones de los profetas, y donde vino al mundo el Deseado de las naciones. La redencion del pecado, prometida á nuestros primeros padres antes de salir del paraíso y despues de haber cometido la primera culpa, renovada á esos ancianos venerables que hacian alianzas con Dios y conservaron la verdad religiosa, los patriarcas, comenzó aquí á cumplirse. El gran drama de la liberacion del género humano dió aquí principio. El Héroe, el Mártir, el Amigo de los hombres fué ya concebido; dentro de poco nacerá al mundo, llegará á la edad madura y comenzará la época de su predicacion, á la cual seguirá de cerca la

de su muerte. Su palabra será la antorcha clarísima que iluminará los arcanos de la conciencia humana; el mundo se conocerá á sí mismo, sabrá cuál es el bien que desea, y podrá marchar por el camino que á él conduce. Los grandes problemas sociales y políticos quedarán resueltos, desde la suerte de la familia en el hogar doméstico hasta las relaciones de los pueblos entre sí y de la humanidad toda entera. Las bases de la civilizacion quedarán echadas, los siglos venideros no harán sino edificar sobre estos cimientos, y cuanto sobre ellos se levante será firme y perfecto, y cuanto se levante fuera de ellos caerá por tierra derribado por su absurdidad y su flaqueza.

Pero esto no será todo. El Dios que aquí se reviste con la carne humana, no será solamente Maestro, no se contentará con abrir los ojos á la ciega razon humana, no se circunscribirá dentro de los límites de la enseñanza y de la filosofía; hará todo lo que ha predicado. Ha enseñado en sus discursos la humildad, la mansedumbre y la abnegacion, y será humilde y manso, y morirá por el amor de los hombres. Perseguido por la envidia y por las pasiones perversas, su doctrina de paz será calumniada de revolucionaria y subversiva, y condenado á muerte ignominiosa por jueces inícuos, en el momento de su agonía perdonará á sus verdugos y rogará por ellos.

De suerte que Jesus regeneró á la humanidad dos veces: esclareció con su doctrina la mente y el corazon de los hombres, dejando trazados con su palabra los senderos de la civilizacion y el progreso, y se ofreció en holocausto por los crímenes del mundo, y víctima inocente sacrificada en aras de la Justicia, lavó con su sangre las huellas del antiguo pecado, aplacó la cólera de Dios, é hizo abrir al Eterno enternecido las puertas cerradas de los cielos. Jesucristo dejó franco el camino de la eternidad, desde la tierra hasta el trono de Dios: aquí abajo destruyendo los errores, y satisfaciendo á la Justicia allá arriba.—

Detrás de esta capilla hay otra gruta mas profunda, tallada asimismo en la roca y sumida en la oscuridad. Esta cueva á la cual se sube

CAPILLA ALFONSINA

por una larga escalera, es conocida generalmente con el nombre de *cocina de la Vírgen*, por creerse que para este uso fué destinada. Con ayuda de los cerillos encendidos que llevábamos en la mano, pudimos ver dos huecos practicados en las paredes de la roca, cuyos huecos parecen haber servido de alacenas. Tal vez allí hubo en otro tiempo tablas horizontales colocadas de distancia en distancia, y sobre ellas se ponian los utensilios de la cocina, como es hoy de estilo. El uso de estas grutas oscuras y recónditas, es muy antiguo en Palestina; ahora mismo, las cavernas naturales de las montañas son aprovechadas por los hombres para convertirlas en habitaciones.

Salimos del convento y nos dirigimos al sitio donde estaba el taller de San José, que se encuentra bien lejos de lo que era su casa. Hay allí una capilla sumamente pequeña, reconstruida nuevamente sobre las ruinas de una antigua iglesia dedicada al mismo objeto.

Bajamos de Nazaret hasta el valle que está á sus piés, y visitamos una iglesia perteneciente á los griegos unidos, erigida sobre el lugar donde existió la sinagoga del tiempo de Jesucristo.

A mediados del siglo pasado, era este lugar un campo de la propiedad de un árabe. Los franciscanos lo compraron y edificaron una capilla. Por ese mismo tiempo sucedió que los padres de Tierra Santa lograron convertir gran número de griegos cismáticos al catolicismo, y la nueva capilla fué cedida á los griegos ortodoxos. Actualmente son cerca de mil los griegos unidos que hay en Nazaret.

Despues que Jesus fué bautizado y ayunó cuarenta dias en el Desierto, vino á Nazaret donde se habia criado, y entró el sábado en la sinagoga, como lo tenia de costumbre. «Y le fué dado el libro de Isaías el profeta. Y cuando desarrolló el libro, halló el lugar en donde estaba escrito: *el Espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ha ungido; para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los quebrantados de corazon, para anunciar á los cautivos redencion, y á los ciegos vista, para poner en libertad á los que están quebrantados, para anunciar el año favorable á*

Dios, y el dia del galardon. Y habiendo arrollado el libro, se lo dió al ministro y se levantó. Y cuantos habia en la sinagoga, tenian los ojos clavados en él. Y les empezó á decir: *hoy se ha cumplido esta escritura en vuestros oidos.* Y todos le daban testimonio, y se maravillaban de las palabras de gracia que salian de su boca, y decian: *¿no es este el hijo de José?* Y les dijo: *sin duda me direis, médico cúrate á tí mismo; todas aquellas maravillas que hiciste en Cafarnaun, hazlas tambien aquí en tu patria.* Y dijo: *en verdad os digo que ningun profeta es acepto en su tierra. En verdad os digo que muchas viudas habia en Israel en los dias de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses, cuando hubo una grande hambre en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda en Sarepta de Sidonia: y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliseo profeta; mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naaman de Siria.* Y fueron en esa sinagoga todos llenos de saña escuchando esto; y se levantaron y lo echaron fuera de la ciudad, y lo llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo. Mas él pasando por en medio de ellos se fué.»

De esta manera Jesucristo comenzó á proclamarse Aquel á quien el mundo esperaba para inundarse en la inmensidad de su gloria, y para gozar los beneficios de su justicia. Jesus no fué creido, porque era hijo de un carpintero, y la esperanza de Israel estaba erróneamente vinculada en el advenimiento de un rey poderoso. Jesus habla la verdad en medio de la sinagoga; pero la verdad suena mal en los oidos de sus compatriotas, porque la verdad para los hombres es mas aborrecible que la mentira, siempre que no es una lisonja de su soberbia. Este primer episodio de la historia de Jesus, es como un resúmen del desarrollo de su vida. Porque la historia de la vida de Jesus, puede compendiarse de la siguiente manera: predicó la verdad, sublevó con ella las pasiones perversas, y murió por causa de ella.—

La sinagoga ocupó en tiempo de Jesucristo la parte céntrica de

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

Nazaret. La capilla griega que ahora se levanta en el mismo sitio, está fuera de la Nazaret moderna, que hoy se asienta en la vertiente de la colina, mientras la antigua se extendia desde la montaña hasta el terreno plano del valle.

Regresamos á Nazaret. En las calles encontramos algunos árabes que llevaban útiles de acero, semejantes por la forma á los martillos, metidos en el cinturon, y preguntamos al franciscano que nos acompañaba, qué era lo que aquello significaba. Él nos dijo que esos hombres eran escribientes, y que los útiles que traian en la cintura, eran tinteros herméticamente cerrados.

La escritura árabe es de tal manera difícil, que pocos son los que pueden aprenderla, aun entre los árabes mismos. Así es que en estos países, saber escribir significa tanto como tener una profesion, y el escribiente goza del título de *effendi*.

Aquel que sabe escribir, es entre árabes tenido en tan grande estima por lo menos, como un escribano entre nosotros, y á tanto grado llega el aprecio que se hace del título de *effendi*, que suele atribuirse en general á cualquier persona á quien se trata de manifestar consideracion y respeto. Así, pues, *hauaga* quiere decir *señor* simplemente; pero *effendi* significa *su señoría*.

Entre los hebreos pasaba tambien cosa semejante con respecto á la escritura. Los caracteres hebráicos eran muy complicados, y por consiguiente muy pocos sabian formarlos. A los que escribian el hebreo se les llamaba escribas *(soferim)*, y estos eran contados en el número de los sabios. La palabra *effendi* tiene una lejana semejanza con *soferim*, á mi modo de ver.

Los *effendis* no hacen uso para escribir, de mesa, ni apoyo alguno; toman el papel y el tintero con la mano izquierda, y con la hoja del papel al aire, van trazando con la diestra los complicados caracteres de su escritura, con asombrosa rapidez. El punzon con que escriben es de tal manera puntiagudo y sutil, que romperia el papel si le ofreciera la menor resistencia.

En la parte mas elevada de Nazaret hay una pequeña capilla, edificada recientemente por los franciscanos, sobre las ruinas de otra mas antigua. Nos dirigimos allá y miramos, en medio de la capilla, una enorme piedra de forma circular, llamada *mensa Christi*, la mesa de Cristo; porque según la tradicion, esta piedra sirvió muchas veces de mesa á Jesus y á sus discípulos, en su frugal comida.

CAPILLA ALFONSINA

CAPITULO VI

VIAJE A BEYROUTH

Febrero 27.

En Nazaret concluia para mí la parte clásicamente interesante de mi viaje. Habia visto Jerusalem, el Mar Muerto, la Samaria y la Galilea, y ahora caminaba hácia la Siria. De aquí en adelante, habria de mirar todavía sitios famosos en la historia, pero con una fama bien distinta de los que habia visto. El Carmelo seria el único punto ligado por el interes bíblico con los que quedaban á mi espalda. Soy entusiasta por la historia; pero la historia de Israel ofrece para mí mayor atractivo que ninguna otra, por ser la historia de un pueblo y la historia de mi religion.

Llevéme de esta tierra grandes y variadas memorias al salir de Nazaret la mañana de este dia. La Judea me habia espantado con la severidad imponente de su suelo estéril y montañoso; la Samaria y la Galilea me habian encantado con el esplendor de su naturaleza abundosa y risueña. Y como si los hechos hubieran concordado con el aspecto de estas tierras, la Judea me habia llenado de terror por los recuerdos que despertó en mi alma del cruento sacrificio del Hijo de Dios; en tanto que la Galilea y la Samaria me habian causado los efectos de alegría de los primeros pasos y prodigios de Jesus, pre-

dicando su doctrina y probando su divinidad con la omnipotencia de su palabra.

§ I

EL CARMELO ("DJEBEL-MAR-ELIAS.") KAIFFA Y SAN JUAN DE ACRE ("AKKA").

Subimos la montaña que está al poniente de Nazaret, y llegados á la altura, dimos nuestro último adios á esta ciudad, donde vivió tantos años María, y donde fué concebido y creció el Dios hecho hombre, venido para salud de las gentes.

Pocos momentos despues descubrimos la cumbre lejana del Carmelo, y la ancha faja azul del Mediterráneo. Al ver el mar, me sentí poseido de inmensa alegría.

Bajamos á la llanura de Esdrelon, y echamos á galopar deseando acortar la distancia.

Tres horas despues atravesamos el torrente Cison *(Nahr-el-Mukatta)*, cerca de una colina llamada Tel-Amr. Dejamos esta colina á la izquierda, y pasamos cerca de una aldea asentada á sus faldas y habitada por drusos. Caminamos costeando la cadena, y dejando por ambos lados, á nuestro paso, multitud de aldeas, las unas sobre la altura, á la izquierda, y las otras en la llanura, á la derecha. El Cison nos siguió buen trecho en nuestro camino; este Cison que arrastró los carros, los caballos y los cadáveres, despues de la derrota de Sísara, cantada por Débora.

La vegetacion ha cambiado totalmente. Habia musgo, yerba y plantas en los campos que habiamos recorrido; pero aquí hay tambien bosques de árboles corpulentos, y la naturaleza es robusta y poderosa. Todo esto me causaba grande alegría, pues me figuraba volver á encontrarme en terreno conocido, despues de haber atravesado países de un mundo que no era el mio.

CAPILLA ALFONSINA

La mañana estaba clara y alegre. El sol derramaba sobre el espacio y sobre la tierra una luz que parecia inundar de júbilo la naturaleza, en tanto que la brisa fresca que soplaba del Mediterráneo, equilibrándose con el calor del dia, producia una temperatura templada.

A las doce llegamos á Kaiffa. Este puerto tiene un aspecto en extremo pintoresco. Su terreno es muy fértil, y la poblacion, vista á distancia, parece un huerto, por entre cuyo follaje elevaran acá y allá sus techumbres algunos kioscos, que son las habitaciones del puerto.

Nos dirigimos al Carmelo. Este monte está poco distante de Kaiffa, así es que en media hora llegamos hasta su pié. Bajamos de nuestros caballos, en el punto donde comienza el camino que conduce á la cumbre. Tendímonos á la sombra de uno de los muchos olivos que por allí habia, y almorzamos á la vista del mar, oyendo el rumor de las olas que venian á azotar las arenas de la orilla.

Poco despues subimos por el pendiente camino que lleva al convento. Un cuarto de hora empleamos en hacer la ascension hasta la cumbre. Hay arriba una esplanada muy hermosa, en medio de la que se eleva el convento, elegante edificio cuadrangular, formado de piedra, y de arquitectura moderna.

Salió á recibirnos un lego italiano, que nos condujo á la sala de recepcion, donde de allí á poco nos fueron servidos el café y la limonada. Sobrevino luego un fraile que nos trató muy bien, y nos invitó para que pasaramos algunos dias en el convento. Se manifestó muy asombrado cuando le dijimos que pensábamos continuar hasta San Juan de Acre, donde pasariamos la noche.

Nos invitó para que hiciéramos una visita al convento, y nos llevó al través de larguísimos ambulatorios, y nos hizo conocer lo mas notable del edificio. Nuestro paseo vino á terminar en la capilla del convento, donde se encuentra la famosa imágen de Nuestra Señora del Cármen, de la cual andan por el mundo tantas estampas y escapularios. Es una escultura muy bien acabada, y barnizada como las de México, cargada de alhajas y vestida de preciosísimas telas. Al

pié del altar de Nuestra Señora está una gruta natural de la roca, que lleva el nombre de San Elías, por haber sido habitada por este profeta y su compañero Eliseo.

Subimos á la azotea del convento, y desde allí disfrutamos de una vista hermosísima. El Carmelo es un promontorio que avanza mucho por el mar; así es, que al frente y á los lados se miran las aguas azules del Mediterráneo. El dia, como he dicho, estaba muy hermoso, la mar tranquila, y un viento del oeste soplaba con fuerza. La inmensidad turquí oscura del Mediterráneo, se extendia majestuosa hácia el ocaso. Jamas lugar alguno, habitado por hombres, tuvo posicion mas imponente y solemne que el convento del Carmelo. Es un edificio atrevido, asentado en la cumbre de la montaña, que tiene por alfombra á sus piés la superficie inmensa de las aguas.

A las dos y media de la tarde salimos del convento para proseguir la marcha á San Juan de Acre.

Un lego español me regaló un escapulario y una estampita de Nuestra Señora del Cármen.—

En tiempo de los cananeos, el Carmelo era un reino; Josué se apoderó de él y mató á su rey.

Se dice que fué en esta montaña donde Cain, el fratricida, fué muerto por Lamec.

Aquí confundió Dios á los sacerdotes de Baal, por medio del profeta Elías.

La belleza del Carmelo ha sido elogiada repetidas veces en los libros santos, y el profeta Isaías ha tomado de ella los argumentos de sus comparaciones sublimes.

La tradicion refiere que Santa Ana tenia aquí rebaños y una casa que venia á habitar algunas veces, en compañía de la Vírgen su hija. Dicen tambien, que la Santa Familia permaneció aquí algun tiempo á la vuelta de Egipto, y de esta tradicion toma orígen la adoracion de María, bajo la advocacion del Carmelo.—

Despues de un cuarto de hora de marcha, llegamos á la *gruta de los profetas*, por un camino estrecho, pedregoso y pendiente. Esta cueva es natural, agrandada por la mano del hombre, y de una longitud como de trece á catorce metros. Aquí vivian los profetas discípulos de Elías, y por esta razon se ha dado el nombre que lleva á esta gruta.

Salimos de allí y bajamos luego el Carmelo para continuar nuestro camino. El Carmelo *(Djebel-Mar-Elías)*, se extiende del sureste al noreste, y forma una cordillera de cinco leguas de longitud y una de anchura. El promontorio, como lo he dicho, avanza mucho hácia el mar, y se eleva hasta una altura de 600 metros. Este monte es muy fértil y produce yerbas aromáticas.

La cordillera está habitada en tres partes: por los monjes en el convento, y por algunos centenares de drusos en dos aldeas miserables. Aquellas laderas fértiles están abandonadas, y por todas partes abundan los animales salvajes, sin que nadie les haga daño: los que se encuentran en mayor número son los chacales, las garduñas, los jabalíes, las hienas y las panteras.

Media hora despues atravesamos por Kaiffa que, segun lo dije arriba, es una pequeña poblacion, llena de árboles y de agradable apariencia. Tiene cuatro mil almas, entre las que hay cerca de dos mil cristianos y mil judíos. Se dice que Kaiffa corresponde á la antigua Helba de la tribu de Aser.

En siete minutos atravesamos Kaiffa y dejamos atrás sus muros, echando á andar por la orilla del mar. Al salir de Kaiffa hay multitud de jardines pintorescos. Muy pronto nos alejamos de ellos, galopando por la playa, tan al borde del mar, que los piés de nuestros caballos eran bañados por las olas.—

El camino que conduce del Carmelo á San Juan de Acre, es sumamente pintoresco. Hay entre estos dos puertos un pequeño golfo: Kaiffa se levanta á una extremidad del semicírculo, y á la otra San Juan de Acre; de manera que estos dos lugares están frente á frente, en la direccion de la cuerda del arco. Desde Kaiffa se mira dis-

CAPILLA ALFONSINA

tintamente San Juan de Acre, y se comprende que seria muy corto el camino, si pudiera seguirse la recta. Pero como hay necesidad de seguir la curva del golfo, el camino se alarga sobremanera.

Despues de media hora de marcha, atravesamos el torrente Cison *(Mahr-el-Mukatta)*. Dispersos en los arenales de la playa, míranse innumerables caracoles armados de puntas. Estos caracoles son el antiguo *murex trunculus*, de donde sacaban los fenicios la famosa tinta con que formaban su púrpura.

Dos horas despues atravesamos el Nahr-en-Naaman, que es el antiguo Belo, rio adonde los tirios venian á buscar la arena que les servia para fabricar el vidrio. Este rio marcaba el límite sur de la Fenicia.

A las cinco de la tarde llegamos á San Juan de Acre. Nuestras tiendas fueron levantadas sobre la muralla, en medio de una esplanada destinada á colocar las baterías. El soldado turco que estaba de guardia, nos permitió acampar allí, mediante un *bakshish*.

Tan luego como nos apeamos de nuestros caballos, nos dirigimos Fortunato, M. Delestre y yo, al interior de la ciudad para visitarla.

San Juan de Acre tantas veces combatida, tantas inexpugnable, y arruinada tantas veces, se encuentra enteramente reedificada. Nada conserva de su antiguo esplendor; pero está construida de dura piedra y rodeada de terribles murallas, que por la parte de tierra la defienden. Esta ciudad ocupa el lugar de la antigua Acco de la tribu de Aser. Mas tarde recibió el nombre de Ptolemaida. Aquí fué muerto Antioco por Trifon, 143 años A. J-C. Los habitantes de Ptolemaida abrazaron el cristianismo desde los primeros tiempos de la predicacion del Evangelio. San Pablo pasó aquí un dia, viniendo de Tiro, como él mismo lo refiere.

Pero la celebridad de este lugar se deriva principalmente del tiempo de los Cruzados. En 1140 Balduino I, rey de Jerusalem, se apoderó de Ptolemaida, y este punto vino á ser desde entonces el centro de las operaciones de los cristianos en Siria. Aquí eran recibidas las flotas de los venecianos, los genoveses y los pisanos. Despues de la batalla de Tiberiades, Ptolemaida cayó de nuevo en poder de los musulmanes.

Pero el rey de Jerusalen, tan luego como estuvo libre, vino á sitiarla con nueve mil hombres. A él se reunió multitud de franceses, flamencos é ingleses, que formaron una muchedumbre de 600,000 soldados. El cerco duró tres años, y en ese tiempo se dieron mas de cien combates y nueve grandes batallas. Los sitiados sufrieron hambre tan cruel, que se vieron obligados á alimentarse con la carne de sus caballos. De los seiscientos mil combatientes que sitiaban la ciudad, solamente cien mil pudieron volver á su patria; pero la ciudad fué tomada finalmente, y vino á ser el último asilo de los cristianos en la Tierra Santa. Entonces fué cuando, habiéndose establecido allí los caballeros de San Juan, perdió Ptolemaida su nombre y recibió el de San Juan de Acre.

Trascurrido apenas un siglo, la ciudad fué tomada á viva fuerza por Khalil-Ibn-Kalaun, sultan de Egipto, despues de un breve sitio de un mes. Veinticinco mil cristianos fueron asesinados ó reducidos á la esclavitud. Las religiosas clarisas, por salvarse del deshonor, se desfiguraron ellas mismas el rostro cortándose la nariz.

Desde entonces, Akka (este es el nombre árabe del puerto), ha caido en una postracion absoluta. Sin embargo, á fines del siglo pasado Djezzar-Pashá hizo sonar nuevamente su nombre con cierta gloria, constituyéndola capital de un principado criado por él, y que se extendia desde Baalbek y Damasco hasta Jerusalen. Entonces fué cuando el primer Napoleon vino á sitiar la ciudad. Djezzar-Pashá, ayudado por el general inglés Sidney Smith, resistió detrás de las murallas de la ciudad los terribles embates del genio de Córcega, que comenzaba á extender sus alas de muerte, y á cernerse como un buitre ávido de sangre, sobre el mundo. Bonaparte perdió allí su tiempo en un asedio inútil, y tuvo necesidad de retirarse, confesándose incapaz de apoderarse de la plaza.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

En 1823, Ibrahim-Pashá la tomó por asalto, despues de seis meses de sitio, y en 1840 la flota anglo-austriaca, al mando de Stopford y Napier, bombardeó este puerto, y al cabo de dos horas quedó la ciudad convertida en un monton de escombros, y sometida á los dos almirantes. Así es como San Juan de Acre ha venido á perder la gran reputacion que tenia de plaza inexpugnable. Lo cierto es, que despues de los últimos adelantos de la guerra, no puede decirse que haya en el mundo ciudad que merezca tal nombre, por fuerte que sea. El tiempo de los largos sitios y el de las iliadas de diez ó mas años, pertenece á la historia. Actualmente la mejor defensa que tienen las ciudades son la civilizacion y la humanidad, que prohiben la destruccion y el exterminio; pero á no ser esto, las ametralladoras y los cañones Krupp, estos rayos terribles de la industria guerrera, se darian en breve espacio buena cuenta de las plazas mas fuertes y bien amuralladas.—

Entramos el dragoman, el francés y yo, en Akka, por la única puerta que tiene, y está al extremo sur de la ciudad. Es esta muy súcia y pestilente; sus calles son tortuosas y estrechas. Tiene sin embargo mucho movimiento, y esto consiste en que toda la poblacion se encuentra aglomerada dentro de un estrecho recinto, que es una península de forma triangular, que avanza sobre el mar. El comercio de la ciudad consiste en algodon y trigo.

Pocos restos del tiempo de los Cruzados se conservan en Akka. Los principales son, el hospital de los Templarios, que está convertido actualmente en hospital militar, y algunas murallas del convento de las clarisas.

Visitamos una hermosa mezquita, que es lo mas digno de verse que hay en la ciudad. Esta mezquita se encuentra en medio de una plaza pavimentada con piedra, donde hay plantadas palmas y otra multitud de árboles de aspecto agradable. En torno de la plaza hay una hermosa galería sostenida por columnas de granito y mármoles de diversos colores, trasportadas de la antigua Tiro. A los lados de

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

la mezquita hay dos tumbas de graciosa construccion; la una guarda las cenizas de Djazzar-Pashá, y las de Selim-Pashá la otra.

La ciudad tiene una poblacion de 8,000 habitantes, de los cuales 3,000 son católicos, un centenar es de judíos, y el resto de mahometanos.

Nuestra excursion terminó al oscurecer, y no pudimos salir sin gran trabajo de Akka, pues la puerta de la ciudad estaba cerrada ya, y los turcos se negaban á abrirla. Sin embargo, como el dinero es la llave maestra que abre en Oriente más que en ninguna parte del mundo, todas las puertas, la dificultad fué zanjada tan luego como hablamos de un buen *bakshish*.

Llegábamos á nuestras tiendas, cuando miramos un árabe que estaba ocupado en tomar algunos objetos del suelo y en colocarlos sobre la muralla. Fortunato temió que aquel hombre nos anduviera acechando para robarnos, y se acercó á él para ver lo que hacia. A poco volvió á nosotros diciéndonos:

—Es un árabe necio que está recogiendo del suelo los mendrugos de pan que ha arrojado nuestro cocinero. Estos mahometanos son tan timoratos, que creen es un pecado tirar el pan, y se escandalizan siempre que lo ven por tierra. Tambien tienen ellos la costumbre de recogerlo del suelo siempre que lo hallan al paso, y de ponerlo, invocando á Alá y dándole gracias por sus beneficios, sobre algun sitio elevado, para que sirva allí de alimento á las aves del cielo. ¡Son unos salvajes estos mahometanos!

No participé yo ni con mucho de la opinion de Fortunato, pues para mí este rasgo de sencillez y gratitud á Dios, es digno de todo elogio, y merece ser imitado por los cristianos. Los árabes, mejor dicho, los orientales, tienen cierto tipo de religion en todos sus actos, que no puede menos de atribuirles majestad y grandeza. Porque el hombre que por sí no es nada, si alguna vez brilla ó asombra, es merced á la irradiacion de Dios sobre su pequeñez: de tal suerte, que podria decirse que los hombres somos astros opacos que reflejamos

débilmente los rayos del Sol eterno de la verdad y la vida. Y como la religion es el vínculo de union de la humanidad con Dios, el tipo del hombre crece y se trasfigura en sus actos religiosos, porque los actos de adoracion al Sér Supremo, por ser dirigidos á él, se revisten de un carácter de imponente sublimidad.

La irreligion por el contrario, deja descarnada y patente la miseria del hombre. Yo amo al hombre religioso donde quiera que lo encuentro y como quiera que se llame. La razon tendiendo á Dios, á ese foco de luz infinita é inextinguible, me parece admirable y grande; es la marcha natural de todo lo criado, desde el inmenso astro hasta la infinitesimal molécula. Las rebeliones de la criatura contra el Criador, de lo que nació ayer contra lo que siempre ha sido, de lo que tiene vida de dependencia contra lo que tiene la plenitud del sér, son ridículas, mas aún que criminales ó insensatas.

§ II

TIRO (SUR).

Febrero 28.

A las seis de la mañana salimos de San Juan de Acre. Fuera de la ciudad hay multitud de huertos muy bien cultivados y fértiles. Los granados, los naranjos y los limoneros tienden allí sus profusas ramas, y forman bosques tupidos, debajo de los cuales no penetran los rayos del sol. Allí se ven tambien casas de campo modestas, pero de buen gusto, donde viven los personajes acomodados de la ciudad, que se trasportan diariamente desde su retiro al lugar de sus negocios, caballeros sobre asnos humildes. Este sitio es llamado por los indígenas *Bahjèh* (lugar de delicias).—

Caminaba yo delante de mis compañeros, galopando al través de aquellos jardines que recreaban la vista con su verdura y perfuma-

CAPILLA ALFONSINA U. N. L.

ban el ambiente con sus olores. Distraido de esta suerte, llegué hasta el borde de un torrente llamado *Nahr-es-Snirieh*. Y sin pensar lo que hacia, obligué á mi caballo á entrar en el agua. Observé, sin embargo, que el noble bruto me oponia obstinada resistencia; pero no atribuyéndo á este incidente gran importancia, con ayuda de los acicates y el látigo obligué á ceder al caballo, que echó á andar apresurado, salpicándome de agua al levantar en alto sus patas. Apenas habia avanzado algunos pasos, cuando percibí que la corriente era de tal manera rápida, que el animal tenia que luchar mucho para no dejarse arrastrar por ella. Convencido yo, sin embargo, de que no habia mas paso que aquel para atravesar la corriente, continué aguijoneándolo para vencer su resistencia.

En esto escuché voces detrás de mí, volví la cabeza y miré á Fortunato que venia corriendo á rienda suelta.

—No avance vd., me gritaba; vuelva vd. atrás.

Entonces fué cuando comprendí el peligro en que me hallaba. Miré en efecto, que mi caballo flaqueaba, y que habia menester extender sus piernas á manera de palancas para resistir al ímpetu del torrente. La profundidad del rio aumentaba además á cada paso, y en el lugar donde me hallaba, mis piés estaban sumergidos en el agua; escuchaba el confuso rumor del torrente que se despeñaba en el Mediterráneo, y dirigiendo los ojos al mar, miré allí caer las aguas espumantes y furiosas.

Entonces volví de frente mi caballo á la direccion de la corriente; y haciéndolo caminar en sentido oblícuo para que no fuera golpeado de través, logré salir felizmente á la orilla.

Mis compañeros llegaron en aquel punto, y hablándome con calor, me hicieron comprender la gravedad de mi imprudencia y el riesgo en que me habia encontrado.

En efecto, á poco de haber salido del rio, miré que la corriente arrastraba gruesos troncos de árboles todavía verdes, con la misma rapidez con que hubiera arrastrado una hoja de paja. De allí en mas,

Fortunato se obligó á marchar siempre delante de nosotros para enseñarnos el buen camino.

Torcimos, pues, á la derecha y remontamos el torrente buen trecho, hasta que encontramos un puente de piedra sobre el cual pasamos.

Tuvimos despues que atravesar todavía otras cuatro corrientes, aunque no tan caudalosas ni rápidas como la primera.

A las once llegamos á Ez-Zib, la antigua Achzib de la tribu de Aser. Aquí fué donde al gran sacerdote Hircan le fueron cortadas las orejas por órden de Antígono, y donde Fasael, por no sufrir la muerte de mano de sus enemigos, se rompió el cráneo contra el muro de su prision. Ez-Zib no es actualmente mas que una aldea miserable que se extiende á las faldas de una colina y á las orillas del mar.

Dos horas despues llegamos á la vista de Tiro. Se presentaba á nosotros al otro lado de un golfo, asentada sobre una península. Atravesamos algunos riachuelos, uno de ellos sobre un antiguo puente romano muy bien conservado, y llegamos á Khan-en-Nakura. Allí, á la vista de la aldea, y dentro de un campo bien cultivado, nos tendimos á la sombra de un árbol é hicimos nuestro almuerzo.

El dueño del campo que era un árabe viejo y de gallarda presencia, vino á nosotros con la mayor cortesía, y nos trajo un cántaro de muy buena agua, y un cesto de perfumadas naranjas y limones dulces. Sentóse al lado nuestro y estuvo conversando con Fortunato.

En tanto que conversaba, tenia una especie de rosario en la mano, cuyas cuentas pasaba y repasaba entre los dedos. Pregunté á mi dragoman lo que aquel rosario significaba, y él trasmitió mi pregunta al viejo árabe. Este, dirigiéndose á mí, dió una larga explicacion de lo preguntado, y como yo no entendiera palabra, Fortunato ejerciendo su oficio de intérprete, me tradujo puntualmente cuanto mi interlocutor habia dicho:

—El señor dice (habla Fortunato), que esta especie de rosario tiene dos usos entre mahometanos. La gente alegre y de cascos ligeros hace del rosario un pasatiempo, y por ocupar sus manos en algo, se entretiene en pasar las cuentas entre los dedos. Pero los verdaderos creyentes, los que temen á Alá y tienen gusto en alabarlo, murmuran al pasar cada cuenta de su rosario, una palabra que indica un atributo del Altísimo. Los atributos de Alá son infinitos, pero los principales, ó sea aquellos en que parecen refundirse los otros, son setenta y tres, por lo cual son tambien setenta y tres las cuentas que componen el rosario. Así, todo creyente, al pasar cada cuenta por entre sus dedos, debe decir mentalmente: Alá es omnipotente, justo, glorioso, misericordioso, etc.

Mucho me regocijé de haber obtenido aquella explicacion que hacia tiempo deseaba, pues multitud de veces habia visto el rosario de gruesas cuentas en las manos de los musulmanes, y no habia podido explicarme su objeto.

Concluido el almuerzo, continuamos nuestro camino. Anduvimos durante la siesta por sendas pedregosas y difíciles, algunas de las cuales estaban practicadas en la roca viva, á la falda de altas montañas tajadas á pico sobre el mar.

A las cuatro de la tarde llegamos á un lugar donde hay un acueducto viejísimo, de origen ignorado, cubierto de estaláctitas. Cerca de él hállanse dos pozos antiguos, de construccion romana, de donde sale en abundancia un hermoso riachuelo de buena agua, que fertiliza los campos vecinos, y que despues de dar movimiento á las ruedas de tres ó cuatro molinos, va á arrojarse en el mar. Allí se confunden sus aguas dulces y mensajeras de la vida, con el piélago salado que derrama la esterilidad á sus bordes.

De aquí nos dirigimos á la derecha, para visitar otros pozos mas antiguos y notables todavía. Pasamos por debajo de un acueducto, cuya edad se pierde en la noche de los tiempos, y al cual las cristalizaciones han atribuido formas diversas y extrañas. En algunos puntos, este acueducto afecta la figura de una roca, mientras en otros presenta el mismo aspecto del tronco de un árbol hendido por el me-

CAPILLA ALFONSINA

dio, y la semejanza es tan cabal, que la médula y las fibras leñosas son claramente perceptibles á los ojos.

Cerca de este acueducto hay un pozo enorme, rodeado de un grueso muro elevado cinco ó seis metros del suelo. Hay una escalera y un plano inclinado, que conducen á la parte superior. Yo subí á caballo con gran comodidad por este fácil camino, y encontré arriba en el espesor de la muralla, bastante espacio para pasear sin peligro. Este pozo tiene forma octagonal; su diámetro es de veintidos metros y de diez su profundidad. El agua nacida allí es de tal suerte abundante, que rebosa en la boca de la construccion, y se derrama por las paredes exteriores; y brota de la tierra con tal fuerza, que se mira hervir su superficie en grandes borbotones, como la de un enorme caldero de agua en ebullicion.

Se cree generalmente que estos pozos de construccion tan admirable y grandiosa, fueron hechos por Salomon, en pago de los servicios que este gran rey de Israel recibió de Hiram, rey de Tiro, con motivo de la construccion del templo de Jerusalen; y se juzga que á ellos hace alusion el Cantar de los Cantares, cuando dice: «La fuente de los jardines, y los pozos de las aguas vivas que corren con impetuosidad del Líbano.»

En cuanto al hermano Lavinio, se niega á mirar en estos pozos las trazas de una construccion salomoniana. Las palabras citadas del Cantar de los Cantares, no parecen suministrar efectivamente prueba alguna de que Salomon haya construido estos pozos, y aun es dudoso que de ellos se hable en ese lugar, pues el Líbano queda todavía á respetable distancia. Además de esto, los tirios no tenian necesidad ninguna de que Salomon viniera en su ayuda en materia de edificios, siendo así que ántes bien este rey se valió de ellos para la construccion del Templo. El agua debe haber nacido buenamente á flor de tierra, y vista su bondad, como tambien su caudal inmenso, los habitantes del lugar la rodearon con un muro.

El reconocimiento de Salomon á su amigo Hiram, los Libros Sa-

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

grados nos refieren cómo fué manifestado, pues allí se dice que el monarca israelita daba al tirio veinte mil medidas de trigo cada año, y una cantidad igual de aceite.

Estos pozos se encuentran contiguos á una pobre aldea llamada *Ras-el-Ain* (cabeza de la fuente).

Ras-el-Ain es la Palæ-Tiro, esto es, la primitiva Tiro, fundada por Tiro, quinto hijo de Jafet, hijo de Noé; aunque otros aseguran que esta ciudad fué cananea, y fundada por los mismos sidonios, que encontraron este lugar muy ventajoso. Isaías llama á Tiro hija de Sidon.

En tiempo de Josué, Tiro era ya una ciudad fuerte.

En la época de mayor gloria para esta ciudad, el templo adorado por sus habitantes, estaba en una isla vecina llamada Ericora, que es el lugar donde existió la segunda Tiro, y donde existe ahora la miserable Sur. Hiram, el grande amigo de David y Salomon, unió la isla de Ericora al continente, por medio de gigantesca calzada, y de entonces acá, Ericora ha quedado convertida en península.

El año 720, A. J. C., los asirios al mando de Salmanasar, se apoderaron de Tiro; pero habiéndose rebelado despues esta ciudad, Nabopolasar, rey babilonio, envió á su hijo Nabucodonosor para que la sometiera. El cerco duró quince años, y al cabo de ellos Tiro fué tomada y destruida desde sus cimientos. En ese tiempo la ciudad se extendia desde Ras-el-Ain hasta la península Ericora, y tenia diez y nueve millas de circunferencia.

Despues de esta destruccion, Tiro no fué reedificada en el mismo sitio donde habia sido fundada, sino que se circunscribió á la península Ericora. Volvió mas tarde á ser grande y famosa; pero no consiguió elevarse de nuevo al rango de gloria que alcanzó ántes de su destruccion por los asirios. Ahora ocupa su lugar la miserable aldea Ras-el-Ain, cuyos habitantes no saben siquiera cuál es la historia del suelo que pisan.

Visitados los pozos, continuamos nuestro camino por el borde del

mar. Poco ántes de llegar á Sur, se mira multitud de aldeas diseminadas por las faldas de los montes. Hay tambien hácia el noreste un *uali* ó valle llamado Sheikh-el-Maashuk, que sirve de mezquita y está situado sobre una roca de mas de doscientos metros de circunferencia y quince de altura. Se cree que en otro tiempo sirvió de asiento á algun templo de Hércules ó Astarte, y todavía se miran los restos de los acueductos que llevaban el agua á aquel sitio.

El nombre de Tel-el-Maashuk (colina del bien amado), puede hacer relacion, segun lo observa el hermano Lavinio, al antiguo templo de Astarte que allí habia, porque Astarte era el *bien amado* de Hércules. Delante del templo habia dos columnas solares; la una de oro, y la otra de esmeralda. Estas columnas representaban los dos polos, el sol y la luna, el alfa y el omega, el cielo y la tierra, el alma y el cuerpo.

A las cinco de la tarde llegamos á Sur (en hebreo, *Tsor*, roca). Es una poblacion de cinco mil almas, y ocupa el lugar de la segunda Tiro, como lo hemos dicho.

Nuestros *mukrs* nos habian tomado la delantera desde en la mañana; así es que cuando llegamos, nuestro cocinero nos esperaba en la puerta de la ciudad, para decirnos que las tiendas estaban levantadas ya en una plaza dentro de la misma poblacion.

A las puertas de Sur se advierten, fuera de los muros, á la derecha y á la izquierda, pequeños montecillos que contienen restos de construcciones. Estos escombros fueron amontonados aquí por órden de Alexandro. Destruida la primera Tiro (Palæ-Tiro), la segunda ciudad fué edificada en la península Ericora, y vino á ser muy en breve rica y floreciente. El héroe macedonio vino á sitiarla, y los tirios rompieron la calzada que unia su ciudad al continente, para hacer imposible todo ataque por tierra. Pero Alexandro hizo llenar el canal abierto, con los escombros de Palæ-Tiro, y siete meses despues se apoderó de Tiro. Todos los habitantes de la ciudad perecieron, con excepcion de quince mil hombres. Seis mil soldados fueron muertos en el recinto de la ciudad, y dos mil crucificados á lo largo de la playa.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

El dintel de la puerta por donde entré en Sur, está formado por una enorme columna de granito, derribada y sumergida á médias en la tierra. La vista de aquella columna me causó suma tristeza. He mirado muchas civilizaciones antiguas hundidas en el suelo y enterradas, y nunca he podido contemplarlas sin emocion. He visto en Roma, en Menfis y en Jerusalen, extenderse los campos y levantarse las colinas sobre los restos de los monumentos mas clásicos de la antigüedad. El Foro de Roma está oculto bajo el *campo Baccino*, ó sea el campo de las vacas; las casas y los palacios de Menfis están sepultados en las entrañas de las colinas que rodean un bosque de palmas y un charco de agua fétida; los palacios de recreo de los reyes de Israel y de los tetrarcas de Galilea, que estaban á las puertas de Jerusalen, yacen sumergidos dentro de un monton de materias calcinadas, que lleva el nombre de *colina de las cenizas*. No parece sino que Dios quiere tenga sepultura cuanto pertenece al pasado; hombres, civilizaciones y monumentos. Estos campos, que cubren los restos de edificios soberbios, son la tumba gigantesca de una civilizacion fallecida, y por esto causa tan grande emocion mirar asomados al través del polvo, los restos quebrantados de los monumentos soberbios, ilustres osamentas que todavía no reposan en el seno de la madre tierra.

Entramos en Sur, y atravesando sus calles llegamos á una plaza que, pegada á la muralla, se extiende á la orilla del mar. Allí encontramos levantadas nuestras tiendas. Apeámonos de nuestros caballos, y en tanto que la mesa nos era servida, fuimos á hacer un paseo por la ciudad.

La moderna Sur nada tiene de notable: es una de tantas poblaciones orientales, confusas y pestilentes.

Llegados al ángulo norte de la ciudad, y caminando al borde del mar, nos encontramos en el puerto norte de la antigua Tiro, cegado

actualmente por los escombros, de suerte que no pueden penetrar en él los buques de gran porte. Antiguamente este puerto tenia el nombre de Sidonio.

Sumergidos en el mar por esta parte, míranse grandes restos de construcciones antiguas. Columnas de granito, pórfido y mármol, se levantan dispersas aquí y allá por encima de las aguas. El terreno se ha hundido con el trascurso de los años, y una buena parte de la fastuosa Ericora ha vuelto á sumergirse en el Mediterráneo, de donde alguna erupcion volcánica habíala tal vez levantado.

Continuando nuestro paseo por las playas, llegamos al puerto sur llamado Egipcio, de grande uso en los buenos dias de Tiro, y abandonado ahora.

Hay al borde del mar una muralla en pié, de las que rodeaban la ciudad en tiempo de los Cruzados. En las arenas de la playa, medio sumergidos, hay capiteles delicadamente labrados, y grandes trozos de mármol, de estatuas y columnas.

Esto es todo lo que queda de la opulenta Tiro, la reina de los mares, hija de Sidon, centro de vida de esta ilustre Fenicia, que inventó la navegacion y la escritura; de la soberbia ciudad que envió sus flotas á través de mares no explorados y estableció sus colonias en remotísimos países, traficando con ellos y haciéndolos partícipes de su adelantada civilizacion y su cultura.

Situada Tiro en el corazon de la mar, sus vecinos contemplaron su hermosura. Con abetos de Sanir fueron hechas sus naves, y sus mástiles con cedros del Líbano. De encinas de Basan eran sus remos, y los bancos donde se sentaban sus remeros eran de marfil de la India. El lino pintado de Egipto fué tejido para sus velas; jacinto y púrpura de las islas de Elisa formaron sus toldos. Sus sabios fueron sus pilotos. Los de Persia, de Lidia y de Libia eran los hombres de guerra de su hueste. Cartago, que era su hechura, comerciaba con ella, con muchedumbre de riquezas.

La Grecia, la España y la Capadocia le suministraron esclavos.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

Las dos Arabias comerciaron con ella, con corderos, y carneros, y aromas exquisitos y piedras preciosas.

Y Tiro se llenó de soberbia y fué muy glorificada en medio de la mar. Por muchas aguas la trajeron sus remeros, pero el austro la quebrantó en medio del piélago. Subieron contra ella muchas gentes, al modo que sube la mar cuando se hincha. Sus riquezas y sus tesoros, sus cargamentos, sus marineros y sus pilotos, que guardaban todas sus cosas preciosas y gobernaban sus gentes, así como los guerreros y la inmensa muchedumbre que habia en medio de ella, cayeron en el corazon de la mar el dia de su ruina. Al estruendo de la gritería de sus pilotos se turbaron las flotas. Y descendieron de sus naves todos los remeros, los marineros, y todos los pilotos se pararon en tierra y echaron polvo sobre sus cabezas, y se cubrieron de ceniza, y lloraron sobre ella, dando voces con amargura de corazon.

La que con sus mercancías llenó por la mar muchos pueblos; la que con la muchedumbre de sus riquezas dió pompa y majestad á los reyes de la tierra, fué borrada de la mar y cayó en los abismos de las aguas, con sus riquezas y el inmenso gentío que se abrigaba en su seno. Al ver su ruina, llenáronse de pasmo las naciones remotas que habian traficado con ella ó eran sus hijas, y los reyes, atónitos ante el tremendo cataclismo, palidecieron y mudaron sus semblantes.

Así fué como quedó cumplida puntualmente la profecía de Ezequiel. Tiro cayó en medio de la mar, y aun el suelo donde se asentaba se ha hundido bajo las aguas.

Los fenicios fueron los inventores de la escritura y los primeros que fabricaron el vidrio y aquella púrpura riquísima con que se engalanaban los monarcas, y que tuvo tanta fama en el mundo. Conforme á la fábula, la ninfa Tiro, amada de Hércules, fué la primera que descubrió esta tinta célebre.

Paseándose un dia á lo largo del mar, en compañía de su amante, un perro quebró entre los dientes un caracol, que le tiñó el hocico de un bello color rojo. Este color dejó prendada á la ninfa de tal

suerte, que Tiro dijo á Hércules: que si queria conservar su amor, habria de proporcionarle un trage teñido de aquel rojo espléndido.

Hércules, no queriendo perder el amor de Tiro, reunió gran cantidad de estos caracoles erizados de púas, y habiéndolos quebrado con su clava, empapó en la sangre que destiló de ellos, una túnica de lino finísimo, y ofreció aquel presente á la ninfa. Tiro, pues, fué la primera en ornarse con un trage teñido de púrpura, cuyo uso fué despues reservado á los príncipes y á los reyes.

Llegamos al extremo sureste de la poblacion musulmana, y visitamos las ruinas de una iglesia que data de los primeros siglos del cristianismo. Porque Tiro abrazó esta religion desde los primeros años de su predicacion. Aquí permaneció San Pablo siete dias, entre sus discípulos y sus hermanos, y pasado este tiempo, los cristianos vinieron á acompañarlo hasta la playa, y arrodillados todos hicieron oracion, y habiendo dicho adios á San Pablo, se embarcó este y partió.

En 1124, Balduino II, rey de Jerusalem, se apoderó de Tiro, ayudado por una flota veneciana. Saladino, vencedor del reino cristiano de Palestina, sitió la ciudad sin lograr apoderarse de ella. Pero despues de la caida de San Juan de Acre en poder del sultán de Egipto, Tiro abrió sus puertas á su emir, creyendo librarse por este acto de toda vejacion; pero fué pillada é incendiada, y todos sus habitantes pasados á cuchillo, á excepcion de los musulmanes.

A principios del siglo XVII, el célebre *sheikh* druso Fakhr-ed-Din, trató de levantarla de su postracion y de restituirle su esplendor antiguo; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Ahora depende del *pashá* de Damasco.

Las ruinas de la iglesia cristiana son muy considerables, y las murallas están bastante bien conservadas. Hay todavía hácia un extremo del templo dos columnas en pié, de granito y de una circunferencia de siete metros. Evidentemente esta iglesia fué muy suntuosa: la área que comprende es sumamente extensa, y las paredes, aunque derruidas, son de elevacion sorprendente. Orígenes, este gran genio

CAPILLA ALFONSINA

del cristianismo, de quien San Gerónimo dice que fué grande desde niño, murió en Tiro, y su cuerpo fué sepultado en esta iglesia. De suerte que yo conozco la cuna y el sepulcro de este Padre de la Iglesia: Alexandría y Tiro.

En este templo fué enterrado tambien Federico Barbaroja, que marchando al combate de la Cruz, pereció ahogado en el Selef en 1190.

Los elementos y los hombres parecen haber conspirado de comun acuerdo contra la espléndida ciudad, reina de los mares antiguos. Las predicciones de los profetas fueron exactamente cumplidas. Grandes como las calamidades anunciadas á la ciudad fastuosa, lo fueron tambien las calamidades que se despeñaron sobre ella y la aniquilaron. Atravesaron la distancia gentes innumerables provenientes de regiones apartadas, y marchando reunidas al asalto, hicieron uso del hierro y del fuego contra la gloriosa Tiro, y la derribaron y oscurecieron su gloria, arrojándole encima la mortaja de la muerte. Los terremotos vinieron despues á completar la obra de destruccion comenzada por los hombres, y las ruinas mismas de los antiguos edificios que habian quedado en pié, han perecido. El terreno se hundió y fué á ocultarse en gran parte bajo las ondas del Mediterráneo, y las aguas de este mar, sublevadas en montañas inmensas por el viento, se precipitaron rugientes sobre la infeliz Ericora, é invadiendo aquel terreno demasiado usurpado y reducido ya, lo convirtieron en su arenoso lecho.

§ III

SIDON (SAIDA).

Marzo 1º.

Salimos de Sur á las siete de la mañana, con muy buen tiempo. El camino continuó al borde del mar sin cosa notable, hasta llegar al Nahr-el-Kasmieh (rio de la division) que pasamos sobre un puente de piedra. Este rio es bastante profundo y de aspecto encantador.

Sus orillas están bordadas de árboles, plantas y flores, y particularmente de laureles-rosas, y multitud de pájaros cantan allí entre las ramas y vienen á zabullirse en el agua.

El Nahr-el-Kasmieh nace cerca de Baalbek, la antigua Heliópolis ó ciudad del sol, y recorre la Celesiria, llamada actualmente llanura de Bekaa, que separa la cadena del Líbano del Anti-Líbano.

Algunos piensan que este rio es el antiguo Eleuterio, que marcaba el límite norte de la Fenicia, llevados del significado de su nombre árabe; pero evidentemente se comete grave error al pensar esto, pues Beyrouth que está mucho mas al norte, era tambien, y sobre esto no hay duda, ciudad fenicia. El Eleuterio se encuentra cerca de Trípoli, y se llama actualmente Nahr-Abú-Alí.

En la primera Cruzada, el ejército cristiano acampó á la orilla de Nahr-el-Kasmieh durante tres dias, y tuvo mucho que sufrir de las serpientes y los escorpiones.

En este mismo lugar, el ejército cristiano, durante la cuarta Cruzada, derrotó completamente á Malek-el-Adel (llamado Maliakadel por los latinos), hermano de Saladino. Malek-el-Adel fué herido, y solamente pudo salvarse merced á la rapidez de su caballo.

Acá y allá, dispersas por el camino, encontrábamos á cada paso columnas derribadas, indicio de que estos sitios hoy desiertos y abruptos, estuvieron en otro tiempo llenos de vida y cubiertos de monumentos.

Pasamos por el lugar donde existió Ornitópolis, la ciudad de los pájaros. De ella no quedan mas que los cimientos perceptibles todavía entre la tierra y las piedras.

Al medio dia llegamos á un lugar llamado el-Khadr, donde hay una pequeña mezquita blanca. Allí nos detuvimos un poco para almorzar debajo de una enramada. La mezquita es llamada tambien Mar-Elías, y está levantada sobre el sitio que ocupaba la casa de una viuda de Sarepta, adonde se retiró el profeta Elías por órden de Dios, durante la sequía que desoló el país. Elías no permitió que hubiese

CAPILLA ALFONSINA

hambre en la casa de la viuda, é impidió allí en todo ese tiempo que disminuyese la harina y que se acabara el aceite, y resucitó á la hija de la viuda, que habia muerto.

Media hora despues, continuamos nuestro camino, y á poco andar encontramos las ruinas de Sarepta, ciudad de grande importancia que se extendia á lo largo del mar. Se miran allí muchas tumbas, y las ruinas de una iglesia.

A las cuatro y media de la tarde llegamos á Saida, la antigua Sidon, por un camino formado, durante una milla, por deliciosos jardines de árboles frutales y de flores.

Acampamos á la vista de la ciudad, cerca de un cementerio mahometano, en un lugar muy fértil y rodeado de arboledas. A nuestra espalda estaban un hermoso valle llamado Nebi-Yahya, y la pintoresca aldea de Helalyeh asentada en el declive de la montaña.

Saida no conserva ni un resto de la antigua Sidon. Es ciudad enteramente árabe, donde hay algunas ruinas del tiempo de los Cruzados.

Sidon fué fundada por Sidon, hijo mayor de Canaan, hijo de Noé. Josué hace mencion de ella como una de las ciudades mas célebres de su tiempo, así por la magnificencia y riqueza de sus habitantes, como por la destreza de sus artífices. Se atribuye á Sidon, madre de Tiro, la invencion de la navegacion, de la escritura y de los trabajos artísticos en madera y piedra. Los obreros mas hábiles del Templo de Jerusalem, eran de Sidon y de Tiro.

La pesca ha sido en todos tiempos muy abundante en esta ciudad, tanto que el nombre de Tiro se deriva del de un pescado, ó del de una especie de pescados que hay en gran cantidad en las aguas cercanas.

Esta ciudad se llamó despues Betsaida, porque los sirios llaman *betsa* á un pescado; y de aquí tomó orígen el nombre moderno de Saida que ahora lleva.

Cuatro siglos ántes de Jesucristo, los sidonios se unieron á los reyes egipcios, para combatir contra la dominacion persa. Auxiliados

por los griegos, lograron vencer un ejército persa; pero despues de la derrota, vino Artajerjes Oco en persona, á poner cerco á la ciudad. Los sidonios, temerosos del poder de este gran monarca, abrieron las puertas de su ciudad, aunque tenida por inexpugnable, al ejército persa. Artajerjes no supo aprovecharse de su fácil victoria, y mandó matar á los mas nobles ciudadanos de Sidon.

Los habitantes de la ciudad habian puesto fuego á sus naves para quitarse á sí mismos toda esperanza de fuga (aquí puede mirarse el original de lo hecho por Cortés cuando quemó sus buques ántes de emprender la conquista de México). Desesperados los sidonios, por la manera cruel con que eran tratados por el rey de los persas, prendieron fuego á su ciudad y perecieron con todos sus tesoros en aquella hoguera que ellos mismos se habian encendido.

Los persas no pudieron tomar para sí otra cosa, que la plata y el oro fundidos, que encontraron en medio de las ruinas humeantes de la ciudad. Sidon fué reedificada, pero no recobró su antiguo esplendor ni volvió á ser libre. Del poder de los asirios, pasó al de los seleucidas, de este al del los Ptolomeos, de este al de los romanos, despues al de los musulmanes, al de los cruzados, al de los tártaros, y finalmente, al de los turcos, en el cual permanece hasta ahora.

Jesucristo, pasando de Tiro al mar de Galilea, llegó á Sidon, y San Pablo desembarcó aquí y permaneció algunas horas.

El puerto de Sidon era muy bueno en la antigüedad, pues podia contener multitud innumerable de navíos; pero actualmente se encuentra tan destruido y lleno de escombros, que solamente pueden entrar en él las pequeñas embarcaciones. Los navíos de gran porte quedan lejos del puerto buscando abrigo detrás de los pequeños peñascos que asoman por encima de las aguas, donde son continuamente golpeados por las olas.

La ciudad no es de hermosa construccion; pero sí muy populosa comparada con las otras que se asientan á la orilla del mar de Siria, pues tiene doce mil habitantes. Entre ellos se cuenta gran número

de mercaderes y artífices de todas las naciones. Hay en Saida mas de dos mil católicos, entre latinos, maronitas y griegos ortodoxos, cuatrocientos griegos cismáticos y mil doscientos judíos. El resto de la poblacion es de musulmanes.

Fuera de la ciudad hay hermosos jardines plantados de naranjos, cídras, palmas y tamarindos siempre verdes, y de unas higueras llamadas de Adan, que producen una fruta de sabor exquisito. Se da tal nombre á esas higueras porque se cree que con sus hojas, que tienen seis piés de largo sobre dos de ancho, cubrió el primer hombre su desnudez, despues de haber comido del fruto vedado. Hay tambien cerca de Sidon grandes bosques de moreras blancas, en cuyas hojas anidan infinitos gusanos de seda, que los indígenas crian en chozas fabricadas á propósito cerca de aquellas arboledas. Se dice que la calidad de la seda es excelente.

En la parte mas elevada de la ciudad existen las ruinas de una fortaleza construida por San Luis. Cerca de la puerta del norte hay una grande construccion cuadrada, con una hermosa fuente en el medio. Es el antiguo *khan* frances, que en el siglo XVII era el centro del comercio entre la Francia y la Siria. Allí están ahora el consulado frances, el convento franciscano y la iglesia católica.

La Fenicia independiente, fué gobernada por jueces ó magistrados que tenian el nombre de *sufetes*. El mismo nombre era dado á los jueces de Israel, pues esta palabra es tomada del hebreo.—

M. Delestre traia una carta de recomendacion para el cónsul frances de Saida, y me invitó para que lo acompañase á entregarla al consulado. Hícelo de buena gana, y fuimos muy bien recibidos por el cónsul, que es un buen viejo que hace treinta años habita la Siria. Su casa está montada con sumo lujo, y al entrar en ella, se creeria no haber salido de Paris.

Fuimos invitados á comer en compañía de la familia del cónsul, y tales instancias se nos hicieron, que no pudimos negarnos á admitir el convite.

CAPILLA ALFONSINA

A las siete de la noche nos sentamos á la mesa, y nos fué servido un banquete opíparo, donde tomamos manjares exquisitos y vinos riquísimos. Gusté allí el vino de Chipre, tan afamado en la antigüedad, y cantado mil veces por Horacio; y á decir verdad, no me sentí pagado de su sabor. Seguramente los antiguos no eran muy hábiles en esto de fabricar vinos; ó bien la sábia elaboracion de aquel tiempo se ha perdido.

Durante la comida se habló sobre la política europea, sobre las fatigas de nuestro viaje, sobre el cambio total operado en los países orientales, con respecto á los cristianos, y de otras cosas mas que no recuerdo.

En la sobremesa tomó la palabra la mujer del cónsul, que era una italiana de cincuenta años, y nos refirió multitud de curiosidades acerca de las costumbres del país.—

—«Mustafá, decia la mujer del cónsul, es el *sheikh* de Saida, y tiene grandes relaciones con mi marido, á causa de los negocios del consulado. Hace seis meses hizo una gran fiesta en su harem, con motivo del nacimiento de su primer hijo. Fuí invitada á ella, y en mi calidad de mujer, pude atravesar los umbrales de aquel lugar misterioso y vedado á la vista de todos los hombres. Mustafá tiene diez mujeres, de diversos países, edades y tipos. La última que ha tomado, es una muchacha drusa de diez y seis años, que bajó de las montañas del Líbano para venir á encerrarse dentro de las paredes del harem. Esta es, pues, la mujer que ha dado un hijo al jeque de Saida, que llega ya á los cuarenta años. Nada puedo decir en alabanza de la belleza de Fatma. Es una niña blanca, sonrosada, de cabellos castaños y ojos azules. Tiene un cútis admirable por su suavidad y su brillo. Recostada como la ví, sobre grandes almohadones de seda, con la cabeza adornada con lazos de perlas y flores naturales, colocados negligentemente; con la pequeña boca entreabierta y sonriente, mostrando dos hileras de dientes menudos y blancos; con la lánguida mirada, velada por las grandes y rizadas pestañas que le hacian

CAPILLA ALFONSINA

sombra, parecia una hurí del paraíso de Mahoma, parecia la creacion animada de la imaginacion de un poeta. Yo sé hablar el árabe, y pude entenderme muy bien con las mujeres de Mustafá. Al principio me veian ellas con recelo, y huían de mí como si fuese á hacerles daño; pero tan luego como les hablé en su idioma, se fueron acercando á mí tímidamente como los niños. Mi trage, mi peinado, mis botas y mi sombrilla, les causaban grande admiracion. Recuerdo que al abrir mi sombrilla para enseñarles su mecanismo, tuvieron miedo y se apartaron de mí, creyendo que era alguna arma. Yo les dije:

—«Hijas mias, todo lo que traigo es inocente é incapaz de hacer mal ninguno. Este objeto que os ha causado tanto susto, está destinado á librarme de los rayos del sol cuando me paseo por las calles.»

«Entonces les expliqué cómo se abria y se cerraba la sombrilla, y cómo se hacia uso de ella para librarse del sol. Quedaron asombradas; y mi sombrilla pasó de mano en mano, siendo abierta y cerrada mil veces, con grandes risas. Una despues de otra, todas aquellas mujeres tomaron la sombrilla abierta y pasearon enfáticamente por la estancia, en ademán de marchar por las calles, cubriéndose el sol como yo les habia dicho. Todo esto lo hacian con gracia infantil, y soltando sonoras carcajadas.

«De todas las mujeres de Mustafá fué Fatma la que me manifestó mas cariño y mayor confianza. Me mostró á su hijo tiernecito, que era una pequeña criatura gorda y colorada, liada con fajas é inmóbil como estatua.—Comí en el harem, y la comida nos fué servida por las esclavas, sin preámbulos de mesa ni cubiertos. Aquellas mujeres comian sentadas sobre sus divanes, metiendo la mano en los platos, como los muchachos malcriados. La comida consistió en un plato de arroz, otro de huevos, otro de perdices y otro finalmente de dulce de hermoso color rosa, y lleno de perfume, pero de sabor bastante ingrato. Al concluir la comida trajeron las esclavas unas palanganas de porcelana llenas de agua perfumada, y unos panes de jabon blanco y grasoso. Por la noche dormimos en un mismo aposento,

Fatma, yo, y otras cinco mujeres. Los colchones fueron desenrollados y tendidos sobre los anchos divanes, y allí se formaron los lechos con grandes cojines, colchas de pluma y seda, y sábanas de lino finísimas.

«Al quitarme mi trage, todas las mujeres me rodearon, y Fatma me contemplaba con curiosidad desde su lecho. El corsé les llamó la atencion mas que todo, y no podian comprender cómo fuera posible sufrir aquella armazon con varillas de fierro en derredor del cuerpo. Ajustéle á una el corsé y manifestó encontrarse sumamente incómoda y embarazada en sus movimientos. Mis botas abotonadas, les parecieron tambien muy molestas, pues ellas no usan sino grandes pantuflas, que les dejan el pié en absoluta libertad, y aun de estas mismas pantuflas se desprenden siempre que están sentadas.

«A mí tambien me sorprendieron muchas de las piezas que componian el trage de estas mujeres. Usan el trage ajustado y sumamente bajo por la parte delantera, de manera que su seno queda enteramente desnudo. Este talle suele ser de terciopelo ó seda de color oscuro, bordado de oro. Las faldas son en extremo cortas, y dejan á descubierto las piernas, que frecuentemente están desnudas, adornadas con aros de oro ó plata en el tobillo. En los brazos, siempre al descubierto, llevan brazaletes, y aun hay algunas que los traen dobles, pues se los colocan tanto en la parte inferior como en la superior del brazo. En el cuello llevan collares muy cargados de adornos colgantes, que en lo general son formados por piastras de oro, plata ó cobre, segun la fortuna de la persona. Este gusto por las joyas es general á todas las mujeres orientales, pues aun las mas miserables buscan manera de procurarse pendientes, collares y adornos de cabeza, siquiera sean de cobre. El tamaño de los ojos es aumentado merced á la pintura con que se embadurnan el borde de los párpados, y esto lo hacen por medio de una sustancia llamada *khol*, que es resistente aun al agua misma. Toda la piel de su cuerpo está resplandeciente, debido á ciertas preparaciones de que usan en los baños que duran tres

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

ó cuatro dias. Este gusto por dar brillantez al cútis, es de la mas remota antiguüedad en este país, pues David decia allá en su tiempo: «que nuestras doncellas estén lisas y brillantes como las murallas de un palacio.»—Concluidas nuestras observaciones, nos metimos en el lecho, y yo me puse á rezar un poco, como acostumbro hacerlo antes de dormir. Encontrábame sentada, con los ojos cerrados, haciendo la señal de la cruz con la mano derecha, y murmurando mis oraciones en voz baja, cuando oí cuchichear en torno mio. Abrí los ojos y me encontré rodeada por las cinco mujeres, que habian acudido á mi derredor, descalzas y en camisa. Una de ellas me preguntó:

—«¿Qué murmura vd., señora, en voz baja?

—«Hago oracion, le contesté, al Dios que adoro.

—«¿Y qué Dios adora vd.? volvió á preguntarme.

—«Adoro al Dios omniponente, criador de todas las cosas, justo y perfecto.

—«¡Es Alá! contestaron las cinco mujeres en coro.

—«Encomendábame, proseguí yo, á Jesucristo, Hijo de Dios, que es Dios mismo.

—«Issa es un gran profeta, me dijo una de ellas, pero Mahoma es mas grande que él.

—«Esto no es tan cierto como vdes. lo creen, hijas mias.

«Las mujeres abrieron los ojos despavoridas, y comprendí que mis palabras les habian hecho el mismo efecto que una blasfemia. En aquel momento, Fatma, que todo lo habia escuchado, me habló preguntándome cuál era la oracion de los cristianos. Respondíle que era la que el Hijo de Dios nos habia enseñado. Me suplicó se la dijera, y yo me puse á repetir, haciendo las debidas explicaciones, la oracion dominical, *Padre nuestro, etc.* Todas aquellas mujeres quedaron asombradas de la sublimidad y sencillez de esta oracion, y conocí que habia causado impresion profunda en sus vírgenes imaginaciones. A continuacion les supliqué me dijeran una de las oraciones de su religion, y Fatma me repitió una sumamente pomposa y lle-

na de palabras altisonantes, y que si es cierto estaba adornada con todas las galas de la poesía oriental, carecia en el fondo de verdadera grandeza. Pedí luego á Fatma que me explicara el sentido de lo que acababa de decir, y ni ella ni ninguna de sus compañeras pudieron hacerlo.

Comprendí entonces que los musulmanes, aunque fervientes y llenos de uncion en sus plegarias, las repiten, con raras excepciones, sin entenderlas. Devotos y entusiastas en el cumplimiento del culto externo, su intencion de orar á Dios es seguramente lo que les favorece; pero los retumbantes rezos que se les enseñan y que de memoria repiten, no tienen para ellos en realidad significacion alguna. Las mezquitas además, y las oraciones en comun, no son hechas para las mujeres, pues estas no salen nunca de sus casas, ni van jamás al templo, porque los celos de sus padres ó maridos no les permiten hacerlo, y porque el mismo Mahoma dejó establecido que no lo hicieran.

«Era la media noche, estábamos en conversacion todavía, y yo me sentia rendida por el sueño. Díjeles pues:

—«Buenas noches, hijas mias, y cerré los ojos para que no me hablaran mas. Comenzaba á quedarme dormida, cuando oí la voz de Fatma que me decia:

—«Señora, señora.

—«Hija mia, le contesté.

—«Ruegue vd. á Dios por mi hijo y por mí.

—«Con mucho gusto.

—«Las oraciones de vd. serán escuchadas por Alá, porque es vd. buena, señora, y sabe hablar á Alá con palabras sublimes.

—«Soy mala, hija mia, y si sé hablar á Alá con palabras sublimes, es porque me las ha enseñado mi religion que es sublime como ellas.

—«Alá dará al esposo de vd. muchas ovejas y muchos camellos cuando vd. vuelva á su patria, pues nada sabrá negar á vd. en pidiéndole de esa manera.

«Al escuchar aquel inocente discurso, no pude menos de reir, por mas que traté de contenerme. Fatma me oyó y se asombró mucho al ver que yo reia, pues ella hablaba muy seriamente. Me pareció indispensable hacerle una explicacion, para que no creyera que trataba de burlarme de ella.

—«Dispense vd. que haya reido, hija mia, le dije, pero no he podido contenerme al oir á vd., que cree que las riquezas de mi patria consisten como aquí, en ovejas y camellos. En mi patria no hay camellos mas que en ciertos lugares públicos, donde son mostrados al través de enrejados, como cosa curiosa. Fatma se manifestó asombrada, y me preguntó con la inocencia de un niño:

—«¿Pues cómo se viaja por los desiertos de su país de vd.?

—«En mi país no hay desiertos, y se viaja en coches ó ferrocarriles.

—«¿Y qué quiere decir eso? me preguntó.

«Expliquéle lo que era un carruaje, y lo entendió luego, porque habia visto la diligencia francesa que recorre el trayecto entre Beyrouth y Damasco. Pero me fué imposible hacerle comprender lo que era un camino de fierro, pues para ella era materialmente imposible que un vehículo pudiera marchar solo, sin ser tirado por asnos, caballos ó camellos. Empleé gran rato en hacerle una explicacion sobre el mecanismo de los vapores de tierra, pero perdí mi tiempo inútilmente, porque nada pude hacerle entender, por mas que tomé empeño. A la una de la mañana dí por terminada la conversacion, y dije á Fatma por la centésima vez y muy á su pesar, «buenas noches.» Ella quedó despierta pensando en cuanto habiamos hablado, y me dijo al dia siguiente, que no habia podido dormir en toda la noche, impresionada vivamente por la conversacion que habiamos tenido.»—

A las nueve y media nos despedimos de la familia del cónsul, pero este se empeñó en acompañarnos hasta nuestra tienda, porque á aquellas horas estaban cerradas ya las puertas de la ciudad.

Al salir de Saida, encontramos una vieja que lloraba y se retorcia

CAPILLA ALFONSINA

los brazos desesperada. Se acercó á ella el cónsul y le preguntó qué tenia, á lo cual contestó ella, que le habia echado una maldicion una tia suya, y que esta no habia querido levantársela por mas que se lo habia suplicado. Díjole el cónsul que no habia motivo para que se aflijiera por eso, pues si habia cometido un yerro, no tendria mas que deshacerlo para quedar tranquila. Ella contestó que el yerro estaba enmendado, pero que no por eso la maldicion habia sido levantada, y que estaba segura de que algun mal enorme iba á sobrevenirle. Por mas esfuerzos que hizo el cónsul, no pudo conseguir que se sosegara el ánimo de la pobre vieja, y lo único que logró hacer en favor de ella, fué determinarla á entrar en la ciudad, y no pasar la noche fuera de los muros.—

Esta escena me pareció muy extraña, pues no es costumbre en Occidente hacer grande aprecio de maldiciones, y aun hay hijos malditos de sus padres, que viven en medio de la mayor paz, sin dárseles un ardite por ello. Pero en Oriente sucede todo lo contrario, segun me ha sido dicho, y tanto es así, que los hombres mas bravos tiemblan delante de una vieja que amenaza con maldecirlos. Este temor á las maldiciones es muy antiguo en estos países, y aun parece que Dios aprueba que se tenga. Cuando los hebreos llegaban á la tierra prometida, un rey idólatra, Balac, mandó á Balaan que los maldijera; pero Dios impidió al falso profeta que lo llevara á efecto, haciendo que hablase la burra que montaba, no queriendo que su pueblo fuera maldito ni por un agorero de Baal. Y así aconteció que Balaan, conducido por Balac á los altos de Moab, en vez de maldecir á Israel, como se lo pedia el rey moabita, lo bendijo, profetizando sus victorias y la venida de Jesucristo.

§ IV

BEYROUTH.

Marzo 2.

Salimos de Saida á las seis de la mañana, y caminando siempre por el borde del mar, hicimos una travesía monótona y molesta. No encontramos durante toda ella ruinas ni lugares notables por su historia, á excepcion de una aldea llamada Nebi-Yunes, donde segun una tradicion árabe, fué arrojado el profeta Jonás por el mónstruo marino.

A la una de la tarde almorzamos al borde del mar, sentados sobre unas piedras y sin abrigo ninguno contra los rayos abrasadores del sol.

A las tres entramos en un camino embellecido por la vegetacion. Nos apartamos de la playa y subimos por un pequeño monte cubierto de yerba y plantado de árboles. A la derecha se levantaba la gigantesca cadena del Líbano.

Muy á poco entramos en un bosque de moreras. Allí habia multitud de camellos. Los árabes que los conducian los habian hecho arrodillarse para amarrarles la carga, y los mansos animales bajando su delgado y retorcido cuello, pacian la verde yerba de aquel terreno fangoso. Esta escena me trajo á la memoria la llegada de Eliezer á Nacor de Mesopotamia, cuando «hizo arrodillar sus camellos fuera de la ciudad, junto á un pozo de agua, al caer de la tarde.»

Atravesamos un larguísimo bosque de pinos, y entramos en una calle formada por amenos jardines á derecha é izquierda. A las cuatro y media llegamos á Beyrouth, y nos dirigimos al hotel Belle-Vue, situado á la orilla del mar, hácia el extremo de la ciudad, llamado *Ras-el-Beyrouth* (cabeza de Beyrouth).

Apenas llegado al hotel, me dirigí á mi aposento, y me dejé caer sobre el lecho. Hasta ocho dias despues no volví á tener conciencia

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

de mi vida. La fiebre se declaró con fuerza, y pasé una semana de delirio, al cabo de la cual volví en mí, como si hubiese despertado de un largo sueño. Durante este tiempo, Fortunato habia caido tambien en cama, atacado de unas tercianas perniciosas, que pusieron en gran peligro su vida. No sé qué hubiera sido de mí, abandonado en un hotel, en un país extranjero, donde nadie me conocia, á no haber estado á mi lado M. Delestre, qúe en esta ocasion se condujo conmigo mas bien que como bondadoso amigo, como solícito hermano. Él llamó á mi cabecera á un excelente médico frances, M. Garnier, domiciliado en la ciudad desde años atrás, y antiguo condiscípulo de M. Delestre padre. Este doctor me asistió con el mayor esmero, y me dió pruebas inequívocas de tomarse grande interes por mi suerte.

Terminada la fiebre, pasé todavía siete dias de convalecencia.

Esta enfermedad y la de Fortunato, vinieron á echar por tierra todos mis planes. Habia pensado proseguir mi excursion hasta Baalbek y Damasco; pero no me fué posible hacerlo, porque llegó el tiempo en que me era preciso regresar á Europa.

M. Delestre, tan luego como vió que el riesgo de mi enfermedad habia pasado, partió para Damasco con grande prisa, pues tambien él se veia obligado á regresar á Europa cuanto ántes. Quedé solo y triste en Beyrouth, envidiando la suerte de mi compañero. Felizmente en aquellos dias cedió la enfermedad de Fortunato, y vino este á buscarme. Los dos convalecientes pasábamos tristemente las tardes, sentados á la puerta del hotel y á la vista del Mediterráneo.

Cuando M. Delestre volvió de su viaje, me refirió grandes prodigios de cuanto habia visto. Díjome que Baalbek era el sitio mas curioso de todo el mundo, segun su modo de pensar, por las ruinas maravillosas que contiene.

Baalbek, que es la antigua Heliópolis, está en la Celesiria, y enseñorea un delicioso valle al pié del Líbano. Baalbek y Heliópolis, en la etimología de las dos palabras, la una griega y la otra siriaca, significan *ciudad del sol*. De manera que el falso dios llamado Baal,

ídolo de los caldeos y samaritanos, y que causaba tan grande horror á los judíos, no era otro que el astro del dia. La ciudad, pues, de Heliópolis, debió su nombre al culto del sol, á que fué destinada. En ella se levantaron templos á ese astro, que fueron los mas famosos que existieron en lo antiguo. El emperador Heliogábalo era sacerdote del sol (Heliogábalo viene de *helios* que en griego quiere decir sol), y cuando entró en Roma todavía muy jóven, para sentarse en el trono de los Césares, hízolo en medio de danzas que ejecutaba él mismo, danzas en que se desplegaron toda la pompa y toda la magnificencia del culto que se rendia al luminar del dia en su célebre templo. Este templo, segun M. Delestre, es mas imponente en sus ruinas que todos los que se conservan de la Roma pagana. Hay todavía grandes restos de la muralla que rodeaba el templo, construida con enormes piedras, de noventa piés de longitud sobre diez y seis de anchura y otro tanto de espesor.

Damasco es una ciudad situada al pié del Líbano, en fértil llanura bañada por un rio, que los antiguos llamaron Crisorroa, *rio del oro*, el cual en numerosos brazos se divide. Damasco tiene además multitud de canales que hacen fecundas y florecientes las campiñas en contorno. De suerte que la ciudad es como gigantesco nido colocado en medio de un inmenso ramillete formado por tupidas arboledas y matizadas florestas. Por esta razon la Sagrada Escritura llama á Damasco, *ciudad célebre, casa de placer y de recreo.*

Los sables y las sedas de Damasco han alcanzado gran reputacion en el mundo. En el dia, los aceros damasquinos no son ya del temple de los antiguos, pues parece que los operarios modernos han perdido el secreto para trabajarlos á la perfeccion, como antaño; pero la seda sigue siendo muy apreciada en todos los paises. Los árabes pretenden que Tubalcain, el primer herrero que hubo entre los hombres, trabajó en Damasco, y enseñó á sus habitantes á forjar el fierro maravillosamente.

Creese que la ciudad fué fundada por Hus, hijo de Aram y nieto

CAPILLA ALFONSINA

de Noé. Ha padecido grandes mudanzas, como todas las ciudades de la Siria y la Fenicia. Ha sido conquistada, arruinada y restablecida repetidas veces por los asirios, los persas, los macedonios, los romanos, los parthos, los sarracenos, los tártaros y los soldanes de Egipto. A estos últimos perteneció hasta el tiempo de Selim I, sultán de Constantinopla, que la conquistó en 1517, y la agregó al imperio turco. Encuéntrase colocada en un punto medio entre la distancia que divide á Antioquía, que está al Norte, y Jerusalen, que se halla al Mediodía.

La celebridad de Damasco es grande sobre todo, por haber sido en esa ciudad donde nació el grande apóstol San Pablo, que ha merecido ser llamado Doctor de las Gentes.—

Durante el tiempo que permanecí en Beyrouth, me consagré á visitar la ciudad, que nada tiene de notable sino su pintoresca situacion al pié de la gran cadena del Líbano. El puerto está asentado en un pequeño golfo, defendido al norte por altísimo promontorio que avanza hácia el Mediterráneo. Los navíos de gran porte, no pueden llegar hasta el muelle, que por otra parte es muy mezquino, y tienen necesidad de anclar á gran distancia, y descargar sus mercancías por medio de lanchas. El terreno de la ciudad es sumamente fértil. Por todas partes se ven huertas y jardines. Los europeos que hay en el lugar, son en gran número, y tienen sus habitaciones generalmente á poca distancia de la ciudad. Viven en casas de campo, rodeadas de parques muy bien cultivados. El panorama que presenta la ciudad, vista desde el cuartel turco, que se encuentra en una elevacion, es delicioso.

Beyrouth es sumamente antigua, y parece haber sido fundada bajo el nombre de Gesir, por Gergeseo, hijo de Canaan, hijo de Cam, hijo Noé. Los asirios y los macedonios se apoderaron de ella, como de toda la Fenicia. Hecha colonia romana, recibió el nombre de Julia Augusta, *Félix Berytus*. Aquí fué donde Herodes el grande hizo condenar á muerte á sus hijos Alexandro y Aristóbulo, últimos vástagos de a familia de los Macabeos, por ciento cuarenta de sus viles vasallos.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

Despues de la destruccion de Jerusalen, Tito descansó aquí algunos dias de los trabajos de la guerra, y celebró el aniversario del nacimiento de su padre, con grandes fiestas. En ellas hizo combatir entre sí á los prisioneros judíos, y aquellos desgraciados perecieron en gran número los unos á manos de los otros.

Beyrouth perteneció á los Cruzados durante mas de medio siglo, y finalmente se apoderó de ella Saladino, que recibió allí la corona de sultán de Damasco y del Cairo. En el siglo XVII cayó en poder de los drusos, que la hicieron capital de sus dominios. Aquí tuvo su palacio el célebre emir Fakr-ed-Din.

La Beyrouth actual, aunque decaida del esplendor que alcanzó en tiempo de los romanos, en que fué una de las tres ciudades en todo el imperio donde habia una escuela de derecho, puede decirse que en la actualidad está floreciente, y asegurarse que muy en breve será uno de los puertos de mayor importancia en las costas orientales del Mediterráneo. Tiene setenta mil habitantes, de los cuales cuarenta y tres mil son cristianos, y esto sin contar la poblacion flotante europea, que es muy numerosa. Gózanse en este puerto, con escasas excepciones, todas las comodidades de la vida, que la civilizacion y la cultura modernas han inventado. Hay muy buenos hoteles, teatros, cafés cantantes, librerías, casas de banco, &c.—

Mis paseos por la tarde fueron siempre por las faldas del Líbano, por donde me empeñaba en trepar tan alto como me era posible. Hubiera querido con los alientos de mi alma recorrer de alto á bajo aquellas cordilleras célebres, desde sus faldas cargadas de verdura hasta sus cimas coronadas de nieve; cruzar la llanura el-Sahel, cubierta de aldeas y plantada de moreras, de higueras y de olivos; llegar á la aldea pintoresca Eden, rodeada de jardines fantásticos, donde serpentean las fuentes, crecen los árboles frutales y por todas partes se miran flores, y donde el cielo siempre azul, y el aire embalsamado que se respira, parecen justificar la creencia de los naturales, de que en este lugar de delicias existió el paraíso terrestre

y crió Dios á Adam y á Eva; subir al través de los senderos abiertos en las rocas, hasta las altísimas regiones imponentes y heladas, donde crecen los cedros famosos elogiados por la Biblia. Con delicia hubiera aspirado el perfume de estos árboles seculares, cuyas ramas gigantescas están siempre verdes, y cuyos troncos soberbios miden veinte piés de circunferencia: única arboleda que recuerda los antiguos bosques de donde fueron tomados los materiales con que fué fabricado el templo de Salomon. A la sombra augusta de estos cedros históricos, viene el patriarca maronita cada año, el dia de la Trasfiguracion, á celebrar una misa sobre rústico altar de madera, y el pueblo cristiano de las montañas asiste al sacrificio—cuya imponente majestad se aumenta en aquellos sitios—con el fervor y la devocion propias de la simplicidad de los hombres que viven apartados del tumulto de las ciudades.

En estos asilos inaccesibles á la invasion y á la conquista, viven dos pueblos singulares, profundamente divididos por la religion, pero muy semejantes entre sí por su altivez y por la feroz independencia de su carácter: los maronitas y los drusos.

Los primeros ocupan un país llamado Kesrauan, comprendido entre el curso de dos rios. Habiéndose apartado de la herejía de su fundador el monje Maron, viven en perfecta comunidad con la iglesia católica, aunque celebran el oficio divino segun su rito y en su propio dialecto, que es una mezcla de siriaco y de árabe, y tienen un patriarca que reside en su capital, llamada Kanobin. Habitan en aldeas y en chozas diseminadas por las montañas, y tienen monasterios singulares, cuyas celdillas y sepulturas están cavadas en la roca. Es un pueblo consagrado á la religion enteramente. El tañido religioso de la campana llama á los fieles al templo, donde van á orar devotos, y las montañas resuenan muy á menudo con el cántico sagrado de las procesiones. Gran número de solitarios habita como en las edades antiguas, en los oscuros antros y en las húmedas cavernas, y alimentándose con frutas y raices silvestres, pasa su vida

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

orando, en perpetua comunion con el Infinito. Pueblo excepcional, que ha sabido conservar al través de los siglos, la sencillez de la vida y el fervor de la devocion de los primeros cristianos!

Esta tendencia á conservar los usos antiguos, ha hecho que los maronitas mantengan en vigor la costumbre de que los sacerdotes contraigan matrimonio. Es el punto oscuro de este cuadro luminoso. Los sacerdotes casados arrastran una existencia desgraciada, cargados de familia y sumidos en la miseria, y tienen necesidad de buscar con el trabajo de sus manos el sustento para su mujer y sus hijos. Hambrientos y andrajosos, causan en medio del pueblo, más compasion por su desdicha, que respeto por ser ministros del Altísimo. Su suerte parece ser una reprobacion constante de su conducta, y viene á dar la última prueba de sabiduría en favor de la disciplina occidental, que hace indispensable el celibato para el sacerdocio.

Al sur de los maronitas habitan los drusos. Su país está dividido en numerosas porciones, á causa de las accidentaciones del terreno. Pueblo esencialmente guerrero, vive consagrado al trabajo; pero en caso de necesidad, cada pacífico labrador se convierte en valiente soldado. Los drusos creen en la existencia de un solo Dios, que se ha mostrado la última vez bajo la figura humana en 1030, en la persona de Hakem, califa de Egipto. Enemigos de toda mortificacion de los sentidos, desdeñan las prácticas religiosas que pudieran causarles incomodidad ó pena. Nunca ayunan ni hacen oracion. Beben vino y comen la carne del cerdo, contra los mandamientos de Mahoma. Se casan entre hermanos, y aun suele haber matrimonios entre padres é hijos. Persuadidos de que todas las religiones vendrán con el tiempo á refundirse en la suya, las miran todas con la misma indiferencia, aunque parecen sentir un desprecio especial hácia la mahometana y judáica. Algunas de sus creencias respiran la mas alta antigüedad: tales son la metempsícosis y la adoracion de un becerro. Esto da lugar á conjeturar que el pueblo druso debe su orígen á alguna secta samaritana ó judía, refugiada aquí y mez-

clada con los itureos, antiguo pueblo de que hacen mencion los libros santos, y cuyo territorio se extendia desde el Jordan á lo largo del Líbano, hasta los montes de los sidonios y de los tirios.

Los drusos son extremadamente celosos. Sus mujeres, que yo he visto repetidas veces, tanto en las calles de Beyrouth como en mis excursiones por el Líbano, van totalmente envueltas en un tupido velo, que no deja visible ni la parte mas insignificante de su rostro. Las drusas son célebres por su belleza; pero sus maridos, sus padres ó sus hermanos escuchan siempre con cólera que pondere sus gracias algun extraño. No pocas veces ha sucedido, que habiendo un extranjero alabado la hermosura de una mujer, haya esta perecido sin mas motivo que este, á manos de su marido ó de alguno de sus deudos.

Las drusas son varoniles, y combaten en la guerra al lado de los hombres, y alientan el valor de estos con su ejemplo. Desprecian profundamente á los cobardes, y son en todo, del tipo de las espartanas, que decian á sus hijos y maridos al verlos partir para la guerra: *volved con el escudo ó sobre el escudo;* esto es, victoriosos ó muertos.

Antes de salir de Beyrouth, visité la casa que habitó la familia de Lamartine, y que este escritor célebre dejó tan minuciosamente descrita. Allí fué donde murió Julia, la hija única del poeta, á quien este tanto amaba, dechado de belleza y sentimiento, á juzgar por la apasionada pintura que de ella ha hecho al mundo su padre. La muerte de esta niña inspiró al sublime vate aquella tierna y elevada poesía, que ha sido publicada en el «Viaje á Oriente,» y lleva por título *Getzemaní ó la muerte de Julia.*

Nada mas justo ni natural que recordar á Lamartine en Beyrouth, y repetir en la memoria la elegía que dedicó á Julia, tierna queja, gemido solemne y prolongado de una alma que ha sabido, como ninguna, tener palabras bastante elocuentes para expresar los sentimientos mas grandes y tempestuosos de la vida.—

De paso, y antes de dar fin á estos apuntes, quiero referir á los lectores algo bastante curioso, que da á conocer la opinion de los orientales sobre Francia y Prusia. La nacion mas grande y gloriosa del mundo, en concepto de ellos, es la Francia, lo que muy bien se comprende, pues desde Godofredo de Buillon, San Luis, Felipe Augusto y Napoleon I, los franceses han intervenido grandemente en los asuntos de estas tierras de Levante, y combatiendo en ellas como héroes, han dejado tras sí altísima reputacion y esclarecido renombre. Así es que, cuando los orientales piensan en Europa, lo primero que salta á su imaginacion es la Francia, y tan cierto es esto, que ellos comprenden á todos los europeos bajo el nombre de francos *(franki)*. Así es que su estupor ha tocado á su límite, cuando ha llegado á su conocimiento que los franceses han sido vencidos por los prusianos.

—¿Quiénes son, preguntan ellos, esos prusianos de quienes no hemos oido hablar nunca? ¿De dónde vinieron, de qué país brotaron, cómo nacieron al mundo, ya poderosos? De seguro Alá los tomó por instrumento de su justicia, é impartiéndoles fuerzas sobrehumanas, los hizo salir vencedores de los terribles francos, la raza mas fuerte y denodada de las que pueblan la tierra. De otra manera el hecho no se explica.—

M. Delestre partió para Francia el 17 de Marzo, y yo permanecí solo y triste dos dias mas en Beyrouth.

El 19 me embarqué á bordo del *lloyd* austriaco «Vesta.» El 20 nos detuvimos algunas horas á la vista de Jaffa, y dije adios para siempre á la Tierra Santa. Por la noche seguimos caminando, y el dia siguiente, á las nueve de la mañana, llegamos á Puerto-Said.

Al dejar Beyrouth, habia tenido esperanza de llegar á Alexandría á tiempo, para trasbordarme á un vapor italiano de la compañía Rubattino, pues para uno de ellos tenia un billete de regreso á Nápoles; pero habiendo encontrado el «Vesta» una gran carga en Puerto-Said, nos vimos obligados á permanecer aquí todo el 21. El 22 continuamos nuestro viaje, y el 23, á las ocho de la mañana, llegamos á Alexandría. Aquí permanecí once dias sin voluntad ni objeto, esperando que llegara el 4 de Abril para tomar el rumbo de Europa.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

Llegó por fin este, aunque con bastante lentitud en mi concepto, y salí de Alexandría. El 8 regresé á Nápoles con entera felicidad.

En este puerto de la Campania me fué preciso detenerme hasta mediados del mes, y de allí pasé á Paris. Salí de la capital de Francia en los últimos dias de Abril para embarcarme en el Hâvre con destino á México, adonde llegué á principios de Julio, habiéndome detenido algunos dias en New-York.

Grande, inmenso, indecible fué el placer que experimenté al pisar tierra mexicana, al sentirme en el seno de mi madre patria, despues de larga ausencia en remotísimas tierras trascurrida. Alegres y bonancibles noticias me esperaban á mi regreso, pues el país, habiendo entrado bajo el gobierno de un hombre reputado ilustre, daba muestras de renacer por todas partes, al impulso de una esperanza universal; al mismo tiempo que todos los seres que amo, sin que uno solo faltara, me esperaban ansiosos con los brazos abiertos para recibirme, sin mudanza alguna en su cariño. Por todo lo cual dí gracias á Dios.

CAPILLA ALFONSINA

CONCLUSION.

AL emprender mi viaje á Oriente, habíame propuesto hacerlo de la manera mas completa. Hé aquí mi itinerario: Egipto, Palestina, Palmira, la Mesopotamia, la Grecia y la Turquía europea. No me fué posible llevar á cabo sino la tercera parte de mi propósito; pero la que miré cumplida túvela por la mejor, y me alegré de haber cumplido esta y no otra.

Renuncié por ahora á llevar mis excursiones mas lejos, encomendando á mi estrella el depararme en el porvenir una ocasion propicia para realizar mis pensamientos puntualmente.

Yo quiero visitar Palmira, la espléndida Thadmor, edificada por Salomon á las puertas de la Arabia desierta; patria de Odenato, ilustrada por el valor de la heróica Cenobia, vencedora de las legiones romanas. Hé soñado mil veces ver los blancos mármoles de sus monumentos, resplandecer con los rayos del ardiente sol, medio ocultos entre la arena; sus clásicas ruinas diseminadas en el Desierto bajo

las altísimas palmeras, y su esplendor antiguo convertido en inmensa desolacion y solitaria tristeza.

Deseo conocer la Mesopotamia, este país encerrado entre dos rios, el Eufrates y el Tigris, corrientes genésicas que bañaron el paraíso plantado por la mano de Jehová, donde vivió inocente y feliz la primera pareja; la Mesopotamia, donde nació Abraham, el depositario de la revelacion, el padre de los patriarcas, el tronco de donde salió la gran familia de Israel, el abuelo de Jesus.

Aténas, la ilustre Aténas, atrae á mi alma con magnética fuerza. Todo cuanto hay en mí de inteligente, sensible y amante de lo bello, tiende á esa ciudad y se dirige á ella, como la brújula se vuelve constantemente hácia el polo. Porque la Grecia es la patria de la civilizacion moderna y cuna antigua de los semidioses y de los héroes. Sus guerreros legendarios vencieron en Maraton, Salamina y Platea á los persas innumerables; sus filósofos se elevaron en alas de su portentoso génio á las mayores alturas adonde puede llegar la inteligencia humana; sus poetas inspirados crearon mundos de belleza, inventaron hermosísimas teogonías, poblaron de fantásticas sagradas deidades los valles, los montes, las fuentes, los bosques, el cielo de aquella tierra encantada, y legaron á la humanidad inimitables modelos de su númen, que han formado, forman y formarán la desesperacion y delicia de todas las edades. Sus célebres artistas dieron vida al mármol, idealizaron la materia, y tocaron en la arquitectura y la escultura el último punto de la verdad artística.

Tengo deseos vivísimos de visitar Constantinopla, esta antigua Bizancio, esta moderna Stambul, asentada en el estrecho á la entrada del Ponto Euxino, presidiendo las aguas de dos mares al extremo de la Tracia y de la Europa, y en frente del Asia que desde allí se mira; y el celebrado Bósforo rodeado de playas encantadas.

Yo habria podido seguir paso á paso la historia de la civilizacion en los países mas renombrados, á haber realizado mi viaje como me lo tenia propuesto. La primera chispa civilizadora nacida en las riberas del Nilo, habria podido mirarla en astro refulgente convertida en la capital del Ática; difundir, universalizar su luz, desde el Capitolio romano, adónde fué trasportada la gloria de Aténas; y desaparecer finalmente para hacer lugar á un espléndido sol salido del Oriente, de las cimas de las montañas judáicas.

Sin embargo, no por haber dejado de completar mi viaje, me quejo de la suerte. Mucho he visto, á Dios gracias, y muchas tierras he recorrido. Salido de México, crucé los Estados-Unidos del Norte, desde Nueva-York hasta el Canadá, Washington y Boston; la Europa, desde Glasgow hasta Messina; el Egipto, desde Alexandría hasta Menfis, y desde el Mar Rojo hasta Puerto-Said, á través del canal de Suez. Llegado á Palestina, recorrí aquel país de los grandes recuerdos, desde el Mar Muerto hasta la Siria, mas allá de sus confines del norte. He conocido ocho de las doce tribus de Israel, atravesando á caballo por en medio de ellas: las tribus de Dan, Judá, Benjamin, Efraim, Manases, Isacar, Zabulon y Aser.

Conozco las dos cunas de la civilizacion y la religion: Egipto y Palestina. He podido seguir la historia del progreso desde Menfis hasta Paris y Lóndres, y la del cristianismo desde Jerusalen hasta Roma.

Con verdad, con naturalidad, con intencion sanísima, he hecho el relato de mi viaje á la tierra de los Faraones y á la de los Profetas. Feliz de mí si he logrado alguna vez despertar el interes en el ánimo de mis lectores, identificarme con ellos en mis afectos y hacerlos asentir en mis reflexiones.—

Réstame solo antes de concluir, dar con todo mi corazon las gracias á la prensa de la República, y muy especialmente á la de esta hermosísima capital y á la de mi bien amada Guadalajara, por las bondadosas frases que á propósito de esta modesta publicacion me ha dedicado. Algunos periodistas amigos mios, al hablar de mí ventajosamente, han obedecido, lo comprendo, al impulso del cariñoso afecto que me profesan, y que en mi pecho se encuentra debidamente cor-

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

respondido y á estas horas inmensamente acrecentado. Mi gratitud es grande hácia aquellos otros escritores que, sin conocerme, y encontrando mis ideas tal vez refractarias de las suyas, han tenido á bien tributarme algun elogio, dando con esto honrosísimas pruebas de su tolerancia y su benevolencia. Reciban, pues, todos, en estas líneas, la sincera y pública expresion de mi reconocimiento.

FIN.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

ÍNDICE.

LIBRO PRIMERO.

EGIPTO.

Páginas.

DOS PALABRAS 5
CAPITULO I. — Nápoles 15
CAPITULO II. — El Mediterráneo 43
CAPITULO III. — Alexandría (Skandarieh) 61
CAPITULO IV. — El Cairo (El-Kahirah) 70
CAPITULO V. — El Cairo Viejo (El-Fostat) 85
CAPITULO VI. — Las Pirámides (Piramah) 102
CAPITULO VII. — Menfis y Zakkarah 131
CAPITULO VIII. — Una fiesta pública en el Cairo 148
CAPITULO IX. — El árbol de la Vírgen y las tumbas de los Califas 161
CAPITULO X. — El sheikh Saddat 175
CAPITULO XI. — Shubrah 188
CAPITULO XII. — Contratiempos y salida del Cairo 198
CAPITULO XIII. — Regreso al Cairo y salida para Suez 201
CAPITULO XIV. — Suez 214
CAPITULO XV. — Ismailia 233
CAPITULO XVI. — El canal de Suez y Puerto-Said 239

LIBRO SEGUNDO.

PALESTINA.

CAPITULO I. — Jaffa 5
CAPITULO II. — De Jaffa á Jerusalen 18
CAPITULO III. — Jerusalen 40
§ I La Vía-Dolorosa 41
§ II El Calvario y el Santo-Sepulcro 47
§ III El monte Sion 64

Páginas.

§ IV El valle de Josafat y el monte de los Olivos 74
§ V Otra excursion extramuros 90
§ VI Llanto de los judios 113
§ VII Mezquita de Omar 128
I La mezquita de Omar. (*Kubet-el-Sakhrah*, Cúpula de la Roca) 138
II La mezquita «el-Aksa» (La mezquita lejana) 147
CAPITULO IV. — Viaje á Belen, San Sabás, el Mar Muerto, el Jordan, Jericó y Betania . 154
§ I Belen 154
§ II San Sabás («Bar Saba») 168
§ III El Mar Muerto. (*Bahr-el-Luth*. Mar de Lot) 176
§ IV El Jordan (Esheryah) 185
§ V Jericó 196
§ VI Betania 207
CAPITULO V. — Viaje á Nazaret por la Samaria 213
§ I Betel 214
§ II Hauara 221
§ III Naplusa (Siquem) 226
§ IV Djenin 243
§ V Tiberiades 254
§ VI Nazaret (Nazarah) 264
CAPITULO VI. — Viaje á Beyrouth 281
§ I El Carmelo («Djebel-Mar-Elías.») Kaiffa y San Juan de Acre («Akka.») . 282
§ II Tiro (Sur) 290
§ III Sidon (Saida) 301
§ IV Beyrouth 313
CONCLUSION 323

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.